



Hippolyte Taine

Notas sobre París

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Hippolyte Taine

Notas sobre París

Vida y opiniones de M. FEDERICO TOMAS GRAINDORGE

Prefacio

Los deberes de ejecutor testamentario son muy difíciles de llenar, y no sin trabajo he podido, por fin, conforme con las intenciones de monsieur Graindorge, revisar, completar y publicar estas notas. La familia oponía dificultades, y los manuscritos originales son casi ilegibles; monsieur Graindorge tenía una larga escritura inglesa, confusa, complicada con abreviaturas comerciales y estrechada además por el uso de caracteres alemanes. He conseguido llegar al cabo a fuerza de tiempo, pero siento no haber podido hacer más. Monsieur Marcelin, a quien como a mí honraba con su amistad, hubiera querido también elevar un monumento a su memoria; había mandado ejecutar por un renombrado fotógrafo muchas vistas de las habitaciones del difunto; gracias a diversos retratos había recogido los principales aspectos de la persona y de los trajes de monsieur Graindorge, a los que había añadido los de su secretario, su sobrino y demás personas de quienes se habla en el volumen; su solicitud inteligente no había retrocedido ante ningún objeto singular, ni siquiera ante el gran caparazón de cocodrilo disecado que adornaba el tocador, ni siquiera ante el rostro de Sam, el lacayo negro, que en la antesala enseñaba sus eternos dientes blancos. Además, recogiendo sus recuerdos, había pensado ilustrar con dibujos los pequeños acontecimientos de salón, de teatro y de viaje referidos por monsieur Graindorge. Otras ocupaciones se lo impiden; espero que algún día se verá más libre; entre tanto el lector lamentará que en este último oficio no haya suplido su lápiz a la insuficiencia de mi mano.

He pasado a menudo la velada con monsieur Graindorge y siempre me he complacido en su conversación. Su erudición era ordinaria; pero había viajado y su espíritu estaba bien abastecido de hechos. Por otra parte, no era pedante ni gazmoño, y el café que se tomaba en su casa era exquisito. Lo que yo estimaba sobre todo en él era su gusto por las ideas generales, a lo cual llegaba naturalmente, y tal vez el lector parisiense juzgará que se inclinaba a ello en demasía. Yo no sé si era apreciado en sociedad; la flema americana le había acorazado en exceso y el hábito de los negocios le había vuelto harto cortante.

Era un hombre alto, enjuto, que hablaba sin gestos y con el semblante todo unido, no por falta de imaginación o de emociones, sino por la costumbre de contenerse y horror a mostrarse. Su conversación no tenía nada de literaria, salvo la ironía fría. Sin embargo,

como gustaba de la lectura y había recibido una educación clásica, podía y sabía escribir a cortas diferencias como todo el mundo. De ordinario se mantenía en pie, con la espalda contra la chimenea, y dejaba caer sus frases una a una sin la menor inflexión de voz; esas frases mismas no eran mas que statement of facts, muy empañadas y muy precisas; de momento no producían efecto; pero al cabo de una hora habíase olvidado su desnudez y su monotonía para no sentir mas que su plenitud y su acierto.

Visiblemente sólo hablaba para cumplir con un deber de sociedad; su mayor placer era oír conversar a los otros. Teníamos muy pocas ideas comunes; pero nuestro método de razonamiento era el mismo, lo cual basta para hacer agradable la discusión. Por otra parte, soportaba la contradicción y se entregaba de buena gana a la crítica, hasta practicarla con sus propias manos en sí mismo, desmontando los rodajes interiores de su espíritu y de su carácter para explicar sus acciones, sus opiniones y especialmente su pesimismo. A mi juicio, había padecido demasiado en su juventud y replegádose demasiado en sí mismo en su edad madura; además, había cometido la falta de hacerse aficionado, quiero decir de desprenderse de todo para pasearse por doquier. Sólo se vive incorporándose a un ser más grande que uno mismo; hay que pertenecer a una familia, a una sociedad, a una ciencia, a un arte; cuando se considera una de esas cosas más importante que uno en particular se participa en su solidez y su fuerza, si no se vacila, se fatiga y se desfallece; quien de todo gusta, se disgusta de todo.

Monsieur Graindorge tenía conciencia de su mal; pero se encontraba ya demasiado viejo para poner remedio. Tocante a este particular referiré una anécdota que demuestra su manera de ser y, además, su lucidez de espíritu.

Un día, al cabo de una larga conversación filosófica me dijo, a guisa de resumen:

-Luis XI, al final de su vida, tenía una colección de cochinitos que hacía vestir a usanza de gentileshombres, burgueses, canónigos; se les instruía a palos y bailaban de tal guisa ante su presencia. La dama desconocida que llamáis la Naturaleza hace lo mismo; probablemente es humorista; sólo que cuando a gran copia de zurrribandas hemos desempeñado bien nuestros papeles y se ha reído hasta desquijarse de nuestras muecas, nos envía a la tocinería o al saladero.

Esta manera de explicar la vida me parecía extremada y además personal. Proseguí la idea que había enunciado antes, y traté de insinuarla; pero en términos muy generales, sin la menor aplicación, con todos los miramientos de que yo era capaz y todo el respeto con que un hombre más joven se complace en rodear a un hombre de más edad. Quitóse el cigarro, reflexionó un instante, y me dijo con su voz lenta:

-La conclusión que no sacáis es que haría mejor en estar muerto; esa es también mi opinión.

Y como yo protestase, con mucho escándalo y algo de emoción, se sonrió, lo cual no le ocurría dos veces cada mes, y añadió con igual tono:

-Cuando tengáis cincuenta y cinco años y una enfermedad del hígado, ya veréis cómo esta opinión es la más cómoda almohada del mundo.

Me ha legado sus utensilios de café turco y su provisión de cigarros; soy, pues, su heredero y me atrevo, por tanto, a creermelo sincero al lamentarme en alta voz de que haya muerto.

H. Taine

Capítulo primero Primeras notas

7 diciembre.

Ayer, en los Italianos, *Così fan tutte*, con la Frezzolini.

Me hallaba en el anfiteatro; de siete mujeres que estaban a mi alrededor, había seis loretas

Dos de veintiocho años, poco más o menos; la una, un verdadero tipo de Boucher, algo gastada; la otra, un tipo de Ticiano, blanda, blanca, orejita grasa, los cabellos enmarañados en nube por encima de la frente, rubios, caídos sobre la nuca y recogidos con una peineta de oro. La piel es de una blancura mate sorprendente. En tiempo de Ticiano hubiera sido simplemente enérgica y estúpida; hoy, mancillada, envilecida, desvergonzada, acostumbrada a las afrentas y a la insolencia, lleva diez años de baños, de polvos de arroz, de vigiliadas, de pasteles de foie gras. Lo que ha aprendido es a comer bien y finamente, a beber fino y seco; es una mujer de cenas. Está ya empastada y se encamina a la oca gorda. Le contaba a su amiga una comida reciente, un bonito pisco-labis, los vinos, el café, el servicio, volviendo los ojos con una beatitud gastronómica.

En el palco que está detrás de mí, el viejo príncipe de N... con una bailarina de la Ópera y una actriz de Variedades. Las exhibe así todos los sábados. La bailarina tiene la voz ronca de las mujerzuelas y un tono de una vendedora de manzanas, lo cual contrasta con sus guantes blancos de tres botones. Habla alto, tiene palabras de tití. Cuando Flor de Lis y Doralice rompen en sollozos al partir sus novios, ha dicho en alta voz en medio del silencio: «¡Y todo eso por Carrau!» Carrau es el actor que representa el segundo amante, un pobrecillo sin voz y de linda figura. Se han vuelto cinco o seis hombres y han reído; ella estaba contenta; había tenido éxito. El resto de sus observaciones son del mismo gusto: «La Alboni va tan apretada que se la levantan las enaguas. ¡Toma, el negro la adelgaza! Pero,

¿qué ópera viene a ser ésa? Desde luego que yo no entiendo palabra. ¿A qué vienen esos ojos como bolas de loto? ¡Me gustan más los Funámbulos!»

Más abajo de nosotros hay una señora honrada, lo cual se ve por ir menos descotada; el porte, la traza, son otros. La gran loreta parece pensar siempre en el placer. La otra desea que la hagan la corte. Ligera diferencia.

Claro está que ésta, tan linda, tan peripuesta, no piensa en otra cosa. Se constituye en centro, quiere que la miren, que no se piense mas que en ella. Una mujer bella, o sencillamente bonita, tiene las exigencias, las vanidades, las susceptibilidades, todas las necesidades de goce y de lisonja de un príncipe, de un cómico y de un autor.

A no ver mas que su exterior y la toilette, son divinas. Hay promesas infinitas de placer, refinamientos de gusto, elegancia en los encajes y lazos con que se encuadran el pecho, en esas sedas blancas floreadas en que se envuelven; pero no hay que oírlas hablar, ni mirar lo que sienten, ni si sienten.

15 diciembre.

Refresco de bodas en un restaurante. Son empleados; el futuro es subjefe y rebaña algo con otro empleillo; en junto, cuatro mil francos. La joven tiene cincuenta mil francos de dote; su padre es inspector de aguas y bosques en provincia.

Esta elegancia de café es innoble. Las sillas están deslucidas; las alfombras de la escalera, pegajosas; tendríase ganas de escribir sobre la puerta: Nupcias y festines. Los mozos traen vasos de agua azucarada, grosellada parcamente. Se atreven a hablar con los invitados, hacen observaciones. ¡Y qué observaciones! «¡Tendréis helados, toda clase de cosas buenas!» Esta insolencia es admirable, parisiense del todo.

Este mundo no es bello. Las toilettes, las pretensiones para ser del verdadero mundo quedan rebajadas en el instante mismo por los aires encogidos, por la extrañeza de las narices, por las maneras estiradas, por el aspecto de las cabezas que la monotonía del oficio ha acabado por embrutecer. Algunas, afinadas bajamente, son más desagradables aún.

Nada se lleva bien sino lo que habitualmente se lleva. El lujo desentona cuando se gasta una vez al año.

No hay mas que una salvación para la gente de menos de veinte mil libras de renta: vivir en casa a la ginebrina o a la inglesa, no recibir nunca, evitar todo alarde de ostentación, no ver mas que a dos o tres viejos amigos, gastar en bienestar, buenas comidas provinciales, en buena ropa blanca el dinero de los bailes, las reuniones; si no, se está mortificado y se queda en ridículo. Casarse a puerta cerrada, sin otros asistentes que los testigos, el padre y la madre. Las grandes comilonas, los bailes a la luz de las lámparas son buenos para los

campesinos, que no se hartan mas que una vez en su vida, o para los obreros, que tienen necesidad de estirar las piernas.

El pianista, hombre de treinta y seis años, embrutecido, estaba gracioso con su traje de ceremonia, su bigote y su aire de ebanista endomingado. Bajo esta envoltura se veía la costumbre de las copejas. Aporreaba dura y maquinalmente a quince sueldos por hora. Pensaba yo en esos enterradores siempre rapados, negros de pies a cabeza, con un sombrero negro de bordes rojizos.

La novia es una buena comadre regordeta, toda redonda, que quisiera estar metida en un agujero. A las once de la noche adquiere seguridad, se hace la señora, habla ya de los arreglos de interior, y dice: «Haremos, iremos.» Él, ágil y avisado, saluda, sonrío, mariposea, mueve los brazos, las piernas, los ojos, la cabeza, con una petulancia de meridional; los faldones de su frac baten como alas. Se han visto por primera vez hace seis semanas; se han aceptado al cabo de tres entrevistas. Hoy, piano, algazara y vasos de agua azucarada con grosella; y he ahí dos cuerpos y dos almas acoplados por toda la vida.

17 diciembre.

Velada íntima, gentes del verdadero mundo, y, sin embargo, ¡cuántas incoherencias!

Una joven ha cantado no sé qué romanza moderna, en todo caso una romanza de amor, tan apasionada como cabría desear; la música sobre todo tiene vuelos extraordinarios, como los de la serenata de Schúbert. Notad que seríais el más grosero, el más indecente de los hombres si ante la madre, el padre, la tía, la abuela, todo el escuadrón de las dueñas y los parientes de la familia osaseis hacer la más ligera, la más lejana alusión a lo que acaba de explicar por lo largo.

Desfile de músicas. Entre otras, madame de V..., una joven casada de veintitrés años, con los ojos elevados al cielo, quiero decir al techo, y que esperan, ha cantado el Deseo de primavera, con gestos lánguidos para comentar la música. El marido está radiante; trae los cuadernos, hace el empresario. A mí me gustaría más que mi mujer se quitase la ropa en público.

Siempre aparece la actriz, la modista. Miraba todos esos semblantes por encima de los ricos trajes descotados, con encajes. Los trajes son bellos y hasta poéticos, pero ¡qué cabezas!

Madame de V... y su marido volvieron a casa anteayer a las siete de la mañana. El mismo día han ido a otras dos soirées. Las jóvenes son insaciables: todas las noches en coche para el baile, el teatro, las comidas; ésta va seis veces por semana, y a dos o tres casas cada noche, a tiempo de coger un sillón, cambiar una frase convenida contra una frase convenida, hacer una seña al marido, que espera en el umbral de una puerta, y echarse el albornoz en la antesala.

Siempre la misma fisonomía sonriente; es un pliegue contraído que cae sobre una sonrisa como una bailarina sobre las puntas de los pies. Por más que sea linda no pasa de ser una muñeca; al cabo de diez minutos de conversación se tienen ganas de irse. El marido es un garrapata rechoncho, apasionado por las trufas. Al fin y al cabo tiene razón ella en hacerle trotar; come demasiado; echaría panza.

21 diciembre.

Al presente cuando los hombres hablan a las mujeres de mundo lo hacen con un matiz de rechifla; han tomado este tono a fuerza de ver pelanduscas, con las cuales se está siempre en pie militante. El tono caballeresco, el verdadero respeto han desaparecido. Los modales solícitos y cumplimenteros, o sencillamente los aires de deferencia, no se encuentran ya mas que en los hombres de cincuenta años. Madame André M. me decía ayer que eso es muy desagradable y no se sabe dónde se irá a parar. He visto ese tono en su marido, como en los demás.

23 diciembre.

Las mujeres se aburren extraordinariamente al verse abandonadas en los salones; mejor prefieren ser chuleadas. En montón y en muchas filas bostezan decentemente bajo el abanico, aprisionadas tras una muralla de trajes que habría que franquear. Imposible moverse en toda la noche, y nada de conversación; no hablan con gusto entre sí; se desafían unas a otras porque son rivales de toilette y en belleza; no saben mas que sonreírse y echarse pestes interiormente.

Los hombres miran, reclinados contra los largueros de las puertas; ojean como delante de un bazar. En efecto, es una exhibición de volantes, de diamantes, de hombros.

Pronto rezuma la acritud. Sienten un rencor antiguo contra el matrimonio, por no haber encontrado mas que decepciones. «Los hombres han tenido su juventud, sus ilusiones, han vivido. ¡Pero nosotras!»

Están furiosas por tener que suceder a cinco o seis bribonas. Una de ellas insistía siempre en estas palabras: conocer la vida; entiéndase con eso la embriaguez, la sensación intensa, la palpitación del corazón, de los nervios, el torbellino que lo arrebató todo, los sentidos y la cabeza. La palabra es moderada, pero ¡su pensamiento! Nadie podría medir los agujeros, los huecos sin fondo que se encontrarían bajo la costra uniforme de hielo mundano.

Madame André M. tiene por lectura predilecta las novelas de Enrique Murger; allí está para ella el verdadero sentimiento. He visto alemanas leer y volver a leer Fanny, Madame Bovary. Hastío del puchero, deseo de cenas. Se las llevaría lejos en esta pendiente.

Se las ordenan sentimientos de ardilla enjaulada, una vida regular, comedida, tirada a cordel, exenta de pasiones, como la de un holandés filósofo, y al propio tiempo se las enseña el arte de contentar, despertar, irritar las más vehementes imaginaciones, los más refinados deseos. «Querida mía, encenderéis en torno vuestro el fuego más ardiente que podáis; pero permaneceréis siempre fría.»

3 enero.

En la Ópera, dos jóvenes y sus maridos en mi palco.

Oigo roncar las palabras de moiré antique, velours épinglé, tarlatana, popelina, guipure, volantes y otras.

En este mundo que flota entro las cuarenta y ochenta mil libras de renta es imposible pensar en otra cosa. Madame M... y madame de B... han sido educadas muy sencillamente, son muy sencillas, y, por tanto, no les queda tiempo para nada. Hay que escoger una tela, comprar cintas, hacer guarnecer un sombrero, comparar encajes, guiar la modista. Las tardes se emplean en las tiendas; el marido no puede disponer del coche.

Tienen razón; le dan al francés el género que lo gusta más entro todos: el agrado. Nada tendría que hacer de un sentimiento duradero y fuerte; esto le embarazaría, le agitaría, le tendría en cuidado; le es menester un cosquilleo pasajero de la imaginación, una linda promesa de placer lanzada al paso.

Mis dos muchachas están hechas expresamente para eso. Siempre el mismo aire de amabilidad risueña y graciosa. Sonríen ante ese horrible y terrible drama del Trovador; están a sus anchas.

Figuraos una persona que toma un sorbete o deja fundir un merengue en su boca. Tal es su estado: un estado de pequeño placer tranquilo y sin segunda intención.

Cada uno tiene así su grado y su especie de bienestar, que es como su temperatura moral y natural. Oscila alrededor y trata de acercarse. Esta temperatura, para Voltaire, por ejemplo, se encuentra en el chisporroteo de una cena fina y brillante, en la sensación que se experimenta cuando se tiene un zafarrancho de veinte ideas vivas y como una botella de champaña en la cabeza. La temperatura de Verdi es la de un combatiente, de un insurrecto, de un hombre indignado que ha concentrado por largo tiempo su indignación, y que enfermo, tendido en la cama, estalla de pronto como una tempestad. ¡Singulares oyentes esos para hallarse al nivel de Verdi!

Son críticos, gente de gusto, burlones, incapaces de salirse de su paso, de conmovearse hasta el fondo.

Primero se han ocupado de la figura de Azucena. «Puede pasar; sus sayas de gitana tienen carácter.» Viene el relato tan doloroso, trágico, casi desgarrador, todo el horror de las atroces pasiones españolas, toda la grandeza sangrienta de la edad media. Las señoras se pedían los gemelos y los devolvían: se trataba de descubrir el matiz exacto del tinte de Azucena. «¡Santo Dios! Se ha ahumado como un jamón!» Y venga reír con cierto asco.

Eso me recuerda la escena de Don Juan en el último acto; cuando los diablillos llegan haciendo cabriolas, toda la gente de los palcos bromeaba. No veían la trágica seriedad del aire.

4 enero.

Alceste en la Ópera.

El público estaba muy frío y sólo se ha sentido escarabajado por el ballet. Este público se compone en sus tres cuartas partes de gente que quiere divertirse, que viene a escuchar un gran poema dramático como se va al café o al Vaudeville. Scribe, Alejandro Dumas padre, Adolfo Adam dan la medida del francés. Sin embargo, a causa del mantillo parisiense, hay una flor y nata de verdaderos jueces, y en rigor los otros pueden elevarse hasta ellos; pero la simpatía nativa, la inteligencia innata de lo bello, la capacidad de ilusión están en Italia y en Alemania. En Berlín se escucha la música en silencio, tan atentamente como en la iglesia. Aquí se hace zumba.

De ahí que abunden los descuidos. Se ven desde los mejores palcos los círculos de las regaderas sobre el suelo y ensucian la imaginación. La expresión aburrada, desvergonzada de las figurantas forma contraste con la música; se dan con el codo, bromean entre bastidores. El ballet es innoble. Es una exposición de mozas a la venta. Tienen los gestos y las bajas carantoñas del oficio, la sosería voluptuosa y querida. No hay en un ballet ni el diez por ciento de verdadera belleza. Todo es provocación como en una acera; las piernas en maillot rosa se enseñan hasta las caderas; la actitud es la de las danzarinas de cuerda; con sus feas patas de rana moderna, con sus brazos filamentosos de araña, con sus pantorrillas que huelen a escuela de saltimbanqui, se imaginan representar las nobles procesiones de la Grecia antigua.

Gentes de mundo que viven para el placer y lo atrapan una vez por diez; burgueses que corren tras él sin alcanzarlo; mujercuelas y un populacho de contrabando que lo venden o lo trampean: he ahí París.

Un solo objeto: gozar y darse pisto.

Capítulo II

Monsieur Graindorge al lector

A monsieur Marcelin, director de La Vie Parisienne.

Muy señor mío: Puesto que juzgáis conveniente dar a conocer a vuestro público al autor de las notas, asaz raras, que habéis tenido a bien imprimir, voy a hacer yo mismo al lector los honores de mi persona. Algo embarazoso es presentarse uno mismo; pero no importa. Bueno será que vuestros lectores tengan una idea del hombre que vendrá una o dos veces cada mes a trabar conversación con ellos durante el desayuno.

Tengo cincuenta y dos años, he ganado ochenta mil libras de renta en el comercio de salazones y de aceites y no tengo imaginación. Además dejé a París hace cuarenta años y he regresado apenas hace cinco o seis. He ahí unas disposiciones bastante malas para describir la vida parisiense. Probablemente me llamarán bárbaro y quizá lo han hecho ya.

Si así fuese, señor, la falta recae en mi educación primera. Mi padre pretendía que un colegio francés es un cuartel y que en él no se aprende nada mas que a fumar en los corredores y a desear el conocimiento con las lindas señoritas que tan ágilmente bailan en la calle Cadet entre once y doce de la noche. Me envió a Eton, en Inglaterra, donde fabriqué muchos versos griegos, sobre todo yámbicos; además sacaba lustre a las botas de los mayores y recibía o daba muchas docenas de puñetazos por semana. No he sacado gran provecho de los versos griegos, ni si quiera de los yámbicos; pero el arte de limpiar las botas y la costumbre de los puñetazos me han sido útiles; me tomo la libertad de recomendarlos para vuestro señor hijo, si es que por ventura tenéis uno.

Cuando llegué a los diez y ocho años juzgó mi padre que con ese régimen de versos griegos y de buenos porrazos debía haberme hecho un cerebro paciente y costados sólidos, y me envió a Alemania, a la Universidad de Heidelberg. Me compré mi casquete encarnado con un cordoncillo de oro y me paseé por los jardines del viejo castillo, echando atrás el torso, lo cual da un aire varonil; además, aunque tenía unos ojos bonísimos, llevaba anteojos para tener un talante sabio. Durante cinco años fumé una multitud innumerable de pipas, di y recibí algunos sablazos, una vez a propósito de una criada con la cual uno de mis camaradas no se había mostrado respetuoso, otra vez para defender contra un escéptico la autoridad del sentido interior, otra a propósito de la objetividad y la personalidad de lo infinito. Admiraba de todo corazón las divisiones y subdivisiones en las cuales nuestros profesores hacían caber todas las cosas divinas y humanas; metía ruido con los pies cada vez que el privat-docent hablaba demasiado aprisa; no quería perder una sola palabra; me parecía que toda la ciencia numerada, y rotulada entraba en mi cabeza como en una

cajonería; comenzaba ya a tener una idea de lo absoluto y pensaba en hacer descubrimientos inmortales, cuando murió mi padre, dejándome sin un céntimo.

En Alemania, señor, se encuentra a veces en los periódicos el anuncio siguiente: «Un joven que ha recibido una educación clásica, que habla y escribe muchas lenguas vivas, versado en el derecho, la química y las matemáticas, hijo de un padre conocido en las letras, provisto de las más honrosas recomendaciones, solicita una plaza de dependiente con ochocientos francos.» Yo no poseía tantos títulos, y me sentí dichoso al entrar al servicio de los señores Schevartz y Compañía, de Hamburgo, negociantes en aceites, que me hacían viajar para vigilar sus entregas y sus cargamentos. Yo tenía unos grandes cabellos lisos, un aire absorto y no pensaba bastante en los aceites; pero me vi obligado a desembrollarme. Un día un marinero, mocetón grueso y alto, a quien ordené, bajara un barril, se encogió de hombros llamándome: «Euer Gnaden, monseñor». Me arrojó sobre él, y de seis puñetazos le rompí la cara; obedeció al instante; toda la tripulación comenzó a tratarme con benevolencia, y así adquirí mis primeras ideas sobre la manera de conducirse con los hombres.

Tres semanas después, al recalar en Cuba, fui a tomar el fresco a doscientos pasos del puerto, apoyado en el brazo de un camarada; me sentía débil todavía; había tenido fiebre a causa del agua mala y de la galleta, que no podía digerir. Vi algunos de esos chinos que se venden por diez años mediante una medida de arroz por día, dos piastras al cabo del año, una camisa y un sombrero de paja cada dos años y bastonazos de roten a discreción del comprador. Me siguió uno de ellos, me compadecí de él y le di limosna. Al cabo de cinco minutos, a la vuelta de un camino, un garrotazo bien asestado por la mano del mismo chino me derribaba en tierra. Mi camarada responde, y hete ahí al chino por el suelo; me levanto y me vuelvo, cojín cojeando, a bordo.

-¿Y el chino? -pregunté al llegar.

-¡Oh! No os inquietéis por él; sus amigos irán luego a rematarlo y enterrarlo, primero para quitarle la camisa y luego para no verse comprometidos si presentamos una demanda.

Me vendé la cabeza, que estaba algo rajada, y reflexioné mucho. Me parecía que los hombres no se mostraban tan inclinados a la fraternidad como había creído. Ocho días después, en Bâton Rouge, en la mesa de una fonda, rogué a mi vecino me acercara un plato; lo coge, lo huele, lo juzga bueno, se lo pone delante y se lo come muy gravemente sin ocuparse más de mí. Era mi vecino de la izquierda. En el mismo instante, mi vecino de la derecha pide una vez, y después otra, una lonja de jamón al waiter, que no le entiende. Sin decir palabra le tira al waiter su plato a la cabeza; éste, que tiene la oreja hendida, coge una silla y derriba al caballero; pero cae derribado a su vez por otro gentleman, que saca la bowie-Knife. Entre tanto, tres o cuatro americanos que habían acabado de almorzar permanecían tranquilamente sentados en el rincón de la chimenea, con los pies a la altura de los ojos, cortando cada uno un pedacito de madera con el cortaplumas que llevan siempre en el bolsillo; es su diversión. Únicamente volvieron la cabeza, chiflando, con la curiosidad que se presta a una especie de boxeo.

Esto me bastó; estaba formado. Con mis primeras economías pagué a un profesor de bastón, compré un fusil, me ejercité en el tiro sobre los caimanes de la orilla, me desembarqué de mi filosofía y de mi urbanidad, y comencé a andar recto delante de mí por el lado bueno, que es el del dinero.

No os referiré mis comienzos; sería harto largo, tal vez harto crudo; en Francia no os gusta la verdad escueta. Sabed tan sólo que he comido vaca rabiosa, como decís aquí, y no siempre hasta saciarme; no tiene vaca rabiosa quien quiere; por otra parte, en América se opina que de veinte a treinta años es el verdadero alimento del hombre. A los treinta años tenía una plantación, diez y nueve esclavos y quinientos cochinos. Trataba bien a los esclavos y a los cochinos; pero sacaba partido. Me imagino que van ahora a poner el grito en el cielo y a llamarme malvado, explotador de hombres. Sin duda, señor, hay amos malos; cuando mi vecino míster Wright encontraba un caballo despellejado hacía aplicar al conductor un vejigatorio del tamaño de la desolladura del caballo y le obligaba a conservar esta advertencia hasta que el caballo quedaba curado. Para mí, si un negro era malo, lo vendía; ese era mi mayor castigo; no he dado veinte latigazos en mi vida.

Puedo aseguraros que el domingo mis pícaros dormían lo más voluptuosamente del mundo, en montón, sintiendo dilatarse y rezumar al sol su piel untuosa. En cuanto a los cochinos, tienen el mismo gusto que los negros; pero más ingenio. Son animales muy distinguidos, que tienen instintos de grandes señores y sutilezas de políticos. Van en piaras a la montanera, quiero decir a paseo, y se pasan así el día bajo las grandes encinas, caprichosamente, avanzando a veces muy lejos, a veces hasta una legua de la habitación, como catadores y aventureros, todos golosos y hábiles en rastrear y desenterrar con su grueso hocico las buenas raíces.

Son sociables; pero con cálculo, como nosotros; cuando un oso se deja ver forman un círculo, enseñando sus colmillos. Si a veces alguno de ellos se desvía y se deja coger, todos gruñen a grito herido; luego, cuando el oso está ahito y se va, van a comerse los restos de su camarada; ya veis si tienen espíritu positivista. A la puesta de sol se toca el cuerno; llegan a galope desde los cuatro puntos del horizonte, y como gentleman, encuentran la mesa puesta; los pequeños se amontonan, tan rosados y frescos como los amorcillos de Rubens; se meten por entero en las calabazas gigantescas, comen a pleno vientre, lamen sus jetas y salen triunfalmente todos amarillos. Perdonadme estos recuerdos demasiado vivos; diez años he vivido entre esos animales; muchas veces en vuestra Ópera he echado de menos su música.

Primero vendía doscientos por año, después mil, después dos mil. Mi nombre era conocido en Cincinatti, y como otro cualquiera hubiera podido labrarme una casa griega con torrecillas góticas, llegar a ser capitán de bomberos, tesorero de una Sociedad para la educación anatómica y clínica de las jóvenes damas cirujanas. Pero pensaba en París, y ya sabía que no hay que volver aquí sino siendo rico.

Acabábase de descubrir los pozos de petróleo de Pensilvania y me lancé de cabeza en los aceites. Entré por tres meses en un almacén, hice la educación de mi olfato, manejé los barriles, los jabones, las resinas, los alquitranes; caté las muestras; poblóse mi imaginación de colodras, pintas, toneles, espitas, licores, los unos amarillos, los otros verduscos, los

otros relumbrantes como lentejuelas o apizarrados, todos viscosos, filantes y rezumantes, cada uno con su precio, su sabor, su olor y su marca. Así provisto establecí un depósito, compré un terreno, abrí un pozo; había encontrado el buen filón; saqué en veinticuatro horas cinco mil litros de petróleo y gané cuatrocientos dólares por día. El único inconveniente de esos, admirables pozos es que a veces se prenden fuego; mi sucesor quedó allí asado vivo con la mitad de sus obreros. Tranquilizaos, señor; ya me había pagado.

A pesar de tantas satisfacciones, ni los aceites ni el tocino me llenaban el alma; los americanos gustan del negocio por el negocio, y yo no. No estaba casado; no tenía, como ellos, doce o quince hijos que atender; no sentía placer, como mis vecinos los plantadores, en construir una iglesia. Cuando el domingo hacían tres leguas a caballo para oír un sermón metodista, no tenía ningunas ganas de imitarlos. Dos veces por año tenían un shouting, en francés hurlement; es una asamblea edificante. Se levanta una especie de estrado; media docena de predicadores, por turno, sermonean sobre la predestinación, la penitencia, la condenación y otros asuntos igualmente agradables. En los intervalos se cantan salmos. Los oyentes han llegado de veinte millas a la redonda, acampan alrededor, atan sus caballos a los árboles. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las cabezas se caldean; uno de los asistentes sube al estrado y confiesa en voz alta sus pecados; después otro; después dos o tres a la vez; empiezan los sollozos y los lloros; es un desahogo para las imaginaciones solitarias y tristes. Yo me quedaba frío, y eso me perjudicaba. Me encerraba el domingo en un cuarto, alto, desde el que veía el sol rojo ponerse entre las copas de los grandes árboles; tenía mi pipa de Heidelberg y algunos libracos griegos anotados en Eton. Leía vuestras revistas, vuestros libros, los libros de Alemania y de Inglaterra. Despertábase en mí el antiguo hombre; me sentía más joven; al ver vuestras ideas, vuestras vivacidades, vuestras temeridades de espíritu, vuestras campañas aventuradas a través de la filosofía y de las letras, se me antojaba hallarme en un baile. Una mañana, en vez de volver a los jamones y los barriles, vendí mis tierras y mi fábrica, coloqué mi fortuna en consolidados ingleses y me embarqué, en el Persia para Europa.

He viajado mucho; pero en ninguna parte, señor, he encontrado tan buena acogida como en París. Descolláis en el arte de hacer agradable la vida; tal vez sea ésta vuestra única excelencia, y, en todo caso, para quien quiere sencillamente, conversar y divertirse, esta ciudad es el Paraíso. Estuve algo mareado los primeros tiempos; un hombre rico, aunque esté mal conservado, se ve muy perseguido. Me fue preciso despedir sucesivamente a tres ayudas de cámara; mis lindas vecinas les pagaban para tener el honor de ser entretenidas por mí. Aun hoy paso por un oso en muchas casas, por no haberme casado con la hija.

Todo eso ha acabado por calmarse. He dado algunas comidas pasables y se han tenido en consideración mis vinos y mis trufas. He prestado dinero a muchos músicos y literatos y he olvidado siempre pedir la devolución, lo cual me ha valido su ternura. No tengo sortijas de brillantes y no hablo nunca de las cotizaciones de la Bolsa, de manera que no se me ha encontrado más impertinente ni más fastidioso que otro. La guerra de América ha venido muy a propósito para hacerme representar un papel decente; proporciono datos sobre el Norte y el Sur, razono cuanto se quiere sobre los algodones, sobre el presidente Davis, y la señora de la casa se felicita de haberme enviado tarjeta. En cuanto a mí, voy al mundo como al teatro, y aun de mejor gana que al teatro; los actores son mejores en la ciudad que en la escena; sobre todo son más finos; después de tantos años pasados en América siento

necesidad de finura. Tengo un buen coche caliente, que me trae y me lleva; un ayuda de cámara avisado, que me viste. Mi sastre no es tonto y yo soy demasiado viejo para ser tímido. No tengo empleo que solicitar ni pretensiones que sostener. No deseo más que oír y mirar; oigo y miro; ninguna mujer se muestra descontenta de ser mirada, ni ningún hombre de ser escuchado.

A veces al abrocharme el paletó se me ocurre una idea y la escribo al volver a casa; de ahí mis notas. Ya veis, señor, que no son esas cosas literarias. No es en América donde he podido aprender el francés bonito; lo admiro, pero soy completamente incapaz de imitarlo. A mi ver, al ver de un extranjero, el estilo de vuestras gentes de ingenio se parece a esos artículos-París que sólo puede fabricar un verdadero parisiense, tan brillantes, tan ligeros, hechos con nada. No sé más que anotar mi idea cuando se presenta y tal como viene, describir un mobiliario a la manera de un subastador, en frases descosidas, con toda suerte de observaciones descabelladas. Escribía para mí, no para el público; acordaos de que he vivido entre cabezas bíblicas y en los petróleos, después de una educación alemana, y borrad de mis garabatos lo que os plazca; no sé si vuestros lectores dispensarán el resto.

Capítulo III

Un salón

25 diciembre.

Madame de L... estaba de pie contra la chimenea, semiinclinada, con ese gesto nervioso que tan bien le sienta, los ojos animados ¡y qué sonrisa! Su talle esbelto, flexible, estaba apretado en un traje de terciopelo negro. El hombro redondo y divinamente blanco salía luminoso de esta negrura profunda, y la nuca ondulaba hasta las trenzas torcidas bajo la peineta de oro. Esta línea sinuosa de carne desnuda viviente era deliciosa al salir de la opulenta orladura sombría.

No hay verdaderas soirées sin mujeres en gran toilette, y no hay derecho a vestirse y escotarse más que cuando se tienen sesenta mil libras de renta. Constituye ello un extremo alcanzado, como en el genio; una verdadera toilette vale por un poema. Hay un gusto, una elección en la disposición y el reflejo de cada cinta satinada, en las sedas rosadas, en el suave raso plateado, en el morado pálido, en la dulzura de los colores tiernos, ablandados aun por envolturas de randas, por bullones de tul, por frunces que se estremecen; los hombros, las mejillas adquieren un tinte encantador en este nido jugoso de encajes y blondas. Esa es toda la poesía que nos queda. ¡Y qué bien la entienden! ¡Qué arte, qué llamamiento a los ojos en esos corpiños blancos que ciñen los talles en la frescura

inmaculada de las sedas joyantes! Ya no tienen edad bajo las luces; el esplendor de los hombros borra la alteración del rostro. Bien lo saben ellas.

Dos amigas en los dos rincones de la chimenea (¿son amigas porque forman contraste?): la una, gruesa, extraordinariamente escotada, y sin embargo sin indecencia, con una diadema de diamantes y una especie de cruz de la Orden del Espíritu Santo en el corpiño, se muestra rubia y carnosa como una diosa de Rubens en una falda amarilla de seda clara, rodeada de encajes que borbotan. Todo eso palpita y se estremece cuando anda; la luz se hunde en la amplitud satinada de los hombros y parece habitar en ella; el cuello gira y los grandes ojos tranquilos posan su mirada de aplomo como una mujer del Renacimiento.

La otra, en traje de terciopelo escuadrado por delante como en tiempo de Enrique IV, con una guarnición de magníficos encajes que le forman marco como un camafeo, levanta una cabeza de judía ardiente bajo una diadema de cabellos más negros que plumas de cuervo. Alrededor del cuello, collares negros; en el vértice y delante de los cabellos, un tocado negro. La rica y pesada cabellera cae en masas lustrosas sobre la nuca, y los ojos negros llamean como los de una española de Calderón.

Hay que gozar de todo eso como artista, por un minuto, como una ilusión que pasa, un deslumbrador fantasma que va a evaporarse, sin lo cual la turbación sería demasiado fuerte y se concebiría el amor como en el siglo XVI.

Un instante después se me representaba el revés de los naipes, que conozco. La primera, la admirable música, revienta a su marido con el piano, los conciertos, las gamas; yo tengo el fruto; él, el hueso. La segunda está desavenida con el suyo; sólo se ven una vez al día en la mesa. El vestir ha introducido la discordia en el matrimonio; apostarí, por el aire del marido, que disputaron ayer. Sesenta mil francos de renta, y al año la cuenta de la modista subía a diez y ocho mil. Ha habido que emplear al confesor para reducir a la esposa. Tomad a esas gentes por lo que son, por actores y actrices; lo que hay de cómico es que pagan para divertiros.

Pero este punto de vista es difícil de conservar. La ilusión se apodera de vosotros; imagináis lo sublime, la felicidad; al bajar la escalera lleváis una ópera en la cabeza. «¡Estremécense en vosotros frases de novela!» ¡Cuán exacta es esta frase del pobre Musset! En seguida, la sensación es singular cuando por la ventanilla de vuestro coche, a media noche, miráis las gentes que chapotean y las aceras relucientes de barro.

El cielo negro, salpicado por el gas de llamas trémulas, pesaba sobre el río como una losa de tumba. Una larga hilera de luces se alargaba a intervalos iguales, en el silencio y la inmovilidad, como las antorchas de un catafalco. El río se revolvía indistintamente, horrible y lúgubre. Había aún linternas encendidas en una barca de lavanderas. Las pobres mujeres, para ganar veinte céntimos, sacuden la ropa hasta media noche.

He vuelto; me gusta esa casa; no hay mucha gente, no hay rigidez, se divierte uno; pero también ¡cuántas cosas reunidas!

Primero, cien mil libras de renta; es menester eso para llevar la vida elegante. Lujo antiguo; desde hace seis generaciones la familia goza de fortuna: nada que huelga a advenedizo. Ni camarillas ni ambición; huyo como de la peste de esas casas en que se va a hacer la corte y repetir un catecismo; monsieur de L... no tiene empleo, no lo desea, no tiene hijos por colocar. Es un epicúreo finamente burlón y nada malo, a quien todo ha salido a pedir de boca. Nada hay como la felicidad para hacer amable a un hombre. Con eso, y para colmo, letrado, casi artista, aficionado a todo lo que es bello y bonito, cortés y gracioso por excelencia; el cumplimentero más delicado de cuantos hombres he conocido. Nada de pasiones ni de ideas profundas; un tacto siempre despierto, miramientos infinitos, una manera de hablar correcta, exquisita; se escribiría lo que dice. Ha nacido gran señor y hombre de corte.

Primero ha sido oficial de Marina, lo cual le ha suministrado hechos sin echar a perder las ideas mundanas. Nadie tiene mejor tono ni maneras más dulces que los oficiales de Marina. Menester es; viven uno contra otro; cualquier rozamiento se haría intolerable. Eso es lo que eché de ver un tiempo en Nueva Orleans.

Quiere divertirse, su fuerte es éste; pero divertirse finamente, gozar de todas las cosas finas, por el espíritu, la imaginación, los ojos, por todos los sentidos. Su cocinero es un artista. Cuatro platos, a corta diferencia; platos sabios; pero no más. La comida superabundante indica provincianos o enriquecidos. No conviene que los invitados a las nueve de la noche se sientan pesados, están silenciosos, empastados como volatería gorda.

Diez o doce personas cuando más, que se conocen o tienen un nombre y un talento. En cuanto hay cola o los convidados ignoran cómo habérselas entre sí, no hay conversación, y la conversación viva, abandonada, variada, es el mejor postre. Mujeres adornadas, que placen a los ojos como un ramillete, ni cortadas ni provocativas, que discreta y acertadamente puedan juzgar de música y literatura, que saben el mundo, han viajado, no son gazmoña y por toda la vida se han despegado entre solicitudes, atenciones en el seno del bienestar seguro y delicado. Por encima de todo la conversación ágil y volandera, paseada en un instante sobre veinte asuntos, compuesta de retratos, de anécdotas sobre los hombres públicos, los bastidores de la política y del mundo, exenta siempre de pedantería y de intolerancia. Por último, el fino elogio, cambiado, perpetuo, tan agradable que gusta hasta cuando se le cree falso, y mejor aún, una manera de deslizar su aprobación a media palabra, con un giro picante, una imagen nueva. En suma, el gusto en todas las cosas, que es el arte de los placeres finos.

Esto es francés y parisiense; una nación no cambia mucho; cuando volvemos a caer en nuestro fondo retornamos al siglo XVIII.

Hay aquí una aristocracia, no de títulos o de poder, ni quizá de corazón; pero a lo menos de educación, de gusto y de ingenio. Por la noche, Andrés Zschokke ha tocado con su viveza, su riqueza de estilo ordinaria; después de él, una joven dama, toda delicada y graciosa, tímida aún y monona en su traje de seda pálida, ha tocado un vals y un nocturno de Chopín. Pensaba yo, escuchándola, en el acúmulo de mantillo y jardinería que ha sido menester para producir semejante flor; qué cultivo precoz ha podido poner en una cabeza de veintidós años la inteligencia de una música tan delicadamente dolorosa, tan aérea, tan

extrañamente matizada, de un perfume tan suave y tan silvestre. Es rica, honrada, ha sido criada, como todas las jóvenes, bajo el ala de su madre, en una semiignorancia. ¿Cómo de buenas a primeras ha podido comprender tantas cosas? La finura de sus nervios las hace las veces de educación y de experiencia; adivinan lo que nosotros aprendemos.

* * *

Cuento aún la morada; es menester este acompañamiento para sostener la melodía.

Un viejo hotel tranquilo en una calle de hoteles; nada de tiendas abiertas, ni de muestras en pleno viento, ni de pobres diablos enfangados; esto forma mancha; los lindos sueños de lujo y de bienestar tienen necesidad de no ser desordenados.

Esta calle de Barbet-de-Jouy es verdaderamente un paraíso de aristocracia; por detrás se extienden grandes jardines llenos de añejos árboles; es casi el aire del campo. Ayer, 28 de diciembre, una brisa húmeda y dulce removía los extremos de las ramas, la delicada red parda, la cabellera colgante de los abedules; el sol, en un chorreamiento de púrpura, desaparecía en el fondo del cielo, y venían a posarse enrejados de oro sobre las colgaduras a través de las puertas entreabiertas.

Han conservado la enorme y vieja escalera del siglo XVIII, de pasamanos de hierro forjado, por la que pueden subir tres de frente, en la que las faldas modernas, como otras veces los tontillos, pueden desplegarse con desahogo. En la antesala hay trofeos de armas, chinerías, toda suerte de extrañas curiosidades que el dueño de la casa ha traído de sus viajes; el acero bruñido de los yataganes y de las carabinas despide bellos reflejos severos, y los lacayos, aforrados, galoneados, graves, permanecen de pie con un aire decorativo como una tropa de jeduques.

El gran salón tiene veinte pies de altura; aquí a lo menos, lo cual es raro en París, se respira y, lo que es mejor, no se daña la vista. No se le ha chapeado de oro, historiado de estatuas, iluminado con pinturas, como en casa de un millonario de ayer que corre en pos de la belleza y sólo consigue el deslumbramiento. Algunos cuadros antiguos, que no son santidades ni tragedias; dos o tres retratos de grandes hombres o de mujeres célebres; aquí y allá un paisaje tranquilo; nada para la ostentación, todo para el goce; entre dos cabos de conversación los ojos se detienen en alguna amplia belleza veneciana que, volviendo el cuello, se prueba un collar de perlas y hace ondular la seda pálida de su falda, o sobre algún cuadro esculpido, bruñido, por el que corren en relieve figurinas y follajes; la tapicería roja, con flores de seda, envuelve y enlaza todas esas obras maestras con su tinte resplandeciente y grave.

Pero detrás hay un saloncito arreglado por su mujer para las muchachas y las señoras, de una frescura virginal, todo blanco, bajo delgados filetes de oro que parten en husadas, florecen sinuosamente en las cornisas, entrelazan los más delicados arabescos; caen fajados en encajes los cortinajes de un rosa tierno; sillones de seda amarilla, bordados de flores

lustrosas, hunden sus pies retorcidos en una alfombra profunda, sedosa, que parece hecha para acoger los zapatitos de raso y sentir el estremecimiento de las faldas rozagantes. Aquí y allá, en los ángulos, flores verdes, descabelladas, suben todas vivas, entre los dorados que joyean, hasta el corazón mismo de las luces. Los yaros en los aparadores inclinan sus vasos satinados, y las orquídeas extrañas, cuya pulpa es rosada como una carne de mujer, abren su pecho nacarado, que palpita al menor roce.

Todo está aquí a nivel; casi cada hombre, casi cada mujer se halla en la cúspide de esta civilización y de este mundo, las unas por su vestir y su gusto, los otros por su jerarquía o su cultura. Son como otras tantas plantas de estufa que se huelen pasando y os dan lo mejor de sí mismas al pasar, sin que os cueste más trabajo que dejar subir hasta vosotros el fino olor.

He acabado mi soirée en un baile burgués. El contraste es extraño.

En el piso cuarto, calle de Greffulhe, en casa de un jefe de negociado, quince mil francos que gastar por año; el piso es alto como un entresuelo.

En el mundo ese, las mujeres no son mujeres; no tienen manos, sino patas; el aire gruñón, vulgar; un medio traje, cintas que chillan. No se sabe por qué, pero se sienten chocados los ojos y como ensuciados. Los gestos son angulosos; falta la gracia. Se siente que son máquinas de trabajo y nada más.

La sociedad no puede componerse mas que de gentes que por su fortuna están por encima de un oficio, o que por su genio rebasan la especialidad. Esos son los únicos que tienen ideas generales; los demás son peones de albañil.

Las medias fortunas no tienen mas que un recurso: refugiarse en la vida casera y en la virtud.

* * *

El oficio deforma. Tengo a mi lado a una especie de ricachón retirado del negocio; ha adquirido la fisonomía maligna y grosera de un cerdo; sus ojillos relucen detrás de los anteojos; va mal afeitado; tiene unas feas sedas blanquizas que forman tufos alrededor de sus orejas. Es zopenco; masca y retuerce las palabras, y no encuentra sus frases. Ha compuesto un folleto sobre los algodones de América y ha sido su manera de entrar en la literatura. Pero se ha estado treinta años seguidos a la puerta de su tienda de novedades, doblando el espinazo ante las gentes que entraban y diciendo:

-¿Qué hay para servir a la señora? Si la señora desea muselina de lana, hemos recibido una fuerte partida que se ha desembalado ayer; negocio del todo ventajoso, que no puede dejar de convenir a la señora.

Semejante marca se conserva hasta al cabo.

Todas esas cabezas podrían pasar en interiores de Teniers; pero ¡entre dorados y bajo una araña!

Dos jefes de negociado; han envejecido detrás de una rejilla, cortando plumas, royéndose las uñas, acosados al volver a casa por su mujer, obligados para dotar a su hija a escatimar la manteca, la bujía, la leña; humildes ante sus jefes y ocupado el espíritu en el pensamiento de un aumento de cien francos.

Un juez. Se ha desecado en una sala demasiado caliente, bajo la cháchara de los abogados, entre las fisonomías bajunas e inquietas, en las malas exhalaciones, entre los olores dudosos; las pequeñas contravenciones huelen mal.

Con este régimen, las facciones se estiran, la expresión se hace mueca; el hombre parece tener de continuo dolor cólico o jaqueca; el tinte es terroso, descolorido como un agua turbia; los hombros se encorvan; no saben ya andar ni sentarse; han contraído tics; son tiesos o torcidos. Y lo mismo en cuanto al espíritu; no tienen ya las ideas prontas y libres. Están estrangulados por el miedo a comprometerse y por el afán de ganar; no ven ya las cosas en sí mismas, sino a través del interés de su oficina o de su tienda. Cuando la seda, los encajes o el frac vienen a envolver y adornar esas tristes espaldas se les mira con una especie de malestar. Son deformidades que andan.

Siempre el vicio de la vida parisiense: el gusto por la apariencia y la falta de buen sentido. Serían felices y hasta casi agradables de ver en su casa, bajo su lámpara, en grandes sillones cómodos, con una alfombra caliente y colgaduras dulces, el marido con bata, fumando su pipa, la mujer de gorro blanco con una sencilla cinta, ocupada en coser. Es la vida alemana, tan sana y tan sensata; era la vida flamenca. Prefieren mejor tirar el dinero por la ventana y hacerse grotescos.

Capítulo IV Los bailes públicos

Las once de la noche; pasaré una soirée agradable. No es posible divertirse mas que en París; nada hay alegre sino los bailes de París; por lo menos así me dijeron en América.

En el Casino, calle Cadet.

Seiscientas personas, poco más o menos; hedor de gas, olor de tabaco, calor y vapor de los cuerpos amontonados. Hay unos rinconcitos en que se puede beber, una especie de foyer en el que se codea uno, una gran sala de baile con un pavimento blanquizco, regado; aquí y allá bancos de viejo terciopelo usado, un mobiliario de casa de huéspedes.

Muchas mujeres son lindas, de cara regular; pero todas gastadas, ensuciadas por el afeite. Han cenado, velado; a la mañana siguiente, mucha pomada y cold cream; esto las da un tinte único. Las voces son roncadas, rajadas o agudas. Marieta la Tolosana tiene esa voz tensa, endurecida que dan los chicos. Medios trajes que forman un término medio entre el de la griseta y el de la señora; apuesto a que veinte de esas manteletas han sido alquiladas para la noche o estarán empeñadas mañana.

La más notada es esa Marieta. Súbese sobre los bancos; las dos filas se aproximan, los hombres se ahogan para verla bailar. Tinte bistrado, talle grueso, flaca sin embargo; pero toda músculos. Levanta la pierna por encima de la cabeza, lleva «pantalones».

Suda, se esponja, hace esfuerzos como un saltarín de cuerda. Se encuentra bonito eso. Mi vecino pretende que se come veinte mil francos por año.

Habla y no le falta chispa; pero las cosas que dice no pueden escribirse.

Baila levantando sus faldas a pleno puño. (Ya he dicho que llevaba pantalones; pero necesito repetirlo.) Cuando el pie llega a la altura de los ojos, lo toca con la mano. Grandes aplausos y runrunes.

Los saltimbanquis lo hacen mejor; pero ésta enciende a su público.

Tiene envidiosas. Una mujer a mi lado dice:

-Marieta baila bien; pero es algo canalla.

No he visto mas que tres o cuatro hombres que por el traje y el porte fuesen de mundo, y aun no les he oído hablar. Algunas cruces de honor; pero las cruces de honor no van siempre al encuentro de los hombres de gusto. El resto se compone de estudiantes y horteras. Muchos parecen horteras, cobradores de ómnibus, mancebos peluqueros, taberneros. Hay trajes y sombreros como los que venden los traperos ambulantes. Bailan y pernean como las mozas.

Esto no se explica sino por la extrema vulgaridad y aburrimiento del oficio. De igual manera los marineros, apenas desembarcados, cocean por los arrabales. El dependiente que ha vareado todo el día, el cobrador de ómnibus que tiene una noche libre, se sienten a gusto viendo menear las piernas.

Las muchachas se divierten como beben los obreros. Alborotan, alargan grandes brazos, dicen palabras crudas, por necesidad de excitación; agregad el placer de ser miradas. No cabe imaginar las cien mil vanidades furiosas y rampantes que quisieran levantar cabeza. Todas las mujeres de este mundo, y muchas mujeres de mundo, envidian a las actrices.

La necesidad de excitación: ésta es la gran palabra; llegar a la luz, al rayar el día, tener removidos los nervios, sentir el estremecimiento intenso del goce, tener vino de champaña

en la cabeza, nada más francés; hay algo de madame Bovary en cada francesa; pero aquí la embriaguez es de vino peleón.

25 agosto.

En Mabilie.

¡Cuántas veces había oído hablar de Mabilie! Los jóvenes sueñan con él; los extranjeros llevan aquí a sus mujeres. Los historiadores lo mencionarán algún día.

Los Campos Elíseos, por donde he cruzado, me han parecido lúgubres; una obscuridad palpable, llena de polvo y de emanaciones espesas: cigarros, lamparillas, vapor humano; en esta negrura vaga miserables árboles polvorientos, amarillentos, enfermos; aquí y allá las manchas vacilantes del gas y los raros faroles de los coches que avanzan a paso monótono como pobres luciérnagas. Por doquier sombras atrafagadas, amontonadas, que se cruzan y que, atravesadas al pasar por un rayo de luz, tienen el aire de espectros.

En la noche enorme flamean dos o tres oasis de luz: son cafés-conciertos. Mujeres escotadas como para el baile hacen parada entre dos montantes de cartón dorado, bajo una claridad blanca y cruda. Van pintadas, blanqueadas con polvos; tienen el aire impudente y encogido; están para mostrarse a tanto la hora; comprenden que el público quiere escotes; que cuando más se las oye de un oído; que la gente bosteza, charla, fuma, se despereza durante su música.

Una de ellas, sonriente, hacía arrumacos poniéndose la mano sobre el corazón para marcar mejor el ritornelo. Quince o veinte aplausos de una claqué pagada; gritan ¡otra!; vuelve a empezar con un saludo agradecido. Mi vecino refunfuña:

-¿Acabarás, zapato viejo?

Alrededor del recinto exterior una banda de burguesas, de obreros, alarga el cuello para ver a las cantadoras y aprovecharse sin pagar. Parece sientan envidia de ese miserable placer adulterado: un resplandor brutal, un lujo de dos sueldos, un goce manchado y sobrecargado, he ahí la felicidad para todo ese mundo.

Entro en Mabilie a las diez de la noche. Gran baile a cinco francos para los hombres, a franco para las mujeres; muchos municipales; hay apreturas para ver la entrada.

Primero una grande alameda, diapreada de vasos de colores; después bosquecillos, parterres de verdura iluminada. Los mecheros de gas alargan su llamita azulada a ras de tierra entre las flores. Las lamparillas, los vasos transparentes forman círculo alrededor de los céspedes. Se huele vagamente a grasa y aceite. Los árboles descoloridos, bajo la claridad oblicua, toman un aire cadavérico, extraño. Esos pretendidos jarrones corintios, esos biombos pintados en engañojos para alargar las alamedas hacen encogerse de

hombros. Por encima de ese amontonamiento campestre se desploman las esquinas agudas, los morrillos de una enorme casa; los pequeños casquijos lastiman los pies. Decididamente carezco de entusiasmo.

Un quiosco en el centro con músicos; son pasables. Sin embargo, el director de orquesta mete ruido para imponer el compás.

Alrededor hay un ruedo embaldosado en que se baila. Verdaderamente se baila bajo un calor horrible, enjugándose el sudor. A lo que se dice, los hombres están pagados; las mujeres se menean gratis, para ser miradas, y comprenden que esta mirada es de desprecio. ¡Singular placer ver bailar a esas pobres muchachas, la mayoría marchitas, todas con el aire envilecido o espantado, con sombrero, con manteleta, con botines negros! Se tienen ganas de darlas veinte francos, de enviarlas a la cocina para que coman un biftec y beban un vaso de cerveza.

Los hombres son peores; pernean como canallas, como pilletes viejos, como parroquianos de taberna, mugrientos, el aire aburrido, calado el sombrero.

Un gran círculo moviente ondea alrededor; son mujeres acompañadas o solas, con gasa blanca, sombrero pequeño, lunares visibles, la mayoría demasiado gordas o flacas. Trajes dudosos, casi siempre exagerados o ajados, con desentonos, como una obrera que se emperifolla o una tendera de modas que se pone encima el fondo de su almacén.

Hay conversaciones curiosas; una mujer alta, vistosa, de cabellos rizados, empolvados, se tropieza con un hombre que le dice:

-¡Hola, Teodora! ¿Vos aquí?

-Sí, y vos también. ¿Habéis vuelto?

-Sí.

-¿Estáis en París?

-Sí.

-¿Vendréis a verme?

-¿Dónde?

-Calle de los Mártires, 68.

-¿Siempre el mismo nombre?

-¡Siempre!

-¿A qué hora?

-Toda la tarde.

-Bueno; uno de estos días.

-¿Cuál?

-Veremos.

-¿Pronto?

-Veremos.

-¿Esta semana?

-Veremos.

-Corriente. Buenas noches. ¡Cochino piojoso! Todos nos aplazan así como ése.

Muchos extranjeros, alemanes, italianos, ingleses sobre todo, que las cogen la barbilla. Se cambian direcciones, se discuten los valores como en la Bolsa. Aquí y allí gritos verdaderos, gritos del corazón: una hermosa muchacha, fresca, bien enguantada, encantadora en su traje de seda azul pálido, casi una dama, en pleno café le grita de pronto en alta voz a su caballero: «No quiero que me amuelen así; déjame en paz.»

Por fin encuentro un rincón tranquilo, cerca del gran salón desierto: son gentes de mundo; se ve perfectamente; llevan trajes convenientes, cuyas partes armonizan todas; se tratan con miramientos; tienen aire de hallarse a sus anchas, en su casa; ríen y se burlan de esta manera ligera que es propia de los franceses, casi sin tocar, a lo menos sin apoyar, en un instante. Uno de ellos decía de las gentes del contorno:

-Dan vueltas como animales en la jaula; esto es la barrera del combate.

Esto no tiene sal aquí; pero allá, lanzado negligentemente, con un lindo gesto, iba a fondo.

Tienen una mujer entre ellos y la tutean; entre ellos, maneras perfectas; con ella es lo contrario. Uno de ellos, muy alto, de barba inmensa, con porte de oficial, la dice en alta voz cosas salaces, más que salaces. Ríense; ella se sonríe con algún embarazo. Continúa y acaba en Rabelais; nuevas risas. No va mal ni pretenciosamente vestida; no tiene malos modales; pero con esas mujeres el tono es del todo grosero. Supongo que hallan gusto en osar, en arriesgar; se pasa por encima de una conveniencia como se rompen los platos después de cenar, por capricho y para armar ruido. El defecto de ésta es ruborizarse algo, no ser francamente pelandusca o señora. Todas son así, menos dos o tres que tienen genio; semitímidas, semiimpudentes; no saben asentarse en su estado.

Una, sin embargo, toda de blanco, envuelta en largas muselinas y bordados flotantes, hablaba inclinada sobre una silla, sin estar demasiado inclinada, sin pensar demasiado en ser vista; hablaba en buenos términos y hasta finamente. Por último se ha levantado, ha dado la mano a sus dos vecinos, ha cruzado sola por el gran salón; treinta y dos años; semblante fatigado, pero inteligente; andaba bien, no tenía el aire embarazado ni insolente.

La he escuchado diez minutos; no hablaba muy alto; evidentemente a los ojos de todas esas gentes había hecho sus pruebas; se la trataba como camarada; había adquirido el valor de un hombre, de un hombre diestro, de mundo, capaz de prestar servicios, de tener su puesto y de conservar su puesto. Decía de Adriano de Beaugency, su antiguo amante:

-Aún me mira, aunque casado. Anteayer, en el Gimnasio, cogió los gemelos de su mujer para mirarme. Me saluda en el Bosque. ¿Verdad que es chusco?

Esto ha estado muy bien dicho, sin amargura, sin los grandes aires de víctima, como persona que conoce la vida.

Un vecino pregunta si madame de Beaugency no está celosa.

-¡Oh! Sabe bien lo que ha pasado. Si una mujer estuviese celosa del pasado de su marido tendría hartos que hacer. Al fin y al cabo, yo he sido quien lo ha casado. He conocido a su hermano y he casado también a su hermano.

-Por lo mismo hablan de vos con toda suerte de respetos y consideraciones.

Con eso ha roto la conversación; no ha explicado su gran corazón, no es vulgar. Ha vuelto en seguida a otro asunto y se ha puesto a hablar de uno de sus amigos, grueso, corto, siempre chusco. Sabe jugar con la conversación, no fastidiar a su mundo. Nada más raro. La más célebre, al bajar ayer en peinador de blondas a su billar, encuentra a dos hombres que juegan.

-¿Cuánto jugáis? Desde luego la ganancia es para mí.

Tiene cuarenta mil libras de renta. Costumbre de agarrar cien sueldos.

A media noche, cola; esto se convierte en un mercado; se me ha reconocido, por mis gemelos de los puños, por un extranjero rico; me han cogido del brazo y me han estrechado la mano; me he visto obligado a enviar a paseo a dos personas demasiado encantadoras.

* * *

He querido verlo todo y he ido al baile Perron, en la barrera del Trono. Siete sueldos la entrada, y se tiene derecho gratis a veinticinco céntimos de consumo; es una guinguette.

¡Qué linda palabra esa de guinguette y qué bien suena al oído! Se han visto guinguettes en la Ópera cómica o en las estampas del siglo XVIII o en casa de Beranger. Imagínanse con esta palabra palmitos taimados, gorritos bien ajustados, talles esbeltos y flexibles. Toda la alegría, toda la vivacidad francesa y parisiense está en eso ¿verdad? Bueno: he aquí esta guinguette.

Un centenar de bajas grisetas y cincuenta bribonas que huelen de una legua a San Lázaro y la Prefectura de Policía, de tez reluciente, plomiza, con cabellos pegados y jetas impudentes o tristes. Mi vecino le dice a una maritornes que baila:

-¿Es que la Salpètrière ha bajado hoy a la barrera del Trono?

-No; es Mazas que se ha vaciado hoy en la barrera del Trono.

Ha habido que separarlos.

El rasgo dominante es que todos, salvo uno o dos, son delgados y pequeños. Muchos parecen niños; hay mujeres de cuatro pies de alzada. Todo eso es desmirriado, garrapata, ruin, mal construido. De padres a hijos han bebido vino peleón, comido chuletas de perro, respirado el aire infecto de Bobino y trabajado en exceso para divertirse mucho. Las caras están retorcidas, arrugadas; los ojos, ardientes. Esta vida parisiense, en los bajos fondos, ha pasado al hombre por el alambique, lo ha concentrado, quemado, gastado. Con el vino ha hecho tres-seis.

Ahí se ve bien el tipo del obrero parisiense. Con blusa azul, el aire emprendedor, la cabeza echada hacia atrás, rebulle bailando con una velocidad increíble. Transpira la vanidad y también el placer de hacerse el bravo contra la regla, con un fondo de sensualidad bribona. Cabeza redonda, despierta y viva, con ganas de aparentar. Eso puede hacer un héroe en Sebastopol o un furioso en una barricada.

Hay una riña en la puerta, y los municipales, por un instante, han dejado de vigilar el baile para acudir allí. En el momento, gresca en la sala, piernas al aire, cancán infernal; vuelven los municipales y todo entra de nuevo en orden. Diríanse estudiantes en chilindrina que de pronto han visto al ayudante de la clase. Somos muchachuelos y nos es menester una férula.

Se les da aquí todo a la gente por su dinero. Los músicos soplan infatigablemente. Apenas ha acabado un rigodón cuando entra otro en contoneo; pasa el bastonero, empujando, acoplando las parejas, con una actividad y una velocidad extraordinarias. Ni un minuto de intervalo entre dos figuras. ¡Qué diferencia entre esa fiebre de hormigas rabiosas y el tranquilo contento, el dulce goce de los jardines de placer, en Alemania!

Hay uno o dos soldados en la orquesta; el uno para el tambor, el otro para los címbalos; éste lleva anteojos, serio, atento, como si se tratara de pegar fuego a una mina. El cornetín se ha quitado el frac y sopla, echado hacia atrás, con la frente sudosa, las mejillas encendidas. El flautín es un jorobado, un canijo desecado, con una cara carbonosa toda

puntiaguda y unos ojos que relucen como llamas. Un buen viejo canoso paciente rasca el contrabajo. Meten todo el ruido que pueden.

Los concurrentes churrupean su café, beben, se echan al colete grandes tragantadas de cerveza, llenan sus oídos y sus ojos con el tumulto; es para descansar del tirapié o de la garlopa. Lo triste es la presencia de siete u ocho obreritas que tienen el aire honrado, y de muchas familias, padre, madre, hijos, que vienen a ver. Allí aprenden que el placer es el griterío y la crápula.

Capítulo V

Consejos a mi sobrino Anatolio Durand sobre la manera como debe conducirse en el mundo

Sobrino mío: Tengo ochenta mil francos de renta, un principio de enfermedad del hígado y carezco de hijos. Por eso no dudo leeréis estos consejos con atención profunda.

Hasta es probable que me felicitéis por ello y me deis a entender que tengo mucho talento. Recibo las felicitaciones de diez a once de la mañana; pero andad con cuidado con las frases.

Os exhorto a que no imitéis las maneras modernas, que consisten en tratar como camaradas a los parientes mayores. Si, por ejemplo, para felicitarme viniérais a darme palmaditas en el vientre y me dijeseis: «¡Bravo, barbián! ¡Olé por el tío literario!», resultarían de ello muchos inconvenientes. Sam, mi criado, os pondría de patitas en la calle, o bien yo os tiraré por la ventana.

* * *

Podéis poner en vuestras tarjetas Anatolio con todas sus letras. Anatolio ennoblece a Durand; eso es necesario sobre todo si os casáis: Madame Anatolio Durand. Esos nombres de pila son hoy jaboncillos de villanos. Pero si jamás encontrase en vuestras tarjetas Anatolio du Rand, o d'Urand, podéis despediros de los dólares que he recogido en la salazón y en los petróleos.

* * *

Coméis en demasía; a los veinticuatro años tenéis la cuadratura de un hombre de treinta y seis. Sin embargo, esas especies de torsos hacen hoy de buen ver en el mundo. Desde hace diez años un matiz de brutalidad completa la elegancia. Puesto que al presente las mujeres copian las Magdalenas, bien pueden los hombres aproximarse a los faquines.

* * *

El día de una presentación poneos botas de charol de veintiocho francos a lo menos, de cuarenta francos si podéis. Cerca de los cuarenta francos sois un gentleman; el zapatero suaviza el cuero, machaca la suela, establece una pendiente desde el empeine al dedo gordo, esparce sobre todo el calzado un lustre delicioso, y se concluye de los pies a lo demás.

* * *

Una frente desguarnecida sienta bien; anuncia que se ha vivido. Sin embargo, bueno es añadir a ello una barba amplia, mejillas sanas, fuertes dientes, un aire de mocetón atrevido; en una palabra: la prueba de que se vive aún. En 1830 se gustaba del tuberculoso exaltado; ahora, del avisgado positivista. Después del reinado de los nervios, el reinado de los músculos.

* * *

No fiéis en ello, sin embargo, sino a medias. Entre treinta mujeres en un salón hay veinticinco chochas que rumorean con su plumaje y cuyo gorjeo consiste en repetir la frase que corre; pero hay cinco personas finas y os juzgan. Anteayer, tendido sobre un pont rosa, entre dos mujeres bonitas, hacíais la rueda; os pasabais por los cabellos vuestra ancha mano blanda, cargada de sortijas; habíais echado atrás por ambos lados los faldones de vuestro frac, y redondeabais vuestro pecho tan bello; inclinabais la cabeza hacia atrás, complacientemente, y las contabais cuentos, satisfecho de ser escuchado y de hablar tan

bien. Cuando después de haberlas dispensado vuestros favores os habéis levantado para llevar a otras vuestro aire radiante y vuestra encantadora sonrisa, se han mirado un instante sin hablar, y he visto bajarse imperceptiblemente las comisuras de aquellas bocas tan finas, mientras los hombros, remontando un poco, hacían estremecer los encajes del corsé.

* * *

Entre todos los hombres que he conocido, el que goza de más favor entre ellas tiene sesenta años. (No vayáis a tomar vuestro aire de entendido y creer que designo con palabras encubiertas a monsieur Federico Tomás Graindorge; monsieur Federico Tomás Graindorge ha vivido por demasiado tiempo en América para ser otra cosa que un animal taciturno y americano.) El afortunado sexagenario que os propongo como modelo emplea para eso una política muy sencilla: la del gran mundo que acabó el 89; las admira y las ama, y ellas lo ven bien al cabo de un instante. Al punto que se acerca a unas faldas se siente cerca de un ser delicado, precioso, frágil, al que apenas hay que rozar con la punta del dedo. Entra en sus ideas, hace salir de ellas juicios finos, caprichosos, singulares, palabras lindas que habrían quedado apelonadas interiormente y como espantadas de emprender el vuelo delante de otro; sigue el remonte y las sinuosidades de su imaginación viajera; basta que hablen, que los racimos de su tocado ondulen, que el labio reidor o mohíno forme un pliegue para que quede encantado. Parece decirles: «Brillad y sonreíd; es felicidad que nos dais y demasiada gracia que nos concedéis.»

Este ejemplo no es contagioso, y por eso os lo ofrezco.

* * *

Hay que mantenerse bien y correctamente al aburrirse uno. No fruncir el ceño; eso sería descortés. No sonreírse a sí mismo; eso parecería fatuidad. No contraer los músculos del rostro; creeríase que estáis hablando con vos mismo. No echarse en el sillón; son modales de taberna. No inclinarse demasiado hacia adelante; parecería que se miran las botas. Haga el cuerpo un ángulo de cuarenta grados con las piernas. Guardad la expresión vacía y decente de un príncipe en una ceremonia. También podéis hojear el álbum de fotografías.

* * *

El hombre decente en París miente diez veces al día; la mujer decente, veinte veces al día; el hombre de mundo, cien veces al día. No se ha podido contar jamás cuántas veces al día miente una mujer de mundo.

* * *

Hay en todo matrimonio una llaga, como un gusano en una manzana.

* * *

Se estudia tres semanas, se ama tres meses, se disputa tres años, se tolera treinta años, y los hijos vuelven a empezar.

* * *

Una mujer se casa para entrar en el mundo; un hombre, para salir de él.

* * *

Cuando una mujer juzga a un hombre se lo representa de rodillas y tierno; jamás en sí y en su propio valor. Si en esta actitud se lo imagina ridículo, todo se acabó; aunque fuese el primero de los hombres, para ella es un grotesco. Lo evita en la mesa, no quiere bailar con él, y se pregunta por qué no lo mandan a la antesala.

* * *

Cuando una mujer va al mundo y no es para pescar un marido o un amante, es para pescar la idea de un marido o un amante para sí o para otra. Todas las ideas van a parar a ésta, como los ríos al mar.

Poco le importa a una mujer el talento, la belleza, el verdadero mérito; los reconoce, pero de boca. Me gusta; esta palabra lo dice todo y se lo lleva todo. Es como la elección de un sombrero o de una cinta: me place; eso significa que hay en ello una conveniencia secreta, un adorno picante, el contento de algún extraño deseo personal, refinado, hasta excéntrico. Así, un porte desembarazado, guantes frescos, una linda frase viva, un tono de voz vibrante producen su efecto; en una palabra: la cocina apropiada a su paladar. Me gustan las cerezas, vengan cerezas.

* * *

Lo propio de un espíritu de mujer es que, salvo en los momentos vivos, todas las ideas son vagas y en camino de fundirse una en otra. Penetráis en él como un fulgor en una niebla moviente y rosada.

* * *

En el primer baile dice una niña: «¿Ando bien? ¿Me caeré al bailar?»

En el segundo: «¿Me han encontrado bonita? ¿He tenido éxito?»

En el tercero: «La iluminación era espléndida; la música, deliciosa; he bailado todos los bailes; los pies me retozaban; estaba como ebria.»

En el cuarto: «¿Le gusto a monsieur Anatolio d'Urand, que tiene un tío en la salazón y el petróleo?»

* * *

Los bailes son útiles. Palabras vacías; pero los dos extraños animales, el macho y la hembra, misteriosos; infinitos el uno para el otro, traban conocimiento.

* * *

Muchas enfermedades por efecto de los miriñaques y del corsé. Cuerpos delgados, hombros demasiado estrechos. Entre cuatro, dos son huesos que prometen; uno, un hueso que no promete. Un cuarto irá tísico a Niza. Un cuarto, a los veintiséis años, se arrastrará seis días por cada siete en una chaise longue.

* * *

Por otra parte, cuando veáis que vuestra futura tiene mejillas sonrosadas y ojos cándidos, no deduzcáis que sea un ángel, sino que la acuestan a las nueve y ha comido muchas chuletas.

* * *

Tenéis las uñas sonrosadas; esto no es razón para que os rasquéis públicamente la punta de la nariz.

* * *

Mirabais mucho el otro día a mademoiselle Margarita S...; sale del convento; no levanta los ojos, salvo para consultar los de su madre; es piadosa; se la ha almibarado en la devoción como un confite en azúcar. Os advierto que es un confite de sorpresa. Hace quince días despidió, después de darle las gracias, a una amiga suya que quería presentarle un católico practicante. «Pero ¿por qué?» «No sé.» «Pero, en fin, alguna razón hay que dar.» «Pues bien...» «Pues bien, ¿qué?» «Pues bien: me parece que un hombre como ese debe de ser algo corto de alcances o tener manías.»

¿Dónde diablos habrá pescado esta idea? ¿En el convento? Imposible. ¿En algún periódico? No los lee. ¿En un libro? Se los dan escogidos y se recortan con tijeras los párrafos sospechosos. ¿En la conversación? Jamás ha dicho ni oído una palabra fuera de la

presencia de su madre, de su tía o de su abuela, tres Argos inatacables. Tal vez un día, en el baile, sobre semejante asunto, ha notado una sonrisa al vuelo. Eso basta; la menor pavesa, al volar, cae sobre esas cabezas como sobre un cartucho de pólvora. Cuando no saben nada, sospechan de todo.

* * *

Tres procedimientos cuando una mujer se levanta del piano:

Si os halláis lejos, alzad las manos visiblemente para aplaudir; es un modo de enseñar vuestros gemelos de los puños y la bonita manera como vais enguantado.

Si estáis cerca, haced desfilar a media voz la lista de los adjetivos: «Admirable, gusto perfecto, ejecución brillante, sentimiento verdadero.» Si la música es tonta, soltad los grandes epítetos: «¡Maravilloso! ¡Fulminante!» Si se quiere insinuarse, aprender algunos términos técnicos: «Segunda parte, magistral, cambio de tono, pasaje en menor, esos trinos son perlados, etc.»

El grado superior consiste en saber los nombre de las principales obras de los maestros y citarlas en voz baja, con una especie de intimidad, como un iniciado que entra en el templo de los misterios. Con eso se entra en conversación; ruedan las confidencias admirativas; la encantadora pianista se siente tan contenta de su talento como de sus dedos y cobra estimación a monsieur Anatolio Durand o d'Urand.

Último procedimiento. Es el más hermoso, pero de ejecución difícil. Estudiar en Berlioz, Fetis, etc., la biografía de los maestros; saber la diferencia de los estilos; conocer anécdotas en apoyo; partir de ahí para improvisar una apreciación del genio de Mozart o Weber; insistir en la delicadeza, la distinción, el encanto poético inaccesible al vulgo, y dar a entender, sin decirlo nunca, que la intérprete tiene el alma del compositor. Hela ahí comprendida. Esto conduce a todo.

* * *

Cuatro especies de personas en el mundo: los enamorados, los ambiciosos, los observadores y los imbéciles.

Los más felices son los imbéciles.

* * *

He visto grandes hombres; por lo común no suelen tener éxito; quiero decir los verdaderos grandes hombres. Están preocupados, y si se mezclan en la conversación, chocan y se sienten chocados.

* * *

Una idea en un hombre se parece a esa estaca de hierro que los escultores ponen en sus estatuas: la empalan y la sostienen.

* * *

Un grande hombre es absorbente porque está absorbido.

No os fundéis en eso para engulliros, como hicisteis ayer, dos tazas de té, tres tazas de chocolate, dos pasteles y sandwiches.

* * *

Imposible subsistir en el mundo sin una especialidad. Hace ochenta años bastaba ir bien puesto y ser amable; hoy un hombre así se parecería demasiado a un mozo de café. Los elegantes ordinarios hablan ahora de caballos, carreras, cría. Os aconsejo la economía política; esto presta mucho relieve para con los hombres; además, los versos de circunstancias; esto va muy bien en los veraneos.

* * *

Cuando os ponéis vuestra corbata no reneguéis contra la estupidez del uso. Un salón es una exposición permanente; sois un artículo, y un artículo sólo se vende exponiéndolo.

* * *

El único mal, a este respecto, es la hipocresía. Sois perros que corréis cada uno tras de su hueso; hay que comer, yo os lo apruebo; pero, ¡por Dios!, no digáis que desdeñáis los huesos, y si es posible, no os deis tantas dentelladas.

Capítulo VI La parisiense

- I -

4 octubre.

Dos meses en Alemania; de regreso a París quédase uno todo sorprendido. Es otra especie de mujeres.

Ayer he comprado guantes que no sé qué hacer con ellos; te, que no me gusta; te o grama es lo mismo; casi me dan ganas de ir a buscar más; la manera como lo venden vale el dinero que se da.

Dos muchachas se han adelantado para recibirme; andaban tan bien como verdaderas damas; el cuerpo se deslizaba hacia delante sin que se percibiese el movimiento de los pies; las faldas de seda hacían el frufrú más discreto. Me he extraviado en los nombres chinos de los tes; he pedido explicaciones; me han traído una silla; quería ver sus gestecitos, prolongar su gorjeo. Nada de embarazo ni de descoco; la voz más suave, mejor modulada, una fina sonrisa, complaciente; una prontitud sorprendente en comprender movimientos menudos, graciosos, el manejo de la más hábil ama de casa.

No es solamente por especulación y para vender; son así desde el primer momento, y naturalmente, se complacen en agradar como en vestirse coquetonamente, en alisar sus cabellos, en encuadrar su talle en una guarnición moaré, en estrechar sus muñecas en manguitos blancos.

Algo pálidas; velan hasta demasiado tarde, en un cuarto calentado, bajo una luz viva, y entonces los polvos de arroz hacen su oficio; otra semejanza con las damas de salón. En realidad valen lo que ellas; igual alcance y los mismos límites.

Ellas lo saben. En Francia, en el fondo de su corazón una camarera se cree igual a su ama. «Tengo tanto talento, soy tan bonita como ella; ya se vería si yo tuviera trajes.» Y, en efecto, en seis meses un amante conveniente las estriega; lo aprenden todo, hasta la ortografía; de nacimiento les viene la réplica viva, y en punto a sentimientos están a igual nivel.

Esto no es ninguna frase satírica; tienen mucho de bueno: la claridad y la decisión de espíritu; el talento de administrar; en caso necesario, la perseverancia y el valor. He pasado una hora después por la calle de los Lombardos. Hasta media noche la joven esposa permanece sentada junto a la ventanilla de cristales sacando sus cuentas; tiene un brasero a los pies y permanece sin moverse durante quince horas. Las melazas, los cueros, las porcelanas, los vendedores, los compradores, los dependientes, la criada. Los niños, desde el lunes por la mañana al sábado por la noche; nada se escapa a sus ojos; sus órdenes son netas; sus libros, exactos; se la obedece; es un buen teniente, mejor, a menudo, que su capitán.

El hombre a veces se deja doctrinar; después de haber echado pestes, su atención se embota; si el adversario se insinúa, ofrece una buena comida, se hace pasar por un bravo mozo, campechano y sin malicia, va a ceder, meterse en un mal negocio; pero la mujer hace señal con el dedo, comprende, se detiene.

-Es decir, no; hasta mañana; lo consultaré con mi mujer.

Por la noche queda catequizado, y al día siguiente hétele acorazado de desconfianza y de argumentos nuevos. Supongamos que no la consulta; entonces sale ella de su vitrina, interviene. «Pero, amigo mío, ya sabes que...» Y en seguida emprende la discusión por su cuenta; el terreno queda reconquistado con una carga. Se mantendrá firme una hora, y su voz penetrante, su espíritu afilado como un cuchillo acabarán por cerrar el pico del adversario. Se trata de intereses; las frases no hacen presa en ella; sus ideas están clavadas en su cerebro como alfileres en un acerico; no saldrán de allí; sería menester para extraerlas desmontar toda la máquina; un espíritu de hombre es accesible al razonamiento; un espíritu de mujer no lo es.

Conozco algunas que han hecho de su marido un dependiente, todo con gran provecho para la casa; él, en mangas de camisa, clava las cajas, hace los recados y echa una copita con las parroquianas de cuantía; ella, seca, negra, mandona, da las instrucciones, hace fabricar, toma los grandes partidos, decide que tal modelo está pasado de moda y se venderá con pérdida. Se trata de botones; posee precisamente el grado de cerebro que es menester para imaginar el botón de moda y barato.

Creo que su triunfo, el triunfo de una francesa, es ser encargada de café, de un hermoso café se entiende: mujer bonita, bien trajeada, ocupada en sonreír, en vender, en parada y en funciones, medio decente y medio provocativa, agradable durante cinco minutos, y para

todo el mundo, en una sala que es a la vez una tienda y un salón; allí se está como una cabra en su prado.

¡Cómo se siente eso por contraste! ¡Qué bien pinta un café parisiense al verdadero francés, varón o hembra! Hallábame en Nuremberg hace quince días; al marchar, mis amigos me han conducido a una cervecería; las personas bien educadas van allí como las demás.

¡Singular lugar de diversión! Un amontonamiento de hombres de todas condiciones, de levitas, de blusas, bajo la blancura cruda de los mecheros de gas, en una nube de humo, al runrún de una conversación ensordecedora, con un vapor de cuerpos apretados, que se prestan calor unos a otros, todos de codos, bebiendo, pipando y gargajeando. Se encuentran bien allí dentro; tienen los sentidos obtusos; este aire pesado y sucio les hace el efecto de un levitón bien caliente y bien grueso. Su goce es su quietud. Fuman pacíficamente o hablan cada uno a su vez sin interrumpirse.

Muchos tienen el aire como cuajado; antes de responder permanecen en suspenso un cuarto de minuto; se ve el reloj interior ponerse lentamente en vaivén, empujar una rueda a la otra, hasta que por fin, y con atascaderos, da la hora; además de las palabras algo vivas son osos forrados de grasa, insensibles a causa de este colchón natural.

Las reinas del lugar son por el estilo. ¡Cuán diferentes de nuestras francesas! Dos mujeres, las dos mujeres de la casa: la hija, una regordeta fresca, os miraba a la cara con una interrogación franca y no pensaba más que en su cerveza; la madre, alta, apacible, fuertemente armada, con aire de una honrada ternera que rumia, embarazada de ocho meses, circulaba alrededor de las mesas, se mostraba sin empacho. ¡Figuraos los comentarios en un restaurante parisiense!

Por el contrario, en el cuarto de arriba, una quincena de jóvenes, horteras, empleados, estudiantes, sentados en torno de una larga mesa se han quitado la pipa de la boca y cada uno se ha sacado del bolsillo un papel de música. El de en medio ha hecho una señal y se han puesto a cantar un coral, el más grave, el más noble, una composición del viejo Bach. Las dos mujeres se enjugaban los ojos con el delantal. Entre un lindo traje o semejante sentimiento, ¿qué vale más?

Eso según; hay días en que prefiero la langosta y otros en que me gustan más las ostras.

- II -

Tendera, mujer de mundo y loreta: he ahí los tres empleos de una francesa; sobresalen en eso y solamente en eso.

Cuestión de temperamento. Suprimid los tocados, el boato visible y ved el ser interior. El ser interior es aquí un husarcito despabilado, un golfo avisado y atrevido a quien nada

desmonta, a quien falta el sentimiento del respeto y se cree el igual a todos. No le hacen las faldas; hay que ver el alma. Creemos enseñarles la timidez a domicilio, y no toman mas que la mueca, y aun esta apariencia cruje a los tres meses de matrimonio y de mundo; en un instante queda hecha la voluntad y brota la acción. Es menester que manden, o a lo menos que sean independientes. La subordinación las ahoga; chocan contra la regla como un pájaro contra sus barrotes.

Por ejemplo, el marido se pasea por el cuarto preguntándose cómo pasará la velada; hete ahí a la mujer crispada de nervios, se levanta como movida por un resorte y con su voz breve, vibrante: «Pero ¿qué haces dando vueltas como en una jaula? ¿Acabarás? Eso son los hombres, maricas que no se deciden nunca.» Ella sí es decidida; no comprende que se traguen así los razonamientos.

El padre, a la mesa, dice que le gusta no sé qué; la hija le interrumpe: «Papá, tienes de mí» A los diez y seis años se hace centro involuntariamente, todo lo refiere a sí misma, a su padre con lo demás.

El último hijo, una rapaza de tres años, juega con la muñeca en un rincón, y el tío que llega le pregunta qué hace allí: «Tío, pues abre los ojos y lo verás.» A los tres años hace ya sentir al tío que el tío es un imbécil.

Por el contrario, he visto una niña el día de una gran quiebra, cuando los hombres, consternados, se estaban en sus sillones, pendientes los brazos e inertes, erguirse y decir: «No hay que llorar; es menester pan para los hijos; seré señorita de escritorio; Carlos, anda por los libros y hagamos cuentas.»

Ved aún, en el dibujo de Raffet, esa pobre cantinera cuyo hijo acaba de morir de un balazo; no llora, recoge el fusil, muerde el cartucho, sus dientes están apretados, apunta: «¡Oh, tunantes!»

Una inglesa, una alemana habrían llorado, pensado en Dios, en la otra vida, etc.; ésta se porta como un hombre.

En efecto; la mujer en Francia es un hombre, pero pasado por el alambique, refinado y concentrado. Tienen nuestra iniciativa, nuestra vivacidad militar, nuestro gusto por la sociedad, nuestra necesidad de parecer, nuestra pasión por el pasatiempo, pero más nerviosamente y con arrancada más fuerte.

Así, les son menester los mismos empleos que a nosotros, pero más finos; aquellos en que se manejan las pasiones, en que se observan los caracteres, en que se combate y en que se domina, no brutalmente y por fuerza, sino con arte y hábilmente: la embajadora, la mercadera y la cortesana. Decidme: ¿hay lugar en el mundo en que los salones, las tiendas y las alcobas estén más concurridos que en París?

El peruano, el valaco, el inglés taciturno, el enriquecido vienen a establecerse aquí. Es que la parisiense les despierta. Para eso posee dos talentos:

Primer talento: el arte de decir, dejar decir y hacer decir porquerías. Todo hombre está inclinado a ello, porque entre compañías decentes están prohibidas. La decencia le estorba como un frac y un cuello postizo tieso; tiene necesidad de ponerse, si no en cueros, en mangas de camisa. Las innumerables represiones que se ha impuesto o ha sufrido han provocado una sorda rebelión interior. Cuanto más serio es el hombre por estado, más probabilidades tiene de contener un golfo. Este golfo es el que la cortesana saca de su cárcel; pernea sobre las alfombras, juzgad con qué placer, tanto más cuanto esta alfombra es lujosa, los muebles son elegantes, el ama de la casa es a menudo bella, siempre adornada, o a lo menos vestida como una mujer de mundo. Las palabras vivas desdican en su boca. Soltar palabrotas en traje de baile, ¡qué comida de gorra! Ese golfo grave, de frac, de que hablaba antes, corre allí, como antaño, con baquero y cuellecito, corría a comerse las manzanas verdes del vecino.

Segundo talento: la parisiense es una persona, no una cosa; sabe hablar, querer, conducir a su hombre; tiene réplicas, insistencias, caprichos; por envilecida que esté, se mantiene derecha. No sé qué comiquilla del siglo XVIII le quitaba a su amante, un duque, su cordón del Espíritu Santo diciéndole: «¡Ponte de rodillas encima y bésame la pantufla, vieja ducalla!»

Una de sus semejantes, estos días, le pide a su protector que la compre una casa; tres días después le entrega una cartera. La abre, no ve mas que billetes, y se la tira a la nariz: «Viejo egoísta, no te pedía dinero, sino una casa; no has querido tomarte la molestia de comprarla tú mismo.» Él ha encontrado esto encantador; no está acostumbrado a la independencia.

Sólo una francesa es capaz de estos estallidos. En el extranjero, en Londres, las mujeres de Cremorn-Gardens son locas que charlotean y beben, o comerciantas correctas que hacen entregas. En las casitas de los suburbios encontráis lindas personas decentes que casi son ladías, y no desean mas que la vida arreglada, los contentos del hogar; el resto, taciturno y desesperado, se abandona. En París piensan en el porvenir: son las que explotan a los hombres. Tienen salones; ocupan a las mujeres honradas; se las enseña con el dedo; hacen la moda. Por debajo de las ilustres, las medianas se colocan, ponen una tienda de guantes, se casan; son Fígaros deshonestas, pero son Fígaros.

- III -

Madame de B... es una de las amas de casa más cumplidas de París. ¿Tiene otro talento y emplea otro modo de manejarse? A las diez se la encuentra al amor de la lumbre, en una especie de chaise longue, delgada, endeble, en traje gris perla, con todas suertes de muselinas y encajes, que zumban alrededor de sus brazos bonitos, de su cuello de cisne; una especie de Juana de Nápoles, parecida al retrato de Rafael, pero más rubia. No es ministro, no es mariscal de Francia, no da empleos, vive más allá del Arco de la Estrella, y, sin embargo, se va a su casa desde los cuatro puntos cardinales de París. Tiene dos procedimientos: el halago y la cocina.

La cocina. A los cincuenta años, a menudo a los cuarenta, un hombre se ha desprendido de muchas cosas: su fortuna queda hecha; hay que coquetear con el fastidio. En punto al placer en grueso, compra; su grande asunto es mantener su categoría y su consideración; pero esto es una ocupación y, por lo tanto, un fastidio. Los tráfigos de la vanidad sólo le interesan a medias; se hace positivista, y si tiene un buen estómago, le da la preferencia a esta parte; ser ocho o diez ante una comida fina, bajo luces suavizadas, entre mujeres ataviadas, con invitados alegres que no piensan mas que en el momento presente; saborear un vino exquisito, auténtico, de largo tiempo cuidado, preciosamente acarreado en su trineíto de mimbres; retorcer el ala de alguna codorniz muy gorda; sentir pasar por el gaznate la pulpa jugosa y fundente de un pastel de pescado realzado con trufas; muchas personas se dicen por lo bajo que son menos felices los querubines y los serafines, y no cambiarían el estado de sus papilas nerviosas por toda la música de las Dominaciones y los Tronos.

La víspera de una comida, la señora manda enganchar el coche, se pasa por casa de todos los proveedores, elige ella misma los postres; escribe de su mano a Isigny, a Nerac; busca cada plato en un lugar especial, sin intermediario, etc. Pero eso es toda una ciencia, y no acabaría nunca.

El halago. Todo el mundo halaga; pero los imbéciles no saben mas que decir con variantes: «¡Ah, señor, qué talento tenéis! ¡Ah, señora, qué bonita sois!» Cuando el paciente no es demasiado estúpido, baja la cabeza, deja correr las frases, da las gracias, tuerce la boca en corazón y murmura para sus adentros: ¡Cállate, organillo!

Ésta no hace ostentación de su aprobación, la disimula. Cuando la alabanza le llega a los labios, la retiene, y se ve que la retiene. Lo que os admira son sus acciones y no sus palabras. Entra en vuestras ideas, las acaba, os ayuda a desarrollarlas, os hace hablar bien, os pone contentos de vosotros mismos. Discute con vosotros, os proporciona el placer de convencerla; no se rinde en seguida, os prueba que sois superior. Cuando salgo de su casa quedo persuadido de que tengo ingenio, que mis viajes son la cosa más interesante del mundo, que no hay nada más curioso que América, que tuve perfecta razón en hacerme fabricante y comerciante, que el tocino y el petróleo son asuntos de conversación delectables, y que un caimán disecado sentaría muy bien a su tocador.

Toma a las gentes por su flaco. En pisos inferiores, la loreta y la tendera hacen lo mismo; un solo espíritu en tres personas; el mismo talento, la misma necesidad; son el talento y la necesidad de la francesa: aprovecharse de los hombres, gustándoles.

- I -

3 junio.

Las Tullerías son un salón, un salón al aire libre, en el que las niñas aprenden los manejos, las gentilezas y las precauciones del mundo; el arte de coquetear, de hacer carantoñas y de no comprometerse.

Acabo de escuchar a dos (siete años, diez años) que habían tomado el acuerdo de ir a invitar a una recién llegada. Primero la han mirado bien; han comprobado si pertenecía a su mundo, y después, de pronto, levantando la cabeza con aire vivaracho, se han dirigido hacia la niñera con la mezcla necesaria de aplomo y de modestia, exactamente como una señora que cruza un salón para ir a saludar a otra.

Ya conocéis la actitud: se arquea el talle lindamente, se borran los hombros, se redondea la falda, se adopta una sonrisa de circunstancias y se avanza delicadamente de puntillas, cambiando finas miraditas con las personas conocidas hasta el momento en que van a rozarse las dos faldas; en este instante se sumerge la señora en su traje con una reverencia sabia, se entreabre la boca como una rosa desplegada, vaga por las comisuras de los labios, lisonjeros y burlones, una sonrisa angelical e inquietante, y de pronto, como una cascada de perlas, fluyen los cumplidos y ruedan al encuentro, de otros cumplidos.

La que ha decidido dar el paso tenía el aire evaporado, voluntariamente evaporado, de las coquetas que llevan diez años de salón. Nada de sincero; se sirve de sus impresiones, las exagera, las convierte en pantomima. Representa un papel: ternura o cólera; siempre está en escena; de pronto se arroja sobre la niñera y la acaricia; es que es muy bonito y sienta bien mostrarse amable. Otra tiene el gestecito aventurado, provocador, de una amazona. La tercera pone ya los ojos en blanco, soñadoramente, como una valsadora; parlotean, hacen gorgoritos, muestran su traje, doblan el talle, se arreglan los rizos, como harán a los veinte años. No tienen ya nada que aprender; saben ya su oficio; el mayor cuidado de su madre será ahora comprimirlas hasta el matrimonio.

¿Es culpa suya? Sus madres las enseñan la coquetería en cuanto rompen a andar. ¿Quién ha visto jamás aquí verdaderas niñas con faldellín o baquero, con zapatos sólidos, francamente alegres, coloradas, algo curtidas por el sol, alborotados los cabellos, ocupadas en correr y meter ruido? Eso le chocaría en seguida a la madre; son maneras brutales, buenas para las muchachas del pueblo; su lección más seria ha sido siempre: «¡Manteneos bien!» Siempre ha deseado que su hija la hiciese honor y se mostrase bien educada; la ha reñido por ensuciarse, por mezclarse con las niñas mal vestidas; ha estimulado sus pequeñas respuestas sentimentales o malignas. Lo mismo para su hija que para ella ha cifrado la perfección en la gracia, en la gentileza, en el traje. No ha temido hacerla demasiado precoz, artificial. Sus travesuras la han gustado; la ha hecho repetir sus reverencias, la ha hecho recitar fábulas con inflexiones y gestos, a veces en público, y, sobre todo, la ha vestido como una muñeca.

Mis tres chiquillas tienen trenzas lustrosas, sin que un cabello pase del otro; llevan una casaquilla ajustada al talle, elegantemente abombada por abajo; finas medias de seda

pegadas a las piernas; lindos guantes frescos para jugar a la comba. Tratad de decirle a la madre que valdría más la pusiese una blusa y la dejase libres las manos. En esto, como en lo demás, gobierna el modelo ideal; al momento, en toda situación, el francés vuelve a caer sobre sus instintos mundanos como un polichinela sobre su extremo de plomo.

Pero, en cambio, ¡qué lindos palmitos risueños y picarescos, qué finos piecitos ágiles y saltarines como patas de pájaro! Hay allí obras maestras de gracia, de vivacidad petulante y nerviosa, de trajes bien llevados, de charla chispeante como gorjeo de pajarera. Al fin y al cabo obedecen a su naturaleza y me han dado placer durante una hora. No deseaban ellas otra cosa, ni yo tampoco.

4 junio.

Copio de una novela de monsieur About esta carta de una muchacha de diez y seis años a otra muchacha de la misma edad; es perfecta. Monsieur About es un verdadero francés, muy amigo del siglo XVIII, algo pariente de Voltaire, primo hermano de Beaumarchais y de Marivaux; por eso pinta tan bien las francesas.

«Queridita Deseo de agradar:

(¡Qué bien se conocen! No hay mas que París donde una joven, frescamente salida de su clase de geografía y de francés, haga resaltar tan prontamente el carácter de su mejor amiga.)

»Héteme de vuelta del veraneo, y lo mismo Enriqueta, y también Julia y Carolina. La seria Magdalena me ha hecho saber que llegará mañana. Contigo, sin la que no hay nada bueno, el sexteto quedará completo.»

(Un cumplido bien manejado, después una burla, tres tonos diferentes en tres frases: una petulancia, una habilidad de estilo natural y perpetua. ¡Encontradme cosa parecida en Europa!)

«¡Mamá ha decidido que la primera reunión de las inseparables tenga efecto en casa!» (Dentro de un año diré «en mi casa».)

«¡Qué buen día! ¡Salto de gusto! No atribuyas a otra causa el paté que acaba de caer precisamente en medio de mi carta. Ruega a papá-lobo te haga llevar calle de San Arnaldo, número 4, antes de la aurora; te devolverán a tu guarida después de comer.» (Un padre es un criado impuesto por la Naturaleza; se le deja en el guardarropas con los paraguas cuando es gruñón y feo.)

«Quizá bailaremos; pero a buen seguro charlaremos mucho, reiremos como locas, y eso es lo sólido.»

(¡Filosofía ya! Tiene razón: es la filosofía de su temperamento, la del siglo XVIII.)

«Se trata de organizar los placeres de invierno en grande escala, como decía nuestro respetable profesor de literatura.» (Pataditas de paso a quien se lo merece.) «Espero nos veremos todos los días hasta el casamiento, y aun después.» (Piensa en ello, habla de ello; a los diez y seis años es su idea magna, como a los ocho años la idea de una tarta.)

«Es todo un plan de campaña que trazar; mi hermano el soldado, que acaba de llegar con licencia semestral, nos ayudará. No quiere creer que seas cien veces más bonita que yo.» (Un cumplido. Esos tenientes de Ingenieros muestran una incredulidad chocante. ¿Se puede engolosinar mejor una coquetería?) «¡Hasta el lunes! ¡Hasta el lunes! Otro paté. La patisière te abraza con todas sus fuerzas.» (¡Chillidos de golondrina, una oleada chorreante que arrastra palabras impetuosas, aturdidadas, gestos cariñosos y zalameros, y por debajo de todo esto una necesidad irresistible de placer, de excitación, de acción; nervios tensos como cuerdas de arpa, una voluntad que no podrá contenerse nunca, ni subordinarse ni regularse.)

Vedla desde aquí, tres años después, casada, mujer de mundo, diciéndolo a su marido, engolfado en negocios:

-Querido mío: vamos esta noche a ver Don Juan; he hecho ya tomar el palco; no me digas que no tienes tiempo, te ruego; si tienes tiempo, es preciso que tengas tiempo; Mario canta demasiado bien, y hartos tiempos he pasado sin oírle; me moriría de pena si no le oyese esta noche; sí, sí, ¡esta noche, y no otra! Déjale a tu amigo; es tonto, llega de provincias, tiene la nariz colorada; ¿acaso se dan citas, por ventura se les quita las soirées a las personas cuando se tiene la nariz colorada? ¡Convenido, pues! ¡Estoy loca de alegría! ¡Y es menester que también lo estés tú! Te aseguro que te haré honor; mira mi precioso traje malva; tenemos palco de primer piso. Y allí, caballero, mostraos gentil; lo sois. Os prohíbo hablar, os cierro la boca, así; ¿no es una bonita manera de cerrar la boca? ¡Juan, id por el coche!

(Diez años después tiene veintiocho años. Igual escena, con la variante que sigue:)

-¿Una cita? Ya sé lo que son vuestras citas. Un bonito pretexto, muy nuevo, para dejarme sola con mi lámpara. Pero siempre pasa así: para el hombre, todos los provechos del matrimonio; para la mujer, todos los fastidios. La señora, a bordar, como antes, cuando era niña; el señor, a correr, como antes, cuando era soltero. ¿Acaso no sé que vuestra cita en el Círculo es para los Bufos parisienses u otra parte? Esto aparte, tenéis razón: se está mejor allí que en otro sitio para despachar los asuntos y fijar las entregas. ¡Bonitas entregas y muy limpias! ¿Creéis que no os observo en la Ópera? Os quedáis dormido con la música, y sólo os despierta el ballet. Bueno; mejor estaré sola que con un bloque comercial, un tronco filosófico, para quien el ideal consiste en un maillot rosa. ¡Ah! ¡Cuán engañadas y

abandonadas vivimos las pobres mujeres! Buenas noches, caballero. Juan, decid que enganchen.

5 junio.

He acabado esta novelita, que es extremadamente ingeniosa y está perfectamente acabada. Había ya oído hablar de monsieur About en el extranjero, y me decían de él:

-Es el hombre que está más en boga en la joven generación; no solamente hace cosas bonitas, sino que esas cosas bonitas pertenecen a un género único. Las importamos como los dijés y las modas de París; nada hay parecido ni que se le acerque en Alemania o Inglaterra. Desde Mariana y El paleta advenedizo, no se ha hecho en Francia nada tan nacional.

El capitán Bitterlin, padre de la encantadora muchacha a quien va dirigida la carta de arriba, la dice un día, viéndola ensimismada en la mesa:

-Oye: ¡le estás guiñando el ojo a la garrafa!

Esto es brutal, pero es verdad; en el alma es griseta.

La misma encantadora persona, después de haberse elegido un novio, va a decirle a su señor padre:

-Mi querido papá: estoy enamorada de un joven, a quien estimaréis en cuanto le hayáis visto, y que os enseñaré, si me prometéis no hacerle daño. Si yo no fuera una niña sumisa y respetuosa, esperarí a ser mayor de edad para casarme con él, a pesar vuestro, sin otra dote que los veinticuatro mil francos de mi madre.

Esto es algo fuerte, pero no imposible. Son naturalmente decididas; con un fondo de griseta, tienen un fondo de húsar. Les falta del todo, o pierden pronto, el verdadero pudor, el candor virginal y profundo, la timidez ruborosa, la delicadeza espantadiza. Son flores, si queréis, pero que al primer rayo de sol se abren, y al segundo están demasiado abiertas; la niña desaparece, queda la mujer, y con frecuencia esta mujer es casi un hombre, y a veces más que un hombre. Desde los catorce años se ejercitan en su familia, en su padre.

Mi amigo B..., médico, se encuentra una noche con que su hija le declara que quiere ir a la soirée de boda de una de sus amigas.

-¡Pero si esta mañana has tenido calentura!

-No le hace.

-¡Pero si estás todavía en cama y tiritas!

-Me abrigaré bien.

-¡Luisa: te dará de nuevo la fiebre!

-Papá: si no voy, ¡tendré fiebre de rabia!

-Querida niña, no conozco esa fiebre de rabia; será una especie nueva que describir; escribiré una buena Memoria y me harán de la Academia.

-¡Papá, es preciso absolutamente!

El padre ha cedido. ¿Qué voluntad de cincuenta años puede resistir a una voluntad de veinte? Ha vuelto derrengada a la una de la mañana, y le ha dado de nuevo calentura. El pobre hombre se ha levantado cada hora toda la noche para cuidarla, darla de beber; había subido cincuenta y siete pisos durante el día, y a la mañana siguiente, cuando le he visto otra vez, tenía el aspecto de un desenterrado.

Son demasiado inteligentes, resultan muy despabiladas y se hallan prontas a descubrir las debilidades, las ridiculeces. Por otra parte, tienen demasiada voluntad, deseos bastante vivos y numerosos; sobre todo una necesidad áspera y potente de lisonjas, de adoraciones, de sensaciones agradables y fuertes. El profundo sentimiento sublime y la necedad nativa, que constituyen la subordinación voluntaria, están ausentes. Están por encima y por debajo de la experiencia, incapaces de sufrir un mandato y de sentir respeto.

He ahí por qué todo el esfuerzo de la educación tiende a detenerlas, a retenerlas, a impedir que abran las alas. Sé de familias en que no se admiten jóvenes; eso podría sugerir idea; nadie mas que el futuro, una vez aceptado por los padres. Madame de M... decía con orgullo:

-Jamás mi hija (tiene veinte años) ha salido sola, ni ha pasado, ni de noche ni de día, una sola hora fuera de mis ojos o de los ojos de su aya.

Todo eso equivale a decir que somos vecinos de Italia: el clima las hace precoces y de imaginación desbordada; precisa, pues, el convento, el convento verdadero, como en los países del Mediodía, o la casa doméstica arreglada como un convento. Cuando falta la represión de por sí, se requiere otra represión; en lugar de la fiscalización personal, la clausura forzosa; la misma regla que en política; el guardia civil exterior es tanto más desagradable cuanto menos vigilante es el guardia civil interior.

Mi pobre B... pretende que en ciertos colegios se han suprimido los profesores, aun viejos y feos. Se encontraban en los cuadernos de las niñas: «Te amo, te adoro», enderezados a aquellos pobres ganapanes. Por lo mismo, un colegio de niñas es una escuela de coquetería. La emulación, que es buena para los hombres, es perniciosa para las mujeres; rivalizan en sus composiciones como en sus trajes; la vanidad y la curiosidad se hacen enormes, y ¡paf!, sobre el marido.

Mirad lo que son a los dos años de casadas, y veréis lo que se incubaba bajo aquella actitud decente. Madame B... tenía tres hijas; las crió católicamente, las hubo jaqueado; tenía las tres en un pequeño dormitorio, sin fuego, inclinadas sobre una geografía o pegadas sobre el tambor de bordar. Yo veía allí continentes modestos, ojos bajos, personas amortiguadas. En un año, la sierpecita se ha desentumecido, se ha erguido sobre su cola, ha silbado. La mayor, que estaba muda, charla, muerde y ladra bajo el ala de su marido; nadie tiene el cumplido más venenoso; sus réplicas huelen desde una legua a Fígaro y Dorina.

La segunda, que ha casado con un político humanitario, canta a la mesa, aprendido de él, motetes filosóficos y religiosos; razona sobre las ciencias, lanza ideas generales; esto la sienta como unos pantalones; se siente la cotorra amaestrada; es la idea del marido, pero echada a perder, repetida a tuertas y a derechas; ha dejado caer el exceso de contenido, y ella lo recoge y lo vierte. En este momento está acabando un folleto sobre el perfeccionamiento y el porvenir de la mujer. La tercera, un ángel, se ha paseado ocho días en Brighton con un oficial. ¡Yo que la he conocido cándida, crisálida todavía!

En el baile.

He examinado bien las cabezas; excepto las dos niñas G..., la moral es desagradable; una especie de impetuosidad física, un acento neto, voluntarioso, algo de removiente, de seco, de limitado; pasiones prontas e imperiosas, nervios irritables que acarrearán abscesos de lágrimas a la menor contradicción; el espíritu todo por fuera, y siempre frases de convención. Medio actrices y medio princesas.

Visten bien, tienen ingenio; pero les falta nobleza y mienten demasiado.

Capítulo VIII

Las niñas

- II -

15 junio.

Visita a Ville-d'-Avray, a casa de mi amigo S..., jefe de sección en un ministerio: treinta mil francos de gasto al año. Una quinta pintada de nuevo, con una pradera suiza de veintidós metros y siete árboles. Dos niñas de quince y diez y seis años, que respiran el sano aire del campo con guantes frescos, pelerinas de tul, botas estrechas, corsés

irreprochables, desde las ocho de la mañana. Me quieren mucho; llevo siempre bombones y baratijas en los bolsillos.

-¡Ah! ¡Es monsieur Graindorge!-dice madame S...- ¡Buenos días, querido amigo! ¡Cuán amable habéis sido en venir tan pronto! ¡Vamos a enseñaros nuestra choza! ¡Oh, sí; una verdadera choza! Pero hay algo de verdor. No podemos pasarnos sin verdor. Esas pobres niñas necesitan en gran manera el aire de los campos, y así es que se aprovechan. Siempre sobre el césped, estirando brazos y piernas. Y nada de estorbo: trajes sencillos, verdaderos baqueros, como a los siete años. Pero ¡son tan niñas! ¡No podéis figuraros lo niñas que son! ¿Creeríais que ayer Juana, al repetirme la historia de Luis XIV, me dijo: «Pero, mamá, ¿cómo podía amar a esa Lavallière, puesto que estaba casado? ¿Era, pues, bígamo?» Esto me hizo venir las lágrimas a los ojos. ¿Verdad que es bonito? Es la que me decía cuando tenía tres años y yo le hablaba de Dios que está en los cielos: «Entonces es como los pájaros; ¿tiene pico también?» Ya tenía raciocinio. ¡Ah, monsieur Graindorge, qué felicidad tan grande es ser madre! Los hombres que como vos se han quedado solteros no saben lo que se han perdido. Me lo decía mi marido esta semana; es que es galante; pero también sois vos galante, y siempre estamos encantados de veros. ¡Pero qué calor hace hoy!, ¿verdad? Tened la bondad de sentaros.

He saludado; me encuentro en Francia desde hace seis años; pero no sé aún recibir convenientemente esas duchas de amabilidad parisiense.

Del saloncito próximo ha partido un cohete de gamas y de trinos.

-Es Juana. Están en su nido; acaban de hacerlo arreglar; vamos, nos diréis qué os parece; las dos tienen gusto.

Es la verdad. No hay nido más coquetón, más elegante. Todo el cuarto está tapizado de persiana blanca y azul, de un azul ligero, de una frescura exquisita; un delgado filete de oro sube y serpentea, encuadrando los espejos. Grandes porcelanas blancas ensanchan sus cálices de nieve, llenos de madreselvas descabelladas, de rosas murgosas, de azaleas húmedas todavía de rocío. La luz suavizada entra bajo los transparentes a través de las mayólicas de las ventanas y se desparrama sobre el tapizado como una sábana de bruma soleada. Sobre la mesa dos o tres álbumes, dejados con una negligencia sabia; a ambos lados de la chimenea, bocetos firmados con sus iniciales; un solo cuadro, un gran retrato de María Antonieta. ¡Y qué lindas bagatelas femeninas en las etagères!

Juana está al piano; Marta, de pie, a su lado. Dos nombres modernos. Es la última moda. Marta, delgada, inclinado el cuello, tiene el aire de un paro delicado. La otra pasea lánguidamente sus dedos a lo largo de las teclas de marfil, con una semisonrisa en sus labios mohínos. Ambas, con trajes blancos rayados de rosa, de una frescura inmaculada, con bullones punzó alrededor del cuello y en las mangas, apenas escotadas, y, sin embargo, bastante escotadas. Hace calor y estamos en el campo.

Con todo, son modestas, tímidas aun con los forasteros; se detienen antes de hablar; se sonrojan algo de un ruido de voz que se les ha escapado; aventuran un ligero movimiento abandonado, y en seguida, vacilantes e inquietas, lo suspenden. Se siente en ellas un fuego

interior, una sensibilidad tremulante, siempre ocupada en contenerse, una delicadeza y una vivacidad de pájaro. La linda criatura es tan frágil, que se teme aplastarla, por viva que aparezca siempre al levantar el vuelo. Todo eso se estremece y palpita bajo las ondulaciones ligeras de la falda, con el balanceo de los rizos enrollados a lo largo de las sienes, con los mononos temblores de la voz que se ensaya.

-Cumpliréis cincuenta y tres años el veintiuno de julio próximo, Graindorge, mi buen amigo.

-Es verdad, caballero; pero motivo de más para remozarme los ojos mirando las flores de estufa.

Verdaderamente, se siente uno aquí como delante de dos flores de estufa. Se comprende que el encanto está en lo imprevisto, en la apariencia, en la repentina novedad, en la imaginación, que en seguida edifica a través de lo desconocido, que hay que permanecer inmóvil, que al menor contacto con la punta del dedo todo se deshojaría. He ahí lo que tiene haber visto en ferrocarril caras sosas, burgueses agrios. Esta gracia, esta suavidad extraña impresionan como un aire de Mozart que se oye de pronto en medio de una larga calle vulgar, como un bello espino albar florido que aparece solo en un vallado seco. Si el espino albar estuviese en una maceta en vuestra ventana; si hubieseis oído las escalas y las vocalizaciones preparatorias de la cantatriz, vuestra emoción se reduciría a casi nada.

Goethe nos decía: «Tratad vuestra alma como un insecto; es muy divertido contar sus instintos, prever sus sobresaltos y sus andares.» Prefiero mejor decir: «Tratad vuestra alma como un violín y dadle motivos en los cuales encuentre melodías.»

Poco a poco he llegado a ser un confidente, y Marta me ha dicho:

-¿Queréis asistir el miércoles al curso? Hay gran sesión. Calle de Astorg, 27, M. d'Heristal. ¡Oh! Es un señor que se presenta muy bien, está condecorado, y luego dice mamá que es paternal. Todo el mundo va ahora y tengo allí a todas mis amigas. Hace pequeños discursos sobre la dicha de las madres, y eso hace llorar. Y además es un hombre tan conforme, tan amable. Nunca regaños; cuando un deber no está bien, no se burla, consuela, dice que el siguiente estará mejor. Siempre bien vestido. ¿Verdad, Juana? Un frac azul con botones de oro y camisa blanquísima. Algo nos reímos porque se mira demasiado a menudo las uñas y se saca lindamente su pañuelo; Luisa Volant, que está cerca de su lado, dice que le echa benjuí. En fin, se cuida como una señora. Estamos muy contentas de ir con él. ¡Nos fastidiaba tanto nuestra institutriz! ¿No recordáis a mademoiselle Eudoxia? ¡Tenía la nariz colorada y patas! ¿Verdad, Juana? ¡Qué aire tan de miel y vinagre! «Señoritas, empezarán de nuevo vuestro análisis.» «Señoritas, poned mejor.» «Señoritas, no se anda de esta manera cuando se es una persona bien educada.» «Señoritas, en la mesa no se habla.» ¡Una verdadera reja de cárcel! Al comer, prohibición de abrir la boca. ¡Y qué manera de animarnos cuando debíamos tocar el piano delante de alguien! ¡Y los principios! ¡Siempre estaba con la boca llena de los principios! Dice Luisa Volant que eso es lo que le ha estropeado los dientes. ¡Siempre los principios! Los expende, es su oficio. En fin, como madame Volant le dijo a mamá que el curso era encantador, bien compuesto, vamos a él desde hace seis meses.

-¿Y qué hacéis allí?

-Toda suerte de cosas. Composiciones. Hemos tenido la muerte de Juana de Arco. Conversación de dos ángeles conmovidos ante las miserias de la tierra. Una madre de rodillas ante un león que quiere devorar a su hijo. José vendido por sus hermanos. Himno al Sol. Ya comprenderéis que cuesta trabajo. ¡Nada menos que un himno al Sol! Yo por lo pronto no encontraba nada que decir, ni Juana tampoco. Nos echamos a llorar, nos creíamos estúpidas. Monsieur d'Heristal nos ha dicho entonces que era menester exaltarse, exaltar la imaginación. En su consecuencia, nos hemos paseado a grandes pasos por el cuarto, nos hemos abrazado muy fuerte, nos hemos apretado las muñecas, hemos puesto los ojos en blanco como en el teatro, y todo ha venido. No encontrábamos mas que media página al empezar, y ahora ya hemos hecho seis. Mañana por la mañana vamos a componer nuestro himno antes del segundo almuerzo.

-¿Y qué diréis?

-¡Oh, no lo sabemos aún! Es menester que estemos solas, y entonces hacemos la voz gorda; ¿verdad Juana? Y después, eso depende... Juana habla siempre de los corderitos, de las praderas esmaltadas de flores, de los niños que se ponen de rodillas por la noche sobre su cama rosa para demandar la bendición del Altísimo; yo hablo del carro del trueno; del relámpago, que es un mensajero alado; del rayo, que es la voz del Omnipotente. Esto resulta muy bien. Monsieur d'Heristal queda contento siempre; dice que tenemos estilo y que nos pondrá en el cuadro de honor.

-¿Leéis eso en voz alta y vosotras mismas? ¡Ah! Tenéis razón, es muy difícil. Figuraos que la primera vez Juana no ha podido, y ha roto a llorar. Yo creí que no podría sacar la voz, y me puse colorada, colorada; pero mamá me echó los ojos, y entonces leí sin saber lo que me decía; estaba como soñando. Monsieur d'Heristal me dirigió un cumplido, y entonces cobré un poco de valor; me engullí un trago de agua azucarada y en seguida me sentí con una voz y con una fuerza... Es enteramente como en un baile cuando las luces se nos meten en los ojos y la música en la cabeza y se dan vueltas sin saber cómo, y así se irían dando vueltas siempre hasta las cinco de la mañana. La última vez dijo a una nueva alumna monsieur d'Heristal que sus frases eran pesadas, y al punto se echó la pobre muchacha a sollozar; su madre la cogió en brazos y tuvo que hacerla respirar sales, porque tenía ataques de nervios; monsieur d'Heristal leyó él mismo el resto del deber; felizmente estaba muy bien y al momento se repuso la autora. Y es que también, y esto es terrible, todos los ojos están apuntados sobre nosotras; allí están las mamás, las tías, a veces los papás, con sus lentes y sus gemelos. Habría para meterse en una ratonera. Y ahí tenéis; hay con todo cosas muy divertidas, figuras cómicas. Por ejemplo, en la antepenúltima sesión nos compareció una inglesa, miss Flamborough, roja como una amapola, con un pañolón rojo bastante para embravecer a los bueyes, una especie de casaquín y sin talle; no se atrevió a levantar los ojos, excepto para mirar sus pies y sus cuadernos; hecha una piojosa, en una palabra.

-¡Vaya, vaya!

-Pero no para aquí, monsieur Graindorge. Aquel día mamá quedó escandalizada. ¿Creeríais que madame d'Estang llevaba un mantón de Cachemira? Jamás se ha visto nada semejante; sólo se llevan cachemiras cuando se es señora; pero ella es criolla y no lo sabe aún. Yo os aseguro, monsieur Graindorge, que se aprende tanto mirando uno de esos mantones como en una soirée. Hay allí flores en las jardineras, criados de librea para abrir las puertas, trajes frescos y no digamos ¡qué peinados! Más se aprende allí que en los periódicos de modas. La señorita d'Estang llevaba pendientes como los del Museo Campana, con esmeraldas. La señorita Herié tiene un hermano artista que le ha dibujado sus trajes de invierno, todos de terciopelo negro, con una guarnición de cisne. La señorita d'Argelés tiene la cara y el cuello demasiado largos, y por eso se trenza los cabellos en diadema para ensanchar su cabeza, y como tiene un cutis moreno de española, se viste toda de azul oscuro con pasamanerías erizadas, con bordados que forman sacapuntas y franjas sobre todo el talle. Bueno, pronto estaremos en miércoles. Cinco días: viernes, sábado, domingo, lunes, martes, doce horas todos los días; pero estoy soñando: veinticuatro. Juana, querida mía, ven a abrazarme.

Con eso se han echado en brazos una de otra y han saltado como cabras sobre el césped; expansión nerviosa. Dentro de dos años se abrazarán con serenidad; eso sienta bien y es picante; entreverán que hay en ello una coquetería; será como un ramillete de cerezas bueno para pasarlo bajo la nariz de los hombres al objeto de hacerles imaginar lo delicioso que sería catarlas. Dentro de cuatro años, si no están casadas, se pondrán a los niños sobre las rodillas, en pleno salón, les besarán, les piropearán con toda suerte de diminutivos cariñosos y lindos para demostrar que serán buenas madres; los nervios, la coquetería, la maternidad; no hay otra cosa en la mujer.

El manubrio giraba; había que aprovechar el movimiento, y he aventurado esta observación, muy sencilla, de que el curso Heristal es más divertido que el catecismo.

-¿Por los trajes grises o negros que eran de uniforme en el catecismo? No; el catecismo era muy bonito. Juana, con sus ojos bajos, parecía una madona. Pero trabajamos bien, ¿verdad, Juanita? Figuraos que fue siete veces seguidas la primera; tuvo la medalla grande a fin de año. Papá la llamaba su pequeña teóloga. Yo estaba, todo lo más, entre las diez primeras. Todo el mundo iba allí. Mademoiselle Eudoxia, mamá; aun a veces le pedíamos consejo a papá, que nos indicaba los libros. Menester era no hubiera habido medio de salirnos. Madame Volant y las otras mamás estaban allí al lado de sus hijas, con lápiz y cuadernos para tomar notas, y anda, anda, anda, trotaban los dedos como caballos de carrera. Todo lo escribían. Luisa Volant trajo una vez una redacción de diez y siete páginas sobre el amor de Dios; otra vez una redacción de veinticuatro páginas sobre la dignidad de la Iglesia, con citas de San Agustín. En casa, mamá notaba el final; mademoiselle Eudoxia, el principio; yo y Juana, lo de en medio, e hicimos una vez una redacción de treinta y dos páginas; por la noche nos leía a Bossuet; Juana tiene tan buena memoria, que decía de corrido todas las herejías, todos los concilios. Sobre ello nos vimos denunciadas. ¡Esas señoritas son tan celosas! Pero el señor abate respondió que era edificante ver a los padres instruirse de tal manera en la religión. Y el día en que Juana fue a recibir su medalla, las mamás rabiaban, y yo no cabía de alegría en mi cuerpo; yo chispeaba y repetía en voz baja veinte veces por minuto: «La medalla no es para vosotras, señoritas; la medalla no es para vuestras hijas, señoras, es para mi Juana.» Juana, estabas hermosa como un ángel.

Un diluvio de besos. Hay un exceso de plenitud en esa niña; debería montar a caballo, dar grandes paseos a pie, ir al gimnasio, aprender la geografía. Pero esto no es cosa mía. Un ligero latigazo aún para acabar.

-¿Y ese querido piano?

Estallan en carcajadas.

-Esto está muy mal. Sois escépticas. Bien sabéis que he sido educado en Alemania. Adoro la música.

-¿El oficleido o el trombón?

-Abominable. No respetáis nada. El piano, el piano.

-Helo ahí, señor.

Y venga correr como una cervatilla; abre la puerta, abre el piano, y con las dos manos empieza un redoble de escalas; ¡qué escalas! Lo hace con toda su fuerza, susurrando con toda su garganta.

-Juana, susurra; ante de las escalas; hay que contentar al señor.

El viento ha cambiado; no más confidencias; no obtendría mas que una cencerrada.

-Señoritas, nada hay tan horrendo como la calumnia para un corazón sensible. Me ahogaré esta noche, al volver a casa, si hay agua en el Sena. Sin embargo, yo iba de buena fe; os había traído un cuadernito de Schumann. ¿Qué va a ser de mí? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

-¡Un cuaderno, un cuaderno! ¿Dónde está el cuaderno? Un cuaderno gris salmón. ¿Qué jerga es esa que han puesto encima? ¿Alemán? ¿Y qué es lo que ha impreso ahí vuestro alemán?

-Preceptos, una especie de catecismo para uso del músico principiante.

-¿Un catecismo? Debe de ser precioso. A ver, monsieur Graindorge, sed amable; traducidnos eso.

He aquí esos preceptos. Mientras yo los leía, había para pintar su cara; abrían grandes ojos; es que se siente en estas veinte frases la gravedad, toda la convicción profunda, toda la emoción íntima que en Alemania gobiernan la educación musical. Imaginad dos jóvenes gatas de salón en presencia de un cangrejo.

«La educación del oído es lo principal. Esfuérzate desde temprano en reconocer el mayor, el menor, los diferentes tonos. La campana, el cristal de las ventanas al chocar, el cuchillo, trata de notar qué sonidos emiten.

»Hay quienes se imaginan que a todo se llega con la agilidad de los dedos y hasta avanzada edad emplean muchas horas al día en los ejercicios mecánicos. Es como si un hombre se dedicase a pronunciar cada día A B C lo más aprisa posible, y siempre más aprisa. Emplea mejor tu tiempo.

»Para el compás, la ejecución de muchos virtuosos es como la marcha de un hombre borracho. No tomes por modelo a tales gentes.

»Cuando toques, no te inquietes por saber quién te escucha.

»Toca siempre como si te escuchara un maestro.

»No debes saber solamente tus piezas con los dedos; es menester también que puedas tararearlas sin teclado. Aguza tu imaginación de suerte que en un trozo puedas retener no solamente la melodía, sino la armonía.

»Debes llegar a comprender la música a la lectura.

»No toques nunca un trozo sin haberlo leído antes.

»Cuando tengas más edad, no toques ningún trozo de moda. El tiempo es precioso; serían menester cien vidas de hombres a quien quisiera solamente conocer lo que es bueno.

»No propagues la mala música; ayuda, al contrario, con todas tus fuerzas a aplastarla.

»No debes tocar música mala; no debes ni aun escucharla, a menos de que te veas obligado.

»Mira como una cosa horrible cambiar, omitir algo en la música de los buenos compositores o introducir en ella adornos nuevos y de moda. Es el mayor ultraje que puedes inferir al arte.

»Busca entre tus camaradas a los que saben más que tú.

»Las reglas de la moral son también las reglas del arte.

»Manténte, inquiérete seriamente en la vida, como también en las otras artes y ciencias.

»Se puede aprender siempre.»

Aquí han bostezado con todo su corazón.

-Pero, mi buen monsieur Graindorge, esto oí; alegre como un entierro. Quien ha escrito eso debe de ser un trapense, ¿verdad? Habría debido añadir a sus reglas: «Hermano, morir habemos.» Bien se ve que esos alemanes comen choucroute. Nosotros no hilamos tan delgado. Aprendemos a levantar y bajar a su vez los cinco dedos: do, re, mi, fa, sol; después

de eso, escalas; después, los ejercicios: Cramer, Czerny, Doelher y los otros. Yo estoy en Czerny; Luisa Volant todavía está en Cramer. Entonces los dedos ruedan; oíd, así. (Y los dedos blancos empiezan a galopar con los más bonitos trinados.) Se sienta bien, se toma un aire grave; ved, así. (E hizo el gesto más burlesco sentimental del mundo.) Se levanta la cabeza por un momento hacia el techo; ved, así. (Y se arregló graciosamente un rizo que no necesitaba ser arreglado.) En seguida, ¡puf!, una nota gorda, y ron, ron, ron; oíd bien: es el Movimiento continuo.

En efecto, tal es el título de la pieza, un verdadero tren expreso. El galope ha durado diez minutos; sus mejillas se teñían de púrpura, sus ojos brillaban; un verdadero caballo de carreras. Su hermana ha batido palmas; yo he batido palmas; su padre y su madre, que han llegado, han batido palmas. La hemos jurado que ella será la primera en la próxima reunión musical, en casa de madame de Heristal, y a fe se lo merece.

En la mesa hemos deliberado sobre el traje y nos hemos decidido por los cabellos rizados, ahuecados, con un torcido; estamos seguros de un gran éxito.

Estaba en vena, y al acompañarme a la escalinata, como yo besara (a la antigua moda) la mano de su madre, me ha dicho con una reverencia:

-Hermano, morir habemos.

Al regresar en mi coche, pensaba, ensoñado, en su futuro marido. ¡Feliz esposo! Si hay una educación capaz de excitar los nervios y la vanidad, es ésta.

Capítulo IX Los jóvenes

- I -

He visto estos días cinco o seis jóvenes de mundo y quería describirlos; pero mi espíritu se va, no sé por qué, a vagabundear en otra parte, en América. Probablemente es por la fuerza del contraste; la única cosa que puedo hoy escribir es la historia del primer joven americano que he conocido bien.

Hallábame en Nueva Orleans y habíamos cazado juntos más de una vez. A la puesta del sol se baja a lo largo del canal hasta el gran bayon, que conduce al lago Pontchartrain; los caimanes hacen la siesta en el fango; se les tira a los ojos, porque la bala resbalaría sobre su coraza, o bien al vientre, cuando tienen la bondad de mostrar este órgano, como a menudo sucede; son gentleman por sus portes y gustan de tenderse sobre la arena como sobre un

sofá, en actitudes cómodas. Por el contrario, una vez heridos se vuelven cómicos y empiezan a hacer piruetas sobre el agua con cabriolas, batimanes y caracoleos, absolutamente como los bailarines de la Ópera. Anteayer mismo al ver a M. Merante hacer la peonza quedé sorprendido de la semejanza. Sin embargo, el caimán es superior; pone en los sobresaltos del trasero una fantasía extraordinaria. En suma, es un ejercicio excelente para después de comer y, a mi juicio, preferible al billar.

Mi amigo Jonatás Butler tiraba muy bien, y en estas condiciones se le ensanchaba el cuajo; aparte de esto no veía ni hablaba fuera de esas ocasiones; pero ya al borde del bayon, se frotaba sus sólidas manos y me decía:

-Tom, ¿veis ese gentleman que bosteza allá abajo bajo la mata de juncos con una quijada tan hermosa? ¿No encontráis que se parece al reverendo Booby, del Kentucky, que vino ayer a salmodiar en casa de mi madre? Absolutamente la misma quijada y un chaleco blanco, como el otro. ¡Al chaleco blanco del reverendo! ¡Paf! ¡Cataplún! El reverendo carece de elegancia. ¿Veis cómo se revuelve? ¡Oh, oh, el vientre al aire! Yo os pido me perdonéis, monseñor, si he manchado vuestro chaleco blanco. ¡A otro!

En estos momentos sus ojos no eran buenos; se le hinchaban las narices y sus mejillas se ponían rojas.

Era yanqui de raza e inglés de temperamento, muy diferente en eso de los jóvenes de Nueva Orleáns, que son de ordinario de origen francés, pálidos, finos, nerviosos, a guisa de los criollos. Tenía seis pies de estatura, era grueso a proporción, aunque no tuviese más que veintiocho años, ancho de hombros, con las carnes espesas e inmóviles de un toro. Muy a menudo se mantenía en reposo y en la conversación no prodigaba los gestos; pero cuando había bebido o se sentía de mal humor, sus labios comenzaban a temblar, su respiración se hacía ruidosa, y había que callarse, porque se comprendía que, una vez lanzado, se arrojaría delante por entero y con los ojos cerrados.

Yo le vi una noche de tempestad, cuando el cielo se desplomaba como un diluvio, salir del Círculo a la una, gritando que no era ningún perro para volver a casa y dormir sobre una yáciga. En cinco minutos llegó a zancadas al puerto, desamarró su barca y se lanzó en el río, por el que rodaban troncos de árboles acarreados por las aguas violentas. La honda agua fangosa se atorbellinaba bajo la borrasca; el mástil crujía. Lo llamamos con todas nuestras fuerzas; no escuchaba y maniobraba, desnuda la cabeza, con brazos de Hércules. Le dimos por muerto. A la mañana siguiente volvía, mojado como si hubiese pasado la noche bajo el agua; pero refrescado y de buen humor, como un hombre sanguíneo que ha sido sangrado y, no sintiéndose ya ingurgitadas las venas, se encuentra desahogado.

Un año antes de mi llegada había habido tiros por la parte de Méjico. De pronto dejó su cara, tan bien montada, su comodidad inglesa, realzada por el lujo criollo, y partió a caballo, con su jauría de perros, dos carabinas, una brújula y una manta a través de los bosques, solo, viviendo de la caza, colgando por la noche su hamaca de un árbol y durmiendo bajo la guarda de sus perros. Volvió al cabo de tres meses, habiendo hecho setecientas ochocientas millas y matado un razonable número de indios y mejicanos, lleno

de salud, pero con una cuchillada en la mejilla. Los perros, alimentados de carne, se habían vuelto tan feroces que se vio obligado a enviarlos fuera de la ciudad.

Estas suertes de expediciones le habían hecho popular entre los jóvenes ricos, tanto más cuanto era servicial y no tenía pretensiones. Sobre todo estaba perfectamente exento de la rigidez y la mojigatería puritanas. En este punto las ideas criollas habían cubierto en él del todo el fondo inglés; su madre, una altiva francesa, emparentada con las antiguas familias, le había criado en las costumbres de la vieja nobleza y en el odio al cant.

Hay que decir que en ese mundo elegante, los yanquis pasan por ser unos especieros ríspidos. En efecto, entre ellos, por ejemplo, en Cincinnati, la ley prohíbe los billares; se imponen cincuenta dólares de multa al que vende una baraja; encontráis en pleno bosque revivals que duran tres días. Los predicadores se relevan describiendo la agonía del pecador, su muerte, los progresos de la podredumbre, el fuego del infierno, todas las circunstancias del tostamiento, minuciosamente, con gritos y jaculatorias, hasta caer derrengados, mientras a su alrededor los oyentes gritan ¡Hosanna! con toda la fuerza de su gáznate, a veces durante tres o cuatro horas, y las mujeres sollozan, de cara contra el suelo, presas de convulsiones.

Por otra parte, los gentleman de Cincinnati van ellos mismos a la compra, comen con sus cuchillos, escupen incesantemente, hasta en la mesa y sobre los trajes de las señoras. Enteraos de esas bonitas costumbres en alguna novela de Cooper; se trata de dos enamorados; la muchacha no se casa con el joven porque tiene dudas teológicas; al cabo de muchas discusiones, se va a la pesca de la foca a los mares polares; saca helada la nariz y esto le convierte. Ella, entre tanto, continúa cocinando y va al encuentro del buque con una cazuela en la mano. En cuanto lo distingue a lo lejos, le grita.

-¿Creéis ahora en la mediación directa o solamente en la mediación simbólica?

-En la mediación directa.

Radiante de alegría, deja caer la cazuela y hételos casados.

Naturalmente que esos zapateros predicantes no les gustan mucho a las gentes de mundo. Por esto nuestro amigo Jonatás Butler, aunque protestante, no predicaba ni aun con el ejemplo. Según la moda tenía por querida una linda cuarterona y no la era fiel en extremo. Su coche era nuevo y sus caballos admirables; sus negros, azotados algo en demasía, obedecían a una simple mirada. Sin duda la gente del pueblo le encontraba orgulloso por no dirigirles nunca la palabra, y cuando pasaba, las especieras devotas le llamaban por lo bajo Moloch y Satanás; pero nadie se le acercaba sino con la cabeza descubierta, y si había necesidad de encontrar una veintena de carabinas, no tenía que llamar a veintiuna puertas para encontrarlas.

Estábamos en julio, y era tan grande el calor, que aquel día habían muerto de apoplejía en la calle dos hombres y cinco o seis caballos. Los mosquitos subían del río a nubes. Por la noche empezó a zurriagar el polvo un viento pesado y malsano que atacaba los nervios. Butler y yo entramos en uno de esos cafés americanos en que se engullen de pie, a lo largo

de un mostrador, sandwiches, rebanadas de langosta y copas de whisky. Se mostraba triste desde la mañana, y acababan de picarle dos o tres mosquitos. Traté de bromear; no respondió; se hizo servir una gran copa de ron y lo bebí, fruncido el sobrecejo, sin decir palabra. Le llamé para salir y no pareció oírme.

Cinco o seis gentleman de Kentukey, que mascaban su cigarro y se mondaban los dientes con sus cuchillos, le miraban con una familiaridad igualitaria, y visiblemente se mostraban chocados por el corte demasiado elegante de sus pantalones blancos. Él los miraba también, por su parte, y ciertamente no con buenos ojos.

En esto pidió una cerilla al mozo:

-Al momento, caballero.

Medio minuto después pidió por segunda vez la cerilla, y su voz se hizo ronca; el mozo servía a los kentuckianos. Pidió por tercera vez, y su cara se puso de púrpura; aquel mozo tenía costumbre de servirle y le parecía que le robaban su criado.

A la cuarta vez el pobre diablo, hostigado, creyó que tendría tiempo de servirles a los kentuckianos su último sandwich, y pasó corriendo. Butler, levantando en alto su brazo, le plantó en la espalda su bowie-knife (cuchillo encurvado). El golpe fue tan fuerte que se oyó crujir el omoplato, desportillado por la guarnición del cuchillo. El hombre cayó de vientre en el suelo, ahogándose; hizo un esfuerzo para incorporarse sobre los codos, tendió el cuello hacia delante para aspirar el aire; luego, con un hipo, lanzó una oleada de sangre, y murió en el acto, sin gritar. La herida había retenido el cuchillo, y Butler, que se había quedado de pie, absorto como un sonámbulo, se dejó prender y llevar.

Al día siguiente, en la ciudad, todos, hasta los negros, razonaban sobre el suceso. Parecíales a los negros que el joven envidió algo vivamente. «Pero -decían- puesto que ha llamado al mozo cuatro veces, la culpa es del mozo.» Sin embargo, su imaginación trotaba y se preguntaban si míster Butler sería ahorcado con sus pantalones blancos y con corbata rosa; sobre lo cual movían la cabeza misteriosamente y enseñaban sus dientes.

Los jóvenes de mundo sentían que Butler se hubiera valido de un cuchillo y no de un bastón. «Con un bastón no era un solo golpe el que había que dar, sino una docena. A causa del cuchillo se verá obligado a ir a pasar cuatro o cinco años en Europa.» Pero los tenderos y todas las gentes que trabajaban con sus manos estaban furiosos. Efectuáronse meetings, en que se habló durante muchas horas contra los aristócratas engordados con la substancia del pueblo; se citó a Jefferson, y se declaró que si los libres hijos de América no obtenían de sus magistrados protección y justicia, recabarían la posesión de sus derechos naturales (alusión a la ley de Lynch).

El asunto tomó mal aspecto, sobre todo al ver cómo lo conducía el juez. Era un francés, antiguo armador, bravo y de honor rígido, que no quería al pueblo; pero había sido educado en los principios absolutos, en la lógica cerrada de los filósofos del siglo XVIII. Declaró terminantemente que no haría excepción de personas y que el patíbulo se había hecho para

todos los asesinos. Cundió la alarma y se le hizo hablar. Respondió que el veredicto correspondía a los jurados; pero que pronunciado el veredicto aplicaría la ley.

Como era bastante pobre, un amigo de la familia subió a su casa una mañana con cien mil dólares en billetes de Banco; cogió el fajo y lo echó, con el hombre, por la escalera.

Recurrióse entonces al carcelero, personaje menos rígido; el juez le despidió, y puso en su lugar a un mocetón huesudo, flemático, una especie de puritano, cantor de salmos, que no se movía ni de día ni de noche de su cuarto y sobre quien se deslizaban las amenazas y las promesas resbalaban como el agua sobre un hule.

Acudióse de nuevo al juez, y como la exasperación iba creciendo, se le hizo entender que se jugaba la propia vida; ya no salió sino armado y con cinco o seis negros de tan buena voluntad como él. Una noche lo descerrajaron dos pistoletazos y quedó levemente herido en el hombro. Desde entonces hubo en toda tienda dos brazos y una carabina cargada a su servicio. Cuando pasaba se lo seguía con los ojos para vigilar su vida y defenderle; todo hombre del pueblo era su guardia de corps.

La cólera pública llegó a ser tan grande que ya nadie se atrevió a habérselas con él. El proceso siguió el curso ordinario; había veinte testigos, y él no negaba. Se trató de probar que estaba embriagado; pero no había bebido mas que una copa de ron. Él mismo empeoró su causa con su silencio bravío y la altanería de sus respuestas. «Es un mal bull-dog rabioso -decíase en el auditorio-. Hay que derribarlo.»

El Jurado, compuesto de comerciantes e industriales, se acordó de que el mes anterior se habían cometido muchos asesinatos y que esto perjudicaba los negocios, y el juez, pronunciando solo, después de haberse cubierto la cabeza, según costumbre, condenó a Jonatás Butler a ser ahorcado.

Todos los jóvenes bien educados se agitaron; tuvieron conciliábulos; estaban persuadidos de que no habría de ejecutarse la sentencia de un hombre como aquél; el ahorcamiento, sobre todo, les parecía infame, bueno para un yanqui o un negro; si no lo impedían, su honor corría peligro.

Mistress Butler, la madre del condenado, vio a los principales, y el primer lunes de agosto se le ofrecieron al carcelero doscientos mil dólares; era toda la fortuna de la familia; además se encargaría de embarcárseles a él, a los suyos y a Butler en un buque del que se estaba seguro y que aquella misma noche zarpaba para Europa. Cerró los ojos y palideció, deslumbrado por la suma; y fue luego a un armario a buscar su gran Biblia y señaló un texto que había subrayado y que desde hacía un mes miraba todas las mañanas: «No prevaricarás.» Después de lo cual salió y se negó a hablar con nadie.

Dos días después supieron los amigos de Butler que se estaba abriendo el hoyo para plantar la horca. Al día siguiente, bien armados, en número de cerca de ciento cincuenta, a las cuatro de la mañana, atacaron la cárcel. No había mas que unos veinte soldados, que no opusieron gran resistencia y se marcharon buenamente a su alojamiento. Otro puesto más numeroso se hallaba en la punta del puerto; pero el coronel y los principales oficiales,

hombres de mundo, habían tenido cuidado en marcharse una hora antes, el uno para inspeccionar el fondo del lago, los otros para una cacería en el bosque, y habían enviado a los soldados al cuartel.

Los amigos de Butler se habían provisto de palancas, de barrenas y de limas, y comenzaron a trabajar en la gruesa puerta, y en seguida, como era muy espesa, sólidamente echados los cerrojos, la atacaron con una viga, a golpes de ariete. Resistió; entonces amontonaron leños contra ella y pegaron fuego; esto salió bien; los tablones encastrados en el hierro se desmigajaron carbonizados y toda la pesada máquina se desunía. Pero habían empleado más de media hora y la resonancia de los golpes de ariete, junto con el resplandor de la hoguera, habían sembrado la alarma.

Sin embargo, los tenderos no se atrevían a moverse. Cierto que se veía a algunos en el dintel de su puerta, carabina en mano; pero no formaban cuerpo y encontraban demasiado determinada la traza de los asaltantes. De pronto, por una calle que conduce al puerto viose llegar una marea de hombres despechugados, desarrapados, que aullaban como salvajes, armados de barras de hierro, de picos y de cuchillos; eran los pobres irlandeses empleados en el puerto que querían darse la satisfacción de ver ahorcar a un inglés rico.

Los jóvenes hicieron una descarga y cayeron buen número de blusas sucias; pero Paddy es el primer hombre del mundo cuando se trata de hacerse romper los huesos y de romperle los huesos a otro. Esto aparte, habían bebido su whisky de la mañana, y trabajaron tan bien con sus barras de hierro y sus bowie-knives, que en un cuarto de hora quedaba terminado el asunto. Los amigos de Butler, dispersados, se retiraron llevándose a sus heridos, y los empedradores, llenos de entusiasmo, se repartieron por las tabernas, dejando a un centenar de ellos alrededor de la cárcel, donde fueron a reunírseles los tenderos, y desde entonces día y noche la cárcel quedó custodiada por voluntarios; de suerte que hubiera sido preciso combatir media ciudad para forzarla.

Había llegado la necesidad y el hombre se veía acorralado en aquel último rincón sin salida en que es preciso morir. Un curioso que desde lo alto de una ventana bien colocada observaba a Butler con un antejo le vio aquella tarde mirar el sol poniente, la boca abierta y los ojos extraviados, fijo y tieso como ante algún espectáculo horrible o sublime; caerse después de rodillas y apretarse el cráneo con las dos manos. Por la noche, en vez de dormir tranquilamente como solía, daba vueltas en su cuarto, y el carcelero, que escuchaba sus pasos, oyó a media noche una tormenta de sollozos; era robusto, no había llorado jamás, y aquel sacudimiento de su pecho parecía como la agonía de un toro.

Por la mañana se le encontró dormido, muy pálido y como agotado por algún grande exceso. Había escrito mucho y después estrujado y arrojado los papeles por todos los rincones del cuarto. Uno de ellos pareció singular y contenía las palabras siguientes:

«El sol poniente era el corazón de Cristo y sus rayos penetraban en mis ojos. Me he lanzado hacia él, he estrechado sus pies con mis brazos; después me he incorporado y he querido de rodillas abrazar su cuerpo como hacía con mi madre. Entonces he mirado su cara; estaba pálida como las hojas grises de invierno, lavadas por las lluvias, cuando mueren en las ramas de los árboles. He desfallecido, y volviendo a abrir los ojos he visto el

sol eterno por encima de las multitudes de cabezas redondas, todas compadecientes, dichosas, y en una gloria de púrpura. Me parece que tengo una cuchillada en el estómago.»

Con eso el carcelero cobró confianza y esperó que tuviese un buen fin.

No faltaba mas que un día, y su madre obtuvo permiso para darle el adiós. Llegó vestida de negro; cuando se la vio bajar del coche, con los ojos secos y ardientes, el rostro tranquilo, todos los circunstantes, hasta los irlandeses, se quitaron los sombreros. No se la cacheó al entrar; en América se respeta a las mujeres más que en Francia; por otra parte, aunque hubiese traído una lima, el preso no habría podido servirse de ella; había seis centinelas cerca de su puerta y cincuenta bajo su ventana; pero no era una lima lo que traía.

Permanecieron juntos una hora, sin que se oyeran sollozos ni exclamaciones, después de lo cual salió tan fría como antes; no se desmayó hasta que estuvo en el coche.

Por la noche, el carcelero oyó un grito ahogado, y un cuarto de hora después uno o dos gemidos; pensó que se acababa la conversión, y preparó para la mañana siguiente sus consuelos espirituales. Por la mañana, al entrar en la celda, encontró a Butler de cara contra el suelo, muerto, con tres cuchilladas en el pecho. Había una salpicadura de sangre en la pared y después un charco de sangre cerca de la silla; el cuchillo había quedado en la tercera herida. Se había dado tres veces, y en los intervalos había tenido la idea de escribir.

La primera vez no había hecho mas que desabrocharse el chaleco; la hoja se había deslizado sobre una costilla y hendido solamente la carne de través. Entonces se quitó la camisa, y tanteando con los dedos el lugar bueno, se había concedido un cuarto de hora para volver a comenzar.

La segunda vez el cuchillo había penetrado bien; aunque demasiado abajo y algo demasiado a la derecha; la sangre había corrido abundantemente y se había sentado, abriendo los labios de la herida, persuadido de que todo iba a acabar. Al cabo de un cuarto de hora de espera se había encontrado muy débil y estaba calenturiento, pero con el espíritu bastante lúcido para comprender que había fallado el golpe. En aquel momento, y durante cinco minutos, no se había sentido con valor. Las dos heridas le quemaban; se excitaba inútilmente. Con eso se había bebido medio jarro de agua y lavádose las manos y la cabeza; hecho esto, habíase hecho de nuevo dueño de su pensamiento y decidido a no morir colgado de una cuerda como un negro.

Había permanecido tranquilo durante media hora, evitando todo movimiento y taponándose con un pañuelo, «porque -escribía- si la sangre comienza a correr en abundancia, me desmayaré o no tendré fuerzas para herirme en lo certero, y mañana me ahorcarán». Anunciaba que esta vez pondría la punta del cuchillo en el lugar en que se siente latir el corazón, y hundiría, apoyándose por grados y con las dos manos, pero arrodillándose contra su cama, de suerte que no hiciera ruido y no despertara a nadie con su caída. La última línea indicaba la hora: las once y veintitrés minutos; había tenido la precaución de darle cuerda al reloj.

Ese joven carecía de reflexión y no se había aprovechado de su experiencia; el corazón es dificultoso de alcanzar; vale más darse en el cuello. A dos pulgadas por debajo del ángulo de la quijada pasa la carótida, que sólo está cubierta en este sitio por la piel y un músculo bastante delgado. Hundiendo y apoyando hacia dentro, puede ser cortada fácilmente al primer golpe; el cerebro queda paralizado al instante y se muere sin haber sentido nada. La cuestión estriba en ejecutar los dos movimientos de seguida, primero empujando y después oblicuando, a poca diferencia como se corta una rebanada de pan en una libreta.

Capítulo X Los jóvenes

- II -

Fui a visitar el sábado pasado a monsieur Anatolio Durand o du Rand, mi sobrino. Este joven pícaro abusa de la pensión que he tenido a bien pasarle; el criado que me ha abierto la puerta tiene las trazas de un mayordomo. Mi señor sobrino se hallaba hundido en una poltrona, con los pies a la altura de los ojos, y fumaba unos cigarros tan buenos como los míos. Le he mirado; tenía el aspecto de una pava trufada extendida sobre su fuente. Le he saludado gravemente; se ha sobresaltado y no ha encontrado nada que decirme. Le he dirigido un cumplimiento sobre sus sillones acolchados, sus soberbios divanes de cuero moreno, después de lo cual, con inquietudes en las piernas, he inspeccionado la habitación. Hay étagères muy lindas en el comedor; a mi sobrino le da por el viejo Sevres. El dormitorio encierra dos Baudouin y muchas estatuítas poco vestidas; esto es propio de un hombre de gusto; después de lo cual he encendido un cigarro y le he dicho:

-Anatolio: ¿hay nada más hermoso que la virtud?

-¿Cómo decís, tío?

-Digo, amigo mío, que no hay nada más hermoso que la virtud. Verbigracia: he aquí a monsieur de Monthyon o bien a monsieur Bordier, antiguo notario; lee el diario y ya verás qué ruido meten todos los años en el mundo. Han legado sumas para fomentar las buenas acciones o recompensar los buenos libros, y a causa de esto todos conocen sus nombres y hablan de ellos. Esto, ya ves, agujonea; es agradable llegar a la gloria. Hubo un barón, no sé cuál, que excitó en su testamento a los cirujanos a perfeccionar la talla vesical. Bueno; pues desde este testamento se han inventado aparatos encantadores, hasta llenar con ellos una tienda; las gentes se dejan practicar la operación sin hacer la menor mueca; tan aprisa y tan delicadamente se va hoy en el día, que es un gusto. ¿No resulta eso lo bastante elocuente para excitar la emulación de un alma generosa? Vamos a ver, mi amigo: eres joven, es la edad en que se abrigan sentimientos generosos; expónme tu parecer en

conciencia. Hay una enfermedad de la que quisiera librar al género humano: el reumatismo; sé lo que es porque tengo dos. ¿Puede haber más hermoso empleo de una fortuna que ofrecer, después de la muerte, algunos centenares de miles de francos al sabio laborioso que descubra el específico? ¡Ah, joven, joven! ¡Cómo brillan tus ojos! ¡Qué bien está, amigo mío, interesarse por el género humano!

Mi sobrino no tenía aire de interesarse en modo alguno por el género humano; antes bien parecía corrido y se olvidaba de fumar el cigarro, en vista de lo cual repuse para consolarle:

-Mi pobre Anatolio: estoy aburrido. Nuestra fábrica de salazón de Cincinnati corre peligro. Me escribe mi corresponsal que el profesor Thickscull, de la Academia de los Hog-and-sevine-for-the-world, acaba de inventar una máquina capaz de echar abajo toda competencia. Todo se hace a vapor; es una pequeña obra maestra de elegancia y precisión. Los cerdos son empujados en fila hacia un conducto negro, a cuyo extremo un vaivén de grandes cuchillos los degüella uno a uno: dos minutos. Un pequeño trineo transporta al animal al cuarto del lavado: un minuto. Allí, unos cepillos mecánicos le rascan y bruñen como un par de botas: siete minutos. Otro trineo lo lleva al cuarto de recortar, en el cual unos grandes tajadores lo vacían y hacen cuartos: seis minutos. Lo izan dos poleas y van a depositarle, miembro por miembro, sobre capas de sal en un barril: tres minutos. Cierran el barril y parte en un ferrocarrilito: dos minutos. En todo, veintiún minutos para preparar un cerdo hasta el último detalle y enviarlo al almacén. Esto es admirable; ven mañana y te enseñaré los cortes y dibujos en mi gabinete. Thickscull va a ganarse tres millones de dólares; tendrá el suministro del ejército federal, y esto me veja: primero, por el honor, pues yo era el primer fabricante de tocino de la Unión americana, y luego por el dinero, pues los jamones me proporcionaban treinta mil libras de renta. Podría enviarle instrucciones a mi agente; es un hombre honrado, que no ha hecho quiebra mas que siete veces; pero, en fin, Thickscull podría untarle la pata, y yo necesitaría allá un hombre de mi devoción. Veinticinco horas para ir de aquí a Liverpool; doce días de Liverpool a Nueva York. Anatolio, ¿qué me dices? He pensado en ti.

La cara de mi sobrino tomó un aspecto muy notable. Las dos comisuras de la boca se habían bajado como las de un sollo. Los ojos redondos, grandemente abiertos, parecían bolas de lotería, y en el reborde de sus cabellos tan bien rizados y lustrosos, dos gotas de sudor brillaban como perlas sobre su cutis rosado.

-Tranquilízate, amigo mío; apruebo este noble ardor; pero es demasiado fogoso, y en los negocios no hay que precipitarse. Ya hablaremos de eso otro día. Entre tanto, dime a quién esperas hoy; he aquí un salón con todas las trazas de acabado de arreglar, en el comedor he visto una gran ponchera, y tu criado descolgaba ahora mismo toda suerte de tazas y cosas culinarias. ¿No estoy de más?

-De ninguna manera, tío; os juro que no hay muchacho más ordenado que yo; sólo espero a unos amigos, todos muy bien; es mi día de recibo.

* * *

En efecto, señor; mi sobrino tiene un día, lo mismo que una mujer bonita. Le miré mientras se movía por el cuarto y daba órdenes. A la verdad, ¿en qué difiere de una mujer bonita? Es menos bonito, helo ahí; mas, por lo demás, está a su nivel. Sus preocupaciones son casi las mismas; cuando ha reflexionado sobre su traje, su mobiliario, su pequeña representación de joven, se le han acabado ya las ideas. Tiene un armario entero lleno de botas y botines; durante dos años ha oscilado de Renard a Dusatoy, para fijarse en Renard, salvo volver a Dusatoy; respecto a los chalecos, dícese que es un genio; el primer cortador de Renard le respeta, y el bello joven ensayador que sirve de anuncio no está más orgulloso de su torso que lo está él del suyo. Fijábame en su negligé de soltero: pantalón bombacho, deliciosa americana de verano, chaleco parecido, y alrededor de su cuello, doblado expresamente, la más exquisita corbata malva.

La barbilla está afeitada; pero las patillas, abundantes, están reunidas por el bigote, y el aire aburrido alterna en su rostro con el aire satisfecho de sí mismo. Las manos están cuidadas; los dedos, rosados, muestran una gruesa sortija, y de vez en cuando las levanta para hacer bajar la sangre. A veces, con un gesto maquinal, las lleva a su oreja, que es pequeña, o a su cuello postizo, obra maestra de gusto, de audacia, o bien a sus cabellos, graciosamente ondulados por encima de las sienes. Conoce su sonrisa; la atempera o la sostiene a igual distancia del descuido y del fastidio. Sabe inclinar su cuello, cruzar las piernas, apoyar la barbilla sobre la mano, sentarse en un sillón y escuchar o decir insulseces sin bostezar.

¡Qué amable sois, sobrino mío! ¡Y cuán poco tendríais que aprender si de repente, convertido en mujer y dama de salón, os vieseis obligado a peinaros a lo perro, a llevar trenzas postizas, a redondear una falda ahuecada y a revolveros con la mezcla requerida de agrado y de decencia, entre las carantoñas y las chácharas de una recepción!

¿En qué pasa el día? Se levanta a las nueve, se pone una bata, y el criado le trae el chocolate. Lee los periódicos, fuma cigarrillos, se despereza hasta las once y se viste. Esto es toda una operación. Ha hecho colocar en su gabinete tocador una gran mesa de siete pies de largo y ancha a proporción, con tres palanganas y no sé cuántas cajas, frascos y espejos. Tiene tres cepillos para la cabeza, uno para la barba, otro para el bigote, pinzas para depilar, barritas de cosmético para encolar los pelos recalcitrantes, pomadas, esencias, jabones; he entrado, y se hubiera dicho un arsenal; después de lo cual almuerza, vuelve a fumar, hojea una novela y hace algunas visitas.

El año pasado terminó su carrera de Derecho; esto le ocupaba dos horas al día; arrastraba el grillete con aire aburrido; era el último eslabón de la cadena universitaria. Ahora está libre y se encuentra bien con no hacer nada ni tener que leer. Creo que ha echado un vistazo a la Vida de Jesús, para poder hablar del asunto y estar de moda.

Su grande invención este año ha sido un puño de bastón; se llevó a casa Verdier una docena de cañas que me habían enviado del Brasil, y en cambio encargó ese puño de bastón que le ha valido una reputación en su mundo. Una vez, en los primeros días del verano, se

unió a una veintena de jóvenes de su Círculo para salir juntos con chalecos blancos, americanas blancas, sombreros de copa blancos; esta expedición se puso de moda, y no quedó poco orgulloso de su audacia y de su éxito.

A las cuatro se da una vuelta por el Bosque; su caballo es pasadero; es buen jinete y no hace mala figura. De ordinario come en el Círculo; lo más a menudo está en casa a media noche. Dos veces por semana va al teatro, prefiriendo el Palacio Real; otras dos veces, más o menos, va del bracero con una figuranta del teatro Lírico. Supe de él unas relaciones de seis meses con una modista. Eso es todo; es ordenado, como me decía hace poco; no tiene pasiones violentas, ni siquiera arrebatos; casi todos los jóvenes son hoy así, moderados en todo, hasta en sus majaderías.

Les da miedo el exceso; canalizan sus vicios; son burgueses que evitan aburrirse y más aún exponerse. La vanidad, que es el último resorte, les empuja aún; pero no muy lejos. Mi sobrino le da ramos a mademoiselle X...; pero no irá a Clichy por ella. A sus ojos una mujer vale una mujer; el amor es agradable, como la cocina; al lado de un restaurante hay otros restaurantes. Cuando haya cenado, hasta que tenga los treinta años, pensará en el puchero, esto es, en el matrimonio. Una vez casado engordará siete meses cada doce en el campo. Habríase podido casarle al salir del colegio; nació maduro.

¿Para qué sirve? Por el diablo si se le ha ocurrido jamás la idea de aprender algo, de obrar por sí mismo y según su propio sentir. Que le hablen de un gran viaje, aun de placer; por ejemplo: de visitar Jerusalén o el Cairo; torcerá el gesto; en su fuero interno prefiere más ver una decoración de Sechán en la Ópera. Le envié a Londres y se sintió abrumado por la niebla y las visitas; le pareció que los teatros y casinos del lugar eran buenos para corredores de comercio, y se vino cuanto antes.

Le gustan bastante las jiras de campo, la vida de quinta, y sale airoso, porque lleva guantes frescos y baila pasablemente; lo que le gusta son las comidas que sean exquisitas y amplias, y esas grandes sillas tumbadas en que se digiere tan cómodamente tomando el fresco y fumando un cigarro.

A su edad, en materia de política y de literatura estábamos locos; yo he formado parte de una Sociedad para la regeneración del género humano, y a propósito de las Orientales, de Víctor Hugo, nos liábamos a puñetazos en el colegio. Él trata la literatura como el amor; eso hace pasar la velada, cuando no hay otra cosa; le conviene novelas divertidas, nada tristes ni difíciles de comprender; ha leído Madame Bovary; pero se guardará bien de volverla a leer. Si apareciese un Paul de Kock, a la moda del día, algo más limpio que el otro, las novelas que tendría sobre la mesa serían ésas. En cuanto a las teorías políticas, se fueron al agua en 1848; a su ver, las frases que se hacen sobre los negocios públicos no son más que un medio para pescar un empleo.

Le hablado a veces de una carrera, y se resignará a ello si es menester como a una servidumbre; sea cual fuere, poco importa; únicamente no la querría fuera de París ni demasiado sujeta; desea tener sus noches, sus mañanas, su domingo, un día de asueto por semana, dos meses de vacaciones, y hace notar que digiere mal cuando se ve obligado a trabajar entre las horas de comer, de once a cinco.

¿Es eso sorprendente? Su educación entera ha tendido a estrecharle y disciplinarle. Ha hecho temas, versos latinos en el colegio hasta los veinte años; en una palabra, un oficio de ardilla en jaula; con sus camaradas miraba a través de los barrotes. Desde semejante lugar la vida parece un día de vacación, un paseo, por el bulevar con guantes y botas nuevos, entre muchas mujeres bonitas a quienes se puede mirar sin que el ayudante tenga nada que decir. En todo lo que se enseñaba, nada de aplicable; se trataba de aprender un manual para quedar libre, abierta la puerta, ha tirado la casaquilla griega y latina como un viejo sayal.

Una vez en su casa su madre le ha tenido entre algodones y él se ha acostumbrado. Ningún trabajo ni esfuerzo se lo exigía; bastaba con que se presentase bien y no hiciese tonterías costosas. «No vuelvas demasiado tarde; ponte bien la corbata.» He ahí, a lo que creo, todos los principios que le han imbuido.

Por vía de ejemplo ha visto a su padre y a los amigos de su padre manejarse lo mejor posible, pensar en su fortuna, refinar su bienestar, calcular el precio y el aliciente de una casa de campo, de un mobiliario, de una comida, y hace como ellos; es un animal de corral. ¿Se puede ser de otra manera cuando se ha nacido en un corral? Hace convenientemente la rueda; es el único deber de un pavo; ¿es justo pedirle mejor o pedirle más?

Comparaba hace poco sus gustos, sus ocupaciones, sus ideas con las de una linda burguesa; en efecto, tiene, la educación de una muchacha burguesa. Ha aprendido el latín, como ella el piano, y eso se equivale, pues tan mecánico es lo uno como lo otro. Ha estado en el colegio, como ella en el convento; ha mirado como ella a través de las rendijas de la puerta, y ambos se han representado el mundo como un día de salida, en que se llevan guantes claros y se comen merengues de fresa. Sus padres le han inducido, lo mismo que a ella, a respetar las conveniencias, a huir de la brillantez, a temer el esfuerzo, a estimar los buenos bocados, y piensa en una colocación, como ella piensa en un marido; la colocación y el marido son medios para figurar y divertirse, todo sin trabajo. A eso se atienen uno y otra; si algo pasa en sus sueños, es un coche, una quinta cómoda y bonita. Ambos se imaginan como dicha suprema el placer de ir al bosque con un carruaje nuevo. Quizá la mujer tiene en el fondo de la mollera alguna exigencia más, pues a título de mujer tiene nervios, y doncella ha estado enclaustrada hasta el casamiento; pero, en suma, les coloca al mismo nivel; son los matrimonios modernos un par de volátiles sobre una percha.

* * *

Tres campanillazos. Son los amigos de mi sobrino que llegan del Círculo. Presentaciones; como no tengo el aire pedantesco, nos ponemos pronto a hablar libremente. El ponche ayuda a ello, y mi sobrino se acuesta a las dos de la mañana; soy yo quien le desarregla.

El primero es un vizconde de veintiocho años, de una buena familia del Franco Condado; pero ¡qué familia! Un padre, dos hijas, una tía, un aya. No vienen nunca a París, ni siquiera van a Besançon. El padre se pasa la vida paseando, inspeccionando sus propiedades, comiendo y calentándose al amor de la lumbre. Es tan perezoso de espíritu que ni siquiera lee el diario; es menester que se lo lea el aya; la cabeza sólida de la familia es ella. Ni dibujo ni música; ortografía, cálculo, y lo demás de una instrucción primaria. Como recreo, las jóvenes bordan ante la ventana; el aya traza los patrones. Nada de libros. Con este oficio se los ha atragantado el campo, y quieren casarse; pero con dos condiciones: el futuro será buen católico y vivirá en una villa. El padre quiere, además, que sea noble y acepte como dote siete mil francos; no se ha encontrado.

Para distraerse hacen canastillas para los niños pobres o confeccionan docenas de gorritos perfectos. Han venido las pullitas, y es menester que el aya sirva de tapón entre la tía y el padre, entre las hijas y la tía, entre el padre y las hijas. Añadid a eso la devoción y las prácticas. Como las ideas faltaban en absoluto, han brotado los escrúpulos a manera de cardos en barbecho. Han encontrado demasiado indulgente a su cura y plantean por carta a los teólogos de Besançon casos de conciencia. Por ejemplo, han querido saber si le era permitido al cura permitirles el pescado en la colación de Cuaresma; se les ha respondido que San Alfonso de Ligorio autorizaba los pescaditos fritos.

Mi joven se divierte por ellas; no vuelve nunca al redil hasta septiembre, en tiempo de la caza. Ha sido agregado de embajada y ha hecho estragos en las pequeñas cortes de Alemania entre las canonesas; después ha recorrido Europa y hecho un curso de galantería comparada; por fin, aburrido, se ha dejado caer más bajo. En este concepto su erudición es universal; se vanagloria de ello y da detalles precisos. Todo eso con una soltura amable y el más lindo flujo de palabras; su vanidad no tiene nada de envarada; en esta parte es superior a los burgueses, que cuando presumen de un talento le prestan una atención y pretensiones de autor. Dice que ahora se ha fijado en París, que no vale la pena de irse tan lejos, que aquí se importan las primicias extranjeras, y que en punto a la salsa, sólo aquí se la encuentra.

Un hijo de banquero. Este año, durante dos meses, los beneficios han sido de catorce por ciento; esas son las noticias que desde la edad de ocho años oye comentar en la comida y en el almuerzo. Hace seis meses su padre, enterado de que un pobre diablo de inventor estaba perseguido por deudas, le compra los títulos, se convierte en su acreedor único y se apodera de la patente por un pedazo de pan; se trataba de un medio para evitar los escapes de gas. Hecho esto, sube al coche, corre por las oficinas, habla a las gentes poderosas, da propinas a los subalternos útiles, obtiene la aplicación de su procedimiento en todas las Administraciones. Ganará trescientos mil francos.

-¿Y el inventor?

-¡Oh! Hará otra invención; esas gentes son como los topos; tapadles el agujero; practican otro, y aun sois vos a quien le cabe el mérito del segundo agujero.

En el fondo de su corazón admiraba la sagacidad paterna; pero a condición de aprovecharse. Yo le decía que en América un padre tiene derecho a desheredar a su hijo hasta el último centavo, y eso le ha parecido monstruoso.

-¡Pero esas gentes son salvajes! ¡Cómo! ¿Podría yo tener caballos, botas de charol, y podría mi padre, a voluntad, hacer de mí un cagatintas, un pelagatos? ¿Por qué no en seguida un aguador, un mandadero?

Le he apretado y he visto que a sus ojos los hijos son propietarios de los padres y que harto hacen con dejarles que vivan. Es pesado de carne y de sangre y no de raza fina como el otro. Trata a las mujeres como caballos y a los caballos como mujeres. Es para realizarse; la manaza de su abuelo, el tratante en bueyes, perforaba su guante amarillo y sale a su través.

Un joven fiscal sustituto, destinado desde hace un año a Bourgneuf. Dos mil francos de renta y mil doscientos francos de sueldo. Ha venido a desenmohecerse ocho días en París; pero sin entusiasmo. Es un muchacho reposado. Se sienta tres horas en la Audiencia, cuatro veces por semana, y el resto del tiempo se pasea, lee una novela, se ocupa de fotografía. Se halla allá con su familia, y por eso tuvo que esperar tanto a ser nombrado; quería volver a Bourgneuf o las cercanías; meterse de nuevo en la concha. Ninguna ambición; ascenderá lentamente; será juez a los cuarenta años, presidente de Tribunal a los cincuenta. Se casará bien; la magistratura da derecho a dotes convenientes; se verá considerado; comerá a menudo y delicadamente; no aspira a más; le gusta la tranquilidad, es un hombre disecado. ¿Disecado o mimado, qué valdría más para Anatolio?

* * *

Disecado. Al cabo de ocho días de reflexión es mi respuesta; con esta tela moderna no hay para hacer vividores. Mi sobrino entrará el mes próximo como supernumerario en el ministerio de Hacienda; cortará plumas cinco horas al día, pensará en llegar a subjefe, soñará con un día de asueto y estará a la altura de su siglo.

Capítulo XI En la Embajada

Hoy es día de gran recepción; el embajador se ha trasladado a otro palacio y da una fiesta.

Gran patio enarenado, que sale a dos calles; los coches entran por una y salen por otra, y no hay hacinamiento. Se le ha llenado de cajones con naranjos y laureles. Coraceros soberbios, a pie y a caballo, están apostados por grupos en la entrada y en los ángulos. La

luz hace refulgir el acero bruñido de las corazas y se pierde en el verdor de las hojas; encima, el cielo sin luna extiende su tienda negra, bordada de estrellas.

A la izquierda, en medio de la semiobscuridad atravesada por relámpagos, se abre la grande escalera, ensanchando su doble espiral, sus pasamanos de hierro labrados, sus cinceladuras delicadas y grandiosas, en el gusto del siglo XVIII. Flores de estufa, yaros de raso, cactus de púrpura surcados de estambres temblorosos suben en andamiadas a lo largo de los peldaños, y las orquídeas extrañas, las plantas descabelladas entrelazan caprichosamente los torcidos sinuosos de sus fibrillas y sus racimos. Las arañas multiplicadas relumbran con todas sus girándulas; lacayos galoneados formados en tres filas permanecen en la entrada con hachones de cera.

Van subiendo mujeres engalanadas y se ve desplegarse al azar en los tramos la magnífica parada del moaré lustrado cuyas quebraduras resplandecen de la seda joyante y opulenta, de los encajes que baten como alas de libélula, de los diamantes que lanzan un centelleo de chispas, de hombros blancos en que se estremece la vida, de las nuca delicadas que se vuelven bajo una profusión de cabellos rizados, entre los destellos de la peineta de oro. Al salir de las calles frías y negras de los barrios viejos se cree entrar en una hornaza de luz.

Ha tenido el talento de no echar a perder su palacio por manos de un tapicero moderno. Nada de baratijas en esta galería que sirve de entrada, en esos altos salones que se alargan en fila; las paredes, tapizadas de seda roja o amarilla, tienen toda su anchura y su grande aire no queda deslucido por los cuadros modernos, tan atormentados, tan minuciosos, de una sentimentalidad o de un efecto pintoresco tan buscado y atrapado con tanto trabajo.

Hasta ha excluido de su casa las lindas pinturas amaneradas del siglo XVIII. Se hizo una galería en Italia, en Florencia, y toda su galería está aquí, pero no amontonada como un museo; está dispuesta conforme las habitaciones; las habitaciones no están dispuestas conforme a ella. Grandes desnudos, un torso valientemente marcado, una rodilla, un hombro opulento salen de las tintas anegadas o de las negruras profundas; a derecha e izquierda se siente un pueblo de personajes viriles que viven sordamente, prolongados más allá de la tumba por el soplo de su gran siglo.

Una Erigona del Carraccio avanza sobre un carro tirado por tigres; las redondeces de su cuello y de su vacío plegado nadan en una sombra transparente; su mejilla empurpurada, su bella sonrisa, irradian entre las rojeces sombrías de los ropajes bajo los brazos desnudos y los cuerpecillos retozones de los amorcillos que revolotean por el aire con coronas de oro.

Anchas chimeneas de mármol blanco llamean de trecho en trecho entre filas de lacayos, de suizos rojos, de cazadores verdes y galoneados, de ujieres graves que llevan su cadena de plata sobre su frac negro. Los grupos desfilan por la galería: generales, trajes de etiqueta, oficiales húngaros, diplomáticos llenos de bordados, marinos galoneados, uniformes de toda nación sembrados de placas. Las colas de las faldas arrastran y susurran sobre las alfombras; la galería es tan grande que las damas se espacian sin rozarse; pueden mostrar sus redondeces y desenvolver sus pliegues; su frescura está aún intacta, los semblantes tienen todas sus sonrisas; se puede seguir la ondulación de un talle que se inclina, la forma

esbelta de un busto y de un brazo perfilados a distancia sobre la tapicería, el movimiento suelto de un grupo que se hace o se deshace. ¡Felices lacayos que no van más lejos! ¡Yo, desgraciado de mí, tengo que entrar!

* * *

Una estufa, un amontonamiento de cabezas apretadas, en desorden, que tratan de removerse y gesticulan pacientemente la misma sonrisa. ¿Dónde están los cuerpos? y, sobre todo -¡gran Dios!-, ¿qué va a ser de lo de detrás cargado de ropas? Esto sería demasiado exigir; no hay que inquietarse más que por la cabeza; en cuanto ha pasado sigue lo demás, primero un brazo, después otro, después el busto; el resto es comprensible.

¿Habéis visto nunca una barraquita de hortelano? Los ajos, las zanahorias, los nabos están sobre maderos agujereados; por los agujeros pasan las colas vegetales, lo cual ocasiona por debajo del madero un entreveramiento inextricable y grotesco; lo importante es que por encima del madero no se topen las cabezas. Tal es la fiel imagen de una recepción de embajada.

Estufa y papilla. Cada cuarto de hora se espera la papilla; la doble puerta abierta vierte un nuevo líquido humano, que se mezcla con el resto, entre giros y remolinos. Se le ve avanzar lentamente como un aceite, y cada oleada avanza con más lentitud que la precedente.

Las once. Ya está hecho el engrudo; ya nada corre más; los dos primeros salones han llegado a este estado de las pastas viscosas en que se queda derecha una cuchara que se hunda en ellas; imposible avanzar ni retroceder. Cortésmente, discretamente, como quien hunde una cuña entre dos trozos de madera, se trata de empujar con los codos. Los rostros naturales se alteran y los rostros pintados se deshacen.

¡Señor Dios mío! Vos que sacasteis a los jóvenes hebreos de la hornaza ardiente, ves que libráis a vuestros elegidos del áspid y el basilisco, ¡yo os doy gracias! No me habéis hecho mujer y ninguna cola tengo que proteger más que la de mi frac, que es corta. Por un don particular de vuestra misericordia soy flaco, y ningún codo puede entrar cómodamente en mí como en una almohada. Me habéis conducido a América, donde he criado cerdos, lo cual me ha consolidado los músculos, y mis hombros pueden sin demasiado sufrimiento soportar la presión de mis vecinos. Por una dispensa especial de vuestra providencia no tengo ni callos ni juanetes; hasta ahora no me han pisado más que tres veces, y gracias a Dios no ha sido en el meñique, sino en el dedo gordo, que es resistente. No he comido con exceso y no temo la apoplejía. ¡Gracias os sean dadas, Señor, por tantos favores gratuitos! Sentiré quebrantamiento; pero no me cabrá la suerte lamentable de ese general gordo que se pone encendido y va a reventar.

¿Qué podría yo hacer para estar ocupado en espera de que esta liga comience a derretirse? Dispongo aún de bastante espacio para sacar mi reloj y ver la hora; contemos los saludos del embajador. Un saludo por segundo; esto es, sesenta por minuto, tres mil seiscientos por hora, catorce mil para una reunión de cuatro horas. Cobra doscientos cincuenta mil francos por año, y creo se los gana.

Ahora mismo he podido llegar hasta él y le he dicho estrechándole la mano:

-Señor embajador, os ofrezco mis homenajes.

-Ofrecedme cuantos queráis, mi querido amigo; pero me gustaría mucho más una silla.

Me he llevado la mano al corazón con una mirada de piedad respetuosa y después he mirado sus pies; lleva botas nuevas. ¡Dios mío, ordenad que su zapatero tenga la costumbre de hacer las botas anchas!

Zambullo a la derecha, zambullo a la izquierda, la embajadora y su hija a la entrada del segundo salón hacen como él. Si alguna vez llego a ser embajador, mi secretario general y muchos de mis agregados deberán medir cinco pies seis pulgadas, ser membrudos, casarse con mujeres vigorosas, alimentadas copiosamente e imponerlas anchas envergaduras de faldas. Tres de entre ellos estarán siempre a mi alrededor en las recepciones, y sus mujeres alrededor de mi mujer; esto formará muralla. Por la mañana tomaré un baño frío y me haré dar masaje; a la mesa no comeré más que chuletas, y habrá para mí, al salir de mis salones, una cama calentada, una botella de Burdeos y muchos biftecs bien tiernos.

El vaso demasiado lleno rebosa insensiblemente hacia el lado del tercer salón, y se avanza, palpándose los miembros; tengo todos los míos, a Dios gracias. He hecho todos mis saludos, y diviso el puerto, una antesala de escape, una especie de gabinete de vuelta que da a la galería de entrada, con un alféizar de ventana y un buen sillón oculto detrás de las cortinas. Toda la procesión pasará por allí; conozco bien ese excelente sillón, y por un milagro del Cielo está libre.

El que ha inventado los sillones merece un altar; no he tenido otra idea durante un cuarto de hora. Mi segunda idea es que en este momento soy, sin dificultad, el hombre más dichoso de los cinco salones; príncipes, mariscales, mujeres hermosas, no me llegan a la suela de los zapatos. Mi tercera idea es que he salvado mis lentes. Miremos un poco a esos pobres diablos.

* * *

Tres jóvenes oficiales ingleses, de pantalón blanco y casaca roja. Dos tienen el aire más distinguido y se muestran perfectamente dignos y tranquilos. El tercero, bobalicón, es una mecánica de palastro barnizado, de patas articuladas que arrastran.

Lady Bracebridge (cambio los nombres), cuarenta y cinco años, ancha y escotada hasta hacer estremecer; traje de seda punzó; la cara del color de su traje; majestuosa; es un monumento; se prohíbe, etc. Su hija, zamborondona, trasijada, abombada, parece hallarse encinta por delante y por detrás.

Un general prusiano, cosido de cruces, corto, grueso, purpúreo; sus ojos blancos de langosta cocida forman saliente en el rojo universal de su cara apoplética; arrastra a su mujer, y hasta el segundo salón hablan tan alto como en la fonda.

El marqués de Ricciardi; avaro conocido; con un millón de renta, presta sobre prendas, por semana; largo, amarillento, los labios contraídos, trabajado por dentro como por un cólico continuo.

Míster Harris Braggs, ciudadano de los Estados Unidos. «¡Ah! ¿Conque habéis vivido en los Estados Unidos? Bueno; entonces podréis darnos testimonio de que somos en el mundo la única nación joven y que tenga porvenir; en tres años acabamos de matarnos quinientos mil hombres.»

El conde Borodunoff, hombre rudo, cuadrado, barbudo, hecho al frío, que ha comido cordero cocido en su lana y dormido en su capa bajo la escarcha de las montañas de Persia; hay mucho de aurochs y de oso en esos temperamentos rusos; como conversación, dicharachos del siglo XV y semiinsulseces a las señoras. Su hija, blanca, fría, inmóvil, una sólida estatua de nieve, no tiene en la cabeza mas que los trapos y moños; contraste extraño: sobre este salvajismo primitivo no arraiga ninguna cultura, salvo la frivolidad parisiense.

B..., académico llegado por los banquetes; el estómago es la ruta del corazón. Piernas de ciervo, ojos y cráneo de buitre calvo; nadie sube asiduamente las escaleras, ni adivina más pronto, por la catadura de los criados, si hay que insistir, si el dueño está verdaderamente visible. Por fin tiene su uniforme verde, está contento, puede predicar a otro, oficialmente, la moral. Al presente no tiene mas que una espina: su mujer, una lechuza plumada que anda a su lado, nariz al viento, escotada, mostrando su clavícula.

Madame d'Arbés. He hablado con ella cinco o seis veces y nunca la miro sin placer. Es el tipo más acabado de mujer, de francesa y de mujer de mundo. Ninguna galantería; no le queda tiempo para tener vicios; toda su savia es consumida por el chisporroteo de los sesos. ¿Os habéis detenido nunca ante una pajarera, en el campo, para observar las ideas de un jilguero que salta, que arrulla, que come, que no está cansado nunca, que vive en el aire, que tiene ciento veinte ganas y hace sesenta acciones por minuto? «¡Oh, qué bien se está en la caña de arriba! ¡No, mejor se está en la caña de abajo! Mis plumas del vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de mijo. No; será mejor una migajita de pan. No; un sorbito de agua me refrescaría. Un pequeño aletazo para estirarme los músculos. ¡Hop, hop, hop! Un trino para aclararme el gaznate. ¡Cuic, cuic, cuic! ¡Hola! Una mosca que vuela. ¡Si pudiese atraparla! ¡Hete un rayo de sol que pasa! ¡Si corriera cerca! ¡Pío, pío, pío! ¡Oh, qué lindos pies tengo yo! ¡Tralará, tralará!, estoy contento de

vivir. ¿Qué hace el sol allá arriba? Debe aburrirse por no ir más aprisa. Ciertamente no hay en el mundo jilguero más lindo que yo!»

Cambiad las palabras: poned trajes, comidas, conciertos en los lugares convenientes y tendréis el zafarrancho que se arma en esa linda cabeza. El meollo lanza incesantemente voluntades en todos los nervios, pequeñas voluntades cortas que pasan a ejecución en el momento mismo, y al punto son expulsadas o atravesadas por otras. Los ojos brillan, las flores del tocado danzan, el talle palpita, las manos tienen cien pequeños movimientos, la voz vibra; jamás descanso. Va a cuatro soirées la misma noche, y cuando vuelve a casa, los bailes del día siguiente zumban como un enjambre dejado en su cabeza. Siempre sonrisas, y no artificiales; es dichosa; lo será mientras se haga revolotear ante ella quinientos pelendengues por hora, salones adornados, arañas, traje de seda, hombres con condecoraciones, cantantes ritornelos, equipos de caza, todo lo que gustéis, mientras todo brille y sea nuevo. Ha nacido en un estado de excitación, y moriría si estuviese tranquila.

¿Hay que enfadarse por ello? La máquina, construida y equilibrada de cierta manera, sólo obra conforme a su construcción y a su equilibrio. A veces es una linda obra de filigrana, en la que unas agujas eléctricas, montadas sobre un fino eje, se bambolean a la menor variación del calor o del aire; ¿qué puede salir de ella mas que un centelleo de chispas? Por el contrario, una mecánica de huesos sólidos y de carnes biliosas, escuadrada a grandes golpes, no obra más que por lentas y fuertes presiones persistentes.

El obispo de Cartago. Ha sido tenido por demasiado inteligente y se quedó por demasiado largo tiempo de vicario general. Le vigilaban sus menores palabras. No tenemos ideas de las trapacería y de las miserias eclesiásticas. Resignado, replegado, amortiguado, borroso, entristecido, agobiado, pasa con una sonrisa prudente y taciturna.

Muchos artistas y literatos. Demasiado trabajo y demasiados placeres; París es una estufa sobrecalentada, aromática y apestada, de terruño acre y concentrado, que quema o endurece al hombre. ¡Cuántos de sus compañeros han muerto en el camino! La mayor parte de los que subsisten están enfermos o agitados, vecinos a la impotencia, o reducidos, para guardar la fuerza de producir, a secuestrarse, a privarse de los afectos y de las preocupaciones naturales. Algunos han recurrido a los excitantes; otros han caído en la exageración mecánica, se copian, se hacen una manera, llevan más al extremo de año en año la salida de su talento, hacen de él una especie de mueca. El público está estragado y hay que gritar demasiado alto para que escuche.

Cada artista es como un charlatán a quien la competencia demasiado áspera obliga a forzar la voz. Contad aún con la necesidad de presentarse en el mundo, granjearse amigos y protectores, lanzar el reclamo, vender y empujar su obra, ganar siempre más para bastar a las exigencias de los hijos, de las mujeres y de las queridas, de las necesidades que crecen. Un traje cuesta setecientos francos y se lleva cuatro veces. Mi hija va para los veinte años; ¿cómo hacerla una dote y encontrar un yerno? Dos o tres temperamentos se han bronceado como los de los generales de Napoleón, y hay cabezas francamente dibujadas, de un color sólido, de las que se harían medallas.

En cambio, en esta baraúnda enorme, cada talento puede encontrar la nutrición que le conviene. Balzac tenía mucha razón en gustar de ese gran estercolero en que, al lado de todas las excrecencias, brotan todos los tipos. Un místico encuentra una docena de místicos, y llega hasta el cabo de su misticismo. Un colorista vive con coloristas y lleva la frase descriptiva tan lejos como puede ir. Un amante de las líneas puede oír siete veces por semana conversaciones etruscas. Un especulativo, un pagano practicante, no se ve retenido, como en Ginebra, en Oxford, en Florencia, por la obligación de llevar un traje religioso o político. Cada uno escoge los libros, las amistades, las opiniones, la conducta que se conforman con su instinto, y el instinto así sostenido alcanza toda su talla.

Aquí solamente es donde se encuentran cortesanos, intrigantes, maníacos, políticos, héroes, trabajadores, cada uno completo y acabado en su género. En una capa de tierra grasa y podrida, infinitamente compleja, incesantemente renovada y removida, en la que cien mil laboratorios y veinte cloacas hubiesen vertido sus detritos y sus residuos, se harían crecer semejantemente coles monstruosas, calabazas abolladas de excrecencias gigantescas, piñas de América divinas, rosas embriagadoras, espárragos en el mes de enero, dalias azules, ¿yo qué sé?, y no habría más curioso jardín para un botánico.

Pero las infatuaciones son tan grandes como las energías. Adquieren el exterior de cortesía y de modestia convenientes; pero, en suma, en el fondo del corazón y por efecto de las camarillas cada amor propio se hace colosal. El hombre está encerrado sólidamente en la ilusión que se ha forjado, y jamás saldrá de ella, porque emplea todo su esfuerzo en expresarla. Siempre, después de una discusión sobre lo bello, sobre las artes, un artista deja entrever más o menos a su amigo que es de igual parecer que él: «¿Ves tú? En materia de arte no hay mas que tú y yo, y aun ¿tú?»

La duquesa de Krasnoe, rusa; la Diana de Táurida, hermosa y alta como una hija de Júpiter; pálida y blanca con una blancura de nieve; los ojos de un azul pálido, bajo cabellos de seda pálida; un traje azul bordado de cisne deja adivinar el más admirable seno, y los brazos de mármol se despliegan a los dos lados de un talle tan esbelto como fuertes son ellos. Anda sin parecer verlo, con una seriedad de reina, los ojos abiertos y tranquilos como los de una estatua. Casi dan ganas de hincar la rodilla.

Una oleada de personajes graves, consejeros de Estado, directores generales, prefectos, académicos, altos funcionarios de veinte o veinticinco mil francos de sueldo. Les han sido menester treinta años de trabajo y de visitas para llegar ahí. Últimamente he visto en su casa a media docena; en todas partes el mismo interior: un tercer piso en la calle de los Mathurins o en la calle Montaigne, dos criadas, un criadito, el mismo salón con fundas bordadas, el mismo armario dorado en la entreventana, la misma ostentación obligada de un semilujo frío, vulgar y decente, la misma vida estrecha y llena de pretensiones. La paga es demasiado pequeña, se la come por entero, y se está obligado para llegar a la jubilación a gastarse hasta la cuerda.

Ningún reposo, salvo el mundo que fatiga, y de vez en cuando un viaje a las aguas, que cuesta demasiado caro. Siempre estirones entre la representación necesaria y la economía precisa; ¿cuál escoger? El presupuesto, tan crecido, es demasiado pequeño; a causa de la multitud de funcionarios, se le desmigaja; cada uno está a ración; es menester que cada uno

viva mezquinamente para que todo el mundo viva. Los semblantes se parecen: amarillos, huecos, estirados o hinchados de mala grasa; el aire de las oficinas es malsano; el de los salones, más aún. Aquí ríen, saludan, tratan de tener un aire brillante o amable; pero el efecto general es el de una batahola de monos, de viejos monos trajeados, fatigados, ajados, que han padecido demasiado. El desgaste se ha efectuado aún por otro lado. Al punto que se les conoce algo y no tienen ya miedo a comprometerse, dan sin dificultad en la chirinda; escuchan y cuentan historias de joven; se ve que han sacudido los jaeces; el estudiante se despierta bajo el burgués. «¡Aquel tiempo sí que era bueno!» «¿Pero es que ha pasado del todo?» Responden con una sonrisa despabilado. La moral francesa es clara: guardo las conveniencias, permanezco hombre de honor, soy bueno para los que me rodean, trabajo; con eso hay bastante; París es discreto, cómodo, y no quiero hacer el tonto.

Uno de ellos iba más lejos aún. «Estoy enamorado cinco minutos.» «¡Oh! -responde el vecino-, es demasiado poco; hay que tener un plato de base, comparar, volver; un hombre de mundo come en su casa y come fuera.»

¿Qué vienen a buscar aquí? Porque no se conversa mucho, hace demasiado calor, se ahoga uno entre la multitud, el tocado de la mujer queda perdido. Encuentro para esas bataholas y esas exhibiciones las razones siguientes:

Hay hijas por casar, y se las muestra.

Algunos jóvenes piensan también en un buen casamiento.

Hay mujeres a quienes sólo se las puede cortejar allí.

Se viene a señalar su puesto y demostrarle a otro que también se pertenece al gran mundo.

En rigor, es un club; es un montante de puerta de negocios.

Las señoras jóvenes, y aun las viejas, se aburren horriblemente por las noches, tope a tope con sus maridos. La turba es pueblo, aun entre los grandes, los ricos. Les es menester cambio, diversión, movimiento, como a los mancebos peluqueros y a las modistas que van por las noches a los bailes del barrio Latino.

Yo mismo, que les critico, ¿por qué estoy con ellos? He obrado mecánicamente, he seguido la muchedumbre; no he tenido la cordura de bastarme esta noche solo en mi cuarto. ¿He sentido placer? Al cabo de un deslumbramiento de cinco minutos, ¿qué he visto sino una procesión de codos puntiagudos y continentes forzados? A la verdad, se me ofrecía más bello espectáculo cuando al atardecer, en América, al son del cuerno, veía hormiguar entre los árboles los solomos redondos de mis cerdos; cuando los rayos oblicuos, iluminando las profundidades del verdor, mostraban sobre el musgo y entre las bellotas el zipizape de los alegres bribones, ahítos por una jornada llena; cuando sus gritos, como quinientas gaitas, ascendían en medio de los gañidos de los papagayos, y mi viejo bosque entero se agitaba y relumbraba con miríadas de resplandores y la ondulación de su eterno murmullo.

No hay que comprobar demasiado sus placeres.

* * *

He aquí el balance de mi última noche en la Ópera; he contado en una columna mis sensaciones agradables y en otra columna mis sensaciones desagradables: DEBE HABER

Francos Francos

Bonito rondó pastoral, 1

Dúo de pasión del segundo acto 1,5

Gresca del final 0,75

Armonía sabia del sexteto 0,25

Vista de Mesina en el tercer acto 3

Tenor gordo, pavo enfático 1,25

La prima donna está montada demasiado alto sobre patas, y chilla

0,50

Incomparable bestialidad de los comparsas vestidos de señores

1

Las figurantas son peores 1,50

Buena orquesta, pero demasiado ruidosa 2,25

Patas demasiado flacas de las bailarinas 1,50

Brazos descarnados; se desearía ofrecerles biftecs 1

Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes 2

Protagonista, piernas y cabeza vistas de cara 3

El mismo protagonista, de perfil 2

El primer bailarín, angora, peludo, insípido hasta hacerle desmayar a cualquiera

2

Entreactos 3

Vecinos gruñones 1

Lindas muchachas frescas en el proscenio de la derecha 5

17,75 15,8

Balance de mi operación: dos francos, y además diez francos por mi sillón de orquesta.
Total: doce francos de pérdida seca.

Capítulo XII

El mundo

En los Italianos, el martes y sábado de cada semana, desde hace dos meses; vuelvo esta noche; eso vale por todos los salones, los más desacreditados y los más selectos.

- I - El brillo es demasiado grande. Desde la orquesta sube la cuádruple guirnalda de palcos iluminados y de mujeres ataviadas, mostrándose bajo la irradiación de una araña de quinientas llamas. Un aire demasiado caliente, atravesado de emanaciones humanas, oscila y hace ondular las luces vacilantes. El suelo negro y movedizo de la platea se agita en los entreactos con un hormigueo extraño. Los semblantes, gastados o activos, se crispan bajo los reflejos cruzados y las lentejuelas innumerables de la claridad quemante. El zumbido de las conversaciones se hincha y se eleva. Al verlos así volverse, gesticular, saludar, retorcer sus cuerpos, aprisionados en la butaca estrecha, se piensa en el amontonamiento de un pueblo de insectos, comprimido en un embudo.

Esto indica la especie de placer que se viene a buscar aquí: la necesidad de excitación; esta palabra se viene siempre a los labios en París. Balzac decía que se moría de cincuenta mil tazas de café. La sociedad parisiense hace cómo él; por eso la pintó tan bien.

¿Cuántas veces, en los palcos de alrededor, no he mirado las cabezas? Se está allí un cuarto de hora inmóvil, absorto, ante un semblante afinado, ardiente, que se destaca solo, como en un marco, en el círculo de los gemelos. Insensiblemente se encuentra uno levantado, fuera de la butaca, atraído; acércase para mirar de más cerca, para tratar de adivinar el alma extraña que arde y reluce bajo aquella envoltura de seda, de raso y de gasas.

Cleopatras; la podredumbre y la cultura egipcias hacían brotar, hace diez y ocho siglos, flores tan embriagadoras y espléndidas, tan enfermizas y tan peligrosas como ese mantillo parisiense del que sacamos nuestra savia y nuestros males. Al primer golpe de vista son esfinges. Se las mira a la cara; a dos pasos de ellas no pestañean. Bajo tres gemelos asestados, la más joven permanece inmóvil. No quiere advertir que estáis allí; ni le sube a la frente ningún rubor, ni un pliegue remueve sus labios; continúa hablando, mirando; os trata como un poste del cual se han colgado tres trozos de paño negro; es como un soldado de uniforme, bajo el fuego, tensos los nervios, y, sin embargo, sereno, alta la cabeza. Pero el peinado, el traje, un cabo de cinta, un rizo torcido, el más ligero y más indiferente de los movimientos del abanico, todo habla en ella y todo grita: «Quiero, tendré más; quiero y tendré sin límites y siempre.»

Una de ellas, delante de mí, de ventanas de la nariz dilatadas, labios móviles, parece una lámpara de porcelana iluminada por una llama interior; sus mejillas enflaquecen; las pupilas, avivadas por el blanco intenso, son imperceptiblemente excavadas, destilan el

deseo y la voluntad. Está pálida y sus ojos son pálidos. Sus admirables cabellos negros crespados le forman la más orgullosa y audaz diadema, y unos nudos blancos, puestos de un solo lado, proyectan por encima de esta magnificencia la brillantez y el atractivo de la invención caprichosa. Si habla o escucha, es por presencia de ánimo; su mano retuerce negligentemente un cabo de su pañuelo de encajes; está en reposo; cuando menos parece estarlo. Pero ¡cuán inquietante es ese reposo! La más delicada y encantadora panterita no es más coqueta ni más nerviosa.

La sonrisa, sobre todo, es alarmante. Lo ha probado todo; ha chupado todas las delicias picantes de nuestra áspera literatura moderna; ha atravesado Balzac, Jorge Sand y Flaubert, no como nosotros, al pasar, o con preocupaciones de observador, sino que ha vivido, por imaginación, toda la vida de sus heroínas: madame Bovary, Indiana, madame Graslin, madame Marneffe; las ha seguido con los ojos interiores, como émula, con la intensidad de la curiosidad ociosa, sobre su sofá, en las largas sobremesas del veraneo; ha multiplicado y exasperado sus sensaciones con el espectáculo del mundo, la costumbre del teatro, las rivalidades del vestir; se ha alimentado de imaginaciones y de concupiscencias; la ironía parisiense lo ha pasado todo por el alambique. Se ha despertado el tacto a propósito de cada objeto, de cada placer; el gusto exigente, el espíritu incisivo, siempre presto y pronto, han apartado todo goce ordinario, todo razonamiento algo pesado: «Me burlo de vosotros y de todo; quiero divertirme, no vulgarmente, sino en el esplendor y en la busca de los placeres finos y fuertes. Encontrádmelos, me son menester, me los debéis, es mi derecho tenerlos, como al pájaro volar y al caballo correr.»

- II -

¿Queréis pruebas? Enteraos de la historia de un traje: Madame S..., a tres pasos de mí, lleva un vestido de seiscientos francos. El marido, que es novelista, gana precisamente seiscientos francos por volumen. Tiene hoy cincuenta mil francos de capital; hace seis años tenía cien mil; cada año lo desmocha. Pero el vestido es de un rosa encantador, de volantes recortados, que joyean como conchas, y el hombro soberbio levanta su redondez satinada por encima de un nudo delgado que deja ver en toda su amplitud el hermoso brazo blanco redondeado sobre el terciopelo del palco.

¿Qué no hacer por un traje? Hay en París un antiguo fotógrafo muy parroquiano hace cinco años. Este hombre entendía el reclamo y el escaparate; había montado un taller a la moda con jarros de Sevres bien dispuestos y viejos libros pintorescos encuadernados en cuero. Gradualmente le dio la manía de coleccionar: compró viejos Sevres, libros raros; tenía coche, iba al Bosque, llegaba con lacayos al taller, derrochaba el dinero regiamente. Protestas, suspensión de pagos, quiebra, siete por ciento a los acreedores. Su mujer, en otro tiempo modista, monta una pequeña tienda de modas, da consejos, llega la boga, se alquila un primer piso en el bulevar. Hoy tiene coche de nuevo, y las mujeres hacen bajezas para ser vestidas por él.

Este ser enteco, negro, nervioso, que parece un feto abortado, socarrado al fuego, las recibe con americana de terciopelo, soberbiamente tendido sobre un diván, con el cigarro en los labios. Las dice: «Andad, volveos; bueno, volved dentro de ocho días, os compondré el traje que os conviene.» No son ellos las que eligen, sino él, y se consideran hartos dichosas.

Y aun es menester una recomendación para ser servido de su mano. Madame Francisca B..., persona del verdadero mundo, elegante, llega el mes pasado a encargarse un traje. «Señora: ¿por quién me habéis sido presentada?» ¿Qué quiere usted decir? «Es para ser vestida por mí es necesario que me sea presentada la que viene.» Se ha marchado, sofocada. Otras se quedan diciendo: «Que me regañe, pero que me vista. Al fin y al cabo, las más encopetadas van.»

Muchas de entre ellas, las favoritas, vienen a hacerse inspeccionar por él antes de ir al baile; da pequeños té a las diez. A los que se sorprenden, les dice: «Soy un grande artista; tengo el color de Delacroix y compongo. Un traje vale por un cuadro.»

Si alguien se irrita de sus exigencias: «Caballero, en todo artista hay un Napoleón. Cuando monsieur Ingres retrataba a la duquesa de A..., la escribía por la mañana: "Señora, necesito veros esta noche en el teatro en traje blanco, con una rosa en medio del tocado." La duquesa daba contraorden para sus invitaciones, se ponía el traje, enviaba a buscar el tocado, iba al teatro. El arte es Dios; los burgueses son hechos para tomar nuestras órdenes.»

- III - Los jovencitos dejan sus butacas, vagan por los corredores, se ponen de puntillas, alargan el cuello para deslizar una mirada a través del cristal redondo hasta el interior de los palcos. Es la mirada de los pobres diablos que ante la tienda de Chevet contemplan por largo tiempo una costa de melocotones, una succulenta tartera abierta.

Conversación en los palcos. Se pasa revista a las mujeres de mundo y del otro medio que están en la sala. Los hombres dicen chascarrillos y miran con los gemelos. En suma, la música les sin cesar aburre; están allí para acompañar a sus mujeres. Sé de uno que se lleva un periódico de economía política. La mayoría prefieren la Ópera, no hacen caso más que de las bailarinas, y el ballet les despabila. Con eso las mujeres muestran un ligero aire de descontento; su mirada parece decir: «Grosos, sensuales: he ahí los hombres.»

El tono corriente es la zumba positivista. Se trata a los actores como maniqués pagados. ¡Qué oficio el de actor, qué miradas indiferentes, aburridas, burlonas en los palcos! En plena representación, las gentes hablan, ojean, mientras la cantante berrea y se revuelve.

Se la palpa, se la pesa, se calcula su traje y su voz en voz alta en los palcos semihonestos, por lo bajo en los palcos honestos. El ensueño ideal no aparece ni por un minuto. «Bravamente gritado», he ahí el compendio de sus elogios. Algunos pedantes aprecian el mérito en términos técnicos. Cantábase Otelo y había una debutante; en el

momento trágico, alguien, en un antepalco, dice: «Tiene nervio; ¿qué sueldo gana?» «Nada, se exhibe; ella es quien paga, con su dinero o con su persona; está bastante gorda para ello.»

Alrededor, en plena luz, se ostentan tres o cuatro palcos de loretas. Las faldas se hinchan hasta el reborde del palco; sus cabellos crispados, rizados, escalonados, atraen los ojos como la lana de un animal exótico. Los pendientes romanos zumban sobre los hombros, demasiado blancos. Se inclinan expresamente; quieren ser alocadas o majestuosas; hacen gestos, sonríen con exceso. Tal como están ahí, con sus guantes de siete francos, su coche nuevo, sus dos lacayos, su palco de cien francos, su tono hombruno, se creen damas; y en los momentos de misantropía se pregunta uno si no tendrán razón.

Campanilleo débil y lejano. Empieza el cuarto acto, y la oleada de los fraques negros obstruye de un golpe los corredores.

- IV -

No sé por qué cuando las veo desfilar se me representa siempre en mi espíritu la idea de la vieja Roma o de la vieja Alejandría. Cuando cierro los ojos, esas cabezas modernas se me aparecen, una a una, como bustos, y me parece que veo vivientes los del siglo IV en el Museo Campana.

En aquel tiempo, como hoy, el hombre había sido refinado, estrechado por la cultura, por la exhibición de los goces y por la concentración del esfuerzo; las grandes capitales habían exasperado los deseos; el alma, infinitamente complicada, había dejado de sentir lo verdaderamente bello, que es sencillo, y el arte realista, semejante al de Enrique Monnier, de Champfleury, de Daumier, de Biard, copiaba las deformaciones y las bajezas en que rebosamos también.

He tomado notas hoy ante algunos de esos bustos; id a verlos y decid si no son aquéllos las cabezas y los cuerpos que encontramos hoy bajo el sombrero negro:

«Diocleciano, un tacaño azorado, viejo, que rezonga entre sus encías desdentadas.

»Cómico, joven paliducho, enfermizo, extraño, con los ojos a flor de cabeza como un aborto; una especie de bastardo salido de algún cruzamiento monstruoso, inquietante y turbio.

»Todo el fondo de la galería, emperadores, emperatrices, cónsules, grandes personajes. El empleado embrutecido, avellanado, de mil doscientos francos. El caballero delgado que ha tenido cólico por largo tiempo. La vieja agriada, disecada por los dolores de estómago. La vaquilla hinchada, de mejillas desbordantes. La cabeza de chorlito pasmada. En una palabra, los tics del individuo, los frotos del oficio, las pequeñeces de la naturaleza humana;

todo lo que nos aproxima al enfermo, al burgués, al idiota, al cadáver, todo lo muestra el hombre en la mesa, en bata, en el guardarropa, regañando a la criada o ganando sueldos.»

¡Qué contraste si se miran los vaciados griegos, las heroicas estatuas que están al lado! ¡La vida corporal en pleno aire, sana, atrevida y fiera; la juventud que durará, la agilidad, la fuerza, la serenidad, la alegría unida y simple de un alma todavía virgen; la nobleza innata, la aptitud para comprenderlo todo! ¡Cuán lejos estamos de ello! Casi tan lejos como esos tristes romanos de la decadencia. Mirad un juez amarilleado por el mal aire, roído por la impaciencia, atiesado por el decoro; un abogado con su cabeza de hurón despabilado y sus anteojos que relucen; un empleado secado en su oficina, demasiado caliente, el cuerpo medio anquilosado, la tez descolorida como el agua de un arroyo turbio. Una especie de palo interior se ha ido hundiendo en ellos de año en año, descomponiendo sus facciones, retorciendo sus actitudes. Viven, sin embargo, y todo eso forma en conjunto una civilización brillante. Nos parecemos a esas figurantas, a esas actrices, a esas acomodadoras; eso despiden olor de gas, se ilumina con las candilejas, hace de la noche día, y el conjunto es lo más bello de nuestros veinte teatros.

No, sin embargo, por completo. Aquellas gentes del siglo IV estaban gastadas; nosotros, aunque consumidos, vivimos aún; hasta vivimos demasiado. Nuestro París nos quema, pero nos alumbrá; algunos sobreviven, y con eso son los más hermosos. Me han enseñado un palco de hombres de moda, letrados, viajeros o vividores. Tres de entre ellos tenían un tinte mate, inmóvil, que ni sol, ni cenas ni trabajo alteran, y cabezas como las de Vespasiano y de Tiberio. Muchos se han quedado por el camino; pero los que subsisten están dos veces templados y viven en la llama como en su elemento.

Aun los menores, las gentes de oficio ordinario, con su semblante ajado o pecoso, tienen voluntad, brío, o cuando menos testarudez y energía. Corren bajo el látigo de la competencia, y corren hasta el último aliento. Ganarán dinero, subirán en el escalafón, lucharán contra su mujer, tendrán queridas, sostendrán a sus hijos, encontrarán aún alegría y frases en una cena. En vano nuestra lámpara, con sus llamas concentradas, escupe ruidosa y suciamente chispas corrosivas; por más que huelga mal, ilumina, y por momentos tiene renovaciones y esplendores que ninguna máquina bien montada y cuerdamente moderada igualará.

Habéis visto este chorro súbito y soberbio de junio de 1848 en aquellos chulos de la calle, de quienes se habían hecho soldados.

- V -

Fraschini grita demasiado fuerte, como Tamberlick sostiene y tiende la nota con un exceso que lo gastará; Verdi hace lo mismo, vulgar, poderoso, viviente, violento, tensos los nervios, los músculos, como hombre que no escatima nada de él ni de otro; quiere pensar y absorber de un golpe toda la substancia de la pasión y del placer, salvo de caerse en el suelo al cabo de un instante. Se parece a su público, y he ahí por qué su público le comprende.

Capítulo XIII

En los Italianos

Me parece que he sido injusto la última vez para el público de los Italianos. Hacía demasiado calor, y probablemente tenía nervios cuando a la vuelta borroneé mis notas.

* * *

Encantadora niña de diez y seis años en el tercer palco de enfrente. El palco está abonado al año. El padre, la madre acompañan; a veces también el hermano, un elegante, socio del Jockey Club, de corbatas irreprochables, con una cabecita voluntariosa, el aire seco y de reto, altanero, con la mirada dura de un hombre acostumbrado a manejar y gobernar los caballos y las mozas; las mozas más rudamente que los caballos; con bastante regularidad también, un gran mocetón largo, un gentilhombre de campo, barbudo y piloso, con la cara de un orangután distinguido, probablemente un futuro en expectativa. Bella familia, bien puesta. La madre tiene restos muy convenientes. Excelentes caballos y lacayos soberbiamente aforrados en el peristilo.

Se llama Margarita; es reidora, pero sin exceso; nada evaporada ni precoz; es la niña dichosa, rica, nacida en el lujo, para quien el gran traje, los bailes, una quinta son cosas tan naturales como el aire, y que diría de todo corazón de las gentes sin pan: «Bueno, pues entonces que compren bollos.»

Una persona así es una criatura rara en este mundo de plebeyos enriquecidos, trabajadores ambiciosos, agujoneados incesantemente de inquietudes y roídos de concupiscencias. La miro desde hace cinco o seis días; me refresca y me descansa. Eso forma contraste. Cuando observo los parisienses en el bulevar, en la Bolsa, en el café, en el teatro, me parece siempre ver un revoltijo de hormigas atareadas y rabiosas sobre las cuales se hubiese echado pimienta.

* * *

Lindísimo traje anteayer noche: un corpiño de seda azul que ciñe y marca el talle y remonta algo entre los dos senos; por encima, el más muelle nido de encajes. Muy casta y muy niña aún; va poco escotada y tocada con una sencilla rosa. Pero este fino talle, tan visiblemente apretado, y esta dulce blancura virginal para ocultar e indicar el pecho son de una invención sabia; la invención no es suya, sigue la moda; quien la viste es su madre; es demasiado joven para sospechar el efecto exacto de su traje; sus pensamientos son demasiado vagos, demasiado nuevos; yo soy, en este momento, quien explica este efecto, como escultor, como hombre de mundo; se sonrojaría si entendiese mi explicación.

Y, sin embargo, en la media luz de sus pensamientos algo sospecha; sabe que eso la sienta bien, que otro corpiño no la sentaría tan bien, que agrada, que los ojos se fijan en su talle. No va más lejos; entrevé en una bruma diáfana y dorada como una aurora de cosas. Una verdadera rosa dormida; en tanto los vapores de la mañana se desvanecen y se muestran blancuras luminosas en el cielo nacarado, escucha, inmóvil y como en soñación, batimientos de alas lejanas, el susurro indistinto del pueblo de insectos que vendrá luego a zumbar alrededor de su corazón.

(Al diablo las metáforas; no se dice nada de preciso, y cuando vuelva a leer estas notas no veré ya su rostro ni su aire.)

El tinte es perfectamente puro; la boca, pequeñita, sonrío, semientreabierto; una dulce sonrisa, graciosa, modosa; una voz timbrada, melódica; nada de apresurado, de azorado; dice cosas ordinarias sin hacer ningún esfuerzo, sin querer decirlas de otra manera; no piensa en tener ingenio; se deja vivir. La vida parisiense no se la ha llevado aún en su corriente; nada en ella como un cisne en un hermoso lago.

(Decididamente, no saldré hoy de las metáforas. Después de todo, ya que acuden, es de creer sean la mejor manera de decir lo que he sentido.)

Se ve que está a sus anchas, que no piensa en las rivalidades, en la intriga, en la coquetería; que no ha pensado nunca en el dinero; que nuestros cuidados no la han rozado; que la belleza, el adorno, los respetos, la admiración no la han faltado nunca. No imagina que puedan faltar jamás; ¿podéis figuraros que un día os puedan faltar el agua y la luz? Alarga la mano por la mañana al lado de su cama y encuentra un traje nuevo; ¿acaso cuando se corren las cortinas puede la luz caer en otra parte que sobre un traje nuevo? Hay una campanilla a su alcance; ¿acaso una campanilla no termina siempre en una camarera? Extiéndese delante el gran patio; ¿acaso puede un gran patio pasarse sin un carruaje? Sobre este carruaje brotan un cochero, lacayos, como cerezas en un cerezo. En cuanto al portero grave que respetuosamente abre la puerta a dos batientes, lo produce, naturalmente, la puerta con su librea nueva y su cara rubicunda. Aquí de la definición parisiense de las aceitunas: pequeñas bolas verdes que se encuentran ordinariamente alrededor de los ánades.

No escucha la Ceneréntola; continúa hablando en los más bellos pasajes, en el sexteto. Tampoco escuchaba, dos días antes, en el Trovador. De vez en cuando adelanta su cuello blanco, con un movimiento de pájaro, sonrío algo, concede un minuto de atención. Por sus costumbres es princesa; los músicos son para ella, como antaño en la corte, obreros pagados, que se escucha o no se escucha, a voluntad, a quienes se despide con un gesto;

sólo al llegar nuestro siglo se ha tratado a los artistas como casi a igual. En otro tiempo, un pintor era un maestro tapicero, empresario de decorados; un poeta, un músico, servían para las fiestas de corte: se les protegía, se les hacía comer en la cocina; si se les admitía a la mesa, era para divertirse a costa de ellos.

Santeuil murió porque el príncipe de Condé le echó su petaca en el vaso en que bebía. Mozart recibió puntapiés del príncipe obispo de Salzburgo.

* * *

La niña está aquí porque es un lugar adonde se va, porque está ociosa, porque desde el palco se puede pasar revista del mundo, porque su coche, sus criados, su camarera están allí para servirla, llevarla, traerla, sin que se fije en ello. Ni por un minuto ha pensado en los ciento veinte francos del palco. Si por ventura piensa en ello, algún día ve seis pequeños discos amarillos que pasan de una mano a una faltriquera, muy sorprendida quedaría si la dijeran que es el alquiler de una obrera. En cuanto a las pasiones expresadas, a las tristezas, a las grandezas de la música, a todo lo que sentimos en una ópera los que hemos gustado y sentido la vida, nada de ello sospecha; todo eso se halla fuera de su edad y de su experiencia. No hay allí para ella mas que histriones bastante mal vestidos; la capa flordelisada de Don Magnífico está deshilachada; las actrices le parecen mal pergeñadas; a sus ojos son seres de otra especie: camareras que quieren remedar a las verdaderas damas. Cuando el Trovador cantaba, miraba su barba, demasiado ancha, y su boca, demasiado abierta; apuesto que no le hubiera parecido lo mismo tratándose de un titiritero que levantara pesos. «¡Pobre hombre -se dice-, va a lastimarse!»

En el fondo, las escenas de pasión le parecen grotescas. No comprende que pueda uno descomponerse de tal suerte. La gran lamentación de la orquesta, los largos sollozos dolorosos, los sonidos hinchados que suben como una furiosa aclamación de voces estridentes, le producen el mismo efecto que la villana muchedumbre que se amontona y entrechoca en los bulevares un día de lluvia. Echa una mirada al mango de los violines, sobre los cuales rechinan los arcos y se atrafagan los dedos; piensa entonces en aquellos ratones despabilados que hacen dar vueltas infatigablemente a su, jaula.

El año pasado, cuando estaba de moda el Infierno, de Doré, vi en un salón unas muchachas parecidas que hojeaban con gritos de placer las hermosas páginas satinadas. «¡Oh qué bonito! ¡Oh qué singulares cabezas! ¡Oh! ¡Serpientes! ¡Ay, Dios mío, una horca!»

Este año, en la Ópera, creo se cantaba Alcestes, y las jóvenes, durante el aria terrible del sacrificio, cuchicheaban con risas ahogadas: «¡Pero si lo que llevan al altar es carne! ¡Ved los gemelos! ¡Pero, Señor, unas chuletas de verdad!» Pondría mi mano al fuego porque la más agradable música para ellas es la de Las citas burguesas

* * *

(Yo soy el burgués, el imbécil. ¡Qué necia costumbre la mía de dejar volverse los ojos, como yo hago, hacia el lado villano de las cosas! ¡Mucho más dichoso era ahora mismo, cuando pensaba en el traje azul y me imaginaba el monono hoyuelo que se ahueca en la nuca bajo los cabellos de oro! Bueno, sea; no hay criatura perfecta. ¡Bello descubrimiento, y cuánto he adelantado con romperme, las narices contra una verdad sólida! No hay nada verdadero mas que la forma y el sueño que sugiere. Hay que comentarlo, no con el razonamiento, sino con la música.)

A media noche, al volver a casa, al amor de un fuego alegre, en un cuarto caliente, cuando todos los criados se han retirado, cuando reina el silencio, cuando no se distingue ya mas desde lejos que el rodar indistinto de un coche retardado; ¡qué bien se está en un sillón! El teatro y toda representación son cosas groseras; y aun todas las cosas reales son groseras. No hay perfectamente bello y perfectamente dulce mas que los semisueños. Olvídase uno de sí mismo; se mira maquinalmente las agujas lentas del reloj; se dejan venir, arreglarse, irse las imágenes inferiores. Se elevan fragmentos de melodía, y ¡se les comprende tan bien, encuéntrase tan pronto cara a cara con el alma encantadora y apasionada del maestro! ¡Se es tan dichoso al quedar libre de los actores, de las candilejas, del baratillo teatral, de todos los velos que se interponían entre nuestro sentimiento y su sentimiento! No es Verdi quien canta dentro de mí a semejante hora, ni Rossini, ni ningún italiano; es Mozart. Fui a escuchar diez veces *Così fan tutte* el año pasado, y sobre aquellas arias pienso en el fresco y gracioso rostro que he mirado esta noche.

* * *

Veo la escena y la tibia comarca luminosa. La terraza se eleva a la orilla del mar, entre los matorrales de cactus, con un emparrado enguirnaldado de rosas, al borde del cual una higuera pone sobre la bóveda verde sus pesadas hojas dentelladas. La felicidad, la ternura, el amor colmado, abandonado, tranquilo, se hallan allí en su patria. El aire es tan dulce, que basta respirarlo para sentirse contento. La campiña lejana es tan aterciopelada, que los ojos no están cansados nunca de contemplarla. El ancho mar se extiende por delante, radiante y apacible, y su color lustroso tiene la delicadeza de una primulácea desplegada. Una montaña rayada vuelve su grupa azulada y dorada al borde del cielo; la luz habita en sus oquedades; en ellas duerme, aprisionada por el aire y la distancia; le forma como un vestido, y más lejos aun las últimas cadenas envueltas en un violeta pálido nadan y van borrándose en el inmutable azur. Los más ricos adornos de una flor de estufa, las venas nacaradas de una orquídea, el terciopelo tierno que bordea las alas de una mariposa no son más suaves y a la vez más espléndidos. Piénsase involuntariamente en los más hermosos

objetos del lujo y de la naturaleza, en los bordados que rayan un moaré, en la carne rosada, viviente, que palpita bajo un velo. ¿Acaso se puede soñar aquí con otra cosa que con ser dichoso y enamorado?

Mozart no ha pensado en otra cosa. La pieza no tiene sentido común, y es tanto mejor. ¿Acaso un sueño debe ser verosímil? ¿No pueden cernerse por encima de las leves de la vida la verdadera fantasía, el sentimiento puro y completo? ¿Acaso en la comarca ideal, como el bosque de Como gustéis, los amantes no están libres de las necesidades que nos constriñen y de las cadenas bajo las cuales nos arrastramos?

Estos se disfrazan de turcos para poner a prueba a sus amantes, fingen envenenarse; la doncella se hace a su vez médico, notario, y sus amas se lo creen todo. Yo también quiero creer esas locuras un instante, tan pocos instantes como queráis, y por eso precisamente es encantadora mi emoción. Haré como el músico, olvidaré la intriga; la pieza es satírica y burlesca; yo quiero con él verla sentimental y tierna; en el teatro hoy dos coquetas italianas que ríen y mienten; pero en la música nadie miente y nadie ríe; cuando más, se sonrío, y aun las lágrimas son vecinas de la sonrisa.

Cuando Mozart está alegre, no cesa nunca de ser noble; no es un bon vivant, un simple epicúreo brillante como Rossini; no se burla de sus sentimientos; no se contenta con la alegría vulgar; hay una finura suprema en su gozo; si llega a él es por intervalos, porque su alma es flexible, y en un gran artista, como en un instrumento completo, no falta ninguna cuerda. Pero su fondo es el amor absoluto de la belleza cumplida y dichosa; no se divertirá con su amante, la adorará, permanecerá largo tiempo con la mirada fija en sus ojos como en los de una criatura divina; sentirá ante ella derretirse su corazón, y la sonrisa que vendrá a entreabrir sus labios será una sonrisa de felicidad.

Más aún, ha puesto la bondad en el amor. No piensa, como Rossini, en tornar placer; no se ve transportado, como Beethoven, por un sentimiento sublime, por el violento contraste del cielo súbitamente abierto en medio de una desesperación continua. Piensa en hacer feliz a la persona a quien ama. ¡Qué divino aire el de la cavatina del segundo acto! ¡Cuán suavemente melancólico y tierno es! ¡Cómo se enrolla el acompañamiento, tan fundido, tan dulce, alrededor de la melodía! ¡Y cómo un instante antes los acentos tristes de los adioses se hinchaban y bajaban en modulaciones afectuosas y acariciadoras! Mozart es tan bueno como noble, y me parece que si yo fuese mujer, no podría contenerme de amarle.

Las flautas y las voces se acordan entre los finos rasgos de los violines que caprichosamente entrelazan sus bordados. La voluptuosa armonía llena como una nube de perfumes que una brisa lenta recoge al pasar por un jardín de flores. Aparecen, en relámpagos, frescas mejillas, ojos reidores, y el corpiño azul, el talle inclinado, el hombro redondo y blanco se destacan distintamente en el borde de la terraza. Más allá el grande cielo abierto, el mar azulado, relumbran siempre en la serenidad de su alegría y de su juventud inmortales.

* * *

Una, dos, tres de la mañana. Se ha apagado mi fuego, me ha dado frío y mañana tendré la gripe; pero he sacado de mi niña todo lo que valía.

Capítulo XIV

Proposición nueva y conforme a las tendencias de la civilización moderna, cuyo objeto es asegurar la felicidad de los matrimonios y regularizar una institución de primer orden abandonada hasta hoy a la arbitrariedad y el azar

Utile dulci.

Sr. Director de la Vida Parisiense.

Muy señor mío: Con profundo sentimiento de conmiseración y de pesar contempla hoy un observador imparcial los crecientes cuidados de las familias francesas a propósito del mayor asunto de la vida, con lo cual me refiero al matrimonio. En otros países, en Alemania, en América, los jóvenes eligen por sí mismos; se les deja pasear juntos y conocerse; cada uno es el árbitro y el obrero de su propia vida; aquí llevan todo el fardo los padres.

Hacia los cincuenta y cinco años muchas personas tranquilas, que hasta entonces empleaban sus noches en tomar té y jugar al tresillo, experimentan de pronto la necesidad de dar bailes; es que hay una hija madura en la casa.

Es triste ver a la madre que ha engordado trabajar en darse un talle, y al cabo de un largo eclipse mostrar a la claridad de las arañas unos hombros quincuagerarios que harían mejor en ocultarse. Es triste ver al padre acercarse en el bulevar a sus menores conocidos y, por medio de media docena de transiciones preparadas, solicitar sus buenos oficios. Es más triste aún verle cuatro veces por semana cargar con el arnés, quiero decir el frac negro, realzado por la corbata blanca, abrirse paso hasta dos sillones en un salón lleno de gente, instalar a su mujer y su hija, repartir y echarse en busca de bailadores y otros jóvenes presentables. Entre tanto la joven, adornada como una urna, apolotada, encintada, permanece inmóvil, con los ojos entornados, bajo el fuego de cuarenta gemelos que la exploran, mientras la madre, entre dos señoras desconocidas, no pudiendo ni hablar ni moverse, se sonroja de calor y de fatiga, abre unos ojos como los de un cangrejo de mar, mira qué hora es y hace esfuerzos heroicos para no dormirse. Pero donde el espectáculo resulta verdaderamente doloroso es en el campo; las tribulaciones de los padres llegan al infinito; el consumo de guantes nuevos, de redcillas, de cofias, de botitas, llega a ser de todo punto monstruoso; los alquileres de coches, las jiras se multiplican; un número infinito

de volátiles perecen sacrificados al interés público, y como el estómago es el camino del corazón, las botellas venerables sacadas de sus telarañas hacen que se arregosto cada sábado una muchedumbre inusitada de invitados. Si se calcula que una familia en esas circunstancias da en dos años ocho o diez bailes, otros tantos banquetes y lleva a su hija a cien bailes y comidas; si a este presupuesto extraordinario se añaden los suplementos forzados del traje cotidiano; si se juntan a todo eso las berlinas, birlochos, cocheras, portes de cartas del padre y el número infinito de frases diplomáticas (Time is money) que ha debido componer y pronunciar, se evaluará, creo, el total del gasto a un año de renta, cerca de veinte mil francos en la clase media.

¿No es eso para los pobres padres una carga muy pesada y no hay para afligirse al ver tal desproporción entre el reclamo y los productos? ¿Cuántos partidos recluta este sistema para una joven? Cincuenta o sesenta vagamente posibles, cinco o seis que se examinarán seriamente y entre los cuales se está obligado a elegir. Tal es la cifra que me ha sido dada por algunas señoras singularmente expertas en estadística matrimonial y en las que creo se puede tener entera confianza.

Lo que pregunto ahora es si son bastante cinco o seis partidos para veinte mil francos de anuncios. Eso le pone uno con otro a cuatro mil francos la pieza, y ciertamente resulta demasiado caro, teniendo en cuenta sobre todo que dos, a lo menos, vistos de cerca, han presentado casos redhibitorios; que otros dos, conducidos al recinto, han dejado ver unos andares inaceptables; y que, por fin, el último, el feliz preferido, no ha sido admitido a arrastrar la linda calesa hasta que la linda calesa no podía permanecer indefinidamente en la cochera.

Una buena prueba de que esas elecciones son demasiado limitadas es la parte enorme que el azar tiene en la salida. A falta de un mercado bastante abastecido, se coge al vuelo, según el encuentro. Mi joven casero firmaba hace dos meses unos poderes en casa de su notario, y le viene al notario una idea: le mide, comprueba que no es calvo todavía, calcula interiormente el total de sus bienes raíces, y le grita: «¡Pardiez, querido, llegáis a buen punto; veinte años, linda, rubia, buen carácter, familia sólida, fortuna en inmuebles, doscientos mil francos al contado, tal vez más, trescientos mil francos de esperanzas, la granja está en un trazado de ferrocarril!» El matrimonio se ha realizado.

Mi viejo amigo B... hacía un día una visita a una casa en la que desembarcaba una prima provinciana, llegada a París para renovar su dentadura postiza. Es muy cortés; ella le encuentra amable, se entera de él, sabe que tiene una hija, piensa en un galán fiscal de su país, sujeto de todas prendas, que el año pasado de doce causas consiguió doce condenas, tres de ellas a pena capital, y el año próximo será propuesto para la Legión de Honor. El matrimonio se ha efectuado también. Mediante esas chiripas se engrana.

Yo mismo, señor, algún tiempo después de mi regreso, cuando los dólares ganados en el tocino y los petróleos me rodeaban de una aureola luminosa y la futura madame Federico Tomás Graindorge flotaba a veces ante mis ojos demasiado enternecidos, he visto el matrimonio saltarme al cuello bajo esas formas descabelladas; por ejemplo, en el bulevar, cuando un amigo me daba un golpecito en el hombro o bien cuando la digestión comenzada hacía más íntima la conversación, una vez saliendo de casa del pedicuro, otra vez en el

momento en que después de haberme zambullido en la caseta de Deligny reaparecía a flor de agua resollando como una marsopla. Ciertamente un sistema de publicidad tan insuficiente que se está obligado a adjuntarse esas suertes de azares; es un mediano ingenio de pesca, y cabe, en buen derecho, sorprenderse de que en el perfeccionamiento general de las máquinas no tengan aún a mano los desgraciados padres más que una tan ruda red.

Muchos honorables industriales han tratado de poner remedio a este mal instituyendo agencias matrimoniales que registran por ambas partes la oferta y la demanda y ponen en comunicación por toda Francia el chalán y el proveedor. A la verdad, y puesta la mano sobre el corazón, cabe preguntar por qué esas suertes de mercados, tan regulares, tan cómodos, tan bien tenidos, tan semejantes a las Bolsas de París y de Londres, no han obtenido una aprobación más marcada. Yo creo que si se les desacredita es por pura hipocresía. Porque ¿qué más útil ni mejor justificado que el establecimiento de una Bolsa para los negocios? ¿Y acaso no es un negocio el matrimonio? ¿Es que se pesan en él otra cosa que las conveniencias? ¿Es que las conveniencias no son valores capaces de alza y de baja, de evaluación y de tarifa? ¿Es que no se dice una muchacha de cien mil francos, de doscientos mil francos? ¿Es que un empleo inamovible, una bella apostura, una probabilidad de ascenso no son mercancías cotizadas cinco, diez, veinte, cincuenta mil francos, entregables solamente contra valores iguales? ¿Es que mi sobrino monsieur Anatolio Durand no vale un ciento por ciento más desde que se le dice echado sobre mi testamento? ¿Es que si por ventura se llamara d'Urand o du Ranz (nobleza suiza, vacas sobre azur) no valdría aún cien mil francos más? ¿Qué hay más deseable ni conforme con los grandes principios de la economía política que ofrecer a cada valor el más amplio mercado posible? ¿Conocéis otro medio de hacerlo subir a su verdadero precio? ¿Qué debe desear el legislador en materia de comercio mas que la competencia de todos los compradores entre sí y de todas las mercancías entre sí, a fin de que nadie compre o venda por encima o por debajo del cambio?

Se declama contra los corredores de casamientos; pero ¿qué son, os ruego me digáis, las buenas amigas, primas, tías, abuelas, notarios, médicos, confesores, que se ponen en campaña, mas que corredores oficiosos, a veces oficiales? Se responde que no se les paga. Pues sí, se les paga, y a menudo en especie, con un regalo después de la boda, o cuando menos con comidas, cortesías, consideraciones, pequeños o grandes servicios. Añadiré, por fin, que en la práctica no se presta mucha importancia a esas susceptibilidades, que los industriales en cuestión ganan terreno; que todos los años se extienden sus negocios; que muchas personas de la mejor sociedad se han casado por su mediación, sin que nadie lo sospeche; que tal salón musical, muy concurrido y de acceso difícil, les provee, mediante estipendio, de lugares de presentación y de entrevistas; que tal personaje bien puesto, considerado, que gasta veinte mil francos al año y no tiene mas que seis mil de renta, recibe de ellos el dinero que necesita para pagar sus botas de charol y vestir a su groom. Pero el amor propio retiene a los padres y se echa de ver con pesar que las familias delicadas y bien recibidas en sociedad rehúsan, con gran perjuicio suyo, recurrir a los establecimientos saludables, que sólo ellos podrían sacarles de sus deplorables embarazos.

Muchas veces he pensado en esta situación tan triste. Aunque antiguo negociante y americano más que a medias, tengo un corazón para los que sufren; no veo a un padre trotar en berlina, a una madre bordar sobre el tambor, sin ponerme en su lugar; deseo realzar a mi

país; creo que si el matrimonio en él es desgraciado y difícil es porque no hemos estudiado los medios de facilitarlos y mejorarlos. Estoy convencido de que el remedio, como el mal, se encuentra en nuestras instituciones y nuestro carácter. He reflexionado, he consultado el genio de mi siglo y de mi país; he tenido en cuenta el espíritu administrativo y centralizador de Francia, los prejuicios reinantes, las necesidades nuevas; he sacado provecho de las instituciones que funcionan ya, de las invenciones que se propagan por doquier; me he apoyado en ejemplos recientes; en una palabra, no he economizado ni mi tiempo ni el trabajo, y he llegado por fin, a una concepción nueva cuyo elogio no me corresponde hacer, pero cuya utilidad y belleza son tan deslumbrantes que la más sencilla exposición no puede dejar de granjearla todas las aprobaciones.

- II -

Propongo establecer una agencia matrimonial universal, domiciliada en París, y sucursales en cada departamento y en el extranjero. Sería necesario que esta agencia estuviese bajo la inspección y aun bajo la dirección del Gobierno. Formaría una administración distinta, como todos los grandes servicios públicos, y estarían a su frente los hombres más eminentes, así por la finura de su tacto como por la pureza de su reputación. Las actuales agencias se refundirían en aquélla, como ha ocurrido en el asunto de los reemplazos militares, y en este segundo caso, como en el primero, sería para mayor beneficio del público.

Cada persona que quisiera recurrir a la agencia estaría obligada a proporcionar informes completos y auténticos sobre su salud, su persona y su familia, certificaciones del médico, cancelación de hipotecas, títulos de renta y de propiedad, atestados legales de buena vida y costumbres, etc. Cualquiera puede imaginar cuánta seguridad y lealtad prestaría esta medida a los contratos.

Como las dos clases más consideradas y mejor informadas en Francia son los eclesiásticos y los magistrados, y, además, unos y otros son funcionarios, estarían obligados, cada uno en su resorte, y para los candidatos de su resorte, a proporcionar a la administración un retrato moral que formaría parte del expediente, con las notas de los previsores, jefes de administraciones y otros funcionarios a cuyas órdenes hubiese podido trabajar el candidato. La admirable centralización encontraría así un empleo ingenioso, nuevo, completamente tranquilizador para las familias y singularmente propio para fomentar las buenas costumbres.

Agregado a la agencia central habría un grande establecimiento de fotografía con una sucursal para cada sucursal de los departamentos. Hacia cincuenta mil francos de dote, una familia tendría derecho a dos retratos, uno sentado y otro de pie; el primero de espaldas y el segundo de cara. Hacia cien mil francos, el retrato sería de un sexto del natural. Hacia doscientos mil francos, un cuarto del natural, y además un retrato ecuestre. Hacia doscientos cincuenta, el expediente comprendería la fotografía especial del cráneo (para atestiguar la conservación de los cabellos), de la boca abierta (para mostrar el estado de los

incisivos y de los caninos), de los pies y de las manos (para demostrar la pequeñez aristocrática). En las cifras elevadas se podría reclamar el retrato del futuro, de frac, de levita, de bata, y aun con gorro de dormir u ocupado en afeitarse (esto es esencial para prevenir las desilusiones).

Estos retratos y piezas de convicción podrían ser consultados por toda persona que justificase tener una hija por casar y una dote suficiente. Ya puede verse la extensión que tomaría al punto la fotografía; se encontraría erigida en institución social; los gastos de viaje y las decepciones que evitaría a las familias son infinitos.

Cada oferta inscrita en la agencia debería ir acompañada de una demanda especificando por aproximación la cifra de la fortuna y el género de la posición pedidas en cambio. Estas ofertas serían clasificadas en las oficinas según la elevación de la cifra y la especie de la profesión. Cada semana, un cuadro expuesto en la Bolsa, y dividido en categorías, publicaría el número y la especie de las inscripciones, tanto de varones como de hembras. Se vería, por ejemplo, que, según los datos de la semana, ha habido tantos profesores de liceo, tantos capitanes de primera clase, tantos magistrados con tres mil francos, tantas dotes de sesenta mil francos en la oferta y tantos en la demanda. Al instante se establecería un cambio como para los demás valores. Si, por ejemplo, los magistrados fuesen muy solicitados, al punto subiría su valor; quiero decir que podrían pretender dotes más crecidas.

Las fluctuaciones de los sucesos comerciales y políticos producirían su efecto en este mercado como en los demás. Una amenaza de guerra haría bajar la tasa de los oficiales. La noticia de la paz en América elevaría la tasa de los negociantes. Cada uno por la mañana, al desplegar su periódico, tendría el placer de encontrar en él su valor inscrito y cifrado; según la previsión de las alzas y las bajas podría esperar el momento en que su cuota matrimonial alcanzara la cifra más alta, y se casaría en consecuencia.

Hay que abreviar; pero el lector inteligente ve de una sola mirada que mi proposición transportaría a los casamientos la precisión, la facilidad, el buen sentido, la buena lógica que se encuentran en los negocios de Bolsa, y que por una equivocación inexplicable no han sido introducidos todavía en los negocios de corazón.

No sigo más, señor, porque necesitaría demasiado espacio para desarrollar las felices consecuencias de un proyecto tan razonable; una sola palabra aún para poner en claro la verdad filosófica que me autoriza y me sostiene. Me atrevo a creer que me hallo aquí en la gran corriente de mi siglo y de mi nación. Si hay un rasgo señalado que distinga este siglo entre todos los otros, es que las ciencias positivas han asumido el imperio, y sus aplicaciones se extienden por doquier y sin cesar; es que con ellas la estadística, la economía política, la publicidad, los hábitos industriales, comerciales y prácticos entran en todas las cabezas. Por otra parte, si hay un rasgo señalado que distinga a nuestra nación entre todas las otras, es que es capaz y está ávida de organización; es que las empresas privadas prosperan menos que las instituciones públicas; es que tiene necesidad, en todas las cosas, de centralización y de gobierno.

Y ahora pregunto: ¿es posible concebir un proyecto que esté más conforme con esas dos tendencias; que dé más satisfacción a los intereses, más publicidad al comercio, más

regularidad en las operaciones, más extensión a los negocios; que cree de un solo golpe más comerciantes y más funcionarios; que haga la vida a la vez más cómoda y más mecánica; que acerque más completamente al hombre a esos valores timbrados y cifrados, registrados y circulantes, a los cuales trabaja por asimilarse?

No sé qué acogida reserva la opinión a esta concepción fecunda; pero suceda lo que quiera, tengo a mi favor la conciencia; sé, siento, con la mano sobre el corazón, que si este germen fermenta, no habré sido inútil para mi especie. Mi convicción es tan fuerte que estoy pronto a depositar los primeros capitales, persuadido de que me producirán el diez por ciento más que la salazón y los petróleos.

Capítulo XV

Una comida

«La señora está servida.»

La dueña de la casa se levanta con cierta lentitud y se coge del brazo del más calificado de los invitados. Éste redondea el brazo, encurva graciosamente el dorso, busca una frase y da con una sonrisa. Entre tanto se produce un ligero desorden; los hombres buscan con los ojos una consola para colocar en ella prestamente su sombrero; la cortesía y la modestia tiran de ellos. ¿Ofrezeré el brazo? ¿Llevo bien puesta la corbata? ¿Pasaré el segundo? ¿Pasaré, el tercero?

Declárase la urgencia; tres fraques negros se precipitan a la vez alrededor de unas faldas; las faldas escogen a la ventura, y empieza el desfile. A la cola avanza el excedente masculino, con aire medio contento, medio reservado, ante los hermosos lacayos tiesos. ¡Oh qué aire tan digno tienen! ¡Qué bien empolvados van! ¡Qué porte de embajadores o de ministros!

He visto embajadores y ministros; pero los lacayos están mejor; su bello talante es una porción de su estado; su gravedad no tiene igual. Pero, sobre todo, tienen el órgano esencial aristocrático: la pantorrilla; unas pantorrillas completas valen más de cien francos de salario; esa pantorrilla blanca, encima de un zapato con hebilla, retrotrae el espíritu a los más bellos días de Marly y de Versalles. ¡Ay! Si levantásemos nuestro pantalón, ¡cuántos de entre nosotros, burgueses desecados, hinchados, deformados, seríamos dignos de ser lacayos!

* * *

Las señoras se sientan, arreglando y tendiendo sus faldas. Los hombres, discretamente, calados los lentes, tratan de leer sus nombres en el papelito blanco que les indica su sitio; lo ocupan saludando, y tosen para aclarar su voz, medio sepultados entre sus trajes. Centellea en toda la línea el ejército de los vasos y de las botellas; cada plato tiene su pequeño batallón; los candelabros lanzan por millares sus claridades blancas sobre este arsenal relumbrante; los corpiños de seda, las cintas, los diamantes joyean; un ancho vaso de azaleas y de arums eleva en medio de la mesa sus penachos satinados y la delicada franja de sus flores desplegadas; se levanta el ligero susurro de las cucharas y de los platos semejante a la escarcha que se aboruja contra los cristales. ¿Qué voy a decir a mi vecina?

Mi sobrino Anatolio Durand, que come aquí por primera vez, tiene el aire cohibido; va a comer en demasía; dentro de un cuarto de hora sus ojos estarán encendidos y sus mejillas rojas; se golpeará en el vacío para encontrar una idea y soltará una tontería. Sobrino mío Anatolio: en vuestro último baile, al cabo de seis minutos de silencio, habéis dicho a vuestra pareja, una fina y encantadora niña a quien en imaginación os destinaba para mujer: «Señorita, ¿vivís en Chatou?» «Sí, señor.» «Pues es un sitio muy reo.» Y la conversación ha quedado en eso. Sobrino: cuando se habla tan poco, hay que encontrar otra cosa.

Yo me siento a mis anchas; tengo la salazón y los petróleos. De un plato o de una lámpara paso a las carnes y al aceite y largo una o dos historias; mi frase, una vez enganchada, anda sola como un caballo de ómnibus que sabe su camino. Al llegar el champaña describo el americano huesudo y puritano, versado en la Biblia, la economía política y la anatomía: establezco un paralelo entre tal predicadora y tal o cual; se dignan sonreírme, y satisfecha la conciencia, me voy a la sala de fumar. Infalliblemente, como tengo cincuenta y tres años cumplidos, mi vecina dirá en voz alta al entrar de nuevo en el salón: «Ese monsieur Graindorge es algo singular; pero es muy amable»

* * *

En el centro de la mesa hay un antiguo embajador, senador al presente; es el principal personaje.

Semblante de madera, no se mueve ni un músculo.

He notado a menudo esta expresión en los hombres políticos, sobre todo en los hombres oficiales; a fuerza de representar han adquirido la inmovilidad de una figura decorativa,

Éste ni se divierte ni se aburre; ahí está, pasivo, fijo, vacío de sensaciones, como un centinela en su garita. Lo que es más hermoso aún es que no tiene ausencias; su pensamiento no vagabundea por otras partes; está cuajado, no se ocupa mas que en mantener la fisonomía en el estado majestuoso y el cuerpo en estado rectilíneo; y aun ni siquiera se ocupa en eso; el estado rectilíneo y el estado majestuoso son ahora costumbre;

no tiene necesidad de constreñirse y de observarse para conseguirlo. La bestia toma ella sola la actitud grave, sin que el alma tenga necesidad de mezclarse en ello; libre de todo cuidado, el alma se dispensa de ser.

Una semisonrisa descolorida, habita uniformemente en los labios magistrales; imponentes arrugas descienden a lo largo de la nariz; el largo rostro, netamente tallado, parece el de un busto. ¡Augusto espectáculo! Verdaderamente, con su cordón rojo y su placa es admirable de ver, sobre todo en la mesa y en el tresillo, y mejor aún cuando saluda; en estos momentos se pregunta uno por qué no saluda siempre; ciertamente no puede fatigarse; sus curvaturas y sus enderezamientos son demasiado perfectos; no cabe imaginar unos tendones y un espinazo tan disciplinados, tan seguros de sí mismos; es la corrección y la elasticidad de un autómeta.

Esta noche tiene conversación; en bellas frases bien escritas departe con un banquero, su vecino, sobre los rabos de carnero, plato notable, muy estudiado en Austria y en Inglaterra, mal comprendido en Francia, y que, sin embargo, después de diversas tentativas, ha encontrado un intérprete conveniente en el cocinero de monsieur de Rothschild.

Primera señora a la izquierda, una verdadera parisiense; aburrida de encontrarse al lado de un leño diplomático, se ha vuelto hacia su vecino, que es joven. Veinticuatro años, tres filas de gruesas perlas en el tocado, dos anchos rizos de cabellos recogidos en las sienes, que la dan el aire más caprichoso y picante; un talle fino, hombros siempre en movimiento, y el más ligero, el más bonito, el más susurrante traje brocado y satinado que pueda imaginarse; la nariz es algo larga, pero los dientes son perfectos, y sus ojos negros tienen un fuego, una chispa, una alegría continua que iluminan todas sus ideas y todos sus movimientos.

Su superioridad consiste en su franqueza. Quiere divertirse, vivir entre cosas brillantes, y lo confiesa. Para ella la vida no empieza hasta las luces, a las once de la noche, en medio de las conversaciones entre los adornos y el ondeamiento de las faldas lustrosas, plateadas, bordadas, que se rozan y se extienden sobre los poufs rosados. Dos, tres soirées cada noche, cinco o seis banquetes por semana, los Italianos, la Ópera, y, por añadidura, el Bosque cada día después de comer o las visitas recibidas y devueltas no son bastante para ella.

Jamás cansancio ni debilidad; se halla en el mundo como un buque en alta mar con buen tiempo, a toda vela. La invasión es tan fuerte, que todas las partes de su pensamiento han recibido la imprenta de su pasión. Las otras jóvenes son hipócritas por lo que hace a la música; ésta no. Toca el piano y se burla de su ejecución; en lugar de pasmarse ante Beethoven o Mozart, escucha a Verdi o a Rossini, pero sólo durante diez minutos nada más; una pieza le gusta como un sorbete helado que ocupa agradablemente un cuarto de hora; no aspira al sentimiento, a la profundidad de un alma no comprendida. Todas las importaciones alemanas han resbalado sobre ella sin penetrarla. Es perfectamente francesa, y del siglo XVIII, semejante a aquella marquesa que antes de recibir a un gran general preguntaba: «¿Es amable?»

Lejos de inclinarse gravemente, con compunción, ante las cosas respetadas, las toca con la punta de la sombrilla, mira medio minuto, hace una ligera mueca y pasa a otra cosa. En

política no hay para ella mas que dos partidos: el de las manos enguantadas y el de las manos sucias. La religión es una cosa admirable, pero ¡tiene tan malos modales el vicario! Nada más bello que las virtudes domésticas; pero ¿qué mujer es la que toma las cuentas a la cocinera? La pintura es un grande arte; pero ¿por qué lo más a menudo los pintores guiñan los ojos y llevan lentes? Monsieur de... es el primer político del siglo; pero tiene una cabeza de cascaciruelas y el ruedo de un tonel.

En eso va tan lejos, que ni siquiera es vanidosa; no pierde el tiempo comparándose con sus vecinas; sus lindas toilettes no la irritan, al contrario, la regocijan; esas toilettes forman parte del brillo que a ella le gusta; los celos y las rivalidades son feos intrusos pintarrajeados y gruñones que no encuentran acceso en ella; su espíritu es demasiado alegre, demasiado semejante a un salón de baile, lleno siempre por las ideas zumbantes, por las rápidas y cambiantes imágenes de la diversión. Hay que verla y oírla contar la historia más fútil, un simple detalle de la vida ordinaria; hay tal arranque en toda su persona, un acento tan vivo y tan neto en cada palabra, tal brío en cada idea, que se experimenta, por contragolpe, el placer de vivir.

Casada desde hace cuatro años. El marido la paseó primero por el Rin, después por Italia, y en seguida fue menester arreglar el hotel, los coches, la quinta; esto ha exigido dos años. Ahora juega con él como con una pelota; no es que sea mala, sino que se divierte con todo, hasta con él cuando lo tiene a mano. Se pone gordo y se ahoga aprisa; ella le hace burla cuando después de comer se duerme; le obliga a hacer sus encargos. El pobre hombre, sanguíneo y repleto, no puede más, y desde hace un año anda enamorado de ella; la mira en la mesa, está inquieto, es demasiado amable con todo el mundo. Comprad un lindo puñal bien damasquinado y de temple fino; cuanto más afilado esté y bien puesto el mango, mejor se hundirá en vuestro pecho.

Esta noche atormenta a un grande hombre de fresca fecha, un compositor. Este desgraciado músico acaba de publicar tres nocturnos; no puede ya dormir; queda oprimido por su obra; no siente ya el gusto del cabrito ni de las trufas; se echa vasos de vino al colete creyendo beber agua; tiene necesidad de que le hablen de sus nocturnos. Ella le habla de música desde la sopa, pero sin llegar a los nocturnos; se detiene hasta el borde y mira su cara engolosinada; y en seguida, de un salto, vuelve a las frases generales. A cada cuarto de hora se hace más brillante y más hosco. Al llegar el champaña está completamente desesperado: «¡Mis pobres nocturnos!» En este momento comienza el elogio de Gounod. Se enjuga la frente con la mano, y a guisa de consuelo pide champaña.

* * *

Ha acabado el primer servicio. Ligera pausa. Espárcese alrededor del alma, como un perfume, un vago sentimiento de beatitud. Ya no se tiene hambre, pero se puede comer aún. Se digiere bien y se siente que aun se digerirá mejor. El estómago es la conciencia del cuerpo, y cuando es dichoso, todo el resto pasa a serlo por contragolpe. Se ve, con

tranquilidad, voluptuosa, llegar el segundo servicio. No se reflexiona, no se hacen observaciones expresas; pero se siente vagamente: el relucir de las porcelanas, la alegría de los adornos, lo muelle de las telas, el arreglo fino e ingenioso de todo el lujo circundante. Distráese mirando una linda cabeza inclinada, siguiendo el centelleo de un brillante en el extremo de una oreja, contemplando largamente alguna rica rosa abierta y puesta entre cabellos rubios. Todo este mundo habla vivamente, sonrío, parece estar lleno de alegría. Esta es la verdadera fiesta, la asamblea solemne, la más venerada entre todas las ceremonias mundanas, y el vapor oloroso de los platos sube en espirales delicadas como el augusto humo de un sacrificio.

Cuarto invitado, a la izquierda; un gordo propietario, antiguo banquero, hoy diputado provinciano, varado en un escaño de la Cámara como una foca. Apasionado por el pastel de pescado, gastrónomo superior; tiene estufas y proporciona piñas de América a sus amigos. Su vecino, joven refrendario todavía nuevo, trata de amansarle, de divertirlo, de arrastrarle a la política y la literatura. Responde poco, y sus cejas fruncidas parecen decir: «Ese animal, con sus frases, me impide saborear la cualidad del sauterne.»

Una mujer de cuarenta años, melancólica. No tiene empleo y la nariz se le pone rubicunda.

* * *

¿Qué son esa barbilla afeitada y esas patillas negras al extremo de la mesa? ¡Ese cortesano de D... En todas partes está.

Profesor suplente de la Escuela de Derecho, largo, delgado, el espinazo encorvado, siempre saludando, presentado a todo el mundo, entremetido por doquier, asiduo en todo sitio, el perfecto intrigante. Ni una idea, ni una apariencia de talento, ni de conversación, ni de pluma, ni de palabra, y llegará. Viene aquí, como va a diez casas, dos veces por semana; se muestra delante de la chimenea, va a inclinarse ante todas las mujeres, cambia tres frases vacías con todos los hombres; se enseña, se le ve; la idea de su cabeza descolorida y de su forma oblonga se graba, a fuerza de repeticiones, en todos los espíritus. Imposible olvidarlo, se le ha visto demasiado; habita en la imaginación de cada uno como la revalenta Dubarry o el secante de Raphanel. Por más que se le juzgue en su tasa y se le declare nulo, no se puede evitar tenerlo en la cabeza.

La dueña de la casa lo encuentra bajo su pluma cuando en su lista de invitados tiene necesidad de tapar un agujero. El ministro, embarazado entre dos candidatos, lo encontrará en su recuerdo como un recurso; es un hombre cómodo, no dará qué hablar de él, se puede nombrarlo sin comprometerse. Es paciente, sonrío bien, y por largo tiempo puede quedarse pegado a la pared, con decoro, toda una noche; mirará los cuadros, hará bailar a las abandonadas; sus fraques son correctos; hace número, honorablemente, como un potiche

sobre una rinconera. Tomad ejemplo, sobrino mío Anatolio: he ahí una semilla de académico.

* * *

Una de las diez mujeres más bonitas de París, el rostro más regular, traje siempre nuevo, pero es una simple muñeca; su marido es un tití elegante. Ningún cuidado; parecen hechos el uno para el otro, para ir al Bosque, para bailar, para entrar y salir, saludar, estar de visita. Envían setecientas tarjetas por Año Nuevo. Ha sonreído tanto, que a los veintiocho años tiene comienzos de arruguitas imperceptibles alrededor de los ojos y de los labios.

Cuando me acerco a ella preveo interiormente el gesto, el aire de cabeza, la respuesta que mi frase va a producir. Tiráis del bramante de un organillo, y ya sabéis por adelantado la pieza que va a tocar. ¡Bonito canario, jarifo, coquetón, que trotáis sobre vuestros barrotes pulimentados, en vuestra jaula dorada, cerca de un comedero bien lleno! Vuestro plumaje es alisado; vuestras mononas patitas bailan todo el día y sin fatiga; vuestro pico atrapa con aire mohíno los granos de mijo escogido que se os prodiga; vuestro gáznate tiene su repertorio de grititos gentiles y agrios. Os compraría a buen precio por cien francos con la jaula; pero ¡os preferiría mejor disecado que vivo!

* * *

Me parece que ríen algo, aunque decentemente, al otro extremo de la mesa. Un agregado de embajada, colocado cerca de una authoress inglesa, persona moral, trata de defender la novela francesa, que está acusada de corromper las costumbres. Al cabo de muchos pases y respuestas, la dice con aire de hombre honesto:

-Miss Matheus: nos juzgáis severamente, y es por falta de habernos leído lo bastante; permitidme os envíe mañana una novela francesa, reciente, célebre, el más profundo y más útil entre todos los escritos morales de nuestro tiempo. Ha sido compuesto por una especie de monje, un verdadero benedictino, que ha ido a Tierra Santa y aun allí recibió algunos tiros de los infieles. Este monje vive en una ermita, cerca de Ruán, encerrado noche y día y trabajando sin descanso. Es muy sabio y ha publicado una obra de arqueología sobre Cartago. Debía ser ya de la Academia; se espera sucederá a monseñor Dupanloup. No solamente tiene genio, sino también conciencia. Ha disecado largo tiempo al lado de su padre, que era médico, y conoce la moral por lo físico. Si algún defecto tiene, es ser demasiado exacto, demasiado laborioso, de no tratar de agrandar. Su objeto es poner en guardia a las jóvenes contra la ociosidad, la vana curiosidad, el peligro de las malas

lecturas. Se llama Gustavo Flaubert, y su libro lleva por título: Madame Bovary o las consecuencias de la mala conducta.

Miss Matheus se ha tranquilizado.

-Decidme el nombre del librero; traduciré el libro en seguida al volver a Londres y lo haremos distribuir por la Sociedad Wesleyana para la propagación de las buenas doctrinas.

* * *

Se echa champaña por segunda vez; empieza el abandono; las sillas han cambiado un poco de sitio; muchos invitados se apoyan a medias sobre la mesa; las conversaciones se traban más familiares, más vivas, entre dos o tres, a la ventura, en pequeños grupos. Los criados, desocupados, con la servilleta bajo el brazo, piensan en los postres, y en el ruido confuso de voces que se cruzan y suben se oyen resúmenes como éstos: «Gounod no es mas que un medio talento: un grano de alemán desleído en salsa francesa.» «Comprad Graissesac, van a bajar.» «El verdadero rabo de carnero sólo se come con pimientas» No hay mas que un poeta contemporáneo: Lecomte de Lisle.» «No han querido a Enriqueta B... en los Franceses; habría habido demasiada claqué en la platea.» «No me habléis nunca de Meyerbeer; es un genio, sea, pero cocinado en la paciencia.» «¡Estas cintas os sientan tan bien! No hay como un talle tan fino para llevar cintas tan anchas.» «He hecho mal en tomar un helado; voy a tener dolor de estómago.» «Monsieur Thiers es el primer orador del siglo.» «Como monsieur Scribe es el primer autor cómico del siglo.» «Como monsieur Auber es el primer músico del siglo.» «Como Horacio Vernet es el primer pintor del siglo.» «Me pesa la comida; vamos a fumar.»

Capítulo XVI

Una boda

- I -

Son las diez; la novia está vestida y ha ocupado su puesto con su madre en la puerta del gran salón; ya están allí dos o tres parientes cercanos; los lacayos se han puesto los guantes y se hallan prontos a anunciar.

Conozco la casa; la han vuelto toda de arriba abajo; era menester arreglarla; dos días de tapiceros, compras de cortinajes, alquiler de muebles; se han metido los trastos viejos en las

alcobas y los armarios. El saloncito ha sido refrescado; el gabinete del padre, transformado en tercer salón; han sido entregados a la circulación dos dormitorios; las camas, cubiertas de sedas tiernas, producen buen efecto con sus trajes de encajes. Los sillones son muelles; los hay en los rincones oscuros; podré bostezar a mis anchas.

La instalación es correcta y completa. Aparte de esto, un gentil casamiento; veintiocho mil francos de renta para empezar, otro tanto en lo por venir; buena casa, buenas relaciones; es burguesía rica; el novio monta bien a caballo, posee una gran barba, tiene tierras en el Perche, es ya del Consejo general y piensa en la diputación; sus saludos son perfectos; forma con el suegro la retaguardia y recibe a los hombres; imposible mostrarse más conveniente; cada diez minutos va a decirle una palabra a la joven; ni demasiado presuroso ni demasiado rígido. Su brazo está presto, su espinazo redondeado, su boca sonriente; va a conducir a las señoras al saloncito donde el notario, rosado y majestuoso, con su pasante tieso como un figurín de modas, ofrecen la pluma para la firma del contrato.

Se oyen rodar los coches, y de pronto pararse en seco. Rodaduras sobre rodaduras, débiles primero, después crecientes, después atravesadas y redondeadas por otras; después, todo una batahola. Los cristales se estremecen, los cocheros gritan; los adoquines lucientes lanzan extraños reflejos, y en la gran negrura de la calle, los mecheros de gas alargan como penachos sus claridades vacilantes. Las mujeres, encapuzadas, entran y suben, restableciendo la redondez de sus faldas; llegadas a la antesala, se inspeccionan en el espejo; después, de pronto, como a una orden, toman el aire de parada.

Cada una el suyo. Madame S... busca la sonrisa sencilla. Madame de B... se adelanta, soplante y resplandeciente, con ondulaciones mesuradas, como al compás de una marcha. Luisita D... se desliza, delgada e inquieta, al abrigo del sólido baluarte, del bastión viviente que encuentra en su madre. Algunas tienen el aire de ir al asalto, otras parecen soldados que hacen su entrada después de la victoria. Con unos buenos ojos se discerniría en esta actitud todo su carácter.

Cumplidos y abrazos hasta lo infinito. La novia y su madre dan a cada minuto la gran zambullida en sus faldas. Los salones se llenan; los hombros satinados se aprietan sobre el terciopelo de los sofás; las flores de los tocados se agitan en los movimientos de las cabezas; un ligero rumor continuo, una especie de cuchicheo universal, corto, acompañado por los rozamientos de los trajes; los hombres graves, con cordones y placas, empiezan a circular con el gesto de severidad y resignación que conviene a su categoría y a su edad.

El futuro y su suegro dicen por nonagésima vez: «¡Qué amable habéis sido en venir!» El futuro oye decir por nonagésima vez: «¡Os felicito, querido. ¡Sois un feliz mortal!» Apretones de manos, acentos de corazón. Se oye crujir en la vecina sala la pluma del notario. Las buenas amigas se deslizan en el segundo dormitorio, el que está tapizado de rosa, y contemplan el estuche colocado sobre un terciopelo blanco. Aumenta el calor y pienso en los helados.

El padre canta interiormente este monólogo: «Son mil quinientos francos para la soirée y la comida; mis botas me están algo estrechas, y pasaría más agradablemente la noche en el Círculo. Pero esto es un día de revista. Es necesario para mi representación. Enseño a mis

amigos; hay aquí tres grandes cruces, diez comendadores, un mariscal de Francia, dos primeros presidentes, una decena de condes y marqueses auténticos. Todo eso va al aporte de mi hija; soy un hombre de posición, doy la prueba de ello; cuando mi yerno necesite un empleo, cuando yo tenga ganas de ver mi nombre en el Monitor, si deseo llegar a ser administrador de una Compañía, las cosas buenas correrán, naturalmente, de mi parte; el agua va siempre al río.»

Pequeños solos intermitentes de la madre: «Juana va demasiado apretada. ¡Dios mío!, se olvida de mostrarse afectuosa con la presidenta; la encuentra el aire de una harpía agria; Juana, corazoncito mío, se trata de la elección de tu marido. Los helados no llegan. Juana, te has roto el guante. Esa lámpara va a apagarse. Juana, no tienes el aire bastante contento. Juana, tienes el aire demasiado contento. Mi traje va a reventar por la espalda.»

Coro general de las muchachas sotto voce: «Preferiría mejor un rubio.» «Yo, desde luego, no me atrevería a hablarle así a mi futuro.» «Le sienta muy bien la cinta roja.» «Sólo hay uno, mi hermano, que tenga tres: roja, amarilla y mezcladas» «¿Firmará la primera? Eso trae suerte; dicen que entonces una es señora en su casa.» «¡Ah, Dios mío! Verdaderos diamantes; ¡qué bella crucecita, qué lindos pendientes antiguos!» «Tiene buen talle, pero prefiero el matiz de mis cabellos.» «El gris perla es bonito; pero eran menester bullones en las mangas.» «¿Recibirá el jueves?» «Juana, querida mía, te abrazo como te amo!»

- II - Soy un viejo amigo; Juana me ha presentado a su marido; yo la veía hacer. No se puede ser más parisiense y mujer de mundo.

Eso es innato en ella, y la educación la ha acabado comprimiéndola y excitándola a la vez. La más bonita actitud de un caballo de precio es cuanto relincha y se encabrita suavemente bajo las riendas.

Una mezcla exquisita de modestia y de aplomo. No se puede decir que tenga ingenio; su ingenio se muestra en el arreglo de su traje, en sus actitudes, en la elección de esos brezos pálidos que entrelazan sus racimos en sus cabellos. Por otra parte, el verdadero ingenio sería inconveniente; una mujer sólo puede tenerlo, en este mundo, casada y hacia los treinta años. Pero tiene conversación, presidirá suficientemente su tertulia, soltará bonitamente esas pequeñas frases que suscitan las ideas y dan a la plática un nuevo empuje.

No hay que pedir ingenio a la conversación del mundo; la perfección estriba en que no sea vacua, sino casi vacua; las ocurrencias, lo mordaz, la originalidad, la profundidad, desentonarían; todo se atenúa en él. Estoy seguro de que las doscientas personas aquí presentes no han producido en tres horas una idea o una palabra que valga la pena de escribirse. El encanto consiste en el recitar, en la voz moderadamente timbrada, en los cambios de tono traídos sin esfuerzo ni brillantez, en un perfume universal de cumplidos fáciles, la elocuencia fina. Juana me ha dicho: «Buenas noches»; eso no exige grandes gastos de invención; pero el sonido de su voz es casi tan suave como el de una flauta, y la

ligera reverencia en la falda que joyea y zumba deja en el recuerdo la más graciosa pintura. Eso basta; nadie la pide ideas; ¿quién se inquieta de las ideas en un baile?

Todo eso le viene de su pasado; nosotros, hombres, nos atiborramos de razonamientos, nos ponemos al régimen del latín y de las matemáticas; alineamos en nuestra cabeza, entre toda suerte de compartimientos, gruesas ideas rectangulares, y en consecuencia, somos pesados, vigorosos, y nuestras acciones, nuestros juicios parten con la rigidez y el peso de una máquina. Ellas, en cambio, dejan resbalar por su espíritu la geografía y el catecismo; nada entra en él; las fórmulas secas y desproporcionadas se deslizan como una rociada sobre una sombrilla de seda; por debajo de esta lluvia oficial se forma su verdadero ser, compuesto de puras sensaciones, de repugnancias, de simpatías, de imágenes, de deseos vagos que ondulan y vibran. Eso forma un acorde imprevisto, de una delicadeza, de una afinación extraña. Nos quedamos estupefactos, con la boca abierta. ¿Cómo un instrumento tan mal ejercitado puede producir un sonido tan armonioso y tan puro?

Por otra parte, en este mundo, cuando menos, el sonido es muy débil y la escala bien limitada. Ninguna emoción sería o profunda. Juana habla con facilidad, con un aire tranquilo con ese joven que será mañana su marido; ella hace los honores; parecen casados desde hace dos años. No necesita constreñirse para llegar a esta semialegría sonriente; entra en el matrimonio como se sube al coche para una bonita partida de placer.

Su sentimiento no es más que la satisfacción de establecerse según todas las conveniencias, con todos los alicientes, es decir, un marido bien puesto, de buena familia, solícito, agradable a caballo, cuatro meses en París, ocho meses en una quinta, muchos bailes y trajes, una canastilla de veinte mil francos. Los hervores intensos, el silencio resuelto o lleno de angustias, la idea de una vida arriesgada o de un ideal alcanzado, distan cien leguas; me habla de su peinado, me pide noticias sobre los hoteles de Niza, etc. Una graciosa muñeca, agradable de llevar, que os hace honor en el mundo, agraciada, que estimula y despierta el gusto por la perfección y las renovaciones de sus trajes; he ahí lo que va a encontrar el novio, y a fe creo se hubiera sentido embarazado de encontrar algo de más.

- III -

El grueso suizo marcha haciendo resonar su vara. Todos los cirios están encendidos; relucen entre las columnas el viril y el tabernáculo; las capas y estolas echan lentejuelas de fuego a medida que las genuflexiones del oficiante hacen espejear los bordados damasquinados de oro; los dos frescos de Flandrin desarrollan a ambos lados del altar sus procesiones de figuras nobles y sabias. Delante, en sillones de terciopelo carmesí, bajo las miradas de todos, aparecen entronizados los abuelos, la novia, como una blanca aparición; la madre con encajes dignos de una reina. Todo centellea e irradia. Los pliegues opulentos de los cortinajes aprisionan voluptuosamente la púrpura de las claridades que tiemblan. El órgano rueda, perdido en modulaciones reblandecientes, sucesivamente tierno y grave, a

veces con ligeros arpegios que revolotean como un enjambre de abejas luminosas diseminadas en el éter sereno.

Muy hermosa ópera, análoga al quinto acto de Roberto el Diablo, fuera de que Roberto el Diablo es más religioso. En cuanto se vive en un país latino, en Francia, en París, todo adquiere un aire de parada.

El sermón es de monsieur Belarny, predicador célebre; discurso académico, frases perfectas y redondeadas, cumplimientos a todo el mundo. Cumplimientos a la madre, «en quien todas las distinciones del espíritu se unen a todas las delicadezas del corazón». (Ha escrito un folleto sobre la asociación de la Santa Infancia.) Cumplimientos al suegro, «que después de haber llevado la bandera de Francia a los lejanos países en que había dejado de ondear durante seis siglos, muestra, como los antiguos próceres, a nuestro siglo relajado, la rara y perfecta alianza del guerrero ejemplar y del fiel cristiano». (Antiguo coronel en África; es hoy fabriquero de su parroquia.) Cumplimientos a un académico que se encontraba allí, «y cuyo estilo exquisito, bebido en las fuentes puras del gran siglo XVII, recuerda», etc. Cumplimientos a un diputado «cuya palabra elocuente levanta y apacigua a su voluntad». Cumplimientos a los jóvenes esposos. Todo eso muy bien recitado, en períodos simétricos de retórica selecta, lentamente, con el tono apropiado. Parece gozar con sus cadencias. Excelente tenor; mi vecino, refiriendo la cosa a un retardatario, le decía: «Ha tenido mucho éxito.»

- IV -

Un muchachito y una muchachita, coquetones, finos, en sus gabardinas de terciopelo, van haciendo la colecta; se les sonrío al darles. Es un bonito entreacto.

- V -

Conversaciones en la iglesia: «Juana es bonita, pero el novio es deslucido.» «Solemne como un poste; eso da un aire tonto.» «Es el aire de circunstancia; quisiera veros a vos.» «¿Tenéis monedas de diez céntimos? Dadme una. No soy pariente, y no llevo mas que oro para la colecta.» «¡Buenos días, buenos días! ¡Hola! ¿Vos aquí? ¿Por quién, por el novio o por la novia?» «Por el novio. La chiquilla es gentil.» «Yo me quedo en las contracalles; a lo menos, uno se pasea.» «¿Os gusta Flandrin?» «Sí, la gran máquina de la derecha; pero lo demás es un batiburrillo etrusco con pretensiones bíblicas.» «Idealista estrecho; ese hombre se ha calentado los cascos para ser frío.» «¿Ahora llegáis, Bernardo? Pero esto es indecente; ¿es vuestra hora militar?» «No me habléis de ello; mi coronel es un dogo para los permisos.» «La novia lee su devocionario; es tener serenidad. ¡Hola! Música vocal; es un

casamiento de mil doscientos francos.» «Mil quinientos, a causa de los grandes cortinajes y de la alfombra en las gradas de la iglesia.» «¿Habéis oído a madame Lagrange?» «Buena cantante, con estilo y elegancia; pero está hecha de estaño batido.» «El sabio y meditabundo Varillon llega por fin, de corbata blanca y un grueso libro bajo el brazo.» «Es por mi curso, que tengo a la una; voy a la sacristía; no hago mas que atravesar la iglesia; lo esencial es el apretón de manos al padre.» «Sigamos. ¡Pum, pum, puf!; es una cola como en el teatro.» «¿Le habéis hablado de mí a vuestro jefe?» «Todavía no; el animal se hallaba ausente.» «Apretad los codos hacia delante. ¿Dónde está el padre?» «Allá abajo, en aquella prensa, del lado de los apretones de mano.» «Mil felicidades, mi querido señor.» «Encantado de haberos visto; gracias mil veces.» «¿Habéis acabado, Bernardo? Yo me voy.» (El suizo.) «Por aquí, señores; el corredor a la izquierda (¡pif, paf!).»

Adelantaos, señoras, si os place; dad la vuelta, señores. (¡Pif, paf, pum!)» «¡Aire fresco! ¡Gracias, Dios mío, ya hemos cumplido!» «La pobre chiquilla ha hecho ciento cincuenta veces la zambullida y ha enjugado cuarenta viejos hocicos.» «Espere que me abroche el paletó.»!

Mendigos, criados, bodoques en fila; es la salida de los Italianos.

Capítulo XVII

La dama joven

El hígado me ha dolido este invierno, y es lo que tiene haber viajado por la India. Me he quedado en casa, y a falta de cosa mejor, he querido ver el mundo en pintura; tenía sobre mi mesa las Comedias de Emilio Augier y de Alejandro Dumas hijo. Pintan justo, es su oficio.

Dos papeles impresionan en ellos, como en todo: el enamorado y la enamorada. En efecto; por estado, esos dos personajes son dignos de amor, es decir, tan perfectos como es posible. Veamos algo lo que se llama la perfección en Francia en 1865, y primero en materia de mujeres.

En otro tiempo la cosa era sencilla. Se metía a la hija en una caja, que se cerraba con llave hasta que la niña tuviese quince años. Entonces salía, pero bajo las sayas semif feudales de su madre; el padre, grave como un suizo de catedral, estaba de guardia a su lado. Bajaba los ojos, se mantenía derecha; éstos eran sus dos primeros deberes. Retardar el despertar de las ideas y de los sentimientos; mantener el alma en el candor, la inocencia primitiva; enseñar la obediencia y el silencio, a eso se reducía la educación, toda represiva.

Veo de vez en cuando a dos ancianas señoras que me han contado su niñez. Han sido criadas en París, pero de rejas adentro, y esas rejas estaban provistas de persianas cerradas; ni teatro, ni mundo, ni salidas. De cuando en cuando, a las diez de la mañana, el aya, escoltada por un lacayo seguro, las enseñaba el Jardín de Plantas. Cuando salían al campo,

iba a buscarlas un coche en el patio del convento; una vez llegadas, prohibición de correr por el parque; debían quedarse en el parterre de la fachada, no rebasar nunca los dos grandes jarrones de la segunda escalinata. En el salón, en el alféizar de una ventana, su bastidor señalaba su puesto; si alguien las saludaba, orden de hacer la reverencia y salirse. A las ocho menos cuarto daban las buenas noches respetuosamente, primero a los abuelos, después a su madre, a su tío, a las dos tías; a las ocho había acabado el desfile. A las ocho y cuarto estaban en la cama.

Durante el día bordaban, cosían para los pobres, canturreaban cánticos, visitaban la pajarera, leían a Berquin, se esparcían con una gata blanca a la que llamaban querida señorita nuestra, y esperaban cada mes la visita de una amiga, burguesa, pero de antigua burguesía, que, dotada de genio, aprovechándose de la general relajación, había obtenido permiso para copiar de su mano los Ensayos de moral, de Nicole.

Figuraos semejantes personajes en el teatro; dadles algo de ingenio natural, añadidles esta generosidad nativa que se tiene siempre cuando no se ha vivido; es Inés, que ha tomado lecciones de talante, las mejores, puesto que no vienen de un maestro, sino del ejemplo diario de la familia. Una virgen enclaustrada que sabe saludar y sonreír. ¿Hay atractivo más vivo?

Las timideces, los rubores, los movimientos involuntarios, comprimidos por el buen parecer exquisito y continuo; la imperceptible igualación del pensamiento y la pasión, que por primera vez van a escaparse; la transformación de la niña que en un día, a una palabra, se hace mujer; la mirada furtiva, lanzada discretamente, sorprendidos los ojos, prontos a llorar; el delicioso desorden interior; el chisporroteo sordo del ser nervioso, ardiente, delicado, que atraviesa las ideas como voladas de centellas; ved todo eso en los pintorcillos íntimos del siglo XVIII, en la Mariana de Marivaux, en las estampas de Moreau. Posturas modestas, palmitos agraciados, bracitos mononos anidados en conchas de encajes; lindos tobillos encaramados como patitas de pájaro sobre zapatos con talones; talles de falda que se abarcarían con las dos manos; adorables y correctas reverencias; emperramientos y travesuras hundidos bajo la decencia de la actitud irreprochable; curiosidades y voluntades que se alarman de ser y pronto no se alarmarán ni de parecerlo. Es vino de champaña encerrado en botellas; el tapón ha sido hundido sólidamente a martillazos eclesiásticos. Pero ¡cómo el bullicioso licor se estremece ya y ríe bajo el vidrio! He ahí el verdadero brebaje del francés, y cada espectador, en el patio, viendo intacta la marca, presenta su copa, adelanta los labios y siente ya subirle la humareda del paladar al cerebro.

Se ha ido el tapón; ha saltado en ochenta y nueve con muchas otras cosas, y ha sido menester buscar tipos diferentes. El embarazo no ha sido flojo; uno de mis amigos, autor dramático, me ha confesado que se cansaba en vano. Encuétranse en el teatro bellos ojos, mejillas frescas, lindos talles; se levanta encima un catafalco de cabellos y de trajes de seis metros; pero ¿qué hacerla decir a esa muñeca? Zalamerías de niña mimada, afectaciones de chiquilla, arrumacos de griseta; aquí y allá, una gentileza de buen corazoncito o una sentimentalidad de álbum. Más allá, nada. La antigua educación ha desaparecido; la nueva no ha empezado; flotan entre los restos del pasado y los esbozos del porvenir, semiprovocadoras y semitímidas, ni vírgenes ni esposas, semihombres y semimujeres, con reminiscencias de colegialas y veleidades de actrices. El desgraciado autor dramático se

dice, golpeándose la cabeza: «Es preciso que case un cotillón al final de mi pieza. ¿Qué voy a poner en este cotillón?»

Un pequeño húsar, y ha tenido cien razones contra una.

Primera razón: el temperamento. Nueve veces cada diez el fondo de la francesa es la vivacidad voluntariosa; son, por instinto, inquietas y secas, activas y decididas, prontas a juzgar, confiadas en su juicio propio, incapaces de subordinarse. En los países germánicos, la mujer parece de otra especie que el hombre: le sirve de complemento; aquí, nada parecido; ella es un hombre de esencia refinada y sublimada, provista de nervios más excitables que los del otro, su camarada en caso necesario, su igual siempre y su dueña si puede.

Considerad ahora cuánto fortifica la educación moderna este espíritu imperioso y personal. El padre y la madre han hecho un matrimonio de conveniencia, es decir, frío, y las asperezas de los dos caracteres han chocado entre sí, como témpanos, sin derretirse, con un rozamiento doloroso y continuo; se han molestado, tolerado después por resignación, y al cabo por costumbre. Vienen los hijos, una niña, y la infinita necesidad de adoración, largo tiempo repelida, se derrama por entero en el nuevo cauce que se le ha abierto. Es rosada y rubia; todos los sueños de gracia y de belleza ideal, toda la poesía áspera, vanamente abrazada por el joven, se despiertan en el padre, y esta vez nada mancilla sus sueños ni los destruye. No tiene más que ser dichosa para no ser ingrata; ¿qué podría rehusar, en qué podría disgustar? No se le pide nada y se le da todo. Es un potrillo soltado en la hierba: «Come, niña mía; ¡qué buena eres en comer tan bien!» Sus locuras son alegrías; sus terquedades son gentilezas. ¿Hay nada más bonito que una potranca cuando cocea? Ya crecida, salta los vallados, mordisquea las mieses, tira, brincando, a su viejo padre trasijado. «Mi padre y yo -dice una de esas desparpajadas escapadas- hacemos todo lo que quiero».

Hela ahí en el mundo; desde el primer día, si no es demasiado tonta, se encuentra en el pináculo; un hombre de mérito, al cabo de quince años de trabajo, no alcanza un rango tan elevado. No ha tenido más que mostrarse, y se le saluda reina; los jóvenes andan solícitos, las mujeres de treinta años están inquietas, los cumplidos zumban por enjambres. Una de mis amigas me ha contado que al salir de su primer baile, de buena fe, se consideraba como una maravilla; ¡tantos cortesanos y tantas solicitudes! Se ve el efecto en los príncipes; admiten sin dificultad que el género humano está destinado a sacudir el polvo de sus muebles y que el sol es una lámpara que tiene obligación de ponerse corriente ella misma para iluminarlos.

Notad que mi muchacha tiene razones sólidas para divinizarse: dinero al contado; sabe su dote, y con su agilidad de espíritu ha juzgado el casamiento y los que van en pos de él. «Los turcos compren sus mujeres, nosotras compramos nuestros maridos... Conque el mío no sea molesto en casa ni ridículo fuera, le doy por libre de todo».

En suma, si se casa, es que «no hay otra carrera para una muchacha». Le es menester un hombre para salir, viajar; es un servidor indispensable, un chambelán, un ordenador, un arma de respeto. Sin duda, «el estado de hombre sería el más agradable». No pudiendo adquirir el estado, se adquiere el hombre. Para que se muestre conveniente, resulte

garantido, sea capaz de representar, se le paga su salario; se compromete a dar el brazo; se cosen juntos la falda y el frac, y con ese contacto, la saya recibe todas las libertades del sayo.

Botitos, un dormán o una casaca guarnecida de pasamanerías, pantalón, sombrero, bastón, cinturón y guantes de hombre. ¿Qué la falta ya ahora para ser un húsar? ¿Son las maneras desenvueltas? Las ostenta, entiende la defensiva y a veces la ofensiva; hace cara a los verdaderos hombres, se bate a réplicas, y golpe contra golpe, hierro contra hierro se aventura en los pasos escabrosos, de los que su vanidad vuelve triunfante y su delicadeza hecha pedazos.

¿Es el conocimiento del mundo? Ha ido al Bosque, a las carreras, al teatro; la franqueza de la conversación la ha mostrado las Magdalenas; salvo las novelas fisiológicas, conoce nuestra literatura; salvo un detalle fisiológico, conoce nuestra vida. ¿Es la costumbre de mandar y dirigir? Tres veces por semana su padre se calza botas estrechas y su madre va a dormir, con los ojos abiertos, sobre un banco, para que ella pueda bailar. Desde lo alto de su dote ve desfilar los pretendientes y se burla de sus corvetas. «El amor es una lisonja de la cual nunca tomo mas que la mitad para mí; yo sé que mi persona y la dote que se me supone forman un bonito total». En suma, ha visto a los hombres en una fea posición, de rodillas y delante de un saco de escudos; por eso de buena gana los fustiga. Agresiva, espadachina, instruida, mandona y escéptica, ya veis que no le falta nada para entrar en un regimiento.

En este regimiento hay muchas compañías. Procedamos con orden:

Mademoiselle Herminia Sternay. Ésta es hija de un general y podría en caso necesario reemplazar a su padre; tiene la sangre fría y la decisión de un jefe de cuerpo. Se quiere asustarla para separarla del hombre a quien ama. «Yo no me asusto nunca, tía; bien lo sabéis.» Cuando su orgullosa e imperiosa abuela la interroga, responde como persona segura de sí misma, con un matiz de burla calmada. Cuando por penitencia se la envía al convento, «come, bebe, duerme, habla y ríe con sus camaradas como antes». Cuando delante de sus padres, inciertos o irritados, se encuentra, al cabo de diez meses, con el hombre a quien ama, le tiende la mano, le llama Jaime a secas, y no se desarma de ningún modo ante las exclamaciones de su abuela. «Nos alargamos la mano francamente en presencia de todo el mundo y con toda confianza, lo cual me parece más conveniente que esperar una ocasión de hablarnos por lo bajo en un rincón.» «¿Se puede saber cuáles son vuestros proyectos?» «Sí, mi buena mamá. Si me lo hubieseis preguntado más pronto, más pronto os los hubiera manifestado. Mis proyectos son casarme con monsieur Jaime Vignot, supuesto que le amo siempre. Hasta entonces, buena mamá, me haréis volver, supongo, al convento, donde me hallaba aún esta mañana, y tendréis mucha razón, puesto que, además de que os sería sin duda desagradable tener sin cesar cerca de vos a una muchacha tan desobediente como yo, por mi parte es el lugar donde prefiero más quedarme, hasta los veintiún años, con el gran deseo de aprender todas las cosas útiles que aun no sé.»

Ya veis que tiene buena cabeza y se sabe el Código. En su convento ha calculado las necesidades de Jaime; ha descubierto que le era menester una mujer firme sobre el agua,

buena para la exportación y los consulados, y sopesado todo, le dice: «He reflexionado bien, Jaime, os lo repito, y creo ser la mujer que os conviene.»

La he puesto en los húsares; pero creo podría entrar en los coraceros.

Mademoiselle Matilde Durieu, quince años; pero precoz, de un buen sentido positivo, con el golpe de vista de un hombre de negocios y la madurez de un cabeza de familia. Ama a su primo, se lo dice a la cara, y el primo se esquivo con frases. «¡Poesía! Decididamente no me quieres. No hablemos más de ello. No te amenazo con matarme ni con meterme en un convento, ni siquiera con no casarme nunca; al contrario, haré todo lo posible por olvidarte; pero quiero que nuestra conversación, que tendrá tan grande influencia en mi vida, la tenga también sobre la tuya.»

Y a continuación le traza un plan de conducta, le aconseja tome un estado, haga fortuna, a fin de casarse, rica o pobre, con la que ame. Él se va a Soloña. Para no salirse del asunto, ella lee gruesos libros de agricultura, con tanto provecho que llega a ser capaz de explicar «los mejores resultados de fertilización obtenidos hasta hoy, la diferencia entre las tierras silíceas, que contienen piedras en gran cantidad, y las tierras calizas, que contienen mucha cal, y a veces hasta magnesia», etc.

En este momento, por un brusco cambio, obtiene permiso para casarse con su primo; pero al descubrir de pronto que este primo ama a otra, se lo cede a esta otra, y lindamente, con una destreza y una resolución incomparables, practica de un golpe en sí misma la operación delicada que consiste en arrancarse el corazón. ¡Encantadora niña! ¡Cómo maneja el bisturí a su edad! La he alistado en los húsares; pero para ser el cirujano mayor del regimiento.

Nos faltan músicas. Felizmente, tengo a mano una de las más bonitas novelas de este tiempo, Renata Mauperin. Mademoiselle Renata Mauperin es una artista, no solamente de los dedos, en música y en pintura, sino del espíritu, del corazón, de la lengua; en una palabra, como dice el autor, «una melancólica zambresca», es decir, un natural capaz de sensaciones vivas, de impresiones originales y de fantasías locas. Habla germanía; nada en el Sena (en traje de baño) con un pretendiente, al que ve por primera vez; le pone en fuga a fuerza de inconveniencias; hace el gatera y el golfo; lanza los petardos más descabellados en medio de las conversaciones graves; se suelta y se entrega, y su padre, que le regaña en alta voz, le aplaude por lo bajo. ¡Querido pifanillo! ¡Qué penetrantes repiqueteos, qué marchas endiabladas, qué coquetonas y hervorosas contradanzas van a soplar en vuestro tolondrón! ¡Cómo iréis al fuego con aire rozagante, la primera! ¡Y cómo todos nuestros husaritos os llaman para ser la alegría de su regimiento!

Busco el húsar completo y creo haberlo descubierto en mademoiselle Antoñita, de Los solterones. Esta joven acaba de triunfar con toda brillantez; aparentemente el público la ha encontrado de su gusto: impetuosidad, petulancia, deseo de verlo todo, de tocarlo todo, cuestiones candentes, audacia nerviosa, brío de quinto que no ha conocido nunca las heridas, zafarrancho interior de sensaciones súbitas y vehementes, estallido de ideas que el contacto del mundo nuevo hace saltar como un polvorín; se revuelve y caracolea en su casa y en la ajena como un jinete en su primer caballo.

Lo que causa tanto placer al espectador es que en medio de todos esos brincos conserva su hábito de novicia: botas, espada, plumero, y lo restante es de húsar; sólo falta al traje un detalle de vestuario; este contraste llevado al extremo ha parecido encantador. La inocencia de la ignorancia entre las vivacidades y el indomable arrebató de lo demás, ¡qué picante novedad! Esperad un poco, dejadle al recluta tiempo de instruirse, y al cabo de un año os dirá el marido si en su equipo compuesto entiende guardar la saya o el látigo.

No hay que llamarme escéptico; reconozco todas las virtudes de su estado. ¿Acaso un húsar no es fiero y bravo? Precisamente su oficio es hacerse romper los huesos. Ya quisiera yo ver una criatura humana de veinte años que no fuese generosa; lo es provisionalmente porque tiene veinte años.

Mi húsar femenino es capaz de entusiasmo; veámosla en sus bellos momentos. Mademoiselle Francina Desroncerets advierte a los veintiún años que la fortuna de su padre se halla comprometida. Se hace dar un apoderamiento general, liquida las deudas, coloca su propio haber en un vitalicio para su padre, le conserva así sus hábitos de comodidad, le cuida como un niño, le vigila para evitarle que recaiga en las invenciones azarosas que le han arruinado. He ahí una bella acción, animosa y bien hecha. De igual manera se ofrece un joven oficial para llevar un parte a través de los cañones, sin inquietarse de las amputaciones ni del hospital.

Notad cuán semejantes son ambos caracteres: es una «señora mujer», ejerce el gobierno de los asuntos, se niega a comunicárselos a su padre, le hace cara; le conduce, le retiene como a un hijo pródigo; tiene el acento vibrante de la voluntad tensa; combate contra su rival y contra los indiscretos con el áspero estoicismo y la dolorosa ironía de la resolución atiesada; permanece de pie ante las injurias; exagera su papel de procurador, de avaro, a la manera del soldado que provoca las heridas, y, por último, cuando al fin el notario Guerin lanza una duda sobre su delicadeza, le hace hundir bajo tierra con una altanería de desdén y una explosión de orgullo que la envidiaría un oficial intimidado a rendirse. Si ha habido jamás una criatura armada para la resistencia, el gobierno y la guerra, es ésa.

Notad que, habiendo sido siempre desgraciada, es entre todas la más pura. Las generosidades de las otras son diferentes. Mademoiselle Clementina Brenier «se casa con quien se quiera y cuando se quiera, mientras sea por Navidad, para pasar el invierno en Roma». Hallado el marido, como es encantador y está muy enamorado, le trata como a un criado; como después se marcha y además llega a ser un grande hombre, ella va a su encuentro, y en un arranque de bravura nerviosa, asiste a sus peligros. Ese heroísmo no me parece muy sorprendente.

Mademoiselle Gabriela Chabriere, con tener un marido inteligente, espiritual, alegre, laborioso, abnegado y muy tierno, quiere partir con su amante, porque su amante le habla de pasión y su marido de negocios; pero de pronto, habiendo sido su marido más elocuente que su amante, nota que el amante «no es mas que un niño» y que «el marido es un hombre». Con lo cual se queda en casa y dice: «¡Oh padre de familia! ¡Oh poeta, te amo!» Aviso a los abogados, notarios, banqueros, empleados, magistrados, gente toda de negocios como el marido: están obligados a ser poetas dos veces al mes para conservar a sus

mujeres. En efecto, lo que se estima en el regimiento de que hablo es la brillantez, no el servicio, y se está dispuesto a seguir al coronel que luzca más hermoso plumero.

Mademoiselles Fernanda Marechal y Clemencia Charrier se encuentran mal en la casa paterna o no esperan ya casarse con el hombre a quien aman, por lo cual, con una prontitud maravillosa, toman al primero que llega, de primer golpe. «Al fin y al cabo, lo mismo es éste que otro.» La una le ha hablado tres veces a su señor, la otra no le ha hablado nunca; poco importa, se casan en el montón. Al instante se publican las amonestaciones, y a los ocho días, después de una misa y un traje... ¡Lléveme el diablo si no iba yo a decir una tontería! Pero ante pudores semejantes me parece siempre que estoy en un escuadrón.

Esas son las púdicas. Otras pasan por serlo; primero mademoiselle Calixta Roussel, muy hábil persona, que pesca con caña un pretendiente refractario. Muy hábil persona: practica los manejos, entreabre las confidencias, insinúa las reticencias, detiene las partidas, provoca las confesiones con una destreza de mano y una franqueza de iniciativa que Celimena no sobrepujaría. Después de todo, a falta de otro, se hace su felicidad uno mismo, y cuando el marido huye el bulto, obligado se está a ir a buscarle. En caso necesario se iría en persona, alta la mano, a pedirlo en matrimonio, como mademoiselle Hackendorf, y hasta se iría a su casa, a su cuarto, para hacerle una declaración de amor, como mademoiselle Marcela de Sancenau. «¿Aceptaríais ser mi esposa?» «Estaría encantada.» «¿Y por qué querríais ser mi mujer?» «Porque no os parecéis a los otros. Esta muchacha que aquí veis es una honrada muchacha y sólo aspira a ser una honrada mujer si encuentra un marido inteligente que la comprenda y la domine... Sacrificaos, casaos conmigo.» ¿Cuál de las dos tiene más bello estilo?

Palabra de honor que esto me recuerda la frase de la vieja Juana de Albret bajo Carlos IX: «Aunque yo creyese muy extraña esta corte: lo es más de lo que creía: no son aquí los hombres los que ruegan a las mujeres, sino las mujeres las que ruegan a los hombres.»

A este efecto, la obra maestra es Madame de Simerose. «Es una mujer honrada, y aun peor que eso.» La admirable educación de que gozamos ha mantenido todas sus ignorancias excitando todas sus energías; no sabe nada y lo quiere todo. Ha despedido a su marido porque era hombre, y hela ahí señorita como antes; pero al mismo tiempo, por la ley, es señora, y no le pesa, puesto que es dueña de sí misma, de su conducta y de sus intereses. «Conservo la posición que se me ha dado, a pesar mío, y dicho sea entre nosotros, la encuentro buena; no tengo hijos, soy rica, soy libre; creo no deber dar cuenta de mis acciones mas que a mí misma.»

Recibe, invita a comer, hace los honores como dueña de la casa, trata como hombre a los hombres, rechaza los consejos, hace enmudecer las insinuaciones y anda, erguida la cabeza, acorazada, con su derecho en la mano, a través de las curiosidades del mundo, las galanterías de los amartelados y las solicitudes de su marido.

El orgullo llega, a su colmo, tanto más fuerte en cuanto la conciencia está intacta; si acepta un amor es a condición de que habrá de ser platónico. Bueno; pues cuando le falta este amor, de pronto, invenciblemente, por una irrupción de despecho y de pasión acumulada, se arroja a la cabeza del primero que se presenta. Por dicha, se halla éste de

humor caballeresco, sin lo cual a los seis meses quedaría tachada, y si se ha salvado es por milagro. ¿Qué me decís? ¿Y qué me decís de este arranque por el cual se lanzan a la independencia, la audacia y la iniciativa?

Tienen la vehemencia de la virilidad, sin tener el freno de la experiencia, y puesto que estamos en la caballería, puedo compararlas bien con húsares que dan una carga con caballos sin bocados.

Así resulta que ese empuje militante produce su efecto, y en nuestro tiempo y en este teatro es el voluntario fuera de cuadro, Albertina de Laborde, Susana d'Ange, Serafina Pommeau, Olimpia Taverny y demás vendedoras de camelias.

Éstas son hombres por entero, hacen profesión de serlo; proveer por sí mismas a su subsistencia, atacar, conquistar, explotar, aguantar las durezas y despedir las insolencias, mantener fría la cabeza en medio del peligro incesante, adquirir y usar de astucias, mostrarse y gozar, considerar el mundo como un enemigo y como una presa; por todos esos actos se reconoce a la mujer que, sintiéndose varonil, se ha hecho guerrillera, corredora de caminos y sólo ha conservado su sexo como un arma y un cebo.

Las otras, honestas o semihonestas, se detienen a mitad del camino de su temperamento y de su carácter; sólo ésta va hasta el cabo, y he aquí por qué hoy da el tono, impone sus trajes, comunica sus andares, ocupa la conversación.

Se la siente superior y reina; a través de sus desprecios oficiales las señoras la admiran vagamente, preguntan por ella, envidian por lo bajo su libertad y sus atrevimientos, la presienten como rival, encuentran sus huellas en los modales de su marido, y para combatirla con armas iguales, se exhiben en trajes llamativos, en charadas en acción, en cuadros al vivo. Muy lejos de poner coto, el marido empuja la rueda; ha vivido en el casino y en casa de las señoritas, y guarda en la suya sus costumbres de conversación libre.

Mi amigo Maximiliano de S..., casado hace dos años, le cuenta a su mujer su pasado, la entera de todas las Magdalenas. Pronto quedó instruida; hace ocho días, viendo en el Bosque una damita que guiaba ella misma su cesta de ensaladas, «¿Quién es ésta? - preguntó-. No está de moda; mi marido no la conoce.» Y así otros cien rasgos semejantes; quieren vivir sin ceremonia; trata a su mujer como camarada, como a un buen chico delante del cual se puede decir todo.

Y se le dice todo, aun las cosas más enormes, en términos convenientes; ella misma se vanagloria de no ser mojigata; lo lee todo, se la lleva a todas partes. Al llegar a los treinta y cinco años se nos parece; como nosotros, ha consumido su exceso de lleno; aún, a menudo, es cuerda; una intriga, sobre todo una intriga larga, tiene demasiados riesgos; el coste le quita el gusto.

Hela ahí política, como un hombre; amiga de conversación, mentor tolerante para los desbarros de su hijo; ha subido de grado; es un viejo oficial indulgente que sabe la maniobra, manda bien su compañía; vive lado a lado, en igual pie, cerca de su marido, en

un divorcio decente, en una alianza de negocios, en una camaradería de costumbre. Ved monsieur y madame Leverdet.

Bellísima salida; a eso conduce la emancipación de la mujer. He visto comienzos de costumbres semejantes en América y en Inglaterra. En América tenemos el flirt, las mujeres con diplomas e individuos de Sociedades filantrópicas. En Inglaterra hay las fasts girls, Amazonas intrépidas y razonadoras precoces. Míster Stuart Mill, un grande espíritu, propone casi conceder el sufragio político a las mujeres. Es lástima no me queden treinta años de vida; si eso continúa, en 1900 será bonito el espectáculo.

Capítulo XVIII

El galán joven

Creo que el cambio es aún mayor para el joven que para la doncella.

Antaño su empleo era sencillo: cerca de una mujer, sea cual fuere, debía estrechar la boca en corazón, pronto a echarse de rodillas. Tengo a la vista la Nueva Heloísa, con grabados. (¿Qué no se lee cuando se padece del hígado?) Ese salvaje de Rousseau fue el primero que se atrevió a decir que la galantería era ridícula, y en hacer de su enamorado un plebeyo violento, un declamador mal criado, un precursor de Didier, del obrero Gilberto y otros galanes jóvenes de Víctor Hugo; pero ¡cuán de otra manera ha comprendido las cosas el grabador! ¡Qué boquirrubio el Saint-Preux de las estampas! ¡Qué agradable pierna la suya! ¡Qué fina y risueña fisonomía! ¡Qué bien peinado y qué bien puesto!

La media, cuidadosamente estirada, muestra una pantorrilla irreprochable; mariposean sobre el calzón y la casaca los más alegres colores; un encaje estrujado se entuerta graciosamente al extremo de las mangas rosa; una chupa de color de garganta de pichón abomba sus pliegues lustrosos en torno de la chorrera coqueta.

Es solícito y es tierno; cuando dobla una rodilla en tierra para besar la menuda mano de Julia, enferma, se ve en seguida que ha tomado lecciones de los mejores maestros de baile. Cuando bajo el bosquecillo de rosas recibe «el primer beso de amor» no es rudo, no delira, como quiere el libro, no roza la falda; redondea con precaución los dos brazos, saborea deliciosa y mimosamente el lindo fruto que va a posarse en sus labios. Pertenece a aquel tiempo en que se decía de un gran general la palabra que he citado: «¿Es amable?»

En efecto; aunque hubiese ganado diez batallas, no le dispensaba de agradar a las señoras, de saber ofrecer un ramo de flores, rimar unos versitos, deslizar una insipidez. Era el resto del antiguo tiempo; la dama era siempre castellana feudal; se estaba obligado a servirla; si había desaparecido el sentimiento, quedaba siempre el buen parecer; en lugar de pajes y caballeros tenía atentos. Al entrar un joven en el mundo no sentía otro cuidado que

el de encontrar dos bellas manos dispuestas a conducirlo; las dos bellas manos le formaban, le llevaban, le empujaban y en cambio se dignaban aceptar cada día ocho horas de cumplidos, de cuidados y de pequeños servicios. Hoy un hombre de veinte años preferiría mejor ser aserrador de madera; una mujer tomaría al cumplimentero por un badulaque de provincias, y encuentro, al abrir una comedia de Augier, que a esas solicitudes anticuadas se responde con una calma irónica: «¡Gracias, Lindoro!»

De ahí que el papel de galán joven se haya aminorado mucho. Por eso, cuando a las once de la noche entráis en un salón, veis dos montones separados: el uno, blanco, rosa, engalanado, florido, inmóvil: son las mujeres, aprisionadas bajo la enormidad de sus faldas y en el terciopelo de sus sillones; el otro, negro, estrechado, rematado en cráneos calvos o semicalvos, pero bullicioso: son los hombres que circulan por los confines y miran calados los lentes, apoyados contra el larguero de las puertas.

Cada recién llegado saluda a la señora de la casa, cambia con ella tres frases de veinte palabras, da una prudente media vuelta y se esquila fuera del recinto femenino; cuando más, aquí y allá, en la extrema frontera, un frac negro habla durante diez minutos con una falda. Tres veces por cada cuatro él no se divierte, ella se aburre; los dos sexos son extraños el uno para el otro. A media noche se hace el desierto; quedan cinco o seis hombres y mujeres que se conocen bien. Las mujeres se quejan entonces de la negligencia de los hombres, y los hombres se excusan como pueden. Esto forma un comercio de lindas hipocresías, de pequeñas lisonjas disfrazadas, de ligeras provocaciones transparentes. Yo, que por edad y por estado sé el valor de esta moneda, resumo así el presupuesto de la cuestión: cuatro hechos han producido esta baja general de la galantería:

1.º Demasiado trabajo para el hombre. Va a la Bolsa, calcula y se inquieta por grandes negocios; está obligado a ganar mucho porque el gasto de la casa y del mundo llega a ser enorme. Un médico, un abogado, un banquero, un artista, un político se halla abrumado por la noche, y no puede hacer gastos para divertir a las mujeres. Somos plebeyos; nuestro tiempo es dinero; no tenemos ya el vagar ni la indolencia de espíritu del siglo pasado; se nos caen los brazos ante la esgrima obligada de la cortesía cumplimentera. Dejados tender en un sillón y calentarnos los pies a la inglesa, al lado de una mujer tranquila que borda y hace el té, o bien a la francesa, fumar con un amigo que desabrocha sus paradojas y hace el golfo con una querida que dice picardías.

2.º La costumbre de numerar los valores. Jóvenes y viejos somos positivistas, y los jóvenes más aún que los viejos. En esta operación la mujer pierde mucho; para espectadores le son menester no analistas, sino poetas. El amor vive de ilusiones, de sueños vagos y encantadores, esparcidos como una niebla luminosa sobre todas las cosas, de esperanzas irrazonables lanzadas sin cesar en persecución de una dicha desconocida y deliciosa. ¿En qué cabeza moderna subsiste aún esta magia matinal? El que la descubre en sí la desgarrará con cuidado, para librarse de un lazo; el que conserva un pedazo sabe que la ilusión está en él, no en los objetos. El último y más enamorado de los poetas decía ya: «¿Qué importa el frasco mientras se tenga la embriaguez?» No hay ya embriaguez, pero aun hay frascos. Hoy, en una señorita o señora tal, se ve a la señorita o señora tal, es decir, una falda y su contenido, continente y contenido más o menos agradables y convenientes, arrastrando en pos de sí un tren determinado de comodidades y de enredos, de

servidumbres y de utilidades. Con esta tasa, una corte demasiado prolongada parece una burla; los beneficios no cubren los gastos. Por otra parte, cuando no se adora, se siente repugnancia a echarse de rodillas; la actitud es demasiado molesta y hasta humillante; se la acepta por una hora, no se la toleraría ocho días. Balanceado todo, si es menester un establecimiento, se le prefiere mejor francamente legítimo o francamente ilegítimo; los dos se concluyen de manera semejante: dinero al contado, sin notario o con notario, pero uno y otro sin embarazo ni entusiasmo. Matrimonios de conveniencia y visitas a casa de las Magdalenas; el espíritu calculador pone la mira en los vencimientos ciertos, en el placer garantizado, en los comercios cómodos. Divirtámonos, pero no seamos tontos. Mi amigo B..., la flor de los agentes de cambio, decía ayer, delante de mí, a su hijo: «Hete que vas a empezar tu carrera de Derecho; tendrás mil quinientos francos por trimestre; acuérdate de estas tres máximas: no alojes jamás a tu querida en tu casa; no guardes nunca la misma más de tres meses; si sientes que te vas a enamorar, toma otra segunda. Sobre todo, cuidado con las costumbres; resérvate; cuando sientas estremecerse en ti las grandes frases, piensa, para atar corto a las tonterías, que te guardo para cuando tengas treinta y cinco años un lote de bonitas muchachas, bien educadas, bien vestidas, mucho más agradables que tus queridas y que te traerán dinero en vez de pedírtelo.» Servíos decir qué lugar queda en esta moral para las pasiones.

3.º Un pequeño fondo nuevo de honradez. Hay mujeres visiblemente castas, sobre todo en la burguesía, y se siente que se las inferiría un insulto si se las dejase entender que son lindas. Además, las jóvenes son respetadas. Nada más raro que un seductor de inocencia, como monsieur de Mortemer. Un hombre, aun medianamente delicado, no se las ha con ellas; espera a que estén casadas.

4.º Una desproporción enorme entre la educación del hombre y la de la mujer; en consecuencia, faltan los asuntos de conversación; la mujer no sabe ya hablar de religión, como en el siglo XVII, ni de filosofía, como en el siglo XVIII. Se ha excluido de su educación el razonamiento serio; ha quedado reducida al piano; no sabe mas que la rutina de la música, el comadreo del mundo y las fórmulas del catecismo. Por otra parte, habiéndose complicado prodigiosamente cada arte, ciencia o profesión, el hombre hundido y encerrado en su especialidad se hace incapaz de hablar de ella, salvo a las personas cuya educación es fuerte. En los países germánicos, las jóvenes saben cuatro lenguas, han practicado los razonamientos enojosos, escuchado con inteligencia las discusiones políticas y teológicas de sus padres y de sus huéspedes. Entre nosotros, ningún terreno común; después de esfuerzos sobrehumanos, los dos conversadores quedan a distancia, enzarzados en frases oficiales, con bostezos interiores y una alegría de encargo. El hombre presentado a una mujer se dice, en el momento mismo en que respetuosa, graciosamente, con una sonrisa de encanto, se inclina ante ella: «Si aventuro cosas verdaderas, va a encontrarme chocante o pedante; si repito cosas convenidas, va a encontrarme vulgar y tonto. Querida señora, lléveme el diablo y que se os lleve a vos; pero ¡cuán contento estaría de hablaros si tuviera algo que deciros!»

Bien se ve que con tales costumbres no es fácil fabricar enamorados para el teatro. He ahí lo que se ha encontrado buscando por todas partes:

El antiguo galán joven, Estéfano, en Gabriela; Pablo, en Diana de Lys; monsieur de Montègre, en El amigo de las mujeres, sucesores todos ellos de Antony, primos de los enamorados arrebatados y sombríos de Víctor Hugo.

En uno de mis retornos a Francia he visto sus chalecos en 1830; aquellos chalecos eran muy poéticos, y el rizo de sus cabellos, violentamente arrojado sobre la frente abombada, anunciaba las grandes pasiones. «Los cabellos abundantes, la tez ambarina, la voz sonora y metálica, golpeando las palabras como medallas, bien encajados los ojos bajo las cejas y bien sujetos al cerebro, músculos de acero, un cuerpo de hierro siempre al servicio del alma, entusiasmos rápidos, desalientos inmensos, contenidos en un minuto y en los que el alma se renueva de pronto... Pertenecen a esta raza de hombres que tienen la facultad de zaquear por los caminos, de pasar las noches bajo las ventanas, de vivir sin comer, de hallarse siempre prontos a hacerse saltar la tapa de los sesos y a matar a todo el mundo. Temperamento bilioso; el hígado demasiado gordo; hay que enviarles a Vichy».

Ya veis en qué tono se les describe; son fenómenos. Por lo tanto, son raros, a menudo cómicos, siempre anticuados. Monsieur de Montègre viene del Jura; monsieur de Nanjac vuelve de África; ambos han sido conservados en la vida provincial o militar como un salmón en la salmuera o una espada en su estuche. En cuanto a Estéfano y a Pablo, son, en Augier y Dumas, hijos de juventud incubados bajo un faldón del frac del viejo Dumas y del viejo Hugo.

Y ved el bonito papel que se les da: de Nanjac es un chico colérico y voluntarioso, que alborota, grita, llora, quiere a todo trance cortarles el cuello a las gentes y lanzarse a un matrimonio averiado; si se le salva, no es suya la culpa. Estéfano es puesto de patitas en la calle por la mujer, como inferior, comprobación hecha, al marido, un abogado que gasta bromas y saca las cuentas del presupuesto doméstico. Pablo es muerto por el marido, con aprobación general de los espectadores. De Montègre, un inocente que acepta el amor puro, tiene la bondad de servir de bobalicón y restituir la mujer a su propietario.

Engañado, muerto, despedido, salvado: he ahí las cuatro salidas para el amante entusiasta. Que se marche a las bibliotecas y se vaya a dormir cerca de Hernani, de Otelo y otros. Hoy está pasado de moda, a igual título que un turbante o una gorguera; un hombre así es un petardo; sacadle fuera pronto, al fresco, en la bodega. Entre nuestros miriñaques, nuestros pufs rosa, nuestras comidas finas, nuestras conversaciones burlonas, sus explosiones son tan incómodas como ridículas, y sólo se está tranquilo cuando no está él.

Lleguemos a los personajes verdaderamente contemporáneos.

Sentada sobre su dote como sobre un trono la joven emancipada, escéptica y recelosa, tratan de llegar hasta ella; grande embarazo para el enamorado pobre. La manera de ser amable con una mujer que al escucharos se va haciendo por lo bajo las pequeñas reflexiones siguientes: «Estamos aquí un lindo clan de muchachas ricas que sabemos muy bien no se nos busca sino por nuestro dinero, y no nos sentimos por ello nada indignadas. ¿De quién es la culpa, nuestra o de esos señores? No desearíamos mas que ser burladas, si se tomasen siquiera la molestia de engañarnos. Los mejores aun son los que se informan solamente de nuestra dote... Hay uno que ha preguntado la edad de mi madre».

Por su parte, para no ser vil, el enamorado replica: «Las muchachas ricas..., ¡horror! El roce de su traje se parece a un frote de billetes de Banco, y no leo mas que una cosa en sus bellos ojos: la ley castiga al falsificador».

Esto cambia la manera de hacer la corte. Están en guerra. Ella le insulta, él la maltrata. Ella le manda a paseo, y él se va. Hela obligada a correr tras él: le pide perdón, cae de rodillas o bien le abraza en público, pero sólo hasta el quinto acto. Explicaciones generales, enternecimientos, boda. Pero confesaréis que es un singular empleo para un galán joven pasarse el tiempo, salvo los últimos diez minutos, en recibir y devolver bofetones.

Este bello estado de hostilidad abierta o encubierta está ahora de moda entre los dos sexos. He notado veinte veces en los salones que se les dicen a las mujeres durezas o indelicadezas riendo. Como han tomado maneras y audacias de hombre, se las trata cual hombre, es decir, como adversario o como camarada. Se espadachinea con ellas, y a fe, como manejan muy bien su arma, no ocasiona remordimiento en demasía cuando con la punta de la hoja se las araña un poco. Cuestión de costumbre; no hay otra actitud posible con las bribonas; del mundo malo ésta ha pasado al bueno. Contemos esos tipos militantes.

Hay primero el simple imbécil, monsieur de Naton o monsieur de Troenes (mi sobrino, monsieur Anatolio Durand o d'Urand es de esta especie), joven vividor zopenco, que bosteza al lado de las mujeres y dice con su gruesa voz arrastrada: «Con eso, ¡qué bribonas son las mujeres de mundo!» Cuando las ha saludado y notado en alta voz que el tiempo está malo, ha acabado los recursos; bien quisiera marcharse; busca un tabaco, en su bolsillo; piensa en el gabinete de Titina, donde se fuma, con los pies a la altura de los ojos; en las cenas de Lulú, que canta tan bien la canción del Pequeño ebanista.

Hay en seguida el hombre experto y guasón, Federico Bordognon, «hijo segundo de un tendero de aceite, calle de la Verrerie, con la muestra de las Tres Aceitunas, que ha maltratado a mujeres cuyos lacayos no habrían saludado a su padre». Con sus cuarenta mil libras de renta se ha puesto el frac de gentleman, pero conservado el espíritu calculador del negociante. «Voy a darle la despedida a la propietaria de mi corazón; quiere aumentarme y anulo el contrato.» Su experiencia es completa; la alusión a las cifras reaparece en todas sus bromas, como una nota metálica en un aire picaresco. Mientras la lionne pobre es honrada, el marido paga a diez céntimos los panecillos de cinco; el día que ya no lo es, paga a cinco céntimos los panecillos de diez. Ha empezado por robar a la comunidad y acaba enriqueciéndola. Habiendo ganado diez mil francos al juego, los lleva con su primera declaración a una mujer bonita. Lo demás de su conducta y de su conversación es parecido. Un epicúreo positivista. Las mujeres no tienen mas que ponerse en guardia contra tales garras.

Paso por alto a otros, entre los mejores. ¿Queréis un carácter más agradable, un verdadero francés, lindo, ligero y alegre, como los del siglo pasado (el XVIII), siempre de buen humor, divertido, acomodaticio, hasta galante, y que, sobre todo, no está exento de probidad y aun de delicadeza?. Él también lleva la marca de su siglo, y sus galanterías sólo son a flor de labio. Es brillantemente aturdido y placenteramente hablador, lo que no le impide ser avisado, astuto, despabilado en defensa y en guardia contra la mujer adorada que

quiere soplarle los escudos. En efecto; sabe el precio del dinero, el valor de las cosas y de las gentes, el suyo, el de su espíritu y sus sentimientos. No hay nada que no ridiculice y pese. «¡Bravo coronel! ¡La rectitud y la lealtad en persona! No le recibiré en mi casa... ¡Me sonrío esa idea de hacer sentar a mi hogar una dulce niña que sería el ángel guardián de mi caja!»

Su espíritu es el agradable y chispeante espíritu francés, pero descompuesto por la experiencia como un vino delicado por un sol demasiado vivo; en la superficie, una ebullición espumosa de bufonadas; en el fondo, un agrio filete de ironía; en medio, una provisión de buen sentido comercial y liso. Ninguno de esos tres licores embriaga, y cuando la haga la corte a madame Lecoutellier, estoy bien seguro de que será con el Código en la mano.

Quedaba por hacer salir del segundo plano al taimado calculador y darle el primer papel, un papel simpático. Hacer simpático a un hombre que maltrata o combate a las mujeres, ¡qué dificultad! Se ha conseguido, y monsieur de Jalin y monsieur de Ryons son dos de los personajes mejor acabados y más instructivos del teatro moderno; Para hacerlos soportables, el autor ha puesto al primero en el demi-monde, entre mujeres tachadas, lo cual le da derecho a enviarlas a su perrera, y al segundo en el mundo, entre virtudes dudosas o inocencias agresivas, lo cual excusa sus impertinencias; un día, por otra parte, encontrando una virgen en una mujer, es presa de golpe de un acceso de caballería andante, lo cual le eleva a la categoría de los salvadores. Pero ¡cuán fría y sabiamente manejan ambos la mecánica femenina! ¡Cómo la ponen en experiencia para su gusto o para instrucción de otro! ¡Qué manera de tocar justo, con previsiones seguras, el resorte que hará salir de improviso de la niña la loreta precoz y de la joven la loreta experta! «¿Mi declaración de ha poco? Era una cortesía; hay mujeres que quieren eso en la conversación.» «¿Y os ha salido bien alguna vez este procedimiento?» «Con más frecuencia de lo que hubiese querido.»

Son fisiólogos y cirujanos; dan consultas gratuitas y practican operaciones a domicilio, generalmente por amor al arte, y a veces por un sentimiento de humanidad. «Vuestra casa es original, y me pesa no haber venido más pronto. Hay mucho que hacer aquí para un coleccionista como yo, y hete aquí, creo, un sujeto que no he catalogado aún.» En espera, tienen en sus manos la teoría completa, y se les puede decir con verdad que no respetan a nadie: «No concedéis gracia a los niños.» «Las mujeres no son niñas nunca.» «Los hijos consuelan de todo.» «Excepto de tenerlos.» «¡Callaos, desgraciado! La mujer es la que inspira todas las grandes cosas.» «Y la que impide realizarlas... Me he prometido no darles jamás ni mi corazón, ni mi honor, ni mi vida para que los devoren a esos encantadores y terribles seres por los cuales el hombre se arruina, se deshonorra o se mata, y cuya única preocupación en medio de esta matanza universal es vestirse, ora como paraguas, ora como campanillas.»

Notad que ese teórico no es un carnero desinteresado, sino un morueco que continúa paciando en el prado comunal; si su corazón tiene sesenta años, sus sentidos tienen treinta. Notad que ese epicúreo no es un Lovelace dominador y brutal que se cree en regla «cuando ha llevado ocho días de luto por las caras criaturas muertas de sobreparto por obra suya»; es más bien benévolo, y de buena gana presta favores a las mujeres. Todo eso forma su carácter completo, perfectamente moderno, nada aborrecible y aun agradable y superior.

Dada la mujer, es decir, un ser «ilógico, subalterno, maléfico», pero encantador, como un perfume delicioso y pernicioso en un vaso de cristal frágil, se trata de respirarla prudente, delicadamente, algunas veces no en su casa, sino en casa ajena, y sobre todo de no romper el cristal; y en cuanto se pueda, detener las manos groseras o torpes que están prontas a romper el vaso. De Antony al amante de La dama de las camelias, al pintor Paúl, a Olivier de Jalin, a monsieur de Ryons, la transformación es visible. Entre el entusiasmo de 1820 y el positivismo de 1860, la experiencia interpuesta ha hecho que el hombre entrara en desconfianza y se pusiera en defensa; de amante ha pasado a ser a veces enemigo, a menudo adversario, más a menudo espectador, y todo lo más, amigo.

Amigo después de escaramuzar y con todas reservas. A causa de eso, prefiero mi papel, y me sirve para ello la educación. Mi pobre sobrino Anatolio Durand o d'Urand me da lástima a veces; se encuentra embarazado allí donde me hallo a mis anchas; es que ya no tengo pretensiones, y él las tiene. A los cincuenta y cinco años, cuando se han perdido los cabellos y se vuelve de América, ya no se es peligroso; se tiene derecho a ser cortés y algo más. Es un derecho de antaño, y lo resucito en mi provecho. La conversación cesa entonces de ser un duelo, y ¡vaya qué oficio un duelo continuo, sobre todo con una mujer! ¡Es tan ingrato decirlas cosas duras y aun cosas frías! ¡Es tan agradable agradecerlas!

No se está obligado para ello a buscar en la memoria las soserías del pasado siglo XVIII; desde la primera mirada, sin que se haya dicho palabra, saben si gustan; en qué grado, con qué matiz; si es el corazón, la cabeza o los sentidos lo que han tocado; si es por su traje, su talento o su gracia. No hay necesidad de fingir; no hay mas que sentir y dejarse llevar. Al cabo de un cuarto de hora se distienden; no temiendo ya la zumba, están delante de vuestro espíritu como ante su espejo; se miran en él, y encontrándose amables, continúan mirándose, complacientemente, sin coacción, cambiando de actitud y de sonrisa.

Decidme si podéis encontrar más agradable papel que el de espejo; en cuanto a mí, a ello me atengo. Al fin y a la postre, al cabo de seis meses, la ópera es ensordecidora; con su mala atmósfera y su elegancia de pacotilla, el teatro descorazona, y ¿qué es una gran loreta sino una comedianta de andar por casa? De todos los espectáculos de París, el más encantador es una verdadera mujer de mundo; es un espectáculo en un sillón; desde sus encajes hasta su ingenio no hay nada en ella que no sea una obra maestra de la cultura moderna; para hacerla tal como es han sido necesarias cuatro o cinco generaciones de fortunas asentadas, de costumbres elegantes y de educaciones refinadas; todo cuanto de delicado ha inventado el gusto se ha juntado en su vestir y en su persona.

Hela ahí ante vosotros en su sillón de seda pálida, semiinclinada, con menudos movimientos de pájaro, negligente y risueña; las centellas de su collar flechan rayos como ojos vivientes por encima de las curvaduras de sus hombros satinados; su peineta de oro se hunde entre racimos de flores por encima de las ondas de su cabellera; su traje dilatado desarrolla por debajo del fino talle la frescura de sus pliegues lustrosos. Habla, está contenta, hace los honores de sí misma, y se encuentra pagada sin sentir placer.

Palabra de honor, acabaré creyendo que los cuadros, los libros, la música han sido inventados para desgraciados, para enfermos, y que todas aquellas gentes, espectadores y

autores, tenían tapados los ojos ante la naturaleza. En punto a obras de arte, hay las muertas que se meten en las bibliotecas o se cuelgan en las galerías; yo estoy por las que no están encuadradas en becerro o pegadas sobre lienzo.

Capítulo XIX Los artistas

- I -

14 septiembre.

He pasado un mes este otoño en Fontainebleau y en las aldeas vecinas. Allí es donde se les ve al natural. Pero al principio no he pensado mucho en mirarlas.

¿Es posible que haya cerca de París un bosque semejante? Todos mis recuerdos de América se han despertado. Hace nueve años, según mis cuentas, a las cuatro vagaba a caballo entre bosques bravos semejantes; las ideas de comercio y de dinero caían como un vestido sucio; encontraba de nuevo las generosidades de la juventud; me parecía que volvía a ser hombre. Ciertamente, lo que más amo yo en el mundo son los árboles.

¿He vivido en este París que tanto he deseado? Aquí me parece que no. Mi salón, mi coche, todo mi aparato es un traje de sirée molesto. He ocupado mis ojos, he visto un corral curioso. ¿He gozado verdaderamente? Esos nueve años, vistos a distancia, se me aparecen como una acera ruidosa y monótona; la acera de alguna inmensa calle de Rívoli, oliente a gas y a asfalto. Lo que encuentro mejor en ellos son ocho días de ausencia, una larga partida de caza en los Vosgos. Teníamos un mulo, un campesino, una tienda; vivíamos de nuestra caza y vivaqueábamos en pleno bosque; llegada la noche, el hombre limpiaba las piezas; yo asaba la carne sobre troncos ardiendo con un asador puesto entre dos pértigas; las ramas se retorcían en la brasa; las ráfagas de viento lanzaban hacia un lado chorros de llama; las chispas crepitaban locamente; el humo azul subía entre los troncos; nos dormíamos en nuestras capas, con los pies al fuego, y por la, mañana, al partir, nos sentíamos en nuestra frente las gotas de rocío de los grandes robles.

Este bosque es menos natural, pero ¡qué hermoso aún! En el borde del camino, las hayas redondeadas, doradas, gloriosamente desplegadas, se dejan ver extendiendo su follaje de encajes. Se prolongan en fila, hasta perderse de vista, gozando del aire libre. La luz se derrama a oleadas sobre sus cúpulas; rebota sobre las hojas, chorrea en cascadas, de tramo en tramo, hasta el césped. Un vapor dorado, una polvareda de centelleos y espejeos flota a su alrededor como una gasa. Sus troncos blancos tienen una corteza siempre lisa y joven. La profunda tierra que les nutre les conserva hasta la virilidad su aire de la adolescencia, y el cielo tiende por encima de ellos su larga arcada de un azul tierno.

Ningún transeúnte en este camino; apunta en el horizonte la cruz del Grand Veneur. El palacio de la Bella del Bosque Dormido no debía ser más apacible. ¿Es que verdaderamente ha pasado nadie por aquí desde hace un siglo?

El otro lado, una arboleda enorme, yace en la sombra. Los troncos monstruosos, negruzcos, se sumergen de un salto en el suelo, y su cabeza se pierde entre otras cabezas. Algunos se inclinan como boas que fuesen a engancharse. De trecho en trecho, por unos claros, traspasa el cielo. Pero el verdor llena todo el horizonte, ora sombrío, ora resplandeciente. La claridad que se echa desde arriba pone aquí y allá rastros de esmeraldas móviles. Los follajes tiemblan y relucen. Un susurro infinito, un cuchicheo de cien mil voces, un zumbido que se hiende o se baja, corre a través de las profundidades, y en un escarpe arenoso, una tropa de pinos, con su vestido de verdor azulado, cantan, en voz más alta, como una colonia melodiosa y extraña.

A veces grazna un cuervo; los pitirrojitos lanzan su nota clara. En el silencio se oyen chirriar las cigarras, y las columnas de insectos se atorbellinan en el aire espeso cargado de olores. Cae una bellota sobre las hojas secas; un escarabajo frota una brizna de madera con sus patas. Descienden de las alturas vocecitas alegres, finos arrullos de pájaros. Bajo esas bóvedas y en esos musgos vive todo un pueblo, un pueblo infantil que se agita, y su balbuceo llega a los oídos, semicubierto por la respiración profunda de la gran madre dormida.

* * *

Ayer, a las once de la noche, en las alturas de Franchart, la luna, en su lleno, parecía un trozo de plata bruñida que saliese de la fragua. Ligeras nubes aéreas, semejantes a plumas blancas, flotaban en rastras a ambos lados del cielo. En medio, el azul parecía negro, tan viva era la claridad. Por debajo, el circo de los médanos y de las profundidades aparecía vagamente todo negro en la sombra. Relucían las arenas blancas. Un abedul delgado levantaba delante de sí su cabeza descabellada y encantadora; sus hojas no se movían, tan tranquilo estaba el aire. Se presta oído para descubrir un rumor, y en un murmullo imperceptible, a una legua más allá, se adivina un ciervo que brama.

* * *

15 septiembre.

Los cuartos y el régimen son primitivos aquí, bastante semejantes a los de un log-house en el Arkansas o el Illinois. Una cama, dos sillas cojas, a veces un sillón que semeja a un

inválido del Imperio; las paredes están encaladas y embadurnadas de esbozos, muy lindos a fe, y mejores a mi entender que sus cuadros de exposición; tan naturales son, llenos de alegría, de invención, de descuido, lanzados de improviso y a la desbandada como la conversación de un hombre de chispa: he ahí las imágenes interiores, no elaboradas ni atormentadas, sino fáciles, brillantes, exageradas o burlescas, tales como han atravesado su mollera; dos cazadores apuestos, con traje rojo, en medio de los tallares verdes; perros manchados y llenos de salud, que ladran con todo su gáznate; un torso desnudo de muchacha, que se enarca y ríe; monsieur Prudhomme saliendo de una huevera; tres caricaturas; un pino parasol a la orilla del mar, en una playa de arena.

A todo esto la escalera retiembla bajo los gruesos zapatos que bajan; se arma un barullo en la cocina; se ajustan los sacos y polainas. Cada uno come a la ventura, en la actitud que le ha placido, sentado, de pie en la escalera, en el aparador, en la mesa. Las damiselas bajan en enaguas, los ojos semicerrados o bostezando aún; se las acoge con gestos que soportan sin pestañear. Algunos mocetones bien plantados juegan a la barra en el camino; otros, más pacíficos, miran el estiércol y las gallinas que picotean. Se acaricia al gato; se atormenta al perro. El huésped, un borracho se zampa la quinta copa; se da prisa a beber y se embriaga. Un día le encontré a cuatro patas, incapaz de levantarse; así andaba, y, sin embargo, comprendía aún.

La criadita, en cuclillas sobre sus talones, sopla el fuego, pensando en las faldas bordadas del primer piso; por salvaguardia moral tiene los bofetones de su patrona y un librito de devoción mística. Todo el peso del trabajo cae sobre la gorda huésped, que de la mañana a la noche, sin cansarse ni apresurarse, guisa, limpia, barre, paga, recibe, responde, sirve al público. Los lugareños que llegan aquí comprenden bien lo que pasa; no se escandalizan por ello, antes bien se ríen maliciosamente, con aire de codicia; son siempre los aldeanos de los cuentos de La Fontaine.

Cada cual se va por su lado, y una vez en el bosque, trabaja o duerme; estoy dispuesto a creer que la segunda ocupación es la principal. Al caer de la tarde se les ve volver, uno a uno, llevando a las espaldas su quitasol, su barra, sus telas, sus cajas de pinturas; se sientan a la entrada del mesón, sobre un banco de piedra, y departen, mirando las carretas que pasan y las comadres que charlotean, estirando los brazos, alargando las piernas; callejean, tranquila la conciencia; sobre esta materia, los aldeanos saben tanto como ellos; todo se hace lentamente en el campo; una lugareña se está muy bien una hora de pie cerca de un carro de leche, cambiando cada cinco minutos una palabra con el conductor.

Llegada la noche se cena sobre una mesa sin mantel, entre cuatro candiles; por asientos, bancos de madera; a veces, a manera de suplemento, dos o tres sillas. La luz amarillenta vacila en las vigas ahumadas del techo, en las paredes cargadas de grotos; por fin llega el café y dan la vuelta las copitas de ron. Entonces es cuando se ven desencadenarse las discusiones literarias y se oye roncar la batahola de la filosofía del arte. Los grandes hombres son aporreados o puestos en las nubes; todos se desgañitan.

A todo esto las mujeres, que no entienden nada en la cosa, bostezan hasta descoyuntarse las quijadas; una de ellas se ha dormido tumbada a lo largo sobre el viejo piano cuadrado; otra, echada, lía cigarrillos. Cuando los combatientes han enronquecido van a mirar el

bosque al claro de luna. Uno de ellos se ha llevado su cuerno; otro imita la voz del ciervo que brama; trotan las historias pantagruélicas, y los oyentes escuchan echados sobre la arena, fumando su duodécima o decimoquinta pipa. Ha acabado la jornada, y es hora de acostarse.

* * *

El oficio es duro. Hombres de cincuenta años que tienen un nombre célebre no ganan diez mil francos.

Hacia los treinta años, después de diez años de estudios, se empieza a producir; en este momento, hay que vender, y para vender es preciso que bajo el artista se encuentre un comerciante. Muchos ayunan, pescan una lección de tres francos, y aun ésa es una suerte. Algunos pintan fondos para los fotógrafos o grandes muestras. A los cuarenta años, si se tiene un verdadero talento y se cuenta con amigos en los periódicos, se puede abrir paso a fuerza de exposiciones y reclamos. A los cincuenta años se gana algún dinero y se tiene reumatismo.

Cada año el número de verdaderos aficionados disminuye. El gusto baja desde que la división de las herencias desmigaja las fortunas y las grandes ganancias de la Bolsa ensucian la sociedad con ricachos mal educados. Los aficionados piensan en subastar sus galerías, se dirigen a un negociante en cuadros, hacen negocios.

Para obtener éxito se necesitan tres buenas suertes: lo primero es que en la Exposición cualquier rico burgués diga: «He ahí un regreso de caza que es alegre, y estaría bien en el plafón izquierdo de mi comedor.» La segunda suerte es que sea amigo de gastar, que crea en su gusto, que su mujer no diga que no; en una palabra, que lo compre. La tercera es que sus amigos, habiendo almorzado ante el cuadro, encarguen otros semejantes.

Pero los cinco mil cuadros de la Exposición abruma la atención, borran toda belleza. Una mujer es linda sola en su hogar, en su confidente, junto al fuego; ponedla entre ochenta trajes en el baile, y ya no se la verá. ¿Cómo se venden los diez o doce kilómetros de pintura que se confeccionan en París cada año? Imposible sería responder. El hacinamiento es mayor aún aquí que en las otras partes. Desde hace treinta años las novelas que antaño tornaban por héroe al joven gentilhomme escogen por galán joven al artista, sobre todo al pintor. Con eso se han caldeado las imaginaciones; muchos jóvenes que hubieran sido excelentes dependientes de comercio se han comprado polainas y dejado crecer la barba. ¿Cómo se arreglarán para comer?

Muchos están gastados. Tal hay que emplea el verano entero en acabar un estudio; raspa, vuelve a pintar, vuelve a raspar; acaba por perder la sensación verdadera; se vuelve tenso, irritable; habla febrilmente, a sacudidas, como un hombre que sale de un ataque de nervios.

Muchos han contrariado su naturaleza y al cabo de quince años de esfuerzos se encuentran impotentes. En lugar de tener la imaginación superabundante y la necesidad de descargar sobre la tela el exceso de plenitud de sus sesos, son como una fuente agotada que de vez en cuando deja rezumar una pobre gota de agua. Si llega un amigo, le detienen en medio de un gesto: «Estáte así, alargá el brazo, tal vez he encontrado mi pose.» Por fin, a la ventura, al cabo de cien tanteos, cuelgan algo, y la criatura así arrancada por milagro es un aborto presuntuoso.

Algunos se resignan a hacer comercio; embadurnan cuadros a cuarenta francos. Al cabo de un tiempo el fino resorte artístico se ha gastado y se quedan peones por toda la vida. Otros se vuelven a su provincia, hacen moverse a sus padres, obtienen retratos. A veces el Consejo departamental, que quiere tener la gloria de proteger las artes, otorga una pensión de seiscientos francos. Las ciudades pequeñas empiezan a celebrar exposiciones, y así se forman famas municipales.

Dos o tres, los hábiles, dejan sus gruesos zapatos en cuanto se abren los salones, vuelven a París, frecuentan el mundo y hacen gran consumo de guantes nuevos. Conocen a los críticos, huelen la moda, se arreglan un taller. Cuando los aficionados han encontrado al pintor en cierto mundo y su traje tiene un corte conveniente no pueden ya ofrecerle menos de quinientos francos por un cuadro.

La mayor parte son nerviosos respecto a su talento, como una mujer en punto a su belleza. He visto a uno, que figura entre los tres o cuatro más ilustres de este tiempo, dejar caer los brazos, llorar casi, al leer la crítica de un hombre que jamás ha tocado un pincel: «¡Soy, pues, un cretino! ¡No tengo mas que tirar mis cuadros por la ventana!» Otro, a quien reprochábamos se inquietara en demasía de los críticos: «¡Es menester ruido, gloria; sólo con eso puedo probarme que no estoy loco. Los señores N. y N., que son unos asnos, tienen de sus cuadros la misma opinión que yo de los míos.»

Hay que añadir a eso muchas miserias, sobre todo las que proceden de las mujeres; es su llaga. Casados o no, viven con antiguas actrices, con modelos, grisetas que han levantado la pierna en los bailes públicos. Conservan el tono de su primer oficio. Decía Alfonso Karr que de una muchacha podía hacerse una duquesa pasadera, y no hay nada más falso. El aire de mujer de mundo, y sobre todo de mujer honrada, es el que menos puede atraparse. Estas tienen siempre el aire de querer pescar a un hombre o de enfadarse ante una broma dura. Nada más natural; nunca han hecho otra cosa.

Acabo de ver una muy guapa, bien vestida y que no carece de dinero. Se recoge la falda a pleno puño cuando va a sentarse a la mesa; para pasar por una alameda mojada se levanta todo lo que lleva encima y hace abombar su peinador blanco. Se alza las mangas, toma posiciones inclinadas, hace la voz arrulladora; es una actriz en escena.

Cuenta sus asuntos, dice que ama la pintura, hace confidencias a tuertas y a derechas. Costumbre de escenario. Por otra parte, el gordo señor necesita ese charloteo que ocupa las horas vacías.

Ha montado a caballo el día antes y dice que tiene en las piernas dos manchas negras del tamaño de la mano. Uno de los presentes quiere hacer precisar el sitio, y como tiene chispa, envuelve su insinuación en una cortesía. Ella quiere enfadarse, pero ríe. Se excusa de la risa diciendo que es nervioso, pero que en el fondo se siente muy ofendida. Le llama tonto. Estalla una tempestad, risas enormes, canciones mezcladas con gañidos, choques de vasos, gritos de «¡Señora! ¡Señora!», proferidos con la voz más retumbante. Ella le ofrece un luis si quiere estarse tranquilo, y abre la bolsa para demostrar la existencia del luis. Aplausos y murmullos. Se tapa los oídos y no se ríe menos; quiere defenderse; se comprende que no está acostumbrada. Al día siguiente, por su puerta entreabierta, le recibe con los pies desnudos en sus pantuflas. Son maneras de cabaret; falta la finura.

Algunas se «cuelgan del perchero» y permanecen aquí en invierno; esto forma familias. Una gran rubia desabrida labra la felicidad de un pintor de animales, pequeño, negro, con una voz de bajo profundo; los contrastes se buscan y no se ponen acordes. Hay gallinas, conejos, palomos, un estiércol en su patio, tres carneros en un cercado, y acaba de comprar una vaquilla; todo eso bala, berrea y pía bajo las ventanas, en los corredores, hasta en la escalera, que no está limpia.

Ella, por encima de este corral, lánguidamente tendida sobre un diván sucio, se enfada y fuma cigarrillos; la he hecho hablar, creyéndola de humor dulce; pero nada de eso, y a grito herido exhala sus dolores: «Los ocho primeros días es encantador; el primer mes aun puede pasar; al cabo de un año es un aburrimiento mortal; al cabo de dos años, se vuelve una rabiosa; imposible ponerse unas enaguas.»

El hombre tiene aquí su estado, el bello bosque, que comprende, la camaradería, las discusiones de estética. La mujer no tiene mas que su menaje y sus estercoleros. No puede ser mujer; quiero decir, elegante y coqueta; lo sería menester la abnegación verdadera de una alemana, el valor de ir todos los días a plantar el piquete, pillar un dolor de costado al lado del hombre.

Estas se desquitan con los chismorreos, voltean y se atrafagan como ardillas en jaula. «En casa de un artista me decía el más espiritual de ellos no debe haber mujer; si hay una, que sea cocinera.»

Al verlas sacadas de tan bajo se las creería agradecidas y sumisas: pero ocurre todo lo contrario. La francesa lleva en la sangre una necesidad de igualdad y de excitación; al punto que lleva un traje suficientemente ancho y nuevo, se cree al nivel de la más grande dama; su espíritu es demasiado seco, su ambición demasiado pronta para que pueda sentir o reconocer una superioridad; por naturaleza se hace centro y manda; invariablemente conduce al hombre, sea quien fuere, amante o marido, espíritu superior o simple imbécil, el artista más que otro cualquiera. Éste, absorto en el arte, consume en él toda su fuerza; por la noche vuelve cansado, afanoso de paz; ella, descansada por la jornada vacía, llega con su fuerza entera, y el combate no es igual.

Veía yo estos últimos días en París a un hombre cuya energía y altivez son conocidos, honrado por todos, célebre, a quien no hablan los extraños sino con una especie de deferencia, ante el cual uno desconfía de sí mismo; su querida, una griseta de treinta años,

ya ajada, menos que ordinaria, razonaba delante de él con una seguridad de alma admirable, contradiciendo, opinando sobre cuestiones de literatura y de moral. Nos regentaba.

* * *

En cambio tienen el don de forjarse ilusiones. El pintor de animales ha colgado en su taller el retrato de su rubia desmadejada; ha hecho de ella una Ofelia. Otro ha sacado de una especie de fregona una gitana inspirada y poética. Ha llegado la madre de la Ofelia; es un horrible tonel lugareño con gorro blanco, de hocico puntiagudo. El desgraciado propietario de la Ofelia está en vías de sacar de ella una matrona holandesa, honrada e ingenua.

En suma, no los encuentro muy de compadecer. Pueden distraerse; piensan en el hermoso sol poniente que acaban de ver; por la noche ven flotar sobre los morillos de la chimenea las lindas citas de caza que pintaran, las amazonas de largas faldas, de plumas rojas, los lebreles que husmean el aire, los cuernos de caza colgados del cuello de los ojeadores. Dícese que esta vez el cuadro será encantador; que tendrán genio. En espera, disertan sobre el arte y hacen crítica. Cinco o seis horas por día dejan de pensar en la vida real.

Por fin gozan de ocios; no están amarrados; tienen alegrías y pasatiempos de niños. Todas las noches hay dos que se van al lindero del bosque a tocar el cuerno, para tener el placer de oírse, de meter ruido, de hinchar vigorosamente los músculos del pecho.

Uno de éstos tiene siete perros; se les habla, se les zurriaga, se les acaricia. De vez en cuando organizan jiras y tienen el talento de dejar las mujeres en casa. Hemos ido a Moret, una linda villa de talante gótico. Éramos seis, entre ellos un caballo, que se montaba por turno. Se come en el mesón, en una terraza, a la vera de un agua corriente; a los postres la expansión llega a su más alto punto. Todas las cortesías, todo el aparato complicado de las maneras mundanas ha desaparecido; se vuelve a la vida natural, exenta de precauciones, de afectaciones, de cálculo, y como aquí la mayor parte de las naturalezas son finas, este esparcimiento no tiene nada de brutal; el gusto de lo bello sobrenada; se ve que es sincero, que forma el fondo y la substancia del hombre.

Otra noche hemos ido con antorchas al bosque hasta una gruta; los rastros de luz ondeante se perdían magníficamente en la gran sombra; las cabelleras de llamas chorreaban entre las rocas, y las arenas repentinamente iluminadas desarrollaban sus blancuras sinuosas. Casi todas las noches van unos a casa de otros, toman una copa de ron; alguno se pone al piano y los otros cantan con voces tales cuales no para cantar y brillar; ríen de sus notas falsas; pero a través de su música adivinan el pensamiento del maestro y lo sienten, cosa imposible en los conciertos de sociedad.

Desde muchos puntos de vista son superiores a las ambiciones ordinarias, y ciertamente son más felices. Viven en ideas más elevadas; son medio gentileshombres, no tienen el

espíritu tendido hacia el ahorro o la ganancia, hacia las tacañerías bajas del comercio, hacia los violentos y dolorosos cuidados de la grande ambición y de los negocios. Los menos distinguidos saben aún adornar lindamente un taller, disponer yesos, flores, hacer de nada alguna cosa. Hay aquí veinte cabañas arregladas como casas que son encantadoras. Sus interiores son inventados, no son la obra banal del tapicero.

Uno de ellos habita en una granja que se ha quedado granja por fuera; pero el interior, pintado de gris verde, es el más curioso revoltijo de bocetos, pipas, armas, bustos, cuernos de caza, espuelas, botas, con dos o tres muebles antiguos, poltronas del siglo XVIII y un columpio gimnástico. Al lado está el caballo, separado por un tabique; los perros duermen en la puerta; el dueño es cazador tanto como pintor; por doquier se ve que en ellos el cuerpo vive tanto como el espíritu.

Otro tiene cerámica. Un tercero ha coleccionado durante diez años las bellas cosas del Renacimiento: muebles de roble pardusco de pies retorcidos; viejos libros encuadernados en piel de marrana con relieves de figurinas; platos de bronce esculpidos; estampas selectas; la gran crucifixión de Amberes ostenta, frente a la chimenea, sus grupos atléticos, sus opulentas carnes desnudas, sus montones de florecientes mujeres arrodilladas, en sus trajes de seda, bajo sus trenzas de cabellos pálidos. La mayor parte de los talleres están rodeados de verdor; en lugar de frutales se ven en el jardín abedules delicados, un valiente roble joven, cepas silvestres, glicinias que retuercen sus sarmientos a lo largo de las paredes; las vidrieras del taller tienen lontananzas en la ancha llanura, y al cabo del horizonte se ve alargarse la línea inmóvil del bosque.

Muy pocos son groseros o insociables; aun entre aquellos cuyo exterior es rudo y la cultura nula se encuentra una finura nativa, una aptitud para comprender la originalidad, la gracia y lo cómico; la sensibilidad de sus órganos está intacta, cogen la idea y la belleza al vuelo; el talento imitativo, el espíritu de caricatura son innatos en ellos.

Dicen perfectamente una escena marsellesa, una canción picarda, una anécdota parisiense; todo lo poseen: el acento, el gesto y lo demás; con su garganta, su nariz y su lengua, sus manos, imitan las formas y los sonidos: el rechinar de una puerta, el hipo de un ciervo que brama; son mimos, y eso naturalmente. «El ciervo resollaba, grun, hétele que se cuele, llega, nos ve. Patatrá, patatrá, sobre el suelo.»

Es el lenguaje primitivo, tal como lo sugieren las imágenes vivas; entre nosotros falta, porque estamos desecados. Siempre pienso, escuchándolas, en Mercurio y Benedicto; en ellos, como en los jóvenes de Shakespeare, las impresiones son nuevas, no aprendidas, y las expresiones siguen, descabelladas, resonantes. La bufonería irrumpe en medio de lo serio, y la chocarrería también; pero no delicada o ingeniosa a la manera del siglo XVIII, sino descarada, enorme, mezclada con poesía y locuras, como en Aristófanes, a veces sentimental; es una fuente ingurgitada que suelta de momento su agua y su fango.

Pero en nada sobresalen tanto como en sus bocetos. Un día de lluvia, dos pintores de paso han embadurnado cada uno un plafón del comedor. De cerca es un paquete de colores extendidos con una escoba; a diez pasos son dos escenas alegres, atrevidas, aportadas y vivificadas por una ráfaga de juventud. La primera es una fiesta de bebedores alemanes,

todos echados de espaldas, todos fumando, todos con grandes botas, todos con los pies alineados a la altura de los ojos y metódicamente sobre la mesa; esta colección de botas monumentales, que se muestran a la luz por encima de paternales semblantes, hace reír durante una hora; he ahí la verdadera actitud alemana, calculada para dar a la meditación toda su fuerza; así es como se filosofa sobre lo absoluto.

El otro ha pintado una banda de ninfas y de sátiros desnudos que bailan sobre la fina arena de la costa, en la semiobscuridad violeta, en las humaredas vagas del crepúsculo, bajo los arboles de un cielo meridional que se extingue.

Acabado el cuadro, se ha llevado aparte a un pintor holandés que se encontraba allí, joven decente y que se mostraba algo escandalizado por las costumbres del lugar. Se le ha dicho que Holanda se hallaba muy lejos de París, que ciertamente había debido quedarse muy atrasado y que haría bien en estudiar el francés y la moral en el diccionario de Napoleón el holandés, donde encontraría expuesto el gran descubrimiento moderno, un código de conducta aprobado por el Gobierno, donde queda decidido que todos los franceses están obligados a ser ateos, que el verdadero matrimonio es el adulterio, y el primer deber del hombre asesinar a su prójimo. ¿Lleváis pistolas? Yo no vengo jamás a Marlotte sin un cuchillo de monte, y por la noche le echo el cerrojo a la puerta.»

- III -

28 septiembre.

No hay nada en este bosque que no canse placer: una ancha llanura de enebros espinosos, achaparrados, replegados por el viento, echados sobre la alfombra roja de los brezos; en medio, una espesura de lindos abedules blancos, deshojados, que dejan percibir entre sus cabellos la nieve movediza de las nubes; a la derecha, una falange de pinos estrechan sus troncos y empujan adelante su batallón negro sobre la campiña luminosa; en el fondo, las grandes líneas quebradas de las colinas, salpicadas por la blancura unida de las arenas, donde relucen aristas de peña entre los penachos de las hayas. El viento de otoño silba y se hincha, ronca a través de las filas inmóviles de los pinos y chirría en los follajes de los abedules semidesnudos, pobres niños que tiritan. Las hojas doradas se echan a volar una a una, como las alas de una mariposa muerta, y andan rodando al caer en la luz.

Míranse esos amontonamientos de rocas grises echadas en desorden, que alimentan las alturas y abollan las pendientes, y se piensa en las furiosas corrientes que han abarrancado, descarnado, dislocado las crestas. Este país era el fondo de un mar y lo parece aún; arena por doquier, escollos devastados, acantilados corroídos, rocas zapadas por la base en las salidas desatracadas, rastras de bloques que marcan el cauce de las corrientes; retirada el agua, ha quedado un desierto blanco, árido. Por grados el sol ha tostado las rocas; han venido los musgos y se han incrustado en las paredes del asperón escabroso; cerca de ellos, los helechos, los tallos testarudos del enebro, después las colonias invadientes de los

árboles, y en los fondos húmedos los robles, que de siglo en siglo, aspirando el aire de las soledades, han hundido sus troncos y elevado sus cúpulas.

Los brezos y el musgo del otoño pegan al dorso de las colinas su pelaje leonado, y el sol los enluce. Pero por cien mil rozas, los huesos de la peña primitiva revientan esta piel vegetal. De trecho en trecho, en el circo de piedra que forma el horizonte, un delgado cinturón de pinos errantes serpentea entre los dentellones, y los abedules dispersos dejan colgar su cabellera pálida.

Quedaríase uno aquí toda una mañana sin pensar, contento con mirar. No se tiene ganas de nada; se es dichoso, como los antiguos dioses, los dioses de Homero.

Hay macizos de gramíneas, de cuatro pies de altura que suben en husadas verdeantes. Hay robles que tres hombres no conseguirían abrazar.

El azul del cielo es tan luminoso y tan intenso que los ojos se van a él incesantemente, por sí mismos. El aire poblado de rayos y reflejos está de fiesta, y las ramas negras, tortuosas, hacen saliente con una fuerza extraordinaria en la claridad desahogada o en el azul profundo.

Una vieja vereda desfondada da vueltas, hacinada de matorrales, y sus arenas, rayadas de tierra negra, salpicadas por miríadas de bellotas, desaparecen a medias bajo la vegetación repulante. Ninguna palabra da idea de esas altas hierbas cuyo nativo vigor no ha sido deformado por el cultivo. La savia las ha lanzado al aire de un salto, por familias; relucen gozosamente entre los brezos descoloridos, y a veces una soleada que las coge de través disemina en medio de la sombra una gavilla de esmeraldas.

Siempre el cielo en medio de los follajes dorados, el cielo bienhechor, pacífico, el más magnífico de los dioses, la más divina de las cosas.

¿Para qué sirven la pintura y la poesía? ¿Qué cuadro, qué libro valen semejante espectáculo? Son falsificaciones mezquinas; a lo más, consuelo para las gentes encerradas en casa.

Esos grandes árboles os hacen grande; son héroes, dichosos y tranquilos; se llega a serlo por contagio a su aspecto. Dan ganas de gritarles: «¡Eres un hermoso y potente roble; eres fuerte; gozas de tu fuerza y del lujo de tu follaje!»

Los abedules, los fresnos y otras criaturas delicadas parecen mujeres pensativas, cuyo pensamiento nadie ha oído, un pensamiento tímido y gracioso que llega medio borrado con el cuchicheo y la agitación de sus finas ramas. Hay dulzuras y coqueterías en los huecos umbrosos, en los lechos de los brezos rosa, en los senderos tortuosos que dejan ver un trozo de su cinta, al borde de una fuentecilla que el suelo ennegrece entre las piedras y de pronto descende con una lluvia de relámpagos; es una mirada súbita, un mohín y una zalamería de niño, de un dios infantil que ríe en libertad. Todas esas almas encantadoras se atreven a hablar en el silencio. Por arriba, ¡qué serenidad y qué irradiaciones en esta inextricable red

de claridades entrecruzadas que habitan en las cúpulas de los robles! Todo cuidado se va tras ellos; se hace como ellos; se deja que se viva.

Pasan los años; yo he cumplido el mes anterior cincuenta y cuatro, y ¿cuántos días por año hay en que, como ahora, me sienta joven?

Capítulo XX

La moral

- I -

20 diciembre.

Resulta a veces desagradable ser tío, no tan sólo porque todo sobrino querría tratar a su tío a un simple banquero, y ya he puesto orden en eso, sino porque hay que predicarle la moral. Esto da el aire pedante, que no dista mucho de dar el aire tonto. El sobrino se mira las puntas de las botas y da vueltas al sombrero entre sus manos, como hombre que deja que corra el agua. Toda la actitud es respetuosa; pero en el fondo del corazón se dice: «¿Acaso mi tío no ha hecho tanto como yo cuando era joven? Me regaña porque alquilé un cupé al mes, y tiene dos coches para él. He regalado una sortija de cien francos; ¿acaso no da él pendientes de cien lises? Encuentra que mi sastre es demasiado caro; pues id a decirle que se ponga un traje usado. Vamos, ya va a acabar la ducha y tendré tiempo de ir a ver a Georgina.»

En materia de moral las palabras no sirven de nada; en sí mismas no son mas que un sonido más o menos desagradable. Lo que las da una fuerza y un sentido es la educación anterior; si ha puesto en la joven cabeza dos o tres pedazos de ideas sanas, podéis hacerle entrar en razón; si no, lo mismo da golpear un leño para hacer saltar chispas. Hay que dirigirse a sentimientos ya nacidos, y no son frases las que las harán brotar en un cuarto de hora.

¿Qué hay, en esos sesos? He ahí lo que me pregunto cuando le veo en su sillón, rozagante y fresco, cogido el talle en una levita correcta, partidos los cabellos en medio de la frente por una raya y amoldados los dedos por sus guantes color de carne. Ha atravesado tres o cuatro educaciones y otras tantas morales. Si obtengo alguna cosa de él no será por la fuerza de mi elocuencia, sino por la virtud de esas educaciones y de esas morales. He aquí la lista y el balance:

Primeramente, la educación del catecismo; sólo hablo de ella para memoria. Iba de corto y recitaba definiciones teológicas; pero se le pasó en cuanto se puso botas. Ha hecho el hombre y no ha pensado más que en la gloria de enarcarse bien en su traje de colegial.

En segundo lugar, la educación de la familia. Ha aprendido a no meterse los dedos en las narices, precepto excelente que ha olvidado más adelante en el colegio. Se le ha enseñado también a no meter la mano en el plato, a no hacer demasiado ruido con las quijadas al comer, a no arrastrarse por el suelo de rodillas, a no tomar para él solo toda la conversación en la mesa. De todo eso ha conservado algo.

Tercero, la educación del colegio. Es la principal. Aquí hay que dividirla: la que ha recibido de sus maestros y la que debe a sus camaradas.

La primera es bastante flaca; en cuanto ha podido poner juntas dos ideas, se ha burlado de ellos; nuestros jóvenes franceses no son respetuosos; no es nunca la admiración lo que les ahoga. Ha notado que el uno se rascaba siempre la nariz, que el otro terminaba las frases con un ritornelo de clarinete; le han dicho que el otro era desgraciado en su casa; que un cuarto había escrito un indecente artículo para tener la cruz. En principio ha establecido en su cabeza que toda administración y todo gobierno se componen de galopines desagradables.

En las reparticiones de premios y cuando su padre iba con él a visitar al provisor ha oído amplificaciones convenientes sobre la educación, que es un sacerdocio. Ha bostezado y se ha dicho que aquellas gentes practicaban el reclamo como confiteros. Sin embargo, ha adquirido alguna idea de la justicia; en el colegio, cuando se es el primero, es que se tiene merecido. Además ha concebido alguna estimación hacia la literatura; todos los grandes hombres de quienes le han hablado eran letrados; está dispuesto a creer que es bueno conocer la ortografía, que no hay que tomar a Horacio y Virgilio por frailes de la Edad Media, y que, en suma, Voltaire ha gozado de cierta consideración en el mundo.

Todo eso no es gran cosa; sus camaradas le han servido mejor. Era monono, aseadito, delicadito; le han llamado niñita, le han dado bofetones y le han obligado a jugar, a correr; con este régimen se ha hecho algo más resistente y más hombre. Ha adquirido también entre ellos el sentimiento del honor. Los escolares admiten en principio que están naturalmente en liga contra el maestro, que en ningún caso hay que denunciar a un camarada; eso sería acollonarse; si el castigo recae sobre otro, el culpable debe denunciarse a sí mismo. Esto forma cierto número de pequeñas virtudes romanas y militares.

Otras adquisiciones no son tan buenas. Se ha creído obligado a ser libertino antes de la edad; ha hecho entender a sus camaradas, a fin de conservar su estimación, que el domingo, al volver, seguía a las mujeres; que tal semana había tomado ponche con una pespunteadora de botines; todo eso en términos medianamente decentes y con detalles; hay que tener el aire calavera. En suma, la vanidad ha hecho su oficio; se parece a esas soleadas que queman algo las frutas, pero las maduran.

Esa es nuestra cultura, y no podemos tener otra. El colegio es una especie de regimiento en el que el espíritu de mofa, el espíritu de imitación, la precocidad, la galantería, la

licencia, la bravura, todas las cualidades francesas se desarrollan de un tirón y como un solo haz; se ha hecho algo soldado y algo forajido.

Entonces es cuando ha comenzado a ver el mundo; su madre le cogía del brazo y le obligaba a hacer visitas; en el campo, en las vacaciones, encontraba señoras bien educadas, señoritas. Tenía diez y seis años y no era medianamente cómico. Las dos educaciones se contrariaban. Quería ser amable y conservar, sin embargo, el aire varonil. Daba vueltas alrededor de las muchachas y no encontraba nada que decir. Se probaba gran número de corbatas y se miraba al espejo para ver si sabía sonreír; pero a la más lejana aproximación de un camarada, fruncía el cejo y ponía cara fosca, para no adquirir en el colegio reputación de afeminado.

Entre hombres trataba de mantener su dignidad, de mostrar presencia de ánimo, y de pronto tenía vivacidades de perrito o prisas de perro de muestra. Bebía ron, que encontraba malo, y fumaba cigarros que le mareaban. No tenía nada que contar mas que anécdotas de colegio, y creía se burlaban de él cuando se le hablaba del colegio.

Por la noche, en el salón, con su chaleco blanco, extendía complacientemente su dorso y se sonrojaba en cuanto le miraban, temiendo haber cometido alguna falta en el vestir.

Estaba siempre inquieto y se sentaba sobre las conveniencias como sobre un sillón relleno de alfileres. Al mismo tiempo comenzaba a leer los periódicos y las novelas de Alejandro Dumas, con lo cual se armaba en su cabeza la más graciosa baraúnda. Quería ser heroico y positivo, o, mejor, no quería nada de nada; todo eran veleidades. Pensaba en los caballeros vestidos con un colete de ante que se llevan a las bellas damas a la grupa de su caballo, y también en las costureras de París que aceptan una copa de Málaga después de una contradanza. Pensaba en D'Artagnan, que daba tan magníficas estocadas, y en su primo Julio, que en los bailes de grisetitas levantaba tan gallardamente la pierna.

En torno suyo se predicaba el desinterés y se practicaba el egoísmo. Los periódicos exigían imperiosamente el amor a la patria, y todos los hombres graves cuando compraban alguna finca declaraban precios falsos a fin de defraudar al registro. Revoloteaban ante sus ojos gran número de máximas morales pescadas en los autores; pero para redondearse al fin de un período o engastarse en un verso latino, meros adornos de espíritu, muy bien colocados en el discurso o en el escrito, como jarrones sobre una chimenea o chucherías sobre una vitrina; cuando menos éste era el uso que se hacía de ellos a su alrededor.

En la práctica, los hombres y las mujeres pensaban en divertirse, no grande ni violentamente, sino cada uno con su pequeña manía y en su pequeño mundo, con la caza, la jardinería, el traje, la maledicencia, la mesa, sin herir demasiado al vecino, porque es peligroso herir en demasía al vecino; hay que contentarse con arañarle, sobre todo a escondidas y por detrás; esto despabila un poco y no altera visiblemente la dulzura general del bienestar en que se quiere mantenerse. Los grandes vituperios están reservados para las grandes locuras o las grandes tonterías. Por general consentimiento, quien da de cabeza contra un uso recibido es un loco; quien no sabe hacer o conservar su fortuna es un tonto. Fuera de eso todo es arbitrario; escoged vuestro placer, eso es cosa que no le importa a nadie; basta con no romperse las narices, y sobre todo no romper los vidrios.

Después se ha comenzado a hablarle de una carrera, con tono bastante serio: «Un hombre debe tener un estado, hay que hacer su camino en el mundo. ¿Qué es un hombre que no trabaja?», etcétera. Pero el diablo quiere que haya siempre dos discursos sobre el mismo asunto, el que se pronuncia y el que no se pronuncia, y, naturalmente, este último es el que escucha el joven.

Un día oye a dos señoras hablar de matrimonio. «Querida, exigid que vuestro yerno tenga una profesión; sólo eso puede sujetar a un hombre; es una cadena atada al cuello, y sin ella echan a correr.» Otro día, a las tres de la tarde, llega el notario, de frac negro, apretado el cuello en una corbata blanca. Una parisiense que se encuentra allí sonríe y se inclina al oído de su vecina: «Creía que no había ya notarios así más que en la Ópera Cómica; es la profesión.»

Está invitado el previsor; entra teniendo en la mano un sombrero de anchas alas, separando el pecho, a la vez noble y paternal; alguien pregunta quién es aquel señor gordo que habla siempre y nunca dice nada. «No es un hombre -responde el vecino-; es un discurso de repartición de premios»

Un capitán se hace útil al baile y no deja de danzar hasta las tres de la mañana. Se explica esta abnegación teniendo en cuenta que a fuerza de permanecer de pie en las paradas ha adquirido una rigidez de pantorrillas y una anchura de pies inusitadas.

Una noche, en el teatro, el personaje brillante de la comedia dice hablando de no sé qué ricachón: «Ha muerto en Marsella en los aceites.» Y un colegial ve pasar una risa burlona sobre los labios de todos los que no tratan en aceites.

La misma noche, al volver a casa, después de una conversación sobre las oficinas y los jefes de oficina en Francia, un mal guasón propone el establecimiento de una administración mecánica compuesta de funcionarios de cuero hervido y madera barnizada, cada uno con su cojín de cuero verde y sus anteojos verdes, maniobrados por una máquina central cuyo fogonero sería el ministro. Los funcionarios gastados pasarían al retiro, colgados por un gancho en una sala baja. No se quejarían jamás y ya no emborronarían sobre las mesas. El servicio estaría mejor hecho y resultaría más económico. Tendrían tanto talento como los antiguos; es una reforma, y se llegará a ella.

Además de eso, mi jovencito ha hojeado los álbumes de Daumier, que se arrastran sobre las mesas, y ciertamente no se ha llevado de ellos una grande admiración por las condiciones y profesiones burguesas. Las gentes de mundo alaban a los trabajadores como los caballos de lujo alaban a los de simón: «Buena bestia, muy paciente; de esas hay menester; pero procuremos no ser una de esas bestias.»

Durante todo este tiempo contraía un hábito, y ese es el gran resorte.

A mi juicio, hay tres resortes que levantan a un hombre: los discursos oficiales que oye rozan la superficie de la piel; las frases sinceras que sorprende lo hacen levantar un brazo o una pierna; las costumbres que ha adquirido lo sacuden y lo impelen por entero.

La costumbre de que aquí hablo consistía en meterse la mano en el bolsillo. Como siempre encontraba dinero en él, ha acabado por convencerse, sin parar mientes, de que el dinero y los bolsillos del pantalón tienen una afinidad natural.

Todo lo que veía en torno suyo le confirmaba en este bello principio. El portamonedas de la madre estaba siempre lleno, y los cajones de su padre, más llenos todavía. ¿Qué movimiento más fácil para un escudo que resbalar de allí hasta su bolsillo? Nada más que un cierre que correr o un pomo de qué tirar, y negocio concluido. En cuanto a suponer el vacío en el portamonedas o en los cajones era cosa absurda e imposible. ¿Puede imaginar alguien que el aire no será mañana respirable o no saldrá el sol? Pues lo mismo lo demás.

En el liceo, en casa, se encontraba la mesa, naturalmente, puesta todos los días y servida a las diez. El conserje, cada seis meses, llegaba, quitado el sombrero, a presentar el recibo del alquiler. Cuatro o cinco veces al año llamaba el sastre con unos trajes, y la cosa era tan natural, que si un pantalón formaba una arruga, el sastre se retiraba avergonzado y se apresuraba a enviar otro.

Todo eso seguía un curso tan regular como las estrellas del cielo. Lo que hubiera parecido monstruoso era lo contrario. De esta suerte, a los veinte años, cuando ha entrado en el mundo, había en él, sin que se diese cuenta, por debajo de todas sus opiniones y de todas sus creencias, la persuasión fija de que el mundo y la sociedad le debían buenas comidas, burdeos de ordinario, a menudo champaña, un alojamiento conveniente, un mobiliario nuevo, trajes bien cortados, cuatro pares de guantes por semana y quinientos francos al mes para el bolsillo.

Con eso ha hecho grabar sus primeras tarjetas y comenzado su carrera de Derecho, excelente manera de no hacer nada. Además ha venido a pedirme mis consejos; le he dado cajas de cigarros y he examinado el estado de su corbata y de sus botas; ¿para qué las frases? La vida es la que le instruirá. Mi solo asunto es ponerle en condiciones instructivas. Que sienta la verdad y la necesidad en la carne viva; solamente entonces comprenderá la descripción de la quemadura. Si escribo mi idea de la vida, no es para él, es para mí; aquí puedo desahogarme a mis anchas; no leerá esto hasta de aquí a diez años.

- II -

Hijo mío, tienes las mejillas sonrosadas y entras en la vida como en un comedor, para sentarte a la mesa. Te engañas; los sitios están tomados. Lo que es natural no es la comida, sino el ayuno. No es la desgracia, sino la felicidad lo que es contra Naturaleza, la condición natural de un hombre, como de un animal, es ser acogotado o morir de hambre.

Si eso te parece extraño, es que no has vivido, como yo, en un país en que la verdad y la hipocresía se ostentan a la primera mirada y todas enteras al desnudo. Recuerda el paseo

que diste el otro día conmigo por el bosque. Aplastábamos las hormigas que se encontraban debajo de nuestras botas. Los lindos pájaros revoloteaban para tragarse las moscas; los insectos gordos devoraban a los chicos. Hemos visto en un bache, entre dos matas de hierba, un lebratillo con el vientre al aire; un gavián le había cogido en su primera salida, comiéndose la mitad, y el vientre estaba vacío; las hormigas, los escarabajos, gran número de famélicos trabajaban en la piel.

De cada diez recién nacidos queda un adulto, y éste tiene veinte probabilidades por una de no envejecer; el invierno, la lluvia, los animales cazadores, los accidentes lo abrevian. Una pata o un ala rotas por la mañana hacen de él una presa para la noche. Si por milagro escapa, desde el primer ataque de la enfermedad o de la edad va a encerrarse en su agujero y el hambre le acaba. No se rebela, sufre tranquilamente la fuerza de las cosas.

Mira un caballo, un gato o un pájaro enfermos. Se echan pacientemente, no gimen, dejan hacer al destino. Las cosas pasan en el mundo como en este bosque tan magnífico y tan perfumado. Se sufre en él, y esto es razonable; ¿vas a pedirles a las grandes potencias de la naturaleza que se transformen para no herir la delicadeza de tus nervios y de tu corazón? Se mata y se come en el mundo, y eso no tiene nada de extraño; no hay bastante pasto para tantos estómagos.

Si quieres comprender la vida, sea esto el principio, como el fundamento de todos tus juicios y de todos tus deseos: no tienes derecho a nada, ni nadie te debe nada, ni la sociedad ni la naturaleza. Si les pides la felicidad, eres un tonto; si te crees tratado injustamente porque no te la dan, eres más tonto aún. Tú quisieras que te honrasen; pero esto no es ninguna razón para que se te honre. Tienes frío; pero esto no es ninguna razón para que venga por sí mismo a ponerse sobre tus hombros un vestido caliente y cómodo. Estás enamorado; pero esto no es ninguna razón para que te amen.

Hay leyes inmutables que gobiernan la posesión de la gloria, como el encuentro del amor, como la adquisición del bienestar. Te envuelven y te dominan, como el aire mefítico o sano en que estás sumergido, como las estaciones que, sin inquietarse por tus gritos, sucesivamente te hielan o te queman. Estás entre ellas, pobre ser débil, como un ratón entre elefantes; anda con ojo avizor, ten cuidado de dónde asientan el pie, no te aventures por sus senderos acostumbrados; pellizca con precaución algunas porcioncitas de las provisiones que acumulan; pero, sobre todo, no seas ridículo hasta el punto de sorprenderte de que no estén a tu servicio y de si sus formidables masas se mueven sin pensar en ti.

Lo que tengas de vida es un don gratuito; mil que valían más que tú han quedado aplastados ya al nacer. Si encuentras en tu agujero algunos granos recogidos por anticipado, dale gracias a tu padre, que fue a buscarlos con peligro de sus miembros. Cuando atrapes un minuto de goce, considéralo como un accidente venturoso; son la necesidad, la inquietud y el fastidio los que, con el dolor y el peligro, acompañarán tus zancadas de ratón o te seguirán en tu topera. Te complaces en ella, te parece sólida; eso es verdad hasta la primera oleada de agua lanzada por una de esas gruesas trompas, hasta la aproximación de esas pesadas patas. De todas maneras, al vigésimo día, al quincuagésimo o algo más tarde, el efecto será el mismo. El monstruoso galop encontrará tu cuerpecito, un atardecer en que asomará la nariz al sol poniente, una mañana en que saldrás para ir a pacentar. ¡Quiera la

suerte que del primer golpe la pata se apoye sobre toda tu triste osamenta! Apenas la sentirás; eso es lo mejor que puedo desear a mis amigos, a ti, a mí mismo. Pero es probable que la muerte te coja por partículas y que esta vez vuelvas a casa con un miembro magullado, dejando un rastro de sangre en la arena. Así, estropeado y cojo, el primer galop aplastará tu cabeza y tu pecho, y al día siguiente les llegará el turno a los otros.

Contra estas suertes de males, la experiencia y el razonamiento de todos los ratones y de todas las toperas no han hallado remedio; todo lo más, al cabo de tantos siglos, la raza trotante ha sabido descubrir algunas costumbres de los elefantes, señalar su sendero, prever, según su grito, su entrada o su salida; está algo menos aplastada que hace cincuenta siglos; pero lo está aún y lo estará siempre. Aumenta tu destreza si quieres, pobre ratón; no aumentarás mucho tu felicidad; procura mejor, si puedes, endurecer tu paciencia y tu valor. Acostúmbrate a padecer convenientemente lo que es necesario. Evita las contorsiones y las agitaciones grotescas; ¿qué necesidad tienes de hacer reír a tus vecinos? Conserva el derecho de estimarte, ya que no puedes abstraerte a la necesidad de sufrir. A la larga las gruesas patas de los elefantes y las incomodidades que de ello se siguen te parecerán la regla. El mejor fruto de nuestra ciencia es la resignación fría, que pacificando y preparando el alma reduce el sufrimiento al dolor del cuerpo.

¡Y aun si los desdichados viviesen en paz unos con otros! Se te ha dicho, se te ha repetido que en cada colonia roedora todos estaban aliados, todos trabajaban por el pro común; que todos, salvo algunos merodeadores, debidamente castigados, observaban fielmente los convenios primitivos. Eso es falso, y es menester que sepas que es falso; de otra manera, desde tu primera experiencia tomarías los principios de tu educación por mentiras y el interés personal haría de ti un hipócrita o un rebelde. No seas ni lo uno ni lo otro, y mira bravamente la verdad tal como es.

El hombre es un animal por naturaleza y por estructura, y nunca la naturaleza ni la estructura dejan borrar su primer pliegue. Tiene caninos, como el perro y el zorro, y como el perro y el zorro los ha hundido desde el origen en la carne de otro. Sus descendientes se han degollado con cuchillos de piedra por un trozo de pescado crudo. Al presente aun no se ha transformado, no está mas que amansado. La guerra reina como antaño, sólo que es limitada y parcial; cada uno combate aún por su trozo de pescado crudo; pero bajo la mirada de la Guardia civil, no con un cuchillo de piedra.

No hay mas que una provisión reducida de cosas buenas, y de todas partes las codicias desencadenadas se lanzan a porfía para apoderarse de ellas. Mira una gran ciudad y el hormiguero de gentes atrafagadas que se entrechocan. Cada hombre sale de caza por la mañana con su familia y sus servidores, sus amigos y sus protectores, los unos a su alrededor, los otros a su alcance; al punto que aparece una pieza en el horizonte, familia y servidores, protectores y amigos, todos se preparan y se escalonan; ingenios, reclamos, redes, armas permitidas y a veces armas prohibidas, perros corredores y perros de parada, toda la casa y todo el arsenal de la casa trabajan con el jefe a la cabeza; es que hay que comer. Piensa en el comer y sabe que no comerás mas que de tu caza. Esta es rara y los cazadores son numerosos. Levántate más temprano que los otros, acuéstate más tarde, anda más aprisa, ten más olfato, reúne más perros, redes, amigos y armas; cierra cuidadosamente tu morral a la vuelta; guarda cargada tu arma por temor a que en el rincón de un bosque

algún cazador con el morral vacío no te aligere de tu botín; que sepan que eres bravo y capaz de defenderte; aun en el primer ataque defiéndete demasiado fuerte; que te respeten; a este precio y sólo a este precio comerás.

Esto es un consejo para todo el mundo; he aquí otro que sólo se dirige a algunos. No pidas nada; un mendigo es un ladrón tímido. Acepta raramente; un obligado es un semisiervo. ¿Eres tan flojo de cuerpo y de corazón que tengas que vivir del trabajo de otro? Estímate mucho, y, por lo mismo, no seas un simple comilón. Cuando hayas disparado tu escopeta y ganado tu cena, deja a los mercenarios que batan la llanura, que se carguen y que a la vuelta se retuerzan el pescuezo. ¿Qué necesidad tienes de sobrecargar tu morral y entorpecer tu marcha? ¿Por qué habrías de allegar más de lo que puedes comer? ¿Te conviene acaparar, sin provecho para ti, la caza de que vayas a privar a un pobre diablo? ¿Quién te obliga a sudar entre los barbechos todo el santo día, como un hombre de alquiler, cuando a las diez de la mañana has hecho ya tu provisión para el día?

Mira a tu alrededor, y ve aquí una ocupación menos animal: la contemplación. Esta ancha llanura humea y reluce bajo el generoso sol que la ilumina; esas dentelladuras de los bosques reposan con un bienestar delicioso sobre el azul luminoso que las bordea; esos pinos odoríferos suben como incensarios sobre la alfombra de los brezos rojos. Ha pasado una hora, y durante esa hora, cosa extraña, no has sido un bruto; te felicito por ello: puedes casi alabarte de haber vivido.

Capítulo XXI

La conversación

El jueves pasado, en el Círculo, B... nos dice a tres o cuatro de entre nosotros: «Me voy a casar; bonita muchacha, honrada, bien educada, buena familia; eso nos da para los dos cuarenta mil libras de renta para poner casa.» Le felicitamos.

Sale y encuentra a un antiguo camarada, Máximo A..., muy apresurado, que sube al coche y le grita de paso: «¡Buenos días, querido, buenos días! Me caso, ¿sabes? ¡Cuatro millones, querido, cuatro millones!»

Vuelve B... hacia nosotros y nos cuenta el asunto con el semblante hosco: «Mi posición no vale la de Máximo. ¡Pardiez! Me apresuré demasiado.»

N... acaba de ofrecer el más lindo collar de perlas del mundo a mademoiselle Leontina, de la Ópera, y le felicitamos por los deliciosos hombros que ha decorado tan bien. «¡Pssch! Como otros cualesquiera.» «Entonces, ¿lo que os gusta son los hombros en general?» «No; soy buen padre de familia. ¿Qué queréis? Tengo ya tres hijos; un cuarto que viniese ahora roería su parte de un tercio; las tonterías de afuera impiden las tonterías a domicilio.»

Emilio S..., abogado, nos hace hoy el resumen de su profesión. La ley es una estatua majestuosa que se saluda y a cuyo lado se pasa; la jurisprudencia varía cada veinte años. Como hay siempre diez precedentes en un sentido y diez en otro, el juez escoge a voluntad, y, sépalo o no, su elección está regulada siempre por razones domésticas y personales. No litigúéis jamás en puro espíritu, como si os hallaseis delante de la justicia justa; por el contrario, haced resaltar el motivo o el argumento especial ante el hombre que va a dictar el fallo. El uno, antiguo procurador, es sensible a razones de procedimiento; el otro, autor de libros, se rinde a las consideraciones generales; el de más allá es clerical o liberal, comodón o marido engañado. Tocad esta cuerda. El procedimiento más universal es fatigar al juez; ahogarlo bajo una oleada de razonamientos contrarios; hacerle perder pie; arrastrarle en el diluvio de las interpretaciones, de las citas, de las autoridades, y por fin, en la última réplica, tenderle la pértiga, es decir, un argumento gordo bien claro, definitivo, al cual se agarra.

De cada diez jueces, nueve están envarados, avellanados, hinchados. Ninguna clase de hombres tiene la máscara tan deformada, tan plegada, tan ahuecada, tan gastada, tan impregnada de angustia; es que están sentados todo el día, masticando plumas, silenciosos, inmóviles, bajo la barrena del abogado que durante dos, tres horas seguidas, le perfora ante la ley. He ahí el palo interior que retuerce sus labios y pela su cráneo. En cambio, hacen callar al abogado como a un doméstico.

* * *

Conversación sobre las martingalas de la Bolsa y las bribonadas de las loretas. Dejo a un lado esos manejos por ser hartos conocidos. Por ejemplo, en un restaurante célebre, los gabinetes particulares empiezan en el número 20. Se suma este número 20 con la cuenta. El que ha comido se halla ordinariamente emocionado; ha bebido champaña; mira a la señora que se pone el sombrero; se olvida de sumar o suma mal; en una palabra, paga. Si ve el fraude, el mozo exclama: «¡Ah, caballero! Es ese maldito número 20; una equivocación de la Caja» El propietario gana 25.000 francos al año con esos errores de suma.

Otras veces la comedora se arregla para subir detrás del señor, y hace signo al mozo de que quiere diez francos. El mozo grita: «Cuidado con el número tantos.» Se hinchan las cifras, hasta añadir diez francos a la cuenta, etc.

Todo eso es vulgar; he aquí lo que es más nuevo. En Normandía, cuando dos campesinos se han puesto de acuerdo sobre sus límites, cavan un agujero de seis pies y depositan en él una marca; por ejemplo, botellas; lo cubren con tierra y plantan encima un mojón visible. Ambos son ladrones y quisieran hacer retroceder el mojón; mas para tal caso sirve de testimonio la marca. Pero a menudo, ya desde la primera noche, el más astuto se levanta, desentierra las botellas, va a hundirlas diez metros más adelante en el campo del vecino, y deja cuidadosamente el mojón en su sitio. Un año después se queja de que han quitado de su sitio el mojón. Viene la investigación, se comprueba; la marca da fe y el

robado resulta ser el robador. Parece que El zueco rojo, de Enrique Murger, y Los campesinos, de Balzac, son pinturas verdaderas.

Las tres cuartas partes de conversaciones de París tienen este giro escéptico. ¿Cuáles son las diversas maneras de ganar cincuenta mil libras de renta explotando la tontería humana? ¿Cómo se las componen el financiero, la loreta, el político? ¿Cómo he de arreglármelas yo mismo? Si soy hombre de mundo, mi sola regla es no faltar al honor del mundo. Si soy hombre de negocios, mi solo cuidado es no caer bajo las garras de la ley. Si soy hombre político, mi gran negocio es caer sentado, en caso de accidente, en un buen empleo. Los hay de muchas especies, especialmente en Hacienda: los de recaudador, receptor, etc. Tuve que ir el año pasado a las oficinas del recaudador de mi distrito. «No está, caballero.» «Sin embargo, me convendría verle.» «Es imposible, caballero.» «¿A qué hora viene?» «No viene nunca, caballero.» «Dadme entonces su dirección.» «No la sabemos, caballero.»

El que hace el trabajo es un viejo empleado; el destino es de veinticinco mil francos. Después he sabido que mi recaudador es un hombre de mundo y que tiene éxitos en Baden. Hace bien los versos, sus botas son finas y tiene muchos chalecos notables.

* * *

La conversación deprava. De hombre a hombre vuelve cínico, porque hay que parecer experto, capaz de llegar al fondo de las cosas, exento de ilusiones. De mujer a hombre vuelve escéptico, porque hay que divertirse con todo, aun con las cosas serias. El mundo hace la mujer de mundo y el hombre de mundo, dos niños mimados, que se miman uno a otro. La primera juega con los objetos como con una baratija; el segundo los rompe para ver qué hay dentro.

Esto vale más que la etiqueta; todo vale más que la etiqueta. Andad a cuatro patas si queréis; quitaos la ropa, las botas, todo cuanto os plazca, mientras no recitéis frases hechas. El año pasado di una reunión que tuvo éxito; la habitación estaba adornada con flores de los trópicos y había un vino del Cabo poco conocido. Al cabo de ocho días me daban ganas de marcharme de París; no podía entrar en un salón sin recibir un cumplido, siempre el mismo, y me sentía furioso. Cuando se acercaba un hombre o una mujer preveía la frase y la mueca particular, la especie y el grado de la sonrisa, el pestañeo de los ojos, la profundidad de los pliegues alrededor de la boca, el tamaño de los movimientos de las caderas y del retorcimiento de los riñones, la agudez y los crescendo de la voz. No veía ya una cabeza de hombre pensante, sino un hocico de mono que hacía monadas, o una momería de muñeco tirado por el bramante. Había acabado por volverme tan mecánico como ellos; había fabricado una frase con variaciones, que partía en respuesta al acercarse las frases cumplimenteras; la recitaba escuchando mi propia voz o contando los dijes del reloj del interlocutor. Un hombre debería tener un secretario encargado de hacer y recibir los cumplidos en su puesto, de diez a doce, todas las noches, en el mundo.

* * *

Hagamos, si os place, una pequeña estadística de las cincuenta personas que tenéis delante en un salón. ¿Cuántas hay cuya conversación sea amena e interesante?

Veinticinco son gentes asentadas, simples organillos de frases. Nada más raro en la Naturaleza que la originalidad, y la educación la disminuye; el buen parecer aprisiona el ingenio y el alma; nadie se atreve a moverse por temor a entregarse y comprometerse. Se repite durante quince días la idea de moda, y después, por otros quince días, la idea que sigue. Hay dos frases posibles sobre La Africana, dos sobre el discurso de Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre toda cosa humana; según el personaje, tendréis la una o la otra, a veces una anécdota; pero un juicio sincero y personal, nunca. Falta la impresión propia; los ojos han visto, los oídos han oído, la memoria ha retenido, las conveniencias dictan, la boca pronuncia; más allá, nada.

Eso es todavía más notable en las mujeres que en los hombres. Habéis entrado por un vestíbulo adornado de arbustos y de flores, donde, entre las blancuras de los mármoles y los rosáceos mates de las alfombras, las mujeres mostraban los hombros desnudos, los cabellos sembrados de diamantes, arrastrando su larga falda de moaré lustroso, perfumadas, orgullosas, paradas de peldaño en peldaño como pavos reales multicolores o flamígeras aves de los trópicos.

Habéis notado dos o tres que, después de haberse paseado unos momentos, han acabado por reunirse en un ramillete. La una, desarrollada, con falda blanca labrada, con el justillo plegado, parecía una veneciana del Renacimiento; por encima de esta divina dulzura del raso veíase una nuca curvada, nacarada, y en las trenzas rubias de los opulentos cabellos, por todo adorno, una cintilla de encajes.

La segunda, alta, esbelta como una Diana, llegaba en los largos pliegues de su traje morado; el justillo, guarnecido de pasamanerías de plata, dejaba entrever la vaga idea de un húsar heroico; andaba aprisa, y su falda arrastrada se estremecía como una estola de diosa, mientras las blancas pedrerías, en ramillete, en sus cabellos, flechaban centelleos de espada.

La última, delgada, flaca, con el rostro hacia delante, la nariz afilada, los labios trémulos, los ojos lánguidos y los cabellos pálidos, enmarañados bajo sus diamantes, parece lanzar por toda su persona chisporreos de centellas y relámpagos; sentada o de pie no toca al suelo; la fuga interior, los indomables lanzamientos y enderezamientos de la vida nerviosa hacen estremecer a cada momento su forma delgada. Alrededor de su cuello delicado chorrea un collar de diamantes como un círculo de ojos vivientes, como los pálidos ojos flameantes de un círculo de serpientes mágicas. Hablan y parecen encantadas de su conversación. ¿Qué no se daría por oírlas? Acércase, y se descubre que discuten sobre los puros de las sombrillas; la una los prefiere de ébano; la otra, de nácar.

Treinta personas son gentes oficiales que tienen que guardar miramientos. Esas treinta personas y una docena de otras son ambiciosos que vienen aquí para conservar su empleo o alcanzar un ascenso. Una decena de hombres y otras tantas mujeres quieren casar a sus hijas. Todas esas gentes recitan una lección; es imposible sacar de ellos una palabra verdadera; acerca de todos los asuntos interesantes son como un sacerdote a quien se comete la torpeza de hablarle de religión; tienen una consigna; tratan de agradar al dueño y a la señora de la casa; se hacen presentar a las gentes importantes; evitan las afirmaciones cortantes; se deslizan sobre los puntos escabrosos; llegan a la corrección perfecta. Nulidad o hipocresía. ¿Cómo queréis que hablen con claridad o abandono cuando se trata del puchero?

Aparte de esto, al cabo de algunos años ya no tienen necesidad de reprimirse; bajo la presión de la necesidad han perecido su iniciativa y su invención; no tienen ninguna opinión que ocultar o que expresar; el interior se ha modelado en ellos, poco a poco, sobre el exterior; no es ya un hombre quien habla, sino su empleo o su profesión. Un periodista os repite seriamente los artículos de fondo de su diario; un enriquecido se convierte en clerical y vigila la literatura, que es peligrosa; un padre de familia que tiene hijas por casar declara inmorales a los jóvenes.

Apuesto a que entre cien juicios enunciados en media hora por esas cincuenta personas que hablan, no hay seis desinteresados; los noventa y cuatro restantes recitan, sin reír, la escena de monsieur Josse. Tocad el resorte del mecanismo, y va a cantar un aire previsto. Coged un pintor, aun distinguido, y hacedle hablar de pintura; alabará a los demás pintores a proporción de su semejanza con él mismo. Pareadamente, un músico, un escritor, en el momento en que juzgan a otro, hacen por carambola su propio elogio.

Y eso va más lejos de lo que se puede decir. Hablad de arte en un círculo de sabios o políticos; a sus ojos, es un entretenimiento de ociosos. Hablad de ciencia en un taller de artistas y en una reunión de políticos; a su ver, es un rascamiento de papelistas o una cocina de estropeados. Razonad de política en una comida de sabios o de artistas; a sus ojos, es un charloteo de intrigantes graves. Cada uno desprecia al otro por instinto; es para elevarse otro tanto.

Cuando la conversación toma este rumbo siento necesidad de salir al aire libre y giro sobre mis talones. Decid cuanto queráis, mientras sea sin pensar en vosotros mismos; pero, ¡por el amor de Dios!, dejaos de vuestros reclamos. De otra manera, el salón no es más que una tienda de mercaderes que mienten, saludan y pescan parroquianos.

Cuento además cinco o seis principiantes, de uno u otro sexo, que se preguntan por lo bajo si llevan bien alisados los cabellos y si ha sido correcto su saludo. No dicen nada; con ellos se acaba pronto la conversación. Si el salón es grave, hay además una docena de comparsas, suplentes de la Facultad y de la Escuela de Derecho, jóvenes magistrados bien encorbatados, relatores huesudos, jefes de negociado maduros que de vez en cuando vienen a ofrecer sus respetos. Estos guardan un silencio circunspecto o modesto, se están de pie como estatuas, se calientan en la chimenea, estudian un retrato o una cornisa, manejan un folleto; algunos, hojean el álbum de fotografías y juegan con los lentes; todos tienen el aire hosco. Se ve además, contra las colgaduras, media docena de cubas burocráticas o

comerciales hembras, envueltas en raso o moaré; aquí y allá, alguna lechuza emplumada, alguna estantigua puntiaguda encuadrada de flores; son depósitos y restos. La señora de la casa las ha colocado y les dice una palabra, pero yo, no soy señora de la casa; tanto mejor para mí y peor para ella.

* * *

Hechos todos esos desfalcos, quedan tres o cuatro personas que hablan por hablar, que sienten placer al seguir las ideas, que se entregan a la discusión y a la invención, imprudente y libremente.

Están perdidas en la multitud; son amapolas en un trigal. En torno de ellos es un comercio de vanidades y de intereses; por doquier, goces de galopo o de cómica. Los rodeos de ingenio y de estilo empleados para hablar y hacer hablar de sí hacen daño al corazón. Mi vecino de al lado come su pescado, pero no le encuentra sabor; combina interiormente la frase que, lanzada en los intersticios de la conversación, atraerá la atención sobre su cuadro o su libro.

¿Demuestra mi estadística que la conversación del mundo es fastidiosa? Nada de eso.

La cortesía, aun mentirosa, es encantadora, y en eso Filinta tiene cien mil veces razón, y Alcestes no pasa de ser un tonto. Por doquier vivimos en estado de guerra: rivalidades de profesión, competencias de ambición, discordias de familia, antipatías de carácter. Dichosamente, hemos convenido en que de las siete de la tarde a media noche entre los hombres que llevan una cuerda blanca al cuello y las mujeres que no llevan nada del todo sobre los hombros habría tregua; mas aún, que cada uno se mostraría solícito, sonriente, inagotable en demostraciones de respeto, de estimación, de admiración, de simpatía hacia los otros. Todo lo más fina y alegremente posible. Es una comedia, sea; pero cinco o seis veces por soirée se tiene un minuto de ilusión; encontrad nada mejor si podéis. Como la felicidad y la belleza no existen, se han inventado las artes que facilitan su imagen. Como la bondad y la abnegación no existen, se ha inventado el mundo que da una apariencia de las mismas. Tratad de pasaros sin ellas, daos una vuelta por los Estados Unidos, mirad a un yanqui que come en mesa redonda con el sombrero encasquetado en la cabeza y que os dice flemáticamente, soplandoos en la nariz el humo de su cigarro: «¡Vuestra Europa es un miserable mundo viejo! ¡Un montón de lacayos y podridos! ¡Pero la libre América barrerá toda esa inmundicia!» Palabra de honor: prefiero mejor un chino, mi amigo el mandarín Tchang-Li, de Shangai, que me saluda ceremoniosamente hasta el suelo y el viernes me ofrecen una comida de Cuaresma, diciendo: «Seguiremos hoy los preceptos de vuestra excelente religión, que es tan superior a la mía.» Además, cuando se tienen ojos se puede observar. Los rasgos de vanidad o de hipocresía llegan a ser rasgos de carácter, y las palabras que os impacientaban cuando las tomabais como ideas os interesan cuando las consideráis como síntomas.

Tal grotesco o zopenco resulta ser una pieza rara y una muestra curiosa. A cierta edad, cuando el corazón se ha desprendido de muchos objetos y el espíritu está más atento al fondo que a la forma, la botánica moral y social es la primera de las diversiones. Preocúpase uno medianamente de oír hablar bien sobre las cosas; quiere tocar las cosas uno mismo; se encuentra menos placer en la literatura que en la vida; se prefiere una escena de costumbres a la pintura de una escena de costumbres.

Al presente me gusta una conversación en ferrocarril, con un burgués, un estudiante, un oficial, que una novela, aun buena, o una velada pasada en el teatro. El año pasado, en las cercanías de Fontainebleau, me encontré en el bosque una tarde, con tiempo lluvioso, y hablé tres horas con un guardabosque que se calentaba al pie de una haya con su chiquillo sentado entre las piernas. El humo subía azulado en el aire gris y no se oía mas que el chapoteo de las gotas de lluvia sobre las hojas. Aquel hombre estaba contento de su estado y quería hacer entrar en él a su rapaz cuando tuviese la edad. Se les da una casita, una huerta; pueden matar conejos para su consumo, y aun cambiarlos en casa del tablajero por una libra de verdadera carne; tienen un tanto por cada ardilla, hurón o zorra; en todo, a corta diferencia, mil quinientos francos al año. El oficio es sano, considerado, la caza siempre da placer; las muchachas van a recoger sacos de hayucos, etc. Yo escuchaba todo eso; miraba al arrapiezo salvaje y dispuesto como un potrillo, y me parecía leer una novela íntima.

Por fin, de tarde en tarde, entre la multitud de seres encogidos o estrechados, se encuentra una criatura sintiente, o por lo menos ante una actitud, un sonido de voz; sobre todo en los semblantes muy jóvenes se complace uno en imaginar lo que los poetas llaman un alma, quiero decir un ser nuevo y apasionado, que tiene su manera propia y personal de sentir, fiando en ella, sin tomar prestado nada, sin imitar, encerrando en sí una gran vida solitaria y múltiple, difícil o casi imposible de aparejar, a no ser por un aflujo repentino y extraordinario de la ilusión y del entusiasmo, contenido y estremecido, de largo alcance de mirada, capaz de abrazar de una ojeada una serie de situaciones y sus consecuencias.

Alguna vez, por la forma del rostro y la profundidad de los ojos, se cree entrever esta riqueza y esta delicadeza naturales entre las mujeres; acerca de eso, un epicúreo no insiste: se mete en un rincón y sigue su sueño.

Los hombres superiores dan en algún caso una sensación parecida; pero hay que encontrarlos en un día de chispa, o haber roto el hielo de las conveniencias. Eso me ha ocurrido, a veces, sobre todo en París, que es una especie de exposición permanente abierta a toda Europa. El último que haya visto de esta especie es Eugenio Delacroix. Nadie ha tenido un sentimiento más intenso y más justo de la naturaleza visible; decíame, al enseñarme una Resurrección de Rubens, copiada de su mano:

«Ved este muerto, gordo, descolorido, desmazalado, con la quijada colgando, como en el anfiteatro de anatomía; es un muerto, y un muerto linfático; no hay como Rubens que sepa a fondo los temperamentos. Habéis visto en Munich su cuadro de condenados, de gigantes, de demonios, con cabezas de leones y de búfalos, y que no son ni leones ni búfalos. Sólo él ha sabido las degradaciones bestiales, los orígenes animales del hombre. Uno de los verdugos de su Crucifixión de Amberes es un gorila calvo. Y hete ahí nuestro

asunto: mostrar la verdad absoluta e íntima de cada cosa. Al salir del colegio he mirado las ciencias, aspiraba a todo; he hecho herbarios, he seguido cursos de lenguas orientales; pero prefiero más el arte: el arte es más completo. El sabio sabe que dentro de cincuenta años se llegará más lejos que él. Se halla en la antesala de la naturaleza; a veces se entreabre la puerta, ve un magnífico rompimiento; pero vuelve a cerrarse la puerta, diciéndole: ya hay bastante para vos; lo que resta será para los otros.»

Yo mismo, al mirar su genio tan mal servido por su mano, le comparaba por lo bajo a los grandes hacedores de cuerpos del siglo XVI. Es de la misma familia; pero su desgracia le ha hecho nacer en un medio malo, como un mamut medio helado, anquilosado por la llegada del período glacial.

Dos o tres conversaciones como ésta, vivificadas por el gesto y el brillo de los ojos, pagan muchos bostezos interiores, muchas servidumbres de salón y muchos saludos de encargo.

Capítulo XXII

La sociedad

Cuando yo pasaba la primavera en Londres se me ocurría a menudo, a la una de la noche, tomar un cab. El cochero está detrás, invisible, y las grandes piernas del caballo os llevan violentamente, con una carrera mecánica y rígida, sin que se sepa adónde ni cómo. El auriga tenía orden de no detenerse; ordinariamente volvía por London-Bridge y el Strand. Probablemente, ningún espectáculo de mundo es tan grandioso y tan horrible.

La vida se ha extinguido; queda un cementerio desmesurado. Aquí y allá, en un rincón, un policeman se mantiene rígido y mudo, como un guardián de los muertos; de vez en cuando, una miserable figura de mujer errante, algunos espectros con viejo traje negro se deslizan vagamente en la sombra. Una luna sepulcral relumbra, toda turbada por encima del aire, cargado de emanaciones humanas.

No es el sueño de una ciudad meridional voluptuosamente reposada entre los brazos de la pacífica Naturaleza: es el olor de la criatura postrada por la angustia y la fiebre; es la velada malsana prolongada por las antorchas al lado de la pesante muerte. Incesantemente, eternamente, las calles monótonas alargan sus filas de casas monumentales; calles en pos de calles, otras aún y siempre otras; después squares, plazas, medias lunas, todos desconocidos, todos silenciosos bajo la claridad lívida, con sus peristilos, sus pilastras, sus frontones, sus aceras y el desenvolvimiento o el entreveramiento de sus formas inesperadas. Parece que el abismo humano vaya ensanchándose a medida que uno se hunde más en él.

Y todo eso está vacío. Nunca, al verle lleno y ruidoso, se había sentido su inmensidad. Al cruzar los puentes colosales, el horror redobla; el río reluciente y viscoso chapotea indistintamente en la niebla, levantando sobre su dorso fétido los montones de buques que se pegan al rozar el agua. Los mecheros de gas tembletean sobre los remolinos, y sus reflejos, como columnas retorcidas que se hunden, van a perderse en lo infinito. A derecha, a izquierda, arriba, abajo, se adivina, bajo este catafalco de obscuridad, de luz, una gigantesca fila abollada de almacenes y fábricas ennegrecidos. ¡Cuántas piedras y ladrillos, cuántas casas e invenciones, qué amontonamiento de cálculos y de labores entrechocando unos contra otros, infatigablemente levantados y sobrelevantados, sin que jamás tregua ni reposo pueda suavizar o suspender el encarnizamiento de su conflicto! Mañana, las guaridas van a soltar sus hormigueros y volverá a comenzar el combate, más áspero, para exasperarse todavía más al día siguiente; pero el pensamiento más negro es que ese combate va a entablarse cuerpo a cuerpo, según rutinas fijas, en un terreno medido, dividido y cerrado, cada hombre en su compartimiento, doblado por adelantado bajo el peso de la tradición y del aprendizaje, tan mecánico y tan artificial como su monstruosa cárcel de ladrillos. Hoy hay en el mundo demasiados hombres, demasiada compresión y demasiados esfuerzos.

La misma sensación experimento a veces por la noche en París, aunque menor; tal es el aspecto de este mundo moderno. Por el asombroso engrandecimiento del edificio humano, las cercas han ocupado los terrenos antes libres. Por la asombrosa multiplicación de los concurrentes, la muchedumbre ha llenado el recinto; el individuo se pliega bajo el peso de la masa y se encuentra emparedado en un orden establecido. Antaño, no hace mucho tiempo aún, un hombre de buena voluntad hacía fácilmente su boquete y escogía su camino. Las filas eran flojas y había sitio fuera de las filas. Mi padre, en 1800, con un bagaje matemático ordinario, llegó a ser un ingeniero reputado, y hubiera hecho una gran fortuna si no hubiese preferido más pasearse y bailar. Treinta años después los sitios estaban tomados, y me he tenido que ir a América. Hoy, si mi sobrino monsieur Anatolio Durand o d'Rand no me hubiese tenido detrás, no pasaría en toda su vida de supernumerario.

El mundo se parece ahora a esa muchedumbre que se amontona en la plaza de la Concordia el día de los fuegos artificiales. Un hombre se halla allí perdido y derrengado; su fuerza es demasiado pequeña. Sus codazos, sus destrezas no le sirven de nada para adelantar; es menester que siga la fila paso a paso, como un carnero, bajo la mirada de un municipal. Esta prodigiosa multitud moviente le arrastra en sus ondulaciones o le encadena en su inercia. Por una parte, le reglamenta; por otra, le ahoga. Después de haber forcejeado se resigna; desde ahora aguanta su vida, y ya no la hace.

- I -

No se roba ya en las carreteras reales a cintarazos. Han encontrado que este medio de decidir quién tendría el dinero y las cosas buenas era demasiado sencillo; en cambio, han adoptado los procedimientos siguientes:

Primer medio, que es legal: la oposición. Mi amigo Eduardo S..., hombre eminente, pero de mediana fortuna, tiene un hijo laborioso y de espíritu ordinario; este hijo, al cabo de diez años de estudios, bachiller en letras y en ciencias, se presenta a exámenes de supernumerarios en el ministerio de Hacienda; hay inscritos doscientos catorce opositores; hay trece plazas. Los trece afortunados cobrarán anualmente, durante dos años, una gratificación de ciento cincuenta francos, mediante lo cual estarán obligados a hacer copias ocho horas al día; al cabo de dos años, si se portan bien, alcanzarán el colmo de la gloria de poner en sus tarjetas el título de empleado y embolsarse cien francos cada mes.

He encontrado este año a un viejo camarada, el doctor N..., antiguo interno, laureado, autor de muchos manuales, agregado, cirujano de los hospitales, etc. Este pobre hombre concurre desde hace treinta años a oposiciones para una cátedra de la Facultad. Desde hace diez años, como es metódico, lleva un registro de sus visitas a los jueces y sus confinantes; ha hecho tres mil setecientos veinticinco. Además, desde su internado, compone, aprende, recita y repasa multitud de cuadernitos provistos de notas, tiritas, corchetes y signos mnemotécnicos; como el ejercicio consiste en una lección hecha al cabo de algunas horas de preparación, en objeciones hechas a quemarropa, etc., hay que tener siempre en la cabeza la mayor masa de hechos y de fórmulas posibles sobre cada pequeño distrito del dominio inmenso que abrazan las ciencias médicas y naturales. A causa de eso, los candidatos recortan la materia por adelantado en compartimientos, la aprietan con pequeños resúmenes compactos y se atiborran de ella. Eso hace como un montón de piedras indigestas que acumulan en su inteligencia y les inquieta, abrumándoles, pues en virtud de su peso tiende sin cesar a escaparse por todos los agujeros de la memoria. Con este oficio ha ganado mi amigo todos los grados; ahora aspira al último, y lo obtendrá, si la apoplejía no le derriba al suelo, como caballo de carga, según es.

Paso por alto cincuenta rasgos semejantes. La oposición funciona a la entrada de todas las carreras, en el ejército, en la marina, en la enseñanza, en montes, en el profesorado, en los ministerios, en los diversos servicios de la industria privada o política; es un torniquete, no doble, sino triple, cuádruple, o hasta indefinidamente repetido y continuo; continuo para las clasificaciones, para las notas y los escalafones en todas las grandes escuelas del Gobierno, en toda la Administración y aun en todo el ejército.

Contad que en cada salida se encuentra un concurso especial: un oficial halla uno para ser comandante o entrar en la intendencia; un artista, para ingresar y permanecer en la Escuela de Bellas Artes, para ir a Roma, para entrar en la Exposición, para alcanzar medalla una primera vez, una segunda, una tercera, para tener la cruz.

Hete ahí que para las otras exposiciones el concurso penetra hasta en las profesiones independientes. El señor marqués de... quiere ser premiado por sus vacas; la duquesa, su prima, obtiene una mención honorífica por un lote de pavos. Tal es el molde al presente; la vida humana entra en él por entero, como una bala de algodón en rama que, arrojada a las máquinas, a la entrada, en una gran fábrica, pasa a ser regularmente, infaliblemente, de peine a rodillo y de devanadera a broca, sucesivamente hilo, tejido, tela, servilleta y pañuelo de bolsillo, pronto a limpiar los muebles o la nariz del primero que llega. Y hasta

son previstas las evoluciones de la rueda del asador; un oficial sabe, salvo dos o tres probabilidades en contra, si será coronel o general a los cincuenta años.

No es que yo condene el procedimiento en sí mismo; es menester uno, y éste vale lo que los otros; en toda asociación se trata de escoger en la masa los poseedores de los grandes lotes, y, según los países, los medios de elección son diferentes; pero según son, diversos, desarrollan una aptitud diversa. En Liliput, donde para llegar arriba había que bailar sobre la cuerda, era, sin duda, el grosor de las pantorrillas. En China, donde hay que sobresalir en los viejos textos y en los versos latinos, es la pedantería clásica. En Francia es el agobio cerebral y el flujo de lengua. Ved el trabajo maquinal y monstruoso de los opositores que aspiran a las grandes escuelas, y después, al salir de esas mismas escuelas, la fatiga profunda, la languidez, la ociosidad en el café o en casa, la inercia burocrática o provincial. Comparad el alumno de la Escuela Politécnica, clavado durante catorce horas al día ante fórmulas, y el ingeniero que se va a bostezar, con su mujer de bracero, para ver si sus guijarros están bien machacados. Con ese embarazo de las carreras y esta reglamentación de las etapas llegamos primero a dejar sin resuello a nuestros caballos de carrera, y después a cambiarlos en jamelgos de simón. Entra, amigo, si eres paciente y quieres arrastrar un simón; busca en otra parte si eres nervioso y quieres conservar tus bríos de carrera.

- II -

Queda el segundo medio de llegar; éste, extralegal: el reclamo o arte de llamar la atención acerca de sí. Nada más difícil. Bajo Luis XV, Ginguené, creo, se hizo célebre con una comedia en verso, La confesión de Zulmé. No había mas que un centenar de salones; hoy hay tres mil. Ya no se dirige nadie a una corta élite, sino a todo un pueblo. ¿Cómo lo haré para que cien mil personas retengan mi nombre? Tanto más en cuanto la memoria está ya recargada; hay demasiados nombres que pretenden su atención; cada verano, tres o cuatro mil pintores en la Exposición; durante seis meses, centenares de músicos que zumban por la noche como insectos a la luz de las arañas; todos los días, al pie de veinte revistas y de cincuenta diarios, una población de escritores, todos trabajando a repetidos golpes de artículos, de conciertos y de cuadros para apropiarse un rincón en esa memoria llena, desbordante; al cabo de algún tiempo, ya no entra nada más.

Abogado, médico, arquitecto, negociante, mientras os manteníais como las gentes de antaño en vuestro círculo natal, podíais bastar; bien o mal, se os evaluaba buena o malamente, en el mundo o en la opinión teníais vuestro puesto. En París no lo tenéis, no se os conoce; sois, como en la fonda, el número tantos, es decir, un gabán y un sombrero que salen por la mañana y vuelven por la noche.

De esos gabanes y sombreros hay veinte mil, ¿Qué marca o escarapela encontrar para hacerlos reconocer? ¿Qué color bastante vistoso, qué signo bastante singular los distinguirá entre esos veinte mil signos y esos veinte mil colores?

Hay que atraer los ojos; fuera de eso no hay salvación. Os llamaréis Floridoro Barbencroche o Eufemio Quatresous; semejante nombre no suele olvidarse; si fuereis negro o tan sólo mulato, os felicitaría de veras: ved los recientes éxitos del doctor negro. Publicad una Memoria sobre la enfermedad de los vinos de Burdeos; organizad un banquete enófilo; pronunciad un discurso a los postres; imprimidlo a costa de la sociedad; añadidle una disertación sobre la higiene de la infancia, con palabras bien sentidas, dirigidas a las madres; enviadlo todo, bajo sobre, a cada individuo casado de la sociedad. Esto es el abecé del oficio y de cada oficio.

No hay que mirar y pesar tan sólo la cuarta plana, sino también todo elogio o crítica de un periódico o de una revista para ver las mil y cien mil manos de nadadores tragados por la indiferencia pública que se pelean, se agarran a la más pequeña ocasión de notoriedad para llegar al aire y respirar a la luz del día.

No es vanidad, es necesidad; hoy la publicidad, lo mismo que el tiempo, es dinero. Supongo que de ordinario venderéis un cuadro por mil quinientos francos; tened tres páginas bien firmadas en tres periódicos notables; añadid alguna pequeña maniobra en el hotel de ventas y venderéis el cuadro siguiente, del todo igual, a cuatro mil francos. Un objeto comercial cualquiera, techo de cinc o clisobomba, chimenea fumívora o dentadura postiza de hipopótamo, gana tantos compradores como líneas de anuncio; la proporción es conocida.

Forzosamente, fatalmente, tal género, tal remedio, que se encuentra todos los días, por todas partes, en letras gordas, en letras pequeñas, en las paredes, en los periódicos, en los ferrocarriles, en los cafés, en casa, en casa de los otros, imprime su nombre en la memoria. No se ha querido leerlo, y se ha leído; se ha evitado retenerlo, y se le sabe de memoria; se ha hecho burla de él en alta voz, y esto ha aumentado su publicidad. Que sobrevenga la necesidad de la cosa en cuestión; no se tiene consejo a mano, no se tiene otro nombre en la cabeza, se tiene prisa, dícese por cansancio que, puesto que aquél es público, vale por otro; se va a la dirección conocida, se traga y se vuelve a empezar. El año pasado me encontré en provincias gentes que trataban a los niños por la medicina Leroy, como en 1820. Los nombres se incrustan en la memoria humana; es tan difícil salir de ella como entrar.

A este respecto espero que mi experiencia podrá ser útil a mis contemporáneos. Sea cual fuere el talento de las grandes casas de venta que tocan la trompeta todos los días en la cuarta plana de los periódicos, me atrevo a creer que la práctica americana les proporcionará enseñanzas, y por más que le cueste a mi modestia, voy a exponer los procedimientos de anuncio por los cuales la Sociedad de explotación de los petróleos y salazones de Federico Tomás Graindorge and C^o (New York, Broad Street, 121, y Cincinnati, National Square, 397) ha conquistado la clientela del mundo civilizado.

Había dado participación en mi negocio al célebre Barnum, que emprendió la operación y la condujo con su riqueza de imaginación ordinaria. No hablo de los procedimientos usados, la compra de dos páginas por semana en los grandes periódicos, la publicación de dibujos en los periódicos pequeños, la distribución de impresos en las esquinas de las calles, las medallas de Exposición, los hombres-anuncios, etc.

La primera idea de Barnum fue un golpe maestro. Era empresario de Jenny Lind e hizo componer una canción humorística sobre el petróleo, el tocino y América, que el tenor cómico no dejaba nunca de cantar al final del concierto; era la pieza pequeña después de la grande, y júzguese del placer de los concurrentes, fatigados de música sublime, que se interesaban por la divina cantatriz tanto como por un rinoceronte. Ahora bien; constaba en el programa que esta bufonería nacional había sido compuesta y cantada por primera vez en los talleres de Federico Tomás Graindorge and and C°.

Mediante gestiones convenientes hicimos componer muchas piezas divertidas, y hasta dos dramas, en los que tenía su puesto esta canción: uno de ellos llenó el teatro un mes. Míster Barnum exigió además que el fotógrafo titular de Jenny Lind envolviese en la canción todos los retratos de la heroína e hizo un tratado con la principal Empresa de órganos de Barbarie, de Nueva York, para que cada organillo ejecutase la canción lo menos dos veces por día.

Al mismo tiempo, muchas revistas y periódicos hubieron de ocuparse de la canción desde el punto de vista estético, demostrar que era un producto del suelo nacional, compararla a este título con las canciones de Beranger y de Burus e investigar, considerando las obras escénicas que le habían servido de cuadro, si no indicaba el nacimiento de una literatura nueva, francamente industrial, por la cual América iba a elevarse por encima de todas las naciones.

Entre tanto se abría, todo flamante, uno de esos bares en que se toman de pie sandwiches y grogs con el título de «Tocino nacional variado y confortable de Federico Tomás Graindorge and C°». Por aquel mismo tiempo leí con sorpresa en todos los periódicos diversos accidentes espantosos ocurridos en mis pozos de petróleo; muchos rasgos de valor heroico de Federico Tomás Graindorge, que había salvado cincuenta obreros que iban a perecer en las llamas; otros rasgos de genio y de perspicacia del mismo Federico Tomás Graindorge que pensaba comprar todas las minas de petróleo para cubrir con sus productos el mercado europeo.

Seis meses después míster Barnum descubrió entre las barrenderas de mi fábrica a una vieja negra idiota que era aficionada al whisky, pero que resultó haber sido la nodriza de Wáshington; la enseñó por todos los Estados Unidos, indicando su procedencia, y demostró con gran número de certificados médicos que sólo el uso diario del tocino había podido, en medio de ocupaciones tan penosas, llevarla a una edad tan avanzada.

Finalmente (no hago más que citar una de las invenciones de nuestro, querido Barnum, entre otras veinte) se vio aparecer un año después un abecedario cómico (funny), a un penique el ejemplar, en el cual las mayúsculas, estampadas en colores vistosos, estaban figuradas por cerdos derechos, echados, vivos, cortados, agrupados, en las posiciones más grotescas, con versos candorosos o risibles a guisa de epígrafes. Teniendo aquellos animales muchas fisonomías, el dibujante había sabido sacar de sus orejas, de su cola en tirabuzón, de su hocico, efectos admirables; despuntaban alusiones políticas a través de los epígrafes y atraían la atención de los hombres hechos. No he menester decir que el nombre de Federico Tomás Graindorge aparecía en la cubierta, en los blancos, en las orlas, entre líneas, con vistas de la fábrica, del paisaje, de los obreros, de las herramientas, etcétera. Se

vendieron doscientos mil ejemplares de la obra en cinco años, y como esa clase de libros se transmiten de niño a niño, es posible que dentro de medio siglo muchos americanitos aprendan a leer aún en el alfabeto del Tocino, de monsieur Graindorge.

Habiendo notado míster Barnum que las bellas encuadernaciones antiguas son de piel de marrana, pensaba tratar con un gran editor religioso de Nueva York para encuadernar de esta manera una enorme cantidad de Biblias, que habrían llevado el nombre de Federico Tomás Graindorge, en lo bajo, en letras repujadas; pero le hice desistir de esta idea, pues no quería yo, a ningún precio, ponerme a mal con los santos.

Por lo demás, en esa suerte de operaciones se necesita un Barnum, un acólito que lleve la voz cantante; es demasiado desagradable gritar uno mismo. Por otra parte, en Francia, entre gente fina, sobre todo en las profesiones liberales, el puf es más repulsivo que a la otra parte del agua. Lo que hice allá abajo no lo haría aquí; sólo me disgustó a medias tratándose del tocino y el petróleo; pero me daría náuseas si tuviese que emplearlo para vender un cuadro o adquirir enfermos. Y sin embargo hay que emplearlo. Mil quinientos médicos en París no llegan a ganar mil doscientos francos al año y están obligados todos los días al frac negro y la corbata blanca. Dos mil pintores pintan biombos, muestras, cuadros, a cinco francos para la exportación, fondos de fotógrafo, y aspiran a una copia del Louvre.

Los dos medios de llegar, la oposición y el reclamo, conducen a efectos del mismo género. Agobian, oprimen, sobreexcitan y gastan al hombre. La oposición hace derrengados y bestias de carga; el reclamo hace charlatanes e intrigantes. Si yo tuviese que educar y conducir a un joven de mediana fortuna, quisiera substrarlo a lo uno y lo otro. Le haría aprender, no las lenguas muertas, las letras, las ciencias puras, que ocasionan una desproporción tan dura entre nuestros deseos y nuestros recursos y hacen parecer los seis primeros años de nuestra juventud a una caída del sexto piso por el hueco de la escalera, de narices y de espaldas, sino la gimnástica, el boxeo, la savata, el bastón, la natación, el manejo del fusil y del revólver; dos o tres lenguas vivas de manera para hablarlas y escribirlas; la geografía detallada y razonada; los principales rasgos de la estadística industrial y comercial. Si fuese laborioso, probo y bravo, haría como veinte jóvenes de Rotterdam, de Hamburgo, de Glasgow, de Ginebra, que he conocido y hubiera debido imitar; volvería al cabo de diez años con una fortuna honrada para casarse con una amiguita de la infancia; habría visto el mundo, se habría desembarazado de su exceso de plenitud con la fatiga corporal, saneado su alma. No tendría el esplín como yo, y no sería un galopín gastado, un vividor empastado, como mi sobrino monsieur Anatolio Durand, bueno sólo para poner en un escaparate de peluquero o en un frac negro de casado resignado y bestia.

Cuando hacia los treinta y cinco o cuarenta años, al cabo de diez años de esterilidad, una mujer de la clase media o superior tiene un hijo, apostad por alguna reciente tragedia de alcoba. A veces ha intervenido el adulterio; mas a menudo el marido ha querido impedirlo; a veces ha sido causa la locura, que andaba cerca. A través de la superficie tersa de la vida burguesa, el drama interior ha reventado como un absceso.

* * *

La locura no es un imperio distinto y separado; nuestra vida ordinaria confina con ella y en ella entramos todos por alguna porción de nosotros mismos. No se trata de huirla, sino solamente de no caer sino a medias.

* * *

Ninguna criatura humana es comprendida por ninguna criatura humana. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés, amistad, se aceptan o se toleran.

* * *

Darle a una mujer razonamiento, ideas, ingenio, es poner un cuchillo en manos de un niño.

* * *

El niño es para la madre un hombre indefinido, manejable, sobre el cual la imaginación trabaja sin límites; en una palabra, una reducción del ideal. Por eso, a los ojos de la madre el marido desciende al segundo papel, pasa a ser un proveedor para el hijo, un primer criado.

* * *

La autoridad se ha trastocado en el matrimonio. Suavizados los caracteres, el hombre no es ya bastante firme para soportar el pesar de la mujer; cede por piedad. Acrecentado el trabajo, el hombre se encuentra demasiado cansado para resistir a la voluntad obsesionante de la mujer; cede por fatiga.

* * *

Complacencias y cumplidos, la alegría obligada del trato de mundo y la cortesía continua de la sociedad, nada de efusión, poco abandono, una semirreserva; muchas consideraciones y un número bastante grande de mutuos servicios, pero en el fondo una entera independencia; he ahí el matrimonio en el siglo XVIII; figuraos dos compañeros en una mesa de tresillo; están asociados, se ayudan uno a otro, son amables uno para otro, nada más. A mi entender, éste es el verdadero matrimonio francés; más flojo o más estrecho, repugna al carácter de la raza. Pero en tal caso, como en el siglo XVIII, cada uno debe tener sus habitaciones, sus criados, en una palabra, cien mil libras de renta.

* * *

Tantos pudores como razas: para la inglesa es un deber; para la francesa es un buen parecer. Escuchad las medias palabras de las mujeres honradas; no dicen nada y lo insinúan todo; porque madame B... tiene demasiados pocos hijos; porque madame A... los tiene en demasía. Una suegra, con harta frecuencia abuela, le da advertencias a su yerno. Una mujer de mundo se entera de los talentos de las loretas. Mi joven amigo Mauricio S... para apresurar sus éxitos dejaba entender siempre que tenía imperio sobre sí mismo. Aquí la decencia es un peinador de muselina, bordado, completo; pero pasa el viento o pasa alguien. Se le entreaire, se le deja entreaire o se entreaire él.

* * *

Tantos amores como razas. Un alemán alto y gordo, sabio, virtuoso, flemático, decía un día: «Las almas son hermanas caídas del cielo que de repente se reconocen y corren una hacia otra.» Un francesito seco, sanguíneo, espiritual, ágil, le respondía: «Tenéis razón; siempre se encuentra zapato para el pie.»

Tantas imaginaciones como razas; ved la definición del hombre feliz en los proverbios:

El francés dice: «Ha nacido peinado.» El rizado, la elegancia, el mundo y los recreos del mundo.

El inglés dice: «Ha nacido con una cuchara de plata en la boca.» Positivista y voraz, la manducatoria, la buena digestión, lo confortable, la apariencia respetable y los escudos.

El alemán dice: «Ha nacido en una piel de felicidad.» Vago, sentimental y de bruces en la vulgaridad y la cocina; el mercader de salchichas idealista.

* * *

La loreta propiamente dicha, la mujercita elegante de los Bufos, es rara en Berlín. Algunas rasgaduras en los matrimonios y un número bastante grande de grisetas; no hay otra cosa. Y aun la griseta debe seguir siendo obrera; una mujer o una soltera que alquila un cuarto está obligada a probar que tiene un oficio o una fortuna. Un joven que quiere tener en su casa a su querida debe inscribirla como a su criada.

En Viena hay muchos empleados de corto sueldo, apenas pagados. Hay cincuenta en el cuarto piso, en casa del príncipe Esterhazy, ocupados en las escrituras para la administración de sus tierras; sus hijas quieren tener un sombrero, ir al baile, ver las linternas rosadas, oír la música en los jardines de placer. Tolerancia, placidez, buen humor, sensualidad dulcemente tierna y algo sentimental. Se le habla a una vieja, y al día siguiente se ve entrar en el cuarto a una burguesita, de aire modesto, con un devocionario en la mano; si la guardáis un mes, os ama.

Muy pocas loretas en Inglaterra; sin embargo, la especie va arraigando. Londres se afrancesa, pero sólo imperceptiblemente. Salvo la horrible parada de Haymarket por la noche y dos o tres escándalos lujosos y audaces en Hyde Park, falta el mundo interlope. Algunos jóvenes tienen un lío en un barrio apartado; si llegáis a ser su amigo, después de mucho tiempo y mucha vacilación, os dirán: «Venid a ver a my little girl; es completamente una lady.» Encontráis una joven decente, hija de colono o ama de llaves, que os acoge con seriedad, os hace los honores del té y se ruborizaría de una palabra equívoca.

En Italia, en España, han subsistido las costumbres de la decadencia. El vetturino (cochero) de un joven arquitecto le decía, al desembarcar, con una sonrisa significativa: «Sois joven; sé una buena familia, muy honrada; venid conmigo.» Encuentra al padre, la

madre, uno o dos niños y una joven a la mesa. Saluda; le saludan; la joven pasa con él al cuarto vecino, y el padre vuelve a sentarse gravemente. Es para reunir una dote o ayudar a la casa.

En suma, la loreta es una especie francesa que no florece grandemente ni se propaga abundantemente mas que en París. Guisamos el amor como lo demás; he ahí por qué los extranjeros ricos vienen tan de buena gana a gastar su dinero aquí. Muchas de esas mozas se hacen ricas, se casan en provincias, hacen figura, van a la iglesia. Sin duda se las encuentra como barrenderas en las calles o como sujetos en las mesas de disección; pero la mayoría se defienden con algún oficio dudoso: vendedoras de guantes, pupileras, dependientes de tienda, acomodadoras. En Inglaterra una mujer caída es semejante al lodo de las calles, se pasa por encima y después se la barre; aquí se yergue, se desprende, se agarra, se instala y a veces trepa.

* * *

Dos signos del tiempo: el desprecio hacia las mujeres y la afición a las antiguallas.

En un salón, después de comer, se plantifica a las mujeres y se sale a fumar. Dos jóvenes en un departamento de ferrocarril encienden su cigarro para evitar que entren mujeres y confundirlas. No se dice ya «una señora», sino «una mujer». No se dice ya «una pasión», sino «una chifladura». Un joven que comete una tontería acepta tres o cuatro colaboradores; esto disminuye el gasto. Lo que le pide a su querida es la charla descabellada, la risa ruidosa, las bromas crudas, las palabras de pescadora. Ella misma cae por debajo de su oficio, se vuelve grosera, paga a los mozos de fonda para que la traigan parroquianos, no hace diferencia entre un anciano y un adolescente, da al lampista del teatro por rival al joven más elegante, gusta de las buenas comidas y se forma rentas. El amor toma el tono desvergonzado, positivo, el porte violento y frío, el sabor picante y crudo que le daría un cabo reenganchado, resuelto a comerse de un golpe toda su paga, o un negociante en cueros de Río de Janeiro llegando con la bizaza llena, engolosinado por los relatos de los viajeros de comercio.

Mayólicas, esmaltes, estampas, pinturas, estatuillas, chinerías, armas; todo se colecciona, y no es ya una manía de viejo, sino que también se entregan a ello jóvenes y mujeres. Si veo sobrenadar un gusto, es para las formas retorcidas, las elegancias y las tunantadas del siglo XVIII. No hay gusto personal: tomamos los de nuestros abuelos; ni nada de invenciones personales: recogemos las de nuestros abuelos. Ni hay ya ni siquiera un gusto, sino una manera de distinguirse, un medio de matar el tiempo y gastar el dinero, una necesidad de llenar los cajones, de tapar un agujero en su serie.

* * *

La mujer y la obra de arte son criaturas parientes; la misma caída a propósito de la una y a propósito de la otra; la misma impotencia para adorar y para producir. Nada de sueños a los cuales la ilusión o la imaginación puedan dar un cuerpo. Lo que se desea es la posesión y la exhibición.

* * *

Un hombre de cuarenta años decía: «He reducido el amor a una función, y esta función a un mínimo.» Un joven de veinticinco años replicaba: «En lugar de un mínimo, poned un máximo; he ahí mi caso.» Un hombre de treinta y cinco años ha concluido: «Máximo o mínimo, queda una piedra sobre el corazón, y uno se ahoga.»

* * *

De veinte a treinta años, el hombre, con mucho trabajo, estrangula su ideal; después vive o cree vivir tranquilo; pero es la tranquilidad de una soltera madre que ha asesinado a su primer hijo.

* * *

Para tener una idea del hombre, de la vida, es menester haber llegado uno mismo hasta el borde del suicidio o hasta el dintel de la locura, a lo menos una vez.

* * *

Soy demasiado viejo, y todo ha acabado para mí; no me queda mas que mirar, y a los cincuenta y cinco años es una ocupación conveniente. Por otra parte, he vivido fuera del mundo, como excéntrico, y después de todo, fuera de mi interés positivo y de mi placer

sensible, hay aún dos o tres cosas que amo. Pero ¿qué es lo que ama mi sobrino Anatolio Durand? Una buena comida, un sitio cómodo, su ocio y su cigarro. Y la señorita Tres Estrellas, en la que se piensa para él, ¿qué es lo que ama?

Lindo matrimonio y lindo mundo. En 1880 se verá.

* * *

La música es ahora para las mujeres lo que las matemáticas, el latín, etc., son para los hombres: un dominio aparte e indefinido. Hay que saberla para comprenderla. Muchos la llevan a fondo del lado dramático o del lado mecánico. Salida de actriz. Cada noche lo es menester su ración de sensaciones intensas y de aplausos ruidosos.

* * *

Cuando se ha pasado un año fuera del mundo, cara a cara con una ciencia, la astronomía o la botánica, se encuentra uno cohibido para hablar en un salón. Es como un bailarín que, habiendo dejado de continuar sus batimanes diarios, hace cabriolas torpes. La vida mundana, en efecto, es una torcedura dada a toda verdad. Miento cuando me informo con interés de vuestra salud y de vuestros asuntos. Mentís cuando me dais a entender que tenéis placer al visitarme o al verme. Doblo y deformato las cosas si quiero que mi relato sea picante o decente. Acicalo o atenúo, o exagero mi opinión para hacerla tolerable. Empleo los grandes adjetivos para describir vuestro talento, y los pequeños para designar el mío. Insinúo o insisto, cargo o disminuyo, entorpezco o falseo. La verdad no puede salir de mis manos mas que como una mujer de su tocador: pintada, empolvada, rellena, estrechada de un lado, ensanchada del otro. Al cabo de algún tiempo no me doy cuenta ya de mis mentiras, ni vos de las vuestras, y si adivinamos uno y otro nuestro pensamiento íntimo, es a través y a despecho de las frases con que lo emperejilamos.

Sin embargo, se lleva a las jóvenes, niñas aún, al mundo.

Se las cría en el mundo y para el mundo, en las artes y para las artes, de tal manera que la mentira se convierte en una costumbre y la excitación en necesidad.

Y no obstante, quienquiera que ha vivido y pensado sabe que la capacidad de sujetarse al trabajo fastidioso y diario, la veracidad para consigo mismo y los otros son las únicas

capaces de hacer a una criatura humana honorable a sus propios ojos y tolerable en la vida común.

* * *

El padre está de pie contra una jamba de puerta y espera como centinela; la hija baila, recibe cumplidos, ostenta su falda. El padre garrapatea en su despacho y corre en berlina a sus asuntos; la hija se hace peinar, toca el piano, sirve de adorno a la casa. El marido se revienta trabajando; la mujer se fastidia de no hacer nada. El marido quiere dormir; la mujer quiere salir.

* * *

He aquí un caso circunstanciado, y además deslucido, ordinario; hay que juzgar por esas muestras.

Mi sobrino Anatolio Durand tiene por camarada a Enrique S..., y yo le estimo para esta relación; nunca se tienen demasiados amigos inteligentes. Este es joven aún, profesor en una grande escuela, algo artista y que ha tomado bien la vida; laborioso, alegre, casado hace un año; he visto a su mujer. Mostrábase muy prendado el día del contrato; su chispa, su brío, su visible gozo removían mis viejas libras.

Ha sido dichoso durante los primeros meses, por el atractivo de la novedad, no habiendo conocido nunca mas que las grisetas o loretas y viviendo en casa con sus viejos padres, entorpecidos. Su mujer, de veinte años, le ha encantado; tan graciosa, tan viva, tan nueva, con doce años menos que él, era todo un mundo que descubrir.

Ahora ella le divierte un rato con sus ingenuidades. «Es un pájaro que canta -me ha dicho-; ya sabéis, se quiere a un pájaro, a un niño que juega; por ejemplo, por la mañana me anuncia que va a ponerse su traje azul o a encargarse una torta.»

Pero en esas infancias hay muchos inconvenientes; le impide trabajar, lo interrumpe, no comprende que son menester recogimiento, silencio, para inventar o redactar. No tiene mas que dos horas para él, de las cinco a las siete de la mañana, mientras ella duerme.

Es algo limitada, como todas las solteras, y algo voluntariosa, como todas las casadas; va a sus placeres, no imagina que haya asuntos más serios, visita a sus buenas amigas, arrastra a su marido consigo; hasta aquí ha sufrido este apremio por conveniencia. «Pero si hubiese que continuar, preferiría más ahogarme o sentar plaza para Méjico.» Cuando era

soltera, su vida se reducía para ella a eso: ver a sus amigas, hacer visitas a cinco o seis personas graves, hacer buen papel en un salón, tocar el piano, etc. Continúa esta vida y le parecería extraño cambiarla.

Él no la conocía ni había podido conocerla. «Cuando yo le hacía la corte a mi mujer era cada vez una inspección: primos, primas, tíos, tías me sujetaban a un examen; nada mas que ceremonia, ninguna conversación íntima. Ningún medio de hablar de nuestros proyectos para el porvenir. Hay que ser galante, debía de seguir los gustos de mi futura; así, nuestro mobiliario es incompleto.»

Se hace el vacío; al presente muere la conversación entre ellos. Ella espera la visita de una amiga, a fin de saber si pondrá un punto verde en el bordado en vez de un punto amarillo. Con eso se aprovecha él de la diversión, se pone el sombrero y se esquivo. Imposible interesarla en sus preocupaciones, en sus ideas, en las dificultades que debe vencer, y que son demasiado especiales; a veces las rebaja hasta ponerlas a su alcance, pero no hacen presa en ella; su inteligencia y su educación no la ofrecen asidero; escucha el relato como un trozo de conversación, y ya no piensa más en ello.

Están en desacuerdo sobre el fondo de las cosas, sobre la religión, sobre el mundo. Él decía en voz alta, algo imprudentemente, que muchos curas se hacen curas para evitarse ser soldados; que antes de los cincuenta años una mujer no tiene mas que ideas aprendidas, etc. Ella contradice; ninguna deferencia o sumisión, ni aun en cosas del espíritu. Él trata de instruirla, y encuentra un terreno resistente que se ha endurecido porque está inculto. En efecto; se la ha tenido sin ideas ni lecturas sólidas, como a todas las jóvenes, con pequeños manuales de hechos secos como guijarros y el catecismo de perseverancia como baño y barniz. Toda la gruesa hilada intelectual de Francia, toda la capa nacional sobre la cual brotan las especialidades y las superioridades parisienses es la misma que en la Edad Media. Los libritos devotos del librero Mame forman la educación de los franceses.

Las dos vidas han quedado divergentes, y él lo siente. Así permanecerán siempre, y él lo siente también. No la iniciará, no hará de ella el segundo de su vida, y se resigna. Las reuniones le parecen ya muy largas y muy vacías. ¿Cómo hacerlo para divertir a una mujer y ocuparla siempre? Se pone al piano y toca; pasable o medianamente, es lo mismo. Un jilguero en jaula; no se le puede decir siempre que cante, y ¿cómo ponerle un cubo en la mano?

Felizmente descubre en ella una aptitud que se desarrolla: el talento de gobernar la casa. No había sabido jamás lo que era un luis; lo aprende y entra en la economía. Ninguna otra salida; ésta es la única proporcionada a su educación y a su inteligencia. ¿Se habría creído, viendo esta figura tan linda, tan expresiva, con un asomo de terquedad y de gracia original? De esta manera, a lo menos, será útil y se sentirá útil.

Es una buena casa, y los dos pertenecen a esa burguesía media en que las buenas casas son más numerosas que en otras partes.

* * *

En los matrimonios burgueses, la desavenencia; en la gente de mundo, el adulterio. En los matrimonios burgueses que son de mundo, el uno o la otra, y a veces la una y el otro.

* * *

Como madre o hija, como estatua sobre un zócalo o sobre un sillón en un salón, la mujer es el ideal; como esposa o querida, es a menudo la aliada, a menudo el adversario, a veces el enemigo.

* * *

Proverbio de lugareños: un padre puede alimentar doce hijos, y doce hijos no pueden alimentar a un padre.

* * *

El niño conduce a la mujer, que conduce al hombre, que conduce los negocios.

* * *

Mi punto de vista es falso. Las cosas van más suavemente; hay en la máquina un tapón que disminuye la rudeza de los choques.

Ese tapón es la alegría, la indiferencia, la costumbre de salirse de sí por el arrastre de la conversación, por el deseo de guardar las apariencias. El alma del francés es elástica; no

queda por mucho tiempo encorvada bajo las ideas dolorosas. No agudiza sus pensamientos ofensivos comentándolos por lo bajo. Se viste, va a ver a los amigos, habla de éste y del otro, experimenta la necesidad de hablar viva y finamente, de dar un giro picante o divertido a su propia historia. Se alegra escuchándose. Sus pesares, transformados por la palabra, se convierten en un objeto de arte; los arregla, y desde entonces los ve a distancia. Hele aquí erguido otra vez, reanimado, lanzado de nuevo por su propia acción. Lord B... venía a alojarse dos meses cada año en la calle de Rivoli. Decía que el solo espectáculo de nuestros gestos y de nuestras fisonomías le hacía ver la vida de color de rosa.

Hay que salir de sí, y las salidas varían con los caracteres. El francés tiene la conversación; el alemán, la música; el inglés, los negocios.

Lo que se llama filosofía sirve para algunos temperamentos; para la mayoría tanto valdría comer panatela. N... nos decía: «Un día estaba triste; me metí en la cholla media docena de libracos graves. Al cabo de una semana estaba más triste aún; he vuelto a mi ordinario: un gran biftec por la mañana, un tiempo de galop por la tarde y una querida por la noche.»

Tener una coartada. La gente de nuestros climas tienen el trabajo, la literatura y el mundo; añadid en las bajas clases el aguardiente, que es la literatura del pueblo. En Oriente es el opio y el sueño.

El hombre más feliz que yo haya conocido es, ciertamente, un bracmán de Calcuta. Cabeza larga, estrecha en las sienas, y el cráneo de una altura enorme; miembros flacos; un tinte de estatua de arcilla cocida al sol; toda la substancia parecía haberse retirado a los sesos, y el resto del cuerpo dormitaba, reducido a una vida latente como la de los animales invernantes. Sus necesidades eran casi nulas; no tenía ni siquiera la de los perfumes. Cinco o seis onzas de arroz por día, agua, un albergue, con algunos vestidos de percal blanco, dos servidores. Ni placeres, ni curiosidades ni vicios.

Pasaba el día silencioso, sentado sobre sus piernas entrecruzadas, en el umbral de su puerta. En esta máscara inmóvil sólo vivían los ojos, fijos como llamas. Como muchos pundits contemporáneos, se había despojado de la mayor parte de sus supersticiones, y lo confesaba. Durante diez años los sabios ingleses le habían consultado para sus ediciones sánscritas; había comprendido las ideas y las filosofías de Europa. Solamente un día, un doctor, creyendo haberle convertido, quiso hacerle probar caldo; se desmayó de horror y después huyó, y no reapareció en el mundo de los indianistas. Después, los nervios se habían repuesto.

A título de francés semialemán, obtuve autorización para hacerle visita, y durante muchas semanas pude ver su extraña sonrisa. Aprobaba nuestras ciencias; pero, en el fondo, nuestras investigaciones y nuestros viajes le parecían agitaciones de insectos, de apilamientos y raspados de pobres hormigas, reducidas, a falta de alas, a enredar miserablemente con sus patas, incapaces de elevarse en el aire para contemplar el espacio.

Cerraba los ojos, y veía distintamente el jabalí Visnú llevándose, por equivocación, la tierra en el extremo de su colmillo. El enorme Ganges lechoso, hijo nocturno de un dios que

creía abrazar a una diosa, las figuras flotantes y colosales de los dioses innumerables y los millones de mundos que salen como un vapor del Ser inmóvil para volver a caer en él.

Supongo ha acabado por el idiotismo o la apoplejía; en Europa tenemos la ciencia. Es también un suicidio lento e inteligente.

Capítulo XXIV

A solas

En el Jardín de Plantas, las criadas, los soldados, los pequeños rentistas de la calle Copeau se agrupan de ordinario delante de una gran jaula, en la que están los monos. Estos animales se han vuelto malos y, lo que es peor, se han puesto enfermos. La vida constreñida y contra naturaleza ha destruido su pelo; se ven aquí y allá, bajo el pelaje gris o amarillo, aparecer placas de carne rojiza. Constituye un espectáculo lastimoso el de sus hocicos gesteantes y agrios; se agitan en gestos discordantes, chillan y alborotan; se cascan las liendres por una manzana o una galleta; trepan por los postes y hacen indecencias a la vista de los mirones. Con sus risas y sus excitaciones, el público les ha depravado; ellos se lo pagan ensuciándole los ojos con la exhibición desvergonzada de sus deformidades y de sus vicios. Son sus faranduleros preferidos; cosquillean en ellos su fibra malsana; por eso atrapan su pitanza.

Tal es la impresión que dejan en mí los pequeños teatros. Los actores son monos afinados y gastados, y la jaula pintada, en que cada noche se embadurnan y pernean, es peor a la salud corporal o moral que la rotunda enrejada donde hacen cabriolas sus colegas del Museo.

Como sus colegas, andan desharrapados de cuerpo y alma. Como sus colegas, divierten al público con sus miserias físicas: el uno con su nariz, el otro con su aire pasmado, el otro con su voz rajada, el otro con su grasa desbordante. Como sus colegas, remueven las partes bajas de la lujuria y de la maldad humanas. Como sus colegas, se elevan hasta una especie de talento animal, compuesto de imitación y de indecencia, parodia cruda y descabellada, en la que el espectador no vale más que el bufón.

Una de esas actrices, ayer, terminaba cada cuplé picaresco con chorro de voz y un meneo de caderas de pescadera; en el tercer cuplé se ha detenido por no poder más, y con voz desfallecida ha pedido indulgencia. Me he marchado; quería limpiarme el alma; he andado una legua a pie, en el aire fresco, a la luz de la luna, hasta el extremo de la calle del Oeste, y he subido a casa de mi amigo Wilhelm Kittel, un verdadero músico que vive solo.

* * *

Nos hallábamos juntos, hace treinta años, en la Universidad de Jena, y filosofamos muchas veces uno contra otro, o uno con otros, en aquellos jardinillos de los arrabales en que se toma cerveza bajo glorietas de lúpulos, sembradas de rosas. Después divergieron nuestros caminos; yo gané una fortuna en América; él vivió de lecciones en Berlín y después en París; por fin, un tío, fallecido oportunamente, tuvo el talento de dejarle mil escudos de renta; ahora se encuentra rico. Pero, pobre o rico, no ha pensado nunca en el dinero. Si esos mil escudos le han dado placer es porque no estaba ya obligado a perder en lecciones tres o cuatro horas al día para pagar su comida, sus gabanes y su inquilinato. Ni pensó más en la gloria; su carácter era reconcentrado, y su temperamento, tímido; la intriga de París le daba miedo. Ha preferido no exhibirse; se ha quedado en casa, leyendo las partituras, yendo a estudiar los oratorios en las bibliotecas.

Hasta ha acabado por no ir ya a los conciertos ni teatros; una ejecución llamativa, los gorgoritos de cantatriz, la necesidad de los aplausos le desordenaban los sueños; pretende que una ópera sólo se oye bien en el piano. Le conocen cinco o seis compositores célebres, y de vez en cuando suben sus cuatro pisos; los conocedores Reber y Gounod le respetan y están contentos cuando dice: «Está bien.»

Como es rígido y seco, no se le pide más. Por otra parte, tiene la altivez fría de los flemáticos; nunca ha aceptado una invitación a comer fuera de casa: es una regla que se ha impuesto; se sabe y no se insiste más; muchas veces ha contestado que no aceptaba porque no podía devolver el obsequio, y que en todo caso no pagaba en sonatas.

Según él, la música es una conversación íntima; no se desahoga uno por una taza de té o por un pollo, y, sobre todo, no se les hacen confianzas a desconocidos. Voy a su casa a pie como él viene a la mía; en su casa y en la mía comemos con un plato y una botella; más alimento abrumba la cabeza, y de esta manera es completa la igualdad; y aun me siento yo el favorecido, pues aporta a la conversación más que yo. Soy casi su último camarada; la muerte, el casamiento, el alojamiento, la diversidad de humor han hecho el vacío en torno nuestro, y cuando estamos juntos, nos vemos en una lontananza encantadora, en un vago vapor dorado, nuestro primer despertar del espíritu bajo Beethoven, Schelling y Goethe.

* * *

«Federico -me dijo al verme entrar-, ahí tienes tu sillón, enciende el cigarro; tenía ganas de que vinieses para tocar otra vez nuestras viejas sonatas; tú vigilarás la tetera.»

Le estreché la diestra y se puso al piano.

¡Qué bien se está en este viejo cuarto! Es tan mío como suyo, y estoy mejor en él que en el mío. El mismo polvo me da placer. La alfombra raída; los sillones sobre los cuales tanto se han sentado; la biblioteca llena de libros que han sido verdaderamente leídos, todos esos honrados muebles dejan el espíritu a sus anchas. No hay necesidad de admirarlos, no están allí para representar; no os hablan de vanidad, como las étagères y los trastos de una mujer a la moda; sus colores pasados no atraen la vista; se borran y sirven como buenos criados. Estoy en el gran sillón verde de respaldo y brazos, y no tengo necesidad de aplaudir, de buscar un cumplido nuevo; puedo ensimismarme, abrir la puerta al ser íntimo, delicado, que cada uno oculta en sí mismo; permitir que se escape y vuele sin temor a ser derribado y magullado en tierra. La tetera canta; con los pies sobre los morillos, se mira las llamecitas anaranjadas o azules que lamen la corteza rajada de los troncos. Se borra el runrún de las ideas parisienses, y se ve elevarse en sí, como otras tantas nubes matinales, las ligeras apariciones del sueño.

-Wilhelm, que tienes que tocar ahora la sonata en sol menor; ya sabes, la obra 90.

La música tiene de exquisito que no despierta en nosotros formas, tal paisaje, tal fisonomía de hombre, tal acontecimiento o situación distinta, sino estados del alma, tal matiz de alegría o de melancolía, tal grado de tensión o de abandono, la más rica plenitud de serenidad o un mortal desfallecimiento de tristeza. Toda la población ordinaria de ideas ha sido barrida; no queda más que el fondo humano, la potencia infinita de gozar y de sufrir, los levantamientos y las pacificaciones de la criatura nerviosa y sintiente, las variaciones y las armonías innumerables de su agitación y de su calma. Es como si se quitase de un país a los habitantes y se borrasen las demarcaciones, los cultivos; quedaría el suelo, su estructura, con las oquedades, las alturas, el susurro del viento y de los ríos, y la eterna poesía cambiante de la luz y de la sombra.

-Wilhelm: no estaba todavía al unísono, he disertado por lo bajo; vuelve a comenzar, te ruego, sobre todo el segundo trozo, en tono mayor.

Repitió este segundo trozo, que es tan melodioso y tan tierno. Un canto de notas cristalinas serpentea por encima de los acordes, desaparece, vuelve y desarrolla sus espirales onduladas como un arroyo en una pradera. Diríanse a veces suspiros de flauta; a menudo es la suavidad profunda de una voz de mujer amante y triste. A veces esas dulzuras se detienen; reaparece el alma impetuosa y se lanza en cascadas de notas precipitadas, en finos caprichos delicados, en bruscos campaneos de acordes singulares; después cae todo; un enjambre de vocecitas ágiles suben, bajan y se persiguen como un estremecimiento, una agitación, una encantadora locura de aguas murmurantes, para conducir el aire a su primer canal; la melodía emprende de nuevo entonces su curso mesurado, y su oleada clara corre por última vez, más sinuosa, más amplia que nunca en un cortejo de sonoridades argentinas.

-Siempre Beethoven, Wilhelm; pero esta vez largo, y todo lo que se te ocurra.

Tocó más de una hora; pero ciertamente no miraba yo el reloj. Aquel día estaba roised (falta la palabra francesa) y yo lo estaba tanto como él. Tocó primero dos o tres sonatas completas; después fragmentos de sinfonías, trozos de sonatas para piano y violín, un aire

de Fidelio, otros trozos aún cuyo nombre no reconocí. Con algunos acordes y algunos silencios, los volvía a juntar como un hombre que, habiendo abierto su poeta favorito, lee ora en medio, ora al final del volumen, escogiendo una estrofa, después otra, según la emoción del momento.

Yo escuchaba, inmóvil, fijos los ojos en el hogar, y seguía, como en una fisonomía viviente, los movimientos de aquella grande alma extinguida; no se extinguió más que para ella misma; para nosotros subsiste y la tenemos por entero en este montón de papel ennegrecido.

¡Cuán injusta ha sido para él la fama pública! Se le reconoce como soberano en lo gigantesco y lo doloroso: a eso se limita su reino; no se le concede como dominio mas que un páramo desierto, combatido por los huracanes, desolado y grandioso, semejante a aquel en que vive Dante. Poséela esta soledad, y ningún otro músico entra en ella; pero habita también en otras partes. Lo que hay de más rico y más magníficamente desplegado en la campiña ubérrima; lo que hay de más suave en los valles umbríos y floridos; lo que hay de más fresco y más virginal en la timidez de los primeros albores, le pertenece como lo demás. Sólo que no lleva a ello un alma tranquila: la alegría le sacude todo entero como el dolor; sus sensaciones deliciosas son demasiado fuertes; no es dichoso, se halla transportado; se parece a un hombre que después de una noche de angustias, jadeante, dolorido, esperando un día peor, ve de pronto un paisaje reposado y matinal; sus manos tiemblan, sale de su pecho un profundo suspiro de liberación; todas sus potencias encorvadas y oprimidas se enderezan, y el vuelo de su felicidad es tan indomable como los sobresaltos de su desesperación.

En cada placer hay para él una punzada; su felicidad es desgarradora, no es dulce. Sus alegros brincan como potros en libertad, pisoteando y machucando la bella pradera en que se desbocan. Más vehementes aún, más desenfundados, sus presto tienen locuras, bruscos paros estremecientes, galopes desordenados, que aporrean el teclado con sus fugas retumbantes. A veces, en medio de su alegría insensata, hacen invasión lo serio y lo trágico, y sin cambiar de andares, con el mismo furor, su espíritu se lanza adelante como para un combate, siempre embriagado por la impetuosidad de su rapidez; pero con tan extraños saltos y una fantasía tan múltiple, que el espectador se detiene, como espantado por la savia de esta vida salvaje, por la fecundidad vertiginosa de sus enderezamientos, de sus sofrenadas, por la fuga de los despliegues inesperados, rotos, redoblados más allá de toda imaginación y de toda espera, que le exprimen sin poder jamás agotarlo.

* * *

Vino a sentarse cerca de mí, y me dijo:

-¿Conoces su vida?

-No muy bien; sólo lo que dicen los folletines.

-He aquí su biografía por Schindler, un bravo hombre que pasó con él los últimos años. Léela mientras preparo el té.

Me puse a hojear el pobre volumen alemán, encuadernado en badana blanca, en que el fiel compañero del maestro, un verdadero famulus alemán, una especie de Wágner, discípulo de otro Fausto, ha consignado todos los detalles que le habían contado o había visto. Estos detalles tan positivos no me parecen ya vulgares. El alma que acababa de ver ennoblecía todos los exteriores. Volvía a ver al hombre en su vieja hopalanda, bajo su sombrero abollado, con sus gruesos hombros, su barba inculta, su gran cabellera erizada, caminando con los pies descalzos en el rocío de la mañana, escribiendo Fidelio y Cristo en el monte de las olivas sobre un espigón del que salían dos troncos de roble, yendo derecho hacia adelante sin ver los obstáculos o sentir el mal tiempo, regresando por la noche a un cuarto en desorden, libros y música yaciendo revueltos en el suelo, las botellas vacías, los restos del almuerzo y las pruebas de imprenta amontonados en rincón, la misa en re sirviendo de envoltorio en la cocina; sombrío de ordinario, hipocondríaco, y atravesado de pronto por accesos de alegría extraña, recorriendo el teclado con una mueca formidable; silencioso, reconcentrado, escuchando las óperas con la inmovilidad de un ídolo indio; desproporcionado en todo e incapaz de acomodarse a la vida.

Pero sentía también que esas excentricidades tenían por único origen una superabundancia de generosidad y de grandeza. Sus cartas de amor, entre frases del tiempo, tienen palabras sublimes: «¡Mi inmortal bien amada!» Ha vivido en el mundo ideal que han descrito Petrarca y Dante, y su pasión no ha quitado nada a su austeridad. No pudiendo casarse, ha permanecido casto y ha amado tan puramente como ha escrito. Tenía horror a los discursos licenciosos, y condenaba el Don Juan, de Mozart, no sólo porque encontraba en él la forma italiana, sino también «porque el arte santo no debe prostituirse hasta servir de esmalte a una historia tan escandalosa.»

Ha mostrado la misma alteza de alma en los otros grandes intereses de la vida, siempre altiva ante los príncipes, esperando fuesen los primeros en saludarle, conservando el mismo tono ante los más grandes, tratando de traición y de mentira las cortesías y las complacencias del mundo, y como un Rousseau o un Platón, persiguiendo con sus esperanzas el establecimiento de una república que haría de todos los hombres ciudadanos y héroes.

En lo más profundo de su corazón vivía como en un santuario un instinto más sublime aún: el de lo divino. A sus ojos, las diversas artes y lenguajes de los hombres no lo expresaban; sólo la música, por su esencia íntima, correspondía a ello, y lo mismo sobre la una que sobre la otra se negaba a responder. En este momento leí esta inscripción que había copiado de una estatua de Isis: «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será. Ningún hombre mortal ha levantado mi velo.» La vieja sabiduría de los Faraones ha sido la sola en encontrar una palabra tan augusta como su pensamiento.

Dejé el libro, tomólo Wilhelmin y buscó una página.

-Lee esto -me dijo-; es menester que te formes de ello una idea completa.

Era su testamento; he aquí la primera página:

«¡Oh vosotros, hombres que me miráis como odiente, intratable o misántropo, cuánto daño me hacéis! No sabéis la causa secreta de lo que parece tal. Mi corazón y mi humor tendían desde mi infancia al sentimiento tierno de la benevolencia; realizar por mí mismo grandes cosas: he ahí a lo que estaba siempre inclinado. Pero pensad solamente que desde hace seis años estoy atacado de un mal incurable, que médicos ignorantes han empeorado, que de año en año, decaído en la esperanza de verle atenuarse, me veo al fin obligado a considerar como debiendo durar siempre... Nacido con un temperamento activo y ardiente, apasionado por las diversiones de la sociedad, me he visto constreñido a retirarme de ella joven aún y llevar una vida solitaria... Me era imposible decirles a los hombres: «¡Hablad más alto, gritad, porque estoy sordo!»

«¡Ah! ¿Cómo me hubiera sido posible confesar la debilidad de un sentido que debía ser tan perfecto en mí como en los otros, que yo había poseído en otro tiempo con la mayor perfección, con una perfección de pocos hombres que mi profesión tienen ahora o han tenido nunca? ¡Oh, yo no puedo eso! Solo casi siempre, excepto cuando la extrema necesidad me obliga, apenas me atrevo a introducirme en una compañía. Debo vivir como un desterrado; si me acerco a personas, es con un sudor de angustia; temo correr el peligro de que no se aperciban de mi estado. Pero ¡qué humillación cuando uno oye una flauta a lo lejos, y yo no oigo nada; cuando alguien oye cantar a los pastores, y yo nada oigo! Tales acontecimientos me han conducido casi a la desesperación; poco se ha faltado para que no pusiera fin a mi vida. Sólo el arte, el arte me ha retenido. ¡Ah! ¡Si me parecía imposible abandonar el mundo antes de haber dado a luz todo lo que yo tenía la misión de llevar a cabo!»

-Ahora -me dijo Wilhelm-, escucha.

Y empezó el último trozo de la última sonata. Es una frase de una línea, lenta y de una tristeza infinita, que va y viene incesantemente como un único y largo sollozo. Por debajo de ella arrástranse sonidos ahogados; cada acento se prolonga bajo las que siguen y muere sordamente, semejante a un grito que acaba con un suspiro; de manera que cualquiera nueva punzada de sentimiento tiene por cortejo los antiguos plañidos y bajo la lamentación suprema se reconoce siempre el eco debilitado de los primeros dolores. Nada de áspero hay en este lamento, ninguna indignación, ninguna revuelta. El corazón que lo lanza no dice que es desgraciado, sino que la felicidad es imposible, y en esta resignación encuentra la calma.

Como un desgraciado hecho pedazos por una gran caída y que yaciendo en el desierto ve las pedrerías destellantes del cielo incrustar la cúpula de su última noche, se desprende de sí mismo; olvídase de sí, no piensa ya en reparar lo irreparable; la divina serenidad de las cosas derrama en él una dulzura secreta, y sus brazos, que no pueden levantar ya su cuerpo magullado, se abren aún y se tienden hacia la belleza inefable que reluce a través de este místico universo. Insensiblemente se agotan las lágrimas del sufrimiento para dejar correr

las del éxtasis, o más bien se confunden las dos para confundirse en una angustia mezclada de delicias.

A veces estalla la desesperación; pero al punto sobreabunda la poesía y se exhalan las modulaciones más desoladas, envueltas en una magnificencia tan extraordinaria de acordes que lo sublime sobrenada y lo cubre todo con su penetrante armonía. Por fin, después de un gran tumulto y de un gran combate, subsiste solamente lo sublime; el plañido transformado se convierte en un himno que rueda y resuena, llevado en un concierto de notas triunfantes. Alrededor del canto, arriba, abajo, en multitudes apretadas, entrelazadas, desplegadas, chorrea un coro de aclamaciones que va creciendo, que se hincha, que dobla incesantemente su brío y su alegría. Ya no basta el teclado, ya no hay voz que no tome su parte en esta fiesta, las más graves con sus truenos, las más altas con sus arrullos, reunidas todas juntas en una sola voz, una y múltiple como aquella rosa radiante que vio Alighieri y cada una de cuyas hojas era un alma bienaventurada.

Un canto de veinte notas ha bastado para emociones tan contrarias; tal en una catedral gótica, la ojiva aplastada de la cripta se encurva en arcadas bajo la claridad funeraria de las lámparas, entre los muros rezumantes, en la lúgubre obscuridad que rodea la tumba de un muerto; después, en la iglesia superior, desprendida de pronto del peso de la materia, se yergue, sube hasta el cielo en columnitas, festonea las vidrieras con sus dentelladuras, abre sus tréboles en las rosáceas iluminadas y hace del templo un tabernáculo.

* * *

¡Potencias invencibles del deseo y del sueño! Por más que se las repela no se agotan. Treinta años de negocios, de cifras y de experiencia se han amontonado sobre el manantial; se le creía cegado, y de pronto, al contacto con una grande alma, brota tan vivo como el primer día; el dique ha reventado, y los materiales pesados, tenaces, con los cuales se ha tapado la salida, arrastrados por la irrupción, no hacen mas que acrecentar la fuerza de la corriente.

Por un singular encuentro volvía a ver en aquel momento los paisajes de la India, únicos dignos, por su violencia y sus contrastes, de proporcionar las imágenes a tal música. En el momento de los monzones, las nubes acumuladas forman una muralla de hollín monstruosa que invade todo el cielo y todo el mar; sobre esta masa monstruosa corren las gaviotas a millares, y la formidable negrura manchada por las alas blancas avanza hacia tierra, tragándose el espacio y anegando los cabos bajo su vapor. Entonces los buques se hacen a la mar. En un último hermoso día vi de lejos las Maldivas, doce mil isletas de coral en un mar de diamantes; casi todas están desiertas; el agua duerme en sus calas o pone una franja de plata sobre los arrecifes. El sol lanza a puñadas sus flechas de oro; en los recodos de los canales chispean chorros de oro derretido de las ondas oblicuas.

La gran sábana silenciosa, surcada de remolinos, parece un metal que sale de la fragua, todo damasquinado de arabescos; relumbran millones de centellas sobre su dorso como las incrustaciones de una coraza; diríase el tesoro de un rajá: armas y joyas, puñales con mangos de nácar, vestidos ribeteados de zafiros, penachos de esmeralda sobre los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul celeste cubiertas de lentejuelas de oro y recamadas de perlas. El cielo mismo con su blancura ardiente, ¿a qué compararlo?

Cuando una hermosa joven, floreciente de salud y estremecida de placer, toda adornada para su casamiento, se ha puesto su peineta de oro en sus cabellos, sus collares de perlas en el cuello, sus pendientes de rubíes en las orejas; cuando todas las joyas de su escuche iluminan con sus llamas el rosa viviente de su carne, sujeta a menudo en su frente un velo blanco que flota; pero su rostro lo llena de luz, y la gasa con que parece ocultarse la forma una gloria que la ilumina.

Tal esta mar bajo su cielo, en la prodigalidad de luz chorreante, después del contraste de las nubes lívidas, deliciosa y sublime como el himno divino, del grande hombre después de la larga noche de su desesperación. También ella turba demasiado, es demasiado bella, despierta demasiado por simpatía lo que despierta en nosotros él mismo. Ante él, como ante ella, se deja de ver o de oír una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida; es el coro universal de los vivientes que se siente regocijarse o dolerse; es la grande alma cuyos pensamientos somos nosotros; es la naturaleza entera incesantemente herida por las necesidades que la mutilan o que la aplastan, pero palpitante en el seno de sus funerales y entre las miradas de muertos que la cubren, levantando siempre hacia el cielo sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, inexpresable, siempre ahogado, siempre renaciente del deseo insaciado.

Miraba a Wilhelm; nos hallábamos a corta diferencia en el mismo estado, y hemos avanzado uno hacia otro. Dios me perdone; a poco no ponemos una contra otra nuestras viejas caras; pero hemos adivinado nuestra idea, yo en sus ojos, él en los míos, y nos hemos sonreído; a nuestra edad basta con darse la mano. Con eso me he ido sin decir nada. Me parece que aquella noche hemos hecho el té, pero no lo hemos tomado.

Capítulo XXV Monsieur Graindorge

A monsieur Marcelin, director de la Vida Parisiense:

Muy señor mío: Tengo el honor de participaros la pérdida dolorosa que las letras, las salazones y los petróleos acaban de experimentar en la persona de monsieur Federico Tomás Graindorge, doctor en Filosofía de la Universidad de Jena, principal socio de la Casa Graindorge and C^o, de Nueva York y de Cincinnati, fallecido, a consecuencia de una

enfermedad del hígado, en su domicilio, calle de los Campos Elíseos, 14, el 15 de julio de 1865, a los cincuenta y cinco años de edad.

Antiguo profesor de Retórica, secretario íntimo y pedicuro de monsieur Graindorge, me hallo en mejores condiciones que otro alguno para daros todos los detalles necesarios acerca de la vida, las costumbres y el carácter de mi generoso e infortunado patrono. Vuestros lectores, que conocían sus ideas, gustarán de conocer su persona, y puesto que me proponéis retribuir esta carta, me felicito de cumplir un deber que, sin perjudicar mis intereses legítimos, me permite desahogar los más dulces sentimientos de mi corazón.

Hace nueve años, cuando monsieur Graindorge me tomó a su servicio, tenía yo el honor de pertenecer a la Universidad de Francia, y desde largo tiempo llevaba con celo ejemplar la toga y el birrete que había sido llamado a llenar. Por entonces apareció una circular del rector que obligaba a todos los profesores a quitarse la barba; yo le tenía apego a la mía, que era negra y muy bella, habiendo notado la gravedad que daba a mis palabras y el ascendiente que ejercía sobre el espíritu de los jóvenes. Fuerte con mi conciencia e invocando el principio de autoridad, reclamé cerca de mis superiores, que tomaron mi carta por una burla y me dejaron cesante en la flor de la edad y del talento.

Llegué a París, que es el refugio de todos los hombres de inteligencia maltratados por la fortuna; pero, después de varios ensayos inútiles, me vi obligado a hacer copias para varias personas entre otras para monsieur Graindorge. Un día que lo traía mis escrituras se quejó de un juanete rebelde situado en el lado derecho de su dedo gordo izquierdo. Como yo había tenido siempre la pasión de las ciencias naturales, me había dedicado a la rama de la fisiología que trata de las excrescencias del cuerpo humano, la única que, protegida por su utilidad práctica y por sus teorías restringidas, pueda ser cultivada en provincias sin atraer sobre sus adeptos las censuras eclesiásticas y el peligroso renombre de esprit fort. Ofrecí mis servicios a monsieur Graindorge, y me dispensó el honor de descalzarse al instante delante de mí. Al cabo de tres minutos quedaba extirpado el juanete, y monsieur Graindorge gozaba de un alivio imposible de expresar. Desde aquel momento quedé agregado a su persona. Yo desempeñaba sus encargos no comerciales; yo arreglaba sus libros, le disponía sus trajes por la noche, y cada mañana visitaba sus uñas. Así es, señor, como durante nueve años he podido estudiar a fondo al hombre notable que hoy lloramos todos.

A fin de proceder con orden y observar la regla de las transiciones, a la que monsieur Graindorge faltaba con demasiada frecuencia, notaré desde luego que llevaba las botas demasiado estrechas. Monsieur Graindorge, aunque había rebasado la edad de la coquetería, conservaba pretensiones y vestía con un cuidado tal vez excesivo. Lejos de mí la idea de censurar a mi ilustre y desgraciado amigo; pero la sinceridad de que hago profesión me obliga a decir que empleaba una hora por la mañana y una hora por la noche en peinarse, cepillarse, perfumarse, frotarse con infinidad de pastas. ¿No os parece, señor, que este esmero extremado es poco digno de un hombre, y que para tener buen éxito en el mundo debemos contar únicamente con nuestro mérito y nuestro espíritu? Yo puedo aseguraros que, por lo que a mí hace, no empleo otros recursos, y que, a Dios gracias, me bastan los de que dispongo. Monsieur Graindorge, por el contrario, se preocupaba infinitamente por el exterior y no encontraba nunca sus trajes bastante bien hechos ni su

calzado bastante fino. Enderezaba su alta estatura delgada; colocaba sus lentes de oro sobre su nariz encorvada, como un pico de águila, yo veía bien por la noche, cuando le alargaba su frac, que se miraba con bastante complacencia en el espejo. No me dio más que un puntapié; fue un día en que, preocupado por ideas literarias, eché en sus manos, en lugar de un frasco de agua de Colonia, una botellita de tinta. Fui a caer sobre el sofá, pues tenía el jarrete vigoroso; pero, a manera de excusa, me tendió un billete de quinientos francos, y confieso que esta reparación me sugirió muchas veces la idea de renovar mi yerro. Sin embargo, me contenté después con la sonrisa grave con que protesto ordinariamente contra las flaquezas humanas, y cada noche he catado el placer silencioso de sentirme superior, a lo menos por el menosprecio de las vanidades mundanas, al hombre de quien el azar y el destino injusto me habían hecho el subordinado.

Monsieur Graindorge después de levantarse y haberme impuesto para sus pies y su toilette servicios tal vez exagerados, pasaba ordinariamente la mañana leyendo. Apruebo esta ocupación; ennoblece el alma y monsieur Graindorge tenía gran necesidad de entregarse a ella para borrar las huellas enfadosas que una vida groseramente comercial había dejado en su espíritu. Pero por más que hiciera, el recuerdo de las salazones y del petróleo reaparecía demasiado a menudo en sus discursos y en sus escritos; yo mismo, al comienzo de esta carta, no he podido contenerme de hacer alusión a ese defecto con una ironía tan mesurada como inocente. El hecho es que carecía de gusto, y esto se echaba de ver en sus lecturas; nuestros clásicos le interesaban poco; en cambio, eran pesados libros alemanes, interminables revistas inglesas los que con más frecuencia se encontraban en sus manos. Un día me aventuré a dirigirle esta observación y me respondió en tono seco que fuese a cepillarle los pantalones. No hacían presa los más sanos consejos en aquella alma inculta; aun me sonrió, y no podía menos de medir, aparte, la distancia infranqueable que separa siempre a un hombre de educación de un hombre adinerado.

A las once, monsieur Graindorge almorzaba, ordinariamente, un pollo o una perdiz fría y una botella de Burdeos. Yo estaba a su lado para servirle, y tenía para mí lo que quedaba en la botella. Durante los cinco primeros años dejó siempre la mitad; poco a poco llegó a beberse las tres cuartas partes, con un acrecentamiento de gula y un egoísmo ingenuo que llegaron a ofenderme. Y aun tenía la dureza de alabar su Burdeos en mi presencia y decir, sin ningún miramiento, que aquel vino era excelente para el estómago. ¿Con qué derecho usurpaba así mi media botella? ¿Quién le autorizaba a estarse diez minutos a la mesa, prolongando mi servicio, retardando mi comida, haciendo sufrir a mi estómago y recibiendo de mis propias manos, sí, de mis propias manos, señor, dos copas de vino de suplemento, que legítimamente y desde hacía cinco años eran para mí?

Parece que cuando estaba yo sumido en estos pensamientos mis ojos adquirían una expresión particular. Una vez monsieur Graindorge me dijo: «Celestino (es mi nombre, señor, un nombre honorablemente llevado por mi padre, y me atrevo a decir que también por mí), mi pobre Celestino, ¿qué os pasa?» Mostré al instante mi sonrisa discreta y me excusé con las preocupaciones literarias. «¡Hola, hola! -dijo monsieur Graindorge-. Es la Musa que hace de las tuyas. Eso es muy malo para la digestión. Celestino, id a buscarme el ron de Jamaica.» Me echó una gran copa, y bebí a su salud con un saludo respetuoso. Pero ved la mala suerte: con tal ocasión acabó el vino de Burdeos, mi vino de Burdeos, el único que está bajo llave, el único que conviene a mis nervios. En semejantes circunstancias, un

hombre tiene necesidad de un gran dominio sobre sí mismo; los antiguos filósofos nos dicen que la verdadera señal de la nobleza de alma es el valor con que se soporta silenciosamente la injusticia, y me lisonjeo de haber sido su digno discípulo en aquel entonces.

A la una monsieur Graindorge se iba al Círculo, y desde allí no sé dónde. No he querido saberlo; un hombre como yo está obligado a respetarse a sí mismo, y cuando sus patronos se permiten diversiones que la decencia reprueba, debe pasar con los ojos cerrados como por delante de una galería de esculturas o como por delante de esos desnudos que los peluqueros tienen la impudencia de exhibir detrás de sus cristales.

Si yo hubiese querido hablar con el cochero o el lacayo habría podido saber muchas cosas; aquellos dos subalternos hicieron muchas veces esfuerzos para llegar hasta mi familiaridad; pero los despedía cortésmente, como hombre que sabe mantenerse en su puesto. No dependía, sin embargo, mas que de mí ponerme al corriente de todas las noticias; los oía hacer sus comentarios en la despensa o en el pescante, cuando monsieur Graindorge, al llevarme consigo, me dejaba en el coche.

¿Lo creeríais, señor? Monsieur Graindorge, que no se ruborizaba de dejar saber sus calaveradas a su sobrino, no tenía siquiera la excusa de una pasión; pensaba solamente en ocupar dos horas; para eso gastaba cada año veinte mil francos y más. La señorita Concepción Núñez, la última favorita, era una simple bailarina de aquella compañía española que vino últimamente a París a exhibir sus piruetas extravagantes. Monsieur Graindorge había hecho derribar para ella los tabiques interiores de tres habitaciones; eso formaba un vasto salón, en el que tres o cuatro veces por semana, echado sobre un diván, con una pipa turca en la boca, pasaba la tarde mirando los escarceos de aquella saltatriz. El aposento estaba lleno de flores, y las persianas, cerradas, sólo dejaban entrar una media luz. Los músicos se hallaban en otra pieza, y en los intervalos de la danza tocaban unos aires lentos muy dulces y muy tristes. Monsieur Graindorge miraba en silencio o cerraba los ojos, y cuando un aire le gustaba, apretaba un botón, que en la otra pieza daba la señal de volver a comenzar.

Lo que le gustaba más eran, según me decían los músicos, aires de Chopin, todos melancólicos y lúgubres hasta dar calentura, y sobre todo una marcha fúnebre que parece el gemido de un tísico pronto a tenderse en su ataúd. Yo me largaba a la escalera desde los primeros compases. Pero monsieur Graindorge parecía experimentar un singular placer en el contraste de la música y el baile; porque se me ha olvidado decir que Concepción, con sus cabellos negros entrelazados de claveles rojos, con sus ojos negros relucientes como llamas, con la púrpura intensa que al cabo de un instante venía a colorear sus mejillas, parecía una flor viviente, pero de una vida más resplandeciente y más fuerte que todo lo que podemos encontrar bajo nuestro sol. Cuando se atorbellinaba en su falda rosa sembrada de lentejuelas de oro, o cuando un instante después, inmóvil, reteniéndose, se estremecían todo su busto y todos sus hombros, le salía la llama por los ojos como de un brasero inextinguible, y yo, hombre fortalecido contra las locuras de la juventud, dejaba de mirar por la cerradura e iba a distraerme en la despensa, donde ella hacía siempre guardar para mí una botella de aquel célebre vino de Burdeos, tan saludable para mi estómago.

En cuanto a monsieur Graindorge, se quedaba tan inmóvil como uno de sus barriles de petróleo (perdonad esta comparación trivial, pero impresionante); solamente en el coche le venían a veces las lágrimas a los ojos. Nunca aplaudía ni hablaba; al irse besaba la mano de Concepción con una seriedad del todo particular. Tal vez por eso le había cobrado ella amistad; se sentía verdaderamente admirada, y había tomado odio a los parisienses que no comprenden la danza.

¡Pero también comprendía yo la danza, y la prueba está en que no podía permanecer mirando por el ojo de la llave! ¡Es que me veía obligado a beber una botella de Burdeos para afirmarme la cabeza! ¡Es que me ponía furioso cuando a las once de la noche monsieur Graindorge me decía que hiciese enganchar! ¿Por qué se estaba él en el diván mientras yo me quedaba fuera de la puerta? ¿Por qué era él quien proporcionaba las botellas y porque era yo quien se veía reducido a bebérmelas? No era más joven que yo; no tenía las maneras más amables; en cuanto al fondo del espíritu y al mérito sólido, no vale la pena entrar en la comparación. Yo había vivido con los buenos autores; él, con las salazones y el petróleo, de ahí todos sus privilegios. ¡Extraña ironía de los convencionalismos sociales; cuanto menos se merece, más se tiene!

No me queda ya, señor, mas que notar algunas particularidades de la persona y de los gustos de monsieur Graindorge. Su obstinación en llevar botas estrechas le había hecho salir dos callos en el pie izquierdo y tres en el derecho. A fuerza de tiempo y de cuidados, mediante el uso cotidiano de lociones tibias y de la lima, había conseguido librarle de aquella incomodidad; todos los pasos agradables que ha dado durante los tres últimos años de su vida me los debe a mí, y si hubiese tenido un corazón verdaderamente agradecido, no habría adelantado jamás un pie antes que el otro sin pensar en mis servicios; pero cuando su espíritu no estaba distraído por las frivolidades, lo llenaba el egoísmo. No quiero otras pruebas que las NOTAS SOBRE PARÍS que le habéis dispensado el honor de imprimir. No solamente las escribía yo bajo su dictado o copiaba sus garabatos, sino que era yo también quien corregía las pruebas, rectificaba la puntuación y los acentos, enderezaba las frases cojas y esparcía a veces sobre el estilo inculto y americano de monsieur Graindorge el lustre a que sus ensayos semibárbaros deben vuestra indulgente aprobación. Puedo decir que durante tres años he sido no solamente su secretario, sino su colaborador, y mi discreción ha igualado a mi celo.

¿Y qué gratitud me ha mostrado monsieur Graindorge? ¿Cuándo ha citado mi nombre? ¿Hay una sola frase en que haga alusión a mis servicios? En sus veinticuatro cartas habla de todo, de su sobrino, de sus amigos, de su padre, de sí mismo, de sus gustos, de sus viajes, de su interior, y de mí, ni una palabra. ¿Es envidia? ¿Ha querido ahogarme? ¿Creía que me impediría llegar hasta el público? ¿Ha temido que se me atribuyese su obra? Gracias al Cielo, estoy por encima de las pequeñeces que se encuentran en el pueblo de los autores; no deseo el bien ajeno, soy bastante rico con el mío; si tengo una parte en la obra de monsieur Graindorge, la abandono. Lejos de mí imitar la indelicadeza de su proceder; guárdese para sí monsieur Graindorge sus frases incorrectas, sus giros vulgares, su estilo cortado y raro; faltaría reivindicándolos, y hoy habéis podido advertir, señor, que su pluma ha cambiado de mano.

Ha sido abierto su testamento la semana última y ha resultado que dividía su fortuna en tres partes. Lega desde ahora a su sobrino monsieur Anatolio Durand veinte mil libras de renta, y además otras veinte mil libras de renta efectivas desde el día siguiente al en que monsieur Anatolio Durand contraiga matrimonio. Apruebo esta última disposición; bueno es contener la juventud; pero cuarenta mil libras de renta son mucho para una sola familia, y veinte mil libras son demasiado para un joven soltero. ¿Qué necesidad tenía monsieur Graindorge de dejar una fortuna tan grande en manos de un elegante vulgar, de cuyas pretensiones se burlaba y cuyos gastos reprendía? ¿No tenía cerca de él caracteres a prueba que merecían mejor su agradecimiento y podían hacer más honor a su dinero?

Monsieur Graindorge funda además siete pensiones anuales de tres mil francos, pagaderas al titular durante quince años, para ser distribuidas a jóvenes de diez y ocho a veintitrés años desprovistos de toda fortuna, que hayan dado pruebas de mérito y hecho concebir esperanzas notables en las ciencias, las letras, las artes, el derecho y la medicina, a elección y por designación de Comisiones nombradas por la Academia de Medicina, la Facultad de Derecho y las cinco Academias. Sin duda no se puede desconocer en este legado un pensamiento razonable, si es un pensamiento razonable quitarle a la juventud el aguijón de la necesidad y la gloria del esfuerzo. En cuanto a mí, he juzgado siempre que el bienestar es para la edad madura, no para la adolescencia, y que la liberalidad de los particulares, como la del público, se emplea mejor en recompensar los servicios pasados que los futuros.

Finalmente, monsieur Graindorge, olvidándose de todo pudor, deja seis mil libras de renta a la señorita Concepción Núñez; diversas sumas de veinte a cincuenta mil francos a amigos acomodados que para nada lo necesitan; seiscientos francos de renta a sus tres criados, los tres con buenos brazos y que están en edad de servir; y a mí, ¿lo creeríais, señor?, una simple renta de mil ochocientos francos, aparte de un capital de dos mil francos para establecerme, y ¡todas las corbatas blancas y fraques negros de su guardarropa!

¡Mil ochocientos francos de renta, ciento cincuenta francos por mes, cinco francos por día, he ahí la recompensa de nueve años de servicios! ¡Por tan mezquina liberalidad me he levantado durante ciento ocho meses antes que él, acostado después que él, cepillado sus trajes, preparado su ropa blanca, cuidado de sus pies, puesto en limpio sus manuscritos, y sin beber ya, desde hace cuatro años, mas que una cuarta parte de su botella!

¿Podía creerse que con un capital de dos mil francos iba yo a encontrar un piso como el nuestro, muebles como los que yo estaba acostumbrado, una mesa de ébano incrustada de cobre, como aquélla en que he escrito tanto; sillones, alfombras, espejos, un comfortable y una elegancia que por culpa suya me son indispensables y cuya cotidiana privación me hará maldecir desde ahora el día en que lo he conocido? ¿Cuánto me durarán sus fraques negros y sus corbatas blancas? ¿Estará ahí dentro de tres años, cuando la provisión se haya consumido? Bien sabía, sin embargo, que a mí me gusta la ropa blanca y que no puedo pasarme sin un porte decente; pero no estaban a su alcance los sentimientos finos y nobles, y se había traído de América menos delicadeza que escudos.

Hemos conducido el pasado sábado a nuestro desgraciado amigo al cementerio y he pronunciado sobre su tumba un discurso interrumpido a menudo por las muestras de

aprobación de la asistencia; dos o tres amigos del difunto se han dignado felicitarme. Por lo que a mí hace, señor, estoy por encima de la vanidad literaria; no pensaba más que en cumplir un deber augusto, y si hoy, cediendo a vuestras instancias, he tributado el último homenaje al hombre eminente que lloramos, es con la persuasión de que vuestros lectores, al recorrer este sincero relato, reconocerán en él los sentimientos de un corazón tan fiel a la amistad como a la verdad.

Si, con todo, me quedase un deseo que formular, sería encontrar, gracias a la publicidad de vuestra excelente revista, un empleo semejante al que acabo de perder, convencido como estoy de que mi nuevo patrono, apreciando en su tasa mis cualidades morales tanto como mis capacidades literarias, me prestaría las ventajas que yo tenía en casa de monsieur Graindorge, añadiendo las compensaciones que no he encontrado siempre en mi primer puesto y las consideraciones que me son debidas.

Notas sobre París
Hippolyte Taine

Vida y opiniones de M. FEDERICO TOMAS GRAINDORGE

Prefacio

Los deberes de ejecutor testamentario son muy difíciles de llenar, y no sin trabajo he podido, por fin, conforme con las intenciones de monsieur Graindorge, revisar, completar y publicar estas notas. La familia oponía dificultades, y los manuscritos originales son casi ilegibles; monsieur Graindorge tenía una larga escritura inglesa, confusa, complicada con abreviaturas comerciales y estrechada además por el uso de caracteres alemanes. He conseguido llegar al cabo a fuerza de tiempo, pero siento no haber podido hacer más. Monsieur Marcelin, a quien como a mí honraba con su amistad, hubiera querido también elevar un monumento a su memoria; había mandado ejecutar por un renombrado fotógrafo muchas vistas de las habitaciones del difunto; gracias a diversos retratos había recogido los principales aspectos de la persona y de los trajes de monsieur Graindorge, a los que había añadido los de su secretario, su sobrino y demás personas de quienes se habla en el volumen; su solicitud inteligente no había retrocedido ante ningún objeto singular, ni siquiera ante el gran caparazón de cocodrilo disecado que adornaba el tocador, ni siquiera ante el rostro de Sam, el lacayo negro, que en la antesala enseñaba sus eternos dientes blancos. Además, recogiendo sus recuerdos, había pensado ilustrar con dibujos los

pequeños acontecimientos de salón, de teatro y de viaje referidos por monsieur Graindorge. Otras ocupaciones se lo impiden; espero que algún día se verá más libre; entre tanto el lector lamentará que en este último oficio no haya suplido su lápiz a la insuficiencia de mi mano.

He pasado a menudo la velada con monsieur Graindorge y siempre me he complacido en su conversación. Su erudición era ordinaria; pero había viajado y su espíritu estaba bien abastecido de hechos. Por otra parte, no era pedante ni gazmoño, y el café que se tomaba en su casa era exquisito. Lo que yo estimaba sobre todo en él era su gusto por las ideas generales, a lo cual llegaba naturalmente, y tal vez el lector parisiense juzgará que se inclinaba a ello en demasía. Yo no sé si era apreciado en sociedad; la flema americana le había acorazado en exceso y el hábito de los negocios le había vuelto harto cortante.

Era un hombre alto, enjuto, que hablaba sin gestos y con el semblante todo unido, no por falta de imaginación o de emociones, sino por la costumbre de contenerse y horror a mostrarse. Su conversación no tenía nada de literaria, salvo la ironía fría. Sin embargo, como gustaba de la lectura y había recibido una educación clásica, podía y sabía escribir a cortas diferencias como todo el mundo. De ordinario se mantenía en pie, con la espalda contra la chimenea, y dejaba caer sus frases una a una sin la menor inflexión de voz; esas frases mismas no eran más que *statement of facts*, muy empañadas y muy precisas; de momento no producían efecto; pero al cabo de una hora habíase olvidado su desnudez y su monotonía para no sentir más que su plenitud y su acierto.

Visiblemente sólo hablaba para cumplir con un deber de sociedad; su mayor placer era oír conversar a los otros. Teníamos muy pocas ideas comunes; pero nuestro método de razonamiento era el mismo, lo cual basta para hacer agradable la discusión. Por otra parte, soportaba la contradicción y se entregaba de buena gana a la crítica, hasta practicarla con sus propias manos en sí mismo, desmontando los rodajes interiores de su espíritu y de su carácter para explicar sus acciones, sus opiniones y especialmente su pesimismo. A mi juicio, había padecido demasiado en su juventud y replegádose demasiado en sí mismo en su edad madura; además, había cometido la falta de hacerse aficionado, quiero decir de desprenderse de todo para pasearse por doquier. Sólo se vive incorporándose a un ser más grande que uno mismo; hay que pertenecer a una familia, a una sociedad, a una ciencia, a un arte; cuando se considera una de esas cosas más importante que uno en particular se participa en su solidez y su fuerza, si no se vacila, se fatiga y se desfallece; quien de todo gusta, se disgusta de todo.

Monsieur Graindorge tenía conciencia de su mal; pero se encontraba ya demasiado viejo para poner remedio. Tocante a este particular referiré una anécdota que demuestra su manera de ser y, además, su lucidez de espíritu.

Un día, al cabo de una larga conversación filosófica me dijo, a guisa de resumen:

-Luis XI, al final de su vida, tenía una colección de cochinillos que hacía vestir a usanza de gentileshombres, burgueses, canónigos; se les instruía a palos y bailaban de tal guisa ante su presencia. La dama desconocida que llamáis la Naturaleza hace lo mismo;

probablemente es humorista; sólo que cuando a gran copia de zurribandas hemos desempeñado bien nuestros papeles y se ha reído hasta desquijarse de nuestras muecas, nos envía a la tocinería o al saladero.

Esta manera de explicar la vida me parecía extremada y además personal. Proseguí la idea que había enunciado antes, y traté de insinuarla; pero en términos muy generales, sin la menor aplicación, con todos los miramientos de que yo era capaz y todo el respeto con que un hombre más joven se complace en rodear a un hombre de más edad. Quitóse el cigarro, reflexionó un instante, y me dijo con su voz lenta:

-La conclusión que no sacáis es que haría mejor en estar muerto; esa es también mi opinión.

Y como yo protestase, con mucho escándalo y algo de emoción, se sonrió, lo cual no le ocurría dos veces cada mes, y añadió con igual tono:

-Cuando tengáis cincuenta y cinco años y una enfermedad del hígado, ya veréis cómo esta opinión es la más cómoda almohada del mundo.

Me ha legado sus utensilios de café turco y su provisión de cigarros; soy, pues, su heredero y me atrevo, por tanto, a creerme sincero al lamentarme en alta voz de que haya muerto.

H. Taine

Capítulo primero

Primeras notas

7 diciembre.

Ayer, en los Italianos, *Così fan tutte*, con la Frezzolini.

Me hallaba en el anfiteatro; de siete mujeres que estaban a mi alrededor, había seis loretas

.

Dos de veintiocho años, poco más o menos; la una, un verdadero tipo de Boucher, algo gastada; la otra, un tipo de Ticiano, blanda, blanca, orejita grasa, los cabellos enmarañados en nube por encima de la frente, rubios, caídos sobre la nuca y recogidos con una peineta de oro. La piel es de una blancura mate sorprendente. En tiempo de Ticiano hubiera sido simplemente enérgica y estúpida; hoy, mancillada, envilecida, desvergonzada,

acostumbrada a las afrentas y a la insolencia, lleva diez años de baños, de polvos de arroz, de vigiliadas, de pasteles de foie gras. Lo que ha aprendido es a comer bien y finamente, a beber fino y seco; es una mujer de cenas. Está ya empastada y se encamina a la oca gorda. Le contaba a su amiga una comida reciente, un bonito pisco, los vinos, el café, el servicio, volviendo los ojos con una beatitud gastronómica.

En el palco que está detrás de mí, el viejo príncipe de N... con una bailarina de la Ópera y una actriz de Variedades. Las exhibe así todos los sábados. La bailarina tiene la voz ronca de las mujercitas y un tono de una vendedora de manzanas, lo cual contrasta con sus guantes blancos de tres botones. Habla alto, tiene palabras de tití. Cuando Flor de Lis y Doralice rompen en sollozos al partir sus novios, ha dicho en alta voz en medio del silencio: «¡Y todo eso por Carrau!» Carrau es el actor que representa el segundo amante, un pobrecillo sin voz y de linda figura. Se han vuelto cinco o seis hombres y han reído; ella estaba contenta; había tenido éxito. El resto de sus observaciones son del mismo gusto: «La Alboni va tan apretada que se la levantan las enaguas. ¡Toma, el negro la adelgaza! Pero, ¿qué ópera viene a ser ésta? Desde luego que yo no entiendo palabra. ¿A qué vienen esos ojos como bolas de loto? ¡Me gustan más los Funámbulos!»

Más abajo de nosotros hay una señora honrada, lo cual se ve por ir menos descotada; el porte, la traza, son otros. La gran loreta parece pensar siempre en el placer. La otra desea que la hagan la corte. Ligera diferencia.

Claro está que ésta, tan linda, tan peripuesta, no piensa en otra cosa. Se constituye en centro, quiere que la miren, que no se piense más que en ella. Una mujer bella, o sencillamente bonita, tiene las exigencias, las vanidades, las susceptibilidades, todas las necesidades de goce y de lisonja de un príncipe, de un cómico y de un autor.

A no ver más que su exterior y la toilette, son divinas. Hay promesas infinitas de placer, refinamientos de gusto, elegancia en los encajes y lazos con que se encuadran el pecho, en esas sedas blancas floreadas en que se envuelven; pero no hay que oír las hablar, ni mirar lo que sienten, ni si sienten.

15 diciembre.

Refresco de bodas en un restaurante. Son empleados; el futuro es jefe y rebaña algo con otro empleillo; en junto, cuatro mil francos. La joven tiene cincuenta mil francos de dote; su padre es inspector de aguas y bosques en provincia.

Esta elegancia de café es innoble. Las sillas están deslucidas; las alfombras de la escalera, pegajosas; tendrías ganas de escribir sobre la puerta: Nupcias y festines. Los mozos traen vasos de agua azucarada, grosellada parcamente. Se atreven a hablar con los invitados, hacen observaciones. ¡Y qué observaciones! «¡Tendréis helados, toda clase de cosas buenas!» Esta insolencia es admirable, parisiense del todo.

Este mundo no es bello. Las toilettes, las pretensiones para ser del verdadero mundo quedan rebajadas en el instante mismo por los aires encogidos, por la extrañeza de las narices, por las maneras estiradas, por el aspecto de las cabezas que la monotonía del oficio ha acabado por embrutecer. Algunas, afinadas bajamente, son más desagradables aún.

Nada se lleva bien sino lo que habitualmente se lleva. El lujo desentona cuando se gasta una vez al año.

No hay mas que una salvación para la gente de menos de veinte mil libras de renta: vivir en casa a la ginebrina o a la inglesa, no recibir nunca, evitar todo alarde de ostentación, no ver mas que a dos o tres viejos amigos, gastar en bienestar, buenas comidas provinciales, en buena ropa blanca el dinero de los bailes, las reuniones; si no, se está mortificado y se queda en ridículo. Casarse a puerta cerrada, sin otros asistentes que los testigos, el padre y la madre. Las grandes comilonas, los bailes a la luz de las lámparas son buenos para los campesinos, que no se hartan mas que una vez en su vida, o para los obreros, que tienen necesidad de estirar las piernas.

El pianista, hombre de treinta y seis años, embrutecido, estaba gracioso con su traje de ceremonia, su bigote y su aire de ebanista endomingado. Bajo esta envoltura se veía la costumbre de las copejas. Aporreaba dura y maquinalmente a quince sueldos por hora. Pensaba yo en esos enterradores siempre rapados, negros de pies a cabeza, con un sombrero negro de bordes rojizos.

La novia es una buena comadre regordeta, toda redonda, que quisiera estar metida en un agujero. A las once de la noche adquiere seguridad, se hace la señora, habla ya de los arreglos de interior, y dice: «Haremos, iremos.» Él, ágil y avispado, saluda, sonríe, mariposea, mueve los brazos, las piernas, los ojos, la cabeza, con una petulancia de meridional; los faldones de su frac baten como alas. Se han visto por primera vez hace seis semanas; se han aceptado al cabo de tres entrevistas. Hoy, piano, algazara y vasos de agua azucarada con grosella; y he ahí dos cuerpos y dos almas acoplados por toda la vida.

17 diciembre.

Velada íntima, gentes del verdadero mundo, y, sin embargo, ¡cuántas incoherencias!

Una joven ha cantado no sé qué romanza moderna, en todo caso una romanza de amor, tan apasionada como cabría desear; la música sobre todo tiene velos extraordinarios, como los de la serenata de Schúbert. Notad que seríais el más grosero, el más indecente de los hombres si ante la madre, el padre, la tía, la abuela, todo el escuadrón de las dueñas y los parientes de la familia osaseis hacer la más ligera, la más lejana alusión a lo que acaba de explicar por lo largo.

Desfile de músicas. Entre otras, madame de V..., una joven casada de veintitrés años, con los ojos elevados al cielo, quiero decir al techo, y que esperan, ha cantado el Deseo de

primavera, con gestos lánguidos para comentar la música. El marido está radiante; trae los cuadernos, hace el empresario. A mí me gustaría más que mi mujer se quitase la ropa en público.

Siempre aparece la actriz, la modista. Miraba todos esos semblantes por encima de los ricos trajes descotados, con encajes. Los trajes son bellos y hasta poéticos, pero ¡qué cabezas!

Madame de V... y su marido volvieron a casa anteayer a las siete de la mañana. El mismo día han ido a otras dos soirées. Las jóvenes son insaciables: todas las noches en coche para el baile, el teatro, las comidas; ésta va seis veces por semana, y a dos o tres casas cada noche, a tiempo de coger un sillón, cambiar una frase convenida contra una frase convenida, hacer una seña al marido, que espera en el umbral de una puerta, y echarse el albornoz en la antesala.

Siempre la misma fisonomía sonriente; es un pliegue contraído que cae sobre una sonrisa como una bailarina sobre las puntas de los pies. Por más que sea linda no pasa de ser una muñeca; al cabo de diez minutos de conversación se tienen ganas de irse. El marido es un garrapata rechoncho, apasionado por las trufas. Al fin y al cabo tiene razón ella en hacerle trotar; come demasiado; echaría panza.

21 diciembre.

Al presente cuando los hombres hablan a las mujeres de mundo lo hacen con un matiz de rechifla; han tomado este tono a fuerza de ver pelanduscas, con las cuales se está siempre en pie militante. El tono caballeresco, el verdadero respeto han desaparecido. Los modales solícitos y cumplimenteros, o sencillamente los aires de deferencia, no se encuentran ya mas que en los hombres de cincuenta años. Madame André M. me decía ayer que eso es muy desagradable y no se sabe dónde se irá a parar. He visto ese tono en su marido, como en los demás.

23 diciembre.

Las mujeres se aburren extraordinariamente al verse abandonadas en los salones; mejor prefieren ser chuleadas. En montón y en muchas filas bostezan decentemente bajo el abanico, aprisionadas tras una muralla de trajes que habría que franquear. Imposible moverse en toda la noche, y nada de conversación; no hablan con gusto entre sí; se desafían unas a otras porque son rivales de toilette y en belleza; no saben mas que sonreírse y echarse pestes interiormente.

Los hombres miran, reclinados contra los largueros de las puertas; ojean como delante de un bazar. En efecto, es una exhibición de volantes, de diamantes, de hombros.

Pronto rezuma la acritud. Sienten un rencor antiguo contra el matrimonio, por no haber encontrado mas que decepciones. «Los hombres han tenido su juventud, sus ilusiones, han vivido. ¡Pero nosotras!»

Están furiosas por tener que suceder a cinco o seis bribonas. Una de ellas insistía siempre en estas palabras: conocer la vida; entiéndase con eso la embriaguez, la sensación intensa, la palpitación del corazón, de los nervios, el torbellino que lo arrebató todo, los sentidos y la cabeza. La palabra es moderada, pero ¡su pensamiento! Nadie podría medir los agujeros, los huecos sin fondo que se encontrarían bajo la costra uniforme de hielo mundano.

Madame André M. tiene por lectura predilecta las novelas de Enrique Murger; allí está para ella el verdadero sentimiento. He visto alemanas leer y volver a leer Fanny, Madame Bovary. Hastío del puchero, deseo de cenas. Se las llevaría lejos en esta pendiente.

Se las ordenan sentimientos de ardilla enjaulada, una vida regular, comedida, tirada a cordel, exenta de pasiones, como la de un holandés filósofo, y al propio tiempo se las enseña el arte de contentar, despertar, irritar las más vehementes imaginaciones, los más refinados deseos. «Querida mía, encenderéis en torno vuestro el fuego más ardiente que podáis; pero permaneceréis siempre fría.»

3 enero.

En la Ópera, dos jóvenes y sus maridos en mi palco.

Oigo roncar las palabras de moiré antique, velours épinglé, tarlatana, popelina, guipure, volantes y otras.

En este mundo que flota entro las cuarenta y ochenta mil libras de renta es imposible pensar en otra cosa. Madame M... y madame de B... han sido educadas muy sencillamente, son muy sencillas, y, por tanto, no les queda tiempo para nada. Hay que escoger una tela, comprar cintas, hacer guarnecer un sombrero, comparar encajes, guiar la modista. Las tardes se emplean en las tiendas; el marido no puede disponer del coche.

Tienen razón; le dan al francés el género que lo gusta más entro todos: el agrado. Nada tendría que hacer de un sentimiento duradero y fuerte; esto le embarazaría, le agitaría, le tendría en cuidado; le es menester un cosquilleo pasajero de la imaginación, una linda promesa de placer lanzada al paso.

Mis dos muchachas están hechas expresamente para eso. Siempre el mismo aire de amabilidad risueña y graciosa. Sonríen ante ese horrible y terrible drama del Trovador; están a sus anchas.

Figuraos una persona que toma un sorbete o deja fundir un merengue en su boca. Tal es su estado: un estado de pequeño placer tranquilo y sin segunda intención.

Cada uno tiene así su grado y su especie de bienestar, que es como su temperatura moral y natural. Oscila alrededor y trata de acercarse. Esta temperatura, para Voltaire, por ejemplo, se encuentra en el chisporroteo de una cena fina y brillante, en la sensación que se experimenta cuando se tiene un zafarrancho de veinte ideas vivas y como una botella de champaña en la cabeza. La temperatura de Verdi es la de un combatiente, de un insurrecto, de un hombre indignado que ha concentrado por largo tiempo su indignación, y que enfermo, tendido en la cama, estalla de pronto como una tempestad. ¡Singulares oyentes esos para hallarse al nivel de Verdi!

Son críticos, gente de gusto, burlones, incapaces de salirse de su paso, de conmoverse hasta el fondo.

Primero se han ocupado de la figura de Azucena. «Puede pasar; sus sayas de gitana tienen carácter.» Viene el relato tan doloroso, trágico, casi desgarrador, todo el horror de las atroces pasiones españolas, toda la grandeza sangrienta de la edad media. Las señoras se pedían los gemelos y los devolvían: se trataba de descubrir el matiz exacto del tinte de Azucena. «¡Santo Dios! Se ha ahumado como un jamón!» Y venga reír con cierto asco.

Eso me recuerda la escena de Don Juan en el último acto; cuando los diablillos llegan haciendo cabriolas, toda la gente de los palcos bromeaba. No veían la trágica seriedad del aire.

4 enero.

Alceste en la Ópera.

El público estaba muy frío y sólo se ha sentido escarabajado por el ballet. Este público se compone en sus tres cuartas partes de gente que quiere divertirse, que viene a escuchar un gran poema dramático como se va al café o al Vaudeville. Scribe, Alejandro Dumas padre, Adolfo Adam dan la medida del francés. Sin embargo, a causa del mantillo parisiense, hay una flor y nata de verdaderos jueces, y en rigor los otros pueden elevarse hasta ellos; pero la simpatía nativa, la inteligencia innata de lo bello, la capacidad de ilusión están en Italia y en Alemania. En Berlín se escucha la música en silencio, tan atentamente como en la iglesia. Aquí se hace zumba.

De ahí que abunden los descuidos. Se ven desde los mejores palcos los círculos de las regaderas sobre el suelo y ensucian la imaginación. La expresión aburrida, desvergonzada

de las figurantas forma contraste con la música; se dan con el codo, bromean entre bastidores. El ballet es innoble. Es una exposición de mozas a la venta. Tienen los gestos y las bajas carantoñas del oficio, la sosería voluptuosa y querida. No hay en un ballet ni el diez por ciento de verdadera belleza. Todo es provocación como en una acera; las piernas en maillot rosa se enseñan hasta las caderas; la actitud es la de las danzarinas de cuerda; con sus feas patas de rana moderna, con sus brazos filamentosos de araña, con sus pantorrillas que huelen a escuela de saltimbanqui, se imaginan representar las nobles procesiones de la Grecia antigua.

Gentes de mundo que viven para el placer y lo atrapan una vez por diez; burgueses que corren tras él sin alcanzarlo; mujerzuelas y un populacho de contrabando que lo venden o lo trampean: he ahí París.

Un solo objeto: gozar y darse pisto.

Capítulo II

Monsieur Graindorge al lector

A monsieur Marcelin, director de La Vie Parisienne.

Muy señor mío: Puesto que juzgáis conveniente dar a conocer a vuestro público al autor de las notas, asaz raras, que habéis tenido a bien imprimir, voy a hacer yo mismo al lector los honores de mi persona. Algo embarazoso es presentarse uno mismo; pero no importa. Bueno será que vuestros lectores tengan una idea del hombre que vendrá una o dos veces cada mes a trabar conversación con ellos durante el desayuno.

Tengo cincuenta y dos años, he ganado ochenta mil libras de renta en el comercio de salazones y de aceites y no tengo imaginación. Además dejé a París hace cuarenta años y he regresado apenas hace cinco o seis. He ahí unas disposiciones bastante malas para describir la vida parisiense. Probablemente me llamarán bárbaro y quizá lo han hecho ya.

Si así fuese, señor, la falta recae en mi educación primera. Mi padre pretendía que un colegio francés es un cuartel y que en él no se aprende nada mas que a fumar en los corredores y a desear el conocimiento con las lindas señoritas que tan ágilmente bailan en la calle Cadet entre once y doce de la noche. Me envió a Eton, en Inglaterra, donde fabriqué muchos versos griegos, sobre todo yámbicos; además sacaba lustre a las botas de los mayores y recibía o daba muchas docenas de puñetazos por semana. No he sacado gran provecho de los versos griegos, ni si quiera de los yámbicos; pero el arte de limpiar las

botas y la costumbre de los puñetazos me han sido útiles; me tomo la libertad de recomendarlos para vuestro señor hijo, si es que por ventura tenéis uno.

Cuando llegué a los diez y ocho años juzgó mi padre que con ese régimen de versos griegos y de buenos porrazos debía haberme hecho un cerebro paciente y costados sólidos, y me envió a Alemania, a la Universidad de Heidelberg. Me compré mi casquete encarnado con un cordoncillo de oro y me paseé por los jardines del viejo castillo, echando atrás el torso, lo cual da un aire varonil; además, aunque tenía unos ojos bonísimos, llevaba anteojos para tener un talante sabio. Durante cinco años fumé una multitud innumerable de pipas, di y recibí algunos sablazos, una vez a propósito de una criada con la cual uno de mis camaradas no se había mostrado respetuoso, otra vez para defender contra un escéptico la autoridad del sentido interior, otra a propósito de la objetividad y la personalidad de lo infinito. Admiraba de todo corazón las divisiones y subdivisiones en las cuales nuestros profesores hacían caber todas las cosas divinas y humanas; metía ruido con los pies cada vez que el privat-docent hablaba demasiado aprisa; no quería perder una sola palabra; me parecía que toda la ciencia numerada, y rotulada entraba en mi cabeza como en una cajonería; comenzaba ya a tener una idea de lo absoluto y pensaba en hacer descubrimientos inmortales, cuando murió mi padre, dejándome sin un céntimo.

En Alemania, señor, se encuentra a veces en los periódicos el anuncio siguiente: «Un joven que ha recibido una educación clásica, que habla y escribe muchas lenguas vivas, versado en el derecho, la química y las matemáticas, hijo de un padre conocido en las letras, provisto de las más honrosas recomendaciones, solicita una plaza de dependiente con ochocientos francos.» Yo no poseía tantos títulos, y me sentí dichoso al entrar al servicio de los señores Schevartz y Compañía, de Hamburgo, negociantes en aceites, que me hacían viajar para vigilar sus entregas y sus cargamentos. Yo tenía unos grandes cabellos lisos, un aire absorto y no pensaba bastante en los aceites; pero me vi obligado a desembrollarme. Un día un marinero, mocetón grueso y alto, a quien ordené, bajara un barril, se encogió de hombros llamándome: «Euer Gnaden, monseñor». Me arrojó sobre él, y de seis puñetazos le rompí la cara; obedeció al instante; toda la tripulación comenzó a tratarme con benevolencia, y así adquirí mis primeras ideas sobre la manera de conducirse con los hombres.

Tres semanas después, al recalar en Cuba, fui a tomar el fresco a doscientos pasos del puerto, apoyado en el brazo de un camarada; me sentía débil todavía; había tenido fiebre a causa del agua mala y de la galleta, que no podía digerir. Vi algunos de esos chinos que se venden por diez años mediante una medida de arroz por día, dos piastras al cabo del año, una camisa y un sombrero de paja cada dos años y bastonazos de roten a discreción del comprador. Me siguió uno de ellos, me compadecí de él y le di limosna. Al cabo de cinco minutos, a la vuelta de un camino, un garrotazo bien asestado por la mano del mismo chino me derribaba en tierra. Mi camarada responde, y hete ahí al chino por el suelo; me levanto y me vuelvo, cojín cojeando, a bordo.

-¿Y el chino? -pregunté al llegar.

-¡Oh! No os inquietéis por él; sus amigos irán luego a rematarlo y enterrarlo, primero para quitarle la camisa y luego para no verse comprometidos si presentamos una demanda.

Me vendé la cabeza, que estaba algo rajada, y reflexioné mucho. Me parecía que los hombres no se mostraban tan inclinados a la fraternidad como había creído. Ocho días después, en Bâton Rouge, en la mesa de una fonda, rogué a mi vecino me acercara un plato; lo coge, lo huele, lo juzga bueno, se lo pone delante y se lo come muy gravemente sin ocuparse más de mí. Era mi vecino de la izquierda. En el mismo instante, mi vecino de la derecha pide una vez, y después otra, una lonja de jamón al waiter, que no le entiende. Sin decir palabra le tira al waiter su plato a la cabeza; éste, que tiene la oreja hendida, coge una silla y derriba al caballero; pero cae derribado a su vez por otro gentleman, que saca la bowie-Knife. Entre tanto, tres o cuatro americanos que habían acabado de almorzar permanecían tranquilamente sentados en el rincón de la chimenea, con los pies a la altura de los ojos, cortando cada uno un pedacito de madera con el cortaplumas que llevan siempre en el bolsillo; es su diversión. Únicamente volvieron la cabeza, chiflando, con la curiosidad que se presta a una especie de boxeo.

Esto me bastó; estaba formado. Con mis primeras economías pagué a un profesor de bastón, compré un fusil, me ejercité en el tiro sobre los caimanes de la orilla, me desembaracé de mi filosofía y de mi urbanidad, y comencé a andar recto delante de mí por el lado bueno, que es el del dinero.

No os referiré mis comienzos; sería harto largo, tal vez harto crudo; en Francia no os gusta la verdad escueta. Sabed tan sólo que he comido vaca rabiosa, como decís aquí, y no siempre hasta saciarme; no tiene vaca rabiosa quien quiere; por otra parte, en América se opina que de veinte a treinta años es el verdadero alimento del hombre. A los treinta años tenía una plantación, diez y nueve esclavos y quinientos cochinos. Trataba bien a los esclavos y a los cochinos; pero sacaba partido. Me imagino que van ahora a poner el grito en el cielo y a llamarme malvado, explotador de hombres. Sin duda, señor, hay amos malos; cuando mi vecino míster Wright encontraba un caballo despellejado hacía aplicar al conductor un vejigatorio del tamaño de la desolladura del caballo y le obligaba a conservar esta advertencia hasta que el caballo quedaba curado. Para mí, si un negro era malo, lo vendía; ese era mi mayor castigo; no he dado veinte latigazos en mi vida.

Puedo aseguraros que el domingo mis pícaros dormían lo más voluptuosamente del mundo, en montón, sintiendo dilatarse y rezumar al sol su piel untuosa. En cuanto a los cochinos, tienen el mismo gusto que los negros; pero más ingenio. Son animales muy distinguidos, que tienen instintos de grandes señores y sutilezas de políticos. Van en piaras a la montanera, quiero decir a paseo, y se pasan así el día bajo las grandes encinas, caprichosamente, avanzando a veces muy lejos, a veces hasta una legua de la habitación, como catadores y aventureros, todos golosos y hábiles en rastrear y desenterrar con su grueso hocico las buenas raíces.

Son sociables; pero con cálculo, como nosotros; cuando un oso se deja ver forman un círculo, enseñando sus colmillos. Si a veces alguno de ellos se desvía y se deja coger, todos gruñen a grito herido; luego, cuando el oso está ahito y se va, van a comerse los restos de su camarada; ya veis si tienen espíritu positivista. A la puesta de sol se toca el cuerno; llegan a galope desde los cuatro puntos del horizonte, y como gentleman, encuentran la mesa puesta; los pequeños se amontonan, tan rosados y frescos como los amorcillos de Rubens;

se meten por entero en las calabazas gigantescas, comen a pleno vientre, lamen sus jetas y salen triunfalmente todos amarillos. Perdonadme estos recuerdos demasiado vivos; diez años he vivido entre esos animales; muchas veces en vuestra Ópera he echado de menos su música.

Primero vendía doscientos por año, después mil, después dos mil. Mi nombre era conocido en Cincinatti, y como otro cualquiera hubiera podido labrarme una casa griega con torrecillas góticas, llegar a ser capitán de bomberos, tesorero de una Sociedad para la educación anatómica y clínica de las jóvenes damas cirujanas. Pero pensaba en París, y ya sabía que no hay que volver aquí sino siendo rico.

Acabábase de descubrir los pozos de petróleo de Pensilvania y me lancé de cabeza en los aceites. Entré por tres meses en un almacén, hice la educación de mi olfato, manejé los barriles, los jabones, las resinas, los alquitranes; caté las muestras; poblóse mi imaginación de colodras, pintas, toneles, espitas, licores, los unos amarillos, los otros verduscos, los otros relumbrantes como lentejuelas o apizarrados, todos viscosos, filantes y rezumantes, cada uno con su precio, su sabor, su olor y su marca. Así provisto establecí un depósito, compré un terreno, abrí un pozo; había encontrado el buen filón; saqué en veinticuatro horas cinco mil litros de petróleo y gané cuatrocientos dólares por día. El único inconveniente de esos, admirables pozos es que a veces se prenden fuego; mi sucesor quedó allí asado vivo con la mitad de sus obreros. Tranquilizaos, señor; ya me había pagado.

A pesar de tantas satisfacciones, ni los aceites ni el tocino me llenaban el alma; los americanos gustan del negocio por el negocio, y yo no. No estaba casado; no tenía, como ellos, doce o quince hijos que atender; no sentía placer, como mis vecinos los plantadores, en construir una iglesia. Cuando el domingo hacían tres leguas a caballo para oír un sermón metodista, no tenía ningunas ganas de imitarlos. Dos veces por año tenían un shouting, en francés hurlement; es una asamblea edificante. Se levanta una especie de estrado; media docena de predicadores, por turno, sermonean sobre la predestinación, la penitencia, la condenación y otros asuntos igualmente agradables. En los intervalos se cantan salmos. Los oyentes han llegado de veinte millas a la redonda, acampan alrededor, atan sus caballos a los árboles. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las cabezas se caldean; uno de los asistentes sube al estrado y confiesa en voz alta sus pecados; después otro; después dos o tres a la vez; empiezan los sollozos y los lloros; es un desahogo para las imaginaciones solitarias y tristes. Yo me quedaba frío, y eso me perjudicaba. Me encerraba el domingo en un cuarto, alto, desde el que veía el sol rojo ponerse entre las copas de los grandes árboles; tenía mi pipa de Heidelberg y algunos libracos griegos anotados en Eton. Leía vuestras revistas, vuestros libros, los libros de Alemania y de Inglaterra. Despertábase en mí el antiguo hombre; me sentía más joven; al ver vuestras ideas, vuestras vivacidades, vuestras temeridades de espíritu, vuestras campañas aventuradas a través de la filosofía y de las letras, se me antojaba hallarme en un baile. Una mañana, en vez de volver a los jamones y los barriles, vendí mis tierras y mi fábrica, coloqué mi fortuna en consolidados ingleses y me embarqué, en el Persia para Europa.

He viajado mucho; pero en ninguna parte, señor, he encontrado tan buena acogida como en París. Descolláis en el arte de hacer agradable la vida; tal vez sea ésta vuestra única excelencia, y, en todo caso, para quien quiere sencillamente, conversar y divertirse, esta

ciudad es el Paraíso. Estuve algo mareado los primeros tiempos; un hombre rico, aunque esté mal conservado, se ve muy perseguido. Me fue preciso despedir sucesivamente a tres ayudas de cámara; mis lindas vecinas les pagaban para tener el honor de ser entretenidas por mí. Aun hoy paso por un oso en muchas casas, por no haberme casado con la hija.

Todo eso ha acabado por calmarse. He dado algunas comidas pasables y se han tenido en consideración mis vinos y mis trufas. He prestado dinero a muchos músicos y literatos y he olvidado siempre pedir la devolución, lo cual me ha valido su ternura. No tengo sortijas de brillantes y no hablo nunca de las cotizaciones de la Bolsa, de manera que no se me ha encontrado más impertinente ni más fastidioso que otro. La guerra de América ha venido muy a propósito para hacerme representar un papel decente; proporciono datos sobre el Norte y el Sur, razono cuanto se quiere sobre los algodones, sobre el presidente Davis, y la señora de la casa se felicita de haberme enviado tarjeta. En cuanto a mí, voy al mundo como al teatro, y aun de mejor gana que al teatro; los actores son mejores en la ciudad que en la escena; sobre todo son más finos; después de tantos años pasados en América siento necesidad de finura. Tengo un buen coche caliente, que me trae y me lleva; un ayuda de cámara avisado, que me viste. Mi sastre no es tonto y yo soy demasiado viejo para ser tímido. No tengo empleo que solicitar ni pretensiones que sostener. No deseo mas que oír y mirar; oigo y miro; ninguna mujer se muestra descontenta de ser mirada, ni ningún hombre de ser escuchado.

A veces al abrocharme el paletó se me ocurre una idea y la escribo al volver a casa; de ahí mis notas. Ya veis, señor, que no son esas cosas literarias. No es en América donde he podido aprender el francés bonito; lo admiro, pero soy completamente incapaz de imitarlo. A mi ver, al ver de un extranjero, el estilo de vuestras gentes de ingenio se parece a esos artículos-París que sólo puede fabricar un verdadero parisiense, tan brillantes, tan ligeros, hechos con nada. No sé mas que anotar mi idea cuando se presenta y tal como viene, describir un mobiliario a la manera de un subastador, en frases descosidas, con toda suerte de observaciones descabelladas. Escribía para mí, no para el público; acordaos de que he vivido entre cabezas bíblicas y en los petróleos, después de una educación alemana, y borrar de mis garabatos lo que os plazca; no sé si vuestros lectores dispensarán el resto.

Capítulo III

Un salón

25 diciembre.

Madame de L... estaba de pie contra la chimenea, semiinclinada, con ese gesto nervioso que tan bien le sienta, los ojos animados ¡y qué sonrisa! Su talle esbelto, flexible, estaba apretado en un traje de terciopelo negro. El hombro redondo y divinamente blanco salía luminoso de esta negrura profunda, y la nuca ondulaba hasta las trenzas torcidas bajo la peineta de oro. Esta línea sinuosa de carne desnuda viviente era deliciosa al salir de la opulenta orladura sombría.

No hay verdaderas soirées sin mujeres en gran toilette, y no hay derecho a vestirse y escotarse mas que cuando se tienen sesenta mil libras de renta. Constituye ello un extremo alcanzado, como en el genio; una verdadera toilette vale por un poema. Hay un gusto, una elección en la disposición y el reflejo de cada cinta satinada, en las sedas rosadas, en el suave raso plateado, en el morado pálido, en la dulzura de los colores tiernos, ablandados aun por envolturas de randas, por bullones de tul, por frunces que se estremecen; los hombros, las mejillas adquieren un tinte encantador en este nido jugoso de encajes y blondas. Esa es toda la poesía que nos queda. ¡Y qué bien la entienden! ¡Qué arte, qué llamamiento a los ojos en esos corpiños blancos que ciñen los talles en la frescura inmaculada de las sedas joyantes! Ya no tienen edad bajo las luces; el esplendor de los hombros borra la alteración del rostro. Bien lo saben ellas.

Dos amigas en los dos rincones de la chimenea (¿son amigas porque forman contraste?): la una, gruesa, extraordinariamente escotada, y sin embargo sin indecencia, con una diadema de diamantes y una especie de cruz de la Orden del Espíritu Santo en el corpiño, se muestra rubia y carnosa como una diosa de Rubens en una falda amarilla de seda clara, rodeada de encajes que borbotan. Todo eso palpita y se estremece cuando anda; la luz se hunde en la amplitud satinada de los hombros y parece habitar en ella; el cuello gira y los grandes ojos tranquilos posan su mirada de aplomo como una mujer del Renacimiento.

La otra, en traje de terciopelo escuadrado por delante como en tiempo de Enrique IV, con una guarnición de magníficos encajes que le forman marco como un camafeo, levanta una cabeza de judía ardiente bajo una diadema de cabellos más negros que plumas de cuervo. Alrededor del cuello, collares negros; en el vértice y delante de los cabellos, un tocado negro. La rica y pesada cabellera cae en masas lustrosas sobre la nuca, y los ojos negros llamean como los de una española de Calderón.

Hay que gozar de todo eso como artista, por un minuto, como una ilusión que pasa, un deslumbrador fantasma que va a evaporarse, sin lo cual la turbación sería demasiado fuerte y se concebiría el amor como en el siglo XVI.

Un instante después se me representaba el revés de los naipes, que conozco. La primera, la admirable música, revienta a su marido con el piano, los conciertos, las gamas; yo tengo el fruto; él, el hueso. La segunda está desavenida con el suyo; sólo se ven una vez al día en la mesa. El vestir ha introducido la discordia en el matrimonio; apostarí, por el aire del marido, que disputaron ayer. Sesenta mil francos de renta, y al año la cuenta de la modista subía a diez y ocho mil. Ha habido que emplear al confesor para reducir a la esposa. Tomad a esas gentes por lo que son, por actores y actrices; lo que hay de cómico es que pagan para divertiros.

Pero este punto de vista es difícil de conservar. La ilusión se apodera de vosotros; imagináis lo sublime, la felicidad; al bajar la escalera lleváis una ópera en la cabeza. «¡Estremécense en vosotros frases de novela!» ¡Cuán exacta es esta frase del pobre Musset! En seguida, la sensación es singular cuando por la ventanilla de vuestro coche, a media noche, miráis las gentes que chapotean y las aceras relucientes de barro.

El cielo negro, salpicado por el gas de llamas trémulas, pesaba sobre el río como una losa de tumba. Una larga hilera de luces se alargaba a intervalos iguales, en el silencio y la inmovilidad, como las antorchas de un catafalco. El río se revolvía indistintamente, horrible y lúgubre. Había aún linternas encendidas en una barca de lavanderas. Las pobres mujeres, para ganar veinte céntimos, sacuden la ropa hasta media noche.

He vuelto; me gusta esa casa; no hay mucha gente, no hay rigidez, se divierte uno; pero también ¡cuántas cosas reunidas!

Primero, cien mil libras de renta; es menester eso para llevar la vida elegante. Lujo antiguo; desde hace seis generaciones la familia goza de fortuna: nada que huelga a advenedizo. Ni camarillas ni ambición; huyo como de la peste de esas casas en que se va a hacer la corte y repetir un catecismo; monsieur de L... no tiene empleo, no lo desea, no tiene hijos por colocar. Es un epicúreo finamente burlón y nada malo, a quien todo ha salido a pedir de boca. Nada hay como la felicidad para hacer amable a un hombre. Con eso, y para colmo, letrado, casi artista, aficionado a todo lo que es bello y bonito, cortés y gracioso por excelencia; el cumplimentero más delicado de cuantos hombres he conocido. Nada de pasiones ni de ideas profundas; un tacto siempre despierto, miramientos infinitos, una manera de hablar correcta, exquisita; se escribiría lo que dice. Ha nacido gran señor y hombre de corte.

Primero ha sido oficial de Marina, lo cual le ha suministrado hechos sin echar a perder las ideas mundanas. Nadie tiene mejor tono ni maneras más dulces que los oficiales de Marina. Menester es; viven uno contra otro; cualquier rozamiento se haría intolerable. Eso es lo que eché de ver un tiempo en Nueva Orleans.

Quiere divertirse, su fuerte es éste; pero divertirse finamente, gozar de todas las cosas finas, por el espíritu, la imaginación, los ojos, por todos los sentidos. Su cocinero es un artista. Cuatro platos, a corta diferencia; platos sabios; pero no más. La comida superabundante indica provincianos o enriquecidos. No conviene que los invitados a las nueve de la noche se sientan pesados, están silenciosos, empastados como volatería gorda.

Diez o doce personas cuando más, que se conocen o tienen un nombre y un talento. En cuanto hay cola o los convidados ignoran cómo habérselas entre sí, no hay conversación, y la conversación viva, abandonada, variada, es el mejor postre. Mujeres adornadas, que placen a los ojos como un ramillete, ni cortadas ni provocativas, que discreta y acertadamente puedan juzgar de música y literatura, que saben el mundo, han viajado, no son gazmoña y por toda la vida se han despegado entre solicitudes, atenciones en el seno del bienestar seguro y delicado. Por encima de todo la conversación ágil y volandera, paseada en un instante sobre veinte asuntos, compuesta de retratos, de anécdotas sobre los hombres públicos, los bastidores de la política y del mundo, exenta siempre de pedantería y

de intolerancia. Por último, el fino elogio, cambiado, perpetuo, tan agradable que gusta hasta cuando se le cree falso, y mejor aún, una manera de deslizar su aprobación a media palabra, con un giro picante, una imagen nueva. En suma, el gusto en todas las cosas, que es el arte de los placeres finos.

Esto es francés y parisiense; una nación no cambia mucho; cuando volvemos a caer en nuestro fondo retornamos al siglo XVIII.

Hay aquí una aristocracia, no de títulos o de poder, ni quizá de corazón; pero a lo menos de educación, de gusto y de ingenio. Por la noche, Andrés Zschokke ha tocado con su viveza, su riqueza de estilo ordinaria; después de él, una joven dama, toda delicada y graciosa, tímida aún y monona en su traje de seda pálida, ha tocado un vals y un nocturno de Chopín. Pensaba yo, escuchándola, en el acúmulo de mantillo y jardinería que ha sido menester para producir semejante flor; qué cultivo precoz ha podido poner en una cabeza de veintidós años la inteligencia de una música tan delicadamente dolorosa, tan aérea, tan extrañamente matizada, de un perfume tan suave y tan silvestre. Es rica, honrada, ha sido criada, como todas las jóvenes, bajo el ala de su madre, en una semiignorancia. ¿Cómo de buenas a primeras ha podido comprender tantas cosas? La finura de sus nervios las hace las veces de educación y de experiencia; adivinan lo que nosotros aprendemos.

* * *

Cuento aún la morada; es menester este acompañamiento para sostener la melodía.

Un viejo hotel tranquilo en una calle de hoteles; nada de tiendas abiertas, ni de muestras en pleno viento, ni de pobres diablos enfangados; esto forma mancha; los lindos sueños de lujo y de bienestar tienen necesidad de no ser desordenados.

Esta calle de Barbet-de-Jouy es verdaderamente un paraíso de aristocracia; por detrás se extienden grandes jardines llenos de añejos árboles; es casi el aire del campo. Ayer, 28 de diciembre, una brisa húmeda y dulce removía los extremos de las ramas, la delicada red parda, la cabellera colgante de los abedules; el sol, en un chorreamiento de púrpura, desaparecía en el fondo del cielo, y venían a posarse enrejados de oro sobre las colgaduras a través de las puertas entreabiertas.

Han conservado la enorme y vieja escalera del siglo XVIII, de pasamanos de hierro forjado, por la que pueden subir tres de frente, en la que las faldas modernas, como otras veces los tontillos, pueden desplegarse con desahogo. En la antesala hay trofeos de armas, chinerías, toda suerte de extrañas curiosidades que el dueño de la casa ha traído de sus viajes; el acero bruñido de los yataganes y de las carabinas despide bellos reflejos severos, y los lacayos, aforrados, galoneados, graves, permanecen de pie con un aire decorativo como una tropa de jeduques.

El gran salón tiene veinte pies de altura; aquí a lo menos, lo cual es raro en París, se respira y, lo que es mejor, no se daña la vista. No se le ha chapeado de oro, historiado de estatuas, iluminado con pinturas, como en casa de un millonario de ayer que corre en pos de la belleza y sólo consigue el deslumbramiento. Algunos cuadros antiguos, que no son santidades ni tragedias; dos o tres retratos de grandes hombres o de mujeres célebres; aquí y allá un paisaje tranquilo; nada para la ostentación, todo para el goce; entre dos cabos de conversación los ojos se detienen en alguna amplia belleza veneciana que, volviendo el cuello, se prueba un collar de perlas y hace ondular la seda pálida de su falda, o sobre algún cuadro esculpido, bruñido, por el que corren en relieve figurinas y follajes; la tapicería roja, con flores de seda, envuelve y enlaza todas esas obras maestras con su tinte resplandeciente y grave.

Pero detrás hay un saloncito arreglado por su mujer para las muchachas y las señoras, de una frescura virginal, todo blanco, bajo delgados filetes de oro que parten en husadas, florecen sinuosamente en las cornisas, entrelazan los más delicados arabescos; caen fajados en encajes los cortinajes de un rosa tierno; sillones de seda amarilla, bordados de flores lustrosas, hunden sus pies retorcidos en una alfombra profunda, sedosa, que parece hecha para acoger los zapatitos de raso y sentir el estremecimiento de las faldas rozagantes. Aquí y allá, en los ángulos, flores verdes, descabelladas, suben todas vivas, entre los dorados que joyean, hasta el corazón mismo de las luces. Los yaros en los aparadores inclinan sus vasos satinados, y las orquídeas extrañas, cuya pulpa es rosada como una carne de mujer, abren su pecho nacarado, que palpita al menor roce.

Todo está aquí a nivel; casi cada hombre, casi cada mujer se halla en la cúspide de esta civilización y de este mundo, las unas por su vestir y su gusto, los otros por su jerarquía o su cultura. Son como otras tantas plantas de estufa que se huelen pasando y os dan lo mejor de sí mismas al pasar, sin que os cueste más trabajo que dejar subir hasta vosotros el fino olor.

He acabado mi soirée en un baile burgués. El contraste es extraño.

En el piso cuarto, calle de Greffulhe, en casa de un jefe de negociado, quince mil francos que gastar por año; el piso es alto como un entresuelo.

En el mundo ese, las mujeres no son mujeres; no tienen manos, sino patas; el aire gruñón, vulgar; un medio traje, cintas que chillan. No se sabe por qué, pero se sienten chocados los ojos y como ensuciados. Los gestos son angulosos; falta la gracia. Se siente que son máquinas de trabajo y nada más.

La sociedad no puede componerse mas que de gentes que por su fortuna están por encima de un oficio, o que por su genio rebasan la especialidad. Esos son los únicos que tienen ideas generales; los demás son peones de albañil.

Las medias fortunas no tienen mas que un recurso: refugiarse en la vida casera y en la virtud.

* * *

El oficio deforma. Tengo a mi lado a una especie de ricachón retirado del negocio; ha adquirido la fisonomía maligna y grosera de un cerdo; sus ojillos relucen detrás de los anteojos; va mal afeitado; tiene unas feas sedas blanquizas que forman tufos alrededor de sus orejas. Es zopenco; masca y retuerce las palabras, y no encuentra sus frases. Ha compuesto un folleto sobre los algodones de América y ha sido su manera de entrar en la literatura. Pero se ha estado treinta años seguidos a la puerta de su tienda de novedades, doblando el espino ante las gentes que entraban y diciendo:

-¿Qué hay para servir a la señora? Si la señora desea muselina de lana, hemos recibido una fuerte partida que se ha desembalado ayer; negocio del todo ventajoso, que no puede dejar de convenir a la señora.

Semejante marca se conserva hasta al cabo.

Todas esas cabezas podrían pasar en interiores de Teniers; pero ¡entre dorados y bajo una araña!

Dos jefes de negociado; han envejecido detrás de una rejilla, cortando plumas, royéndose las uñas, acosados al volver a casa por su mujer, obligados para dotar a su hija a escatimar la manteca, la bujía, la leña; humildes ante sus jefes y ocupado el espíritu en el pensamiento de un aumento de cien francos.

Un juez. Se ha desecado en una sala demasiado caliente, bajo la cháchara de los abogados, entre las fisonomías bajunas e inquietas, en las malas exhalaciones, entre los olores dudosos; las pequeñas contravenciones huelen mal.

Con este régimen, las facciones se estiran, la expresión se hace mueca; el hombre parece tener de continuo dolor cólico o jaqueca; el tinte es terroso, descolorido como un agua turbia; los hombros se encorvan; no saben ya andar ni sentarse; han contraído tics; son tiesos o torcidos. Y lo mismo en cuanto al espíritu; no tienen ya las ideas prontas y libres. Están estrangulados por el miedo a comprometerse y por el afán de ganar; no ven ya las cosas en sí mismas, sino a través del interés de su oficina o de su tienda. Cuando la seda, los encajes o el frac vienen a envolver y adornar esas tristes espaldas se les mira con una especie de malestar. Son deformidades que andan.

Siempre el vicio de la vida parisiense: el gusto por la apariencia y la falta de buen sentido. Serían felices y hasta casi agradables de ver en su casa, bajo su lámpara, en grandes sillones cómodos, con una alfombra caliente y colgaduras dulces, el marido con bata, fumando su pipa, la mujer de gorro blanco con una sencilla cinta, ocupada en coser. Es la vida alemana, tan sana y tan sensata; era la vida flamenca. Prefieren mejor tirar el dinero por la ventana y hacerse grotescos.

Capítulo IV

Los bailes públicos

Las once de la noche; pasaré una soirée agradable. No es posible divertirse mas que en París; nada hay alegre sino los bailes de París; por lo menos así me dijeron en América.

En el Casino, calle Cadet.

Seiscientas personas, poco más o menos; hedor de gas, olor de tabaco, calor y vapor de los cuerpos amontonados. Hay unos rinconcitos en que se puede beber, una especie de foyer en el que se codea uno, una gran sala de baile con un pavimento blanquizo, regado; aquí y allá bancos de viejo terciopelo usado, un mobiliario de casa de huéspedes.

Muchas mujeres son lindas, de cara regular; pero todas gastadas, ensuciadas por el afeite. Han cenado, velado; a la mañana siguiente, mucha pomada y cold cream; esto las da un tinte único. Las voces son roncadas, rajadas o agudas. Marieta la Tolosana tiene esa voz tensa, endurecida que dan los chicos. Medios trajes que forman un término medio entre el de la griseta y el de la señora; apuesto a que veinte de esas manteletas han sido alquiladas para la noche o estarán empeñadas mañana.

La más notada es esa Marieta. Súbese sobre los bancos; las dos filas se aproximan, los hombres se ahogan para verla bailar. Tinte bistrado, talle grueso, flaca sin embargo; pero toda músculos. Levanta la pierna por encima de la cabeza, lleva «pantalones».

Suda, se esponja, hace esfuerzos como un saltarín de cuerda. Se encuentra bonito eso. Mi vecino pretende que se come veinte mil francos por año.

Habla y no le falta chispa; pero las cosas que dice no pueden escribirse.

Baila levantando sus faldas a pleno puño. (Ya he dicho que llevaba pantalones; pero necesito repetirlo.) Cuando el pie llega a la altura de los ojos, lo toca con la mano. Grandes aplausos y runrunes.

Los saltimbanquis lo hacen mejor; pero ésta enciende a su público.

Tiene envidiosas. Una mujer a mi lado dice:

-Marieta baila bien; pero es algo canalla.

No he visto mas que tres o cuatro hombres que por el traje y el porte fuesen de mundo, y aun no les he oído hablar. Algunas cruces de honor; pero las cruces de honor no van siempre al encuentro de los hombres de gusto. El resto se compone de estudiantes y horteras. Muchos parecen horteras, cobradores de ómnibus, mancebos peluqueros,

taberneros. Hay trajes y sombreros como los que venden los traperos ambulantes. Bailan y pernean como las mozas.

Esto no se explica sino por la extrema vulgaridad y aburrimiento del oficio. De igual manera los marineros, apenas desembarcados, cocean por los arrabales. El dependiente que ha vareado todo el día, el cobrador de ómnibus que tiene una noche libre, se sienten a gusto viendo menear las piernas.

Las muchachas se divierten como beben los obreros. Alborotan, alargan grandes brazos, dicen palabras crudas, por necesidad de excitación; agregad el placer de ser miradas. No cabe imaginar las cien mil vanidades furiosas y rampantes que quisieran levantar cabeza. Todas las mujeres de este mundo, y muchas mujeres de mundo, envidian a las actrices.

La necesidad de excitación: ésta es la gran palabra; llegar a la luz, al rayar el día, tener removidos los nervios, sentir el estremecimiento intenso del goce, tener vino de champaña en la cabeza, nada más francés; hay algo de madame Bovary en cada francesa; pero aquí la embriaguez es de vino peleón.

25 agosto.

En Mabilie.

¡Cuántas veces había oído hablar de Mabilie! Los jóvenes sueñan con él; los extranjeros llevan aquí a sus mujeres. Los historiadores lo mencionarán algún día.

Los Campos Elíseos, por donde he cruzado, me han parecido lúgubres; una obscuridad palpable, llena de polvo y de emanaciones espesas: cigarros, lamparillas, vapor humano; en esta negrura vaga miserables árboles polvorientos, amarillentos, enfermos; aquí y allá las manchas vacilantes del gas y los raros faroles de los coches que avanzan a paso monótono como pobres luciérnagas. Por doquier sombras atrafagadas, amontonadas, que se cruzan y que, atravesadas al pasar por un rayo de luz, tienen el aire de espectros.

En la noche enorme flamean dos o tres oasis de luz: son cafés-conciertos. Mujeres escotadas como para el baile hacen parada entre dos montantes de cartón dorado, bajo una claridad blanca y cruda. Van pintadas, blanqueadas con polvos; tienen el aire impudente y encogido; están para mostrarse a tanto la hora; comprenden que el público quiere escotes; que cuando más se las oye de un oído; que la gente bosteza, charla, fuma, se despereza durante su música.

Una de ellas, sonriente, hacía arrumacos poniéndose la mano sobre el corazón para marcar mejor el ritornelo. Quince o veinte aplausos de una claqué pagada; gritan ¡otra!; vuelve a empezar con un saludo agradecido. Mi vecino refunfuña:

-¿Acabarás, zapato viejo?

Alrededor del recinto exterior una banda de burguesas, de obreros, alarga el cuello para ver a las cantadoras y aprovecharse sin pagar. Parece sientan envidia de ese miserable placer adulterado: un resplandor brutal, un lujo de dos sueldos, un goce manchado y sobrecargado, he ahí la felicidad para todo ese mundo.

Entro en Mabile a las diez de la noche. Gran baile a cinco francos para los hombres, a franco para las mujeres; muchos municipales; hay apreturas para ver la entrada.

Primero una grande alameda, diapreada de vasos de colores; después bosquecillos, parterres de verdura iluminada. Los mecheros de gas alargan su llamita azulada a ras de tierra entre las flores. Las lamparillas, los vasos transparentes forman círculo alrededor de los céspedes. Se huele vagamente a grasa y aceite. Los árboles descoloridos, bajo la claridad oblicua, toman un aire cadavérico, extraño. Esos pretendidos jarrones corintios, esos biombos pintados en engañojos para alargar las alamedas hacen encogerse de hombros. Por encima de ese amontonamiento campestre se desploman las esquinas agudas, los morrillos de una enorme casa; los pequeños casquijos lastiman los pies. Decididamente carezco de entusiasmo.

Un quiosco en el centro con músicos; son pasables. Sin embargo, el director de orquesta mete ruido para imponer el compás.

Alrededor hay un ruedo embaldosado en que se baila. Verdaderamente se baila bajo un calor horrible, enjugándose el sudor. A lo que se dice, los hombres están pagados; las mujeres se menean gratis, para ser miradas, y comprenden que esta mirada es de desprecio. ¡Singular placer ver bailar a esas pobres muchachas, la mayoría marchitas, todas con el aire envilecido o espantado, con sombrero, con manteleta, con botines negros! Se tienen ganas de darlas veinte francos, de enviarlas a la cocina para que coman un biftec y beban un vaso de cerveza.

Los hombres son peores; pernean como canallas, como pilletes viejos, como parroquianos de taberna, mugrientos, el aire aburrido, calado el sombrero.

Un gran círculo moviente ondea alrededor; son mujeres acompañadas o solas, con gasa blanca, sombrero pequeño, lunares visibles, la mayoría demasiado gordas o flacas. Trajes dudosos, casi siempre exagerados o ajados, con desentonos, como una obrera que se emperifolla o una tendera de modas que se pone encima el fondo de su almacén.

Hay conversaciones curiosas; una mujer alta, vistosa, de cabellos rizados, empolvados, se tropieza con un hombre que le dice:

-¡Hola, Teodora! ¿Vos aquí?

-Sí, y vos también. ¿Habéis vuelto?

-Sí.

-¿Estáis en París?

-Sí.

-¿Vendréis a verme?

-¿Dónde?

-Calle de los Mártires, 68.

-¿Siempre el mismo nombre?

-¡Siempre!

-¿A qué hora?

-Toda la tarde.

-Bueno; uno de estos días.

-¿Cuál?

-Veremos.

-¿Pronto?

-Veremos.

-¿Esta semana?

-Veremos.

-Corriente. Buenas noches. ¡Cochino piojoso! Todos nos aplazan así como ése.

Muchos extranjeros, alemanes, italianos, ingleses sobre todo, que las cogen la barbilla. Se cambian direcciones, se discuten los valores como en la Bolsa. Aquí y allí gritos verdaderos, gritos del corazón: una hermosa muchacha, fresca, bien enguantada, encantadora en su traje de seda azul pálido, casi una dama, en pleno café le grita de pronto en alta voz a su caballero: «No quiero que me amuelen así; déjame en paz.»

Por fin encuentro un rincón tranquilo, cerca del gran salón desierto: son gentes de mundo; se ve perfectamente; llevan trajes convenientes, cuyas partes armonizan todas; se tratan con miramientos; tienen aire de hallarse a sus anchas, en su casa; ríen y se burlan de esta manera ligera que es propia de los franceses, casi sin tocar, a lo menos sin apoyar, en un instante. Uno de ellos decía de las gentes del contorno:

-Dan vueltas como animales en la jaula; esto es la barrera del combate.

Esto no tiene sal aquí; pero allá, lanzado negligentemente, con un lindo gesto, iba a fondo.

Tienen una mujer entre ellos y la tutean; entre ellos, maneras perfectas; con ella es lo contrario. Uno de ellos, muy alto, de barba inmensa, con porte de oficial, la dice en alta voz cosas salaces, más que salaces. Ríense; ella se sonríe con algún embarazo. Continúa y acaba en Rabelais; nuevas risas. No va mal ni pretenciosamente vestida; no tiene malos modales; pero con esas mujeres el tono es del todo grosero. Supongo que hallan gusto en osar, en arriesgar; se pasa por encima de una conveniencia como se rompen los platos después de cenar, por capricho y para armar ruido. El defecto de ésta es ruborizarse algo, no ser francamente pelandusca o señora. Todas son así, menos dos o tres que tienen genio; semitímidas, semiimpudentes; no saben asentarse en su estado.

Una, sin embargo, toda de blanco, envuelta en largas muselinas y bordados flotantes, hablaba inclinada sobre una silla, sin estar demasiado inclinada, sin pensar demasiado en ser vista; hablaba en buenos términos y hasta finamente. Por último se ha levantado, ha dado la mano a sus dos vecinos, ha cruzado sola por el gran salón; treinta y dos años; semblante fatigado, pero inteligente; andaba bien, no tenía el aire embarazado ni insolente.

La he escuchado diez minutos; no hablaba muy alto; evidentemente a los ojos de todas esas gentes había hecho sus pruebas; se la trataba como camarada; había adquirido el valor de un hombre, de un hombre diestro, de mundo, capaz de prestar servicios, de tener su puesto y de conservar su puesto. Decía de Adriano de Beaugency, su antiguo amante:

-Aún me mira, aunque casado. Anteayer, en el Gimnasio, cogió los gemelos de su mujer para mirarme. Me saluda en el Bosque. ¿Verdad que es chusco?

Esto ha estado muy bien dicho, sin amargura, sin los grandes aires de víctima, como persona que conoce la vida.

Un vecino pregunta si madame de Beaugency no está celosa.

-¡Oh! Sabe bien lo que ha pasado. Si una mujer estuviese celosa del pasado de su marido tendría hartos que hacer. Al fin y al cabo, yo he sido quien lo ha casado. He conocido a su hermano y he casado también a su hermano.

-Por lo mismo hablan de vos con toda suerte de respetos y consideraciones.

Con eso ha roto la conversación; no ha explicado su gran corazón, no es vulgar. Ha vuelto en seguida a otro asunto y se ha puesto a hablar de uno de sus amigos, grueso, corto, siempre chusco. Sabe jugar con la conversación, no fastidiar a su mundo. Nada más raro. La más célebre, al bajar ayer en peinador de blondas a su billar, encuentra a dos hombres que juegan.

-¿Cuánto jugáis? Desde luego la ganancia es para mí.

Tiene cuarenta mil libras de renta. Costumbre de agarrar cien sueldos.

A media noche, cola; esto se convierte en un mercado; se me ha reconocido, por mis gemelos de los puños, por un extranjero rico; me han cogido del brazo y me han estrechado la mano; me he visto obligado a enviar a paseo a dos personas demasiado encantadoras.

* * *

He querido verlo todo y he ido al baile Perron, en la barrera del Trono. Siete sueldos la entrada, y se tiene derecho gratis a veinticinco céntimos de consumo; es una guinguette.

¡Qué linda palabra esa de guinguette y qué bien suena al oído! Se han visto guinguettes en la Ópera cómica o en las estampas del siglo XVIII o en casa de Beranger. Imagínanse con esta palabra palmitos taimados, gorritos bien ajustados, talles esbeltos y flexibles. Toda la alegría, toda la vivacidad francesa y parisiense está en eso ¿verdad? Bueno: he aquí esta guinguette.

Un centenar de bajas grisetas y cincuenta bribonas que huelen de una legua a San Lázaro y la Prefectura de Policía, de tez reluciente, plomiza, con cabellos pegados y jetas impudentes o tristes. Mi vecino le dice a una maritornes que baila:

-¿Es que la Salpêtrière ha bajado hoy a la barrera del Trono?

-No; es Mazas que se ha vaciado hoy en la barrera del Trono.

Ha habido que separarlos.

El rasgo dominante es que todos, salvo uno o dos, son delgados y pequeños. Muchos parecen niños; hay mujeres de cuatro pies de alzada. Todo eso es desmirriado, garrapata, ruin, mal construido. De padres a hijos han bebido vino peleón, comido chuletas de perro, respirado el aire infecto de Bobino y trabajado en exceso para divertirse mucho. Las caras están retorcidas, arrugadas; los ojos, ardientes. Esta vida parisiense, en los bajos fondos, ha pasado al hombre por el alambique, lo ha concentrado, quemado, gastado. Con el vino ha hecho tres-seis.

Ahí se ve bien el tipo del obrero parisiense. Con blusa azul, el aire emprendedor, la cabeza echada hacia atrás, rebulle bailando con una velocidad increíble. Transpira la vanidad y también el placer de hacerse el bravo contra la regla, con un fondo de sensualidad bribona. Cabeza redonda, despierta y viva, con ganas de aparentar. Eso puede hacer un héroe en Sebastopol o un furioso en una barricada.

Hay una riña en la puerta, y los municipales, por un instante, han dejado de vigilar el baile para acudir allí. En el momento, gresca en la sala, piernas al aire, cancán infernal;

vuelven los municipales y todo entra de nuevo en orden. Diríanse estudiantes en chilindrina que de pronto han visto al ayudante de la clase. Somos muchachuelos y nos es menester una férula.

Se les da aquí todo a la gente por su dinero. Los músicos soplan infatigablemente. Apenas ha acabado un rigodón cuando entra otro en contoneo; pasa el bastonero, empujando, acoplado las parejas, con una actividad y una velocidad extraordinarias. Ni un minuto de intervalo entre dos figuras. ¡Qué diferencia entre esa fiebre de hormigas rabiosas y el tranquilo contento, el dulce goce de los jardines de placer, en Alemania!

Hay uno o dos soldados en la orquesta; el uno para el tambor, el otro para los címbalos; éste lleva anteojos, serio, atento, como si se tratara de pegar fuego a una mina. El cornetín se ha quitado el frac y sopla, echado hacia atrás, con la frente sudosa, las mejillas encendidas. El flautín es un jorobado, un canijo desecado, con una cara carbonosa toda puntiaguda y unos ojos que relucen como llamas. Un buen viejo canoso paciente rasca el contrabajo. Meten todo el ruido que pueden.

Los concurrentes churrupean su café, beben, se echan al colete grandes tragantadas de cerveza, llenan sus oídos y sus ojos con el tumulto; es para descansar del tirapié o de la garlopa. Lo triste es la presencia de siete u ocho obreritas que tienen el aire honrado, y de muchas familias, padre, madre, hijos, que vienen a ver. Allí aprenden que el placer es el griterío y la crápula.

Capítulo V

Consejos a mi sobrino Anatolio Durand sobre la manera como debe conducirse en el mundo

Sobrino mío: Tengo ochenta mil francos de renta, un principio de enfermedad del hígado y carezco de hijos. Por eso no dudo leeréis estos consejos con atención profunda.

Hasta es probable que me felicitéis por ello y me deis a entender que tengo mucho talento. Recibo las felicitaciones de diez a once de la mañana; pero andad con cuidado con las frases.

Os exhorto a que no imitéis las maneras modernas, que consisten en tratar como camaradas a los parientes mayores. Si, por ejemplo, para felicitar me vinieseis a darme palmaditas en el vientre y me dijeseis: «¡Bravo, barbián! ¡Olé por el tío literario!», resultarían de ello muchos inconvenientes. Sam, mi criado, os pondría de patitas en la calle, o bien yo os tiraré por la ventana.

* * *

Podéis poner en vuestras tarjetas Anatolio con todas sus letras. Anatolio ennoblece a Durand; eso es necesario sobre todo si os casáis: Madame Anatolio Durand. Esos nombres de pila son hoy jaboncillos de villanos. Pero si jamás encontrase en vuestras tarjetas Anatolio du Rand, o d'Urand, podéis despediros de los dólares que he recogido en la salazón y en los petróleos.

* * *

Coméis en demasía; a los veinticuatro años tenéis la cuadratura de un hombre de treinta y seis. Sin embargo, esas especies de torsos hacen hoy de buen ver en el mundo. Desde hace diez años un matiz de brutalidad completa la elegancia. Puesto que al presente las mujeres copian las Magdalenas, bien pueden los hombres aproximarse a los faquines.

* * *

El día de una presentación poneos botas de charol de veintiocho francos a lo menos, de cuarenta francos si podéis. Cerca de los cuarenta francos sois un gentleman; el zapatero suaviza el cuero, machaca la suela, establece una pendiente desde el empeine al dedo gordo, esparce sobre todo el calzado un lustre delicioso, y se concluye de los pies a lo demás.

* * *

Una frente desguarnecida sienta bien; anuncia que se ha vivido. Sin embargo, bueno es añadir a ello una barba amplia, mejillas sanas, fuertes dientes, un aire de mocetón atrevido; en una palabra: la prueba de que se vive aún. En 1830 se gustaba del tuberculoso exaltado; ahora, del avisgado positivista. Después del reinado de los nervios, el reinado de los músculos.

* * *

No fiéis en ello, sin embargo, sino a medias. Entre treinta mujeres en un salón hay veinticinco chochas que rumorean con su plumaje y cuyo gorjeo consiste en repetir la frase que corre; pero hay cinco personas finas y os juzgan. Anteayer, tendido sobre un pont rosa, entre dos mujeres bonitas, hacíais la rueda; os pasabais por los cabellos vuestra ancha mano blanda, cargada de sortijas; habíais echado atrás por ambos lados los faldones de vuestro frac, y redondeabais vuestro pecho tan bello; inclinabais la cabeza hacia atrás, complacientemente, y las contabais cuentos, satisfecho de ser escuchado y de hablar tan bien. Cuando después de haberlas dispensado vuestros favores os habéis levantado para llevar a otras vuestro aire radiante y vuestra encantadora sonrisa, se han mirado un instante sin hablar, y he visto bajarse imperceptiblemente las comisuras de aquellas bocas tan finas, mientras los hombros, remontando un poco, hacían estremecer los encajes del corsé.

* * *

Entre todos los hombres que he conocido, el que goza de más favor entre ellas tiene sesenta años. (No vayáis a tomar vuestro aire de entendido y creer que designo con palabras encubiertas a monsieur Federico Tomás Graindorge; monsieur Federico Tomás Graindorge ha vivido por demasiado tiempo en América para ser otra cosa que un animal taciturno y americano.) El afortunado sexagenario que os propongo como modelo emplea para eso una política muy sencilla: la del gran mundo que acabó el 89; las admira y las ama, y ellas lo ven bien al cabo de un instante. Al punto que se acerca a unas faldas se siente cerca de un ser delicado, precioso, frágil, al que apenas hay que rozar con la punta del dedo. Entra en sus ideas, hace salir de ellas juicios finos, caprichosos, singulares, palabras lindas que habrían quedado apelonadas interiormente y como espantadas de emprender el vuelo delante de otro; sigue el remonte y las sinuosidades de su imaginación viajera; basta que hablen, que los racimos de su tocado ondulen, que el labio reidor o mohíno forme un pliegue para que quede encantado. Parece decirles: «Brillad y sonreíd; es felicidad que nos dais y demasiada gracia que nos concedéis.»

Este ejemplo no es contagioso, y por eso os lo ofrezco.

* * *

Hay que mantenerse bien y correctamente al aburrirse uno. No fruncir el ceño; eso sería descortés. No sonreírse a sí mismo; eso parecería fatuidad. No contraer los músculos del rostro; creeríase que estáis hablando con vos mismo. No echarse en el sillón; son modales de taberna. No inclinarse demasiado hacia adelante; parecería que se miran las botas. Haga el cuerpo un ángulo de cuarenta grados con las piernas. Guardad la expresión vacía y decente de un príncipe en una ceremonia. También podéis hojear el álbum de fotografías.

* * *

El hombre decente en París miente diez veces al día; la mujer decente, veinte veces al día; el hombre de mundo, cien veces al día. No se ha podido contar jamás cuántas veces al día miente una mujer de mundo.

* * *

Hay en todo matrimonio una llaga, como un gusano en una manzana.

* * *

Se estudia tres semanas, se ama tres meses, se disputa tres años, se tolera treinta años, y los hijos vuelven a empezar.

* * *

Una mujer se casa para entrar en el mundo; un hombre, para salir de él.

* * *

Cuando una mujer juzga a un hombre se lo representa de rodillas y tierno; jamás en sí y en su propio valor. Si en esta actitud se lo imagina ridículo, todo se acabó; aunque fuese el primero de los hombres, para ella es un grotesco. Lo evita en la mesa, no quiere bailar con él, y se pregunta por qué no lo mandan a la antesala.

* * *

Cuando una mujer va al mundo y no es para pescar un marido o un amante, es para pescar la idea de un marido o un amante para sí o para otra. Todas las ideas van a parar a ésta, como los ríos al mar.

Poco le importa a una mujer el talento, la belleza, el verdadero mérito; los reconoce, pero de boca. Me gusta; esta palabra lo dice todo y se lo lleva todo. Es como la elección de un sombrero o de una cinta: me place; eso significa que hay en ello una conveniencia secreta, un adorno picante, el contento de algún extraño deseo personal, refinado, hasta excéntrico. Así, un porte desembarazado, guantes frescos, una linda frase viva, un tono de voz vibrante producen su efecto; en una palabra: la cocina apropiada a su paladar. Me gustan las cerezas, vengan cerezas.

* * *

Lo propio de un espíritu de mujer es que, salvo en los momentos vivos, todas las ideas son vagas y en camino de fundirse una en otra. Penetráis en él como un fulgor en una niebla moviente y rosada.

* * *

En el primer baile dice una niña: «¿Ando bien? ¿Me caeré al bailar?»

En el segundo: «¿Me han encontrado bonita? ¿He tenido éxito?»

En el tercero: «La iluminación era espléndida; la música, deliciosa; he bailado todos los bailes; los pies me retozaban; estaba como ebria.»

En el cuarto: «¿Le gusto a monsieur Anatolio d'Urand, que tiene un tío en la salazón y el petróleo?»

* * *

Los bailes son útiles. Palabras vacías; pero los dos extraños animales, el macho y la hembra, misteriosos; infinitos el uno para el otro, traban conocimiento.

* * *

Muchas enfermedades por efecto de los miriñaques y del corsé. Cuerpos delgados, hombros demasiado estrechos. Entre cuatro, dos son huesos que prometen; uno, un hueso que no promete. Un cuarto irá tísico a Niza. Un cuarto, a los veintiséis años, se arrastrará seis días por cada siete en una chaise longue.

* * *

Por otra parte, cuando veáis que vuestra futura tiene mejillas sonrosadas y ojos cándidos, no deduzcáis que sea un ángel, sino que la acuestan a las nueve y ha comido muchas chuletas.

* * *

Tenéis las uñas sonrosadas; esto no es razón para que os rasquéis públicamente la punta de la nariz.

* * *

Mirabais mucho el otro día a mademoiselle Margarita S...; sale del convento; no levanta los ojos, salvo para consultar los de su madre; es piadosa; se la ha almibarado en la devoción como un confite en azúcar. Os advierto que es un confite de sorpresa. Hace quince días despidió, después de darle las gracias, a una amiga suya que quería presentarle un católico practicante. «Pero ¿por qué?» «No sé.» «Pero, en fin, alguna razón hay que dar.» «Pues bien...» «Pues bien, ¿qué?» «Pues bien: me parece que un hombre como ese debe de ser algo corto de alcances o tener manías.»

¿Dónde diablos habrá pescado esta idea? ¿En el convento? Imposible. ¿En algún periódico? No los lee. ¿En un libro? Se los dan escogidos y se recortan con tijeras los párrafos sospechosos. ¿En la conversación? Jamás ha dicho ni oído una palabra fuera de la presencia de su madre, de su tía o de su abuela, tres Argos inatacables. Tal vez un día, en el baile, sobre semejante asunto, ha notado una sonrisa al vuelo. Eso basta; la menor pavesa, al volar, cae sobre esas cabezas como sobre un cartucho de pólvora. Cuando no saben nada, sospechan de todo.

* * *

Tres procedimientos cuando una mujer se levanta del piano:

Si os halláis lejos, alzad las manos visiblemente para aplaudir; es un modo de enseñar vuestros gemelos de los puños y la bonita manera como vais enguantado.

Si estáis cerca, haced desfilar a media voz la lista de los adjetivos: «Admirable, gusto perfecto, ejecución brillante, sentimiento verdadero.» Si la música es tonta, soltad los grandes epítetos: «¡Maravilloso! ¡Fulminante!» Si se quiere insinuarse, aprender algunos términos técnicos: «Segunda parte, magistral, cambio de tono, pasaje en menor, esos trinos son perlados, etc.»

El grado superior consiste en saber los nombre de las principales obras de los maestros y citarlas en voz baja, con una especie de intimidad, como un iniciado que entra en el templo de los misterios. Con eso se entra en conversación; ruedan las confidencias admirativas; la encantadora pianista se siente tan contenta de su talento como de sus dedos y cobra estimación a monsieur Anatolio Durand o d'Urand.

Último procedimiento. Es el más hermoso, pero de ejecución difícil. Estudiar en Berlioz, Fetis, etc., la biografía de los maestros; saber la diferencia de los estilos; conocer anécdotas en apoyo; partir de ahí para improvisar una apreciación del genio de Mozart o Weber; insistir en la delicadeza, la distinción, el encanto poético inaccesible al vulgo, y dar a entender, sin decirlo nunca, que la intérprete tiene el alma del compositor. Hela ahí comprendida. Esto conduce a todo.

* * *

Cuatro especies de personas en el mundo: los enamorados, los ambiciosos, los observadores y los imbéciles.

Los más felices son los imbéciles.

* * *

He visto grandes hombres; por lo común no suelen tener éxito; quiero decir los verdaderos grandes hombres. Están preocupados, y si se mezclan en la conversación, chocan y se sienten chocados.

* * *

Una idea en un hombre se parece a esa estaca de hierro que los escultores ponen en sus estatuas: la empalan y la sostienen.

* * *

Un grande hombre es absorbente porque está absorbido.

No os fundéis en eso para engulliros, como hicisteis ayer, dos tazas de té, tres tazas de chocolate, dos pasteles y sandwiches.

* * *

Imposible subsistir en el mundo sin una especialidad. Hace ochenta años bastaba ir bien puesto y ser amable; hoy un hombre así se parecería demasíadamente a un mozo de café. Los elegantes ordinarios hablan ahora de caballos, carreras, cría. Os aconsejo la economía política; esto presta mucho relieve para con los hombres; además, los versos de circunstancias; esto va muy bien en los veraneos.

* * *

Cuando os ponéis vuestra corbata no reneguéis contra la estupidez del uso. Un salón es una exposición permanente; sois un artículo, y un artículo sólo se vende exponiéndolo.

* * *

El único mal, a este respecto, es la hipocresía. Sois perros que corréis cada uno tras de su hueso; hay que comer, yo os lo apruebo; pero, ¡por Dios!, no digáis que desdeñáis los huesos, y si es posible, no os deis tantas dentelladas.

Capítulo VI La parisiense

- I -

4 octubre.

Dos meses en Alemania; de regreso a París quédase uno todo sorprendido. Es otra especie de mujeres.

Ayer he comprado guantes que no sé qué hacer con ellos; te, que no me gusta; te o grama es lo mismo; casi me dan ganas de ir a buscar más; la manera como lo venden vale el dinero que se da.

Dos muchachas se han adelantado para recibirme; andaban tan bien como verdaderas damas; el cuerpo se deslizaba hacia delante sin que se percibiese el movimiento de los pies;

las faldas de seda hacían el frufurú más discreto. Me he extraviado en los nombres chinos de los tes; he pedido explicaciones; me han traído una silla; quería ver sus gestecitos, prolongar su gorjeo. Nada de embarazo ni de descoco; la voz más suave, mejor modulada, una fina sonrisa, complaciente; una prontitud sorprendente en comprender movimientos menudos, graciosos, el manejo de la más hábil ama de casa.

No es solamente por especulación y para vender; son así desde el primer momento, y naturalmente, se complacen en agradar como en vestirse coquetonamente, en alisar sus cabellos, en encuadrar su talle en una guarnición moaré, en estrechar sus muñecas en manguitos blancos.

Algo pálidas; velan hasta demasiado tarde, en un cuarto calentado, bajo una luz viva, y entonces los polvos de arroz hacen su oficio; otra semejanza con las damas de salón. En realidad valen lo que ellas; igual alcance y los mismos límites.

Ellas lo saben. En Francia, en el fondo de su corazón una camarera se cree igual a su ama. «Tengo tanto talento, soy tan bonita como ella; ya se vería si yo tuviera trajes.» Y, en efecto, en seis meses un amante conveniente las estriega; lo aprenden todo, hasta la ortografía; de nacimiento les viene la réplica viva, y en punto a sentimientos están a igual nivel.

Esto no es ninguna frase satírica; tienen mucho de bueno: la claridad y la decisión de espíritu; el talento de administrar; en caso necesario, la perseverancia y el valor. He pasado una hora después por la calle de los Lombardos. Hasta media noche la joven esposa permanece sentada junto a la ventanilla de cristales sacando sus cuentas; tiene un brasero a los pies y permanece sin moverse durante quince horas. Las melazas, los cueros, las porcelanas, los vendedores, los compradores, los dependientes, la criada. Los niños, desde el lunes por la mañana al sábado por la noche; nada se escapa a sus ojos; sus órdenes son netas; sus libros, exactos; se la obedece; es un buen teniente, mejor, a menudo, que su capitán.

El hombre a veces se deja doctrinar; después de haber echado pestes, su atención se embota; si el adversario se insinúa, ofrece una buena comida, se hace pasar por un bravo mozo, campechano y sin malicia, va a ceder, meterse en un mal negocio; pero la mujer hace señal con el dedo, comprende, se detiene.

-Es decir, no; hasta mañana; lo consultaré con mi mujer.

Por la noche queda catequizado, y al día siguiente hétele acorazado de desconfianza y de argumentos nuevos. Supongamos que no la consulta; entonces sale ella de su vitrina, interviene. «Pero, amigo mío, ya sabes que...» Y en seguida emprende la discusión por su cuenta; el terreno queda reconquistado con una carga. Se mantendrá firme una hora, y su voz penetrante, su espíritu afilado como un cuchillo acabarán por cerrar el pico del adversario. Se trata de intereses; las frases no hacen presa en ella; sus ideas están clavadas en su cerebro como alfileres en un acerico; no saldrán de allí; sería menester para extraerlas desmontar toda la máquina; un espíritu de hombre es accesible al razonamiento; un espíritu de mujer no lo es.

Conozco algunas que han hecho de su marido un dependiente, todo con gran provecho para la casa; él, en mangas de camisa, clava las cajas, hace los recados y echa una copita con las parroquianas de cuantía; ella, seca, negra, mandona, da las instrucciones, hace fabricar, toma los grandes partidos, decide que tal modelo está pasado de moda y se venderá con pérdida. Se trata de botones; posee precisamente el grado de cerebro que es menester para imaginar el botón de moda y barato.

Creo que su triunfo, el triunfo de una francesa, es ser encargada de café, de un hermoso café se entiende: mujer bonita, bien trajeada, ocupada en sonreír, en vender, en parada y en funciones, medio decente y medio provocativa, agradable durante cinco minutos, y para todo el mundo, en una sala que es a la vez una tienda y un salón; allí se está como una cabra en su prado.

¡Cómo se siente eso por contraste! ¡Qué bien pinta un café parisiense al verdadero francés, varón o hembra! Hallábame en Nuremberg hace quince días; al marchar, mis amigos me han conducido a una cervecería; las personas bien educadas van allí como las demás.

¡Singular lugar de diversión! Un amontonamiento de hombres de todas condiciones, de levitas, de blusas, bajo la blancura cruda de los mecheros de gas, en una nube de humo, al runrún de una conversación ensordecedora, con un vapor de cuerpos apretados, que se prestan calor unos a otros, todos de codos, bebiendo, pipando y gargajeando. Se encuentran bien allí dentro; tienen los sentidos obtusos; este aire pesado y sucio les hace el efecto de un levitón bien caliente y bien grueso. Su goce es su quietud. Fuman pacíficamente o hablan cada uno a su vez sin interrumpirse.

Muchos tienen el aire como cuajado; antes de responder permanecen en suspenso un cuarto de minuto; se ve el reloj interior ponerse lentamente en vaivén, empujar una rueda a la otra, hasta que por fin, y con atascaderos, da la hora; además de las palabras algo vivas son osos forrados de grasa, insensibles a causa de este colchón natural.

Las reinas del lugar son por el estilo. ¡Cuán diferentes de nuestras francesas! Dos mujeres, las dos mujeres de la casa: la hija, una regordeta fresca, os miraba a la cara con una interrogación franca y no pensaba más que en su cerveza; la madre, alta, apacible, fuertemente armada, con aire de una honrada ternera que rumia, embarazada de ocho meses, circulaba alrededor de las mesas, se mostraba sin empacho. ¡Figuraos los comentarios en un restaurante parisiense!

Por el contrario, en el cuarto de arriba, una quincena de jóvenes, horteras, empleados, estudiantes, sentados en torno de una larga mesa se han quitado la pipa de la boca y cada uno se ha sacado del bolsillo un papel de música. El de en medio ha hecho una señal y se han puesto a cantar un coral, el más grave, el más noble, una composición del viejo Bach. Las dos mujeres se enjugaban los ojos con el delantal. Entre un lindo traje o semejante sentimiento, ¿qué vale más?

Eso según; hay días en que prefiero la langosta y otros en que me gustan más las ostras.

- II -

Tendera, mujer de mundo y loreta: he ahí los tres empleos de una francesa; sobresalen en eso y solamente en eso.

Cuestión de temperamento. Suprimid los tocados, el boato visible y ved el ser interior. El ser interior es aquí un husarcito despabilado, un golfo avisado y atrevido a quien nada desmonta, a quien falta el sentimiento del respeto y se cree el igual a todos. No le hacen las faldas; hay que ver el alma. Creemos enseñarles la timidez a domicilio, y no toman mas que la mueca, y aun esta apariencia cruje a los tres meses de matrimonio y de mundo; en un instante queda hecha la voluntad y brota la acción. Es menester que manden, o a lo menos que sean independientes. La subordinación las ahoga; chocan contra la regla como un pájaro contra sus barrotes.

Por ejemplo, el marido se pasea por el cuarto preguntándose cómo pasará la velada; hete ahí a la mujer crispada de nervios, se levanta como movida por un resorte y con su voz breve, vibrante: «Pero ¿qué haces dando vueltas como en una jaula? ¿Acabarás? Eso son los hombres, maricas que no se deciden nunca.» Ella sí es decidida; no comprende que se traguen así los razonamientos.

El padre, a la mesa, dice que le gusta no sé qué; la hija le interrumpe: «Papá, tienes de mí» A los diez y seis años se hace centro involuntariamente, todo lo refiere a sí misma, a su padre con lo demás.

El último hijo, una rapaza de tres años, juega con la muñeca en un rincón, y el tío que llega le pregunta qué hace allí: «Tío, pues abre los ojos y lo verás.» A los tres años hace ya sentir al tío que el tío es un imbécil.

Por el contrario, he visto una niña el día de una gran quiebra, cuando los hombres, consternados, se estaban en sus sillones, pendientes los brazos e inertes, erguirse y decir: «No hay que llorar; es menester pan para los hijos; seré señorita de escritorio; Carlos, anda por los libros y hagamos cuentas.»

Ved aún, en el dibujo de Raffet, esa pobre cantinera cuyo hijo acaba de morir de un balazo; no llora, recoge el fusil, muerde el cartucho, sus dientes están apretados, apunta: «¡Oh, tunantes!»

Una inglesa, una alemana habrían llorado, pensado en Dios, en la otra vida, etc.; ésta se porta como un hombre.

En efecto; la mujer en Francia es un hombre, pero pasado por el alambique, refinado y concentrado. Tienen nuestra iniciativa, nuestra vivacidad militar, nuestro gusto por la

sociedad, nuestra necesidad de parecer, nuestra pasión por el pasatiempo, pero más nerviosamente y con arrancada más fuerte.

Así, les son menester los mismos empleos que a nosotros, pero más finos; aquellos en que se manejan las pasiones, en que se observan los caracteres, en que se combate y en que se domina, no brutalmente y por fuerza, sino con arte y hábilmente: la embajadora, la mercadera y la cortesana. Decidme: ¿hay lugar en el mundo en que los salones, las tiendas y las alcobas estén más concurridos que en París?

El peruano, el valaco, el inglés taciturno, el enriquecido vienen a establecerse aquí. Es que la parisiense les despierta. Para eso posee dos talentos:

Primer talento: el arte de decir, dejar decir y hacer decir porquerías. Todo hombre está inclinado a ello, porque entre compañías decentes están prohibidas. La decencia le estorba como un frac y un cuello postizo tieso; tiene necesidad de ponerse, si no en cueros, en mangas de camisa. Las innumerables represiones que se ha impuesto o ha sufrido han provocado una sorda rebelión interior. Cuanto más serio es el hombre por estado, más probabilidades tiene de contener un golfo. Este golfo es el que la cortesana saca de su cárcel; pernea sobre las alfombras, juzgad con qué placer, tanto más cuanto esta alfombra es lujosa, los muebles son elegantes, el ama de la casa es a menudo bella, siempre adornada, o a lo menos vestida como una mujer de mundo. Las palabras vivas desdican en su boca. Soltar palabrotas en traje de baile, ¡qué comida de gorra! Ese golfo grave, de frac, de que hablaba antes, corre allí, como antaño, con baquero y cuellecito, corría a comerse las manzanas verdes del vecino.

Segundo talento: la parisiense es una persona, no una cosa; sabe hablar, querer, conducir a su hombre; tiene réplicas, insistencias, caprichos; por envilecida que esté, se mantiene derecha. No sé qué comiquilla del siglo XVIII le quitaba a su amante, un duque, su cordón del Espíritu Santo diciéndole: «¡Ponte de rodillas encima y bésame la pantufla, vieja ducalla!»

Una de sus semejantes, estos días, le pide a su protector que la compre una casa; tres días después le entrega una cartera. La abre, no ve mas que billetes, y se la tira a la nariz: «Viejo egoísta, no te pedía dinero, sino una casa; no has querido tomarte la molestia de comprarla tú mismo.» Él ha encontrado esto encantador; no está acostumbrado a la independencia.

Sólo una francesa es capaz de estos estallidos. En el extranjero, en Londres, las mujeres de Cremorn-Gardens son locas que charlotean y beben, o comerciantas correctas que hacen entregas. En las casitas de los suburbios encontráis lindas personas decentes que casi son ladíes, y no desean mas que la vida arreglada, los contentos del hogar; el resto, taciturno y desesperado, se abandona. En París piensan en el porvenir: son las que explotan a los hombres. Tienen salones; ocupan a las mujeres honradas; se las enseña con el dedo; hacen la moda. Por debajo de las ilustres, las medianas se colocan, ponen una tienda de guantes, se casan; son Fígaros deshonestas, pero son Fígaros.

- III -

Madame de B... es una de las amas de casa más cumplidas de París. ¿Tiene otro talento y emplea otro modo de manejarse? A las diez se la encuentra al amor de la lumbre, en una especie de chaise longue, delgada, endeble, en traje gris perla, con todas suertes de muselinas y encajes, que zumban alrededor de sus brazos bonitos, de su cuello de cisne; una especie de Juana de Nápoles, parecida al retrato de Rafael, pero más rubia. No es ministro, no es mariscal de Francia, no da empleos, vive más allá del Arco de la Estrella, y, sin embargo, se va a su casa desde los cuatro puntos cardinales de París. Tiene dos procedimientos: el halago y la cocina.

La cocina. A los cincuenta años, a menudo a los cuarenta, un hombre se ha desprendido de muchas cosas: su fortuna queda hecha; hay que coquetear con el fastidio. En punto al placer en grueso, compra; su grande asunto es mantener su categoría y su consideración; pero esto es una ocupación y, por lo tanto, un fastidio. Los tráfigos de la vanidad sólo le interesan a medias; se hace positivista, y si tiene un buen estómago, le da la preferencia a esta parte; ser ocho o diez ante una comida fina, bajo luces suavizadas, entre mujeres ataviadas, con invitados alegres que no piensan más que en el momento presente; saborear un vino exquisito, auténtico, de largo tiempo cuidado, preciosamente acarreado en su trineo de mimbres; retorcer el ala de alguna codorniz muy gorda; sentir pasar por el gástrico la pulpa jugosa y fundente de un pastel de pescado realzado con trufas; muchas personas se dicen por lo bajo que son menos felices los querubines y los serafines, y no cambiarían el estado de sus papilas nerviosas por toda la música de las Dominaciones y los Tronos.

La víspera de una comida, la señora manda enganchar el coche, se pasa por casa de todos los proveedores, elige ella misma los postres; escribe de su mano a Isigny, a Nerac; busca cada plato en un lugar especial, sin intermediario, etc. Pero eso es toda una ciencia, y no acabaría nunca.

El halago. Todo el mundo halaga; pero los imbéciles no saben más que decir con variantes: «¡Ah, señor, qué talento tenéis! ¡Ah, señora, qué bonita sois!» Cuando el paciente no es demasiado estúpido, baja la cabeza, deja correr las frases, da las gracias, tuerce la boca en corazón y murmura para sus adentros: ¡Cállate, organillo!

Ésta no hace ostentación de su aprobación, la disimula. Cuando la alabanza le llega a los labios, la retiene, y se ve que la retiene. Lo que os admira son sus acciones y no sus palabras. Entra en vuestras ideas, las acaba, os ayuda a desarrollarlas, os hace hablar bien, os pone contentos de vosotros mismos. Discute con vosotros, os proporciona el placer de convencerla; no se rinde en seguida, os prueba que sois superior. Cuando salgo de su casa quedo persuadido de que tengo ingenio, que mis viajes son la cosa más interesante del mundo, que no hay nada más curioso que América, que tuve perfecta razón en hacerme fabricante y comerciante, que el tocino y el petróleo son asuntos de conversación delectables, y que un caimán disecado sentaría muy bien a su tocador.

Toma a las gentes por su flaco. En pisos inferiores, la loreta y la tendera hacen lo mismo; un solo espíritu en tres personas; el mismo talento, la misma necesidad; son el talento y la necesidad de la francesa: aprovecharse de los hombres, gustándoles.

Capítulo VII Las niñas

- I -

3 junio.

Las Tullerías son un salón, un salón al aire libre, en el que las niñas aprenden los manejos, las gentilezas y las precauciones del mundo; el arte de coquetear, de hacer carantoñas y de no comprometerse.

Acabo de escuchar a dos (siete años, diez años) que habían tomado el acuerdo de ir a invitar a una recién llegada. Primero la han mirado bien; han comprobado si pertenecía a su mundo, y después, de pronto, levantando la cabeza con aire vivaracho, se han dirigido hacia la niñera con la mezcla necesaria de aplomo y de modestia, exactamente como una señora que cruza un salón para ir a saludar a otra.

Ya conocéis la actitud: se arquea el talle lindamente, se borran los hombros, se redondea la falda, se adopta una sonrisa de circunstancias y se avanza delicadamente de puntillas, cambiando finas miraditas con las personas conocidas hasta el momento en que van a rozarse las dos faldas; en este instante se sumerge la señora en su traje con una reverencia sabia, se entreabre la boca como una rosa desplegada, vaga por las comisuras de los labios, lisonjeros y burlones, una sonrisa angelical e inquietante, y de pronto, como una cascada de perlas, fluyen los cumplidos y ruedan al encuentro, de otros cumplidos.

La que ha decidido dar el paso tenía el aire evaporado, voluntariamente evaporado, de las coquetas que llevan diez años de salón. Nada de sincero; se sirve de sus impresiones, las exagera, las convierte en pantomima. Representa un papel: ternura o cólera; siempre está en escena; de pronto se arroja sobre la niñera y la acaricia; es que es muy bonito y sienta bien mostrarse amable. Otra tiene el gestecito aventurado, provocador, de una amazona. La tercera pone ya los ojos en blanco, soñadoramente, como una valsadora; parlotean, hacen gorgoritos, muestran su traje, doblan el talle, se arreglan los rizos, como harán a los veinte años. No tienen ya nada que aprender; saben ya su oficio; el mayor cuidado de su madre será ahora comprimirlas hasta el matrimonio.

¿Es culpa suya? Sus madres las enseñan la coquetería en cuanto rompen a andar. ¿Quién ha visto jamás aquí verdaderas niñas con faldellín o baquero, con zapatos sólidos, francamente alegres, coloradas, algo curtidas por el sol, alborotados los cabellos, ocupadas

en correr y meter ruido? Eso le chocaría en seguida a la madre; son maneras brutales, buenas para las muchachas del pueblo; su lección más seria ha sido siempre: «¡Manteneos bien!» Siempre ha deseado que su hija la hiciese honor y se mostrase bien educada; la ha reñido por ensuciarse, por mezclarse con las niñas mal vestidas; ha estimulado sus pequeñas respuestas sentimentales o malignas. Lo mismo para su hija que para ella ha cifrado la perfección en la gracia, en la gentileza, en el traje. No ha temido hacerla demasiado precoz, artificial. Sus travesuras la han gustado; la ha hecho repetir sus reverencias, la ha hecho recitar fábulas con inflexiones y gestos, a veces en público, y, sobre todo, la ha vestido como una muñeca.

Mis tres chiquillas tienen trenzas lustrosas, sin que un cabello pase del otro; llevan una casaquilla ajustada al talle, elegantemente abombada por abajo; finas medias de seda pegadas a las piernas; lindos guantes frescos para jugar a la comba. Tratad de decirle a la madre que valdría más la pusiese una blusa y la dejase libres las manos. En esto, como en lo demás, gobierna el modelo ideal; al momento, en toda situación, el francés vuelve a caer sobre sus instintos mundanos como un polichinela sobre su extremo de plomo.

Pero, en cambio, ¡qué lindos palmitos risueños y picarescos, qué finos piececitos ágiles y saltarines como patas de pájaro! Hay allí obras maestras de gracia, de vivacidad petulante y nerviosa, de trajes bien llevados, de charla chispeante como gorjeo de pajarera. Al fin y al cabo obedecen a su naturaleza y me han dado placer durante una hora. No deseaban ellas otra cosa, ni yo tampoco.

4 junio.

Copio de una novela de monsieur About esta carta de una muchacha de diez y seis años a otra muchacha de la misma edad; es perfecta. Monsieur About es un verdadero francés, muy amigo del siglo XVIII, algo pariente de Voltaire, primo hermano de Beaumarchais y de Marivaux; por eso pinta tan bien las francesas.

«Queridita Deseo de agradar:

(¡Qué bien se conocen! No hay mas que París donde una joven, frescamente salida de su clase de geografía y de francés, haga resaltar tan prontamente el carácter de su mejor amiga.)

»Héteme de vuelta del veraneo, y lo mismo Enriqueta, y también Julia y Carolina. La seria Magdalena me ha hecho saber que llegará mañana. Contigo, sin la que no hay nada bueno, el sexteto quedará completo.»

(Un cumplido bien manejado, después una burla, tres tonos diferentes en tres frases: una petulancia, una habilidad de estilo natural y perpetua. ¡Encontradme cosa parecida en Europa!)

«¡Mamá ha decidido que la primera reunión de las inseparables tenga efecto en casa!»
(Dentro de un año dirá «en mi casa».)

«¡Qué buen día! ¡Salto de gusto! No atribuyas a otra causa el paté que acaba de caer precisamente en medio de mi carta. Ruega a papá-lobo te haga llevar calle de San Arnaldo, número 4, antes de la aurora; te devolverán a tu guarida después de comer.» (Un padre es un criado impuesto por la Naturaleza; se le deja en el guardarropas con los paraguas cuando es gruñón y feo.)

«Quizá bailaremos; pero a buen seguro charlaremos mucho, reiremos como locas, y eso es lo sólido.»

(¡Filosofía ya! Tiene razón: es la filosofía de su temperamento, la del siglo XVIII.)

«Se trata de organizar los placeres de invierno en grande escala, como decía nuestro respetable profesor de literatura.» (Pataditas de paso a quien se lo merece.) «Espero nos veremos todos los días hasta el casamiento, y aun después.» (Piensa en ello, habla de ello; a los diez y seis años es su idea magna, como a los ocho años la idea de una tarta.)

«Es todo un plan de campaña que trazar; mi hermano el soldado, que acaba de llegar con licencia semestral, nos ayudará. No quiere creer que seas cien veces más bonita que yo.» (Un cumplido. Esos tenientes de Ingenieros muestran una incredulidad chocante. ¿Se puede engolosinar mejor una coquetería?) «¡Hasta el lunes! ¡Hasta el lunes! Otro paté. La patisière te abraza con todas sus fuerzas.» (¡Chillidos de golondrina, una oleada chorreante que arrastra palabras impetuosas, aturcidas, gestos cariñosos y zalameros, y por debajo de todo esto una necesidad irresistible de placer, de excitación, de acción; nervios tensos como cuerdas de arpa, una voluntad que no podrá contenerse nunca, ni subordinarse ni regularse.)

Vedla desde aquí, tres años después, casada, mujer de mundo, diciéndolo a su marido, engolfado en negocios:

-Querido mío: vamos esta noche a ver Don Juan; he hecho ya tomar el palco; no me digas que no tienes tiempo, te ruego; si tienes tiempo, es preciso que tengas tiempo; Mario canta demasiado bien, y hartos tiempos he pasado sin oírle; me moriría de pena si no le oyese esta noche; sí, sí, ¡esta noche, y no otra! Déjale a tu amigo; es tonto, llega de provincias, tiene la nariz colorada; ¿acaso se dan citas, por ventura se les quita las soirées a las personas cuando se tiene la nariz colorada? ¡Convenido, pues! ¡Estoy loca de alegría! ¡Y es menester que también lo estés tú! Te aseguro que te haré honor; mira mi precioso traje malva; tenemos palco de primer piso. Y allí, caballero, mostraos gentil; lo sois. Os prohíbo

hablar, os cierro la boca, así; ¿no es una bonita manera de cerrar la boca? ¡Juan, id por el coche!

(Diez años después tiene veintiocho años. Igual escena, con la variante que sigue:)

-¿Una cita? Ya sé lo que son vuestras citas. Un bonito pretexto, muy nuevo, para dejarme sola con mi lámpara. Pero siempre pasa así: para el hombre, todos los provechos del matrimonio; para la mujer, todos los fastidios. La señora, a bordar, como antes, cuando era niña; el señor, a correr, como antes, cuando era soltero. ¿Acaso no sé que vuestra cita en el Círculo es para los Bufos parisienses u otra parte? Esto aparte, tenéis razón: se está mejor allí que en otro sitio para despachar los asuntos y fijar las entregas. ¡Bonitas entregas y muy limpias! ¿Creéis que no os observo en la Ópera? Os quedáis dormido con la música, y sólo os despierta el ballet. Bueno; mejor estaré sola que con un bloque comercial, un tronco filosófico, para quien el ideal consiste en un maillot rosa. ¡Ah! ¡Cuán engañadas y abandonadas vivimos las pobres mujeres! Buenas noches, caballero. Juan, decid que enganchen.

5 junio.

He acabado esta novelita, que es extremadamente ingeniosa y está perfectamente acabada. Había ya oído hablar de monsieur About en el extranjero, y me decían de él:

-Es el hombre que está más en boga en la joven generación; no solamente hace cosas bonitas, sino que esas cosas bonitas pertenecen a un género único. Las importamos como los dijés y las modas de París; nada hay parecido ni que se le acerque en Alemania o Inglaterra. Desde Mariana y El paleta advenedizo, no se ha hecho en Francia nada tan nacional.

El capitán Bitterlin, padre de la encantadora muchacha a quien va dirigida la carta de arriba, la dice un día, viéndola ensimismada en la mesa:

-Oye: ¡le estás guiñando el ojo a la garrafa!

Esto es brutal, pero es verdad; en el alma es griseta.

La misma encantadora persona, después de haberse elegido un novio, va a decirle a su señor padre:

-Mi querido papá: estoy enamorada de un joven, a quien estimaréis en cuanto le hayáis visto, y que os enseñaré, si me prometéis no hacerle daño. Si yo no fuera una niña sumisa y respetuosa, esperarí a ser mayor de edad para casarme con él, a pesar vuestro, sin otra dote que los veinticuatro mil francos de mi madre.

Esto es algo fuerte, pero no imposible. Son naturalmente decididas; con un fondo de griseta, tienen un fondo de húsar. Les falta del todo, o pierden pronto, el verdadero pudor, el candor virginal y profundo, la timidez ruborosa, la delicadeza espantadiza. Son flores, si queréis, pero que al primer rayo de sol se abren, y al segundo están demasiado abiertas; la niña desaparece, queda la mujer, y con frecuencia esta mujer es casi un hombre, y a veces más que un hombre. Desde los catorce años se ejercitan en su familia, en su padre.

Mi amigo B..., médico, se encuentra una noche con que su hija le declara que quiere ir a la soirée de boda de una de sus amigas.

-¡Pero si esta mañana has tenido calentura!

-No le hace.

-¡Pero si estás todavía en cama y tiritas!

-Me abrigaré bien.

-¡Luisa: te dará de nuevo la fiebre!

-Papá: si no voy, ¡tendré fiebre de rabia!

-Querida niña, no conozco esa fiebre de rabia; será una especie nueva que describir; escribiré una buena Memoria y me harán de la Academia.

-¡Papá, es preciso absolutamente!

El padre ha cedido. ¿Qué voluntad de cincuenta años puede resistir a una voluntad de veinte? Ha vuelto derregada a la una de la mañana, y le ha dado de nuevo calentura. El pobre hombre se ha levantado cada hora toda la noche para cuidarla, darla de beber; había subido cincuenta y siete pisos durante el día, y a la mañana siguiente, cuando le he visto otra vez, tenía el aspecto de un desenterrado.

Son demasiado inteligentes, resultan muy despabiladas y se hallan prontas a descubrir las debilidades, las ridiculeces. Por otra parte, tienen demasiada voluntad, deseos bastante vivos y numerosos; sobre todo una necesidad áspera y potente de lisonjas, de adoraciones, de sensaciones agradables y fuertes. El profundo sentimiento sublime y la necedad nativa, que constituyen la subordinación voluntaria, están ausentes. Están por encima y por debajo de la experiencia, incapaces de sufrir un mandato y de sentir respeto.

He ahí por qué todo el esfuerzo de la educación tiende a detenerlas, a retenerlas, a impedir que abran las alas. Sé de familias en que no se admiten jóvenes; eso podría sugerir idea; nadie mas que el futuro, una vez aceptado por los padres. Madame de M... decía con orgullo:

-Jamás mi hija (tiene veinte años) ha salido sola, ni ha pasado, ni de noche ni de día, una sola hora fuera de mis ojos o de los ojos de su aya.

Todo eso equivale a decir que somos vecinos de Italia: el clima las hace precoces y de imaginación desbordada; precisa, pues, el convento, el convento verdadero, como en los países del Mediodía, o la casa doméstica arreglada como un convento. Cuando falta la represión de por sí, se requiere otra represión; en lugar de la fiscalización personal, la clausura forzosa; la misma regla que en política; el guardia civil exterior es tanto más desagradable cuanto menos vigilante es el guardia civil interior.

Mi pobre B... pretende que en ciertos colegios se han suprimido los profesores, aun viejos y feos. Se encontraban en los cuadernos de las niñas: «Te amo, te adoro», enderezados a aquellos pobres ganapanes. Por lo mismo, un colegio de niñas es una escuela de coquetería. La emulación, que es buena para los hombres, es perniciosa para las mujeres; rivalizan en sus composiciones como en sus trajes; la vanidad y la curiosidad se hacen enormes, y ¡paf!, sobre el marido.

Mirad lo que son a los dos años de casadas, y veréis lo que se incubaba bajo aquella actitud decente. Madame B... tenía tres hijas; las crió católicamente, las hubo jaqueado; teníalas a las tres en un pequeño dormitorio, sin fuego, inclinadas sobre una geografía o pegadas sobre el tambor de bordar. Yo veía allí continentes modestos, ojos bajos, personas amortiguadas. En un año, la sierpecita se ha desentumecido, se ha erguido sobre su cola, ha silbado. La mayor, que estaba muda, charla, muerde y ladra bajo el ala de su marido; nadie tiene el cumplido más venenoso; sus réplicas huelen desde una legua a Fígaro y Dorina.

La segunda, que ha casado con un político humanitario, canta a la mesa, aprendido de él, motetes filosóficos y religiosos; razona sobre las ciencias, lanza ideas generales; esto la sienta como unos pantalones; se siente la cotorra amaestrada; es la idea del marido, pero echada a perder, repetida a tuertas y a derechas; ha dejado caer el exceso de contenido, y ella lo recoge y lo vierte. En este momento está acabando un folleto sobre el perfeccionamiento y el porvenir de la mujer. La tercera, un ángel, se ha paseado ocho días en Brighton con un oficial. ¡Yo que la he conocido cándida, crisálida todavía!

En el baile.

He examinado bien las cabezas; excepto las dos niñas G..., la moral es desagradable; una especie de impetuosidad física, un acento neto, voluntarioso, algo de removiente, de seco, de limitado; pasiones prontas e imperiosas, nervios irritables que acarrearán abscesos de lágrimas a la menor contradicción; el espíritu todo por fuera, y siempre frases de convención. Medio actrices y medio princesas.

Visten bien, tienen ingenio; pero les falta nobleza y mienten demasiado.

Capítulo VIII

Las niñas

- II -

15 junio.

Visita a Ville-d'-Avray, a casa de mi amigo S..., jefe de sección en un ministerio: treinta mil francos de gasto al año. Una quinta pintada de nuevo, con una pradera suiza de veintidós metros y siete árboles. Dos niñas de quince y diez y seis años, que respiran el sano aire del campo con guantes frescos, pelerinas de tul, botas estrechas, corsés irreprochables, desde las ocho de la mañana. Me quieren mucho; llevo siempre bombones y baratijas en los bolsillos.

-¡Ah! ¡Es monsieur Graindorge!-dice madame S...- ¡Buenos días, querido amigo! ¡Cuán amable habéis sido en venir tan pronto! ¡Vamos a enseñaros nuestra choza! ¡Oh, sí; una verdadera choza! Pero hay algo de verdor. No podemos pasarnos sin verdor. Esas pobres niñas necesitan en gran manera el aire de los campos, y así es que se aprovechan. Siempre sobre el césped, estirando brazos y piernas. Y nada de estorbo: trajes sencillos, verdaderos baqueros, como a los siete años. Pero ¡son tan niñas! ¡No podéis figuraros lo niñas que son! ¿Creeríais que ayer Juana, al repetirme la historia de Luis XIV, me dijo: «Pero, mamá, ¿cómo podía amar a esa Lavallière, puesto que estaba casado? ¿Era, pues, bígamo?» Esto me hizo venir las lágrimas a los ojos. ¿Verdad que es bonito? Es la que me decía cuando tenía tres años y yo le hablaba de Dios que está en los cielos: «Entonces es como los pájaros; ¿tiene pico también?» Ya tenía raciocinio. ¡Ah, monsieur Graindorge, qué felicidad tan grande es ser madre! Los hombres que como vos se han quedado solteros no saben lo que se han perdido. Me lo decía mi marido esta semana; es que es galante; pero también sois vos galante, y siempre estamos encantados de veros. ¡Pero qué calor hace hoy!, ¿verdad? Tened la bondad de sentaros.

He saludado; me encuentro en Francia desde hace seis años; pero no sé aún recibir convenientemente esas duchas de amabilidad parisiense.

Del saloncito próximo ha partido un cohete de gamas y de trinos.

-Es Juana. Están en su nido; acaban de hacerlo arreglar; vamos, nos diréis qué os parece; las dos tienen gusto.

Es la verdad. No hay nido más coquetón, más elegante. Todo el cuarto está tapizado de persiana blanca y azul, de un azul ligero, de una frescura exquisita; un delgado filete de oro sube y serpentea, encuadrando los espejos. Grandes porcelanas blancas ensanchan sus cálices de nieve, llenos de madreselvas descabelladas, de rosas murgosas, de azaleas húmedas todavía de rocío. La luz suavizada entra bajo los transparentes a través de las mayólicas de las ventanas y se desparrama sobre el tapizado como una sábana de bruma

soleada. Sobre la mesa dos o tres álbumes, dejados con una negligencia sabia; a ambos lados de la chimenea, bocetos firmados con sus iniciales; un solo cuadro, un gran retrato de María Antonieta. ¡Y qué lindas bagatelas femeninas en las etagères!

Juana está al piano; Marta, de pie, a su lado. Dos nombres modernos. Es la última moda. Marta, delgada, inclinado el cuello, tiene el aire de un paro delicado. La otra pasea lánguidamente sus dedos a lo largo de las teclas de marfil, con una semisonrisa en sus labios mohínos. Ambas, con trajes blancos rayados de rosa, de una frescura inmaculada, con bullones punzó alrededor del cuello y en las mangas, apenas escotadas, y, sin embargo, bastante escotadas. Hace calor y estamos en el campo.

Con todo, son modestas, tímidas aun con los forasteros; se detienen antes de hablar; se sonrojan algo de un ruido de voz que se les ha escapado; aventuran un ligero movimiento abandonado, y en seguida, vacilantes e inquietas, lo suspenden. Se siente en ellas un fuego interior, una sensibilidad tremulante, siempre ocupada en contenerse, una delicadeza y una vivacidad de pájaro. La linda criatura es tan frágil, que se teme aplastarla, por viva que aparezca siempre al levantar el vuelo. Todo eso se estremece y palpita bajo las ondulaciones ligeras de la falda, con el balanceo de los rizos enrollados a lo largo de las sienas, con los mononos temblores de la voz que se ensaya.

-Cumpliréis cincuenta y tres años el veintiuno de julio próximo, Graindorge, mi buen amigo.

-Es verdad, caballero; pero motivo de más para remozarme los ojos mirando las flores de estufa.

Verdaderamente, se siente uno aquí como delante de dos flores de estufa. Se comprende que el encanto está en lo imprevisto, en la apariencia, en la repentina novedad, en la imaginación, que en seguida edifica a través de lo desconocido, que hay que permanecer inmóvil, que al menor contacto con la punta del dedo todo se deshojaría. He ahí lo que tiene haber visto en ferrocarril caras sosas, burgueses agrios. Esta gracia, esta suavidad extraña impresionan como un aire de Mozart que se oye de pronto en medio de una larga calle vulgar, como un bello espino albar florido que aparece solo en un vallado seco. Si el espino albar estuviese en una maceta en vuestra ventana; si hubieseis oído las escalas y las vocalizaciones preparatorias de la cantatriz, vuestra emoción se reduciría a casi nada.

Goethe nos decía: «Tratad vuestra alma como un insecto; es muy divertido contar sus instintos, prever sus sobresaltos y sus andares.» Prefiero mejor decir: «Tratad vuestra alma como un violín y dadle motivos en los cuales encuentre melodías.»

Poco a poco he llegado a ser un confidente, y Marta me ha dicho:

-¿Queréis asistir el miércoles al curso? Hay gran sesión. Calle de Astorg, 27, M. d'Heristal. ¡Oh! Es un señor que se presenta muy bien, está condecorado, y luego dice mamá que es paternal. Todo el mundo va ahora y tengo allí a todas mis amigas. Hace pequeños discursos sobre la dicha de las madres, y eso hace llorar. Y además es un hombre tan conforme, tan amable. Nunca regaños; cuando un deber no está bien, no se burla,

consuela, dice que el siguiente estará mejor. Siempre bien vestido. ¿Verdad, Juana? Un frac azul con botones de oro y camisa blanquísima. Algo nos reímos porque se mira demasiado a menudo las uñas y se saca lindamente su pañuelo; Luisa Volant, que está cerca de su lado, dice que le echa benjuí. En fin, se cuida como una señora. Estamos muy contentas de ir con él. ¡Nos fastidiaba tanto nuestra institutriz! ¿No recordáis a mademoiselle Eudoxia? ¡Tenía la nariz colorada y patas! ¿Verdad, Juana? ¡Qué aire tan de miel y vinagre! «Señoritas, empezareis de nuevo vuestro análisis.» «Señoritas, poneos mejor.» «Señoritas, no se anda de esta manera cuando se es una persona bien educada.» «Señoritas, en la mesa no se habla.» ¡Una verdadera reja de cárcel! Al comer, prohibición de abrir la boca. ¡Y qué manera de animarnos cuando debíamos tocar el piano delante de alguien! ¡Y los principios! ¡Siempre estaba con la boca llena de los principios! Dice Luisa Volant que eso es lo que le ha estropeado los dientes. ¡Siempre los principios! Los expende, es su oficio. En fin, como madame Volant le dijo a mamá que el curso era encantador, bien compuesto, vamos a él desde hace seis meses.

-¿Y qué hacéis allí?

-Toda suerte de cosas. Composiciones. Hemos tenido la muerte de Juana de Arco. Conversación de dos ángeles conmovidos ante las miserias de la tierra. Una madre de rodillas ante un león que quiere devorar a su hijo. José vendido por sus hermanos. Himno al Sol. Ya comprenderéis que cuesta trabajo. ¡Nada menos que un himno al Sol! Yo por lo pronto no encontraba nada que decir, ni Juana tampoco. Nos echamos a llorar, nos creíamos estúpidas. Monsieur d'Heristal nos ha dicho entonces que era menester exaltarse, exaltar la imaginación. En su consecuencia, nos hemos paseado a grandes pasos por el cuarto, nos hemos abrazado muy fuerte, nos hemos apretado las muñecas, hemos puesto los ojos en blanco como en el teatro, y todo ha venido. No encontrábamos mas que media página al empezar, y ahora ya hemos hecho seis. Mañana por la mañana vamos a componer nuestro himno antes del segundo almuerzo.

-¿Y qué diréis?

-¡Oh, no lo sabemos aún! Es menester que estemos solas, y entonces hacemos la voz gorda; ¿verdad Juana? Y después, eso depende... Juana habla siempre de los corderitos, de las praderas esmaltadas de flores, de los niños que se ponen de rodillas por la noche sobre su cama rosa para demandar la bendición del Altísimo; yo hablo del carro del trueno; del relámpago, que es un mensajero alado; del rayo, que es la voz del Omnipotente. Esto resulta muy bien. Monsieur d'Heristal queda contento siempre; dice que tenemos estilo y que nos pondrá en el cuadro de honor.

-¿Leéis eso en voz alta y vosotras mismas? ¡Ah! Tenéis razón, es muy difícil. Figuraos que la primera vez Juana no ha podido, y ha roto a llorar. Yo creí que no podría sacar la voz, y me puse colorada, colorada; pero mamá me echó los ojos, y entonces leí sin saber lo que me decía; estaba como soñando. Monsieur d'Heristal me dirigió un cumplido, y entonces cobré un poco de valor; me engullí un trago de agua azucarada y en seguida me sentí con una voz y con una fuerza... Es enteramente como en un baile cuando las luces se nos meten en los ojos y la música en la cabeza y se dan vueltas sin saber cómo, y así se irían dando vueltas siempre hasta las cinco de la mañana. La última vez dijo a una nueva

alumna monsieur d'Heristal que sus frases eran pesadas, y al punto se echó la pobre muchacha a sollozar; su madre la cogió en brazos y tuvo que hacerla respirar sales, porque tenía ataques de nervios; monsieur d'Heristal leyó él mismo el resto del deber; felizmente estaba muy bien y al momento se repuso la autora. Y es que también, y esto es terrible, todos los ojos están apuntados sobre nosotras; allí están las mamás, las tías, a veces los papás, con sus lentes y sus gemelos. Habría para meterse en una ratonera. Y ahí tenéis; hay con todo cosas muy divertidas, figuras cómicas. Por ejemplo, en la antepenúltima sesión nos compareció una inglesa, miss Flamborough, roja como una amapola, con un pañolón rojo bastante para embravecer a los bueyes, una especie de casaquín y sin talle; no se atrevió a levantar los ojos, excepto para mirar sus pies y sus cuadernos; hecha una piojosa, en una palabra.

-¡Vaya, vaya!

-Pero no para aquí, monsieur Graindorge. Aquel día mamá quedó escandalizada. ¿Creeríais que madame d'Estang llevaba un mantón de Cachemira? Jamás se ha visto nada semejante; sólo se llevan cachemiras cuando se es señora; pero ella es criolla y no lo sabe aún. Yo os aseguro, monsieur Graindorge, que se aprende tanto mirando uno de esos mantones como en una soirée. Hay allí flores en las jardineras, criados de librea para abrir las puertas, trajes frescos y no digamos ¡qué peinados! Más se aprende allí que en los periódicos de modas. La señorita d'Estang llevaba pendientes como los del Museo Campana, con esmeraldas. La señorita Herié tiene un hermano artista que le ha dibujado sus trajes de invierno, todos de terciopelo negro, con una guarnición de cisne. La señorita d'Argelés tiene la cara y el cuello demasiado largos, y por eso se trenza los cabellos en diadema para ensanchar su cabeza, y como tiene un cutis moreno de española, se viste toda de azul oscuro con pasamanerías erizadas, con bordados que forman sacapuntas y franjas sobre todo el talle. Bueno, pronto estaremos en miércoles. Cinco días: viernes, sábado, domingo, lunes, martes, doce horas todos los días; pero estoy soñando: veinticuatro. Juana, querida mía, ven a abrazarme.

Con eso se han echado en brazos una de otra y han saltado como cabras sobre el césped; expansión nerviosa. Dentro de dos años se abrazarán con serenidad; eso sienta bien y es picante; entreverán que hay en ello una coquetería; será como un ramillete de cerezas bueno para pasarlo bajo la nariz de los hombres al objeto de hacerles imaginar lo delicioso que sería catarlas. Dentro de cuatro años, si no están casadas, se pondrán a los niños sobre las rodillas, en pleno salón, les besarán, les piropearán con toda suerte de diminutivos cariñosos y lindos para demostrar que serán buenas madres; los nervios, la coquetería, la maternidad; no hay otra cosa en la mujer.

El manubrio giraba; había que aprovechar el movimiento, y he aventurado esta observación, muy sencilla, de que el curso Heristal es más divertido que el catecismo.

-¿Por los trajes grises o negros que eran de uniforme en el catecismo? No; el catecismo era muy bonito. Juana, con sus ojos bajos, parecía una madona. Pero trabajamos bien, ¿verdad, Juanita? Figuraos que fue siete veces seguidas la primera; tuvo la medalla grande a fin de año. Papá la llamaba su pequeña teóloga. Yo estaba, todo lo más, entre las diez primeras. Todo el mundo iba allí. Mademoiselle Eudoxia, mamá; aun a veces le pedíamos

consejo a papá, que nos indicaba los libros. Menester era no hubiera habido medio de salirnos. Madame Volant y las otras mamás estaban allí al lado de sus hijas, con lápiz y cuadernos para tomar notas, y anda, anda, anda, trotaban los dedos como caballos de carrera. Todo lo escribían. Luisa Volant trajo una vez una redacción de diez y siete páginas sobre el amor de Dios; otra vez una redacción de veinticuatro páginas sobre la dignidad de la Iglesia, con citas de San Agustín. En casa, mamá notaba el final; mademoiselle Eudoxia, el principio; yo y Juana, lo de en medio, e hicimos una vez una redacción de treinta y dos páginas; por la noche nos leía a Bossuet; Juana tiene tan buena memoria, que decía de corrido todas las herejías, todos los concilios. Sobre ello nos vimos denunciadas. ¡Esas señoritas son tan celosas! Pero el señor abate respondió que era edificante ver a los padres instruirse de tal manera en la religión. Y el día en que Juana fue a recibir su medalla, las mamás rabiaban, y yo no cabía de alegría en mi cuerpo; yo chispeaba y repetía en voz baja veinte veces por minuto: «La medalla no es para vosotras, señoritas; la medalla no es para vuestras hijas, señoras, es para mi Juana.» Juana, estabas hermosa como un ángel.

Un diluvio de besos. Hay un exceso de plenitud en esa niña; debería montar a caballo, dar grandes paseos a pie, ir al gimnasio, aprender la geografía. Pero esto no es cosa mía. Un ligero latigazo aún para acabar.

-¿Y ese querido piano?

Estallan en carcajadas.

-Esto está muy mal. Sois escépticas. Bien sabéis que he sido educado en Alemania. Adoro la música.

-¿El oficleido o el trombón?

-Abominable. No respetáis nada. El piano, el piano.

-Helo ahí, señor.

Y venga correr como una cervatilla; abre la puerta, abre el piano, y con las dos manos empieza un redoble de escalas; ¡qué escalas! Lo hace con toda su fuerza, susurrando con toda su garganta.

-Juana, susurra; ante de las escalas; hay que contentar al señor.

El viento ha cambiado; no más confidencias; no obtendría mas que una cencerrada.

-Señoritas, nada hay tan horrendo como la calumnia para un corazón sensible. Me ahogaré esta noche, al volver a casa, si hay agua en el Sena. Sin embargo, yo iba de buena fe; os había traído un cuadernito de Schumann. ¿Qué va a ser de mí? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

-¡Un cuaderno, un cuaderno! ¿Dónde está el cuaderno? Un cuaderno gris salmón. ¿Qué jerga es esa que han puesto encima? ¿Aleman? ¿Y qué es lo que ha impreso ahí vuestro alemán?

-Preceptos, una especie de catecismo para uso del músico principiante.

-¿Un catecismo? Debe de ser precioso. A ver, monsieur Graindorge, sed amable; traducidnos eso.

He aquí esos preceptos. Mientras yo los leía, había para pintar su cara; abrían grandes ojos; es que se siente en estas veinte frases la gravedad, toda la convicción profunda, toda la emoción íntima que en Alemania gobiernan la educación musical. Imaginad dos jóvenes gatas de salón en presencia de un cangrejo.

«La educación del oído es lo principal. Esfuérzate desde temprano en reconocer el mayor, el menor, los diferentes tonos. La campana, el cristal de las ventanas al chocar, el cuchillo, trata de notar qué sonidos emiten.

»Hay quienes se imaginan que a todo se llega con la agilidad de los dedos y hasta avanzada edad emplean muchas horas al día en los ejercicios mecánicos. Es como si un hombre se dedicase a pronunciar cada día A B C lo más aprisa posible, y siempre más aprisa. Emplea mejor tu tiempo.

»Para el compás, la ejecución de muchos virtuosos es como la marcha de un hombre borracho. No tomes por modelo a tales gentes.

»Cuando toques, no te inquietes por saber quién te escucha.

»Toca siempre como si te escuchara un maestro.

»No debes saber solamente tus piezas con los dedos; es menester también que puedas tararearlas sin teclado. Aguza tu imaginación de suerte que en un trozo puedas retener no solamente la melodía, sino la armonía.

»Debes llegar a comprender la música a la lectura.

»No toques nunca un trozo sin haberlo leído antes.

»Cuando tengas más edad, no toques ningún trozo de moda. El tiempo es precioso; serían menester cien vidas de hombres a quien quisiera solamente conocer lo que es bueno.

»No propagues la mala música; ayuda, al contrario, con todas tus fuerzas a aplastarla.

»No debes tocar música mala; no debes ni aun escucharla, a menos de que te veas obligado.

»Mira como una cosa horrible cambiar, omitir algo en la música de los buenos compositores o introducir en ella adornos nuevos y de moda. Es el mayor ultraje que puedes inferir al arte.

»Busca entre tus camaradas a los que saben más que tú.

»Las reglas de la moral son también las reglas del arte.

»Manténte, inquiérete seriamente en la vida, como también en las otras artes y ciencias.

»Se puede aprender siempre.»

Aquí han bostezado con todo su corazón.

-Pero, mi buen monsieur Graindorge, esto oí; alegre como un entierro. Quien ha escrito eso debe de ser un trapense, ¿verdad? Habría debido añadir a sus reglas: «Hermano, morir habemos.» Bien se ve que esos alemanes comen choucroute. Nosotros no hilamos tan delgado. Aprendemos a levantar y bajar a su vez los cinco dedos: do, re, mi, fa, sol; después de eso, escalas; después, los ejercicios: Cramer, Czerny, Doelher y los otros. Yo estoy en Czerny; Luisa Volant todavía está en Cramer. Entonces los dedos ruedan; oíd, así. (Y los dedos blancos empiezan a galopar con los más bonitos trinados.) Se sienta bien, se toma un aire grave; ved, así. (E hizo el gesto más burlesco sentimental del mundo.) Se levanta la cabeza por un momento hacia el techo; ved, así. (Y se arregló graciosamente un rizo que no necesitaba ser arreglado.) En seguida, ¡puf!, una nota gorda, y ron, ron, ron; oíd bien: es el Movimiento continuo.

En efecto, tal es el título de la pieza, un verdadero tren expreso. El galope ha durado diez minutos; sus mejillas se teñían de púrpura, sus ojos brillaban; un verdadero caballo de carreras. Su hermana ha batido palmas; yo he batido palmas; su padre y su madre, que han llegado, han batido palmas. La hemos jurado que ella será la primera en la próxima reunión musical, en casa de madame de Heristal, y a fe se lo merece.

En la mesa hemos deliberado sobre el traje y nos hemos decidido por los cabellos rizados, ahuecados, con un torcido; estamos seguros de un gran éxito.

Estaba en vena, y al acompañarme a la escalinata, como yo besara (a la antigua moda) la mano de su madre, me ha dicho con una reverencia:

-Hermano, morir habemos.

Al regresar en mi coche, pensaba, ensoñado, en su futuro marido. ¡Feliz esposo! Si hay una educación capaz de excitar los nervios y la vanidad, es ésta.

Los jóvenes

- I -

He visto estos días cinco o seis jóvenes de mundo y quería describirlos; pero mi espíritu se va, no sé por qué, a vagabundear en otra parte, en América. Probablemente es por la fuerza del contraste; la única cosa que puedo hoy escribir es la historia del primer joven americano que he conocido bien.

Hallábame en Nueva Orleáns y habíamos cazado juntos más de una vez. A la puesta del sol se baja a lo largo del canal hasta el gran bayon, que conduce al lago Pontchartrain; los caimanes hacen la siesta en el fango; se les tira a los ojos, porque la bala resbalaría sobre su coraza, o bien al vientre, cuando tienen la bondad de mostrar este órgano, como a menudo sucede; son gentleman por sus portes y gustan de tenderse sobre la arena como sobre un sofá, en actitudes cómodas. Por el contrario, una vez heridos se vuelven cómicos y empiezan a hacer piruetas sobre el agua con cabriolas, batimanes y caracoleos, absolutamente como los bailarines de la Ópera. Anteayer mismo al ver a M. Merante hacer la peonza quedé sorprendido de la semejanza. Sin embargo, el caimán es superior; pone en los sobresaltos del trasero una fantasía extraordinaria. En suma, es un ejercicio excelente para después de comer y, a mi juicio, preferible al billar.

Mi amigo Jonatás Butler tiraba muy bien, y en estas condiciones se le ensanchaba el cuajo; aparte de esto no veía ni hablaba fuera de esas ocasiones; pero ya al borde del bayon, se frotaba sus sólidas manos y me decía:

-Tom, ¿veis ese gentleman que bosteza allá abajo bajo la mata de juncos con una quijada tan hermosa? ¿No encontráis que se parece al reverendo Booby, del Kentucky, que vino ayer a salmodiar en casa de mi madre? Absolutamente la misma quijada y un chaleco blanco, como el otro. ¡Al chaleco blanco del reverendo! ¡Paf! ¡Cataplún! El reverendo carece de elegancia. ¿Veis cómo se revuelve? ¡Oh, oh, el vientre al aire! Yo os pido me perdonéis, monseñor, si he manchado vuestro chaleco blanco. ¡A otro!

En estos momentos sus ojos no eran buenos; se le hinchaban las narices y sus mejillas se ponían rojas.

Era yanqui de raza e inglés de temperamento, muy diferente en eso de los jóvenes de Nueva Orleáns, que son de ordinario de origen francés, pálidos, finos, nerviosos, a guisa de los criollos. Tenía seis pies de estatura, era grueso a proporción, aunque no tuviese más que veintiocho años, ancho de hombros, con las carnes espesas e inmóviles de un toro. Muy a menudo se mantenía en reposo y en la conversación no prodigaba los gestos; pero cuando había bebido o se sentía de mal humor, sus labios comenzaban a temblar, su respiración se hacía ruidosa, y había que callarse, porque se comprendía que, una vez lanzado, se arrojaría delante por entero y con los ojos cerrados.

Yo le vi una noche de tempestad, cuando el cielo se desplomaba como un diluvio, salir del Círculo a la una, gritando que no era ningún perro para volver a casa y dormir sobre una yáciga. En cinco minutos llegó a zancadas al puerto, desamarró su barca y se lanzó en el

río, por el que rodaban troncos de árboles acarreados por las aguas violentas. La honda agua fangosa se atorbellinaba bajo la borrasca; el mástil crujía. Lo llamamos con todas nuestras fuerzas; no escuchaba y maniobraba, desnuda la cabeza, con brazos de Hércules. Le dimos por muerto. A la mañana siguiente volvía, mojado como si hubiese pasado la noche bajo el agua; pero refrescado y de buen humor, como un hombre sanguíneo que ha sido sangrado y, no sintiéndose ya ingurgitadas las venas, se encuentra desahogado.

Un año antes de mi llegada había habido tiros por la parte de Méjico. De pronto dejó su cara, tan bien montada, su comodidad inglesa, realzada por el lujo criollo, y partió a caballo, con su jauría de perros, dos carabinas, una brújula y una manta a través de los bosques, solo, viviendo de la caza, colgando por la noche su hamaca de un árbol y durmiendo bajo la guarda de sus perros. Volvió al cabo de tres meses, habiendo hecho setecientas ochocientas millas y matado un razonable número de indios y mejicanos, lleno de salud, pero con una cuchillada en la mejilla. Los perros, alimentados de carne, se habían vuelto tan feroces que se vio obligado a enviarlos fuera de la ciudad.

Estas suertes de expediciones le habían hecho popular entre los jóvenes ricos, tanto más cuanto era servicial y no tenía pretensiones. Sobre todo estaba perfectamente exento de la rigidez y la mojigatería puritanas. En este punto las ideas criollas habían cubierto en él del todo el fondo inglés; su madre, una altiva francesa, emparentada con las antiguas familias, le había criado en las costumbres de la vieja nobleza y en el odio al cant.

Hay que decir que en ese mundo elegante, los yanquis pasan por ser unos especieros ríspidos. En efecto, entre ellos, por ejemplo, en Cincinnati, la ley prohíbe los billares; se imponen cincuenta dólares de multa al que vende una baraja; encontráis en pleno bosque revivals que duran tres días. Los predicadores se relevan describiendo la agonía del pecador, su muerte, los progresos de la podredumbre, el fuego del infierno, todas las circunstancias del tostamiento, minuciosamente, con gritos y jaculatorias, hasta caer derrengados, mientras a su alrededor los oyentes gritan ¡Hosanna! con toda la fuerza de su gáznate, a veces durante tres o cuatro horas, y las mujeres sollozan, de cara contra el suelo, presas de convulsiones.

Por otra parte, los gentleman de Cincinnati van ellos mismos a la compra, comen con sus cuchillos, escupen incesantemente, hasta en la mesa y sobre los trajes de las señoras. Enteraos de esas bonitas costumbres en alguna novela de Cooper; se trata de dos enamorados; la muchacha no se casa con el joven porque tiene dudas teológicas; al cabo de muchas discusiones, se va a la pesca de la foca a los mares polares; saca helada la nariz y esto le convierte. Ella, entre tanto, continúa cocinando y va al encuentro del buque con una cazuela en la mano. En cuanto lo distingue a lo lejos, le grita.

-¿Creéis ahora en la mediación directa o solamente en la mediación simbólica?

-En la mediación directa.

Radiante de alegría, deja caer la cazuela y hételos casados.

Naturalmente que esos zapateros predicantes no les gustan mucho a las gentes de mundo. Por esto nuestro amigo Jonatás Butler, aunque protestante, no predicaba ni aun con el ejemplo. Según la moda tenía por querida una linda cuarterona y no la era fiel en extremo. Su coche era nuevo y sus caballos admirables; sus negros, azotados algo en demasía, obedecían a una simple mirada. Sin duda la gente del pueblo le encontraba orgulloso por no dirigirles nunca la palabra, y cuando pasaba, las especieras devotas le llamaban por lo bajo Moloch y Satanás; pero nadie se le acercaba sino con la cabeza descubierta, y si había necesidad de encontrar una veintena de carabinas, no tenía que llamar a veintiuna puertas para encontrarlas.

Estábamos en julio, y era tan grande el calor, que aquel día habían muerto de apoplejía en la calle dos hombres y cinco o seis caballos. Los mosquitos subían del río a nubes. Por la noche empezó a zurriagar el polvo un viento pesado y malsano que atacaba los nervios. Butler y yo entramos en uno de esos cafés americanos en que se engullen de pie, a lo largo de un mostrador, sandwiches, rebanadas de langosta y copas de whisky. Se mostraba triste desde la mañana, y acababan de picarle dos o tres mosquitos. Traté de bromear; no respondió; se hizo servir una gran copa de ron y lo bebió, fruncido el sobrecejo, sin decir palabra. Le llamé para salir y no pareció oírme.

Cinco o seis gentleman de Kentukey, que mascaban su cigarro y se mondaban los dientes con sus cuchillos, le miraban con una familiaridad igualitaria, y visiblemente se mostraban chocados por el corte demasiado elegante de sus pantalones blancos. Él los miraba también, por su parte, y ciertamente no con buenos ojos.

En esto pidió una cerilla al mozo:

-Al momento, caballero.

Medio minuto después pidió por segunda vez la cerilla, y su voz se hizo ronca; el mozo servía a los kentuckianos. Pidió por tercera vez, y su cara se puso de púrpura; aquel mozo tenía costumbre de servirle y le parecía que le robaban su criado.

A la cuarta vez el pobre diablo, hostigado, creyó que tendría tiempo de servirles a los kentuckianos su último sandwich, y pasó corriendo. Butler, levantando en alto su brazo, le plantó en la espalda su bowie-knife (cuchillo encurvado). El golpe fue tan fuerte que se oyó crujir el omoplato, desportillado por la guarnición del cuchillo. El hombre cayó de vientre en el suelo, ahogándose; hizo un esfuerzo para incorporarse sobre los codos, tendió el cuello hacia delante para aspirar el aire; luego, con un hipo, lanzó una oleada de sangre, y murió en el acto, sin gritar. La herida había retenido el cuchillo, y Butler, que se había quedado de pie, absorto como un sonámbulo, se dejó prender y llevar.

Al día siguiente, en la ciudad, todos, hasta los negros, razonaban sobre el suceso. Parecíales a los negros que el joven envidó algo vivamente. «Pero -decían- puesto que ha llamado al mozo cuatro veces, la culpa es del mozo.» Sin embargo, su imaginación trotaba y se preguntaban si míster Butler sería ahorcado con sus pantalones blancos y con corbata rosa; sobre lo cual movían la cabeza misteriosamente y enseñaban sus dientes.

Los jóvenes de mundo sentían que Butler se hubiera valido de un cuchillo y no de un bastón. «Con un bastón no era un solo golpe el que había que dar, sino una docena. A causa del cuchillo se verá obligado a ir a pasar cuatro o cinco años en Europa.» Pero los tenderos y todas las gentes que trabajaban con sus manos estaban furiosos. Efectuáronse meetings, en que se habló durante muchas horas contra los aristócratas engordados con la substancia del pueblo; se citó a Jefferson, y se declaró que si los libres hijos de América no obtenían de sus magistrados protección y justicia, recabarían la posesión de sus derechos naturales (alusión a la ley de Lynch).

El asunto tomó mal aspecto, sobre todo al ver cómo lo conducía el juez. Era un francés, antiguo armador, bravo y de honor rígido, que no quería al pueblo; pero había sido educado en los principios absolutos, en la lógica cerrada de los filósofos del siglo XVIII. Declaró terminantemente que no haría excepción de personas y que el patíbulo se había hecho para todos los asesinos. Cundió la alarma y se le hizo hablar. Respondió que el veredicto correspondía a los jurados; pero que pronunciado el veredicto aplicaría la ley.

Como era bastante pobre, un amigo de la familia subió a su casa una mañana con cien mil dólares en billetes de Banco; cogió el fajo y lo echó, con el hombre, por la escalera.

Recurrióse entonces al carcelero, personaje menos rígido; el juez le despidió, y puso en su lugar a un mocetón huesudo, flemático, una especie de puritano, cantor de salmos, que no se movía ni de día ni de noche de su cuarto y sobre quien se deslizaban las amenazas y las promesas resbalaban como el agua sobre un hule.

Acudióse de nuevo al juez, y como la exasperación iba creciendo, se le hizo entender que se jugaba la propia vida; ya no salió sino armado y con cinco o seis negros de tan buena voluntad como él. Una noche lo descerrajaron dos pistoletazos y quedó levemente herido en el hombro. Desde entonces hubo en toda tienda dos brazos y una carabina cargada a su servicio. Cuando pasaba se lo seguía con los ojos para vigilar su vida y defenderle; todo hombre del pueblo era su guardia de corps.

La cólera pública llegó a ser tan grande que ya nadie se atrevió a habérselas con él. El proceso siguió el curso ordinario; había veinte testigos, y él no negaba. Se trató de probar que estaba embriagado; pero no había bebido mas que una copa de ron. Él mismo empeoró su causa con su silencio bravío y la altanería de sus respuestas. «Es un mal bull-dog rabioso -decíase en el auditorio-. Hay que derribarlo.»

El Jurado, compuesto de comerciantes e industriales, se acordó de que el mes anterior se habían cometido muchos asesinatos y que esto perjudicaba los negocios, y el juez, pronunciando solo, después de haberse cubierto la cabeza, según costumbre, condenó a Jonatás Butler a ser ahorcado.

Todos los jóvenes bien educados se agitaron; tuvieron conciliábulos; estaban persuadidos de que no habría de ejecutarse la sentencia de un hombre como aquél; el ahorcamiento, sobre todo, les parecía infame, bueno para un yanqui o un negro; si no lo impedían, su honor corría peligro.

Mistress Butler, la madre del condenado, vio a los principales, y el primer lunes de agosto se le ofrecieron al carcelero doscientos mil dólares; era toda la fortuna de la familia; además se encargaría de embarcárseles a él, a los suyos y a Butler en un buque del que se estaba seguro y que aquella misma noche zarpaba para Europa. Cerró los ojos y palideció, deslumbrado por la suma; y fue luego a un armario a buscar su gran Biblia y señaló un texto que había subrayado y que desde hacía un mes miraba todas las mañanas: «No prevaricarás.» Después de lo cual salió y se negó a hablar con nadie.

Dos días después supieron los amigos de Butler que se estaba abriendo el hoyo para plantar la horca. Al día siguiente, bien armados, en número de cerca de ciento cincuenta, a las cuatro de la mañana, atacaron la cárcel. No había más que unos veinte soldados, que no opusieron gran resistencia y se marcharon buenamente a su alojamiento. Otro puesto más numeroso se hallaba en la punta del puerto; pero el coronel y los principales oficiales, hombres de mundo, habían tenido cuidado en marcharse una hora antes, el uno para inspeccionar el fondo del lago, los otros para una cacería en el bosque, y habían enviado a los soldados al cuartel.

Los amigos de Butler se habían provisto de palancas, de barrenas y de limas, y comenzaron a trabajar en la gruesa puerta, y en seguida, como era muy espesa, sólidamente echados los cerrojos, la atacaron con una viga, a golpes de ariete. Resistió; entonces amontonaron leños contra ella y pegaron fuego; esto salió bien; los tablones encastrados en el hierro se desmigajaron carbonizados y toda la pesada máquina se desunía. Pero habían empleado más de media hora y la resonancia de los golpes de ariete, junto con el resplandor de la hoguera, habían sembrado la alarma.

Sin embargo, los tenderos no se atrevían a moverse. Cierto que se veía a algunos en el dintel de su puerta, carabina en mano; pero no formaban cuerpo y encontraban demasiado determinada la traza de los asaltantes. De pronto, por una calle que conduce al puerto viose llegar una marea de hombres despechugados, desarrapados, que aullaban como salvajes, armados de barras de hierro, de picos y de cuchillos; eran los pobres irlandeses empleados en el puerto que querían darse la satisfacción de ver ahorcar a un inglés rico.

Los jóvenes hicieron una descarga y cayeron buen número de blusas sucias; pero Paddy es el primer hombre del mundo cuando se trata de hacerse romper los huesos y de romperle los huesos a otro. Esto aparte, habían bebido su whisky de la mañana, y trabajaron tan bien con sus barras de hierro y sus bowie-knives, que en un cuarto de hora quedaba terminado el asunto. Los amigos de Butler, dispersados, se retiraron llevándose a sus heridos, y los empedradores, llenos de entusiasmo, se repartieron por las tabernas, dejando a un centenar de ellos alrededor de la cárcel, donde fueron a reunírseles los tenderos, y desde entonces día y noche la cárcel quedó custodiada por voluntarios; de suerte que hubiera sido preciso combatir media ciudad para forzarla.

Había llegado la necesidad y el hombre se veía acorralado en aquel último rincón sin salida en que es preciso morir. Un curioso que desde lo alto de una ventana bien colocada observaba a Butler con un anteojo le vio aquella tarde mirar el sol poniente, la boca abierta y los ojos extraviados, fijo y tieso como ante algún espectáculo horrible o sublime; caerse después de rodillas y apretarse el cráneo con las dos manos. Por la noche, en vez de dormir

tranquilamente como solía, daba vueltas en su cuarto, y el carcelero, que escuchaba sus pasos, oyó a media noche una tormenta de sollozos; era robusto, no había llorado jamás, y aquel sacudimiento de su pecho parecía como la agonía de un toro.

Por la mañana se le encontró dormido, muy pálido y como agotado por algún grande exceso. Había escrito mucho y después estrujado y arrojado los papeles por todos los rincones del cuarto. Uno de ellos pareció singular y contenía las palabras siguientes:

«El sol poniente era el corazón de Cristo y sus rayos penetraban en mis ojos. Me he lanzado hacia él, he estrechado sus pies con mis brazos; después me he incorporado y he querido de rodillas abrazar su cuerpo como hacía con mi madre. Entonces he mirado su cara; estaba pálida como las hojas grises de invierno, lavadas por las lluvias, cuando mueren en las ramas de los árboles. He desfallecido, y volviendo a abrir los ojos he visto el sol eterno por encima de las multitudes de cabezas redondas, todas compadecientes, dichosas, y en una gloria de púrpura. Me parece que tengo una cuchillada en el estómago.»

Con eso el carcelero cobró confianza y esperó que tuviese un buen fin.

No faltaba mas que un día, y su madre obtuvo permiso para darle el adiós. Llegó vestida de negro; cuando se la vio bajar del coche, con los ojos secos y ardientes, el rostro tranquilo, todos los circunstantes, hasta los irlandeses, se quitaron los sombreros. No se la cacheó al entrar; en América se respeta a las mujeres más que en Francia; por otra parte, aunque hubiese traído una lima, el preso no habría podido servirse de ella; había seis centinelas cerca de su puerta y cincuenta bajo su ventana; pero no era una lima lo que traía.

Permanecieron juntos una hora, sin que se oyeran sollozos ni exclamaciones, después de lo cual salió tan fría como antes; no se desmayó hasta que estuvo en el coche.

Por la noche, el carcelero oyó un grito ahogado, y un cuarto de hora después uno o dos gemidos; pensó que se acababa la conversión, y preparó para la mañana siguiente sus consuelos espirituales. Por la mañana, al entrar en la celda, encontró a Butler de cara contra el suelo, muerto, con tres cuchilladas en el pecho. Había una salpicadura de sangre en la pared y después un charco de sangre cerca de la silla; el cuchillo había quedado en la tercera herida. Se había dado tres veces, y en los intervalos había tenido la idea de escribir.

La primera vez no había hecho mas que desabrocharse el chaleco; la hoja se había deslizado sobre una costilla y hendido solamente la carne de través. Entonces se quitó la camisa, y tanteando con los dedos el lugar bueno, se había concedido un cuarto de hora para volver a comenzar.

La segunda vez el cuchillo había penetrado bien; aunque demasiado abajo y algo demasiado a la derecha; la sangre había corrido abundantemente y se había sentado, abriendo los labios de la herida, persuadido de que todo iba a acabar. Al cabo de un cuarto de hora de espera se había encontrado muy débil y estaba calenturiento, pero con el espíritu bastante lúcido para comprender que había fallado el golpe. En aquel momento, y durante cinco minutos, no se había sentido con valor. Las dos heridas le quemaban; se excitaba inútilmente. Con eso se había bebido medio jarro de agua y lavádose las manos y la cabeza;

hecho esto, habíase hecho de nuevo dueño de su pensamiento y decidido a no morir colgado de una cuerda como un negro.

Había permanecido tranquilo durante media hora, evitando todo movimiento y taponándose con un pañuelo, «porque -escribía- si la sangre comienza a correr en abundancia, me desmayaré o no tendré fuerzas para herirme en lo certero, y mañana me ahorcarán». Anunciaba que esta vez pondría la punta del cuchillo en el lugar en que se siente latir el corazón, y hundiría, apoyándose por grados y con las dos manos, pero arrodillándose contra su cama, de suerte que no hiciera ruido y no despertara a nadie con su caída. La última línea indicaba la hora: las once y veintitrés minutos; había tenido la precaución de darle cuerda al reloj.

Ese joven carecía de reflexión y no se había aprovechado de su experiencia; el corazón es dificultoso de alcanzar; vale más darse en el cuello. A dos pulgadas por debajo del ángulo de la quijada pasa la carótida, que sólo está cubierta en este sitio por la piel y un músculo bastante delgado. Hundiendo y apoyando hacia dentro, puede ser cortada fácilmente al primer golpe; el cerebro queda paralizado al instante y se muere sin haber sentido nada. La cuestión estriba en ejecutar los dos movimientos de seguida, primero empujando y después oblicuando, a poca diferencia como se corta una rebanada de pan en una libreta.

Capítulo X Los jóvenes

- II -

Fui a visitar el sábado pasado a monsieur Anatolio Durand o du Rand, mi sobrino. Este joven pícaro abusa de la pensión que he tenido a bien pasarle; el criado que me ha abierto la puerta tiene las trazas de un mayordomo. Mi señor sobrino se hallaba hundido en una poltrona, con los pies a la altura de los ojos, y fumaba unos cigarros tan buenos como los míos. Le he mirado; tenía el aspecto de una pava trufada extendida sobre su fuente. Le he saludado gravemente; se ha sobresaltado y no ha encontrado nada que decirme. Le he dirigido un cumplimiento sobre sus sillones acolchados, sus soberbios divanes de cuero moreno, después de lo cual, con inquietudes en las piernas, he inspeccionado la habitación. Hay étagères muy lindas en el comedor; a mi sobrino le da por el viejo Sevres. El dormitorio encierra dos Baudouin y muchas estatuítas poco vestidas; esto es propio de un hombre de gusto; después de lo cual he encendido un cigarro y le he dicho:

-Anatolio: ¿hay nada más hermoso que la virtud?

-¿Cómo decís, tío?

-Digo, amigo mío, que no hay nada más hermoso que la virtud. Verbigracia: he aquí a monsieur de Monthyon o bien a monsieur Bordier, antiguo notario; lee el diario y ya verás qué ruido meten todos los años en el mundo. Han legado sumas para fomentar las buenas acciones o recompensar los buenos libros, y a causa de esto todos conocen sus nombres y hablan de ellos. Esto, ya ves, aguijonea; es agradable llegar a la gloria. Hubo un barón, no sé cuál, que excitó en su testamento a los cirujanos a perfeccionar la talla vesical. Bueno; pues desde este testamento se han inventado aparatos encantadores, hasta llenar con ellos una tienda; las gentes se dejan practicar la operación sin hacer la menor mueca; tan aprisa y tan delicadamente se va hoy en el día, que es un gusto. ¿No resulta eso lo bastante elocuente para excitar la emulación de un alma generosa? Vamos a ver, mi amigo: eres joven, es la edad en que se abrigan sentimientos generosos; expónme tu parecer en conciencia. Hay una enfermedad de la que quisiera librar al género humano: el reumatismo; sé lo que es porque tengo dos. ¿Puede haber más hermoso empleo de una fortuna que ofrecer, después de la muerte, algunos centenares de miles de francos al sabio laborioso que descubra el específico?; Ah, joven, joven! ¡Cómo brillan tus ojos! ¡Qué bien está, amigo mío, interesarse por el género humano!

Mi sobrino no tenía aire de interesarse en modo alguno por el género humano; antes bien parecía corrido y se olvidaba de fumar el cigarro, en vista de lo cual repuse para consolarle:

-Mi pobre Anatolio: estoy aburrido. Nuestra fábrica de salazón de Cincinnati corre peligro. Me escribe mi corresponsal que el profesor Thickscull, de la Academia de los Hog-and-sevine-for-the-world, acaba de inventar una máquina capaz de echar abajo toda competencia. Todo se hace a vapor; es una pequeña obra maestra de elegancia y precisión. Los cerdos son empujados en fila hacia un conducto negro, a cuyo extremo un vaivén de grandes cuchillos los degüella uno a uno: dos minutos. Un pequeño trineo transporta al animal al cuarto del lavado: un minuto. Allí, unos cepillos mecánicos le rascan y bruñen como un par de botas: siete minutos. Otro trineo lo lleva al cuarto de recortar, en el cual unos grandes tajadores lo vacían y hacen cuartos: seis minutos. Lo izan dos poleas y van a depositarle, miembro por miembro, sobre capas de sal en un barril: tres minutos. Cierran el barril y parte en un ferrocarrilito: dos minutos. En todo, veintiún minutos para preparar un cerdo hasta el último detalle y enviarlo al almacén. Esto es admirable; ven mañana y te enseñaré los cortes y dibujos en mi gabinete. Thickscull va a ganarse tres millones de dólares; tendrá el suministro del ejército federal, y esto me veja: primero, por el honor, pues yo era el primer fabricante de tocino de la Unión americana, y luego por el dinero, pues los jamones me proporcionaban treinta mil libras de renta. Podría enviarle instrucciones a mi agente; es un hombre honrado, que no ha hecho quiebra mas que siete veces; pero, en fin, Thickscull podría untarle la pata, y yo necesitaría allá un hombre de mi devoción. Veinticinco horas para ir de aquí a Liverpool; doce días de Liverpool a Nueva York. Anatolio, ¿qué me dices? He pensado en ti.

La cara de mi sobrino tomó un aspecto muy notable. Las dos comisuras de la boca se habían bajado como las de un sollo. Los ojos redondos, grandemente abiertos, parecían bolas de lotería, y en el reborde de sus cabellos tan bien rizados y lustrosos, dos gotas de sudor brillaban como perlas sobre su cutis rosado.

-Tranquilízate, amigo mío; apruebo este noble ardor; pero es demasiado fogoso, y en los negocios no hay que precipitarse. Ya hablaremos de eso otro día. Entre tanto, dime a quién esperas hoy; he aquí un salón con todas las trazas de acabado de arreglar, en el comedor he visto una gran ponchera, y tu criado descolgaba ahora mismo toda suerte de tazas y cosas culinarias. ¿No estoy de más?

-De ninguna manera, tío; os juro que no hay muchacho más ordenado que yo; sólo espero a unos amigos, todos muy bien; es mi día de recibo.

* * *

En efecto, señor; mi sobrino tiene un día, lo mismo que una mujer bonita. Le miré mientras se movía por el cuarto y daba órdenes. A la verdad, ¿en qué difiere de una mujer bonita? Es menos bonito, helo ahí; mas, por lo demás, está a su nivel. Sus preocupaciones son casi las mismas; cuando ha reflexionado sobre su traje, su mobiliario, su pequeña representación de joven, se le han acabado ya las ideas. Tiene un armario entero lleno de botas y botines; durante dos años ha oscilado de Renard a Dusatoy, para fijarse en Renard, salvo volver a Dusatoy; respecto a los chalecos, dícese que es un genio; el primer cortador de Renard le respeta, y el bello joven ensayador que sirve de anuncio no está más orgulloso de su torso que lo está él del suyo. Fijábame en su negligé de soltero: pantalón bombacho, deliciosa americana de verano, chaleco parecido, y alrededor de su cuello, doblado expresamente, la más exquisita corbata malva.

La barbilla está afeitada; pero las patillas, abundantes, están reunidas por el bigote, y el aire aburrido alterna en su rostro con el aire satisfecho de sí mismo. Las manos están cuidadas; los dedos, rosados, muestran una gruesa sortija, y de vez en cuando las levanta para hacer bajar la sangre. A veces, con un gesto maquinal, las lleva a su oreja, que es pequeña, o a su cuello postizo, obra maestra de gusto, de audacia, o bien a sus cabellos, graciosamente ondulados por encima de las sienes. Conoce su sonrisa; la atempera o la sostiene a igual distancia del descuido y del fastidio. Sabe inclinar su cuello, cruzar las piernas, apoyar la barbilla sobre la mano, sentarse en un sillón y escuchar o decir insulseces sin bostezar.

¡Qué amable sois, sobrino mío! ¡Y cuán poco tendríais que aprender si de repente, convertido en mujer y dama de salón, os vieseis obligado a peinaros a lo perro, a llevar trenzas postizas, a redondear una falda ahuecada y a revolveros con la mezcla requerida de agrado y de decencia, entre las carantoñas y las chácharas de una recepción!

¿En qué pasa el día? Se levanta a las nueve, se pone una bata, y el criado le trae el chocolate. Lee los periódicos, fuma cigarrillos, se despereza hasta las once y se viste. Esto es toda una operación. Ha hecho colocar en su gabinete tocador una gran mesa de siete pies de largo y ancha a proporción, con tres palanganas y no sé cuántas cajas, frascos y espejos. Tiene tres cepillos para la cabeza, uno para la barba, otro para el bigote, pinzas para depilar,

barritas de cosmético para encolar los pelos recalcitrantes, pomadas, esencias, jabones; he entrado, y se hubiera dicho un arsenal; después de lo cual almuerza, vuelve a fumar, hojea una novela y hace algunas visitas.

El año pasado terminó su carrera de Derecho; esto le ocupaba dos horas al día; arrastraba el grillete con aire aburrido; era el último eslabón de la cadena universitaria. Ahora está libre y se encuentra bien con no hacer nada ni tener que leer. Creo que ha echado un vistazo a la Vida de Jesús, para poder hablar del asunto y estar de moda.

Su grande invención este año ha sido un puño de bastón; se llevó a casa Verdier una docena de cañas que me habían enviado del Brasil, y en cambio encargó ese puño de bastón que le ha valido una reputación en su mundo. Una vez, en los primeros días del verano, se unió a una veintena de jóvenes de su Círculo para salir juntos con chalecos blancos, americanas blancas, sombreros de copa blancos; esta expedición se puso de moda, y no quedó poco orgulloso de su audacia y de su éxito.

A las cuatro se da una vuelta por el Bosque; su caballo es pasadero; es buen jinete y no hace mala figura. De ordinario come en el Círculo; lo más a menudo está en casa a media noche. Dos veces por semana va al teatro, prefiriendo el Palacio Real; otras dos veces, más o menos, va del bracero con una figuranta del teatro Lírico. Supe de él unas relaciones de seis meses con una modista. Eso es todo; es ordenado, como me decía hace poco; no tiene pasiones violentas, ni siquiera arrebatos; casi todos los jóvenes son hoy así, moderados en todo, hasta en sus majaderías.

Les da miedo el exceso; canalizan sus vicios; son burgueses que evitan aburrirse y más aún exponerse. La vanidad, que es el último resorte, les empuja aún; pero no muy lejos. Mi sobrino le da ramos a mademoiselle X...; pero no irá a Clichy por ella. A sus ojos una mujer vale una mujer; el amor es agradable, como la cocina; al lado de un restaurante hay otros restaurantes. Cuando haya cenado, hasta que tenga los treinta años, pensará en el puchero, esto es, en el matrimonio. Una vez casado engordará siete meses cada doce en el campo. Habría podido casarle al salir del colegio; nació maduro.

¿Para qué sirve? Por el diablo si se le ha ocurrido jamás la idea de aprender algo, de obrar por sí mismo y según su propio sentir. Que le hablen de un gran viaje, aun de placer; por ejemplo: de visitar Jerusalén o el Cairo; torcerá el gesto; en su fuero interno prefiere más ver una decoración de Sechán en la Ópera. Le envié a Londres y se sintió abrumado por la niebla y las visitas; le pareció que los teatros y casinos del lugar eran buenos para corredores de comercio, y se vino cuanto antes.

Le gustan bastante las jiras de campo, la vida de quinta, y sale airoso, porque lleva guantes frescos y baila pasablemente; lo que le gusta son las comidas que sean exquisitas y amplias, y esas grandes sillas tumbadas en que se digiere tan cómodamente tomando el fresco y fumando un cigarro.

A su edad, en materia de política y de literatura estábamos locos; yo he formado parte de una Sociedad para la regeneración del género humano, y a propósito de las Orientales, de Víctor Hugo, nos liábamos a puñetazos en el colegio. Él trata la literatura como el amor;

eso hace pasar la velada, cuando no hay otra cosa; le conviene novelas divertidas, nada tristes ni difíciles de comprender; ha leído Madame Bovary; pero se guardará bien de volverla a leer. Si apareciese un Paul de Kock, a la moda del día, algo más limpio que el otro, las novelas que tendría sobre la mesa serían ésas. En cuanto a las teorías políticas, se fueron al agua en 1848; a su ver, las frases que se hacen sobre los negocios públicos no son más que un medio para pescar un empleo.

Le hablado a veces de una carrera, y se resignará a ello si es menester como a una servidumbre; sea cual fuere, poco importa; únicamente no la querría fuera de París ni demasiado sujeta; desea tener sus noches, sus mañanas, su domingo, un día de asueto por semana, dos meses de vacaciones, y hace notar que digiere mal cuando se ve obligado a trabajar entre las horas de comer, de once a cinco.

¿Es eso sorprendente? Su educación entera ha tendido a estrecharle y disciplinarle. Ha hecho temas, versos latinos en el colegio hasta los veinte años; en una palabra, un oficio de ardilla en jaula; con sus camaradas miraba a través de los barrotes. Desde semejante lugar la vida parece un día de vacación, un paseo, por el bulevar con guantes y botas nuevos, entre muchas mujeres bonitas a quienes se puede mirar sin que el ayudante tenga nada que decir. En todo lo que se enseñaba, nada de aplicable; se trataba de aprender un manual para quedar libre, abierta la puerta, ha tirado la casaquilla griega y latina como un viejo sayal.

Una vez en su casa su madre le ha tenido entre algodones y él se ha acostumbrado. Ningún trabajo ni esfuerzo se lo exigía; bastaba con que se presentase bien y no hiciese tonterías costosas. «No vuelvas demasiado tarde; ponte bien la corbata.» He ahí, a lo que creo, todos los principios que le han imbuido.

Por vía de ejemplo ha visto a su padre y a los amigos de su padre manejarse lo mejor posible, pensar en su fortuna, refinar su bienestar, calcular el precio y el aliciente de una casa de campo, de un mobiliario, de una comida, y hace como ellos; es un animal de corral. ¿Se puede ser de otra manera cuando se ha nacido en un corral? Hace convenientemente la rueda; es el único deber de un pavo; ¿es justo pedirle mejor o pedirle más?

Comparaba hace poco sus gustos, sus ocupaciones, sus ideas con las de una linda burguesa; en efecto, tiene, la educación de una muchacha burguesa. Ha aprendido el latín, como ella el piano, y eso se equivale, pues tan mecánico es lo uno como lo otro. Ha estado en el colegio, como ella en el convento; ha mirado como ella a través de las rendijas de la puerta, y ambos se han representado el mundo como un día de salida, en que se llevan guantes claros y se comen merengues de fresa. Sus padres le han inducido, lo mismo que a ella, a respetar las conveniencias, a huir de la brillantez, a temer el esfuerzo, a estimar los buenos bocados, y piensa en una colocación, como ella piensa en un marido; la colocación y el marido son medios para figurar y divertirse, todo sin trabajo. A eso se atienen uno y otra; si algo pasa en sus sueños, es un coche, una quinta cómoda y bonita. Ambos se imaginan como dicha suprema el placer de ir al bosque con un carruaje nuevo. Quizá la mujer tiene en el fondo de la mollera alguna exigencia más, pues a título de mujer tiene nervios, y doncella ha estado enclaustrada hasta el casamiento; pero, en suma, les coloca al mismo nivel; son los matrimonios modernos un par de volátiles sobre una percha.

* * *

Tres campanillazos. Son los amigos de mi sobrino que llegan del Círculo. Presentaciones; como no tengo el aire pedantesco, nos ponemos pronto a hablar libremente. El ponche ayuda a ello, y mi sobrino se acuesta a las dos de la mañana; soy yo quien le desarregla.

El primero es un vizconde de veintiocho años, de una buena familia del Franco Condado; pero ¡qué familia! Un padre, dos hijas, una tía, un aya. No vienen nunca a París, ni siquiera van a Besançon. El padre se pasa la vida paseando, inspeccionando sus propiedades, comiendo y calentándose al amor de la lumbre. Es tan perezoso de espíritu que ni siquiera lee el diario; es menester que se lo lea el aya; la cabeza sólida de la familia es ella. Ni dibujo ni música; ortografía, cálculo, y lo demás de una instrucción primaria. Como recreo, las jóvenes bordan ante la ventana; el aya traza los patrones. Nada de libros. Con este oficio se los ha atragantado el campo, y quieren casarse; pero con dos condiciones: el futuro será buen católico y vivirá en una villa. El padre quiere, además, que sea noble y acepte como dote siete mil francos; no se ha encontrado.

Para distraerse hacen canastillas para los niños pobres o confeccionan docenas de gorritos perfectos. Han venido las pullitas, y es menester que el aya sirva de tapón entre la tía y el padre, entre las hijas y la tía, entre el padre y las hijas. Añadid a eso la devoción y las prácticas. Como las ideas faltaban en absoluto, han brotado los escrúpulos a manera de cardos en barbecho. Han encontrado demasiado indulgente a su cura y plantean por carta a los teólogos de Besançon casos de conciencia. Por ejemplo, han querido saber si le era permitido al cura permitirles el pescado en la colación de Cuaresma; se les ha respondido que San Alfonso de Ligorio autorizaba los pescaditos fritos.

Mi joven se divierte por ellas; no vuelve nunca al redil hasta septiembre, en tiempo de la caza. Ha sido agregado de embajada y ha hecho estragos en las pequeñas cortes de Alemania entre las canonesas; después ha recorrido Europa y hecho un curso de galantería comparada; por fin, aburrido, se ha dejado caer más bajo. En este concepto su erudición es universal; se vanagloria de ello y da detalles precisos. Todo eso con una soltura amable y el más lindo flujo de palabras; su vanidad no tiene nada de envarada; en esta parte es superior a los burgueses, que cuando presumen de un talento le prestan una atención y pretensiones de autor. Dice que ahora se ha fijado en París, que no vale la pena de irse tan lejos, que aquí se importan las primicias extranjeras, y que en punto a la salsa, sólo aquí se la encuentra.

Un hijo de banquero. Este año, durante dos meses, los beneficios han sido de catorce por ciento; esas son las noticias que desde la edad de ocho años oye comentar en la comida y en el almuerzo. Hace seis meses su padre, enterado de que un pobre diablo de inventor estaba perseguido por deudas, le compra los títulos, se convierte en su acreedor único y se apodera de la patente por un pedazo de pan; se trataba de un medio para evitar los escapes de gas. Hecho esto, sube al coche, corre por las oficinas, habla a las gentes poderosas, da propinas

a los subalternos útiles, obtiene la aplicación de su procedimiento en todas las Administraciones. Ganará trescientos mil francos.

-¿Y el inventor?

-¡Oh! Hará otra invención; esas gentes son como los topos; tapadles el agujero; practican otro, y aun sois vos a quien le cabe el mérito del segundo agujero.

En el fondo de su corazón admiraba la sagacidad paterna; pero a condición de aprovecharse. Yo le decía que en América un padre tiene derecho a desheredar a su hijo hasta el último centavo, y eso le ha parecido monstruoso.

-¡Pero esas gentes son salvajes! ¡Cómo! ¿Podría yo tener caballos, botas de charol, y podría mi padre, a voluntad, hacer de mí un cagatintas, un pelagatos? ¿Por qué no en seguida un aguador, un mandadero?

Le he apretado y he visto que a sus ojos los hijos son propietarios de los padres y que harto hacen con dejarles que vivan. Es pesado de carne y de sangre y no de raza fina como el otro. Trata a las mujeres como caballos y a los caballos como mujeres. Es para realizarse; la manaza de su abuelo, el tratante en bueyes, perforaba su guante amarillo y sale a su través.

Un joven fiscal sustituto, destinado desde hace un año a Bourgneuf. Dos mil francos de renta y mil doscientos francos de sueldo. Ha venido a desenmohecerse ocho días en París; pero sin entusiasmo. Es un muchacho reposado. Se sienta tres horas en la Audiencia, cuatro veces por semana, y el resto del tiempo se pasea, lee una novela, se ocupa de fotografía. Se halla allá con su familia, y por eso tuvo que esperar tanto a ser nombrado; quería volver a Bourgneuf o las cercanías; meterse de nuevo en la concha. Ninguna ambición; ascenderá lentamente; será juez a los cuarenta años, presidente de Tribunal a los cincuenta. Se casará bien; la magistratura da derecho a dotes convenientes; se verá considerado; comerá a menudo y delicadamente; no aspira a más; le gusta la tranquilidad, es un hombre disecado. ¿Disecado o mimado, qué valdría más para Anatolio?

* * *

Disecado. Al cabo de ocho días de reflexión es mi respuesta; con esta tela moderna no hay para hacer vividores. Mi sobrino entrará el mes próximo como supernumerario en el ministerio de Hacienda; cortará plumas cinco horas al día, pensará en llegar a subjefe, soñará con un día de asueto y estará a la altura de su siglo.

Capítulo XI

En la Embajada

Hoy es día de gran recepción; el embajador se ha trasladado a otro palacio y da una fiesta.

Gran patio enarenado, que sale a dos calles; los coches entran por una y salen por otra, y no hay hacinamiento. Se le ha llenado de cajones con naranjos y laureles. Coraceros soberbios, a pie y a caballo, están apostados por grupos en la entrada y en los ángulos. La luz hace refulgir el acero bruñido de las corazas y se pierde en el verdor de las hojas; encima, el cielo sin luna extiende su tienda negra, bordada de estrellas.

A la izquierda, en medio de la semiobscuridad atravesada por relámpagos, se abre la grande escalera, ensanchando su doble espiral, sus pasamanos de hierro labrados, sus cinceladuras delicadas y grandiosas, en el gusto del siglo XVIII. Flores de estufa, yaros de raso, cactus de púrpura surcados de estambres temblorosos suben en andamiadas a lo largo de los peldaños, y las orquídeas extrañas, las plantas descabelladas entrelazan caprichosamente los torcidos sinuosos de sus fibrillas y sus racimos. Las arañas multiplicadas relumbran con todas sus girándulas; lacayos galoneados formados en tres filas permanecen en la entrada con hachones de cera.

Van subiendo mujeres engalanadas y se ve desplegarse al azar en los tramos la magnífica parada del moaré lustrado cuyas quebraduras resplandecen de la seda joyante y opulenta, de los encajes que batan como alas de libélula, de los diamantes que lanzan un centelleo de chispas, de hombros blancos en que se estremece la vida, de las nuca delicadas que se vuelven bajo una profusión de cabellos rizados, entre los destellos de la peineta de oro. Al salir de las calles frías y negras de los barrios viejos se cree entrar en una hornaza de luz.

Ha tenido el talento de no echar a perder su palacio por manos de un tapicero moderno. Nada de baratijas en esta galería que sirve de entrada, en esos altos salones que se alargan en fila; las paredes, tapizadas de seda roja o amarilla, tienen toda su anchura y su grande aire no queda deslucido por los cuadros modernos, tan atormentados, tan minuciosos, de una sentimentalidad o de un efecto pintoresco tan buscado y atrapado con tanto trabajo.

Hasta ha excluido de su casa las lindas pinturas amaneradas del siglo XVIII. Se hizo una galería en Italia, en Florencia, y toda su galería está aquí, pero no amontonada como un museo; está dispuesta conforme las habitaciones; las habitaciones no están dispuestas conforme a ella. Grandes desnudos, un torso valientemente marcado, una rodilla, un hombro opulento salen de las tintas anegadas o de las negruras profundas; a derecha e izquierda se siente un pueblo de personajes viriles que viven sordamente, prolongados más allá de la tumba por el soplo de su gran siglo.

Una Erigona del Carraccio avanza sobre un carro tirado por tigres; las redondeces de su cuello y de su vacío plegado nadan en una sombra transparente; su mejilla empurpurada, su

bella sonrisa, irradian entre las rojeces sombrías de los ropajes bajo los brazos desnudos y los cuerpecillos retozones de los amorcillos que revolotean por el aire con coronas de oro.

Anchas chimeneas de mármol blanco llamean de trecho en trecho entre filas de lacayos, de suizos rojos, de cazadores verdes y galoneados, de ujieres graves que llevan su cadena de plata sobre su frac negro. Los grupos desfilan por la galería: generales, trajes de etiqueta, oficiales húngaros, diplomáticos llenos de bordados, marinos galoneados, uniformes de toda nación sembrados de placas. Las colas de las faldas arrastran y susurran sobre las alfombras; la galería es tan grande que las damas se espacian sin rozarse; pueden mostrar sus redondeces y desenvolver sus pliegues; su frescura está aún intacta, los semblantes tienen todas sus sonrisas; se puede seguir la ondulación de un talle que se inclina, la forma esbelta de un busto y de un brazo perfilados a distancia sobre la tapicería, el movimiento suelto de un grupo que se hace o se deshace. ¡Felices lacayos que no van más lejos! ¡Yo, desgraciado de mí, tengo que entrar!

* * *

Una estufa, un amontonamiento de cabezas apretadas, en desorden, que tratan de removerse y gesticulan pacientemente la misma sonrisa. ¿Dónde están los cuerpos? y, sobre todo -¡gran Dios!-, ¿qué va a ser de lo de detrás cargado de ropas? Esto sería demasiado exigir; no hay que inquietarse más que por la cabeza; en cuanto ha pasado sigue lo demás, primero un brazo, después otro, después el busto; el resto es comprensible.

¿Habéis visto nunca una barraquita de hortelano? Los ajos, las zanahorias, los nabos están sobre maderos agujereados; por los agujeros pasan las colas vegetales, lo cual ocasiona por debajo del madero un entreveramiento inextricable y grotesco; lo importante es que por encima del madero no se topen las cabezas. Tal es la fiel imagen de una recepción de embajada.

Estufa y papilla. Cada cuarto de hora se espera la papilla; la doble puerta abierta vierte un nuevo líquido humano, que se mezcla con el resto, entre giros y remolinos. Se le ve avanzar lentamente como un aceite, y cada oleada avanza con más lentitud que la precedente.

Las once. Ya está hecho el engrudo; ya nada corre más; los dos primeros salones han llegado a este estado de las pastas viscosas en que se queda derecha una cuchara que se hunda en ellas; imposible avanzar ni retroceder. Cortésmente, discretamente, como quien hunde una cuña entre dos trozos de madera, se trata de empujar con los codos. Los rostros naturales se alteran y los rostros pintados se deshacen.

¡Señor Dios mío! Vos que sacasteis a los jóvenes hebreos de la hornaza ardiente, ves que libráis a vuestros elegidos del áspid y el basilisco, ¡yo os doy gracias! No me habéis hecho mujer y ninguna cola tengo que proteger más que la de mi frac, que es corta. Por un

don particular de vuestra misericordia soy flaco, y ningún codo puede entrar cómodamente en mí como en una almohada. Me habéis conducido a América, donde he criado cerdos, lo cual me ha consolidado los músculos, y mis hombros pueden sin demasiado sufrimiento soportar la presión de mis vecinos. Por una dispensa especial de vuestra providencia no tengo ni callos ni juanetes; hasta ahora no me han pisado más que tres veces, y gracias a Dios no ha sido en el meñique, sino en el dedo gordo, que es resistente. No he comido con exceso y no temo la apoplejía. ¡Gracias os sean dadas, Señor, por tantos favores gratuitos! Sentiré quebrantamiento; pero no me cabrá la suerte lamentable de ese general gordo que se pone encendido y va a reventar.

¿Qué podría yo hacer para estar ocupado en espera de que esta liga comience a derretirse? Dispongo aún de bastante espacio para sacar mi reloj y ver la hora; contemos los saludos del embajador. Un saludo por segundo; esto es, sesenta por minuto, tres mil seiscientos por hora, catorce mil para una reunión de cuatro horas. Cobra doscientos cincuenta mil francos por año, y creo se los gana.

Ahora mismo he podido llegar hasta él y le he dicho estrechándole la mano:

-Señor embajador, os ofrezco mis homenajes.

-Ofrecedme cuantos queráis, mi querido amigo; pero me gustaría mucho más una silla.

Me he llevado la mano al corazón con una mirada de piedad respetuosa y después he mirado sus pies; lleva botas nuevas. ¡Dios mío, ordenad que su zapatero tenga la costumbre de hacer las botas anchas!

Zambullo a la derecha, zambullo a la izquierda, la embajadora y su hija a la entrada del segundo salón hacen como él. Si alguna vez llego a ser embajador, mi secretario general y muchos de mis agregados deberán medir cinco pies seis pulgadas, ser membrudos, casarse con mujeres vigorosas, alimentadas copiosamente e imponerlas anchas envergaduras de faldas. Tres de entre ellos estarán siempre a mi alrededor en las recepciones, y sus mujeres alrededor de mi mujer; esto formará muralla. Por la mañana tomaré un baño frío y me haré dar masaje; a la mesa no comeré mas que chuletas, y habrá para mí, al salir de mis salones, una cama calentada, una botella de Burdeos y muchos biftecs bien tiernos.

El vaso demasiado lleno rebosa insensiblemente hacia el lado del tercer salón, y se avanza, palpándose los miembros; tengo todos los míos, a Dios gracias. He hecho todos mis saludos, y diviso el puerto, una antesala de escape, una especie de gabinete de vuelta que da a la galería de entrada, con un alféizar de ventana y un buen sillón oculto detrás de las cortinas. Toda la procesión pasará por allí; conozco bien ese excelente sillón, y por un milagro del Cielo está libre.

El que ha inventado los sillones merece un altar; no he tenido otra idea durante un cuarto de hora. Mi segunda idea es que en este momento soy, sin dificultad, el hombre más dichoso de los cinco salones; príncipes, mariscales, mujeres hermosas, no me llegan a la suela de los zapatos. Mi tercera idea es que he salvado mis lentes. Miremos un poco a esos pobres diablos.

* * *

Tres jóvenes oficiales ingleses, de pantalón blanco y casaca roja. Dos tienen el aire más distinguido y se muestran perfectamente dignos y tranquilos. El tercero, bobalicón, es una mecánica de palastro barnizado, de patas articuladas que arrastran.

Lady Bracebridge (cambio los nombres), cuarenta y cinco años, ancha y escotada hasta hacer estremecer; traje de seda punzó; la cara del color de su traje; majestuosa; es un monumento; se prohíbe, etc. Su hija, zamborondona, trasijada, abombada, parece hallarse encinta por delante y por detrás.

Un general prusiano, cosido de cruces, corto, grueso, purpúreo; sus ojos blancos de langosta cocida forman saliente en el rojo universal de su cara apoplética; arrastra a su mujer, y hasta el segundo salón hablan tan alto como en la fonda.

El marqués de Ricciardi; avaro conocido; con un millón de renta, presta sobre prendas, por semana; largo, amarillento, los labios contraídos, trabajado por dentro como por un cólico continuo.

Míster Harris Braggs, ciudadano de los Estados Unidos. «¡Ah! ¿Conque habéis vivido en los Estados Unidos? Bueno; entonces podréis darnos testimonio de que somos en el mundo la única nación joven y que tenga porvenir; en tres años acabamos de matarnos quinientos mil hombres.»

El conde Borodunoff, hombre rudo, cuadrado, barbudo, hecho al frío, que ha comido cordero cocido en su lana y dormido en su capa bajo la escarcha de las montañas de Persia; hay mucho de aurochs y de oso en esos temperamentos rusos; como conversación, dicharachos del siglo XV y semiinsulseces a las señoras. Su hija, blanca, fría, inmóvil, una sólida estatua de nieve, no tiene en la cabeza más que los trapos y moños; contraste extraño: sobre este salvajismo primitivo no arraiga ninguna cultura, salvo la frivolidad parisiense.

B..., académico llegado por los banquetes; el estómago es la ruta del corazón. Piernas de ciervo, ojos y cráneo de buitre calvo; nadie sube asiduamente las escaleras, ni adivina más pronto, por la catadura de los criados, si hay que insistir, si el dueño está verdaderamente visible. Por fin tiene su uniforme verde, está contento, puede predicar a otro, oficialmente, la moral. Al presente no tiene más que una espina: su mujer, una lechuza plumada que anda a su lado, nariz al viento, escotada, mostrando su clavícula.

Madame d'Arbés. He hablado con ella cinco o seis veces y nunca la miro sin placer. Es el tipo más acabado de mujer, de francesa y de mujer de mundo. Ninguna galantería; no le queda tiempo para tener vicios; toda su savia es consumida por el chisporroteo de los sesos.

¿Os habéis detenido nunca ante una pajarera, en el campo, para observar las ideas de un jilguero que salta, que arrulla, que come, que no está cansado nunca, que vive en el aire, que tiene ciento veinte ganas y hace sesenta acciones por minuto? «¡Oh, qué bien se está en la caña de arriba! ¡No, mejor se está en la caña de abajo! Mis plumas del vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de mijo. No; será mejor una migajita de pan. No; un sorbito de agua me refrescaría. Un pequeño aletazo para estirarme los músculos. ¡Hop, hop, hop! Un trino para aclararme el gaznate. ¡Cuic, cuic, cuic! ¡Hola! Una mosca que vuela. ¡Si pudiese atraparla! ¡Hete un rayo de sol que pasa! ¡Si corriera cerca! ¡Pío, pío, pío! ¡Oh, qué lindos pies tengo yo! ¡Tralará, tralará!, estoy contento de vivir. ¿Qué hace el sol allá arriba? Debe aburrirse por no ir más aprisa. Ciertamente no hay en el mundo jilguero más lindo que yo!»

Cambiad las palabras: poned trajes, comidas, conciertos en los lugares convenientes y tendréis el zafarrancho que se arma en esa linda cabeza. El meollo lanza incesantemente voluntades en todos los nervios, pequeñas voluntades cortas que pasan a ejecución en el momento mismo, y al punto son expulsadas o atravesadas por otras. Los ojos brillan, las flores del tocado danzan, el talle palpita, las manos tienen cien pequeños movimientos, la voz vibra; jamás descanso. Va a cuatro soirées la misma noche, y cuando vuelve a casa, los bailes del día siguiente zumban como un enjambre dejado en su cabeza. Siempre sonrisas, y no artificiales; es dichosa; lo será mientras se haga revolotear ante ella quinientos pelendengues por hora, salones adornados, arañas, traje de seda, hombres con condecoraciones, cantantes ritornelos, equipos de caza, todo lo que gustéis, mientras todo brille y sea nuevo. Ha nacido en un estado de excitación, y moriría si estuviese tranquila.

¿Hay que enfadarse por ello? La máquina, construida y equilibrada de cierta manera, sólo obra conforme a su construcción y a su equilibrio. A veces es una linda obra de filigrana, en la que unas agujas eléctricas, montadas sobre un fino eje, se bambolean a la menor variación del calor o del aire; ¿qué puede salir de ella mas que un centelleo de chispas? Por el contrario, una mecánica de huesos sólidos y de carnes biliosas, escuadrada a grandes golpes, no obra más que por lentas y fuertes presiones persistentes.

El obispo de Cartago. Ha sido tenido por demasiado inteligente y se quedó por demasiado largo tiempo de vicario general. Le vigilaban sus menores palabras. No tenemos ideas de las trapacerías y de las miserias eclesiásticas. Resignado, replegado, amortiguado, borroso, entristecido, agobiado, pasa con una sonrisa prudente y taciturna.

Muchos artistas y literatos. Demasiado trabajo y demasiados placeres; París es una estufa sobrecalentada, aromática y apestada, de terruño acre y concentrado, que quema o endurece al hombre. ¡Cuántos de sus compañeros han muerto en el camino! La mayor parte de los que subsisten están enfermos o agitados, vecinos a la impotencia, o reducidos, para guardar la fuerza de producir, a secuestrarse, a privarse de los afectos y de las preocupaciones naturales. Algunos han recurrido a los excitantes; otros han caído en la exageración mecánica, se copian, se hacen una manera, llevan más al extremo de año en año la salida de su talento, hacen de él una especie de mueca. El público está estragado y hay que gritar demasiado alto para que escuche.

Cada artista es como un charlatán a quien la competencia demasiado áspera obliga a forzar la voz. Contad aún con la necesidad de presentarse en el mundo, granjearse amigos y protectores, lanzar el reclamo, vender y empujar su obra, ganar siempre más para bastar a las exigencias de los hijos, de las mujeres y de las queridas, de las necesidades que crecen. Un traje cuesta setecientos francos y se lleva cuatro veces. Mi hija va para los veinte años; ¿cómo hacerla una dote y encontrar un yerno? Dos o tres temperamentos se han bronceado como los de los generales de Napoleón, y hay cabezas francamente dibujadas, de un color sólido, de las que se harían medallas.

En cambio, en esta baraúnda enorme, cada talento puede encontrar la nutrición que le conviene. Balzac tenía mucha razón en gustar de ese gran estercolero en que, al lado de todas las excrecencias, brotan todos los tipos. Un místico encuentra una docena de místicos, y llega hasta el cabo de su misticismo. Un colorista vive con coloristas y lleva la frase descriptiva tan lejos como puede ir. Un amante de las líneas puede oír siete veces por semana conversaciones etruscas. Un especulativo, un pagano practicante, no se ve retenido, como en Ginebra, en Oxford, en Florencia, por la obligación de llevar un traje religioso o político. Cada uno escoge los libros, las amistades, las opiniones, la conducta que se conforman con su instinto, y el instinto así sostenido alcanza toda su talla.

Aquí solamente es donde se encuentran cortesanos, intrigantes, maníacos, políticos, héroes, trabajadores, cada uno completo y acabado en su género. En una capa de tierra grasa y podrida, infinitamente compleja, incesantemente renovada y removida, en la que cien mil laboratorios y veinte cloacas hubiesen vertido sus detritos y sus residuos, se harían crecer semejantemente coles monstruosas, calabazas abolladas de excrecencias gigantescas, piñas de América divinas, rosas embriagadoras, espárragos en el mes de enero, dalias azules, ¿yo qué sé?, y no habría más curioso jardín para un botánico.

Pero las infatuaciones son tan grandes como las energías. Adquieren el exterior de cortesía y de modestia convenientes; pero, en suma, en el fondo del corazón y por efecto de las camarillas cada amor propio se hace colosal. El hombre está encerrado sólidamente en la ilusión que se ha forjado, y jamás saldrá de ella, porque emplea todo su esfuerzo en expresarla. Siempre, después de una discusión sobre lo bello, sobre las artes, un artista deja entrever más o menos a su amigo que es de igual parecer que él: «¿Ves tú? En materia de arte no hay mas que tú y yo, y aun ¿tú?»

La duquesa de Krasnoe, rusa; la Diana de Táurida, hermosa y alta como una hija de Júpiter; pálida y blanca con una blancura de nieve; los ojos de un azul pálido, bajo cabellos de seda pálida; un traje azul bordado de cisne deja adivinar el más admirable seno, y los brazos de mármol se despliegan a los dos lados de un talle tan esbelto como fuertes son ellos. Anda sin parecer verlo, con una seriedad de reina, los ojos abiertos y tranquilos como los de una estatua. Casi dan ganas de hincar la rodilla.

Una oleada de personajes graves, consejeros de Estado, directores generales, prefectos, académicos, altos funcionarios de veinte o veinticinco mil francos de sueldo. Les han sido menester treinta años de trabajo y de visitas para llegar ahí. Últimamente he visto en su casa a media docena; en todas partes el mismo interior: un tercer piso en la calle de los Mathurins o en la callo Montaigne, dos criadas, un criadito, el mismo salón con fundas

bordadas, el mismo armario dorado en la entreventana, la misma ostentación obligada de un semilujo frío, vulgar y decente, la misma vida estrecha y llena de pretensiones. La paga es demasiado pequeña, se la come por entero, y se está obligado para llegar a la jubilación a gastarse hasta la cuerda.

Ningún reposo, salvo el mundo que fatiga, y de vez en cuando un viaje a las aguas, que cuesta demasiado caro. Siempre estirones entre la representación necesaria y la economía precisa; ¿cuál escoger? El presupuesto, tan crecido, es demasiado pequeño; a causa de la multitud de funcionarios, se le desmigaja; cada uno está a ración; es menester que cada uno viva mezquinamente para que todo el mundo viva. Los semblantes se parecen: amarillos, huecos, estirados o hinchados de mala grasa; el aire de las oficinas es malsano; el de los salones, más aún. Aquí ríen, saludan, tratan de tener un aire brillante o amable; pero el efecto general es el de una batahola de monos, de viejos monos trajeados, fatigados, ajados, que han padecido demasiado. El desgaste se ha efectuado aún por otro lado. Al punto que se les conoce algo y no tienen ya miedo a comprometerse, dan sin dificultad en la chirinda; escuchan y cuentan historias de joven; se ve que han sacudido los jaeces; el estudiante se despierta bajo el burgués. «¡Aquél tiempo sí que era bueno!» «¿Pero es que ha pasado del todo?» Responden con una sonrisa despabilado. La moral francesa es clara: guardo las conveniencias, permanezco hombre de honor, soy bueno para los que me rodean, trabajo; con eso hay bastante; París es discreto, cómodo, y no quiero hacer el tonto.

Uno de ellos iba más lejos aún. «Estoy enamorado cinco minutos.» «¡Oh! -responde el vecino-, es demasiado poco; hay que tener un plato de base, comparar, volver; un hombre de mundo come en su casa y come fuera.»

¿Qué vienen a buscar aquí? Porque no se conversa mucho, hace demasiado calor, se ahoga uno entre la multitud, el tocado de la mujer queda perdido. Encuentro para esas bataholas y esas exhibiciones las razones siguientes:

Hay hijas por casar, y se las muestra.

Algunos jóvenes piensan también en un buen casamiento.

Hay mujeres a quienes sólo se las puede cortejar allí.

Se viene a señalar su puesto y demostrarle a otro que también se pertenece al gran mundo.

En rigor, es un club; es un montante de puerta de negocios.

Las señoras jóvenes, y aun las viejas, se aburren horribilmente por las noches, tope a tope con sus maridos. La turba es pueblo, aun entre los grandes, los ricos. Les es menester cambio, diversión, movimiento, como a los mancebos peluqueros y a las modistas que van por las noches a los bailes del barrio Latino.

Yo mismo, que les critico, ¿por qué estoy con ellos? He obrado mecánicamente, he seguido la muchedumbre; no he tenido la cordura de bastarme esta noche solo en mi cuarto.

¿He sentido placer? Al cabo de un deslumbramiento de cinco minutos, ¿qué he visto sino una procesión de codos puntiagudos y continentes forzados? A la verdad, se me ofrecía más bello espectáculo cuando al atardecer, en América, al son del cuerno, veía hormiguar entre los árboles los solomos redondos de mis cerdos; cuando los rayos oblicuos, iluminando las profundidades del verdor, mostraban sobre el musgo y entre las bellotas el zipizape de los alegres bribones, ahítos por una jornada llena; cuando sus gritos, como quinientas gaitas, ascendían en medio de los gañidos de los papagayos, y mi viejo bosque entero se agitaba y relumbraba con miríadas de resplandores y la ondulación de su eterno murmullo.

No hay que comprobar demasiado sus placeres.

* * *

He aquí el balance de mi última noche en la Ópera; he contado en una columna mis sensaciones agradables y en otra columna mis sensaciones desagradables: DEBE HABER

Francos Francos

Bonito rondó pastoral, 1

Dúo de pasión del segundo acto 1,5

Gresca del final 0,75

Armonía sabia del sexteto 0,25

Vista de Mesina en el tercer acto 3

Tenor gordo, pavo enfático 1,25

La prima donna está montada demasiado alto sobre patas, y chilla

0,50

Incomparable bestialidad de los comparsas vestidos de señores

1

Las figurantas son peores 1,50

Buena orquesta, pero demasiado ruidosa 2,25

Patas demasiado flacas de las bailarinas 1,50

Brazos descarnados; se desearía ofrecerles biftecs 1

Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes 2

Protagonista, piernas y cabeza vistas de cara 3

El mismo protagonista, de perfil 2

El primer bailarín, angora, peludo, insípido hasta hacerle desmayar a cualquiera

2

Entreactos 3

Vecinos gruñones 1

Lindas muchachas frescas en el proscenio de la derecha 5

17,75 15,8

Balance de mi operación: dos francos, y además diez francos por mi sillón de orquesta. Total: doce francos de pérdida seca.

Capítulo XII

El mundo

En los Italianos, el martes y sábado de cada semana, desde hace dos meses; vuelvo esta noche; eso vale por todos los salones, los más desacreditados y los más selectos.

- I - El brillo es demasiado grande. Desde la orquesta sube la cuádruple guirnalda de palcos iluminados y de mujeres ataviadas, mostrándose bajo la irradiación de una araña de quinientas llamas. Un aire demasiado caliente, atravesado de emanaciones humanas, oscila y hace ondular las luces vacilantes. El suelo negro y movedizo de la platea se agita en los entreactos con un hormigueo extraño. Los semblantes, gastados o activos, se crispan bajo los reflejos cruzados y las lentejuelas innumerables de la claridad quemante. El zumbido de las conversaciones se hincha y se eleva. Al verlos así volverse, gesticular, saludar, retorcer sus cuerpos, aprisionados en la butaca estrecha, se piensa en el amontonamiento de un pueblo de insectos, comprimido en un embudo.

Esto indica la especie de placer que se viene a buscar aquí: la necesidad de excitación; esta palabra se viene siempre a los labios en París. Balzac decía que se moría de cincuenta mil tazas de café. La sociedad parisiense hace cómo él; por eso la pintó tan bien.

¿Cuántas veces, en los palcos de alrededor, no he mirado las cabezas? Se está allí un cuarto de hora inmóvil, absorto, ante un semblante afinado, ardiente, que se destaca solo, como en un marco, en el círculo de los gemelos. Insensiblemente se encuentra uno levantado, fuera de la butaca, atraído; acércase para mirar de más cerca, para tratar de adivinar el alma extraña que arde y reluce bajo aquella envoltura de seda, de raso y de gasas.

Cleopatras; la podredumbre y la cultura egipcias hacían brotar, hace diez y ocho siglos, flores tan embriagadoras y espléndidas, tan enfermizas y tan peligrosas como ese mantillo parisiense del que sacamos nuestra savia y nuestros males. Al primer golpe de vista son esfinges. Se las mira a la cara; a dos pasos de ellas no pestañean. Bajo tres gemelos asestados, la más joven permanece inmóvil. No quiere advertir que estáis allí; ni le sube a la frente ningún rubor, ni un pliegue remueve sus labios; continúa hablando, mirando; os trata

como un poste del cual se han colgado tres trozos de paño negro; es como un soldado de uniforme, bajo el fuego, tensos los nervios, y, sin embargo, sereno, alta la cabeza. Pero el peinado, el traje, un cabo de cinta, un rizo torcido, el más ligero y más indiferente de los movimientos del abanico, todo habla en ella y todo grita: «Quiero, tendré más; quiero y tendré sin límites y siempre.»

Una de ellas, delante de mí, de ventanas de la nariz dilatadas, labios móviles, parece una lámpara de porcelana iluminada por una llama interior; sus mejillas enflaquecen; las pupilas, avivadas por el blanco intenso, son imperceptiblemente excavadas, destilan el deseo y la voluntad. Está pálida y sus ojos son pálidos. Sus admirables cabellos negros crespos le forman la más orgullosa y audaz diadema, y unos nudos blancos, puestos de un solo lado, proyectan por encima de esta magnificencia la brillantez y el atractivo de la invención caprichosa. Si habla o escucha, es por presencia de ánimo; su mano retuerce negligentemente un cabo de su pañuelo de encajes; está en reposo; cuando menos parece estarlo. Pero ¡cuán inquietante es ese reposo! La más delicada y encantadora panterita no es más coqueta ni más nerviosa.

La sonrisa, sobre todo, es alarmante. Lo ha probado todo; ha chupado todas las delicias picantes de nuestra áspera literatura moderna; ha atravesado Balzac, Jorge Sand y Flaubert, no como nosotros, al pasar, o con preocupaciones de observador, sino que ha vivido, por imaginación, toda la vida de sus heroínas: madame Bovary, Indiana, madame Graslin, madame Marneffe; las ha seguido con los ojos interiores, como émula, con la intensidad de la curiosidad ociosa, sobre su sofá, en las largas sobremesas del veraneo; ha multiplicado y exasperado sus sensaciones con el espectáculo del mundo, la costumbre del teatro, las rivalidades del vestir; se ha alimentado de imaginaciones y de concupiscencias; la ironía parisiense lo ha pasado todo por el alambique. Se ha despertado el tacto a propósito de cada objeto, de cada placer; el gusto exigente, el espíritu incisivo, siempre presto y pronto, han apartado todo goce ordinario, todo razonamiento algo pesado: «Me burlo de vosotros y de todo; quiero divertirme, no vulgarmente, sino en el esplendor y en la busca de los placeres finos y fuertes. Encontrádmelos, me son menester, me los debéis, es mi derecho tenerlos, como al pájaro volar y al caballo correr.»

- II -

¿Queréis pruebas? Enteraos de la historia de un traje: Madame S..., a tres pasos de mí, lleva un vestido de seiscientos francos. El marido, que es novelista, gana precisamente seiscientos francos por volumen. Tiene hoy cincuenta mil francos de capital; hace seis años tenía cien mil; cada año lo desmocha. Pero el vestido es de un rosa encantador, de volantes recortados, que joyean como conchas, y el hombro soberbio levanta su redondez satinada por encima de un nudo delgado que deja ver en toda su amplitud el hermoso brazo blanco redondeado sobre el terciopelo del palco.

¿Qué no hacer por un traje? Hay en París un antiguo fotógrafo muy aparroquianado hace cinco años. Este hombre entendía el reclamo y el escaparate; había montado un taller a la

moda con jarros de Sevres bien dispuestos y viejos libros pintorescos encuadernados en cuero. Gradualmente le dio la manía de coleccionar: compró viejos Sevres, libros raros; tenía coche, iba al Bosque, llegaba con lacayos al taller, derrochaba el dinero regiamente. Protestas, suspensión de pagos, quiebra, siete por ciento a los acreedores. Su mujer, en otro tiempo modista, monta una pequeña tienda de modas, da consejos, llega la boga, se alquila un primer piso en el bulevar. Hoy tiene coche de nuevo, y las mujeres hacen bajezas para ser vestidas por él.

Este ser enteco, negro, nervioso, que parece un feto abortado, socarrado al fuego, las recibe con americana de terciopelo, soberbiamente tendido sobre un diván, con el cigarro en los labios. Las dice: «Andad, volveos; bueno, volved dentro de ochos días, os compondré el traje que os conviene.» No son ellos las que eligen, sino él, y se consideran hartos dichosas.

Y aun es menester una recomendación para ser servido de su mano. Madame Francisca B..., persona del verdadero mundo, elegante, llega el mes pasado a encargarse un traje. «Señora: ¿por quién me habéis sido presentada?» ¿Qué quiere usted decir? «Es que para ser vestida por mí es necesario que me sea presentada la que viene.» Se ha marchado, sofocada. Otras se quedan diciendo: «Que me regañe, pero que me vista. Al fin y al cabo, las más encopetadas van.»

Muchas de entre ellas, las favoritas, vienen a hacerse inspeccionar por él antes de ir al baile; da pequeños té a las diez. A los que se sorprenden, les dice: «Soy un grande artista; tengo el color de Delacroix y compongo. Un traje vale por un cuadro.»

Si alguien se irrita de sus exigencias: «Caballero, en todo artista hay un Napoleón. Cuando monsieur Ingres retrataba a la duquesa de A..., la escribía por la mañana: "Señora, necesito veros esta noche en el teatro en traje blanco, con una rosa en medio del tocado." La duquesa daba contraorden para sus invitaciones, se ponía el traje, enviaba a buscar el tocado, iba al teatro. El arte es Dios; los burgueses son hechos para tomar nuestras órdenes.»

- III - Los jovencitos dejan sus butacas, vagan por los corredores, se ponen de puntillas, alargan el cuello para deslizar una mirada a través del cristal redondo hasta el interior de los palcos. Es la mirada de los pobres diablos que ante la tienda de Chevet contemplan por largo tiempo una costa de melocotones, una succulenta tartera abierta.

Conversación en los palcos. Se pasa revista a las mujeres de mundo y del otro medio que están en la sala. Los hombres dicen chascarrillos y miran con los gemelos. En suma, la música les sin cesar aburre; están allí para acompañar a sus mujeres. Sé de uno que se lleva un periódico de economía política. La mayoría prefieren la Ópera, no hacen caso mas que de las bailarinas, y el ballet les despabila. Con eso las mujeres muestran un ligero aire de descontento; su mirada parece decir: «Groseros, sensuales: he ahí los hombres.»

El tono corriente es la zumba positivista. Se trata a los actores como maniqués pagados. ¡Qué oficio el de actor, qué miradas indiferentes, aburridas, burlonas en los palcos! En plena representación, las gentes hablan, ojean, mientras la cantante berrea y se revuelve.

Se la palpa, se la pesa, se calcula su traje y su voz en voz alta en los palcos semihonestos, por lo bajo en los palcos honestos. El ensueño ideal no aparece ni por un minuto. «Bravamente gritado», he ahí el compendio de sus elogios. Algunos pedantes aprecian el mérito en términos técnicos. Cantábase Otelo y había una debutante; en el momento trágico, alguien, en un antepalco, dice: «Tiene nervio; ¿qué sueldo gana?» «Nada, se exhibe; ella es quien paga, con su dinero o con su persona; está bastante gorda para ello.»

Alrededor, en plena luz, se ostentan tres o cuatro palcos de loretas. Las faldas se hinchan hasta el reborde del palco; sus cabellos crispados, rizados, escalonados, atraen los ojos como la lana de un animal exótico. Los pendientes romanos zumban sobre los hombros, demasiado blancos. Se inclinan expresamente; quieren ser alocadas o majestuosas; hacen gestos, sonríen con exceso. Tal como están ahí, con sus guantes de siete francos, su coche nuevo, sus dos lacayos, su palco de cien francos, su tono hombruno, se creen damas; y en los momentos de misantropía se pregunta uno si no tendrán razón.

Campanilleo débil y lejano. Empieza el cuarto acto, y la oleada de los fraques negros obstruye de un golpe los corredores.

- IV -

No sé por qué cuando las veo desfilar se me representa siempre en mi espíritu la idea de la vieja Roma o de la vieja Alejandría. Cuando cierro los ojos, esas cabezas modernas se me aparecen, una a una, como bustos, y me parece que veo vivientes los del siglo IV en el Museo Campana.

En aquel tiempo, como hoy, el hombre había sido refinado, estrechado por la cultura, por la exhibición de los goces y por la concentración del esfuerzo; las grandes capitales habían exasperado los deseos; el alma, infinitamente complicada, había dejado de sentir lo verdaderamente bello, que es sencillo, y el arte realista, semejante al de Enrique Monnier, de Champfleury, de Daumier, de Biard, copiaba las deformaciones y las bajezas en que rebosamos también.

He tomado notas hoy ante algunos de esos bustos; id a verlos y decid si no son aquéllos las cabezas y los cuerpos que encontramos hoy bajo el sombrero negro:

«Diocleciano, un tacaño azorado, viejo, que rezonga entre sus encías desdentadas.

»CÓmodo, joven paliducho, enfermizo, extraño, con los ojos a flor de cabeza como un aborto; una especie de bastardo salido de algún cruzamiento monstruoso, inquietante y turbio.

»Todo el fondo de la galería, emperadores, emperatrices, cónsules, grandes personajes. El empleado embrutecido, avellanado, de mil doscientos francos. El caballero delgado que ha tenido cólico por largo tiempo. La vieja agriada, disecada por los dolores de estómago. La vaquilla hinchada, de mejillas desbordantes. La cabeza de chorlito pasmada. En una palabra, los tics del individuo, los frotos del oficio, las pequeñeces de la naturaleza humana; todo lo que nos aproxima al enfermo, al burgués, al idiota, al cadáver, todo lo muestra el hombre en la mesa, en bata, en el guardarropa, regañando a la criada o ganando sueldos.»

¡Qué contraste si se miran los vaciados griegos, las heroicas estatuas que están al lado! ¡La vida corporal en pleno aire, sana, atrevida y fiera; la juventud que durará, la agilidad, la fuerza, la serenidad, la alegría unida y simple de un alma todavía virgen; la nobleza innata, la aptitud para comprenderlo todo! ¡Cuán lejos estamos de ello! Casi tan lejos como esos tristes romanos de la decadencia. Mirad un juez amarilleado por el mal aire, roído por la impaciencia, atiesado por el decoro; un abogado con su cabeza de hurón despabilado y sus anteojos que relucen; un empleado secado en su oficina, demasiado caliente, el cuerpo medio anquilosado, la tez descolorida como el agua de un arroyo turbio. Una especie de palo interior se ha ido hundiendo en ellos de año en año, descomponiendo sus facciones, retorciendo sus actitudes. Viven, sin embargo, y todo eso forma en conjunto una civilización brillante. Nos parecemos a esas figurantas, a esas actrices, a esas acomodadoras; eso despide olor de gas, se ilumina con las candilejas, hace de la noche día, y el conjunto es lo más bello de nuestros veinte teatros.

No, sin embargo, por completo. Aquellas gentes del siglo IV estaban gastadas; nosotros, aunque consumidos, vivimos aún; hasta vivimos demasiado. Nuestro París nos quema, pero nos alumbrá; algunos sobreviven, y con eso son los más hermosos. Me han enseñado un palco de hombres de moda, letrados, viajeros o vividores. Tres de entre ellos tenían un tinte mate, inmóvil, que ni sol, ni cenas ni trabajo alteran, y cabezas como las de Vespasiano y de Tiberio. Muchos se han quedado por el camino; pero los que subsisten están dos veces templados y viven en la llama como en su elemento.

Aun los menores, las gentes de oficio ordinario, con su semblante ajado o pecosó, tienen voluntad, brío, o cuando menos testarudez y energía. Corren bajo el látigo de la competencia, y corren hasta el último aliento. Ganarán dinero, subirán en el escalafón, lucharán contra su mujer, tendrán queridas, sostendrán a sus hijos, encontrarán aún alegría y frases en una cena. En vano nuestra lámpara, con sus llamas concentradas, escupe ruidosa y suciamente chispas corrosivas; por más que huelá mal, ilumina, y por momentos tiene renovaciones y esplendores que ninguna máquina bien montada y cuerdamente moderada igualará.

Habéis visto este chorro súbito y soberbio de junio de 1848 en aquellos chulos de la calle, de quienes se habían hecho soldados.

- V -

Fraschini grita demasiado fuerte, como Tamberlick sostiene y tiende la nota con un exceso que lo gastará; Verdi hace lo mismo, vulgar, poderoso, viviente, violento, tensos los nervios, los músculos, como hombre que no escatima nada de él ni de otro; quiere pensar y absorber de un golpe toda la substancia de la pasión y del placer, salvo de caerse en el suelo al cabo de un instante. Se parece a su público, y he ahí por qué su público le comprende.

Capítulo XIII En los Italianos

Me parece que he sido injusto la última vez para el público de los Italianos. Hacía demasiado calor, y probablemente tenía nervios cuando a la vuelta borroneé mis notas.

* * *

Encantadora niña de diez y seis años en el tercer palco de enfrente. El palco está abonado al año. El padre, la madre acompañan; a veces también el hermano, un elegante, socio del Jockey Club, de corbatas irreprochables, con una cabecita voluntariosa, el aire seco y de reto, altanero, con la mirada dura de un hombre acostumbrado a manejar y gobernar los caballos y las mozas; las mozas más rudamente que los caballos; con bastante regularidad también, un gran mocetón largo, un gentilhombre de campo, barbudo y piloso, con la cara de un orangután distinguido, probablemente un futuro en expectativa. Bella familia, bien puesta. La madre tiene restos muy convenientes. Excelentes caballos y lacayos soberbiamente aforrados en el peristilo.

Se llama Margarita; es reidora, pero sin exceso; nada evaporada ni precoz; es la niña dichosa, rica, nacida en el lujo, para quien el gran traje, los bailes, una quinta son cosas tan naturales como el aire, y que diría de todo corazón de las gentes sin pan: «Bueno, pues entonces que compren bollos.»

Una persona así es una criatura rara en este mundo de plebeyos enriquecidos, trabajadores ambiciosos, aguijoneados incesantemente de inquietudes y roídos de concupiscencias. La miro desde hace cinco o seis días; me refresca y me descansa. Eso forma contraste. Cuando observo los parisienses en el bulevar, en la Bolsa, en el café, en el

teatro, me parece siempre ver un revoltijo de hormigas atareadas y rabiosas sobre las cuales se hubiese echado pimienta.

* * *

Lindísimo traje anteayer noche: un corpiño de seda azul que ciñe y marca el talle y remonta algo entre los dos senos; por encima, el más muelle nido de encajes. Muy casta y muy niña aún; va poco escotada y tocada con una sencilla rosa. Pero este fino talle, tan visiblemente apretado, y esta dulce blancura virginal para ocultar e indicar el pecho son de una invención sabia; la invención no es suya, sigue la moda; quien la viste es su madre; es demasiado joven para sospechar el efecto exacto de su traje; sus pensamientos son demasiado vagos, demasiado nuevos; yo soy, en este momento, quien explica este efecto, como escultor, como hombre de mundo; se sonrojaría si entendiese mi explicación.

Y, sin embargo, en la media luz de sus pensamientos algo sospecha; sabe que eso la sienta bien, que otro corpiño no la sentaría tan bien, que agrada, que los ojos se fijan en su talle. No va más lejos; entrevé en una bruma diáfana y dorada como una aurora de cosas. Una verdadera rosa dormida; en tanto los vapores de la mañana se desvanecen y se muestran blancuras luminosas en el cielo nacarado, escucha, inmóvil y como en soñación, batimientos de alas lejanas, el susurro indistinto del pueblo de insectos que vendrá luego a zumbar alrededor de su corazón.

(Al diablo las metáforas; no se dice nada de preciso, y cuando vuelva a leer estas notas no veré ya su rostro ni su aire.)

El tinte es perfectamente puro; la boca, pequeñita, sonrío, semientreabierto; una dulce sonrisa, graciosa, modosa; una voz timbrada, melódica; nada de apresurado, de azorado; dice cosas ordinarias sin hacer ningún esfuerzo, sin querer decirlas de otra manera; no piensa en tener ingenio; se deja vivir. La vida parisiense no se la ha llevado aún en su corriente; nada en ella como un cisne en un hermoso lago.

(Decididamente, no saldré hoy de las metáforas. Después de todo, ya que acuden, es de creer sean la mejor manera de decir lo que he sentido.)

Se ve que está a sus anchas, que no piensa en las rivalidades, en la intriga, en la coquetería; que no ha pensado nunca en el dinero; que nuestros cuidados no la han rozado; que la belleza, el adorno, los respetos, la admiración no la han faltado nunca. No imagina que puedan faltar jamás; ¿podéis figuraros que un día os puedan faltar el agua y la luz? Alarga la mano por la mañana al lado de su cama y encuentra un traje nuevo; ¿acaso cuando se corren las cortinas puede la luz caer en otra parte que sobre un traje nuevo? Hay una campanilla a su alcance; ¿acaso una campanilla no termina siempre en una camarera? Extiéndese delante el gran patio; ¿acaso puede un gran patio pasarse sin un carruaje? Sobre este carruaje brotan un cochero, lacayos, como cerezas en un cerezo. En cuanto al portero

grave que respetuosamente abre la puerta a dos batientes, lo produce, naturalmente, la puerta con su librea nueva y su cara rubicunda. Aquí de la definición parisiense de las aceitunas: pequeñas bolas verdes que se encuentran ordinariamente alrededor de los ánades.

No escucha la Ceneréntola; continúa hablando en los más bellos pasajes, en el sexteto. Tampoco escuchaba, dos días antes, en el Trovador. De vez en cuando adelanta su cuello blanco, con un movimiento de pájaro, sonrío algo, concede un minuto de atención. Por sus costumbres es princesa; los músicos son para ella, como antaño en la corte, obreros pagados, que se escucha o no se escucha, a voluntad, a quienes se despide con un gesto; sólo al llegar nuestro siglo se ha tratado a los artistas como casi a igual. En otro tiempo, un pintor era un maestro tapicero, empresario de decorados; un poeta, un músico, servían para las fiestas de corte: se les protegía, se les hacía comer en la cocina; si se les admitía a la mesa, era para divertirse a costa de ellos.

Santeuil murió porque el príncipe de Condé le echó su petaca en el vaso en que bebía. Mozart recibió puntapiés del príncipe obispo de Salzburgo.

* * *

La niña está aquí porque es un lugar adonde se va, porque está ociosa, porque desde el palco se puede pasar revista del mundo, porque su coche, sus criados, su camarera están allí para servirla, llevarla, traerla, sin que se fije en ello. Ni por un minuto ha pensado en los ciento veinte francos del palco. Si por ventura piensa en ello, algún día ve seis pequeños discos amarillos que pasan de una mano a una faltriquera, muy sorprendida quedaría si la dijeran que es el alquiler de una obrera. En cuanto a las pasiones expresadas, a las tristezas, a las grandezas de la música, a todo lo que sentimos en una ópera los que hemos gustado y sentido la vida, nada de ello sospecha; todo eso se halla fuera de su edad y de su experiencia. No hay allí para ella mas que histriones bastante mal vestidos; la capa flordelisada de Don Magnífico está deshilachada; las actrices le parecen mal pergeñadas; a sus ojos son seres de otra especie: camareras que quieren remedar a las verdaderas damas. Cuando el Trovador cantaba, miraba su barba, demasiado ancha, y su boca, demasiado abierta; apuesto que no le hubiera parecido lo mismo tratándose de un titiritero que levantara pesos. «¡Pobre hombre -se dice-, va a lastimarse!»

En el fondo, las escenas de pasión le parecen grotescas. No comprende que pueda uno descomponerse de tal suerte. La gran lamentación de la orquesta, los largos sollozos dolorosos, los sonidos hinchados que suben como una furiosa aclamación de voces estridentes, le producen el mismo efecto que la villana muchedumbre que se amontona y entrechoca en los bulevares un día de lluvia. Echa una mirada al mango de los violines, sobre los cuales rechinan los arcos y se atrafagan los dedos; piensa entonces en aquellos ratones despabilados que hacen dar vueltas infatigablemente a su, jaula.

El año pasado, cuando estaba de moda el Infierno, de Doré, vi en un salón unas muchachas parecidas que hojeaban con gritos de placer las hermosas páginas satinadas. «¡Oh qué bonito! ¡Oh qué singulares cabezas! ¡Oh! ¡Serpientes! ¡Ay, Dios mío, una horca!»

Este año, en la Ópera, creo se cantaba Alcestes, y las jóvenes, durante el aria terrible del sacrificio, cuchicheaban con risas ahogadas: «¡Pero si lo que llevan al altar es carne! ¡Ved los gemelos! ¡Pero, Señor, unas chuletas de verdad!» Pondría mi mano al fuego porque la más agradable música para ellas es la de Las citas burguesas

* * *

(Yo soy el burgués, el imbécil. ¡Qué necia costumbre la mía de dejar volverse los ojos, como yo hago, hacia el lado villano de las cosas! ¡Mucho más dichoso era ahora mismo, cuando pensaba en el traje azul y me imaginaba el monono hoyuelo que se ahueca en la nuca bajo los cabellos de oro! Bueno, sea; no hay criatura perfecta. ¡Bello descubrimiento, y cuánto he adelantado con romperme, las narices contra una verdad sólida! No hay nada verdadero mas que la forma y el sueño que sugiere. Hay que comentarlo, no con el razonamiento, sino con la música.)

A media noche, al volver a casa, al amor de un fuego alegre, en un cuarto caliente, cuando todos los criados se han retirado, cuando reina el silencio, cuando no se distingue ya mas desde lejos que el rodar indistinto de un coche retardado; ¡qué bien se está en un sillón! El teatro y toda representación son cosas groseras; y aun todas las cosas reales son groseras. No hay perfectamente bello y perfectamente dulce mas que los semisueños. Olvídase uno de sí mismo; se mira maquinalmente las agujas lentas del reloj; se dejan venir, arreglarse, irse las imágenes inferiores. Se elevan fragmentos de melodía, y ¡se les comprende tan bien, encuéntrase tan pronto cara a cara con el alma encantadora y apasionada del maestro! ¡Se es tan dichoso al quedar libre de los actores, de las candilejas, del baratillo teatral, de todos los velos que se interponían entre nuestro sentimiento y su sentimiento! No es Verdi quien canta dentro de mí a semejante hora, ni Rossini, ni ningún italiano; es Mozart. Fui a escuchar diez veces *Così fan tutte* el año pasado, y sobre aquellas arias pienso en el fresco y gracioso rostro que he mirado esta noche.

* * *

Veo la escena y la tibia comarca luminosa. La terraza se eleva a la orilla del mar, entre los matorrales de cactus, con un emparrado enguirnaldado de rosas, al borde del cual una higuera pone sobre la bóveda verde sus pesadas hojas dentelladas. La felicidad, la ternura,

el amor colmado, abandonado, tranquilo, se hallan allí en su patria. El aire es tan dulce, que basta respirarlo para sentirse contento. La campiña lejana es tan aterciopelada, que los ojos no están cansados nunca de contemplarla. El ancho mar se extiende por delante, radiante y apacible, y su color lustroso tiene la delicadeza de una primulácea desplegada. Una montaña rayada vuelve su grupa azulada y dorada al borde del cielo; la luz habita en sus oquedades; en ellas duerme, aprisionada por el aire y la distancia; le forma como un vestido, y más lejos aun las últimas cadenas envueltas en un violeta pálido nadan y van borrándose en el inmutable azur. Los más ricos adornos de una flor de estufa, las venas nacaradas de una orquídea, el terciopelo tierno que bordea las alas de una mariposa no son más suaves y a la vez más espléndidos. Piénsase involuntariamente en los más hermosos objetos del lujo y de la naturaleza, en los bordados que rayan un moaré, en la carne rosada, viviente, que palpita bajo un velo. ¿Acaso se puede soñar aquí con otra cosa que con ser dichoso y enamorado?

Mozart no ha pensado en otra cosa. La pieza no tiene sentido común, y es tanto mejor. ¿Acaso un sueño debe ser verosímil? ¿No pueden cernerse por encima de las leves de la vida la verdadera fantasía, el sentimiento puro y completo? ¿Acaso en la comarca ideal, como el bosque de Como gustéis, los amantes no están libres de las necesidades que nos constriñen y de las cadenas bajo las cuales nos arrastramos?

Estos se disfrazan de turcos para poner a prueba a sus amantes, fingen envenenarse; la doncella se hace a su vez médico, notario, y sus amas se lo creen todo. Yo también quiero creer esas locuras un instante, tan pocos instantes como queráis, y por eso precisamente es encantadora mi emoción. Haré como el músico, olvidaré la intriga; la pieza es satírica y burlesca; yo quiero con él verla sentimental y tierna; en el teatro hoy dos coquetas italianas que ríen y mienten; pero en la música nadie miente y nadie ríe; cuando más, se sonríe, y aun las lágrimas son vecinas de la sonrisa.

Cuando Mozart está alegre, no cesa nunca de ser noble; no es un bon vivant, un simple epicúreo brillante como Rossini; no se burla de sus sentimientos; no se contenta con la alegría vulgar; hay una finura suprema en su gozo; si llega a él es por intervalos, porque su alma es flexible, y en un gran artista, como en un instrumento completo, no falta ninguna cuerda. Pero su fondo es el amor absoluto de la belleza cumplida y dichosa; no se divertirá con su amante, la adorará, permanecerá largo tiempo con la mirada fija en sus ojos como en los de una criatura divina; sentirá ante ella derretirse su corazón, y la sonrisa que vendrá a entreabrir sus labios será una sonrisa de felicidad.

Más aún, ha puesto la bondad en el amor. No piensa, como Rossini, en tornar placer; no se ve transportado, como Beethoven, por un sentimiento sublime, por el violento contraste del cielo súbitamente abierto en medio de una desesperación continua. Piensa en hacer feliz a la persona a quien ama. ¡Qué divino aire el de la cavatina del segundo acto! ¡Cuán suavemente melancólico y tierno es! ¡Cómo se enrolla el acompañamiento, tan fundido, tan dulce, alrededor de la melodía! ¡Y cómo un instante antes los acentos tristes de los adioses se hinchaban y bajaban en modulaciones afectuosas y acariciadoras! Mozart es tan bueno como noble, y me parece que si yo fuese mujer, no podría contenerme de amarle.

Las flautas y las voces se acordan entre los finos rasgos de los violines que caprichosamente entrelazan sus bordados. La voluptuosa armonía llena como una nube de perfumes que una brisa lenta recoge al pasar por un jardín de flores. Aparecen, en relámpagos, frescas mejillas, ojos reidores, y el corpiño azul, el talle inclinado, el hombro redondo y blanco se destacan distintamente en el borde de la terraza. Más allá el grande cielo abierto, el mar azulado, relumbran siempre en la serenidad de su alegría y de su juventud inmortales.

* * *

Una, dos, tres de la mañana. Se ha apagado mi fuego, me ha dado frío y mañana tendré la gripe; pero he sacado de mi niña todo lo que valía.

Capítulo XIV

Proposición nueva y conforme a las tendencias de la civilización moderna, cuyo objeto es asegurar la felicidad de los matrimonios y regularizar una institución de primer orden abandonada hasta hoy a la arbitrariedad y el azar

Utile dulci.

Sr. Director de la Vida Parisiense.

Muy señor mío: Con profundo sentimiento de conmiseración y de pesar contempla hoy un observador imparcial los crecientes cuidados de las familias francesas a propósito del mayor asunto de la vida, con lo cual me refiero al matrimonio. En otros países, en Alemania, en América, los jóvenes eligen por sí mismos; se les deja pasear juntos y conocerse; cada uno es el árbitro y el obrero de su propia vida; aquí llevan todo el fardo los padres.

Hacia los cincuenta y cinco años muchas personas tranquilas, que hasta entonces empleaban sus noches en tomar té y jugar al tresillo, experimentan de pronto la necesidad de dar bailes; es que hay una hija madura en la casa.

Es triste ver a la madre que ha engordado trabajar en darse un talle, y al cabo de un largo eclipse mostrar a la claridad de las arañas unos hombros quincuagerarios que harían mejor en ocultarse. Es triste ver al padre acercarse en el bulevar a sus menores conocidos y, por medio de media docena de transiciones preparadas, solicitar sus buenos oficios. Es más

triste aún verle cuatro veces por semana cargar con el arnés, quiero decir el frac negro, realizado por la corbata blanca, abrirse paso hasta dos sillones en un salón lleno de gente, instalar a su mujer y su hija, repartir y echarse en busca de bailadores y otros jóvenes presentables. Entre tanto la joven, adornada como una urna, apolotada, encintada, permanece inmóvil, con los ojos entornados, bajo el fuego de cuarenta gemelos que la exploran, mientras la madre, entre dos señoras desconocidas, no pudiendo ni hablar ni moverse, se sonroja de calor y de fatiga, abre unos ojos como los de un cangrejo de mar, mira qué hora es y hace esfuerzos heroicos para no dormirse. Pero donde el espectáculo resulta verdaderamente doloroso es en el campo; las tribulaciones de los padres llegan al infinito; el consumo de guantes nuevos, de redecillas, de cofias, de botitas, llega a ser de todo punto monstruoso; los alquileres de coches, las jiras se multiplican; un número infinito de volátiles perecen sacrificados al interés público, y como el estómago es el camino del corazón, las botellas venerables sacadas de sus telarañas hacen que se arregosto cada sábado una muchedumbre inusitada de invitados. Si se calcula que una familia en esas circunstancias da en dos años ocho o diez bailes, otros tantos banquetes y lleva a su hija a cien bailes y comidas; si a este presupuesto extraordinario se añaden los suplementos forzados del traje cotidiano; si se juntan a todo eso las berlinas, birlochos, cocheras, portes de cartas del padre y el número infinito de frases diplomáticas (Time is money) que ha debido componer y pronunciar, se evaluará, creo, el total del gasto a un año de renta, cerca de veinte mil francos en la clase media.

¿No es eso para los pobres padres una carga muy pesada y no hay para afligirse al ver tal desproporción entre el reclamo y los productos? ¿Cuántos partidos recluta este sistema para una joven? Cincuenta o sesenta vagamente posibles, cinco o seis que se examinarán seriamente y entre los cuales se está obligado a elegir. Tal es la cifra que me ha sido dada por algunas señoras singularmente expertas en estadística matrimonial y en las que creo se puede tener entera confianza.

Lo que pregunto ahora es si son bastante cinco o seis partidos para veinte mil francos de anuncios. Eso le pone uno con otro a cuatro mil francos la pieza, y ciertamente resulta demasiado caro, teniendo en cuenta sobre todo que dos, a lo menos, vistos de cerca, han presentado casos redhibitorios; que otros dos, conducidos al recinto, han dejado ver unos andares inaceptables; y que, por fin, el último, el feliz preferido, no ha sido admitido a arrastrar la linda calesa hasta que la linda calesa no podía permanecer indefinidamente en la cochera.

Una buena prueba de que esas elecciones son demasiado limitadas es la parte enorme que el azar tiene en la salida. A falta de un mercado bastante abastecido, se coge al vuelo, según el encuentro. Mi joven casero firmaba hace dos meses unos poderes en casa de su notario, y le viene al notario una idea: le mide, comprueba que no es calvo todavía, calcula interiormente el total de sus bienes raíces, y le grita: «¡Pardiez, querido, llegáis a buen punto; veinte años, linda, rubia, buen carácter, familia sólida, fortuna en inmuebles, doscientos mil francos al contado, tal vez más, trescientos mil francos de esperanzas, la granja está en un trazado de ferrocarril!» El matrimonio se ha realizado.

Mi viejo amigo B... hacía un día una visita a una casa en la que desembarcaba una prima provinciana, llegada a París para renovar su dentadura postiza. Es muy cortés; ella le

encuentra amable, se entera de él, sabe que tiene una hija, piensa en un galán fiscal de su país, sujeto de todas prendas, que el año pasado de doce causas consiguió doce condenas, tres de ellas a pena capital, y el año próximo será propuesto para la Legión de Honor. El matrimonio se ha efectuado también. Mediante esas chiripas se engrana.

Yo mismo, señor, algún tiempo después de mi regreso, cuando los dólares ganados en el tocino y los petróleos me rodeaban de una aureola luminosa y la futura madame Federico Tomás Graindorge flotaba a veces ante mis ojos demasiado enternecidos, he visto el matrimonio saltarme al cuello bajo esas formas descabelladas; por ejemplo, en el bulevar, cuando un amigo me daba un golpecito en el hombro o bien cuando la digestión comenzada hacía más íntima la conversación, una vez saliendo de casa del pedicuro, otra vez en el momento en que después de haberme zambullido en la caseta de Deligny reaparecía a flor de agua resollando como una marsopla. Ciertamente un sistema de publicidad tan insuficiente que se está obligado a adjuntarse esas suertes de azares; es un mediano ingenio de pesca, y cabe, en buen derecho, sorprenderse de que en el perfeccionamiento general de las máquina no tengan aún a mano los desgraciados padres más que una tan ruda red.

Muchos honorables industriales han tratado de poner remedio a este mal instituyendo agencias matrimoniales que registran por ambas partes la oferta y la demanda y ponen en comunicación por toda Francia el chalán y el proveedor. A la verdad, y puesta la mano sobre el corazón, cabe preguntar por qué esas suertes de mercados, tan regulares, tan cómodos, tan bien tenidos, tan semejantes a las Bolsas de París y de Londres, no han obtenido una aprobación más marcada. Yo creo que si se les desacredita es por pura hipocresía. Porque ¿qué más útil ni mejor justificado que el establecimiento de una Bolsa para los negocios? ¿Y acaso no es un negocio el matrimonio? ¿Es que se pesan en él otra cosa que las conveniencias? ¿Es que las conveniencias no son valores capaces de alza y de baja, de evaluación y de tarifa? ¿Es que no se dice una muchacha de cien mil francos, de doscientos mil francos? ¿Es que un empleo inamovible, una bella apostura, una probabilidad de ascenso no son mercancías cotizadas cinco, diez, veinte, cincuenta mil francos, entregables solamente contra valores iguales? ¿Es que mi sobrino monsieur Anatolio Durand no vale un ciento por ciento más desde que se le dice echado sobre mi testamento? ¿Es que si por ventura se llamara d'Urand o du Ranz (nobleza suiza, vacas sobre azur) no valdría aún cien mil francos más? ¿Qué hay más deseable ni conforme con los grandes principios de la economía política que ofrecer a cada valor el más amplio mercado posible? ¿Conocéis otro medio de hacerlo subir a su verdadero precio? ¿Qué debe desear el legislador en materia de comercio mas que la competencia de todos los compradores entre sí y de todas las mercancías entre sí, a fin de que nadie compre o venda por encima o por debajo del cambio?

Se declama contra los corredores de casamientos; pero ¿qué son, os ruego me digáis, las buenas amigas, primas, tías, abuelas, notarios, médicos, confesores, que se ponen en campaña, mas que corredores officiosos, a veces oficiales? Se responde que no se les paga. Pues sí, se les paga, y a menudo en especie, con un regalo después de la boda, o cuando menos con comidas, cortesías, consideraciones, pequeños o grandes servicios. Añadiré, por fin, que en la práctica no se presta mucha importancia a esas susceptibilidades, que los industriales en cuestión ganan terreno; que todos los años se extienden sus negocios; que muchas personas de la mejor sociedad se han casado por su mediación, sin que nadie lo

sospeche; que tal salón musical, muy concurrido y de acceso difícil, les provee, mediante estipendio, de lugares de presentación y de entrevistas; que tal personaje bien puesto, considerado, que gasta veinte mil francos al año y no tiene mas que seis mil de renta, recibe de ellos el dinero que necesita para pagar sus botas de charol y vestir a su groom. Pero el amor propio retiene a los padres y se echa de ver con pesar que las familias delicadas y bien recibidas en sociedad rehúsan, con gran perjuicio suyo, recurrir a los establecimientos saludables, que sólo ellos podrían sacarles de sus deplorables embarazos.

Muchas veces he pensado en esta situación tan triste. Aunque antiguo negociante y americano más que a medias, tengo un corazón para los que sufren; no veo a un padre trotar en berlina, a una madre bordar sobre el tambor, sin ponerme en su lugar; deseo realzar a mi país; creo que si el matrimonio en él es desgraciado y difícil es porque no hemos estudiado los medios de facilitarlo y mejorarlo. Estoy convencido de que el remedio, como el mal, se encuentra en nuestras instituciones y nuestro carácter. He reflexionado, he consultado el genio de mi siglo y de mi país; he tenido en cuenta el espíritu administrativo y centralizador de Francia, los prejuicios reinantes, las necesidades nuevas; he sacado provecho de las instituciones que funcionan ya, de las invenciones que se propagan por doquier; me he apoyado en ejemplos recientes; en una palabra, no he economizado ni mi tiempo ni el trabajo, y he llegado por fin, a una concepción nueva cuyo elogio no me corresponde hacer, pero cuya utilidad y belleza son tan deslumbrantes que la más sencilla exposición no puede dejar de granjearla todas las aprobaciones.

- II -

Propongo establecer una agencia matrimonial universal, domiciliada en París, y sucursales en cada departamento y en el extranjero. Sería necesario que esta agencia estuviese bajo la inspección y aun bajo la dirección del Gobierno. Formaría una administración distinta, como todos los grandes servicios públicos, y estarían a su frente los hombres más eminentes, así por la finura de su tacto como por la pureza de su reputación. Las actuales agencias se refundirían en aquélla, como ha ocurrido en el asunto de los reemplazos militares, y en este segundo caso, como en el primero, sería para mayor beneficio del público.

Cada persona que quisiera recurrir a la agencia estaría obligada a proporcionar informes completos y auténticos sobre su salud, su persona y su familia, certificaciones del médico, cancelación de hipotecas, títulos de renta y de propiedad, atestados legales de buena vida y costumbres, etc. Cualquiera puede imaginar cuánta seguridad y lealtad prestaría esta medida a los contratos.

Como las dos clases más consideradas y mejor informadas en Francia son los eclesiásticos y los magistrados, y, además, unos y otros son funcionarios, estarían obligados, cada uno en su resorte, y para los candidatos de su resorte, a proporcionar a la administración un retrato moral que formaría parte del expediente, con las notas de los previsores, jefes de administraciones y otros funcionarios a cuyas órdenes hubiese podido

trabajar el candidato. La admirable centralización encontraría así un empleo ingenioso, nuevo, completamente tranquilizador para las familias y singularmente propio para fomentar las buenas costumbres.

Agregado a la agencia central habría un grande establecimiento de fotografía con una sucursal para cada sucursal de los departamentos. Hacia cincuenta mil francos de dote, una familia tendría derecho a dos retratos, uno sentado y otro de pie; el primero de espaldas y el segundo de cara. Hacia cien mil francos, el retrato sería de un sexto del natural. Hacia doscientos mil francos, un cuarto del natural, y además un retrato ecuestre. Hacia doscientos cincuenta, el expediente comprendería la fotografía especial del cráneo (para atestiguar la conservación de los cabellos), de la boca abierta (para mostrar el estado de los incisivos y de los caninos), de los pies y de las manos (para demostrar la pequeñez aristocrática). En las cifras elevadas se podría reclamar el retrato del futuro, de frac, de levita, de bata, y aun con gorro de dormir u ocupado en afeitarse (esto es esencial para prevenir las desilusiones).

Estos retratos y piezas de convicción podrían ser consultados por toda persona que justificase tener una hija por casar y una dote suficiente. Ya puede verse la extensión que tomaría al punto la fotografía; se encontraría erigida en institución social; los gastos de viaje y las decepciones que evitaría a las familias son infinitos.

Cada oferta inscrita en la agencia debería ir acompañada de una demanda especificando por aproximación la cifra de la fortuna y el género de la posición pedidas en cambio. Estas ofertas serían clasificadas en las oficinas según la elevación de la cifra y la especie de la profesión. Cada semana, un cuadro expuesto en la Bolsa, y dividido en categorías, publicaría el número y la especie de las inscripciones, tanto de varones como de hembras. Se vería, por ejemplo, que, según los datos de la semana, ha habido tantos profesores de liceo, tantos capitanes de primera clase, tantos magistrados con tres mil francos, tantas dotes de sesenta mil francos en la oferta y tantos en la demanda. Al instante se establecería un cambio como para los demás valores. Si, por ejemplo, los magistrados fuesen muy solicitados, al punto subiría su valor; quiero decir que podrían pretender dotes más crecidas.

Las fluctuaciones de los sucesos comerciales y políticos producirían su efecto en este mercado como en los demás. Una amenaza de guerra haría bajar la tasa de los oficiales. La noticia de la paz en América elevaría la tasa de los negociantes. Cada uno por la mañana, al desplegar su periódico, tendría el placer de encontrar en él su valor inscrito y cifrado; según la previsión de las alzas y las bajas podría esperar el momento en que su cuota matrimonial alcanzara la cifra más alta, y se casaría en consecuencia.

Hay que abreviar; pero el lector inteligente ve de una sola mirada que mi proposición transportaría a los casamientos la precisión, la facilidad, el buen sentido, la buena lógica que se encuentran en los negocios de Bolsa, y que por una equivocación inexplicable no han sido introducidos todavía en los negocios de corazón.

No sigo más, señor, porque necesitaría demasiado espacio para desarrollar las felices consecuencias de un proyecto tan razonable; una sola palabra aún para poner en claro la verdad filosófica que me autoriza y me sostiene. Me atrevo a creer que me hallo aquí en la

gran corriente de mi siglo y de mi nación. Si hay un rasgo señalado que distinga este siglo entre todos los otros, es que las ciencias positivas han asumido el imperio, y sus aplicaciones se extienden por doquier y sin cesar; es que con ellas la estadística, la economía política, la publicidad, los hábitos industriales, comerciales y prácticos entran en todas las cabezas. Por otra parte, si hay un rasgo señalado que distinga a nuestra nación entre todas las otras, es que es capaz y está ávida de organización; es que las empresas privadas prosperan menos que las instituciones públicas; es que tiene necesidad, en todas las cosas, de centralización y de gobierno.

Y ahora pregunto: ¿es posible concebir un proyecto que esté más conforme con esas dos tendencias; que dé más satisfacción a los intereses, más publicidad al comercio, más regularidad en las operaciones, más extensión a los negocios; que cree de un solo golpe más comerciantes y más funcionarios; que haga la vida a la vez más cómoda y más mecánica; que acerque más completamente al hombre a esos valores timbrados y cifrados, registrados y circulantes, a los cuales trabaja por asimilarse?

No sé qué acogida reserva la opinión a esta concepción fecunda; pero suceda lo que quiera, tengo a mi favor la conciencia; sé, siento, con la mano sobre el corazón, que si este germen fermenta, no habré sido inútil para mi especie. Mi convicción es tan fuerte que estoy pronto a depositar los primeros capitales, persuadido de que me producirán el diez por ciento más que la salazón y los petróleos.

Capítulo XV

Una comida

«La señora está servida.»

La dueña de la casa se levanta con cierta lentitud y se coge del brazo del más calificado de los invitados. Éste redondea el brazo, encurva graciosamente el dorso, busca una frase y da con una sonrisa. Entre tanto se produce un ligero desorden; los hombres buscan con los ojos una consola para colocar en ella prestamente su sombrero; la cortesía y la modestia tiran de ellos. ¿Ofreceré el brazo? ¿Llevo bien puesta la corbata? ¿Pasaré el segundo? ¿Pasaré, el tercero?

Declárase la urgencia; tres fraques negros se precipitan a la vez alrededor de unas faldas; las faldas escogen a la ventura, y empieza el desfile. A la cola avanza el excedente masculino, con aire medio contento, medio reservado, ante los hermosos lacayos tiesos. ¡Oh qué aire tan digno tienen! ¡Qué bien empolvados van! ¡Qué porte de embajadores o de ministros!

He visto embajadores y ministros; pero los lacayos están mejor; su bello talante es una porción de su estado; su gravedad no tiene igual. Pero, sobre todo, tienen el órgano esencial

aristocrático: la pantorrilla; unas pantorrillas completas valen más de cien francos de salario; esa pantorrilla blanca, encima de un zapato con hebilla, retrotrae el espíritu a los más bellos días de Marly y de Versalles. ¡Ay! Si levantásemos nuestro pantalón, ¡cuántos de entre nosotros, burgueses desecados, hinchados, deformados, seríamos dignos de ser lacayos!

* * *

Las señoras se sientan, arreglando y tendiendo sus faldas. Los hombres, discretamente, calados los lentes, tratan de leer sus nombres en el papelito blanco que les indica su sitio; lo ocupan saludando, y tosen para aclarar su voz, medio sepultados entre sus trajes. Centellea en toda la línea el ejército de los vasos y de las botellas; cada plato tiene su pequeño batallón; los candelabros lanzan por millares sus claridades blancas sobre este arsenal relumbrante; los corpiños de seda, las cintas, los diamantes joyean; un ancho vaso de azaleas y de arums eleva en medio de la mesa sus penachos satinados y la delicada franja de sus flores desplegadas; se levanta el ligero susurro de las cucharas y de los platos semejante a la escarcha que se aboruja contra los cristales. ¿Qué voy a decir a mi vecina?

Mi sobrino Anatolio Durand, que come aquí por primera vez, tiene el aire cohibido; va a comer en demasía; dentro de un cuarto de hora sus ojos estarán encendidos y sus mejillas rojas; se golpeará en el vacío para encontrar una idea y soltará una tontería. Sobrino mío Anatolio: en vuestro último baile, al cabo de seis minutos de silencio, habéis dicho a vuestra pareja, una fina y encantadora niña a quien en imaginación os destinaba para mujer: «Señorita, ¿vivís en Chatou?» «Sí, señor.» «Pues es un sitio muy reo.» Y la conversación ha quedado en eso. Sobrino: cuando se habla tan poco, hay que encontrar otra cosa.

Yo me siento a mis anchas; tengo la salazón y los petróleos. De un plato o de una lámpara paso a las carnes y al aceite y largo una o dos historias; mi frase, una vez enganchada, anda sola como un caballo de ómnibus que sabe su camino. Al llegar el champaña describo el americano huesudo y puritano, versado en la Biblia, la economía política y la anatomía: establezco un paralelo entre tal predicadora y tal o cual; se dignan sonreírme, y satisfecha la conciencia, me voy a la sala de fumar. Infaliblemente, como tengo cincuenta y tres años cumplidos, mi vecina dirá en voz alta al entrar de nuevo en el salón: «Ese monsieur Graindorge es algo singular; pero es muy amable»

* * *

En el centro de la mesa hay un antiguo embajador, senador al presente; es el principal personaje.

Semblante de madera, no se mueve ni un músculo.

He notado a menudo esta expresión en los hombres políticos, sobre todo en los hombres oficiales; a fuerza de representar han adquirido la inmovilidad de una figura decorativa,

Éste ni se divierte ni se aburre; ahí está, pasivo, fijo, vacío de sensaciones, como un centinela en su garita. Lo que es más hermoso aún es que no tiene ausencias; su pensamiento no vagabundea por otras partes; está cuajado, no se ocupa mas que en mantener la fisonomía en el estado majestuoso y el cuerpo en estado rectilíneo; y aun ni siquiera se ocupa en eso; el estado rectilíneo y el estado majestuoso son ahora costumbre; no tiene necesidad de constreñirse y de observarse para conseguirlo. La bestia toma ella sola la actitud grave, sin que el alma tenga necesidad de mezclarse en ello; libre de todo cuidado, el alma se dispensa de ser.

Una semisonrisa descolorida, habita uniformemente en los labios magistrales; imponentes arrugas descienden a lo largo de la nariz; el largo rostro, netamente tallado, parece el de un busto. ¡Augusto espectáculo! Verdaderamente, con su cordón rojo y su placa es admirable de ver, sobre todo en la mesa y en el tresillo, y mejor aún cuando saluda; en estos momentos se pregunta uno por qué no saluda siempre; ciertamente no puede fatigarse; sus curvaturas y sus enderezamientos son demasiado perfectos; no cabe imaginar unos tendones y un espinazo tan disciplinados, tan seguros de sí mismos; es la corrección y la elasticidad de un autómata.

Esta noche tiene conversación; en bellas frases bien escritas departe con un banquero, su vecino, sobre los rabos de carnero, plato notable, muy estudiado en Austria y en Inglaterra, mal comprendido en Francia, y que, sin embargo, después de diversas tentativas, ha encontrado un intérprete conveniente en el cocinero de monsieur de Rothschild.

Primera señora a la izquierda, una verdadera parisiense; aburrida de encontrarse al lado de un leño diplomático, se ha vuelto hacia su vecino, que es joven. Veinticuatro años, tres filas de gruesas perlas en el tocado, dos anchos rizos de cabellos recogidos en las sienes, que la dan el aire más caprichoso y picante; un talle fino, hombros siempre en movimiento, y el más ligero, el más bonito, el más susurrante traje brocado y satinado que pueda imaginarse; la nariz es algo larga, pero los dientes son perfectos, y sus ojos negros tienen un fuego, una chispa, una alegría continua que iluminan todas sus ideas y todos sus movimientos.

Su superioridad consiste en su franqueza. Quiere divertirse, vivir entre cosas brillantes, y lo confiesa. Para ella la vida no empieza hasta las luces, a las once de la noche, en medio de las conversaciones entre los adornos y el ondeamiento de las faldas lustrosas, plateadas, bordadas, que se rozan y se extienden sobre los poufs rosados. Dos, tres soirées cada noche, cinco o seis banquetes por semana, los Italianos, la Ópera, y, por añadidura, el Bosque cada día después de comer o las visitas recibidas y devueltas no son bastante para ella.

Jamás cansancio ni debilidad; se halla en el mundo como un buque en alta mar con buen tiempo, a toda vela. La invasión es tan fuerte, que todas las partes de su pensamiento han

recibido la imprenta de su pasión. Las otras jóvenes son hipócritas por lo que hace a la música; ésta no. Toca el piano y se burla de su ejecución; en lugar de pasmarse ante Beethoven o Mozart, escucha a Verdi o a Rossini, pero sólo durante diez minutos nada más; una pieza le gusta como un sorbete helado que ocupa agradablemente un cuarto de hora; no aspira al sentimiento, a la profundidad de un alma no comprendida. Todas las importaciones alemanas han resbalado sobre ella sin penetrarla. Es perfectamente francesa, y del siglo XVIII, semejante a aquella marquesa que antes de recibir a un gran general preguntaba: «¿Es amable?»

Lejos de inclinarse gravemente, con compunción, ante las cosas respetadas, las toca con la punta de la sombrilla, mira medio minuto, hace una ligera mueca y pasa a otra cosa. En política no hay para ella mas que dos partidos: el de las manos enguantadas y el de las manos sucias. La religión es una cosa admirable, pero ¡tiene tan malos modales el vicario! Nada más bello que las virtudes domésticas; pero ¿qué mujer es la que toma las cuentas a la cocinera? La pintura es un grande arte; pero ¿por qué lo más a menudo los pintores guiñan los ojos y llevan lentes? Monsieur de... es el primer político del siglo; pero tiene una cabeza de cascaciruelas y el ruedo de un tonel.

En eso va tan lejos, que ni siquiera es vanidosa; no pierde el tiempo comparándose con sus vecinas; sus lindas toilettes no la irritan, al contrario, la regocijan; esas toilettes forman parte del brillo que a ella le gusta; los celos y las rivalidades son feos intrusos pintarrajeados y gruñones que no encuentran acceso en ella; su espíritu es demasiado alegre, demasiado semejante a un salón de baile, lleno siempre por las ideas zumbantes, por las rápidas y cambiantes imágenes de la diversión. Hay que verla y oírla contar la historia más fútil, un simple detalle de la vida ordinaria; hay tal arranque en toda su persona, un acento tan vivo y tan neto en cada palabra, tal brío en cada idea, que se experimenta, por contragolpe, el placer de vivir.

Casada desde hace cuatro años. El marido la paseó primero por el Rin, después por Italia, y en seguida fue menester arreglar el hotel, los coches, la quinta; esto ha exigido dos años. Ahora juega con él como con una pelota; no es que sea mala, sino que se divierte con todo, hasta con él cuando lo tiene a mano. Se pone gordo y se ahoga aprisa; ella le hace burla cuando después de comer se duerme; le obliga a hacer sus encargos. El pobre hombre, sanguíneo y repleto, no puede más, y desde hace un año anda enamorado de ella; la mira en la mesa, está inquieto, es demasiado amable con todo el mundo. Comprad un lindo puñal bien damasquinado y de temple fino; cuanto más afilado esté y bien puesto el mango, mejor se hundirá en vuestro pecho.

Esta noche atormenta a un grande hombre de fresca fecha, un compositor. Este desgraciado músico acaba de publicar tres nocturnos; no puede ya dormir; queda oprimido por su obra; no siente ya el gusto del cabrito ni de las trufas; se echa vasos de vino al colete creyendo beber agua; tiene necesidad de que le hablen de sus nocturnos. Ella le habla de música desde la sopa, pero sin llegar a los nocturnos; se detiene hasta el borde y mira su cara engolosinada; y en seguida, de un salto, vuelve a las frases generales. A cada cuarto de hora se hace más brillante y más hosco. Al llegar el champaña está completamente desesperado: «¡Mis pobres nocturnos!» En este momento comienza el elogio de Gounod. Se enjuga la frente con la mano, y a guisa de consuelo pide champaña.

* * *

Ha acabado el primer servicio. Ligera pausa. Espárcese alrededor del alma, como un perfume, un vago sentimiento de beatitud. Ya no se tiene hambre, pero se puede comer aún. Se digiere bien y se siente que aun se digerirá mejor. El estómago es la conciencia del cuerpo, y cuando es dichoso, todo el resto pasa a serlo por contragolpe. Se ve, con tranquilidad, voluptuosa, llegar el segundo servicio. No se reflexiona, no se hacen observaciones expresas; pero se siente vagamente: el relucir de las porcelanas, la alegría de los adornos, lo muelle de las telas, el arreglo fino e ingenioso de todo el lujo circundante. Distráese mirando una linda cabeza inclinada, siguiendo el centelleo de un brillante en el extremo de una oreja, contemplando largamente alguna rica rosa abierta y puesta entre cabellos rubios. Todo este mundo habla vivamente, sonrío, parece estar lleno de alegría. Esta es la verdadera fiesta, la asamblea solemne, la más venerada entre todas las ceremonias mundanas, y el vapor oloroso de los platos sube en espirales delicadas como el augusto humo de un sacrificio.

Cuarto invitado, a la izquierda; un gordo propietario, antiguo banquero, hoy diputado provinciano, varado en un escaño de la Cámara como una foca. Apasionado por el pastel de pescado, gastrónomo superior; tiene estufas y proporciona piñas de América a sus amigos. Su vecino, joven refrendario todavía nuevo, trata de amansarle, de divertirle, de arrastrarle a la política y la literatura. Responde poco, y sus cejas fruncidas parecen decir: «Ese animal, con sus frases, me impide saborear la cualidad del sauterne.»

Una mujer de cuarenta años, melancólica. No tiene empleo y la nariz se le pone rubicunda.

* * *

¿Qué son esa barbilla afeitada y esas patillas negras al extremo de la mesa? ¡Ese cortesano de D... En todas partes está.

Profesor suplente de la Escuela de Derecho, largo, delgado, el espinazo encorvado, siempre saludando, presentado a todo el mundo, entremetido por doquier, asiduo en todo sitio, el perfecto intrigante. Ni una idea, ni una apariencia de talento, ni de conversación, ni de pluma, ni de palabra, y llegará. Viene aquí, como va a diez casas, dos veces por semana; se muestra delante de la chimenea, va a inclinarse ante todas las mujeres, cambia tres frases vacías con todos los hombres; se enseña, se le ve; la idea de su cabeza descolorida y de su forma oblonga se graba, a fuerza de repeticiones, en todos los espíritus. Imposible

olvidarlo, se le ha visto demasiado; habita en la imaginación de cada uno como la revalenta Dubarry o el secante de Raphanel. Por más que se le juzgue en su tasa y se le declare nulo, no se puede evitar tenerlo en la cabeza.

La dueña de la casa lo encuentra bajo su pluma cuando en su lista de invitados tiene necesidad de tapar un agujero. El ministro, embarazado entre dos candidatos, lo encontrará en su recuerdo como un recurso; es un hombre cómodo, no dará qué hablar de él, se puede nombrarlo sin comprometerse. Es paciente, sonrío bien, y por largo tiempo puede quedarse pegado a la pared, con decoro, toda una noche; mirará los cuadros, hará bailar a las abandonadas; sus fraques son correctos; hace número, honorablemente, como un potiche sobre una rinconera. Tomad ejemplo, sobrino mío Anatolio: he ahí una semilla de académico.

* * *

Una de las diez mujeres más bonitas de París, el rostro más regular, traje siempre nuevo, pero es una simple muñeca; su marido es un tití elegante. Ningún cuidado; parecen hechos el uno para el otro, para ir al Bosque, para bailar, para entrar y salir, saludar, estar de visita. Envían setecientas tarjetas por Año Nuevo. Ha sonreído tanto, que a los veintiocho años tiene comienzos de arruguitas imperceptibles alrededor de los ojos y de los labios.

Cuando me acerco a ella preveo interiormente el gesto, el aire de cabeza, la respuesta que mi frase va a producir. Tiráis del bramante de un organillo, y ya sabéis por adelantado la pieza que va a tocar. ¡Bonito canario, jarifo, coquetón, que trotáis sobre vuestros barrotes pulimentados, en vuestra jaula dorada, cerca de un comedero bien lleno! Vuestro plumaje es alisado; vuestras mononas patitas bailan todo el día y sin fatiga; vuestro pico atrapa con aire mohíno los granos de mijo escogido que se os prodiga; vuestro gáznate tiene su repertorio de grititos gentiles y agrios. Os compraría a buen precio por cien francos con la jaula; pero ¡os preferiría mejor disecado que vivo!

* * *

Me parece que ríen algo, aunque decentemente, al otro extremo de la mesa. Un agregado de embajada, colocado cerca de una authoress inglesa, persona moral, trata de defender la novela francesa, que está acusada de corromper las costumbres. Al cabo de muchos pases y respuestas, la dice con aire de hombre honesto:

-Miss Matheus: nos juzgáis severamente, y es por falta de habernos leído lo bastante; permitidme os envíe mañana una novela francesa, reciente, célebre, el más profundo y más útil entre todos los escritos morales de nuestro tiempo. Ha sido compuesto por una especie de monje, un verdadero benedictino, que ha ido a Tierra Santa y aun allí recibió algunos tiros de los infieles. Este monje vive en una ermita, cerca de Ruán, encerrado noche y día y trabajando sin descanso. Es muy sabio y ha publicado una obra de arqueología sobre Cartago. Debía ser ya de la Academia; se espera sucederá a monseñor Dupanloup. No solamente tiene genio, sino también conciencia. Ha disecado largo tiempo al lado de su padre, que era médico, y conoce la moral por lo físico. Si algún defecto tiene, es ser demasiado exacto, demasiado laborioso, de no tratar de agradar. Su objeto es poner en guardia a las jóvenes contra la ociosidad, la vana curiosidad, el peligro de las malas lecturas. Se llama Gustavo Flaubert, y su libro lleva por título: Madame Bovary o las consecuencias de la mala conducta.

Miss Matheus se ha tranquilizado.

-Decidme el nombre del librero; traduciré el libro en seguida al volver a Londres y lo haremos distribuir por la Sociedad Wesleyana para la propagación de las buenas doctrinas.

* * *

Se echa champaña por segunda vez; empieza el abandono; las sillas han cambiado un poco de sitio; muchos invitados se apoyan a medias sobre la mesa; las conversaciones se traban más familiares, más vivas, entre dos o tres, a la ventura, en pequeños grupos. Los criados, desocupados, con la servilleta bajo el brazo, piensan en los postres, y en el ruido confuso de voces que se cruzan y suben se oyen resúmenes como éstos: «Gounod no es mas que un medio talento: un grano de alemán desleído en salsa francesa.» «Comprad Graissesac, van a bajar.» «El verdadero rabo de carnero sólo se come con pimientas» No hay mas que un poeta contemporáneo: Lecomte de Lisle.» «No han querido a Enriqueta B... en los Franceses; habría habido demasiada claque en la platea.» «No me habléis nunca de Meyerbeer; es un genio, sea, pero cocinado en la paciencia.» «¡Estas cintas os sientan tan bien! No hay como un talle tan fino para llevar cintas tan anchas.» «He hecho mal en tomar un helado; voy a tener dolor de estómago.» «Monsieur Thiers es el primer orador del siglo.» «Como monsieur Scribe es el primer autor cómico del siglo.» «Como monsieur Auber es el primer músico del siglo.» «Como Horacio Vernet es el primer pintor del siglo.» «Me pesa la comida; vamos a fumar.»

Capítulo XVI

Una boda

- I -

Son las diez; la novia está vestida y ha ocupado su puesto con su madre en la puerta del gran salón; ya están allí dos o tres parientes cercanos; los lacayos se han puesto los guantes y se hallan prontos a anunciar.

Conozco la casa; la han vuelto toda de arriba abajo; era menester arreglarla; dos días de tapiceros, compras de cortinajes, alquiler de muebles; se han metido los trastos viejos en las alcobas y los armarios. El saloncito ha sido refrescado; el gabinete del padre, transformado en tercer salón; han sido entregados a la circulación dos dormitorios; las camas, cubiertas de sedas tiernas, producen buen efecto con sus trajes de encajes. Los sillones son muelles; los hay en los rincones oscuros; podré bostezar a mis anchas.

La instalación es correcta y completa. Aparte de esto, un gentil casamiento; veintiocho mil francos de renta para empezar, otro tanto en lo por venir; buena casa, buenas relaciones; es burguesía rica; el novio monta bien a caballo, posee una gran barba, tiene tierras en el Perche, es ya del Consejo general y piensa en la diputación; sus saludos son perfectos; forma con el suegro la retaguardia y recibe a los hombres; imposible mostrarse más conveniente; cada diez minutos va a decirle una palabra a la joven; ni demasiado presuroso ni demasiado rígido. Su brazo está presto, su espinazo redondeado, su boca sonriente; va a conducir a las señoras al saloncito donde el notario, rosado y majestuoso, con su pasante tieso como un figurín de modas, ofrecen la pluma para la firma del contrato.

Se oyen rodar los coches, y de pronto pararse en seco. Rodaduras sobre rodaduras, débiles primero, después crecientes, después atravesadas y redondeadas por otras; después, todo una batahola. Los cristales se estremecen, los cocheros gritan; los adoquines lucientes lanzan extraños reflejos, y en la gran negrura de la calle, los mecheros de gas alargan como penachos sus claridades vacilantes. Las mujeres, encapuzadas, entran y suben, restableciendo la redondez de sus faldas; llegadas a la antesala, se inspeccionan en el espejo; después, de pronto, como a una orden, toman el aire de parada.

Cada una el suyo. Madame S... busca la sonrisa sencilla. Madame de B... se adelanta, soplante y resplandeciente, con ondulaciones medidas, como al compás de una marcha. Luisita D... se desliza, delgada e inquieta, al abrigo del sólido baluarte, del bastión viviente que encuentra en su madre. Algunas tienen el aire de ir al asalto, otras parecen soldados que hacen su entrada después de la victoria. Con unos buenos ojos se discerniría en esta actitud todo su carácter.

Cumplidos y abrazos hasta lo infinito. La novia y su madre dan a cada minuto la gran zambullida en sus faldas. Los salones se llenan; los hombros satinados se aprietan sobre el terciopelo de los sofás; las flores de los tocados se agitan en los movimientos de las cabezas; un ligero rumor continuo, una especie de cuchicheo universal, corto, acompañado por los rozamientos de los trajes; los hombres graves, con cordones y placas, empiezan a circular con el gesto de severidad y resignación que conviene a su categoría y a su edad.

El futuro y su suegro dicen por nonagésima vez: «¡Qué amable habéis sido en venir!» El futuro oye decir por nonagésima vez: «¡Os felicito, querido. ¡Sois un feliz mortal!» Apretones de manos, acentos de corazón. Se oye crujir en la vecina sala la pluma del notario. Las buenas amigas se deslizan en el segundo dormitorio, el que está tapizado de rosa, y contemplan el estuche colocado sobre un terciopelo blanco. Aumenta el calor y pienso en los helados.

El padre canta interiormente este monólogo: «Son mil quinientos francos para la soirée y la comida; mis botas me están algo estrechas, y pasaría más agradablemente la noche en el Círculo. Pero esto es un día de revista. Es necesario para mi representación. Enseño a mis amigos; hay aquí tres grandes cruces, diez comendadores, un mariscal de Francia, dos primeros presidentes, una decena de condes y marqueses auténticos. Todo eso va al aporte de mi hija; soy un hombre de posición, doy la prueba de ello; cuando mi yerno necesite un empleo, cuando yo tenga ganas de ver mi nombre en el Monitor, si deseo llegar a ser administrador de una Compañía, las cosas buenas correrán, naturalmente, de mi parte; el agua va siempre al río.»

Pequeños solos intermitentes de la madre: «Juana va demasiado apretada. ¡Dios mío!, se olvida de mostrarse afectuosa con la presidenta; la encuentra el aire de una harpía agria; Juana, corazoncito mío, se trata de la elección de tu marido. Los helados no llegan. Juana, te has roto el guante. Esa lámpara va a apagarse. Juana, no tienes el aire bastante contento. Juana, tienes el aire demasiado contento. Mi traje va a reventar por la espalda.»

Coro general de las muchachas sotto voce: «Preferiría mejor un rubio.» «Yo, desde luego, no me atrevería a hablarle así a mi futuro.» «Le sienta muy bien la cinta roja.» «Sólo hay uno, mi hermano, que tenga tres: roja, amarilla y mezcladas» «¿Firmará la primera? Eso trae suerte; dicen que entonces una es señora en su casa.» «¡Ah, Dios mío! Verdaderos diamantes; ¡qué bella crucecita, qué lindos pendientes antiguos!» «Tiene buen talle, pero prefiero el matiz de mis cabellos.» «El gris perla es bonito; pero eran menester bullones en las mangas.» «¿Recibirá el jueves?» «Juana, querida mía, te abrazo como te amo!»

- II - Soy un viejo amigo; Juana me ha presentado a su marido; yo la veía hacer. No se puede ser más parisiense y mujer de mundo.

Eso es innato en ella, y la educación la ha acabado comprimiéndola y excitándola a la vez. La más bonita actitud de un caballo de precio es cuanto relincha y se encabrita suavemente bajo las riendas.

Una mezcla exquisita de modestia y de aplomo. No se puede decir que tenga ingenio; su ingenio se muestra en el arreglo de su traje, en sus actitudes, en la elección de esos brezos pálidos que entrelazan sus racimos en sus cabellos. Por otra parte, el verdadero ingenio sería inconveniente; una mujer sólo puede tenerlo, en este mundo, casada y hacia los treinta

años. Pero tiene conversación, presidirá suficientemente su tertulia, soltará bonitamente esas pequeñas frases que suscitan las ideas y dan a la plática un nuevo empuje.

No hay que pedir ingenio a la conversación del mundo; la perfección estriba en que no sea vacua, sino casi vacua; las ocurrencias, lo mordaz, la originalidad, la profundidad, desentonarían; todo se atenúa en él. Estoy seguro de que las doscientas personas aquí presentes no han producido en tres horas una idea o una palabra que valga la pena de escribirse. El encanto consiste en el recitar, en la voz moderadamente timbrada, en los cambios de tono traídos sin esfuerzo ni brillantez, en un perfume universal de cumplidos fáciles, la elocuencia fina. Juana me ha dicho: «Buenas noches»; eso no exige grandes gastos de invención; pero el sonido de su voz es casi tan suave como el de una flauta, y la ligera reverencia en la falda que joyea y zumba deja en el recuerdo la más graciosa pintura. Eso basta; nadie la pide ideas; ¿quién se inquieta de las ideas en un baile?

Todo eso le viene de su pasado; nosotros, hombres, nos atiborramos de razonamientos, nos ponemos al régimen del latín y de las matemáticas; alineamos en nuestra cabeza, entre toda suerte de compartimientos, gruesas ideas rectangulares, y en consecuencia, somos pesados, vigorosos, y nuestras acciones, nuestros juicios parten con la rigidez y el peso de una máquina. Ellas, en cambio, dejan resbalar por su espíritu la geografía y el catecismo; nada entra en él; las fórmulas secas y desproporcionadas se deslizan como una rociada sobre una sombrilla de seda; por debajo de esta lluvia oficial se forma su verdadero ser, compuesto de puras sensaciones, de repugnancias, de simpatías, de imágenes, de deseos vagos que ondulan y vibran. Eso forma un acorde imprevisto, de una delicadeza, de una afinación extraña. Nos quedamos estupefactos, con la boca abierta. ¿Cómo un instrumento tan mal ejercitado puede producir un sonido tan armonioso y tan puro?

Por otra parte, en este mundo, cuando menos, el sonido es muy débil y la escala bien limitada. Ninguna emoción seria o profunda. Juana habla con facilidad, con un aire tranquilo con ese joven que será mañana su marido; ella hace los honores; parecen casados desde hace dos años. No necesita constreñirse para llegar a esta semialegría sonriente; entra en el matrimonio como se sube al coche para una bonita partida de placer.

Su sentimiento no es más que la satisfacción de establecerse según todas las conveniencias, con todos los alicientes, es decir, un marido bien puesto, de buena familia, solícito, agradable a caballo, cuatro meses en París, ocho meses en una quinta, muchos bailes y trajes, una canastilla de veinte mil francos. Los hervores intensos, el silencio resuelto o lleno de angustias, la idea de una vida arriesgada o de un ideal alcanzado, distan cien leguas; me habla de su peinado, me pide noticias sobre los hoteles de Niza, etc. Una graciosa muñeca, agradable de llevar, que os hace honor en el mundo, agraciada, que estimula y despierta el gusto por la perfección y las renovaciones de sus trajes; he ahí lo que va a encontrar el novio, y a fe creo se hubiera sentido embarazado de encontrar algo de más.

- III -

El grueso suizo marcha haciendo resonar su vara. Todos los cirios están encendidos; relucen entre las columnas el viril y el tabernáculo; las capas y estolas echan lentejuelas de fuego a medida que las genuflexiones del oficiante hacen espejear los bordados damasquinados de oro; los dos frescos de Flandrin desarrollan a ambos lados del altar sus procesiones de figuras nobles y sabias. Delante, en sillones de terciopelo carmesí, bajo las miradas de todos, aparecen entronizados los abuelos, la novia, como una blanca aparición; la madre con encajes dignos de una reina. Todo centellea e irradia. Los pliegues opulentos de los cortinajes aprisionan voluptuosamente la púrpura de las claridades que tiemblan. El órgano rueda, perdido en modulaciones reblandecientes, sucesivamente tierno y grave, a veces con ligeros arpegios que revolotean como un enjambre de abejas luminosas diseminadas en el éter sereno.

Muy hermosa ópera, análoga al quinto acto de Roberto el Diablo, fuera de que Roberto el Diablo es más religioso. En cuanto se vive en un país latino, en Francia, en París, todo adquiere un aire de parada.

El sermón es de monsieur Belarny, predicador célebre; discurso académico, frases perfectas y redondeadas, cumplimientos a todo el mundo. Cumplimientos a la madre, «en quien todas las distinciones del espíritu se unen a todas las delicadezas del corazón». (Ha escrito un folleto sobre la asociación de la Santa Infancia.) Cumplimientos al suegro, «que después de haber llevado la bandera de Francia a los lejanos países en que había dejado de ondear durante seis siglos, muestra, como los antiguos próceres, a nuestro siglo relajado, la rara y perfecta alianza del guerrero ejemplar y del fiel cristiano». (Antiguo coronel en África; es hoy fabriquero de su parroquia.) Cumplimientos a un académico que se encontraba allí, «y cuyo estilo exquisito, bebido en las fuentes puras del gran siglo XVII, recuerda», etc. Cumplimientos a un diputado «cuya palabra elocuente levanta y apacigua a su voluntad». Cumplimientos a los jóvenes esposos. Todo eso muy bien recitado, en períodos simétricos de retórica selecta, lentamente, con el tono apropiado. Parece gozar con sus cadencias. Excelente tenor; mi vecino, refiriendo la cosa a un retardatario, le decía: «Ha tenido mucho éxito.»

- IV -

Un muchachito y una muchachita, coquetones, finos, en sus gabardinas de terciopelo, van haciendo la colecta; se les sonrío al darles. Es un bonito entreacto.

- V -

Conversaciones en la iglesia: «Juana es bonita, pero el novio es deslucido.» «Solemne como un poste; eso da un aire tonto.» «Es el aire de circunstancia; quisiera veros a vos.» «¿Tenéis monedas de diez céntimos? Dadme una. No soy pariente, y no llevo mas que oro para la colecta.» «¡Buenos días, buenos días! ¡Hola! ¿Vos aquí? ¿Por quién, por el novio o por la novia?» «Por el novio. La chiquilla es gentil.» «Yo me quedo en las contracalles; a lo menos, uno se pasea.» «¿Os gusta Flandrin?» «Sí, la gran máquina de la derecha; pero lo demás es un batiburrillo etrusco con pretensiones bíblicas.» «Idealista estrecho; ese hombre se ha calentado los cascos para ser frío.» «¿Ahora llegáis, Bernardo? Pero esto es indecente; ¿es vuestra hora militar?» «No me habléis de ello; mi coronel es un dogo para los permisos.» «La novia lee su devocionario; es tener serenidad. ¡Hola! Música vocal; es un casamiento de mil doscientos francos.» «Mil quinientos, a causa de los grandes cortinajes y de la alfombra en las gradas de la iglesia.» «¿Habéis oído a madame Lagrange?» «Buena cantante, con estilo y elegancia; pero está hecha de estaño batido.» «El sabio y meditabundo Varillon llega por fin, de corbata blanca y un grueso libro bajo el brazo.» «Es por mi curso, que tengo a la una; voy a la sacristía; no hago mas que atravesar la iglesia; lo esencial es el apretón de manos al padre.» «Sigamos. ¡Pum, pum, puf!; es una cola como en el teatro.» «¿Le habéis hablado de mí a vuestro jefe?» «Todavía no; el animal se hallaba ausente.» «Apretad los codos hacia delante. ¿Dónde está el padre?» «Allá abajo, en aquella prensa, del lado de los apretones de mano.» «Mil felicidades, mi querido señor.» «Encantado de haberos visto; gracias mil veces.» «¿Habéis acabado, Bernardo? Yo me voy.» (El suizo.) «Por aquí, señores; el corredor a la izquierda (¡pif, paf!).»

Adelantaos, señoras, si os place; dad la vuelta, señores. (¡Pif, paf, pum!)» «¡Aire fresco! ¡Gracias, Dios mío, ya hemos cumplido!» «La pobre chiquilla ha hecho ciento cincuenta veces la zambullida y ha enjugado cuarenta viejos hocicos.» «Espere que me abroche el paletó.»!

Mendigos, criados, bodoques en fila; es la salida de los Italianos.

Capítulo XVII

La dama joven

El hígado me ha dolido este invierno, y es lo que tiene haber viajado por la India. Me he quedado en casa, y a falta de cosa mejor, he querido ver el mundo en pintura; tenía sobre mi mesa las Comedias de Emilio Augier y de Alejandro Dumas hijo. Pintan justo, es su oficio.

Dos papeles impresionan en ellos, como en todo: el enamorado y la enamorada. En efecto; por estado, esos dos personajes son dignos de amor, es decir, tan perfectos como es posible. Veamos algo lo que se llama la perfección en Francia en 1865, y primero en materia de mujeres.

En otro tiempo la cosa era sencilla. Se metía a la hija en una caja, que se cerraba con llave hasta que la niña tuviese quince años. Entonces salía, pero bajo las sayas semif feudales de su madre; el padre, grave como un suizo de catedral, estaba de guardia a su lado. Bajaba los ojos, se mantenía derecha; éstos eran sus dos primeros deberes. Retardar el despertar de las ideas y de los sentimientos; mantener el alma en el candor, la inocencia primitiva; enseñar la obediencia y el silencio, a eso se reducía la educación, toda represiva.

Veo de vez en cuando a dos ancianas señoras que me han contado su niñez. Han sido criadas en París, pero de rejas adentro, y esas rejas estaban provistas de persianas cerradas; ni teatro, ni mundo, ni salidas. De cuando en cuando, a las diez de la mañana, el aya, escoltada por un lacayo seguro, las enseñaba el Jardín de Plantas. Cuando salían al campo, iba a buscarlas un coche en el patio del convento; una vez llegadas, prohibición de correr por el parque; debían quedarse en el parterre de la fachada, no rebasar nunca los dos grandes jarrones de la segunda escalinata. En el salón, en el alféizar de una ventana, su bastidor señalaba su puesto; si alguien las saludaba, orden de hacer la reverencia y salirse. A las ocho menos cuarto daban las buenas noches respetuosamente, primero a los abuelos, después a su madre, a su tío, a las dos tías; a las ocho había acabado el desfile. A las ocho y cuarto estaban en la cama.

Durante el día bordaban, cosían para los pobres, canturreaban cánticos, visitaban la pajarera, leían a Berquin, se esparcían con una gata blanca a la que llamaban querida señorita nuestra, y esperaban cada mes la visita de una amiga, burguesa, pero de antigua burguesía, que, dotada de genio, aprovechándose de la general relajación, había obtenido permiso para copiar de su mano los Ensayos de moral, de Nicole.

Figuraos semejantes personajes en el teatro; dadles algo de ingenio natural, añadidles esta generosidad nativa que se tiene siempre cuando no se ha vivido; es Inés, que ha tomado lecciones de talante, las mejores, puesto que no vienen de un maestro, sino del ejemplo diario de la familia. Una virgen enclaustrada que sabe saludar y sonreír. ¿Hay atractivo más vivo?

Las timideces, los rubores, los movimientos involuntarios, comprimidos por el buen parecer exquisito y continuo; la imperceptible igualación del pensamiento y la pasión, que por primera vez van a escaparse; la transformación de la niña que en un día, a una palabra, se hace mujer; la mirada furtiva, lanzada discretamente, sorprendidos los ojos, prontos a llorar; el delicioso desorden interior; el chisporroteo sordo del ser nervioso, ardiente, delicado, que atraviesa las ideas como voladas de centellas; ved todo eso en los pintorcillos íntimos del siglo XVIII, en la Mariana de Marivaux, en las estampas de Moreau. Posturas modestas, palmitos agraciados, bracitos mononos anidados en conchas de encajes; lindos tobillos encaramados como patitas de pájaro sobre zapatos con talones; talles de falda que se abarcarían con las dos manos; adorables y correctas reverencias; emperramientos y travesuras hundidos bajo la decencia de la actitud irreprochable; curiosidades y voluntades que se alarman de ser y pronto no se alarmarán ni de parecerlo. Es vino de champaña encerrado en botellas; el tapón ha sido hundido sólidamente a martillazos eclesiásticos. Pero ¡cómo el bullicioso licor se estremece ya y ríe bajo el vidrio! He ahí el verdadero brebaje del francés, y cada espectador, en el patio, viendo intacta la marca, presenta su copa, adelanta los labios y siente ya subirle la humareda del paladar al cerebro.

Se ha ido el tapón; ha saltado en ochenta y nueve con muchas otras cosas, y ha sido menester buscar tipos diferentes. El embarazo no ha sido flojo; uno de mis amigos, autor dramático, me ha confesado que se cansaba en vano. Encuétranse en el teatro bellos ojos, mejillas frescas, lindos talles; se levanta encima un catafalco de cabellos y de trajes de seis metros; pero ¿qué hacerla decir a esa muñeca? Zalamerías de niña mimada, afectaciones de chiquilla, arrumacos de griseta; aquí y allá, una gentileza de buen corazoncito o una sentimentalidad de álbum. Más allá, nada. La antigua educación ha desaparecido; la nueva no ha empezado; flotan entre los restos del pasado y los esbozos del porvenir, semiprovocadoras y semitímidas, ni vírgenes ni esposas, semihombres y semimujeres, con reminiscencias de colegialas y veleidades de actrices. El desgraciado autor dramático se dice, golpeándose la cabeza: «Es preciso que case un cotillón al final de mi pieza. ¿Qué voy a poner en este cotillón?»

Un pequeño húsar, y ha tenido cien razones contra una.

Primera razón: el temperamento. Nueve veces cada diez el fondo de la francesa es la vivacidad voluntariosa; son, por instinto, inquietas y secas, activas y decididas, prontas a juzgar, confiadas en su juicio propio, incapaces de subordinarse. En los países germánicos, la mujer parece de otra especie que el hombre: le sirve de complemento; aquí, nada parecido; ella es un hombre de esencia refinada y sublimada, provista de nervios más excitables que los del otro, su camarada en caso necesario, su igual siempre y su dueña si puede.

Considerad ahora cuánto fortifica la educación moderna este espíritu imperioso y personal. El padre y la madre han hecho un matrimonio de conveniencia, es decir, frío, y las asperezas de los dos caracteres han chocado entre sí, como témpanos, sin derretirse, con un rozamiento doloroso y continuo; se han molestado, tolerado después por resignación, y al cabo por costumbre. Vienen los hijos, una niña, y la infinita necesidad de adoración, largo tiempo repelida, se derrama por entero en el nuevo cauce que se le ha abierto. Es rosada y rubia; todos los sueños de gracia y de belleza ideal, toda la poesía áspera, vanamente abrazada por el joven, se despiertan en el padre, y esta vez nada mancilla sus sueños ni los destruye. No tiene más que ser dichosa para no ser ingrata; ¿qué podría rehusar, en qué podría disgustar? No se le pide nada y se le da todo. Es un potrillo soltado en la hierba: «Come, niña mía; ¡qué buena eres en comer tan bien!» Sus locuras son alegrías; sus terquedades son gentilezas. ¿Hay nada más bonito que una potranca cuando cocea? Ya crecida, salta los vallados, mordisquea las mieses, tira, brincando, a su viejo padre trasijado. «Mi padre y yo -dice una de esas desparpajadas escapadas- hacemos todo lo que quiero».

Hela ahí en el mundo; desde el primer día, si no es demasiado tonta, se encuentra en el pináculo; un hombre de mérito, al cabo de quince años de trabajo, no alcanza un rango tan elevado. No ha tenido mas que mostrarse, y se le saluda reina; los jóvenes andan solícitos, las mujeres de treinta años están inquietas, los cumplidos zumban por enjambres. Una de mis amigas me ha contado que al salir de su primer baile, de buena fe, se consideraba como una maravilla; ¡tantos cortesanos y tantas solicitudes! Se ve el efecto en los príncipes; admiten sin dificultad que el género humano está destinado a sacudir el polvo de sus

muebles y que el sol es una lámpara que tiene obligación de ponerse corriente ella misma para iluminarlos.

Notad que mi muchacha tiene razones sólidas para divinizarse: dinero al contado; sabe su dote, y con su agilidad de espíritu ha juzgado el casamiento y los que van en pos de él. «Los turcos compran sus mujeres, nosotras compramos nuestros maridos... Conque el mío no sea molesto en casa ni ridículo fuera, le doy por libre de todo».

En suma, si se casa, es que «no hay otra carrera para una muchacha». Le es menester un hombre para salir, viajar; es un servidor indispensable, un chambelán, un ordenador, un arma de respeto. Sin duda, «el estado de hombre sería el más agradable». No pudiendo adquirir el estado, se adquiere el hombre. Para que se muestre conveniente, resulte garantido, sea capaz de representar, se le paga su salario; se compromete a dar el brazo; se cosen juntos la falda y el frac, y con ese contacto, la saya recibe todas las libertades del sayo.

Botitos, un dormán o una casaca guarnecida de pasamanerías, pantalón, sombrero, bastón, cinturón y guantes de hombre. ¿Qué la falta ya ahora para ser un húsar? ¿Son las maneras desenvueltas? Las ostenta, entiende la defensiva y a veces la ofensiva; hace cara a los verdaderos hombres, se bate a réplicas, y golpe contra golpe, hierro contra hierro se aventura en los pasos escabrosos, de los que su vanidad vuelve triunfante y su delicadeza hecha pedazos.

¿Es el conocimiento del mundo? Ha ido al Bosque, a las carreras, al teatro; la franqueza de la conversación la ha mostrado las Magdalenas; salvo las novelas fisiológicas, conoce nuestra literatura; salvo un detalle fisiológico, conoce nuestra vida. ¿Es la costumbre de mandar y dirigir? Tres veces por semana su padre se calza botas estrechas y su madre va a dormir, con los ojos abiertos, sobre un banco, para que ella pueda bailar. Desde lo alto de su dote ve desfilar los pretendientes y se burla de sus corvetas. «El amor es una lisonja de la cual nunca tomo mas que la mitad para mí; yo sé que mi persona y la dote que se me supone forman un bonito total». En suma, ha visto a los hombres en una fea posición, de rodillas y delante de un saco de escudos; por eso de buena gana los fustiga. Agresiva, espadachina, instruida, mandona y escéptica, ya veis que no le falta nada para entrar en un regimiento.

En este regimiento hay muchas compañías. Procedamos con orden:

Mademoiselle Herminia Sternay. Ésta es hija de un general y podría en caso necesario reemplazar a su padre; tiene la sangre fría y la decisión de un jefe de cuerpo. Se quiere asustarla para separarla del hombre a quien ama. «Yo no me asusto nunca, tía; bien lo sabéis.» Cuando su orgullosa e imperiosa abuela la interroga, responde como persona segura de sí misma, con un matiz de burla calmada. Cuando por penitencia se la envía al convento, «come, bebe, duerme, habla y ríe con sus camaradas como antes». Cuando delante de sus padres, inciertos o irritados, se encuentra, al cabo de diez meses, con el hombre a quien ama, le tiende la mano, le llama Jaime a secas, y no se desarma de ningún modo ante las exclamaciones de su abuela. «Nos alargamos la mano francamente en presencia de todo el mundo y con toda confianza, lo cual me parece más conveniente que

esperar una ocasión de hablarnos por lo bajo en un rincón.» «¿Se puede saber cuáles son vuestros proyectos?» «Sí, mi buena mamá. Si me lo hubieseis preguntado más pronto, más pronto os los hubiera manifestado. Mis proyectos son casarme con monsieur Jaime Vignot, supuesto que le amo siempre. Hasta entonces, buena mamá, me haréis volver, supongo, al convento, donde me hallaba aún esta mañana, y tendréis mucha razón, puesto que, además de que os sería sin duda desagradable tener sin cesar cerca de vos a una muchacha tan desobediente como yo, por mi parte es el lugar donde prefiero más quedarme, hasta los veintiún años, con el gran deseo de aprender todas las cosas útiles que aun no sé.»

Ya veis que tiene buena cabeza y se sabe el Código. En su convento ha calculado las necesidades de Jaime; ha descubierto que le era menester una mujer firme sobre el agua, buena para la exportación y los consulados, y sopesado todo, le dice: «He reflexionado bien, Jaime, os lo repito, y creo ser la mujer que os conviene.»

La he puesto en los húsares; pero creo podría entrar en los coraceros.

Mademoiselle Matilde Durieu, quince años; pero precoz, de un buen sentido positivo, con el golpe de vista de un hombre de negocios y la madurez de un cabeza de familia. Ama a su primo, se lo dice a la cara, y el primo se esquivo con frases. «¡Poesía! Decididamente no me quieres. No hablemos más de ello. No te amenazo con matarme ni con meterme en un convento, ni siquiera con no casarme nunca; al contrario, haré todo lo posible por olvidarte; pero quiero que nuestra conversación, que tendrá tan grande influencia en mi vida, la tenga también sobre la tuya.»

Y a continuación le traza un plan de conducta, le aconseja tome un estado, haga fortuna, a fin de casarse, rica o pobre, con la que ame. Él se va a Soloña. Para no salirse del asunto, ella lee gruesos libros de agricultura, con tanto provecho que llega a ser capaz de explicar «los mejores resultados de fertilización obtenidos hasta hoy, la diferencia entre las tierras silíceas, que contienen piedras en gran cantidad, y las tierras calizas, que contienen mucha cal, y a veces hasta magnesia», etc.

En este momento, por un brusco cambio, obtiene permiso para casarse con su primo; pero al descubrir de pronto que este primo ama a otra, se lo cede a esta otra, y lindamente, con una destreza y una resolución incomparables, practica de un golpe en sí misma la operación delicada que consiste en arrancarse el corazón. ¡Encantadora niña! ¡Cómo maneja el bisturí a su edad! La he alistado en los húsares; pero para ser el cirujano mayor del regimiento.

Nos faltan músicas. Felizmente, tengo a mano una de las más bonitas novelas de este tiempo, Renata Mauperin. Mademoiselle Renata Mauperin es una artista, no solamente de los dedos, en música y en pintura, sino del espíritu, del corazón, de la lengua; en una palabra, como dice el autor, «una melancólica zambresca», es decir, un natural capaz de sensaciones vivas, de impresiones originales y de fantasías locas. Habla germanía; nada en el Sena (en traje de baño) con un pretendiente, al que ve por primera vez; le pone en fuga a fuerza de inconveniencias; hace el gatera y el golfo; lanza los petardos más descabellados en medio de las conversaciones graves; se suelta y se entrega, y su padre, que le regaña en alta voz, le aplaude por lo bajo. ¡Querido pifanillo! ¡Qué penetrantes repiqueteos, qué

marchas endiabladas, qué coquetonas y hervorosas contradanzas van a soplar en vuestro tolondrón! ¡Cómo iréis al fuego con aire rozagante, la primera! ¡Y cómo todos nuestros husaritos os llaman para ser la alegría de su regimiento!

Busco el húsar completo y creo haberlo descubierto en mademoiselle Antoñita, de Los solterones. Esta joven acaba de triunfar con toda brillantez; aparentemente el público la ha encontrado de su gusto: impetuosidad, petulancia, deseo de verlo todo, de tocarlo todo, cuestiones candentes, audacia nerviosa, brío de quinto que no ha conocido nunca las heridas, zafarrancho interior de sensaciones súbitas y vehementes, estallido de ideas que el contacto del mundo nuevo hace saltar como un polvorín; se revuelve y caracolea en su casa y en la ajena como un jinete en su primer caballo.

Lo que causa tanto placer al espectador es que en medio de todos esos brincos conserva su hábito de novicia: botas, espada, plumero, y lo restante es de húsar; sólo falta al traje un detalle de vestuario; este contraste llevado al extremo ha parecido encantador. La inocencia de la ignorancia entre las vivacidades y el indomable arrebató de lo demás, ¡qué picante novedad! Esperad un poco, dejadle al recluta tiempo de instruirse, y al cabo de un año os dirá el marido si en su equipo compuesto entiende guardar la saya o el látigo.

No hay que llamarme escéptico; reconozco todas las virtudes de su estado. ¿Acaso un húsar no es fiero y bravo? Precisamente su oficio es hacerse romper los huesos. Ya quisiera yo ver una criatura humana de veinte años que no fuese generosa; lo es provisionalmente porque tiene veinte años.

Mi húsar femenino es capaz de entusiasmo; veámosla en sus bellos momentos. Mademoiselle Francina Desroncerets advierte a los veintiún años que la fortuna de su padre se halla comprometida. Se hace dar un apoderamiento general, liquida las deudas, coloca su propio haber en un vitalicio para su padre, le conserva así sus hábitos de comodidad, le cuida como un niño, le vigila para evitarle que recaiga en las invenciones azarosas que le han arruinado. He ahí una bella acción, animosa y bien hecha. De igual manera se ofrece un joven oficial para llevar un parte a través de los cañones, sin inquietarse de las amputaciones ni del hospital.

Notad cuán semejantes son ambos caracteres: es una «señora mujer», ejerce el gobierno de los asuntos, se niega a comunicárselos a su padre, le hace cara; le conduce, le retiene como a un hijo pródigo; tiene el acento vibrante de la voluntad tensa; combate contra su rival y contra los indiscretos con el áspero estoicismo y la dolorosa ironía de la resolución atiesada; permanece de pie ante las injurias; exagera su papel de procurador, de avaro, a la manera del soldado que provoca las heridas, y, por último, cuando al fin el notario Guerin lanza una duda sobre su delicadeza, le hace hundir bajo tierra con una altanería de desdén y una explosión de orgullo que la envidiaría un oficial intimado a rendirse. Si ha habido jamás una criatura armada para la resistencia, el gobierno y la guerra, es ésa.

Notad que, habiendo sido siempre desgraciada, es entre todas la más pura. Las generosidades de las otras son diferentes. Mademoiselle Clementina Brenier «se casa con quien se quiera y cuando se quiera, mientras sea por Navidad, para pasar el invierno en Roma». Hallado el marido, como es encantador y está muy enamorado, le trata como a un

criado; como después se marcha y además llega a ser un grande hombre, ella va a su encuentro, y en un arranque de bravura nerviosa, asiste a sus peligros. Ese heroísmo no me parece muy sorprendente.

Mademoiselle Gabriela Chabriere, con tener un marido inteligente, espiritual, alegre, laborioso, abnegado y muy tierno, quiere partir con su amante, porque su amante le habla de pasión y su marido de negocios; pero de pronto, habiendo sido su marido más elocuente que su amante, nota que el amante «no es mas que un niño» y que «el marido es un hombre». Con lo cual se queda en casa y dice: «¡Oh padre de familia! ¡Oh poeta, te amo!» Aviso a los abogados, notarios, banqueros, empleados, magistrados, gente toda de negocios como el marido: están obligados a ser poetas dos veces al mes para conservar a sus mujeres. En efecto, lo que se estima en el regimiento de que hablo es la brillantez, no el servicio, y se está dispuesto a seguir al coronel que luzca más hermoso plumero.

Mademoiselles Fernanda Marechal y Clemencia Charrier se encuentran mal en la casa paterna o no esperan ya casarse con el hombre a quien aman, por lo cual, con una prontitud maravillosa, toman al primero que llega, de primer golpe. «Al fin y al cabo, lo mismo es éste que otro.» La una le ha hablado tres veces a su señor, la otra no le ha hablado nunca; poco importa, se casan en el montón. Al instante se publican las amonestaciones, y a los ocho días, después de una misa y un traje... ¡Lléveme el diablo si no iba yo a decir una tontería! Pero ante pudores semejantes me parece siempre que estoy en un escuadrón.

Esas son las púdicas. Otras pasan por serlo; primero mademoiselle Calixta Roussel, muy hábil persona, que pesca con caña un pretendiente refractario. Muy hábil persona: practica los manejos, entreabre las confidencias, insinúa las reticencias, detiene las partidas, provoca las confesiones con una destreza de mano y una franqueza de iniciativa que Celimena no sobrepujaría. Después de todo, a falta de otro, se hace su felicidad uno mismo, y cuando el marido huye el bulto, obligado se está a ir a buscarle. En caso necesario se iría en persona, alta la mano, a pedirlo en matrimonio, como mademoiselle Hackendorf, y hasta se iría a su casa, a su cuarto, para hacerle una declaración de amor, como mademoiselle Marcela de Sancenaux. «¿Aceptaríais ser mi esposa?» «Estaría encantada.» «¿Y por qué querríais ser mi mujer?» «Porque no os parecéis a los otros. Esta muchacha que aquí veis es una honrada muchacha y sólo aspira a ser una honrada mujer si encuentra un marido inteligente que la comprenda y la domine... Sacrificaos, casaos conmigo.» ¿Cuál de las dos tiene más bello estilo?

Palabra de honor que esto me recuerda la frase de la vieja Juana de Albret bajo Carlos IX: «Aunque yo creyese muy extraña esta corte: lo es más de lo que creía: no son aquí los hombres los que ruegan a las mujeres, sino las mujeres las que ruegan a los hombres.»

A este efecto, la obra maestra es Madame de Simerose. «Es una mujer honrada, y aun peor que eso.» La admirable educación de que gozamos ha mantenido todas sus ignorancias excitando todas sus energías; no sabe nada y lo quiere todo. Ha despedido a su marido porque era hombre, y hela ahí señorita como antes; pero al mismo tiempo, por la ley, es señora, y no le pesa, puesto que es dueña de sí misma, de su conducta y de sus intereses. «Conservo la posición que se me ha dado, a pesar mío, y dicho sea entre nosotros, la

encuentro buena; no tengo hijos, soy rica, soy libre; creo no deber dar cuenta de mis acciones mas que a mí misma.»

Recibe, invita a comer, hace los honores como dueña de la casa, trata como hombre a los hombres, rechaza los consejos, hace enmudecer las insinuaciones y anda, erguida la cabeza, acorazada, con su derecho en la mano, a través de las curiosidades del mundo, las galanterías de los amartelados y las solicitudes de su marido.

El orgullo llega, a su colmo, tanto más fuerte en cuanto la conciencia está intacta; si acepta un amor es a condición de que habrá de ser platónico. Bueno; pues cuando le falta este amor, de pronto, invenciblemente, por una irrupción de despecho y de pasión acumulada, se arroja a la cabeza del primero que se presenta. Por dicha, se halla éste de humor caballeresco, sin lo cual a los seis meses quedaría tachada, y si se ha salvado es por milagro. ¿Qué me decís? ¿Y qué me decís de este arranque por el cual se lanzan a la independencia, la audacia y la iniciativa?

Tienen la vehemencia de la virilidad, sin tener el freno de la experiencia, y puesto que estamos en la caballería, puedo compararlas bien con húsares que dan una carga con caballos sin bocados.

Así resulta que ese empuje militante produce su efecto, y en nuestro tiempo y en este teatro es el voluntario fuera de cuadro, Albertina de Laborde, Susana d'Ange, Serafina Pommeau, Olimpia Taverny y demás vendedoras de camelias.

Éstas son hombres por entero, hacen profesión de serlo; proveer por sí mismas a su subsistencia, atacar, conquistar, explotar, aguantar las durezas y despedir las insolencias, mantener fría la cabeza en medio del peligro incesante, adquirir y usar de astucias, mostrarse y gozar, considerar el mundo como un enemigo y como una presa; por todos esos actos se reconoce a la mujer que, sintiéndose varonil, se ha hecho guerrillera, corredora de caminos y sólo ha conservado su sexo como un arma y un cebo.

Las otras, honestas o semihonestas, se detienen a mitad del camino de su temperamento y de su carácter; sólo ésta va hasta el cabo, y he aquí por qué hoy da el tono, impone sus trajes, comunica sus andares, ocupa la conversación.

Se la siente superior y reina; a través de sus desprecios oficiales las señoras la admiran vagamente, preguntan por ella, envidian por lo bajo su libertad y sus atrevimientos, la presienten como rival, encuentran sus huellas en los modales de su marido, y para combatirla con armas iguales, se exhiben en trajes llamativos, en charadas en acción, en cuadros al vivo. Muy lejos de poner coto, el marido empuja la rueda; ha vivido en el casino y en casa de las señoritas, y guarda en la suya sus costumbres de conversación libre.

Mi amigo Maximiliano de S..., casado hace dos años, le cuenta a su mujer su pasado, la entera de todas las Magdalenas. Pronto quedó instruida; hace ocho días, viendo en el Bosque una damita que guiaba ella misma su cesta de ensaladas, «¿Quién es ésta? - preguntó-. No está de moda; mi marido no la conoce.» Y así otros cien rasgos semejantes;

quieren vivir sin ceremonia; trata a su mujer como camarada, como a un buen chico delante del cual se puede decir todo.

Y se le dice todo, aun las cosas más enormes, en términos convenientes; ella misma se vanagloria de no ser mojigata; lo lee todo, se la lleva a todas partes. Al llegar a los treinta y cinco años se nos parece; como nosotros, ha consumido su exceso de lleno; aún, a menudo, es cuerda; una intriga, sobre todo una intriga larga, tiene demasiados riesgos; el coste le quita el gusto.

Hela ahí política, como un hombre; amiga de conversación, mentor tolerante para los desbarros de su hijo; ha subido de grado; es un viejo oficial indulgente que sabe la maniobra, manda bien su compañía; vive lado a lado, en igual pie, cerca de su marido, en un divorcio decente, en una alianza de negocios, en una camaradería de costumbre. Ved monsieur y madame Leverdet.

Bellísima salida; a eso conduce la emancipación de la mujer. He visto comienzos de costumbres semejantes en América y en Inglaterra. En América tenemos el flirt, las mujeres con diplomas e individuales de Sociedades filantrópicas. En Inglaterra hay las fasts girls, Amazonas intrépidas y razonadoras precoces. Mister Stuart Mill, un grande espíritu, propone casi conceder el sufragio político a las mujeres. Es lástima no me queden treinta años de vida; si eso continúa, en 1900 será bonito el espectáculo.

Capítulo XVIII

El galán joven

Creo que el cambio es aún mayor para el joven que para la doncella.

Antaño su empleo era sencillo: cerca de una mujer, sea cual fuere, debía estrechar la boca en corazón, pronto a echarse de rodillas. Tengo a la vista la Nueva Heloísa, con grabados. (¿Qué no se lee cuando se padece del hígado?) Ese salvaje de Rousseau fue el primero que se atrevió a decir que la galantería era ridícula, y en hacer de su enamorado un plebeyo violento, un declamador mal criado, un precursor de Didier, del obrero Gilberto y otros galanes jóvenes de Víctor Hugo; pero ¡cuán de otra manera ha comprendido las cosas el grabador! ¡Qué boquirrubio el Saint-Preux de las estampas! ¡Qué agradable pierna la suya! ¡Qué fina y risueña fisonomía! ¡Qué bien peinado y qué bien puesto!

La media, cuidadosamente estirada, muestra una pantorrilla irreprochable; mariposean sobre el calzón y la casaca los más alegres colores; un encaje estrujado se entuerta graciosamente al extremo de las mangas rosa; una chupa de color de garganta de pichón abomba sus pliegues lustrosos en torno de la chorrera coqueta.

Es solícito y es tierno; cuando dobla una rodilla en tierra para besar la menuda mano de Julia, enferma, se ve en seguida que ha tomado lecciones de los mejores maestros de baile. Cuando bajo el bosquecillo de rosas recibe «el primer beso de amor» no es rudo, no delira, como quiere el libro, no roza la falda; redondea con precaución los dos brazos, saborea deliciosa y mimosamente el lindo fruto que va a posarse en sus labios. Pertenece a aquel tiempo en que se decía de un gran general la palabra que he citado: «¿Es amable?»

En efecto; aunque hubiese ganado diez batallas, no le dispensaba de agradar a las señoras, de saber ofrecer un ramo de flores, rimar unos versitos, deslizar una insipidez. Era el resto del antiguo tiempo; la dama era siempre castellana feudal; se estaba obligado a servirla; si había desaparecido el sentimiento, quedaba siempre el buen parecer; en lugar de pajes y caballeros tenía atentos. Al entrar un joven en el mundo no sentía otro cuidado que el de encontrar dos bellas manos dispuestas a conducirlo; las dos bellas manos le formaban, le llevaban, le empujaban y en cambio se dignaban aceptar cada día ocho horas de cumplidos, de cuidados y de pequeños servicios. Hoy un hombre de veinte años preferiría mejor ser aserrador de madera; una mujer tomaría al cumplimentero por un badulaque de provincias, y encuentro, al abrir una comedia de Augier, que a esas solicitudes anticuadas se responde con una calma irónica: «¡Gracias, Lindoro!»

De ahí que el papel de galán joven se haya aminorado mucho. Por eso, cuando a las once de la noche entráis en un salón, veis dos montones separados: el uno, blanco, rosa, engalanado, florido, inmóvil: son las mujeres, aprisionadas bajo la enormidad de sus faldas y en el terciopelo de sus sillones; el otro, negro, estrechado, rematado en cráneos calvos o semicalvos, pero bullicioso: son los hombres que circulan por los confines y miran calados los lentes, apoyados contra el larguero de las puertas.

Cada recién llegado saluda a la señora de la casa, cambia con ella tres frases de veinte palabras, da una prudente media vuelta y se esquila fuera del recinto femenino; cuando más, aquí y allá, en la extrema frontera, un frac negro habla durante diez minutos con una falda. Tres veces por cada cuatro él no se divierte, ella se aburre; los dos sexos son extraños el uno para el otro. A media noche se hace el desierto; quedan cinco o seis hombres y mujeres que se conocen bien. Las mujeres se quejan entonces de la negligencia de los hombres, y los hombres se excusan como pueden. Esto forma un comercio de lindas hipocresías, de pequeñas lisonjas disfrazadas, de ligeras provocaciones transparentes. Yo, que por edad y por estado sé el valor de esta moneda, resumo así el presupuesto de la cuestión: cuatro hechos han producido esta baja general de la galantería:

1.º Demasiado trabajo para el hombre. Va a la Bolsa, calcula y se inquieta por grandes negocios; está obligado a ganar mucho porque el gasto de la casa y del mundo llega a ser enorme. Un médico, un abogado, un banquero, un artista, un político se halla abrumado por la noche, y no puede hacer gastos para divertir a las mujeres. Somos plebeyos; nuestro tiempo es dinero; no tenemos ya el vagar ni la indolencia de espíritu del siglo pasado; se nos caen los brazos ante la esgrima obligada de la cortesía cumplimentera. Dejados tender en un sillón y calentarnos los pies a la inglesa, al lado de una mujer tranquila que borda y hace el té, o bien a la francesa, fumar con un amigo que desabrocha sus paradojas y hace el golfo con una querida que dice picardías.

2.º La costumbre de numerar los valores. Jóvenes y viejos somos positivistas, y los jóvenes más aún que los viejos. En esta operación la mujer pierde mucho; para espectadores le son menester no analistas, sino poetas. El amor vive de ilusiones, de sueños vagos y encantadores, esparcidos como una niebla luminosa sobre todas las cosas, de esperanzas irrazonables lanzadas sin cesar en persecución de una dicha desconocida y deliciosa. ¿En qué cabeza moderna subsiste aún esta magia matinal? El que la descubre en sí la desgarrar con cuidado, para librarse de un lazo; el que conserva un pedazo sabe que la ilusión está en él, no en los objetos. El último y más enamorado de los poetas decía ya: «¿Qué importa el frasco mientras se tenga la embriaguez?» No hay ya embriaguez, pero aun hay frascos. Hoy, en una señorita o señora tal, se ve a la señorita o señora tal, es decir, una falda y su contenido, continente y contenido más o menos agradables y convenientes, arrastrando en pos de sí un tren determinado de comodidades y de enredos, de servidumbres y de utilidades. Con esta tasa, una corte demasiado prolongada parece una burla; los beneficios no cubren los gastos. Por otra parte, cuando no se adora, se siente repugnancia a echarse de rodillas; la actitud es demasiado molesta y hasta humillante; se la acepta por una hora, no se la toleraría ocho días. Balanceado todo, si es menester un establecimiento, se le prefiere mejor francamente legítimo o francamente ilegítimo; los dos se concluyen de manera semejante: dinero al contado, sin notario o con notario, pero uno y otro sin embarazo ni entusiasmo. Matrimonios de conveniencia y visitas a casa de las Magdalenas; el espíritu calculador pone la mira en los vencimientos ciertos, en el placer garantizado, en los comercios cómodos. Divirtámonos, pero no seamos tontos. Mi amigo B..., la flor de los agentes de cambio, decía ayer, delante de mí, a su hijo: «Hete que vas a empezar tu carrera de Derecho; tendrás mil quinientos francos por trimestre; acuérdate de estas tres máximas: no alojes jamás a tu querida en tu casa; no guardes nunca la misma más de tres meses; si sientes que te vas a enamorar, toma otra segunda. Sobre todo, cuidado con las costumbres; resérvate; cuando sientas estremecerse en ti las grandes frases, piensa, para atar corto a las tonterías, que te guardo para cuando tengas treinta y cinco años un lote de bonitas muchachas, bien educadas, bien vestidas, mucho más agradables que tus queridas y que te traerán dinero en vez de pedírtelo.» Servíos decir qué lugar queda en esta moral para las pasiones.

3.º Un pequeño fondo nuevo de honradez. Hay mujeres visiblemente castas, sobre todo en la burguesía, y se siente que se las inferiría un insulto si se las dejase entender que son lindas. Además, las jóvenes son respetadas. Nada más raro que un seductor de inocencia, como monsieur de Mortemer. Un hombre, aun medianamente delicado, no se las ha con ellas; espera a que estén casadas.

4.º Una desproporción enorme entre la educación del hombre y la de la mujer; en consecuencia, faltan los asuntos de conversación; la mujer no sabe ya hablar de religión, como en el siglo XVII, ni de filosofía, como en el siglo XVIII. Se ha excluido de su educación el razonamiento serio; ha quedado reducida al piano; no sabe mas que la rutina de la música, el comadreo del mundo y las fórmulas del catecismo. Por otra parte, habiéndose complicado prodigiosamente cada arte, ciencia o profesión, el hombre hundido y encerrado en su especialidad se hace incapaz de hablar de ella, salvo a las personas cuya educación es fuerte. En los países germánicos, las jóvenes saben cuatro lenguas, han practicado los razonamientos enojosos, escuchado con inteligencia las discusiones políticas y teológicas de sus padres y de sus huéspedes. Entre nosotros, ningún terreno común;

después de esfuerzos sobrehumanos, los dos conversadores quedan a distancia, enzarzados en frases oficiales, con bostezos interiores y una alegría de encargo. El hombre presentado a una mujer se dice, en el momento mismo en que respetuosa, graciosamente, con una sonrisa de encanto, se inclina ante ella: «Si aventuro cosas verdaderas, va a encontrarme chocante o pedante; si repito cosas convenidas, va a encontrarme vulgar y tonto. Querida señora, lléveme el diablo y que se os lleve a vos; pero ¡cuán contento estaría de hablaros si tuviera algo que deciros!»

Bien se ve que con tales costumbres no es fácil fabricar enamorados para el teatro. He ahí lo que se ha encontrado buscando por todas partes:

El antiguo galán joven, Estéfano, en Gabriela; Pablo, en Diana de Lys; monsieur de Montègre, en El amigo de las mujeres, sucesores todos ellos de Antony, primos de los enamorados arrebatados y sombríos de Víctor Hugo.

En uno de mis retornos a Francia he visto sus chalecos en 1830; aquellos chalecos eran muy poéticos, y el rizo de sus cabellos, violentamente arrojado sobre la frente abombada, anunciaba las grandes pasiones. «Los cabellos abundantes, la tez ambarina, la voz sonora y metálica, golpeando las palabras como medallas, bien encajados los ojos bajo las cejas y bien sujetos al cerebro, músculos de acero, un cuerpo de hierro siempre al servicio del alma, entusiasmos rápidos, desalientos inmensos, contenidos en un minuto y en los que el alma se renueva de pronto... Pertenecen a esta raza de hombres que tienen la facultad de zanquear por los caminos, de pasar las noches bajo las ventanas, de vivir sin comer, de hallarse siempre prontos a hacerse saltar la tapa de los sesos y a matar a todo el mundo. Temperamento bilioso; el hígado demasiado gordo; hay que enviarles a Vichy».

Ya veis en qué tono se les describe; son fenómenos. Por lo tanto, son raros, a menudo cómicos, siempre anticuados. Monsieur de Montègre viene del Jura; monsieur de Nanjac vuelve de África; ambos han sido conservados en la vida provincial o militar como un salmón en la salmuera o una espada en su estuche. En cuanto a Estéfano y a Pablo, son, en Augier y Dumas, hijos de juventud incubados bajo un faldón del frac del viejo Dumas y del viejo Hugo.

Y ved el bonito papel que se les da: de Nanjac es un chico colérico y voluntarioso, que alborota, grita, llora, quiere a todo trance cortarles el cuello a las gentes y lanzarse a un matrimonio averiado; si se le salva, no es suya la culpa. Estéfano es puesto de patitas en la calle por la mujer, como inferior, comprobación hecha, al marido, un abogado que gasta bromas y saca las cuentas del presupuesto doméstico. Pablo es muerto por el marido, con aprobación general de los espectadores. De Montègre, un inocente que acepta el amor puro, tiene la bondad de servir de bobalicón y restituir la mujer a su propietario.

Engañado, muerto, despedido, salvado: he ahí las cuatro salidas para el amante entusiasta. Que se marche a las bibliotecas y se vaya a dormir cerca de Hernani, de Otelo y otros. Hoy está pasado de moda, a igual título que un turbante o una gorguera; un hombre así es un petardo; sacadle fuera pronto, al fresco, en la bodega. Entre nuestros miriñaques, nuestros pufs rosa, nuestras comidas finas, nuestras conversaciones burlonas, sus explosiones son tan incómodas como ridículas, y sólo se está tranquilo cuando no está él.

Lleguemos a los personajes verdaderamente contemporáneos.

Sentada sobre su dote como sobre un trono la joven emancipada, escéptica y recelosa, tratan de llegar hasta ella; grande embarazo para el enamorado pobre. La manera de ser amable con una mujer que al escucharos se va haciendo por lo bajo las pequeñas reflexiones siguientes: «Estamos aquí un lindo clan de muchachas ricas que sabemos muy bien no se nos busca sino por nuestro dinero, y no nos sentimos por ello nada indignadas. ¿De quién es la culpa, nuestra o de esos señores? No deseáramos mas que ser burladas, si se tomasen siquiera la molestia de engañarnos. Los mejores aun son los que se informan solamente de nuestra dote... Hay uno que ha preguntado la edad de mi madre».

Por su parte, para no ser vil, el enamorado replica: «Las muchachas ricas..., ¡horror! El roce de su traje se parece a un frote de billetes de Banco, y no leo mas que una cosa en sus bellos ojos: la ley castiga al falsificador».

Esto cambia la manera de hacer la corte. Están en guerra. Ella le insulta, él la maltrata. Ella le manda a paseo, y él se va. Hela obligada a correr tras él: le pide perdón, cae de rodillas o bien le abraza en público, pero sólo hasta el quinto acto. Explicaciones generales, enternecimientos, boda. Pero confesaréis que es un singular empleo para un galán joven pasarse el tiempo, salvo los últimos diez minutos, en recibir y devolver bofetones.

Este bello estado de hostilidad abierta o encubierta está ahora de moda entre los dos sexos. He notado veinte veces en los salones que se les dicen a las mujeres durezas o indelicadezas riendo. Como han tomado maneras y audacias de hombre, se las trata cual hombre, es decir, como adversario o como camarada. Se espadachinea con ellas, y a fe, como manejan muy bien su arma, no ocasiona remordimiento en demasía cuando con la punta de la hoja se las araña un poco. Cuestión de costumbre; no hay otra actitud posible con las bribonas; del mundo malo ésta ha pasado al bueno. Contemos esos tipos militantes.

Hay primero el simple imbécil, monsieur de Naton o monsieur de Troenes (mi sobrino, monsieur Anatolio Durand o d'Urand es de esta especie), joven vividor zopenco, que bosteza al lado de las mujeres y dice con su gruesa voz arrastrada: «Con eso, ¡qué bribonas son las mujeres de mundo!» Cuando las ha saludado y notado en alta voz que el tiempo está malo, ha acabado los recursos; bien quisiera marcharse; busca un tabaco, en su bolsillo; piensa en el gabinete de Titina, donde se fuma, con los pies a la altura de los ojos; en las cenas de Lulú, que canta tan bien la canción del Pequeño ebanista.

Hay en seguida el hombre experto y guasón, Federico Bordognon, «hijo segundo de un tendero de aceite, calle de la Verrerie, con la muestra de las Tres Aceitunas, que ha maltratado a mujeres cuyos lacayos no habrían saludado a su padre». Con sus cuarenta mil libras de renta se ha puesto el frac de gentleman, pero conservado el espíritu calculador del negociante. «Voy a darle la despedida a la propietaria de mi corazón; quiere aumentarme y anulo el contrato.» Su experiencia es completa; la alusión a las cifras reaparece en todas sus bromas, como una nota metálica en un aire picaresco. Mientras la lionne pobre es honrada, el marido paga a diez céntimos los panecillos de cinco; el día que ya no lo es, paga a cinco céntimos los panecillos de diez. Ha empezado por robar a la comunidad y acaba

enriqueciéndola. Habiendo ganado diez mil francos al juego, los lleva con su primera declaración a una mujer bonita. Lo demás de su conducta y de su conversación es parecido. Un epicúreo positivista. Las mujeres no tienen más que ponerse en guardia contra tales garras.

Paso por alto a otros, entre los mejores. ¿Queréis un carácter más agradable, un verdadero francés, lindo, ligero y alegre, como los del siglo pasado (el XVIII), siempre de buen humor, divertido, acomodaticio, hasta galante, y que, sobre todo, no está exento de probidad y aun de delicadeza?. Él también lleva la marca de su siglo, y sus galanterías sólo son a flor de labio. Es brillantemente aturdido y placenteramente hablador, lo que no le impide ser avisado, astuto, despabilado en defensa y en guardia contra la mujer adorada que quiere soplarle los escudos. En efecto; sabe el precio del dinero, el valor de las cosas y de las gentes, el suyo, el de su espíritu y sus sentimientos. No hay nada que no ridiculice y pese. «¡Bravo coronel! ¡La rectitud y la lealtad en persona! No le recibiré en mi casa... ¡Me sonrío esa idea de hacer sentar a mi hogar una dulce niña que sería el ángel guardián de mi caja!»

Su espíritu es el agradable y chispeante espíritu francés, pero descompuesto por la experiencia como un vino delicado por un sol demasiado vivo; en la superficie, una ebullición espumosa de bufonadas; en el fondo, un agrio filete de ironía; en medio, una provisión de buen sentido comercial y liso. Ninguno de esos tres licores embriaga, y cuando la haga la corte a madame Lecoutellier, estoy bien seguro de que será con el Código en la mano.

Quedaba por hacer salir del segundo plano al taimado calculador y darle el primer papel, un papel simpático. Hacer simpático a un hombre que maltrata o combate a las mujeres, ¡qué dificultad! Se ha conseguido, y monsieur de Jalin y monsieur de Ryons son dos de los personajes mejor acabados y más instructivos del teatro moderno; Para hacerlos soportables, el autor ha puesto al primero en el demi-monde, entre mujeres tachadas, lo cual le da derecho a enviarlas a su perrera, y al segundo en el mundo, entre virtudes dudosas o inocencias agresivas, lo cual excusa sus impertinencias; un día, por otra parte, encontrando una virgen en una mujer, es presa de golpe de un acceso de caballería andante, lo cual le eleva a la categoría de los salvadores. Pero ¡cuán fría y sabiamente manejan ambos la mecánica femenina! ¡Cómo la ponen en experiencia para su gusto o para instrucción de otro! ¡Qué manera de tocar justo, con previsiones seguras, el resorte que hará salir de improviso de la niña la loreta precoz y de la joven la loreta experta! «¿Mi declaración de ha poco? Era una cortesía; hay mujeres que quieren eso en la conversación.» «¿Y os ha salido bien alguna vez este procedimiento?» «Con más frecuencia de lo que hubiese querido.»

Son fisiólogos y cirujanos; dan consultas gratuitas y practican operaciones a domicilio, generalmente por amor al arte, y a veces por un sentimiento de humanidad. «Vuestra casa es original, y me pesa no haber venido más pronto. Hay mucho que hacer aquí para un coleccionista como yo, y hete aquí, creo, un sujeto que no he catalogado aún.» En espera, tienen en sus manos la teoría completa, y se les puede decir con verdad que no respetan a nadie: «No concedéis gracia a los niños.» «Las mujeres no son niñas nunca.» «Los hijos consuelan de todo.» «Excepto de tenerlos.» «¡Callaos, desgraciado! La mujer es la que inspira todas las grandes cosas.» «Y la que impide realizarlas... Me he prometido no darles

jamás ni mi corazón, ni mi honor, ni mi vida para que los devoren a esos encantadores y terribles seres por los cuales el hombre se arruina, se deshonorra o se mata, y cuya única preocupación en medio de esta matanza universal es vestirse, ora como paraguas, ora como campanillas.»

Notad que ese teórico no es un carnero desinteresado, sino un morueco que continúa pacienddo en el prado comunal; si su corazón tiene sesenta años, sus sentidos tienen treinta. Notad que ese epicúreo no es un Lovelace dominador y brutal que se cree en regla «cuando ha llevado ocho días de luto por las caras criaturas muertas de sobrepardo por obra suya»; es más bien benévolo, y de buena gana presta favores a las mujeres. Todo eso forma su carácter completo, perfectamente moderno, nada aborrecible y aun agradable y superior.

Dada la mujer, es decir, un ser «ilógico, subalterno, maléfico», pero encantador, como un perfume delicioso y pernicioso en un vaso de cristal frágil, se trata de respirarla prudente, delicadamente, algunas veces no en su casa, sino en casa ajena, y sobre todo de no romper el cristal; y en cuanto se pueda, detener las manos groseras o torpes que están prontas a romper el vaso. De Antony al amante de La dama de las camelias, al pintor Paúl, a Olivier de Jalin, a monsieur de Ryons, la transformación es visible. Entre el entusiasmo de 1820 y el positivismo de 1860, la experiencia interpuesta ha hecho que el hombre entrara en desconfianza y se pusiera en defensa; de amante ha pasado a ser a veces enemigo, a menudo adversario, más a menudo espectador, y todo lo más, amigo.

Amigo después de escaramuzar y con todas reservas. A causa de eso, prefiero mi papel, y me sirve para ello la educación. Mi pobre sobrino Anatolio Durand o d'Urاند me da lástima a veces; se encuentra embarazado allí donde me hallo a mis anchas; es que ya no tengo pretensiones, y él las tiene. A los cincuenta y cinco años, cuando se han perdido los cabellos y se vuelve de América, ya no se es peligroso; se tiene derecho a ser cortés y algo más. Es un derecho de antaño, y lo resucito en mi provecho. La conversación cesa entonces de ser un duelo, y ¡vaya qué oficio un duelo continuo, sobre todo con una mujer! ¡Es tan ingrato decir las cosas duras y aun cosas frías! ¡Es tan agradable agradecerlas!

No se está obligado para ello a buscar en la memoria las soserías del pasado siglo XVIII; desde la primera mirada, sin que se haya dicho palabra, saben si gustan; en qué grado, con qué matiz; si es el corazón, la cabeza o los sentidos lo que han tocado; si es por su traje, su talento o su gracia. No hay necesidad de fingir; no hay mas que sentir y dejarse llevar. Al cabo de un cuarto de hora se distienden; no temiendo ya la zumba, están delante de vuestro espíritu como ante su espejo; se miran en él, y encontrándose amables, continúan mirándose, complacientemente, sin coacción, cambiando de actitud y de sonrisa.

Decidme si podéis encontrar más agradable papel que el de espejo; en cuanto a mí, a ello me atengo. Al fin y a la postre, al cabo de seis meses, la ópera es ensordecedora; con su mala atmósfera y su elegancia de pacotilla, el teatro descorazona, y ¿qué es una gran loreta sino una comedianta de andar por casa? De todos los espectáculos de París, el más encantador es una verdadera mujer de mundo; es un espectáculo en un sillón; desde sus encajes hasta su ingenio no hay nada en ella que no sea una obra maestra de la cultura moderna; para hacerla tal como es han sido necesarias cuatro o cinco generaciones de

fortunas asentadas, de costumbres elegantes y de educaciones refinadas; todo cuanto de delicado ha inventado el gusto se ha juntado en su vestir y en su persona.

Hela ahí ante vosotros en su sillón de seda pálida, semiinclinada, con menudos movimientos de pájaro, negligente y risueña; las centellas de su collar flechan rayos como ojos vivientes por encima de las curvaduras de sus hombros satinados; su peineta de oro se hunde entre racimos de flores por encima de las ondas de su cabellera; su traje dilatado desarrolla por debajo del fino talle la frescura de sus pliegues lustrosos. Habla, está contenta, hace los honores de sí misma, y se encuentra pagada sin sentir placer.

Palabra de honor, acabaré creyendo que los cuadros, los libros, la música han sido inventados para desgraciados, para enfermos, y que todas aquellas gentes, espectadores y autores, tenían tapados los ojos ante la naturaleza. En punto a obras de arte, hay las muertas que se meten en las bibliotecas o se cuelgan en las galerías; yo estoy por las que no están encuadradas en becerro o pegadas sobre lienzo.

Capítulo XIX

Los artistas

- I -

14 septiembre.

He pasado un mes este otoño en Fontainebleau y en las aldeas vecinas. Allí es donde se les ve al natural. Pero al principio no he pensado mucho en mirarlas.

¿Es posible que haya cerca de París un bosque semejante? Todos mis recuerdos de América se han despertado. Hace nueve años, según mis cuentas, a las cuatro vagaba a caballo entre bosques bravos semejantes; las ideas de comercio y de dinero caían como un vestido sucio; encontraba de nuevo las generosidades de la juventud; me parecía que volvía a ser hombre. Ciertamente, lo que más amo yo en el mundo son los árboles.

¿He vivido en este París que tanto he deseado? Aquí me parece que no. Mi salón, mi coche, todo mi aparato es un traje de sirée molesto. He ocupado mis ojos, he visto un corral curioso. ¿He gozado verdaderamente? Esos nueve años, vistos a distancia, se me aparecen como una acera ruidosa y monótona; la acera de alguna inmensa calle de Rívoli, oliente a gas y a asfalto. Lo que encuentro mejor en ellos son ocho días de ausencia, una larga partida de caza en los Vosgos. Teníamos un mulo, un campesino, una tienda; vivíamos de nuestra caza y vivaqueábamos en pleno bosque; llegada la noche, el hombre limpiaba las piezas; yo asaba la carne sobre troncos ardiendo con un asador puesto entre dos pértigas; las ramas se retorcían en la brasa; las ráfagas de viento lanzaban hacia un lado chorros de llama; las chispas crepitaban locamente; el humo azul subía entre los troncos; nos

dormíamos en nuestras capas, con los pies al fuego, y por la, mañana, al partir, nos sentíamos en nuestra frente las gotas de rocío de los grandes robles.

Este bosque es menos natural, pero ¡qué hermoso aún! En el borde del camino, las hayas redondeadas, doradas, gloriosamente desplegadas, se dejan ver extendiendo su follaje de encajes. Se prolongan en fila, hasta perderse de vista, gozando del aire libre. La luz se derrama a oleadas sobre sus cúpulas; rebota sobre las hojas, chorrea en cascadas, de tramo en tramo, hasta el césped. Un vapor dorado, una polvareda de centelleos y espejeos flota a su alrededor como una gasa. Sus troncos blancos tienen una corteza siempre lisa y joven. La profunda tierra que les nutre les conserva hasta la virilidad su aire de la adolescencia, y el cielo tiende por encima de ellos su larga arcada de un azul tierno.

Ningún transeúnte en este camino; apunta en el horizonte la cruz del Grand Veneur. El palacio de la Bella del Bosque Dormido no debía ser más apacible. ¿Es que verdaderamente ha pasado nadie por aquí desde hace un siglo?

El otro lado, una arboleda enorme, yace en la sombra. Los troncos monstruosos, negruzcos, se sumergen de un salto en el suelo, y su cabeza se pierde entre otras cabezas. Algunos se inclinan como boas que fuesen a engancharse. De trecho en trecho, por unos claros, traspasa el cielo. Pero el verdor llena todo el horizonte, ora sombrío, ora resplandeciente. La claridad que se echa desde arriba pone aquí y allá rastros de esmeraldas móviles. Los follajes tiemblan y relucen. Un susurro infinito, un cuchicheo de cien mil voces, un zumbido que se hiende o se baja, corre a través de las profundidades, y en un escarpe arenoso, una tropa de pinos, con su vestido de verdor azulado, cantan, en voz más alta, como una colonia melodiosa y extraña.

A veces grazna un cuervo; los pitirrojitos lanzan su nota clara. En el silencio se oyen chirriar las cigarras, y las columnas de insectos se atorbellinan en el aire espeso cargado de olores. Cae una bellota sobre las hojas secas; un escarabajo frota una brizna de madera con sus patas. Descienden de las alturas vocecitas alegres, finos arrullos de pájaros. Bajo esas bóvedas y en esos musgos vive todo un pueblo, un pueblo infantil que se agita, y su balbuceo llega a los oídos, semicubierto por la respiración profunda de la gran madre dormida.

* * *

Ayer, a las once de la noche, en las alturas de Franchart, la luna, en su lleno, parecía un trozo de plata bruñida que saliese de la fragua. Ligeras nubes aéreas, semejantes a plumas blancas, flotaban en rastras a ambos lados del cielo. En medio, el azul parecía negro, tan viva era la claridad. Por debajo, el circo de los médanos y de las profundidades aparecía vagamente todo negro en la sombra. Relucían las arenas blancas. Un abedul delgado levantaba delante de sí su cabeza descabellada y encantadora; sus hojas no se movían, tan

tranquilo estaba el aire. Se presta oído para descubrir un rumor, y en un murmullo imperceptible, a una legua más allá, se adivina un ciervo que brama.

* * *

15 septiembre.

Los cuartos y el régimen son primitivos aquí, bastante semejantes a los de un log-house en el Arkansas o el Illinois. Una cama, dos sillas cojas, a veces un sillón que semeja a un inválido del Imperio; las paredes están encaladas y embadurnadas de esbozos, muy lindos a fe, y mejores a mi entender que sus cuadros de exposición; tan naturales son, llenos de alegría, de invención, de descuido, lanzados de improviso y a la desbandada como la conversación de un hombre de chispa: he ahí las imágenes interiores, no elaboradas ni atormentadas, sino fáciles, brillantes, exageradas o burlescas, tales como han atravesado su mollera; dos cazadores apuestos, con traje rojo, en medio de los tallares verdes; perros manchados y llenos de salud, que ladran con todo su gahnate; un torso desnudo de muchacha, que se enarca y ríe; monsieur Prudhomme saliendo de una huevera; tres caricaturas; un pino parasol a la orilla del mar, en una playa de arena.

A todo esto la escalera retiembla bajo los gruesos zapatos que bajan; se arma un barullo en la cocina; se ajustan los sacos y polainas. Cada uno come a la ventura, en la actitud que le ha placido, sentado, de pie en la escalera, en el aparador, en la mesa. Las damiselas bajan en enaguas, los ojos semicerrados o bostezando aún; se las acoge con gestos que soportan sin pestañear. Algunos mocetones bien plantados juegan a la barra en el camino; otros, más pacíficos, miran el estiércol y las gallinas que picotean. Se acaricia al gato; se atormenta al perro. El huésped, un borracho se zampa la quinta copa; se da prisa a beber y se embriaga. Un día le encontré a cuatro patas, incapaz de levantarse; así andaba, y, sin embargo, comprendía aún.

La criadita, en cuclillas sobre sus talones, sopla el fuego, pensando en las faldas bordadas del primer piso; por salvaguardia moral tiene los bofetones de su patrona y un librito de devoción mística. Todo el peso del trabajo cae sobre la gorda huésped, que de la mañana a la noche, sin cansarse ni apresurarse, guisa, limpia, barre, paga, recibe, responde, sirve al público. Los lugareños que llegan aquí comprenden bien lo que pasa; no se escandalizan por ello, antes bien se ríen maliciosamente, con aire de codicia; son siempre los aldeanos de los cuentos de La Fontaine.

Cada cual se va por su lado, y una vez en el bosque, trabaja o duerme; estoy dispuesto a creer que la segunda ocupación es la principal. Al caer de la tarde se les ve volver, uno a uno, llevando a las espaldas su quitasol, su barra, sus telas, sus cajas de pinturas; se sientan a la entrada del mesón, sobre un banco de piedra, y departen, mirando las carretas que pasan y las comadres que charlotean, estirando los brazos, alargando las piernas; callejean, tranquila la conciencia; sobre esta materia, los aldeanos saben tanto como ellos; todo se

hace lentamente en el campo; una lugareña se está muy bien una hora de pie cerca de un carro de leche, cambiando cada cinco minutos una palabra con el conductor.

Llegada la noche se cena sobre una mesa sin mantel, entre cuatro candiles; por asientos, bancos de madera; a veces, a manera de suplemento, dos o tres sillas. La luz amarillenta vacila en las vigas ahumadas del techo, en las paredes cargadas de grotescos; por fin llega el café y dan la vuelta las copitas de ron. Entonces es cuando se ven desencadenarse las discusiones literarias y se oye roncar la batahola de la filosofía del arte. Los grandes hombres son aporreados o puestos en las nubes; todos se desgañitan.

A todo esto las mujeres, que no entienden nada en la cosa, bostezan hasta descoyuntarse las quijadas; una de ellas se ha dormido tumbada a lo largo sobre el viejo piano cuadrado; otra, echada, lía cigarrillos. Cuando los combatientes han enronquecido van a mirar el bosque al claro de luna. Uno de ellos se ha llevado su cuerno; otro imita la voz del ciervo que brama; trotan las historias pantagruélicas, y los oyentes escuchan echados sobre la arena, fumando su duodécima o decimoquinta pipa. Ha acabado la jornada, y es hora de acostarse.

* * *

El oficio es duro. Hombres de cincuenta años que tienen un nombre célebre no ganan diez mil francos.

Hacia los treinta años, después de diez años de estudios, se empieza a producir; en este momento, hay que vender, y para vender es preciso que bajo el artista se encuentre un comerciante. Muchos ayunan, pescan una lección de tres francos, y aun ésa es una suerte. Algunos pintan fondos para los fotógrafos o grandes muestras. A los cuarenta años, si se tiene un verdadero talento y se cuenta con amigos en los periódicos, se puede abrir paso a fuerza de exposiciones y reclamos. A los cincuenta años se gana algún dinero y se tiene reumatismo.

Cada año el número de verdaderos aficionados disminuye. El gusto baja desde que la división de las herencias desmigaja las fortunas y las grandes ganancias de la Bolsa ensucian la sociedad con ricachos mal educados. Los aficionados piensan en subastar sus galerías, se dirigen a un negociante en cuadros, hacen negocios.

Para obtener éxito se necesitan tres buenas suertes: lo primero es que en la Exposición cualquier rico burgués diga: «He ahí un regreso de caza que es alegre, y estaría bien en el plafón izquierdo de mi comedor.» La segunda suerte es que sea amigo de gastar, que crea en su gusto, que su mujer no diga que no; en una palabra, que lo compre. La tercera es que sus amigos, habiendo almorzado ante el cuadro, encarguen otros semejantes.

Pero los cinco mil cuadros de la Exposición abruma la atención, borran toda belleza. Una mujer es linda sola en su hogar, en su confidente, junto al fuego; ponédla entre ochenta trajes en el baile, y ya no se la verá. ¿Cómo se venden los diez o doce kilómetros de pintura que se confeccionan en París cada año? Imposible sería responder. El hacinamiento es mayor aún aquí que en las otras partes. Desde hace treinta años las novelas que antaño tornaban por héroe al joven gentilhomme escogen por galán joven al artista, sobre todo al pintor. Con eso se han caldeado las imaginaciones; muchos jóvenes que hubieran sido excelentes dependientes de comercio se han comprado polainas y dejado crecer la barba. ¿Cómo se arreglarán para comer?

Muchos están gastados. Tal hay que emplea el verano entero en acabar un estudio; raspa, vuelve a pintar, vuelve a raspar; acaba por perder la sensación verdadera; se vuelve tenso, irritable; habla febrilmente, a sacudidas, como un hombre que sale de un ataque de nervios.

Muchos han contrariado su naturaleza y al cabo de quince años de esfuerzos se encuentran impotentes. En lugar de tener la imaginación superabundante y la necesidad de descargar sobre la tela el exceso de plenitud de sus sesos, son como una fuente agotada que de vez en cuando deja rezumar una pobre gota de agua. Si llega un amigo, le detienen en medio de un gesto: «Estáte así, alarga el brazo, tal vez he encontrado mi pose.» Por fin, a la ventura, al cabo de cien tanteos, cuelgan algo, y la criatura así arrancada por milagro es un aborto presuntuoso.

Algunos se resignan a hacer comercio; embadurnan cuadros a cuarenta francos. Al cabo de un tiempo el fino resorte artístico se ha gastado y se quedan peones por toda la vida. Otros se vuelven a su provincia, hacen moverse a sus padres, obtienen retratos. A veces el Consejo departamental, que quiere tener la gloria de proteger las artes, otorga una pensión de seiscientos francos. Las ciudades pequeñas empiezan a celebrar exposiciones, y así se forman famas municipales.

Dos o tres, los hábiles, dejan sus gruesos zapatos en cuanto se abren los salones, vuelven a París, frecuentan el mundo y hacen gran consumo de guantes nuevos. Conocen a los críticos, huelen la moda, se arreglan un taller. Cuando los aficionados han encontrado al pintor en cierto mundo y su traje tiene un corte conveniente no pueden ya ofrecerle menos de quinientos francos por un cuadro.

La mayor parte son nerviosos respecto a su talento, como una mujer en punto a su belleza. He visto a uno, que figura entre los tres o cuatro más ilustres de este tiempo, dejar caer los brazos, llorar casi, al leer la crítica de un hombre que jamás ha tocado un pincel: «¡Soy, pues, un cretino! ¡No tengo mas que tirar mis cuadros por la ventana!» Otro, a quien reprochábamos se inquietara en demasía de los críticos: «¡Es menester ruido, gloria; sólo con eso puedo probarme que no estoy loco. Los señores N. y N., que son unos asnos, tienen de sus cuadros la misma opinión que yo de los míos.»

Hay que añadir a eso muchas miserias, sobre todo las que proceden de las mujeres; es su llaga. Casados o no, viven con antiguas actrices, con modelos, grisetas que han levantado la pierna en los bailes públicos. Conservan el tono de su primer oficio. Decía Alfonso Karr

que de una muchacha podía hacerse una duquesa pasadera, y no hay nada más falso. El aire de mujer de mundo, y sobre todo de mujer honrada, es el que menos puede atraparse. Estas tienen siempre el aire de querer pescar a un hombre o de enfadarse ante una broma dura. Nada más natural; nunca han hecho otra cosa.

Acabo de ver una muy guapa, bien vestida y que no carece de dinero. Se recoge la falda a pleno puño cuando va a sentarse a la mesa; para pasar por una alameda mojada se levanta todo lo que lleva encima y hace abombar su peinador blanco. Se alza las mangas, toma posiciones inclinadas, hace la voz arrulladora; es una actriz en escena.

Cuenta sus asuntos, dice que ama la pintura, hace confidencias a tuertas y a derechas. Costumbre de escenario. Por otra parte, el gordo señor necesita ese charloteo que ocupa las horas vacías.

Ha montado a caballo el día antes y dice que tiene en las piernas dos manchas negras del tamaño de la mano. Uno de los presentes quiere hacer precisar el sitio, y como tiene chispa, envuelve su insinuación en una cortesía. Ella quiere enfadarse, pero ríe. Se excusa de la risa diciendo que es nervioso, pero que en el fondo se siente muy ofendida. Le llama tonto. Estalla una tempestad, risas enormes, canciones mezcladas con gañidos, choques de vasos, gritos de «¡Señora! ¡Señora!», proferidos con la voz más retumbante. Ella le ofrece un luis si quiere estarse tranquilo, y abre la bolsa para demostrar la existencia del luis. Aplausos y murmullos. Se tapa los oídos y no se ríe menos; quiere defenderse; se comprende que no está acostumbrada. Al día siguiente, por su puerta entreabierta, le recibe con los pies desnudos en sus pantuflas. Son maneras de cabaret; falta la finura.

Algunas se «cuelgan del perchero» y permanecen aquí en invierno; esto forma familias. Una gran rubia desabrida labra la felicidad de un pintor de animales, pequeño, negro, con una voz de bajo profundo; los contrastes se buscan y no se ponen acordes. Hay gallinas, conejos, palomos, un estiércol en su patio, tres carneros en un cercado, y acaba de comprar una vaquilla; todo eso bala, berrea y pía bajo las ventanas, en los corredores, hasta en la escalera, que no está limpia.

Ella, por encima de este corral, lánguidamente tendida sobre un diván sucio, se enfada y fuma cigarrillos; la he hecho hablar, creyéndola de humor dulce; pero nada de eso, y a grito herido exhala sus dolores: «Los ocho primeros días es encantador; el primer mes aun puede pasar; al cabo de un año es un aburrimiento mortal; al cabo de dos años, se vuelve una rabiosa; imposible ponerse unas enaguas.»

El hombre tiene aquí su estado, el bello bosque, que comprende, la camaradería, las discusiones de estética. La mujer no tiene mas que su menaje y sus estercoleros. No puede ser mujer; quiero decir, elegante y coqueta; lo sería menester la abnegación verdadera de una alemana, el valor de ir todos los días a plantar el piquete, pillar un dolor de costado al lado del hombre.

Estas se desquitan con los chismorreos, voltean y se atrafagan como ardillas en jaula. «En casa de un artista me decía el más espiritual de ellos no debe haber mujer; si hay una, que sea cocinera.»

Al verlas sacadas de tan bajo se las creería agradecidas y sumisas: pero ocurre todo lo contrario. La francesa lleva en la sangre una necesidad de igualdad y de excitación; al punto que lleva un traje suficientemente ancho y nuevo, se cree al nivel de la más grande dama; su espíritu es demasiado seco, su ambición demasiado pronta para que pueda sentir o reconocer una superioridad; por naturaleza se hace centro y manda; invariablemente conduce al hombre, sea quien fuere, amante o marido, espíritu superior o simple imbécil, el artista más que otro cualquiera. Éste, absorto en el arte, consume en él toda su fuerza; por la noche vuelve cansado, afanoso de paz; ella, descansada por la jornada vacía, llega con su fuerza entera, y el combate no es igual.

Veía yo estos últimos días en París a un hombre cuya energía y altivez son conocidos, honrado por todos, célebre, a quien no hablan los extraños sino con una especie de deferencia, ante el cual uno desconfía de sí mismo; su querida, una griseta de treinta años, ya ajada, menos que ordinaria, razonaba delante de él con una seguridad de alma admirable, contradiciendo, opinando sobre cuestiones de literatura y de moral. Nos regentaba.

* * *

En cambio tienen el don de forjarse ilusiones. El pintor de animales ha colgado en su taller el retrato de su rubia desmadejada; ha hecho de ella una Ofelia. Otro ha sacado de una especie de fregona una gitana inspirada y poética. Ha llegado la madre de la Ofelia; es un horrible tonel lugareño con gorro blanco, de hocico puntiagudo. El desgraciado propietario de la Ofelia está en vías de sacar de ella una matrona holandesa, honrada e ingenua.

En suma, no los encuentro muy de compadecer. Pueden distraerse; piensan en el hermoso sol poniente que acaban de ver; por la noche ven flotar sobre los morillos de la chimenea las lindas citas de caza que pintaran, las Amazonas de largas faldas, de plumas rojas, los lebreles que husmean el aire, los cuernos de caza colgados del cuello de los ojeadores. Dícese que esta vez el cuadro será encantador; que tendrán genio. En espera, disertan sobre el arte y hacen crítica. Cinco o seis horas por día dejan de pensar en la vida real.

Por fin gozan de ocios; no están amarrados; tienen alegrías y pasatiempos de niños. Todas las noches hay dos que se van al lindero del bosque a tocar el cuerno, para tener el placer de oírse, de meter ruido, de hinchar vigorosamente los músculos del pecho.

Uno de éstos tiene siete perros; se les habla, se les zurriaga, se les acaricia. De vez en cuando organizan jiras y tienen el talento de dejar las mujeres en casa. Hemos ido a Moret, una linda villa de talante gótico. Éramos seis, entre ellos un caballo, que se montaba por turno. Se come en el mesón, en una terraza, a la vera de un agua corriente; a los postres la expansión llega a su más alto punto. Todas las cortesías, todo el aparato complicado de las maneras mundanas ha desaparecido; se vuelve a la vida natural, exenta de precauciones, de

afectaciones, de cálculo, y como aquí la mayor parte de las naturalezas son finas, este esparcimiento no tiene nada de brutal; el gusto de lo bello sobrenada; se ve que es sincero, que forma el fondo y la substancia del hombre.

Otra noche hemos ido con antorchas al bosque hasta una gruta; los rastros de luz ondeante se perdían magníficamente en la gran sombra; las cabelleras de llamas chorreaban entre las rocas, y las arenas repentinamente iluminadas desarrollaban sus blancuras sinuosas. Casi todas las noches van unos a casa de otros, toman una copa de ron; alguno se pone al piano y los otros cantan con voces tales cuales no para cantar y brillar; ríen de sus notas falsas; pero a través de su música adivinan el pensamiento del maestro y lo sienten, cosa imposible en los conciertos de sociedad.

Desde muchos puntos de vista son superiores a las ambiciones ordinarias, y ciertamente son más felices. Viven en ideas más elevadas; son medio gentileshombres, no tienen el espíritu tendido hacia el ahorro o la ganancia, hacia las tacañerías bajas del comercio, hacia los violentos y dolorosos cuidados de la grande ambición y de los negocios. Los menos distinguidos saben aún adornar lindamente un taller, disponer yesos, flores, hacer de nada alguna cosa. Hay aquí veinte cabañas arregladas como casas que son encantadoras. Sus interiores son inventados, no son la obra banal del tapicero.

Uno de ellos habita en una granja que se ha quedado granja por fuera; pero el interior, pintado de gris verde, es el más curioso revoltijo de bocetos, pipas, armas, bustos, cuernos de caza, espuelas, botas, con dos o tres muebles antiguos, poltronas del siglo XVIII y un columpio gimnástico. Al lado está el caballo, separado por un tabique; los perros duermen en la puerta; el dueño es cazador tanto como pintor; por doquier se ve que en ellos el cuerpo vive tanto como el espíritu.

Otro tiene cerámica. Un tercero ha coleccionado durante diez años las bellas cosas del Renacimiento: muebles de roble pardusco de pies retorcidos; viejos libros encuadernados en piel de marrana con relieves de figurinas; platos de bronce esculpidos; estampas selectas; la gran crucifixión de Amberes ostenta, frente a la chimenea, sus grupos atléticos, sus opulentas carnes desnudas, sus montones de florecientes mujeres arrodilladas, en sus trajes de seda, bajo sus trenzas de cabellos pálidos. La mayor parte de los talleres están rodeados de verdor; en lugar de frutales se ven en el jardín abedules delicados, un valiente roble joven, cepas silvestres, glicinias que retuercen sus sarmientos a lo largo de las paredes; las vidrieras del taller tienen lontananzas en la ancha llanura, y al cabo del horizonte se ve alargarse la línea inmóvil del bosque.

Muy pocos son groseros o insociables; aun entre aquellos cuyo exterior es rudo y la cultura nula se encuentra una finura nativa, una aptitud para comprender la originalidad, la gracia y lo cómico; la sensibilidad de sus órganos está intacta, cogen la idea y la belleza al vuelo; el talento imitativo, el espíritu de caricatura son innatos en ellos.

Dicen perfectamente una escena marsellesa, una canción picarda, una anécdota parisiense; todo lo poseen: el acento, el gesto y lo demás; con su garganta, su nariz y su lengua, sus manos, imitan las formas y los sonidos: el rechinar de una puerta, el hipo de un

ciervo que brama; son mimos, y eso naturalmente. «El ciervo resollaba, grun, hétele que se cuela, llega, nos ve. Patatrá, patatrá, sobre el suelo.»

Es el lenguaje primitivo, tal como lo sugieren las imágenes vivas; entre nosotros falta, porque estamos desecados. Siempre pienso, escuchándolas, en Mercurio y Benedicto; en ellos, como en los jóvenes de Shakespeare, las impresiones son nuevas, no aprendidas, y las expresiones siguen, descabelladas, resonantes. La bufonería irrumpe en medio de lo serio, y la chocarrería también; pero no delicada o ingeniosa a la manera del siglo XVIII, sino descarada, enorme, mezclada con poesía y locuras, como en Aristófanes, a veces sentimental; es una fuente ingurgitada que suelta de momento su agua y su fango.

Pero en nada sobresalen tanto como en sus bocetos. Un día de lluvia, dos pintores de paso han embadurnado cada uno un plafón del comedor. De cerca es un paquete de colores extendidos con una escoba; a diez pasos son dos escenas alegres, atrevidas, aportadas y vivificadas por una ráfaga de juventud. La primera es una fiesta de bebedores alemanes, todos echados de espaldas, todos fumando, todos con grandes botas, todos con los pies alineados a la altura de los ojos y metódicamente sobre la mesa; esta colección de botas monumentales, que se muestran a la luz por encima de paternales semblantes, hace reír durante una hora; he ahí la verdadera actitud alemana, calculada para dar a la meditación toda su fuerza; así es como se filosofa sobre lo absoluto.

El otro ha pintado una banda de ninfas y de sátiros desnudos que bailan sobre la fina arena de la costa, en la semiobscuridad violeta, en las humaredas vagas del crepúsculo, bajo los arboles de un cielo meridional que se extingue.

Acabado el cuadro, se ha llevado aparte a un pintor holandés que se encontraba allí, joven decente y que se mostraba algo escandalizado por las costumbres del lugar. Se le ha dicho que Holanda se hallaba muy lejos de París, que ciertamente había debido quedarse muy atrasado y que haría bien en estudiar el francés y la moral en el diccionario de Napoleón el holandés, donde encontraría expuesto el gran descubrimiento moderno, un código de conducta aprobado por el Gobierno, donde queda decidido que todos los franceses están obligados a ser ateos, que el verdadero matrimonio es el adulterio, y el primer deber del hombre asesinar a su prójimo. ¿Lleváis pistolas? Yo no vengo jamás a Marlotte sin un cuchillo de monte, y por la noche le echo el cerrojo a la puerta.»

- III -

28 septiembre.

No hay nada en este bosque que no cause placer: una ancha llanura de enebros espinosos, achaparrados, replegados por el viento, echados sobre la alfombra roja de los brezos; en medio, una espesura de lindos abedules blancos, deshojados, que dejan percibir entre sus cabellos la nieve movediza de las nubes; a la derecha, una falange de pinos

estrechan sus troncos y empujan adelante su batallón negro sobre la campiña luminosa; en el fondo, las grandes líneas quebradas de las colinas, salpicadas por la blancura unida de las arenas, donde relucen aristas de peña entre los penachos de las hayas. El viento de otoño silba y se hincha, ronca a través de las filas inmóviles de los pinos y chirría en los follajes de los abedules semidesnudos, pobres niños que tiritan. Las hojas doradas se echan a volar una a una, como las alas de una mariposa muerta, y andan rodando al caer en la luz.

Míranse esos amontonamientos de rocas grises echadas en desorden, que alimentan las alturas y abollan las pendientes, y se piensa en las furiosas corrientes que han abarrancado, descarnado, dislocado las crestas. Este país era el fondo de un mar y lo parece aún; arena por doquier, escollos devastados, acantilados corroídos, rocas zapadas por la base en las salidas desatrancadas, rastras de bloques que marcan el cauce de las corrientes; retirada el agua, ha quedado un desierto blanco, árido. Por grados el sol ha tostado las rocas; han venido los musgos y se han incrustado en las paredes del asperón escabroso; cerca de ellos, los helechos, los tallos testarudos del enebro, después las colonias invadientes de los árboles, y en los fondos húmedos los robles, que de siglo en siglo, aspirando el aire de las soledades, han hundido sus troncos y elevado sus cúpulas.

Los brezos y el musgo del otoño pegan al dorso de las colinas su pelaje leonado, y el sol los enluce. Pero por cien mil rozas, los huesos de la peña primitiva revientan esta piel vegetal. De trecho en trecho, en el circo de piedra que forma el horizonte, un delgado cinturón de pinos errantes serpentea entre los dentellones, y los abedules dispersos dejan colgar su cabellera pálida.

Quedaríase uno aquí toda una mañana sin pensar, contento con mirar. No se tiene ganas de nada; se es dichoso, como los antiguos dioses, los dioses de Homero.

Hay macizos de gramíneas, de cuatro pies de altura que suben en husadas verdeantes. Hay robles que tres hombres no conseguirían abrazar.

El azul del cielo es tan luminoso y tan intenso que los ojos se van a él incesantemente, por sí mismos. El aire poblado de rayos y reflejos está de fiesta, y las ramas negras, tortuosas, hacen saliente con una fuerza extraordinaria en la claridad desahogada o en el azul profundo.

Una vieja vereda desfondada da vueltas, hacinada de matorrales, y sus arenas, rayadas de tierra negra, salpicadas por miríadas de bellotas, desaparecen a medias bajo la vegetación repululante. Ninguna palabra da idea de esas altas hierbas cuyo nativo vigor no ha sido deformado por el cultivo. La savia las ha lanzado al aire de un salto, por familias; relucen gozosamente entre los brezos descoloridos, y a veces una soleada que las coge de través disemina en medio de la sombra una gavilla de esmeraldas.

Siempre el cielo en medio de los follajes dorados, el cielo bienhechor, pacífico, el más magnífico de los dioses, la más divina de las cosas.

¿Para qué sirven la pintura y la poesía? ¿Qué cuadro, qué libro valen semejante espectáculo? Son falsificaciones mezquinas; a lo más, consuelo para las gentes encerradas en casa.

Esos grandes árboles os hacen grande; son héroes, dichosos y tranquilos; se llega a serlo por contagio a su aspecto. Dan ganas de gritarles: «¡Eres un hermoso y potente roble; eres fuerte; gozas de tu fuerza y del lujo de tu follaje!»

Los abedules, los fresnos y otras criaturas delicadas parecen mujeres pensativas, cuyo pensamiento nadie ha oído, un pensamiento tímido y gracioso que llega medio borrado con el cuchicheo y la agitación de sus finas ramas. Hay dulzuras y coqueterías en los huecos umbrosos, en los lechos de los brezos rosa, en los senderos tortuosos que dejan ver un trozo de su cinta, al borde de una fuentecilla que el suelo ennegrece entre las piedras y de pronto descende con una lluvia de relámpagos; es una mirada súbita, un mohín y una zalamería de niño, de un dios infantil que ríe en libertad. Todas esas almas encantadoras se atreven a hablar en el silencio. Por arriba, ¡qué serenidad y qué irradiaciones en esta inextricable red de claridades entrecruzadas que habitan en las cúpulas de los robles! Todo cuidado se va tras ellos; se hace como ellos; se deja que se viva.

Pasan los años; yo he cumplido el mes anterior cincuenta y cuatro, y ¿cuántos días por año hay en que, como ahora, me sienta joven?

Capítulo XX

La moral

- I -

20 diciembre.

Resulta a veces desagradable ser tío, no tan sólo porque todo sobrino querría tratar a su tío a un simple banquero, y ya he puesto orden en eso, sino porque hay que predicarle la moral. Esto da el aire pedante, que no dista mucho de dar el aire tonto. El sobrino se mira las puntas de las botas y da vueltas al sombrero entre sus manos, como hombre que deja que corra el agua. Toda la actitud es respetuosa; pero en el fondo del corazón se dice: «¿Acaso mi tío no ha hecho tanto como yo cuando era joven? Me regaña porque alquilé un cupé al mes, y tiene dos coches para él. He regalado una sortija de cien francos; ¿acaso no da él pendientes de cien luisas? Encuentra que mi sastre es demasiado caro; pues id a

decirle que se ponga un traje usado. Vamos, ya va a acabar la ducha y tendré tiempo de ir a ver a Georgina.»

En materia de moral las palabras no sirven de nada; en sí mismas no son mas que un sonido más o menos desagradable. Lo que las da una fuerza y un sentido es la educación anterior; si ha puesto en la joven cabeza dos o tres pedazos de ideas sanas, podéis hacerle entrar en razón; si no, lo mismo da golpear un leño para hacer saltar chispas. Hay que dirigirse a sentimientos ya nacidos, y no son frases las que las harán brotar en un cuarto de hora.

¿Qué hay, en esos sesos? He ahí lo que me pregunto cuando le veo en su sillón, rozagante y fresco, cogido el talle en una levita correcta, partidos los cabellos en medio de la frente por una raya y amoldados los dedos por sus guantes color de carne. Ha atravesado tres o cuatro educaciones y otras tantas morales. Si obtengo alguna cosa de él no será por la fuerza de mi elocuencia, sino por la virtud de esas educaciones y de esas morales. He aquí la lista y el balance:

Primeramente, la educación del catecismo; sólo hablo de ella para memoria. Iba de corto y recitaba definiciones teológicas; pero se le pasó en cuanto se puso botas. Ha hecho el hombre y no ha pensado más que en la gloria de enarcarse bien en su traje de colegial.

En segundo lugar, la educación de la familia. Ha aprendido a no meterse los dedos en las narices, precepto excelente que ha olvidado más adelante en el colegio. Se le ha enseñado también a no meter la mano en el plato, a no hacer demasiado ruido con las quijadas al comer, a no arrastrarse por el suelo de rodillas, a no tomar para él solo toda la conversación en la mesa. De todo eso ha conservado algo.

Tercero, la educación del colegio. Es la principal. Aquí hay que dividirla: la que ha recibido de sus maestros y la que debe a sus camaradas.

La primera es bastante flaca; en cuanto ha podido poner juntas dos ideas, se ha burlado de ellos; nuestros jóvenes franceses no son respetuosos; no es nunca la admiración lo que les ahoga. Ha notado que el uno se rascaba siempre la nariz, que el otro terminaba las frases con un ritornelo de clarinete; le han dicho que el otro era desgraciado en su casa; que un cuarto había escrito un indecente artículo para tener la cruz. En principio ha establecido en su cabeza que toda administración y todo gobierno se componen de galopines desagradables.

En las reparticiones de premios y cuando su padre iba con él a visitar al provisor ha oído amplificaciones convenientes sobre la educación, que es un sacerdocio. Ha bostezado y se ha dicho que aquellas gentes practicaban el reclamo como confiteros. Sin embargo, ha adquirido alguna idea de la justicia; en el colegio, cuando se es el primero, es que se tiene merecido. Además ha concebido alguna estimación hacia la literatura; todos los grandes hombres de quienes le han hablado eran letrados; está dispuesto a creer que es bueno conocer la ortografía, que no hay que tomar a Horacio y Virgilio por frailes de la Edad Media, y que, en suma, Voltaire ha gozado de cierta consideración en el mundo.

Todo eso no es gran cosa; sus camaradas le han servido mejor. Era monono, aseadito, delicadito; le han llamado niñita, le han dado bofetones y le han obligado a jugar, a correr; con este régimen se ha hecho algo más resistente y más hombre. Ha adquirido también entre ellos el sentimiento del honor. Los escolares admiten en principio que están naturalmente en liga contra el maestro, que en ningún caso hay que denunciar a un camarada; eso sería acollonarse; si el castigo recae sobre otro, el culpable debe denunciarse a sí mismo. Esto forma cierto número de pequeñas virtudes romanas y militares.

Otras adquisiciones no son tan buenas. Se ha creído obligado a ser libertino antes de la edad; ha hecho entender a sus camaradas, a fin de conservar su estimación, que el domingo, al volver, seguía a las mujeres; que tal semana había tomado ponche con una pespunteadora de botines; todo eso en términos medianamente decentes y con detalles; hay que tener el aire calavera. En suma, la vanidad ha hecho su oficio; se parece a esas soleadas que queman algo las frutas, pero las maduran.

Esa es nuestra cultura, y no podemos tener otra. El colegio es una especie de regimiento en el que el espíritu de mofa, el espíritu de imitación, la precocidad, la galantería, la licencia, la bravura, todas las cualidades francesas se desarrollan de un tirón y como un solo haz; se ha hecho algo soldado y algo forajido.

Entonces es cuando ha comenzado a ver el mundo; su madre le cogía del brazo y le obligaba a hacer visitas; en el campo, en las vacaciones, encontraba señoras bien educadas, señoritas. Tenía diez y seis años y no era medianamente cómico. Las dos educaciones se contrariaban. Quería ser amable y conservar, sin embargo, el aire varonil. Daba vueltas alrededor de las muchachas y no encontraba nada que decir. Se probaba gran número de corbatas y se miraba al espejo para ver si sabía sonreír; pero a la más lejana aproximación de un camarada, fruncía el cejo y ponía cara fosca, para no adquirir en el colegio reputación de afeminado.

Entre hombres trataba de mantener su dignidad, de mostrar presencia de ánimo, y de pronto tenía vivacidades de perrito o prisas de perro de muestra. Bebía ron, que encontraba malo, y fumaba cigarros que le mareaban. No tenía nada que contar mas que anécdotas de colegio, y creía se burlaban de él cuando se le hablaba del colegio.

Por la noche, en el salón, con su chaleco blanco, extendía complacientemente su dorso y se sonrojaba en cuanto le miraban, temiendo haber cometido alguna falta en el vestir.

Estaba siempre inquieto y se sentaba sobre las conveniencias como sobre un sillón relleno de alfileres. Al mismo tiempo comenzaba a leer los periódicos y las novelas de Alejandro Dumas, con lo cual se armaba en su cabeza la más graciosa baraúnda. Quería ser heroico y positivo, o, mejor, no quería nada de nada; todo eran veleidades. Pensaba en los caballeros vestidos con un colete de ante que se llevan a las bellas damas a la grupa de su caballo, y también en las costureras de París que aceptan una copa de Málaga después de una contradanza. Pensaba en D'Artagnan, que daba tan magníficas estocadas, y en su primo Julio, que en los bailes de grisetas levantaba tan gallardamente la pierna.

En torno suyo se predicaba el desinterés y se practicaba el egoísmo. Los periódicos exigían imperiosamente el amor a la patria, y todos los hombres graves cuando compraban alguna finca declaraban precios falsos a fin de defraudar al registro. Revoloteaban ante sus ojos gran número de máximas morales pescadas en los autores; pero para redondearse al fin de un período o engastarse en un verso latino, meros adornos de espíritu, muy bien colocados en el discurso o en el escrito, como jarrones sobre una chimenea o chucherías sobre una vitrina; cuando menos éste era el uso que se hacía de ellos a su alrededor.

En la práctica, los hombres y las mujeres pensaban en divertirse, no grande ni violentamente, sino cada uno con su pequeña manía y en su pequeño mundo, con la caza, la jardinería, el traje, la maledicencia, la mesa, sin herir demasiado al vecino, porque es peligroso herir en demasía al vecino; hay que contentarse con arañarle, sobre todo a escondidas y por detrás; esto despabila un poco y no altera visiblemente la dulzura general del bienestar en que se quiere mantenerse. Los grandes vituperios están reservados para las grandes locuras o las grandes tonterías. Por general consentimiento, quien da de cabeza contra un uso recibido es un loco; quien no sabe hacer o conservar su fortuna es un tonto. Fuera de eso todo es arbitrario; escoged vuestro placer, eso es cosa que no le importa a nadie; basta con no romperse las narices, y sobre todo no romper los vidrios.

Después se ha comenzado a hablarle de una carrera, con tono bastante serio: «Un hombre debe tener un estado, hay que hacer su camino en el mundo. ¿Qué es un hombre que no trabaja?», etcétera. Pero el diablo quiere que haya siempre dos discursos sobre el mismo asunto, el que se pronuncia y el que no se pronuncia, y, naturalmente, este último es el que escucha el joven.

Un día oye a dos señoras hablar de matrimonio. «Querida, exigid que vuestro yerno tenga una profesión; sólo eso puede sujetar a un hombre; es una cadena atada al cuello, y sin ella echan a correr.» Otro día, a las tres de la tarde, llega el notario, de frac negro, apretado el cuello en una corbata blanca. Una parisiense que se encuentra allí sonríe y se inclina al oído de su vecina: «Creía que no había ya notarios así más que en la Ópera Cómica; es la profesión.»

Está invitado el previsor; entra teniendo en la mano un sombrero de anchas alas, separando el pecho, a la vez noble y paternal; alguien pregunta quién es aquel señor gordo que habla siempre y nunca dice nada. «No es un hombre -responde el vecino-; es un discurso de repartición de premios»

Un capitán se hace útil al baile y no deja de danzar hasta las tres de la mañana. Se explica esta abnegación teniendo en cuenta que a fuerza de permanecer de pie en las paradas ha adquirido una rigidez de pantorrillas y una anchura de pies inusitadas.

Una noche, en el teatro, el personaje brillante de la comedia dice hablando de no sé qué ricachón: «Ha muerto en Marsella en los aceites.» Y un colegial ve pasar una risa burlona sobre los labios de todos los que no tratan en aceites.

La misma noche, al volver a casa, después de una conversación sobre las oficinas y los jefes de oficina en Francia, un mal guasón propone el establecimiento de una

administración mecánica compuesta de funcionarios de cuero hervido y madera barnizada, cada uno con su cojín de cuero verde y sus anteojos verdes, maniobrados por una máquina central cuyo fogonero sería el ministro. Los funcionarios gastados pasarían al retiro, colgados por un gancho en una sala baja. No se quejarían jamás y ya no emborronarían sobre las mesas. El servicio estaría mejor hecho y resultaría más económico. Tendrían tanto talento como los antiguos; es una reforma, y se llegará a ella.

Además de eso, mi jovencito ha hojeado los álbumes de Daumier, que se arrastran sobre las mesas, y ciertamente no se ha llevado de ellos una grande admiración por las condiciones y profesiones burguesas. Las gentes de mundo alaban a los trabajadores como los caballos de lujo alaban a los de simón: «Buena bestia, muy paciente; de esas hay menester; pero procuremos no ser una de esas bestias.»

Durante todo este tiempo contraía un hábito, y ese es el gran resorte.

A mi juicio, hay tres resortes que levantan a un hombre: los discursos oficiales que oye rozan la superficie de la piel; las frases sinceras que sorprende lo hacen levantar un brazo o una pierna; las costumbres que ha adquirido lo sacuden y lo impelen por entero.

La costumbre de que aquí hablo consistía en meterse la mano en el bolsillo. Como siempre encontraba dinero en él, ha acabado por convencerse, sin parar mientes, de que el dinero y los bolsillos del pantalón tienen una afinidad natural.

Todo lo que veía en torno suyo le confirmaba en este bello principio. El portamonedas de la madre estaba siempre lleno, y los cajones de su padre, más llenos todavía. ¿Qué movimiento más fácil para un escudo que resbalar de allí hasta su bolsillo? Nada más que un cierre que correr o un pomo de qué tirar, y negocio concluido. En cuanto a suponer el vacío en el portamonedas o en los cajones era cosa absurda e imposible. ¿Puede imaginar alguien que el aire no será mañana respirable o no saldrá el sol? Pues lo mismo lo demás.

En el liceo, en casa, se encontraba la mesa, naturalmente, puesta todos los días y servida a las diez. El conserje, cada seis meses, llegaba, quitado el sombrero, a presentar el recibo del alquiler. Cuatro o cinco veces al año llamaba el sastre con unos trajes, y la cosa era tan natural, que si un pantalón formaba una arruga, el sastre se retiraba avergonzado y se apresuraba a enviar otro.

Todo eso seguía un curso tan regular como las estrellas del cielo. Lo que hubiera parecido monstruoso era lo contrario. De esta suerte, a los veinte años, cuando ha entrado en el mundo, había en él, sin que se diese cuenta, por debajo de todas sus opiniones y de todas sus creencias, la persuasión fija de que el mundo y la sociedad le debían buenas comidas, burdeos de ordinario, a menudo champaña, un alojamiento conveniente, un mobiliario nuevo, trajes bien cortados, cuatro pares de guantes por semana y quinientos francos al mes para el bolsillo.

Con eso ha hecho grabar sus primeras tarjetas y comenzado su carrera de Derecho, excelente manera de no hacer nada. Además ha venido a pedirme mis consejos; le he dado cajas de cigarros y he examinado el estado de su corbata y de sus botas; ¿para qué las

frases? La vida es la que le instruirá. Mi solo asunto es ponerle en condiciones instructivas. Que sienta la verdad y la necesidad en la carne viva; solamente entonces comprenderá la descripción de la quemadura. Si escribo mi idea de la vida, no es para él, es para mí; aquí puedo desahogarme a mis anchas; no leerá esto hasta de aquí a diez años.

- II -

Hijo mío, tienes las mejillas sonrosadas y entras en la vida como en un comedor, para sentarte a la mesa. Te engañas; los sitios están tomados. Lo que es natural no es la comida, sino el ayuno. No es la desgracia, sino la felicidad lo que es contra Naturaleza, la condición natural de un hombre, como de un animal, es ser acogotado o morir de hambre.

Si eso te parece extraño, es que no has vivido, como yo, en un país en que la verdad y la hipocresía se ostentan a la primera mirada y todas enteras al desnudo. Recuerda el paseo que diste el otro día conmigo por el bosque. Aplastábamos las hormigas que se encontraban debajo de nuestras botas. Los lindos pájaros revoloteaban para tragarse las moscas; los insectos gordos devoraban a los chicos. Hemos visto en un bache, entre dos matas de hierba, un lebratillo con el vientre al aire; un gavilán le había cogido en su primera salida, comiéndose la mitad, y el vientre estaba vacío; las hormigas, los escarabajos, gran número de famélicos trabajaban en la piel.

De cada diez recién nacidos queda un adulto, y éste tiene veinte probabilidades por una de no envejecer; el invierno, la lluvia, los animales cazadores, los accidentes lo abrevian. Una pata o un ala rotas por la mañana hacen de él una presa para la noche. Si por milagro escapa, desde el primer ataque de la enfermedad o de la edad va a encerrarse en su agujero y el hambre le acaba. No se rebela, sufre tranquilamente la fuerza de las cosas.

Mira un caballo, un gato o un pájaro enfermos. Se echan pacientemente, no gimen, dejan hacer al destino. Las cosas pasan en el mundo como en este bosque tan magnífico y tan perfumado. Se sufre en él, y esto es razonable; ¿vas a pedirles a las grandes potencias de la naturaleza que se transformen para no herir la delicadeza de tus nervios y de tu corazón? Se mata y se come en el mundo, y eso no tiene nada de extraño; no hay bastante pasto para tantos estómagos.

Si quieres comprender la vida, sea esto el principio, como el fundamento de todos tus juicios y de todos tus deseos: no tienes derecho a nada, ni nadie te debe nada, ni la sociedad ni la naturaleza. Si les pides la felicidad, eres un tonto; si te crees tratado injustamente porque no te la dan, eres más tonto aún. Tú quisieras que te honrasen; pero esto no es ninguna razón para que se te honre. Tienes frío; pero esto no es ninguna razón para que venga por sí mismo a ponerse sobre tus hombros un vestido caliente y cómodo. Estás enamorado; pero esto no es ninguna razón para que te amen.

Hay leyes inmutables que gobiernan la posesión de la gloria, como el encuentro del amor, como la adquisición del bienestar. Te envuelven y te dominan, como el aire mefítico o sano en que estás sumergido, como las estaciones que, sin inquietarse por tus gritos, sucesivamente te hielan o te queman. Estás entre ellas, pobre ser débil, como un ratón entre elefantes; anda con ojo avizor, ten cuidado de dónde asientan el pie, no te aventures por sus senderos acostumbrados; pellizca con precaución algunas porcioncitas de las provisiones que acumulan; pero, sobre todo, no seas ridículo hasta el punto de sorprenderte de que no estén a tu servicio y de si sus formidables masas se mueven sin pensar en ti.

Lo que tengas de vida es un don gratuito; mil que valían más que tú han quedado aplastados ya al nacer. Si encuentras en tu agujero algunos granos recogidos por anticipado, dale gracias a tu padre, que fue a buscarlos con peligro de sus miembros. Cuando atrapes un minuto de goce, considéralo como un accidente venturoso; son la necesidad, la inquietud y el fastidio los que, con el dolor y el peligro, acompañarán tus zancadas de ratón o te seguirán en tu topera. Te complaces en ella, te parece sólida; eso es verdad hasta la primera oleada de agua lanzada por una de esas gruesas trompas, hasta la aproximación de esas pesadas patas. De todas maneras, al vigésimo día, al quincuagésimo o algo más tarde, el efecto será el mismo. El monstruoso galop encontrará tu cuerpecito, un atardecer en que asomará la nariz al sol poniente, una mañana en que saldrás para ir a pacentar. ¡Quiera la suerte que del primer golpe la pata se apoye sobre toda tu triste osamenta! Apenas la sentirás; eso es lo mejor que puedo desear a mis amigos, a ti, a mí mismo. Pero es probable que la muerte te coja por partículas y que esta vez vuelvas a casa con un miembro magullado, dejando un rastro de sangre en la arena. Así, estropeado y cojo, el primer galop aplastará tu cabeza y tu pecho, y al día siguiente les llegará el turno a los otros.

Contra estas suertes de males, la experiencia y el razonamiento de todos los ratones y de todas las toperas no han hallado remedio; todo lo más, al cabo de tantos siglos, la raza trotante ha sabido descubrir algunas costumbres de los elefantes, señalar su sendero, prever, según su grito, su entrada o su salida; está algo menos aplastada que hace cincuenta siglos; pero lo está aún y lo estará siempre. Aumenta tu destreza si quieres, pobre ratón; no aumentarás mucho tu felicidad; procura mejor, si puedes, endurecer tu paciencia y tu valor. Acostúmbrate a padecer convenientemente lo que es necesario. Evita las contorsiones y las agitaciones grotescas; ¿qué necesidad tienes de hacer reír a tus vecinos? Conserva el derecho de estimarte, ya que no puedes substraerte a la necesidad de sufrir. A la larga las gruesas patas de los elefantes y las incomodidades que de ello se siguen te parecerán la regla. El mejor fruto de nuestra ciencia es la resignación fría, que pacificando y preparando el alma reduce el sufrimiento al dolor del cuerpo.

¡Y aun si los desdichados viviesen en paz unos con otros! Se te ha dicho, se te ha repetido que en cada colonia roedora todos estaban aliados, todos trabajaban por el pro común; que todos, salvo algunos merodeadores, debidamente castigados, observaban fielmente los convenios primitivos. Eso es falso, y es menester que sepas que es falso; de otra manera, desde tu primera experiencia tomarías los principios de tu educación por mentiras y el interés personal haría de ti un hipócrita o un rebelde. No seas ni lo uno ni lo otro, y mira bravamente la verdad tal como es.

El hombre es un animal por naturaleza y por estructura, y nunca la naturaleza ni la estructura dejan borrar su primer pliegue. Tiene caninos, como el perro y el zorro, y como el perro y el zorro los ha hundido desde el origen en la carne de otro. Sus descendientes se han degollado con cuchillos de piedra por un trozo de pescado crudo. Al presente aun no se ha transformado, no está mas que amansado. La guerra reina como antaño, sólo que es limitada y parcial; cada uno combate aún por su trozo de pescado crudo; pero bajo la mirada de la Guardia civil, no con un cuchillo de piedra.

No hay mas que una provisión reducida de cosas buenas, y de todas partes las codicias desencadenadas se lanzan a porfía para apoderarse de ellas. Mira una gran ciudad y el hormiguero de gentes atrafagadas que se entrechocan. Cada hombre sale de caza por la mañana con su familia y sus servidores, sus amigos y sus protectores, los unos a su alrededor, los otros a su alcance; al punto que aparece una pieza en el horizonte, familia y servidores, protectores y amigos, todos se preparan y se escalonan; ingenios, reclamos, redes, armas permitidas y a veces armas prohibidas, perros corredores y perros de parada, toda la casa y todo el arsenal de la casa trabajan con el jefe a la cabeza; es que hay que comer. Piensa en el comer y sabe que no comerás mas que de tu caza. Esta es rara y los cazadores son numerosos. Levántate más temprano que los otros, acuéstate más tarde, anda más aprisa, ten más olfato, reúne más perros, redes, amigos y armas; cierra cuidadosamente tu morral a la vuelta; guarda cargada tu arma por temor a que en el rincón de un bosque algún cazador con el morral vacío no te aligere de tu botín; que sepan que eres bravo y capaz de defenderte; aun en el primer ataque defiéndete demasiado fuerte; que te respeten; a este precio y sólo a este precio comerás.

Esto es un consejo para todo el mundo; he aquí otro que sólo se dirige a algunos. No pidas nada; un mendigo es un ladrón tímido. Acepta raramente; un obligado es un semisiervo. ¿Eres tan flojo de cuerpo y de corazón que tengas que vivir del trabajo de otro? Estímate mucho, y, por lo mismo, no seas un simple comilón. Cuando hayas disparado tu escopeta y ganado tu cena, deja a los mercenarios que batan la llanura, que se carguen y que a la vuelta se retuerzan el pescuezo. ¿Qué necesidad tienes de sobrecargar tu morral y entorpecer tu marcha? ¿Por qué habrías de allegar más de lo que puedes comer? ¿Te conviene acaparar, sin provecho para ti, la caza de que vayas a privar a un pobre diablo? ¿Quién te obliga a sudar entre los barbechos todo el santo día, como un hombre de alquiler, cuando a las diez de la mañana has hecho ya tu provisión para el día?

Mira a tu alrededor, y ve aquí una ocupación menos animal: la contemplación. Esta ancha llanura humea y reluce bajo el generoso sol que la ilumina; esas dentelladuras de los bosques reposan con un bienestar delicioso sobre el azul luminoso que las bordea; esos pinos odoríferos suben como incensarios sobre la alfombra de los brezos rojos. Ha pasado una hora, y durante esa hora, cosa extraña, no has sido un bruto; te felicito por ello: puedes casi alabarte de haber vivido.

Capítulo XXI

La conversación

El jueves pasado, en el Círculo, B... nos dice a tres o cuatro de entre nosotros: «Me voy a casar; bonita muchacha, honrada, bien educada, buena familia; eso nos da para los dos cuarenta mil libras de renta para poner casa.» Le felicitamos.

Sale y encuentra a un antiguo camarada, Máximo A..., muy apresurado, que sube al coche y le grita de paso: «¡Buenos días, querido, buenos días! Me caso, ¿sabes? ¡Cuatro millones, querido, cuatro millones!»

Vuelve B... hacia nosotros y nos cuenta el asunto con el semblante hosco: «Mi posición no vale la de Máximo. ¡Pardiez! Me apresuré demasiado.»

N... acaba de ofrecer el más lindo collar de perlas del mundo a mademoiselle Leontina, de la Ópera, y le felicitamos por los deliciosos hombros que ha decorado tan bien. «¡Pssch! Como otros cualesquiera.» «Entonces, ¿lo que os gusta son los hombros en general?» «No; soy buen padre de familia. ¿Qué queréis? Tengo ya tres hijos; un cuarto que viniese ahora roería su parte de un tercio; las tonterías de afuera impiden las tonterías a domicilio.»

Emilio S..., abogado, nos hace hoy el resumen de su profesión. La ley es una estatua majestuosa que se saluda y a cuyo lado se pasa; la jurisprudencia varía cada veinte años. Como hay siempre diez precedentes en un sentido y diez en otro, el juez escoge a voluntad, y, sépalo o no, su elección está regulada siempre por razones domésticas y personales. No litiguéis jamás en puro espíritu, como si os hallaseis delante de la justicia justa; por el contrario, haced resaltar el motivo o el argumento especial ante el hombre que va a dictar el fallo. El uno, antiguo procurador, es sensible a razones de procedimiento; el otro, autor de libros, se rinde a las consideraciones generales; el de más allá es clerical o liberal, comodón o marido engañado. Tocad esta cuerda. El procedimiento más universal es fatigar al juez; ahogarlo bajo una oleada de razonamientos contrarios; hacerle perder pie; arrastrarle en el diluvio de las interpretaciones, de las citas, de las autoridades, y por fin, en la última réplica, tenderle la pértiga, es decir, un argumento gordo bien claro, definitivo, al cual se agarra.

De cada diez jueces, nueve están envarados, avellanados, hinchados. Ninguna clase de hombres tiene la máscara tan deformada, tan plegada, tan ahuecada, tan gastada, tan impregnada de angustia; es que están sentados todo el día, masticando plumas, silenciosos, inmóviles, bajo la barrena del abogado que durante dos, tres horas seguidas, le perfora ante la ley. He ahí el palo interior que retuerce sus labios y pela su cráneo. En cambio, hacen callar al abogado como a un doméstico.

Conversación sobre las martingalas de la Bolsa y las bribonadas de las loretas. Dejo a un lado esos manejos por ser hartos conocidos. Por ejemplo, en un restaurante célebre, los gabinetes particulares empiezan en el número 20. Se suma este número 20 con la cuenta. El que ha comido se halla ordinariamente emocionado; ha bebido champaña; mira a la señora que se pone el sombrero; se olvida de sumar o suma mal; en una palabra, paga. Si ve el fraude, el mozo exclama: «¡Ah, caballero! Es ese maldito número 20; una equivocación de la Caja» El propietario gana 25.000 francos al año con esos errores de suma.

Otras veces la comedora se arregla para subir detrás del señor, y hace signo al mozo de que quiere diez francos. El mozo grita: «Cuidado con el número tantos.» Se hinchan las cifras, hasta añadir diez francos a la cuenta, etc.

Todo eso es vulgar; he aquí lo que es más nuevo. En Normandía, cuando dos campesinos se han puesto de acuerdo sobre sus límites, cavan un agujero de seis pies y depositan en él una marca; por ejemplo, botellas; lo cubren con tierra y plantan encima un mojón visible. Ambos son ladrones y quisieran hacer retroceder el mojón; mas para tal caso sirve de testimonio la marca. Pero a menudo, ya desde la primera noche, el más astuto se levanta, desentierra las botellas, va a hundirlas diez metros más adelante en el campo del vecino, y deja cuidadosamente el mojón en su sitio. Un año después se queja de que han quitado de su sitio el mojón. Viene la investigación, se comprueba; la marca da fe y el robado resulta ser el robador. Parece que El zueco rojo, de Enrique Murger, y Los campesinos, de Balzac, son pinturas verdaderas.

Las tres cuartas partes de conversaciones de París tienen este giro escéptico. ¿Cuáles son las diversas maneras de ganar cincuenta mil libras de renta explotando la tontería humana? ¿Cómo se las componen el financiero, la loreta, el político? ¿Cómo he de arreglármelas yo mismo? Si soy hombre de mundo, mi sola regla es no faltar al honor del mundo. Si soy hombre de negocios, mi solo cuidado es no caer bajo las garras de la ley. Si soy hombre político, mi gran negocio es caer sentado, en caso de accidente, en un buen empleo. Los hay de muchas especies, especialmente en Hacienda: los de recaudador, receptor, etc. Tuve que ir el año pasado a las oficinas del recaudador de mi distrito. «No está, caballero.» «Sin embargo, me convendría verle.» «Es imposible, caballero.» «¿A qué hora viene?» «No viene nunca, caballero.» «Dadme entonces su dirección.» «No la sabemos, caballero.»

El que hace el trabajo es un viejo empleado; el destino es de veinticinco mil francos. Después he sabido que mi recaudador es un hombre de mundo y que tiene éxitos en Baden. Hace bien los versos, sus botas son finas y tiene muchos chalecos notables.

* * *

La conversación deprava. De hombre a hombre vuelve cínico, porque hay que parecer experto, capaz de llegar al fondo de las cosas, exento de ilusiones. De mujer a hombre vuelve escéptico, porque hay que divertirse con todo, aun con las cosas serias. El mundo

hace la mujer de mundo y el hombre de mundo, dos niños mimados, que se miman uno a otro. La primera juega con los objetos como con una baratija; el segundo los rompe para ver qué hay dentro.

Esto vale más que la etiqueta; todo vale más que la etiqueta. Andad a cuatro patas si queréis; quitaos la ropa, las botas, todo cuanto os plazca, mientras no recitéis frases hechas. El año pasado di una reunión que tuvo éxito; la habitación estaba adornada con flores de los trópicos y había un vino del Cabo poco conocido. Al cabo de ocho días me daban ganas de marcharme de París; no podía entrar en un salón sin recibir un cumplido, siempre el mismo, y me sentía furioso. Cuando se acercaba un hombre o una mujer preveía la frase y la mueca particular, la especie y el grado de la sonrisa, el pestañeo de los ojos, la profundidad de los pliegues alrededor de la boca, el tamaño de los movimientos de las caderas y del retorcimiento de los riñones, la agudez y los crescendo de la voz. No veía ya una cabeza de hombre pensante, sino un hocico de mono que hacía monadas, o una momería de muñeco tirado por el bramante. Había acabado por volverme tan mecánico como ellos; había fabricado una frase con variaciones, que partía en respuesta al acercarse las frases cumplimenteras; la recitaba escuchando mi propia voz o contando los dijes del reloj del interlocutor. Un hombre debería tener un secretario encargado de hacer y recibir los cumplidos en su puesto, de diez a doce, todas las noches, en el mundo.

* * *

Hagamos, si os place, una pequeña estadística de las cincuenta personas que tenéis delante en un salón. ¿Cuántas hay cuya conversación sea amena e interesante?

Veinticinco son gentes asentadas, simples organillos de frases. Nada más raro en la Naturaleza que la originalidad, y la educación la disminuye; el buen parecer aprisiona el ingenio y el alma; nadie se atreve a moverse por temor a entregarse y comprometerse. Se repite durante quince días la idea de moda, y después, por otros quince días, la idea que sigue. Hay dos frases posibles sobre La Africana, dos sobre el discurso de Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre toda cosa humana; según el personaje, tendréis la una o la otra, a veces una anécdota; pero un juicio sincero y personal, nunca. Falta la impresión propia; los ojos han visto, los oídos han oído, la memoria ha retenido, las conveniencias dictan, la boca pronuncia; más allá, nada.

Eso es todavía más notable en las mujeres que en los hombres. Habéis entrado por un vestíbulo adornado de arbustos y de flores, donde, entre las blancuras de los mármoles y los rosáceos mates de las alfombras, las mujeres mostraban los hombros desnudos, los cabellos sembrados de diamantes, arrastrando su larga falda de moaré lustroso, perfumadas, orgullosas, paradas de peldaño en peldaño como pavos reales multicolores o flamígeras aves de los trópicos.

Habéis notado dos o tres que, después de haberse paseado unos momentos, han acabado por reunirse en un ramillete. La una, desarrollada, con falda blanca labrada, con el justillo plegado, parecía una veneciana del Renacimiento; por encima de esta divina dulzura del raso veíase una nuca curvada, nacarada, y en las trenzas rubias de los opulentos cabellos, por todo adorno, una cintilla de encajes.

La segunda, alta, esbelta como una Diana, llegaba en los largos pliegues de su traje morado; el justillo, guarnecido de pasamanerías de plata, dejaba entrever la vaga idea de un húsar heroico; andaba aprisa, y su falda arrastrada se estremecía como una estola de diosa, mientras las blancas pedrerías, en ramillete, en sus cabellos, flechaban centelleos de espada.

La última, delgada, flaca, con el rostro hacia delante, la nariz afilada, los labios trémulos, los ojos lánguidos y los cabellos pálidos, enmarañados bajo sus diamantes, parece lanzar por toda su persona chisporreos de centellas y relámpagos; sentada o de pie no toca al suelo; la fuga interior, los indomables lanzamientos y enderezamientos de la vida nerviosa hacen estremecer a cada momento su forma delgada. Alrededor de su cuello delicado chorroa un collar de diamantes como un círculo de ojos vivientes, como los pálidos ojos flameantes de un círculo de serpientes mágicas. Hablan y parecen encantadas de su conversación. ¿Qué no se daría por oírlas? Acércase, y se descubre que discuten sobre los puros de las sombrillas; la una los prefiere de ébano; la otra, de nácar.

Treinta personas son gentes oficiales que tienen que guardar miramientos. Esas treinta personas y una docena de otras son ambiciosos que vienen aquí para conservar su empleo o alcanzar un ascenso. Una decena de hombres y otras tantas mujeres quieren casar a sus hijas. Todas esas gentes recitan una lección; es imposible sacar de ellos una palabra verdadera; acerca de todos los asuntos interesantes son como un sacerdote a quien se comete la torpeza de hablarle de religión; tienen una consigna; tratan de agradar al dueño y a la señora de la casa; se hacen presentar a las gentes importantes; evitan las afirmaciones cortantes; se deslizan sobre los puntos escabrosos; llegan a la corrección perfecta. Nulidad o hipocresía. ¿Cómo queréis que hablen con claridad o abandono cuando se trata del puchero?

Aparte de esto, al cabo de algunos años ya no tienen necesidad de reprimirse; bajo la presión de la necesidad han perecido su iniciativa y su invención; no tienen ninguna opinión que ocultar o que expresar; el interior se ha modelado en ellos, poco a poco, sobre el exterior; no es ya un hombre quien habla, sino su empleo o su profesión. Un periodista os repite seriamente los artículos de fondo de su diario; un enriquecido se convierte en clerical y vigila la literatura, que es peligrosa; un padre de familia que tiene hijas por casar declara inmorales a los jóvenes.

Apuesto a que entre cien juicios enunciados en media hora por esas cincuenta personas que hablan, no hay seis desinteresados; los noventa y cuatro restantes recitan, sin reír, la escena de monsieur Josse. Tocad el resorte del mecanismo, y va a cantar un aire previsto. Coged un pintor, aun distinguido, y hacedle hablar de pintura; alabará a los demás pintores a proporción de su semejanza con él mismo. Pareadamente, un músico, un escritor, en el momento en que juzgan a otro, hacen por carambola su propio elogio.

Y eso va más lejos de lo que se puede decir. Hablad de arte en un círculo de sabios o políticos; a sus ojos, es un entretenimiento de ociosos. Hablad de ciencia en un taller de artistas y en una reunión de políticos; a su ver, es un rascamiento de papelistas o una cocina de estropeados. Razonad de política en una comida de sabios o de artistas; a sus ojos, es un charloteo de intrigantes graves. Cada uno desprecia al otro por instinto; es para elevarse otro tanto.

Cuando la conversación toma este rumbo siento necesidad de salir al aire libre y giro sobre mis talones. Decid cuanto queráis, mientras sea sin pensar en vosotros mismos; pero, ¡por el amor de Dios!, dejasos de vuestros reclamos. De otra manera, el salón no es mas que una tienda de mercaderes que mienten, saludan y pescan parroquianos.

Cuento además cinco o seis principiantes, de uno u otro sexo, que se preguntan por lo bajo si llevan bien alisados los cabellos y si ha sido correcto su saludo. No dicen nada; con ellos se acaba pronto la conversación. Si el salón es grave, hay además una docena de comparsas, suplentes de la Facultad y de la Escuela de Derecho, jóvenes magistrados bien encorbatados, relatores huesudos, jefes de negociado maduros que de vez en cuando vienen a ofrecer sus respetos. Estos guardan un silencio circunspecto o modesto, se están de pie como estatuas, se calientan en la chimenea, estudian un retrato o una cornisa, manejan un folleto; algunos, hojean el álbum de fotografías y juegan con los lentes; todos tienen el aire hosco. Se ve además, contra las colgaduras, media docena de cubas burocráticas o comerciales hembras, envueltas en raso o moaré; aquí y allá, alguna lechuza emplumada, alguna estantigua puntiaguda encuadrada de flores; son depósitos y restos. La señora de la casa las ha colocado y les dice una palabra, pero yo, no soy señora de la casa; tanto mejor para mí y peor para ella.

* * *

Hechos todos esos desfalcos, quedan tres o cuatro personas que hablan por hablar, que sienten placer al seguir las ideas, que se entregan a la discusión y a la invención, imprudente y libremente.

Están perdidas en la multitud; son amapolas en un trigal. En torno de ellos es un comercio de vanidades y de intereses; por doquier, goces de galopo o de cómica. Los rodeos de ingenio y de estilo empleados para hablar y hacer hablar de sí hacen daño al corazón. Mi vecino de al lado come su pescado, pero no le encuentra sabor; combina interiormente la frase que, lanzada en los intersticios de la conversación, atraerá la atención sobre su cuadro o su libro.

¿Demuestra mi estadística que la conversación del mundo es fastidiosa? Nada de eso.

La cortesía, aun mentirosa, es encantadora, y en eso Filinta tiene cien mil veces razón, y Alceste no pasa de ser un tonto. Por doquier vivimos en estado de guerra: rivalidades de

profesión, competencias de ambición, discordias de familia, antipatías de carácter. Dichosamente, hemos convenido en que de las siete de la tarde a media noche entre los hombres que llevan una cuerda blanca al cuello y las mujeres que no llevan nada del todo sobre los hombros habría tregua; mas aún, que cada uno se mostraría solícito, sonriente, inagotable en demostraciones de respeto, de estimación, de admiración, de simpatía hacia los otros. Todo lo más fina y alegremente posible. Es una comedia, sea; pero cinco o seis veces por soirée se tiene un minuto de ilusión; enconrad nada mejor si podéis. Como la felicidad y la belleza no existen, se han inventado las artes que facilitan su imagen. Como la bondad y la abnegación no existen, se ha inventado el mundo que da una apariencia de las mismas. Tratad de pasaros sin ellas, daos una vuelta por los Estados Unidos, mirad a un yanqui que come en mesa redonda con el sombrero encasquetado en la cabeza y que os dice flemáticamente, soplandoos en la nariz el humo de su cigarro: «¡Vuestra Europa es un miserable mundo viejo! ¡Un montón de lacayos y podridos! ¡Pero la libre América barrerá toda esa inmundicia!» Palabra de honor: prefiero mejor un chino, mi amigo el mandarín Tchang-Li, de Shangai, que me saluda ceremoniosamente hasta el suelo y el viernes me ofrecen una comida de Cuaresma, diciendo: «Seguiremos hoy los preceptos de vuestra excelente religión, que es tan superior a la mía.» Además, cuando se tienen ojos se puede observar. Los rasgos de vanidad o de hipocresía llegan a ser rasgos de carácter, y las palabras que os impacientaban cuando las tomabais como ideas os interesan cuando las consideráis como síntomas.

Tal grotesco o zopenco resulta ser una pieza rara y una muestra curiosa. A cierta edad, cuando el corazón se ha desprendido de muchos objetos y el espíritu está más atento al fondo que a la forma, la botánica moral y social es la primera de las diversiones. Preocúpase uno medianamente de oír hablar bien sobre las cosas; quiere tocar las cosas uno mismo; se encuentra menos placer en la literatura que en la vida; se prefiere una escena de costumbres a la pintura de una escena de costumbres.

Al presente me gusta una conversación en ferrocarril, con un burgués, un estudiante, un oficial, que una novela, aun buena, o una velada pasada en el teatro. El año pasado, en las cercanías de Fontainebleau, me encontré en el bosque una tarde, con tiempo lluvioso, y hablé tres horas con un guardabosque que se calentaba al pie de una haya con su chiquillo sentado entre las piernas. El humo subía azulado en el aire gris y no se oía mas que el chapoteo de las gotas de lluvia sobre las hojas. Aquel hombre estaba contento de su estado y quería hacer entrar en él a su rapaz cuando tuviese la edad. Se les da una casita, una huerta; pueden matar conejos para su consumo, y aun cambiarlos en casa del tablajero por una libra de verdadera carne; tienen un tanto por cada ardilla, hurón o zorra; en todo, a corta diferencia, mil quinientos francos al año. El oficio es sano, considerado, la caza siempre da placer; las muchachas van a recoger sacos de hayucos, etc. Yo escuchaba todo eso; miraba al arrapiezo salvaje y dispuesto como un potrillo, y me parecía leer una novela íntima.

Por fin, de tarde en tarde, entre la multitud de seres encogidos o estrechados, se encuentra una criatura sintiente, o por lo menos ante una actitud, un sonido de voz; sobre todo en los semblantes muy jóvenes se complace uno en imaginar lo que los poetas llaman un alma, quiero decir un ser nuevo y apasionado, que tiene su manera propia y personal de sentir, fiando en ella, sin tomar prestado nada, sin imitar, encerrando en sí una gran vida

solitaria y múltiple, difícil o casi imposible de aparejar, a no ser por un aflujo repentino y extraordinario de la ilusión y del entusiasmo, contenido y estremecido, de largo alcance de mirada, capaz de abrazar de una ojeada una serie de situaciones y sus consecuencias.

Alguna vez, por la forma del rostro y la profundidad de los ojos, se cree entrever esta riqueza y esta delicadeza naturales entre las mujeres; acerca de eso, un epicúreo no insiste: se mete en un rincón y sigue su sueño.

Los hombres superiores dan en algún caso una sensación parecida; pero hay que encontrarlos en un día de chispa, o haber roto el hielo de las conveniencias. Eso me ha ocurrido, a veces, sobre todo en París, que es una especie de exposición permanente abierta a toda Europa. El último que haya visto de esta especie es Eugenio Delacroix. Nadie ha tenido un sentimiento más intenso y más justo de la naturaleza visible; decíame, al enseñarme una Resurrección de Rubens, copiada de su mano:

«Ved este muerto, gordo, descolorido, desmazelado, con la quijada colgando, como en el anfiteatro de anatomía; es un muerto, y un muerto linfático; no hay como Rubens que sepa a fondo los temperamentos. Habéis visto en Munich su cuadro de condenados, de gigantes, de demonios, con cabezas de leones y de búfalos, y que no son ni leones ni búfalos. Sólo él ha sabido las degradaciones bestiales, los orígenes animales del hombre. Uno de los verdugos de su Crucifixión de Amberes es un gorila calvo. Y hete ahí nuestro asunto: mostrar la verdad absoluta e íntima de cada cosa. Al salir del colegio he mirado las ciencias, aspiraba a todo; he hecho herbarios, he seguido cursos de lenguas orientales; pero prefiero más el arte: el arte es más completo. El sabio sabe que dentro de cincuenta años se llegará más lejos que él. Se halla en la antesala de la naturaleza; a veces se entreabre la puerta, ve un magnífico rompimiento; pero vuelve a cerrarse la puerta, diciéndole: ya hay bastante para vos; lo que resta será para los otros.»

Yo mismo, al mirar su genio tan mal servido por su mano, le comparaba por lo bajo a los grandes hacedores de cuerpos del siglo XVI. Es de la misma familia; pero su desgracia le ha hecho nacer en un medio malo, como un mamut medio helado, anquilosado por la llegada del período glacial.

Dos o tres conversaciones como ésta, vivificadas por el gesto y el brillo de los ojos, pagan muchos bostezos interiores, muchas servidumbres de salón y muchos saludos de encargo.

Cuando yo pasaba la primavera en Londres se me ocurría a menudo, a la una de la noche, tomar un cab. El cochero está detrás, invisible, y las grandes piernas del caballo os llevan violentamente, con una carrera mecánica y rígida, sin que se sepa adónde ni cómo. El auriga tenía orden de no detenerse; ordinariamente volvía por London-Bridge y el Strand. Probablemente, ningún espectáculo de mundo es tan grandioso y tan horrible.

La vida se ha extinguido; queda un cementerio desmesurado. Aquí y allá, en un rincón, un policeman se mantiene rígido y mudo, como un guardián de los muertos; de vez en cuando, una miserable figura de mujer errante, algunos espectros con viejo traje negro se deslizan vagamente en la sombra. Una luna sepulcral relumbra, toda turbada por encima del aire, cargado de emanaciones humanas.

No es el sueño de una ciudad meridional voluptuosamente reposada entre los brazos de la pacífica Naturaleza: es el olor de la criatura postrada por la angustia y la fiebre; es la velada malsana prolongada por las antorchas al lado de la pesante muerte. Incesantemente, eternamente, las calles monótonas alargan sus filas de casas monumentales; calles en pos de calles, otras aún y siempre otras; después squares, plazas, medias lunas, todos desconocidos, todos silenciosos bajo la claridad lívida, con sus peristilos, sus pilastras, sus frontones, sus aceras y el desenvolvimiento o el entreveramiento de sus formas inesperadas. Parece que el abismo humano vaya ensanchándose a medida que uno se hunde más en él.

Y todo eso está vacío. Nunca, al verle lleno y ruidoso, se había sentido su inmensidad. Al cruzar los puentes colosales, el horror redobla; el río reluciente y viscoso chapotea indistintamente en la niebla, levantando sobre su dorso fétido los montones de buques que se pegan al rozar el agua. Los mecheros de gas tembletean sobre los remolinos, y sus reflejos, como columnas retorcidas que se hunden, van a perderse en lo infinito. A derecha, a izquierda, arriba, abajo, se adivina, bajo este catafalco de obscuridad, de luz, una gigantesca fila abollada de almacenes y fábricas ennegrecidos. ¡Cuántas piedras y ladrillos, cuántas casas e invenciones, qué amontonamiento de cálculos y de labores entrechocando unos contra otros, infatigablemente levantados y sobrelevantados, sin que jamás tregua ni reposo pueda suavizar o suspender el encarnizamiento de su conflicto! Mañana, las guaridas van a soltar sus hormigueros y volverá a comenzar el combate, más áspero, para exasperarse todavía más al día siguiente; pero el pensamiento más negro es que ese combate va a entablarse cuerpo a cuerpo, según rutinas fijas, en un terreno medido, dividido y cerrado, cada hombre en su compartimento, doblado por adelantado bajo el peso de la tradición y del aprendizaje, tan mecánico y tan artificial como su monstruosa cárcel de ladrillos. Hoy hay en el mundo demasiados hombres, demasiada compresión y demasiados esfuerzos.

La misma sensación experimento a veces por la noche en París, aunque menor; tal es el aspecto de este mundo moderno. Por el asombroso engrandecimiento del edificio humano, las cercas han ocupado los terrenos antes libres. Por la asombrosa multiplicación de los concurrentes, la muchedumbre ha llenado el recinto; el individuo se pliega bajo el peso de la masa y se encuentra emparedado en un orden establecido. Antaño, no hace mucho tiempo aún, un hombre de buena voluntad hacía fácilmente su boquete y escogía su camino. Las filas eran flojas y había sitio fuera de las filas. Mi padre, en 1800, con un bagaje matemático ordinario, llegó a ser un ingeniero reputado, y hubiera hecho una gran fortuna

si no hubiese preferido más pasearse y bailar. Treinta años después los sitios estaban tomados, y me he tenido que ir a América. Hoy, si mi sobrino monsieur Anatolio Durand o d'Rand no me hubiese tenido detrás, no pasaría en toda su vida de supernumerario.

El mundo se parece ahora a esa muchedumbre que se amontona en la plaza de la Concordia el día de los fuegos artificiales. Un hombre se halla allí perdido y derrengado; su fuerza es demasiado pequeña. Sus codazos, sus destrezas no le sirven de nada para adelantar; es menester que siga la fila paso a paso, como un carnero, bajo la mirada de un municipal. Esta prodigiosa multitud moviente le arrastra en sus ondulaciones o le encadena en su inercia. Por una parte, le reglamenta; por otra, le ahoga. Después de haber forcejeado se resigna; desde ahora aguanta su vida, y ya no la hace.

- I -

No se roba ya en las carreteras reales a cintarazos. Han encontrado que este medio de decidir quién tendría el dinero y las cosas buenas era demasiado sencillo; en cambio, han adoptado los procedimientos siguientes:

Primer medio, que es legal: la oposición. Mi amigo Eduardo S..., hombre eminente, pero de mediana fortuna, tiene un hijo laborioso y de espíritu ordinario; este hijo, al cabo de diez años de estudios, bachiller en letras y en ciencias, se presenta a exámenes de supernumerarios en el ministerio de Hacienda; hay inscritos doscientos catorce opositores; hay trece plazas. Los trece afortunados cobrarán anualmente, durante dos años, una gratificación de ciento cincuenta francos, mediante lo cual estarán obligados a hacer copias ocho horas al día; al cabo de dos años, si se portan bien, alcanzarán el colmo de la gloria de poner en sus tarjetas el título de empleado y embolsarse cien francos cada mes.

He encontrado este año a un viejo camarada, el doctor N..., antiguo interno, laureado, autor de muchos manuales, agregado, cirujano de los hospitales, etc. Este pobre hombre concurre desde hace treinta años a oposiciones para una cátedra de la Facultad. Desde hace diez años, como es metódico, lleva un registro de sus visitas a los jueces y sus confinantes; ha hecho tres mil setecientos veinticinco. Además, desde su internado, compone, aprende, recita y repasa multitud de cuadernitos provistos de notas, tiritas, corchetes y signos mnemotécnicos; como el ejercicio consiste en una lección hecha al cabo de algunas horas de preparación, en objeciones hechas a quemarropa, etc., hay que tener siempre en la cabeza la mayor masa de hechos y de fórmulas posibles sobre cada pequeño distrito del dominio inmenso que abrazan las ciencias médicas y naturales. A causa de eso, los candidatos recortan la materia por adelantado en compartimientos, la aprietan con pequeños resúmenes compactos y se atiborran de ella. Eso hace como un montón de piedras indigestas que acumulan en su inteligencia y les inquieta, abrumándoles, pues en virtud de su peso tiende sin cesar a escaparse por todos los agujeros de la memoria. Con este oficio ha ganado mi amigo todos los grados; ahora aspira al último, y lo obtendrá, si la apoplejía no le derriba al suelo, como caballo de carga, según es.

Paso por alto cincuenta rasgos semejantes. La oposición funciona a la entrada de todas las carreras, en el ejército, en la marina, en la enseñanza, en montes, en el profesorado, en los ministerios, en los diversos servicios de la industria privada o política; es un torniquete, no doble, sino triple, cuádruple, o hasta indefinidamente repetido y continuo; continuo para las clasificaciones, para las notas y los escalafones en todas las grandes escuelas del Gobierno, en toda la Administración y aun en todo el ejército.

Contad que en cada salida se encuentra un concurso especial: un oficial halla uno para ser comandante o entrar en la intendencia; un artista, para ingresar y permanecer en la Escuela de Bellas Artes, para ir a Roma, para entrar en la Exposición, para alcanzar medalla una primera vez, una segunda, una tercera, para tener la cruz.

Hete ahí que para las otras exposiciones el concurso penetra hasta en las profesiones independientes. El señor marqués de... quiere ser premiado por sus vacas; la duquesa, su prima, obtiene una mención honorífica por un lote de pavos. Tal es el molde al presente; la vida humana entra en él por entero, como una bala de algodón en rama que, arrojada a las máquinas, a la entrada, en una gran fábrica, pasa a ser regularmente, infaliblemente, de peine a rodillo y de devanadera a broca, sucesivamente hilo, tejido, tela, servilleta y pañuelo de bolsillo, pronto a limpiar los muebles o la nariz del primero que llega. Y hasta son previstas las evoluciones de la rueda del asador; un oficial sabe, salvo dos o tres probabilidades en contra, si será coronel o general a los cincuenta años.

No es que yo condene el procedimiento en sí mismo; es menester uno, y éste vale lo que los otros; en toda asociación se trata de escoger en la masa los poseedores de los grandes lotes, y, según los países, los medios de elección son diferentes; pero según son, diversos, desarrollan una aptitud diversa. En Liliput, donde para llegar arriba había que bailar sobre la cuerda, era, sin duda, el grosor de las pantorrillas. En China, donde hay que sobresalir en los viejos textos y en los versos latinos, es la pedantería clásica. En Francia es el agobio cerebral y el flujo de lengua. Ved el trabajo maquinal y monstruoso de los opositores que aspiran a las grandes escuelas, y después, al salir de esas mismas escuelas, la fatiga profunda, la languidez, la ociosidad en el café o en casa, la inercia burocrática o provincial. Comparad el alumno de la Escuela Politécnica, clavado durante catorce horas al día ante fórmulas, y el ingeniero que se va a bostezar, con su mujer de bracero, para ver si sus guijarros están bien machacados. Con ese embarazo de las carreras y esta reglamentación de las etapas llegamos primero a dejar sin resuello a nuestros caballos de carrera, y después a cambiarlos en jamelgos de simón. Entra, amigo, si eres paciente y quieres arrastrar un simón; busca en otra parte si eres nervioso y quieres conservar tus bríos de carrera.

- II -

Queda el segundo medio de llegar; éste, extralegal: el reclamo o arte de llamar la atención acerca de sí. Nada más difícil. Bajo Luis XV, Ginguené, creo, se hizo célebre con una comedia en verso, La confesión de Zulmé. No había mas que un centenar de salones;

hoy hay tres mil. Ya no se dirige nadie a una corta élite, sino a todo un pueblo. ¿Cómo lo haré para que cien mil personas retengan mi nombre? Tanto más en cuanto la memoria está ya recargada; hay demasiados nombres que pretenden su atención; cada verano, tres o cuatro mil pintores en la Exposición; durante seis meses, centenares de músicos que zumban por la noche como insectos a la luz de las arañas; todos los días, al pie de veinte revistas y de cincuenta diarios, una población de escritores, todos trabajando a repetidos golpes de artículos, de conciertos y de cuadros para apropiarse un rincón en esa memoria llena, desbordante; al cabo de algún tiempo, ya no entra nada más.

Abogado, médico, arquitecto, negociante, mientras os manteníais como las gentes de antaño en vuestro círculo natal, podíais bastar; bien o mal, se os evaluaba buena o malamente, en el mundo o en la opinión teníais vuestro puesto. En París no lo tenéis, no se os conoce; sois, como en la fonda, el número tantos, es decir, un gabán y un sombrero que salen por la mañana y vuelven por la noche.

De esos gabanes y sombreros hay veinte mil, ¿Qué marca o escarapela encontrar para hacerlos reconocer? ¿Qué color bastante vistoso, qué signo bastante singular los distinguirá entre esos veinte mil signos y esos veinte mil colores?

Hay que atraer los ojos; fuera de eso no hay salvación. Os llamaréis Floridoro Barbencroche o Eufemio Quatresous; semejante nombre no suele olvidarse; si fuereis negro o tan sólo mulato, os felicitaría de veras: ved los recientes éxitos del doctor negro. Publicad una Memoria sobre la enfermedad de los vinos de Burdeos; organizad un banquete enófilo; pronunciad un discurso a los postres; imprimidlo a costa de la sociedad; añadidle una disertación sobre la higiene de la infancia, con palabras bien sentidas, dirigidas a las madres; enviadlo todo, bajo sobre, a cada individuo casado de la sociedad. Esto es el abecé del oficio y de cada oficio.

No hay que mirar y pesar tan sólo la cuarta plana, sino también todo elogio o crítica de un periódico o de una revista para ver las mil y cien mil manos de nadadores tragados por la indiferencia pública que se pelean, se agarran a la más pequeña ocasión de notoriedad para llegar al aire y respirar a la luz del día.

No es vanidad, es necesidad; hoy la publicidad, lo mismo que el tiempo, es dinero. Supongo que de ordinario venderéis un cuadro por mil quinientos francos; tened tres páginas bien firmadas en tres periódicos notables; añadid alguna pequeña maniobra en el hotel de ventas y venderéis el cuadro siguiente, del todo igual, a cuatro mil francos. Un objeto comercial cualquiera, techo de cinc o clisobomba, chimenea fumívora o dentadura postiza de hipopótamo, gana tantos compradores como líneas de anuncio; la proporción es conocida.

Forzosamente, fatalmente, tal género, tal remedio, que se encuentra todos los días, por todas partes, en letras gordas, en letras pequeñas, en las paredes, en los periódicos, en los ferrocarriles, en los cafés, en casa, en casa de los otros, imprime su nombre en la memoria. No se ha querido leerlo, y se ha leído; se ha evitado retenerlo, y se le sabe de memoria; se ha hecho burla de él en alta voz, y esto ha aumentado su publicidad. Que sobrevenga la necesidad de la cosa en cuestión; no se tiene consejo a mano, no se tiene otro nombre en la

cabeza, se tiene prisa, dicese por cansancio que, puesto que aquél es público, vale por otro; se va a la dirección conocida, se traga y se vuelve a empezar. El año pasado me encontré en provincias gentes que trataban a los niños por la medicina Leroy, como en 1820. Los nombres se incrustan en la memoria humana; es tan difícil salir de ella como entrar.

A este respecto espero que mi experiencia podrá ser útil a mis contemporáneos. Sea cual fuere el talento de las grandes casas de venta que tocan la trompeta todos los días en la cuarta plana de los periódicos, me atrevo a creer que la práctica americana les proporcionará enseñanzas, y por más que le cueste a mi modestia, voy a exponer los procedimientos de anuncio por los cuales la Sociedad de explotación de los petróleos y salazones de Federico Tomás Graindorge and C^o (New York, Broad Street, 121, y Cincinnati, National Square, 397) ha conquistado la clientela del mundo civilizado.

Había dado participación en mi negocio al célebre Barnum, que emprendió la operación y la condujo con su riqueza de imaginación ordinaria. No hablo de los procedimientos usados, la compra de dos páginas por semana en los grandes periódicos, la publicación de dibujos en los periódicos pequeños, la distribución de impresos en las esquinas de las calles, las medallas de Exposición, los hombres-anuncios, etc.

La primera idea de Barnum fue un golpe maestro. Era empresario de Jenny Lind e hizo componer una canción humorística sobre el petróleo, el tocino y América, que el tenor cómico no dejaba nunca de cantar al final del concierto; era la pieza pequeña después de la grande, y júzguese del placer de los concurrentes, fatigados de música sublime, que se interesaban por la divina cantatriz tanto como por un rinoceronte. Ahora bien; constaba en el programa que esta bufonería nacional había sido compuesta y cantada por primera vez en los talleres de Federico Tomás Graindorge and C^o.

Mediante gestiones convenientes hicimos componer muchas piezas divertidas, y hasta dos dramas, en los que tenía su puesto esta canción: uno de ellos llenó el teatro un mes. Míster Barnum exigió además que el fotógrafo titular de Jenny Lind envolviese en la canción todos los retratos de la heroína e hizo un tratado con la principal Empresa de órganos de Barbarie, de Nueva York, para que cada organillo ejecutase la canción lo menos dos veces por día.

Al mismo tiempo, muchas revistas y periódicos hubieron de ocuparse de la canción desde el punto de vista estético, demostrar que era un producto del suelo nacional, compararla a este título con las canciones de Beranger y de Burus e investigar, considerando las obras escénicas que le habían servido de cuadro, si no indicaba el nacimiento de una literatura nueva, francamente industrial, por la cual América iba a elevarse por encima de todas las naciones.

Entre tanto se abría, todo flamante, uno de esos bares en que se toman de pie sandwiches y grogs con el título de «Tocino nacional variado y confortable de Federico Tomás Graindorge and C^o». Por aquel mismo tiempo leí con sorpresa en todos los periódicos diversos accidentes espantosos ocurridos en mis pozos de petróleo; muchos rasgos de valor heroico de Federico Tomás Graindorge, que había salvado cincuenta obreros que iban a perecer en las llamas; otros rasgos de genio y de perspicacia del mismo Federico Tomás

Graindorge que pensaba comprar todas las minas de petróleo para cubrir con sus productos el mercado europeo.

Seis meses después míster Barnum descubrió entre las barrenderas de mi fábrica a una vieja negra idiota que era aficionada al whisky, pero que resultó haber sido la nodriza de Washington; la enseñó por todos los Estados Unidos, indicando su procedencia, y demostró con gran número de certificados médicos que sólo el uso diario del tocino había podido, en medio de ocupaciones tan penosas, llevarla a una edad tan avanzada.

Finalmente (no hago más que citar una de las invenciones de nuestro, querido Barnum, entre otras veinte) se vio aparecer un año después un abecedario cómico (funny), a un penique el ejemplar, en el cual las mayúsculas, estampadas en colores vistosos, estaban figuradas por cerdos derechos, echados, vivos, cortados, agrupados, en las posiciones más grotescas, con versos candorosos o risibles a guisa de epígrafes. Teniendo aquellos animales muchas fisonomías, el dibujante había sabido sacar de sus orejas, de su cola en tirabuzón, de su hocico, efectos admirables; despuntaban alusiones políticas a través de los epígrafes y atraían la atención de los hombres hechos. No he menester decir que el nombre de Federico Tomás Graindorge aparecía en la cubierta, en los blancos, en las orlas, entre líneas, con vistas de la fábrica, del paisaje, de los obreros, de las herramientas, etcétera. Se vendieron doscientos mil ejemplares de la obra en cinco años, y como esa clase de libros se transmiten de niño a niño, es posible que dentro de medio siglo muchos americanitos aprendan a leer aún en el alfabeto del Tocino, de monsieur Graindorge.

Habiendo notado míster Barnum que las bellas encuadernaciones antiguas son de piel de marrana, pensaba tratar con un gran editor religioso de Nueva York para encuadernar de esta manera una enorme cantidad de Biblias, que habrían llevado el nombre de Federico Tomás Graindorge, en lo bajo, en letras repujadas; pero le hice desistir de esta idea, pues no quería yo, a ningún precio, ponerme a mal con los santos.

Por lo demás, en esa suerte de operaciones se necesita un Barnum, un acólito que lleve la voz cantante; es demasiado desagradable gritar uno mismo. Por otra parte, en Francia, entre gente fina, sobre todo en las profesiones liberales, el puf es más repulsivo que a la otra parte del agua. Lo que hice allá abajo no lo haría aquí; sólo me disgustó a medias tratándose del tocino y el petróleo; pero me daría náuseas si tuviese que emplearlo para vender un cuadro o adquirir enfermos. Y sin embargo hay que emplearlo. Mil quinientos médicos en París no llegan a ganar mil doscientos francos al año y están obligados todos los días al frac negro y la corbata blanca. Dos mil pintores pintan biombos, muestras, cuadros, a cinco francos para la exportación, fondos de fotógrafo, y aspiran a una copia del Louvre.

Los dos medios de llegar, la oposición y el reclamo, conducen a efectos del mismo género. Agobian, oprimen, sobreexcitan y gastan al hombre. La oposición hace derrengados y bestias de carga; el reclamo hace charlatanes e intrigantes. Si yo tuviese que educar y conducir a un joven de mediana fortuna, quisiera substrarlo a lo uno y lo otro. Le haría aprender, no las lenguas muertas, las letras, las ciencias puras, que ocasionan una desproporción tan dura entre nuestros deseos y nuestros recursos y hacen parecer los seis primeros años de nuestra juventud a una caída del sexto piso por el hueco de la escalera, de

narices y de espaldas, sino la gimnástica, el boxeo, la savata, el bastón, la natación, el manejo del fusil y del revólver; dos o tres lenguas vivas de manera para hablarlas y escribirlas; la geografía detallada y razonada; los principales rasgos de la estadística industrial y comercial. Si fuese laborioso, probo y bravo, haría como veinte jóvenes de Rotterdam, de Hamburgo, de Glasgow, de Ginebra, que he conocido y hubiera debido imitar; volvería al cabo de diez años con una fortuna honrada para casarse con una amiguita de la infancia; habría visto el mundo, se habría desembarazado de su exceso de plenitud con la fatiga corporal, saneado su alma. No tendría el esplín como yo, y no sería un galopín gastado, un vividor empastado, como mi sobrino monsieur Anatolio Durand, bueno sólo para poner en un escaparate de peluquero o en un frac negro de casado resignado y bestia.

Capítulo XXIII

Una semana

Cuando hacia los treinta y cinco o cuarenta años, al cabo de diez años de esterilidad, una mujer de la clase media o superior tiene un hijo, apostad por alguna reciente tragedia de alcoba. A veces ha intervenido el adulterio; mas a menudo el marido ha querido impedirlo; a veces ha sido causa la locura, que andaba cerca. A través de la superficie tersa de la vida burguesa, el drama interior ha reventado como un absceso.

* * *

La locura no es un imperio distinto y separado; nuestra vida ordinaria confina con ella y en ella entramos todos por alguna porción de nosotros mismos. No se trata de huirla, sino solamente de no caer sino a medias.

* * *

Ninguna criatura humana es comprendida por ninguna criatura humana. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés, amistad, se aceptan o se toleran.

* * *

Darle a una mujer razonamiento, ideas, ingenio, es poner un cuchillo en manos de un niño.

* * *

El niño es para la madre un hombre indefinido, manejable, sobre el cual la imaginación trabaja sin límites; en una palabra, una reducción del ideal. Por eso, a los ojos de la madre el marido desciende al segundo papel, pasa a ser un proveedor para el hijo, un primer criado.

* * *

La autoridad se ha trastocado en el matrimonio. Suavizados los caracteres, el hombre no es ya bastante firme para soportar el pesar de la mujer; cede por piedad. Acrecentado el trabajo, el hombre se encuentra demasiado cansado para resistir a la voluntad obsesionante de la mujer; cede por fatiga.

* * *

Complacencias y cumplidos, la alegría obligada del trato de mundo y la cortesía continua de la sociedad, nada de efusión, poco abandono, una semirreserva; muchas consideraciones y un número bastante grande de mutuos servicios, pero en el fondo una entera independencia; he ahí el matrimonio en el siglo XVIII; figuraos dos compañeros en una mesa de tresillo; están asociados, se ayudan uno a otro, son amables uno para otro, nada más. A mi entender, éste es el verdadero matrimonio francés; más flojo o más estrecho, repugna al carácter de la raza. Pero en tal caso, como en el siglo XVIII, cada uno debe tener sus habitaciones, sus criados, en una palabra, cien mil libras de renta.

* * *

Tantos pudores como razas: para la inglesa es un deber; para la francesa es un buen parecer. Escuchad las medias palabras de las mujeres honradas; no dicen nada y lo insinúan todo; porque madame B... tiene demasiados pocos hijos; porque madame A... los tiene en demasía. Una suegra, con harta frecuencia abuela, le da advertencias a su yerno. Una mujer de mundo se entera de los talentos de las loretas. Mi joven amigo Mauricio S... para apresurar sus éxitos dejaba entender siempre que tenía imperio sobre sí mismo. Aquí la decencia es un peinador de muselina, bordado, completo; pero pasa el viento o pasa alguien. Se le entreabre, se le deja entreabrirse o se entreabre él.

* * *

Tantos amores como razas. Un alemán alto y gordo, sabio, virtuoso, flemático, decía un día: «Las almas son hermanas caídas del cielo que de repente se reconocen y corren una hacia otra.» Un francesito seco, sanguíneo, espiritual, ágil, le respondía: «Tenéis razón; siempre se encuentra zapato para el pie.»

Tantas imaginaciones como razas; ved la definición del hombre feliz en los proverbios:

El francés dice: «Ha nacido peinado.» El rizado, la elegancia, el mundo y los recreos del mundo.

El inglés dice: «Ha nacido con una cuchara de plata en la boca.» Positivista y voraz, la manducatoria, la buena digestión, lo confortable, la apariencia respetable y los escudos.

El alemán dice: «Ha nacido en una piel de felicidad.» Vago, sentimental y de bruces en la vulgaridad y la cocina; el mercader de salchichas idealista.

* * *

La loreta propiamente dicha, la mujercita elegante de los Bufos, es rara en Berlín. Algunas rasgaduras en los matrimonios y un número bastante grande de grisetas; no hay otra cosa. Y aun la griseta debe seguir siendo obrera; una mujer o una soltera que alquila un cuarto está obligada a probar que tiene un oficio o una fortuna. Un joven que quiere tener en su casa a su querida debe inscribirla como a su criada.

En Viena hay muchos empleados de corto sueldo, apenas pagados. Hay cincuenta en el cuarto piso, en casa del príncipe Esterhazy, ocupados en las escrituras para la administración de sus tierras; sus hijas quieren tener un sombrero, ir al baile, ver las linternas rosadas, oír la música en los jardines de placer. Tolerancia, placidez, buen humor, sensualidad dulcemente tierna y algo sentimental. Se le habla a una vieja, y al día siguiente se ve entrar en el cuarto a una burguesita, de aire modesto, con un devocionario en la mano; si la guardáis un mes, os ama.

Muy pocas loretas en Inglaterra; sin embargo, la especie va arraigando. Londres se afrancesa, pero sólo imperceptiblemente. Salvo la horrible parada de Haymarket por la noche y dos o tres escándalos lujosos y audaces en Hyde Park, falta el mundo interlope. Algunos jóvenes tienen un lío en un barrio apartado; si llegáis a ser su amigo, después de mucho tiempo y mucha vacilación, os dirán: «Venid a ver a my little girl; es completamente una lady.» Encontráis una joven decente, hija de colono o ama de llaves, que os acoge con seriedad, os hace los honores del té y se ruborizaría de una palabra equívoca.

En Italia, en España, han subsistido las costumbres de la decadencia. El vetturino (cochero) de un joven arquitecto le decía, al desembarcar, con una sonrisa significativa: «Sois joven; sé una buena familia, muy honrada; venid conmigo.» Encuentra al padre, la madre, uno o dos niños y una joven a la mesa. Saluda; le saludan; la joven pasa con él al cuarto vecino, y el padre vuelve a sentarse gravemente. Es para reunir una dote o ayudar a la casa.

En suma, la loreta es una especie francesa que no florece grandemente ni se propaga abundantemente mas que en París. Guisamos el amor como lo demás; he ahí por qué los extranjeros ricos vienen tan de buena gana a gastar su dinero aquí. Muchas de esas mozas se hacen ricas, se casan en provincias, hacen figura, van a la iglesia. Sin duda se las encuentra como barrederas en las calles o como sujetos en las mesas de disección; pero la mayoría se defienden con algún oficio dudoso: vendedoras de guantes, pupileras, dependientes de tienda, acomodadoras. En Inglaterra una mujer caída es semejante al lodo de las calles, se pasa por encima y después se la barre; aquí se yergue, se desprende, se agarra, se instala y a veces trepa.

* * *

Dos signos del tiempo: el desprecio hacia las mujeres y la afición a las antiguallas.

En un salón, después de comer, se plantifica a las mujeres y se sale a fumar. Dos jóvenes en un departamento de ferrocarril encienden su cigarro para evitar que entren mujeres y confundirlas. No se dice ya «una señora», sino «una mujer». No se dice ya «una pasión», sino «una chifladura». Un joven que comete una tontería acepta tres o cuatro colaboradores; esto disminuye el gasto. Lo que le pide a su querida es la charla descabellada, la risa ruidosa, las bromas crudas, las palabras de pescadora. Ella misma cae por debajo de su

oficio, se vuelve grosera, paga a los mozos de fonda para que la traigan parroquianos, no hace diferencia entre un anciano y un adolescente, da al lampista del teatro por rival al joven más elegante, gusta de las buenas comidas y se forma rentas. El amor toma el tono desvergonzado, positivo, el porte violento y frío, el sabor picante y crudo que le daría un cabo reenganchado, resuelto a comerse de un golpe toda su paga, o un negociante en cueros de Río de Janeiro llegando con la bizaza llena, engolosinado por los relatos de los viajeros de comercio.

Mayólicas, esmaltes, estampas, pinturas, estatuillas, chinerías, armas; todo se colecciona, y no es ya una manía de viejo, sino que también se entregan a ello jóvenes y mujeres. Si veo sobrenadar un gusto, es para las formas retorcidas, las elegancias y las tunantadas del siglo XVIII. No hay gusto personal: tomamos los de nuestros abuelos; ni nada de invenciones personales: recogemos las de nuestros abuelos. Ni hay ya ni siquiera un gusto, sino una manera de distinguirse, un medio de matar el tiempo y gastar el dinero, una necesidad de llenar los cajones, de tapar un agujero en su serie.

* * *

La mujer y la obra de arte son criaturas parientes; la misma caída a propósito de la una y a propósito de la otra; la misma impotencia para adorar y para producir. Nada de sueños a los cuales la ilusión o la imaginación puedan dar un cuerpo. Lo que se desea es la posesión y la exhibición.

* * *

Un hombre de cuarenta años decía: «He reducido el amor a una función, y esta función a un *mínimum*.» Un joven de veinticinco años replicaba: «En lugar de un *mínimum*, poned un *máximum*; he ahí mi caso.» Un hombre de treinta y cinco años ha concluido: «*Máximum* o *mínimum*, queda una piedra sobre el corazón, y uno se ahoga.»

* * *

De veinte a treinta años, el hombre, con mucho trabajo, estrangula su ideal; después vive o cree vivir tranquilo; pero es la tranquilidad de una soltera madre que ha asesinado a su primer hijo.

* * *

Para tener una idea del hombre, de la vida, es menester haber llegado uno mismo hasta el borde del suicidio o hasta el dintel de la locura, a lo menos una vez.

* * *

Soy demasiado viejo, y todo ha acabado para mí; no me queda mas que mirar, y a los cincuenta y cinco años es una ocupación conveniente. Por otra parte, he vivido fuera del mundo, como excéntrico, y después de todo, fuera de mi interés positivo y de mi placer sensible, hay aún dos o tres cosas que amo. Pero ¿qué es lo que ama mi sobrino Anatolio Durand? Una buena comida, un sitio cómodo, su ocio y su cigarro. Y la señorita Tres Estrellas, en la que se piensa para él, ¿qué es lo que ama?

Lindo matrimonio y lindo mundo. En 1880 se verá.

* * *

La música es ahora para las mujeres lo que las matemáticas, el latín, etc., son para los hombres: un dominio aparte e indefinido. Hay que saberla para comprenderla. Muchos la llevan a fondo del lado dramático o del lado mecánico. Salida de actriz. Cada noche lo es menester su ración de sensaciones intensas y de aplausos ruidosos.

* * *

Cuando se ha pasado un año fuera del mundo, cara a cara con una ciencia, la astronomía o la botánica, se encuentra uno cohibido para hablar en un salón. Es como un bailarín que, habiendo dejado de continuar sus batimanes diarios, hace cabriolas torpes. La vida

mundana, en efecto, es una torcedura dada a toda verdad. Miento cuando me informo con interés de vuestra salud y de vuestros asuntos. Mentís cuando me dais a entender que tenéis placer al visitarme o al verme. Doblo y deformedo las cosas si quiero que mi relato sea picante o decente. Acicalo o atenúo, o exagero mi opinión para hacerla tolerable. Empleo los grandes adjetivos para describir vuestro talento, y los pequeños para designar el mío. Insinúo o insisto, cargo o disminuyo, entorpezco o falseo. La verdad no puede salir de mis manos mas que como una mujer de su tocador: pintada, empolvada, rellena, estrechada de un lado, ensanchada del otro. Al cabo de algún tiempo no me doy cuenta ya de mis mentiras, ni vos de las vuestras, y si adivinamos uno y otro nuestro pensamiento íntimo, es a través y a despecho de las frases con que lo emperejilamos.

Sin embargo, se lleva a las jóvenes, niñas aún, al mundo.

Se las cría en el mundo y para el mundo, en las artes y para las artes, de tal manera que la mentira se convierte en una costumbre y la excitación en necesidad.

Y no obstante, quienquiera que ha vivido y pensado sabe que la capacidad de sujetarse al trabajo fastidioso y diario, la veracidad para consigo mismo y los otros son las únicas capaces de hacer a una criatura humana honorable a sus propios ojos y tolerable en la vida común.

* * *

El padre está de pie contra una jamba de puerta y espera como centinela; la hija baila, recibe cumplidos, ostenta su falda. El padre garrapatea en su despacho y corre en berlina a sus asuntos; la hija se hace peinar, toca el piano, sirve de adorno a la casa. El marido se revienta trabajando; la mujer se fastidia de no hacer nada. El marido quiere dormir; la mujer quiere salir.

* * *

He aquí un caso circunstanciado, y además deslucido, ordinario; hay que juzgar por esas muestras.

Mi sobrino Anatolio Durand tiene por camarada a Enrique S..., y yo le estímulo para esta relación; nunca se tienen demasiados amigos inteligentes. Este es joven aún, profesor en una grande escuela, algo artista y que ha tomado bien la vida; laborioso, alegre, casado hace un año; he visto a su mujer. Mostrábase muy prendado el día del contrato; su chispa, su brío, su visible gozo removían mis viejas libras.

Ha sido dichoso durante los primeros meses, por el atractivo de la novedad, no habiendo conocido nunca mas que las grisetas o loretas y viviendo en casa con sus viejos padres, entorpecidos. Su mujer, de veinte años, le ha encantado; tan graciosa, tan viva, tan nueva, con doce años menos que él, era todo un mundo que descubrir.

Ahora ella le divierte un rato con sus ingenuidades. «Es un pájaro que canta -me ha dicho-; ya sabéis, se quiere a un pájaro, a un niño que juega; por ejemplo, por la mañana me anuncia que va a ponerse su traje azul o a encargarse una torta.»

Pero en esas infancias hay muchos inconvenientes; le impide trabajar, lo interrumpe, no comprende que son menester recogimiento, silencio, para inventar o redactar. No tiene mas que dos horas para él, de las cinco a las siete de la mañana, mientras ella duerme.

Es algo limitada, como todas las solteras, y algo voluntariosa, como todas las casadas; va a sus placeres, no imagina que haya asuntos más serios, visita a sus buenas amigas, arrastra a su marido consigo; hasta aquí ha sufrido este apremio por conveniencia. «Pero si hubiese que continuar, preferiría más ahogarme o sentar plaza para Méjico.» Cuando era soltera, su vida se reducía para ella a eso: ver a sus amigas, hacer visitas a cinco o seis personas graves, hacer buen papel en un salón, tocar el piano, etc. Continúa esta vida y le parecería extraño cambiarla.

Él no la conocía ni había podido conocerla. «Cuando yo le hacía la corte a mi mujer era cada vez una inspección: primos, primas, tíos, tías me sujetaban a un examen; nada mas que ceremonia, ninguna conversación íntima. Ningún medio de hablar de nuestros proyectos para el porvenir. Hay que ser galante, debía de seguir los gustos de mi futura; así, nuestro mobiliario es incompleto.»

Se hace el vacío; al presente muere la conversación entre ellos. Ella espera la visita de una amiga, a fin de saber si pondrá un punto verde en el bordado en vez de un punto amarillo. Con eso se aprovecha él de la diversión, se pone el sombrero y se esquivo. Imposible interesarla en sus preocupaciones, en sus ideas, en las dificultades que debe vencer, y que son demasiado especiales; a veces las rebaja hasta ponerlas a su alcance, pero no hacen presa en ella; su inteligencia y su educación no la ofrecen asidero; escucha el relato como un trozo de conversación, y ya no piensa más en ello.

Están en desacuerdo sobre el fondo de las cosas, sobre la religión, sobre el mundo. Él decía en voz alta, algo imprudentemente, que muchos curas se hacen curas para evitarse ser soldados; que antes de los cincuenta años una mujer no tiene mas que ideas aprendidas, etc. Ella contradice; ninguna deferencia o sumisión, ni aun en cosas del espíritu. Él trata de instruirla, y encuentra un terreno resistente que se ha endurecido porque está inculto. En efecto; se la ha tenido sin ideas ni lecturas sólidas, como a todas las jóvenes, con pequeños manuales de hechos secos como guijarros y el catecismo de perseverancia como baño y barniz. Toda la gruesa hilada intelectual de Francia, toda la capa nacional sobre la cual brotan las especialidades y las superioridades parisienses es la misma que en la Edad Media. Los libritos devotos del librero Mame forman la educación de los franceses.

Las dos vidas han quedado divergentes, y él lo siente. Así permanecerán siempre, y él lo siente también. No la iniciará, no hará de ella el segundo de su vida, y se resigna. Las reuniones le parecen ya muy largas y muy vacías. ¿Cómo hacerlo para divertir a una mujer y ocuparla siempre? Se pone al piano y toca; pasable o medianamente, es lo mismo. Un jilguero en jaula; no se le puede decir siempre que cante, y ¿cómo ponerle un cubo en la mano?

Felizmente descubre en ella una aptitud que se desarrolla: el talento de gobernar la casa. No había sabido jamás lo que era un luis; lo aprende y entra en la economía. Ninguna otra salida; ésta es la única proporcionada a su educación y a su inteligencia. ¿Se habría creído, viendo esta figura tan linda, tan expresiva, con un asomo de terquedad y de gracia original? De esta manera, a lo menos, será útil y se sentirá útil.

Es una buena casa, y los dos pertenecen a esa burguesía media en que las buenas casas son más numerosas que en otras partes.

* * *

En los matrimonios burgueses, la desavenencia; en la gente de mundo, el adulterio. En los matrimonios burgueses que son de mundo, el uno o la otra, y a veces la una y el otro.

* * *

Como madre o hija, como estatua sobre un zócalo o sobre un sillón en un salón, la mujer es el ideal; como esposa o querida, es a menudo la aliada, a menudo el adversario, a veces el enemigo.

* * *

Proverbio de lugareños: un padre puede alimentar doce hijos, y doce hijos no pueden alimentar a un padre.

* * *

El niño conduce a la mujer, que conduce al hombre, que conduce los negocios.

* * *

Mi punto de vista es falso. Las cosas van más suavemente; hay en la máquina un tapón que disminuye la rudeza de los choques.

Ese tapón es la alegría, la indiferencia, la costumbre de salirse de sí por el arrastre de la conversación, por el deseo de guardar las apariencias. El alma del francés es elástica; no queda por mucho tiempo encorvada bajo las ideas dolorosas. No agudiza sus pensamientos ofensivos comentándolos por lo bajo. Se viste, va a ver a los amigos, habla de éste y del otro, experimenta la necesidad de hablar viva y finamente, de dar un giro picante o divertido a su propia historia. Se alegra escuchándose. Sus pesares, transformados por la palabra, se convierten en un objeto de arte; los arregla, y desde entonces los ve a distancia. Hele aquí erguido otra vez, reanimado, lanzado de nuevo por su propia acción. Lord B... venía a alojarse dos meses cada año en la calle de Rivoli. Decía que el solo espectáculo de nuestros gestos y de nuestras fisonomías le hacía ver la vida de color de rosa.

Hay que salir de sí, y las salidas varían con los caracteres. El francés tiene la conversación; el alemán, la música; el inglés, los negocios.

Lo que se llama filosofía sirve para algunos temperamentos; para la mayoría tanto valdría comer panatela. N... nos decía: «Un día estaba triste; me metí en la cholla media docena de libracos graves. Al cabo de una semana estaba más triste aún; he vuelto a mi ordinario: un gran biftec por la mañana, un tiempo de galop por la tarde y una querida por la noche.»

Tener una coartada. La gente de nuestros climas tienen el trabajo, la literatura y el mundo; añadid en las bajas clases el aguardiente, que es la literatura del pueblo. En Oriente es el opio y el sueño.

El hombre más feliz que yo haya conocido es, ciertamente, un bracmán de Calcuta. Cabeza larga, estrecha en las sienas, y el cráneo de una altura enorme; miembros flacos; un tinte de estatua de arcilla cocida al sol; toda la substancia parecía haberse retirado a los sesos, y el resto del cuerpo dormitaba, reducido a una vida latente como la de los animales invernantes. Sus necesidades eran casi nulas; no tenía ni siquiera la de los perfumes. Cinco o seis onzas de arroz por día, agua, un albergue, con algunos vestidos de percal blanco, dos servidores. Ni placeres, ni curiosidades ni vicios.

Pasaba el día silencioso, sentado sobre sus piernas entrecruzadas, en el umbral de su puerta. En esta máscara inmóvil sólo vivían los ojos, fijos como llamas. Como muchos pundits contemporáneos, se había despojado de la mayor parte de sus supersticiones, y lo confesaba. Durante diez años los sabios ingleses le habían consultado para sus ediciones sánscritas; había comprendido las ideas y las filosofías de Europa. Solamente un día, un doctor, creyendo haberle convertido, quiso hacerle probar caldo; se desmayó de horror y después huyó, y no reapareció en el mundo de los indianistas. Después, los nervios se habían repuesto.

A título de francés semialemán, obtuve autorización para hacerle visita, y durante muchas semanas pude ver su extraña sonrisa. Aprobaba nuestras ciencias; pero, en el fondo, nuestras investigaciones y nuestros viajes le parecían agitaciones de insectos, de apilamientos y raspados de pobres hormigas, reducidas, a falta de alas, a enredar miserablemente con sus patas, incapaces de elevarse en el aire para contemplar el espacio.

Cerraba los ojos, y veía distintamente el jabalí Visnú llevándose, por equivocación, la tierra en el extremo de su colmillo. El enorme Ganges lechoso, hijo nocturno de un dios que creía abrazar a una diosa, las figuras flotantes y colosales de los dioses innumerables y los millones de mundos que salen como un vapor del Ser inmóvil para volver a caer en él.

Supongo ha acabado por el idiotismo o la apoplejía; en Europa tenemos la ciencia. Es también un suicidio lento e inteligente.

Capítulo XXIV

A solas

En el Jardín de Plantas, las criadas, los soldados, los pequeños rentistas de la calle Copeau se agrupan de ordinario delante de una gran jaula, en la que están los monos. Estos animales se han vuelto malos y, lo que es peor, se han puesto enfermos. La vida constreñida y contra naturaleza ha destruido su pelo; se ven aquí y allá, bajo el pelaje gris o amarillo, aparecer placas de carne rojiza. Constituye un espectáculo lastimoso el de sus hocicos gesteantes y agrios; se agitan en gestos discordantes, chillan y alborotan; se cascan las liendres por una manzana o una galleta; trepan por los postes y hacen indecencias a la vista de los mirones. Con sus risas y sus excitaciones, el público les ha depravado; ellos se lo pagan ensuciándole los ojos con la exhibición desvergonzada de sus deformidades y de sus vicios. Son sus faranduleros preferidos; cosquillean en ellos su fibra malsana; por eso atrapan su pitanza.

Tal es la impresión que dejan en mí los pequeños teatros. Los actores son monos afinados y gastados, y la jaula pintada, en que cada noche se embadurnan y pernean, es

peor a la salud corporal o moral que la rotonda enrejada donde hacen cabriolas sus colegas del Museo.

Como sus colegas, andan desharrapados de cuerpo y alma. Como sus colegas, divierten al público con sus miserias físicas: el uno con su nariz, el otro con su aire pasmado, el otro con su voz rajada, el otro con su grasa desbordante. Como sus colegas, remueven las partes bajas de la lujuria y de la maldad humanas. Como sus colegas, se elevan hasta una especie de talento animal, compuesto de imitación y de indecencia, parodia cruda y descabellada, en la que el espectador no vale más que el bufón.

Una de esas actrices, ayer, terminaba cada cuplé picaresco con chorro de voz y un meneo de caderas de pescadera; en el tercer cuplé se ha detenido por no poder más, y con voz desfallecida ha pedido indulgencia. Me he marchado; quería limpiarme el alma; he andado una legua a pie, en el aire fresco, a la luz de la luna, hasta el extremo de la calle del Oeste, y he subido a casa de mi amigo Wilhelm Kittel, un verdadero músico que vive solo.

* * *

Nos hallábamos juntos, hace treinta años, en la Universidad de Jena, y filosofamos muchas veces uno contra otro, o uno con otros, en aquellos jardinillos de los arrabales en que se toma cerveza bajo glorietas de lúpulos, sembradas de rosas. Después divergieron nuestros caminos; yo gané una fortuna en América; él vivió de lecciones en Berlín y después en París; por fin, un tío, fallecido oportunamente, tuvo el talento de dejarle mil escudos de renta; ahora se encuentra rico. Pero, pobre o rico, no ha pensado nunca en el dinero. Si esos mil escudos le han dado placer es porque no estaba ya obligado a perder en lecciones tres o cuatro horas al día para pagar su comida, sus gabanes y su inquilinato. Ni pensó más en la gloria; su carácter era reconcentrado, y su temperamento, tímido; la intriga de París le daba miedo. Ha preferido no exhibirse; se ha quedado en casa, leyendo las partituras, yendo a estudiar los oratorios en las bibliotecas.

Hasta ha acabado por no ir ya a los conciertos ni teatros; una ejecución llamativa, los gorgoritos de cantatriz, la necesidad de los aplausos le desordenaban los sueños; pretende que una ópera sólo se oye bien en el piano. Le conocen cinco o seis compositores célebres, y de vez en cuando suben sus cuatro pisos; los conocedores Reber y Gounod le respetan y están contentos cuando dice: «Está bien.»

Como es rígido y seco, no se le pide más. Por otra parte, tiene la altivez fría de los flemáticos; nunca ha aceptado una invitación a comer fuera de casa: es una regla que se ha impuesto; se sabe y no se insiste más; muchas veces ha contestado que no aceptaba porque no podía devolver el obsequio, y que en todo caso no pagaba en sonatas.

Según él, la música es una conversación íntima; no se desahoga uno por una taza de té o por un pollo, y, sobre todo, no se les hacen confidencias a desconocidos. Voy a su casa a

pie como él viene a la mía; en su casa y en la mía comemos con un plato y una botella; más alimento abrumba la cabeza, y de esta manera es completa la igualdad; y aun me siento yo el favorecido, pues aporta a la conversación más que yo. Soy casi su último camarada; la muerte, el casamiento, el alojamiento, la diversidad de humor han hecho el vacío en torno nuestro, y cuando estamos juntos, nos vemos en una lontananza encantadora, en un vago vapor dorado, nuestro primer despertar del espíritu bajo Beethoven, Schelling y Goethe.

* * *

«Federico -me dijo al verme entrar-, ahí tienes tu sillón, enciende el cigarro; tenía ganas de que vinieses para tocar otra vez nuestras viejas sonatas; tú vigilarás la tetera.»

Le estreché la diestra y se puso al piano.

¡Qué bien se está en este viejo cuarto! Es tan mío como suyo, y estoy mejor en él que en el mío. El mismo polvo me da placer. La alfombra raída; los sillones sobre los cuales tanto se han sentado; la biblioteca llena de libros que han sido verdaderamente leídos, todos esos honrados muebles dejan el espíritu a sus anchas. No hay necesidad de admirarlos, no están allí para representar; no os hablan de vanidad, como las étagères y los trastos de una mujer a la moda; sus colores pasados no atraen la vista; se borran y sirven como buenos criados. Estoy en el gran sillón verde de respaldo y brazos, y no tengo necesidad de aplaudir, de buscar un cumplido nuevo; puedo ensimismarme, abrir la puerta al ser íntimo, delicado, que cada uno oculta en sí mismo; permitir que se escape y vuele sin temor a ser derribado y magullado en tierra. La tetera canta; con los pies sobre los morillos, se mira las llamecitas anaranjadas o azules que lamen la corteza rajada de los troncos. Se borra el runrún de las ideas parisienses, y se ve elevarse en sí, como otras tantas nubes matinales, las ligeras apariciones del sueño.

-Wilhelm, que tienes que tocar ahora la sonata en sol menor; ya sabes, la obra 90.

La música tiene de exquisito que no despierta en nosotros formas, tal paisaje, tal fisonomía de hombre, tal acontecimiento o situación distinta, sino estados del alma, tal matiz de alegría o de melancolía, tal grado de tensión o de abandono, la más rica plenitud de serenidad o un mortal desfallecimiento de tristeza. Toda la población ordinaria de ideas ha sido barrida; no queda mas que el fondo humano, la potencia infinita de gozar y de sufrir, los levantamientos y las pacificaciones de la criatura nerviosa y sintiente, las variaciones y las armonías innumerables de su agitación y de su calma. Es como si se quitase de un país a los habitantes y se borrasen las demarcaciones, los cultivos; quedaría el suelo, su estructura, con las oquedades, las alturas, el susurro del viento y de los ríos, y la eterna poesía cambiante de la luz y de la sombra.

-Wilhelm: no estaba todavía al unísono, he disertado por lo bajo; vuelve a comenzar, te ruego, sobre todo el segundo trozo, en tono mayor.

Repitió este segundo trozo, que es tan melodioso y tan tierno. Un canto de notas cristalinas serpentea por encima de los acordes, desaparece, vuelve y desarrolla sus espirales onduladas como un arroyo en una pradera. Diríanse a veces suspiros de flauta; a menudo es la suavidad profunda de una voz de mujer amante y triste. A veces esas dulzuras se detienen; reaparece el alma impetuosa y se lanza en cascadas de notas precipitadas, en finos caprichos delicados, en bruscos campaneos de acordes singulares; después cae todo; un enjambre de vocecitas ágiles suben, bajan y se persiguen como un estremecimiento, una agitación, una encantadora locura de aguas murmurantes, para conducir el aire a su primer canal; la melodía emprende de nuevo entonces su curso mesurado, y su oleada clara corre por última vez, más sinuosa, más amplia que nunca en un cortejo de sonoridades argentinas.

-Siempre Beethoven, Wilhelm; pero esta vez largo, y todo lo que se te ocurra.

Tocó más de una hora; pero ciertamente no miraba yo el reloj. Aquel día estaba roised (falta la palabra francesa) y yo lo estaba tanto como él. Tocó primero dos o tres sonatas completas; después fragmentos de sinfonías, trozos de sonatas para piano y violín, un aire de Fidelio, otros trozos aún cuyo nombre no reconocí. Con algunos acordes y algunos silencios, los volvía a juntar como un hombre que, habiendo abierto su poeta favorito, lee ora en medio, ora al final del volumen, escogiendo una estrofa, después otra, según la emoción del momento.

Yo escuchaba, inmóvil, fijos los ojos en el hogar, y seguía, como en una fisonomía viviente, los movimientos de aquella grande alma extinguida; no se extinguió más que para ella misma; para nosotros subsiste y la tenemos por entero en este montón de papel ennegrecido.

¡Cuán injusta ha sido para él la fama pública! Se le reconoce como soberano en lo gigantesco y lo doloroso: a eso se limita su reino; no se le concede como dominio mas que un páramo desierto, combatido por los huracanes, desolado y grandioso, semejante a aquel en que vive Dante. Poséela esta soledad, y ningún otro músico entra en ella; pero habita también en otras partes. Lo que hay de más rico y más magníficamente desplegado en la campiña ubérrima; lo que hay de más suave en los valles umbríos y floridos; lo que hay de más fresco y más virginal en la timidez de los primeros albos, le pertenece como lo demás. Sólo que no lleva a ello un alma tranquila: la alegría le sacude todo entero como el dolor; sus sensaciones deliciosas son demasiado fuertes; no es dichoso, se halla transportado; se parece a un hombre que después de una noche de angustias, jadeante, dolorido, esperando un día peor, ve de pronto un paisaje reposado y matinal; sus manos tiemblan, sale de su pecho un profundo suspiro de liberación; todas sus potencias encorvadas y oprimidas se enderezan, y el vuelo de su felicidad es tan indomable como los sobresaltos de su desesperación.

En cada placer hay para él una punzada; su felicidad es desgarradora, no es dulce. Sus allegros brincan como potros en libertad, pisoteando y machucando la bella pradera en que se desbocan. Más vehementes aún, más desenfrenados, sus presto tienen locuras, bruscos paros estremecientes, galopes desordenados, que aporrear el teclado con sus fugas

retumbantes. A veces, en medio de su alegría insensata, hacen invasión lo serio y lo trágico, y sin cambiar de andares, con el mismo furor, su espíritu se lanza adelante como para un combate, siempre embriagado por la impetuosidad de su rapidez; pero con tan extraños saltos y una fantasía tan múltiple, que el espectador se detiene, como espantado por la savia de esta vida salvaje, por la fecundidad vertiginosa de sus enderezamientos, de sus sofrenadas, por la fuga de los despliegues inesperados, rotos, redoblados más allá de toda imaginación y de toda espera, que le exprimen sin poder jamás agotarlo.

* * *

Vino a sentarse cerca de mí, y me dijo:

-¿Conoces su vida?

-No muy bien; sólo lo que dicen los folletines.

-He aquí su biografía por Schindler, un bravo hombre que pasó con él los últimos años. Léela mientras preparo el té.

Me puse a hojear el pobre volumen alemán, encuadernado en badana blanca, en que el fiel compañero del maestro, un verdadero famulus alemán, una especie de Wágner, discípulo de otro Fausto, ha consignado todos los detalles que le habían contado o había visto. Estos detalles tan positivos no me parecen ya vulgares. El alma que acababa de ver ennoblecía todos los exteriores. Volvía a ver al hombre en su vieja hopalanda, bajo su sombrero abollado, con sus gruesos hombros, su barba inculta, su gran cabellera erizada, caminando con los pies descalzos en el rocío de la mañana, escribiendo Fidelio y Cristo en el monte de las olivas sobre un espigón del que salían dos troncos de roble, yendo derecho hacia adelante sin ver los obstáculos o sentir el mal tiempo, regresando por la noche a un cuarto en desorden, libros y música yaciendo revueltos en el suelo, las botellas vacías, los restos del almuerzo y las pruebas de imprenta amontonados en rincón, la misa en re sirviendo de envoltorio en la cocina; sombrío de ordinario, hipocondríaco, y atravesado de pronto por accesos de alegría extraña, recorriendo el teclado con una mueca formidable; silencioso, reconcentrado, escuchando las óperas con la inmovilidad de un ídolo indio; desproporcionado en todo e incapaz de acomodarse a la vida.

Pero sentía también que esas excentricidades tenían por único origen una superabundancia de generosidad y de grandeza. Sus cartas de amor, entre frases del tiempo, tienen palabras sublimes: «¡Mi inmortal bien amada!» Ha vivido en el mundo ideal que han descrito Petrarca y Dante, y su pasión no ha quitado nada a su austeridad. No pudiendo casarse, ha permanecido casto y ha amado tan puramente como ha escrito. Tenía horror a los discursos licenciosos, y condenaba el Don Juan, de Mozart, no sólo porque encontraba en él la forma italiana, sino también «porque el arte santo no debe prostituirse hasta servir de esmalte a una historia tan escandalosa.»

Ha mostrado la misma alteza de alma en los otros grandes intereses de la vida, siempre altiva ante los príncipes, esperando fuesen los primeros en saludarle, conservando el mismo tono ante los más grandes, tratando de traición y de mentira las cortesías y las complacencias del mundo, y como un Rousseau o un Platón, persiguiendo con sus esperanzas el establecimiento de una república que haría de todos los hombres ciudadanos y héroes.

En lo más profundo de su corazón vivía como en un santuario un instinto más sublime aún: el de lo divino. A sus ojos, las diversas artes y lenguajes de los hombres no lo expresaban; sólo la música, por su esencia íntima, correspondía a ello, y lo mismo sobre la una que sobre la otra se negaba a responder. En este momento leí esta inscripción que había copiado de una estatua de Isis: «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será. Ningún hombre mortal ha levantado mi velo.» La vieja sabiduría de los Faraones ha sido la sola en encontrar una palabra tan augusta como su pensamiento.

Dejé el libro, tomélo Wilhelmin y buscó una página.

-Lee esto -me dijo-; es menester que te formes de ello una idea completa.

Era su testamento; he aquí la primera página:

«¡Oh vosotros, hombres que me miráis como odiente, intratable o misántropo, cuánto daño me hacéis! No sabéis la causa secreta de lo que parece tal. Mi corazón y mi humor tendían desde mi infancia al sentimiento tierno de la benevolencia; realizar por mí mismo grandes cosas: he ahí a lo que estaba siempre inclinado. Pero pensad solamente que desde hace seis años estoy atacado de un mal incurable, que médicos ignorantes han empeorado, que de año en año, decaído en la esperanza de verle atenuarse, me veo al fin obligado a considerar como debiendo durar siempre... Nacido con un temperamento activo y ardiente, apasionado por las diversiones de la sociedad, me he visto constreñido a retirarme de ella joven aún y llevar una vida solitaria... Me era imposible decirles a los hombres: «¡Hablad más alto, gritad, porque estoy sordo!»

«¡Ah! ¿Cómo me hubiera sido posible confesar la debilidad de un sentido que debía ser tan perfecto en mí como en los otros, que yo había poseído en otro tiempo con la mayor perfección, con una perfección de pocos hombres que mi profesión tienen ahora o han tenido nunca? ¡Oh, yo no puedo eso! Solo casi siempre, excepto cuando la extrema necesidad me obliga, apenas me atrevo a introducirme en una compañía. Debo vivir como un desterrado; si me acerco a personas, es con un sudor de angustia; temo correr el peligro de que no se aperciban de mi estado. Pero ¡qué humillación cuando uno oye una flauta a lo lejos, y yo no oigo nada; cuando alguien oye cantar a los pastores, y yo nada oigo! Tales acontecimientos me han conducido casi a la desesperación; poco se ha faltado para que no pusiera fin a mi vida. Sólo el arte, el arte me ha retenido. ¡Ah! ¡Si me parecía imposible abandonar el mundo antes de haber dado a luz todo lo que yo tenía la misión de llevar a cabo!»

-Ahora -me dijo Wilhelm-, escucha.

Y empezó el último trozo de la última sonata. Es una frase de una línea, lenta y de una tristeza infinita, que va y viene incesantemente como un único y largo sollozo. Por debajo de ella arrástranse sonidos ahogados; cada acento se prolonga bajo las que siguen y muere sordamente, semejante a un grito que acaba con un suspiro; de manera que cualquiera nueva punzada de sentimiento tiene por cortejo los antiguos plañidos y bajo la lamentación suprema se reconoce siempre el eco debilitado de los primeros dolores. Nada de áspero hay en este lamento, ninguna indignación, ninguna revuelta. El corazón que lo lanza no dice que es desgraciado, sino que la felicidad es imposible, y en esta resignación encuentra la calma.

Como un desgraciado hecho pedazos por una gran caída y que yaciendo en el desierto ve las pedrerías destellantes del cielo incrustar la cúpula de su última noche, se desprende de sí mismo; olvídase de sí, no piensa ya en reparar lo irreparable; la divina serenidad de las cosas derrama en él una dulzura secreta, y sus brazos, que no pueden levantar ya su cuerpo magullado, se abren aún y se tienden hacia la belleza inefable que reluce a través de este místico universo. Insensiblemente se agotan las lágrimas del sufrimiento para dejar correr las del éxtasis, o más bien se confunden las dos para confundirse en una angustia mezclada de delicias.

A veces estalla la desesperación; pero al punto sobreabunda la poesía y se exhalan las modulaciones más desoladas, envueltas en una magnificencia tan extraordinaria de acordes que lo sublime sobrenada y lo cubre todo con su penetrante armonía. Por fin, después de un gran tumulto y de un gran combate, subsiste solamente lo sublime; el plañido transformado se convierte en un himno que rueda y resuena, llevado en un concierto de notas triunfantes. Alrededor del canto, arriba, abajo, en multitudes apretadas, entrelazadas, desplegadas, chorrea un coro de aclamaciones que va creciendo, que se hincha, que dobla incesantemente su brío y su alegría. Ya no basta el teclado, ya no hay voz que no tome su parte en esta fiesta, las más graves con sus truenos, las más altas con sus arrullos, reunidas todas juntas en una sola voz, una y múltiple como aquella rosa radiante que vio Alighieri y cada una de cuyas hojas era un alma bienaventurada.

Un canto de veinte notas ha bastado para emociones tan contrarias; tal en una catedral gótica, la ojiva aplastada de la cripta se encurva en arcadas bajo la claridad funeraria de las lámparas, entre los muros rezumantes, en la lúgubre obscuridad que rodea la tumba de un muerto; después, en la iglesia superior, desprendida de pronto del peso de la materia, se yergue, sube hasta el cielo en columnitas, festonea las vidrieras con sus dentelladuras, abre sus tréboles en las rosáceas iluminadas y hace del templo un tabernáculo.

* * *

¡Potencias invencibles del deseo y del sueño! Por más que se las repela no se agotan. Treinta años de negocios, de cifras y de experiencia se han amontonado sobre el manantial;

se le creía cegado, y de pronto, al contacto con una grande alma, brota tan vivo como el primer día; el dique ha reventado, y los materiales pesados, tenaces, con los cuales se ha tapado la salida, arrastrados por la irrupción, no hacen mas que acrecentar la fuerza de la corriente.

Por un singular encuentro volvía a ver en aquel momento los paisajes de la India, únicos dignos, por su violencia y sus contrastes, de proporcionar las imágenes a tal música. En el momento de los monzones, las nubes acumuladas forman una muralla de hollín monstruosa que invade todo el cielo y todo el mar; sobre esta masa monstruosa corren las gaviotas a millares, y la formidable negrura manchada por las alas blancas avanza hacia tierra, tragándose el espacio y anegando los cabos bajo su vapor. Entonces los buques se hacen a la mar. En un último hermoso día vi de lejos las Maldivas, doce mil isletas de coral en un mar de diamantes; casi todas están desiertas; el agua duerme en sus calas o pone una franja de plata sobre los arrecifes. El sol lanza a puñadas sus flechas de oro; en los recodos de los canales chispean chorros de oro derretido de las ondas oblicuas.

La gran sábana silenciosa, surcada de remolinos, parece un metal que sale de la fragua, todo damasquinado de arabescos; relumbran millones de centellas sobre su dorso como las incrustaciones de una coraza; diríase el tesoro de un rajá: armas y joyas, puñales con mangos de nácar, vestidos ribeteados de zafiros, penachos de esmeralda sobre los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul celeste cubiertas de lentejuelas de oro y recamadas de perlas. El cielo mismo con su blancura ardiente, ¿a qué compararlo?

Cuando una hermosa joven, floreciente de salud y estremecida de placer, toda adornada para su casamiento, se ha puesto su peineta de oro en sus cabellos, sus collares de perlas en el cuello, sus pendientes de rubíes en las orejas; cuando todas las joyas de su escuche iluminan con sus llamas el rosa viviente de su carne, sujeta a menudo en su frente un velo blanco que flota; pero su rostro lo llena de luz, y la gasa con que parece ocultarse la forma una gloria que la ilumina.

Tal esta mar bajo su cielo, en la prodigalidad de luz chorreante, después del contraste de las nubes lívidas, deliciosa y sublime como el himno divino, del grande hombre después de la larga noche de su desesperación. También ella turba demasiado, es demasiado bella, despierta demasiado por simpatía lo que despierta en nosotros él mismo. Ante él, como ante ella, se deja de ver o de oír una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida; es el coro universal de los vivientes que se siente regocijarse o dolerse; es la grande alma cuyos pensamientos somos nosotros; es la naturaleza entera incesantemente herida por las necesidades que la mutilan o que la aplastan, pero palpitante en el seno de sus funerales y entre las miríadas de muertos que la cubren, levantando siempre hacia el cielo sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, inexpresable, siempre ahogado, siempre renaciente del deseo insaciado.

Miraba a Wilhelm; nos hallábamos a corta diferencia en el mismo estado, y hemos avanzado uno hacia otro. Dios me perdone; a poco no ponemos una contra otra nuestras viejas caras; pero hemos adivinado nuestra idea, yo en sus ojos, él en los míos, y nos hemos sonreído; a nuestra edad basta con darse la mano. Con eso me he ido sin decir nada. Me parece que aquella noche hemos hecho el té, pero no lo hemos tomado.

Capítulo XXV

Monsieur Graindorge

A monsieur Marcelin, director de la Vida Parisiense:

Muy señor mío: Tengo el honor de participaros la pérdida dolorosa que las letras, las salazones y los petróleos acaban de experimentar en la persona de monsieur Federico Tomás Graindorge, doctor en Filosofía de la Universidad de Jena, principal socio de la Casa Graindorge and C^o, de Nueva York y de Cincinnati, fallecido, a consecuencia de una enfermedad del hígado, en su domicilio, calle de los Campos Elíseos, 14, el 15 de julio de 1865, a los cincuenta y cinco años de edad.

Antiguo profesor de Retórica, secretario íntimo y pedicuro de monsieur Graindorge, me hallo en mejores condiciones que otro alguno para daros todos los detalles necesarios acerca de la vida, las costumbres y el carácter de mi generoso e infortunado patrono. Vuestros lectores, que conocían sus ideas, gustarán de conocer su persona, y puesto que me proponéis retribuir esta carta, me felicito de cumplir un deber que, sin perjudicar mis intereses legítimos, me permite desahogar los más dulces sentimientos de mi corazón.

Hace nueve años, cuando monsieur Graindorge me tomó a su servicio, tenía yo el honor de pertenecer a la Universidad de Francia, y desde largo tiempo llevaba con celo ejemplar la toga y el birrete que había sido llamado a llenar. Por entonces apareció una circular del rector que obligaba a todos los profesores a quitarse la barba; yo le tenía apego a la mía, que era negra y muy bella, habiendo notado la gravedad que daba a mis palabras y el ascendiente que ejercía sobre el espíritu de los jóvenes. Fuerte con mi conciencia e invocando el principio de autoridad, reclamé cerca de mis superiores, que tomaron mi carta por una burla y me dejaron cesante en la flor de la edad y del talento.

Llegué a París, que es el refugio de todos los hombres de inteligencia maltratados por la fortuna; pero, después de varios ensayos inútiles, me vi obligado a hacer copias para varias personas entre otras para monsieur Graindorge. Un día que lo traía mis escrituras se quejó de un juanete rebelde situado en el lado derecho de su dedo gordo izquierdo. Como yo había tenido siempre la pasión de las ciencias naturales, me había dedicado a la rama de la fisiología que trata de las excrescencias del cuerpo humano, la única que, protegida por su utilidad práctica y por sus teorías restringidas, pueda ser cultivada en provincias sin atraer sobre sus adeptos las censuras eclesiásticas y el peligroso renombre de esprit fort. Ofrecí mis servicios a monsieur Graindorge, y me dispensó el honor de descalzarse al instante delante de mí. Al cabo de tres minutos quedaba extirpado el juanete, y monsieur Graindorge gozaba de un alivio imposible de expresar. Desde aquel momento quedé agregado a su persona. Yo desempeñaba sus encargos no comerciales; yo arreglaba sus

libros, le disponía sus trajes por la noche, y cada mañana visitaba sus uñas. Así es, señor, como durante nueve años he podido estudiar a fondo al hombre notable que hoy lloramos todos.

A fin de proceder con orden y observar la regla de las transiciones, a la que monsieur Graindorge faltaba con demasiada frecuencia, notaré desde luego que llevaba las botas demasiado estrechas. Monsieur Graindorge, aunque había rebasado la edad de la coquetería, conservaba pretensiones y vestía con un cuidado tal vez excesivo. Lejos de mí la idea de censurar a mi ilustre y desgraciado amigo; pero la sinceridad de que hago profesión me obliga a decir que empleaba una hora por la mañana y una hora por la noche en peinarse, cepillarse, perfumarse, frotarse con infinidad de pastas. ¿No os parece, señor, que este esmero extremado es poco digno de un hombre, y que para tener buen éxito en el mundo debemos contar únicamente con nuestro mérito y nuestro espíritu? Yo puedo aseguraros que, por lo que a mí hace, no empleo otros recursos, y que, a Dios gracias, me bastan los de que dispongo. Monsieur Graindorge, por el contrario, se preocupaba infinitamente por el exterior y no encontraba nunca sus trajes bastante bien hechos ni su calzado bastante fino. Enderezaba su alta estatura delgada; colocaba sus lentes de oro sobre su nariz encorvada, como un pico de águila, yo veía bien por la noche, cuando le alargaba su frac, que se miraba con bastante complacencia en el espejo. No me dio más que un puntapié; fue un día en que, preocupado por ideas literarias, eché en sus manos, en lugar de un frasco de agua de Colonia, una botellita de tinta. Fui a caer sobre el sofá, pues tenía el jarrete vigoroso; pero, a manera de excusa, me tendió un billete de quinientos francos, y confieso que esta reparación me sugirió muchas veces la idea de renovar mi yerro. Sin embargo, me contenté después con la sonrisa grave con que protesto ordinariamente contra las flaquezas humanas, y cada noche he catado el placer silencioso de sentirme superior, a lo menos por el menosprecio de las vanidades mundanas, al hombre de quien el azar y el destino injusto me habían hecho el subordinado.

Monsieur Graindorge después de levantarse y haberme impuesto para sus pies y su toilette servicios tal vez exagerados, pasaba ordinariamente la mañana leyendo. Apruebo esta ocupación; ennoblece el alma y monsieur Graindorge tenía gran necesidad de entregarse a ella para borrar las huellas enfadosas que una vida groseramente comercial había dejado en su espíritu. Pero por más que hiciera, el recuerdo de las salazones y del petróleo reaparecía demasiado a menudo en sus discursos y en sus escritos; yo mismo, al comienzo de esta carta, no he podido contenerme de hacer alusión a ese defecto con una ironía tan mesurada como inocente. El hecho es que carecía de gusto, y esto se echaba de ver en sus lecturas; nuestros clásicos le interesaban poco; en cambio, eran pesados libros alemanes, interminables revistas inglesas los que con más frecuencia se encontraban en sus manos. Un día me aventuré a dirigirle esta observación y me respondió en tono seco que fuese a cepillarle los pantalones. No hacían presa los más sanos consejos en aquella alma inculta; aun me sonrió, y no podía menos de medir, aparte, la distancia infranqueable que separa siempre a un hombre de educación de un hombre adinerado.

A las once, monsieur Graindorge almorzaba, ordinariamente, un pollo o una perdiz fría y una botella de Burdeos. Yo estaba a su lado para servirle, y tenía para mí lo que quedaba en la botella. Durante los cinco primeros años dejó siempre la mitad; poco a poco llegó a beberse las tres cuartas partes, con un acrecentamiento de gula y un egoísmo ingenuo que

llegaron a ofenderme. Y aun tenía la dureza de alabar su Burdeos en mi presencia y decir, sin ningún miramiento, que aquel vino era excelente para el estómago. ¿Con qué derecho usurpaba así mi media botella? ¿Quién le autorizaba a estarse diez minutos a la mesa, prolongando mi servicio, retardando mi comida, haciendo sufrir a mi estómago y recibiendo de mis propias manos, sí, de mis propias manos, señor, dos copas de vino de suplemento, que legítimamente y desde hacía cinco años eran para mí?

Parece que cuando estaba yo sumido en estos pensamientos mis ojos adquirirían una expresión particular. Una vez monsieur Graindorge me dijo: «Celestino (es mi nombre, señor, un nombre honorablemente llevado por mi padre, y me atrevo a decir que también por mí), mi pobre Celestino, ¿qué os pasa?» Mostré al instante mi sonrisa discreta y me excusé con las preocupaciones literarias. «¡Hola, hola! -dijo monsieur Graindorge-. Es la musa que hace de las tuyas. Eso es muy malo para la digestión. Celestino, id a buscarme el ron de Jamaica.» Me echó una gran copa, y bebí a su salud con un saludo respetuoso. Pero ved la mala suerte: con tal ocasión acabó el vino de Burdeos, mi vino de Burdeos, el único que está bajo llave, el único que conviene a mis nervios. En semejantes circunstancias, un hombre tiene necesidad de un gran dominio sobre sí mismo; los antiguos filósofos nos dicen que la verdadera señal de la nobleza de alma es el valor con que se soporta silenciosamente la injusticia, y me lisonjeo de haber sido su digno discípulo en aquel entonces.

A la una monsieur Graindorge se iba al Círculo, y desde allí no sé dónde. No he querido saberlo; un hombre como yo está obligado a respetarse a sí mismo, y cuando sus patronos se permiten diversiones que la decencia reprueba, debe pasar con los ojos cerrados como por delante de una galería de esculturas o como por delante de esos desnudos que los peluqueros tienen la impudencia de exhibir detrás de sus cristales.

Si yo hubiese querido hablar con el cochero o el lacayo habría podido saber muchas cosas; aquellos dos subalternos hicieron muchas veces esfuerzos para llegar hasta mi familiaridad; pero los despedía cortésmente, como hombre que sabe mantenerse en su puesto. No dependía, sin embargo, mas que de mí ponerme al corriente de todas las noticias; los oía hacer sus comentarios en la despensa o en el pescante, cuando monsieur Graindorge, al llevarme consigo, me dejaba en el coche.

¿Lo creeríais, señor? Monsieur Graindorge, que no se ruborizaba de dejar saber sus calaveradas a su sobrino, no tenía siquiera la excusa de una pasión; pensaba solamente en ocupar dos horas; para eso gastaba cada año veinte mil francos y más. La señorita Concepción Núñez, la última favorita, era una simple bailarina de aquella compañía española que vino últimamente a París a exhibir sus piruetas extravagantes. Monsieur Graindorge había hecho derribar para ella los tabiques interiores de tres habitaciones; eso formaba un vasto salón, en el que tres o cuatro veces por semana, echado sobre un diván, con una pipa turca en la boca, pasaba la tarde mirando los escarceos de aquella saltatriz. El aposento estaba lleno de flores, y las persianas, cerradas, sólo dejaban entrar una media luz. Los músicos se hallaban en otra pieza, y en los intervalos de la danza tocaban unos aires lentos muy dulces y muy tristes. Monsieur Graindorge miraba en silencio o cerraba los ojos, y cuando un aire le gustaba, apretaba un botón, que en la otra pieza daba la señal de volver a comenzar.

Lo que le gustaba más eran, según me decían los músicos, aires de Chopin, todos melancólicos y lúgubres hasta dar calentura, y sobre todo una marcha fúnebre que parece el gemido de un tísico pronto a tenderse en su ataúd. Yo me largaba a la escalera desde los primeros compases. Pero monsieur Graindorge parecía experimentar un singular placer en el contraste de la música y el baile; porque se me ha olvidado decir que Concepción, con sus cabellos negros entrelazados de claveles rojos, con sus ojos negros relucientes como llamas, con la púrpura intensa que al cabo de un instante venía a colorear sus mejillas, parecía una flor viviente, pero de una vida más resplandeciente y más fuerte que todo lo que podemos encontrar bajo nuestro sol. Cuando se atorbellinaba en su falda rosa sembrada de lentejuelas de oro, o cuando un instante después, inmóvil, reteniéndose, se estremecían todo su busto y todos sus hombros, le salía la llama por los ojos como de un brasero inextinguible, y yo, hombre fortalecido contra las locuras de la juventud, dejaba de mirar por la cerradura e iba a distraerme en la despensa, donde ella hacía siempre guardar para mí una botella de aquel célebre vino de Burdeos, tan saludable para mi estómago.

En cuanto a monsieur Graindorge, se quedaba tan inmóvil como uno de sus barriles de petróleo (perdonad esta comparación trivial, pero impresionante); solamente en el coche le venían a veces las lágrimas a los ojos. Nunca aplaudía ni hablaba; al irse besaba la mano de Concepción con una seriedad del todo particular. Tal vez por eso le había cobrado ella amistad; se sentía verdaderamente admirada, y había tomado odio a los parisienses que no comprenden la danza.

¡Pero también comprendía yo la danza, y la prueba está en que no podía permanecer mirando por el ojo de la llave! ¡Es que me veía obligado a beber una botella de Burdeos para afirmarme la cabeza! ¡Es que me ponía furioso cuando a las once de la noche monsieur Graindorge me decía que hiciese enganchar! ¿Por qué se estaba él en el diván mientras yo me quedaba fuera de la puerta? ¿Por qué era él quien proporcionaba las botellas y porque era yo quien se veía reducido a bebérmelas? No era más joven que yo; no tenía las maneras más amables; en cuanto al fondo del espíritu y al mérito sólido, no vale la pena entrar en la comparación. Yo había vivido con los buenos autores; él, con las salazones y el petróleo, de ahí todos sus privilegios. ¡Extraña ironía de los convencionalismos sociales; cuanto menos se merece, más se tiene!

No me queda ya, señor, mas que notar algunas particularidades de la persona y de los gustos de monsieur Graindorge. Su obstinación en llevar botas estrechas le había hecho salir dos callos en el pie izquierdo y tres en el derecho. A fuerza de tiempo y de cuidados, mediante el uso cotidiano de lociones tibias y de la lima, había conseguido librarle de aquella incomodidad; todos los pasos agradables que ha dado durante los tres últimos años de su vida me los debe a mí, y si hubiese tenido un corazón verdaderamente agradecido, no habría adelantado jamás un pie antes que el otro sin pensar en mis servicios; pero cuando su espíritu no estaba distraído por las frivolidades, lo llenaba el egoísmo. No quiero otras pruebas que las NOTAS SOBRE PARÍS que le habéis dispensado el honor de imprimir. No solamente las escribía yo bajo su dictado o copiaba sus garabatos, sino que era yo también quien corregía las pruebas, rectificaba la puntuación y los acentos, enderezaba las frases cojas y esparcía a veces sobre el estilo inculto y americano de monsieur Graindorge el lustre a que sus ensayos semibárbaros deben vuestra indulgente aprobación. Puedo decir

que durante tres años he sido no solamente su secretario, sino su colaborador, y mi discreción ha igualado a mi celo.

¿Y qué gratitud me ha mostrado monsieur Graindorge? ¿Cuándo ha citado mi nombre? ¿Hay una sola frase en que haga alusión a mis servicios? En sus veinticuatro cartas habla de todo, de su sobrino, de sus amigos, de su padre, de sí mismo, de sus gustos, de sus viajes, de su interior, y de mí, ni una palabra. ¿Es envidia? ¿Ha querido ahogarme? ¿Creía que me impediría llegar hasta el público? ¿Ha temido que se me atribuyese su obra? Gracias al Cielo, estoy por encima de las pequeñeces que se encuentran en el pueblo de los autores; no deseo el bien ajeno, soy bastante rico con el mío; si tengo una parte en la obra de monsieur Graindorge, la abandono. Lejos de mí imitar la indelicadeza de su proceder; guárdese para sí monsieur Graindorge sus frases incorrectas, sus giros vulgares, su estilo cortado y raro; faltaría reivindicándolos, y hoy habéis podido advertir, señor, que su pluma ha cambiado de mano.

Ha sido abierto su testamento la semana última y ha resultado que dividía su fortuna en tres partes. Lega desde ahora a su sobrino monsieur Anatolio Durand veinte mil libras de renta, y además otras veinte mil libras de renta efectivas desde el día siguiente al en que monsieur Anatolio Durand contraiga matrimonio. Apruebo esta última disposición; bueno es contener la juventud; pero cuarenta mil libras de renta son mucho para una sola familia, y veinte mil libras son demasiado para un joven soltero. ¿Qué necesidad tenía monsieur Graindorge de dejar una fortuna tan grande en manos de un elegante vulgar, de cuyas pretensiones se burlaba y cuyos gastos reprendía? ¿No tenía cerca de él caracteres a prueba que merecían mejor su agradecimiento y podían hacer más honor a su dinero?

Monsieur Graindorge funda además siete pensiones anuales de tres mil francos, pagaderas al titular durante quince años, para ser distribuidas a jóvenes de diez y ocho a veintitrés años desprovistos de toda fortuna, que hayan dado pruebas de mérito y hecho concebir esperanzas notables en las ciencias, las letras, las artes, el derecho y la medicina, a elección y por designación de Comisiones nombradas por la Academia de Medicina, la Facultad de Derecho y las cinco Academias. Sin duda no se puede desconocer en este legado un pensamiento razonable, si es un pensamiento razonable quitarle a la juventud el aguijón de la necesidad y la gloria del esfuerzo. En cuanto a mí, he juzgado siempre que el bienestar es para la edad madura, no para la adolescencia, y que la liberalidad de los particulares, como la del público, se emplea mejor en recompensar los servicios pasados que los futuros.

Finalmente, monsieur Graindorge, olvidándose de todo pudor, deja seis mil libras de renta a la señorita Concepción Núñez; diversas sumas de veinte a cincuenta mil francos a amigos acomodados que para nada lo necesitan; seiscientos francos de renta a sus tres criados, los tres con buenos brazos y que están en edad de servir; y a mí, ¿lo creeríais, señor?, una simple renta de mil ochocientos francos, aparte de un capital de dos mil francos para establecerme, y ¡todas las corbatas blancas y fraques negros de su guardarropa!

¡Mil ochocientos francos de renta, ciento cincuenta francos por mes, cinco francos por día, he ahí la recompensa de nueve años de servicios! ¡Por tan mezquina liberalidad me he levantado durante ciento ocho meses antes que él, acostado después que él, cepillado sus

trajes, preparado su ropa blanca, cuidado de sus pies, puesto en limpio sus manuscritos, y sin beber ya, desde hace cuatro años, mas que una cuarta parte de su botella!

¿Podía creerse que con un capital de dos mil francos iba yo a encontrar un piso como el nuestro, muebles como los que yo estaba acostumbrado, una mesa de ébano incrustada de cobre, como aquélla en que he escrito tanto; sillones, alfombras, espejos, un comfortable y una elegancia que por culpa suya me son indispensables y cuya cotidiana privación me hará maldecir desde ahora el día en que lo he conocido? ¿Cuánto me durarán sus fraques negros y sus corbatas blancas? ¿Estará ahí dentro de tres años, cuando la provisión se haya consumido? Bien sabía, sin embargo, que a mí me gusta la ropa blanca y que no puedo pasarme sin un porte decente; pero no estaban a su alcance los sentimientos finos y nobles, y se había traído de América menos delicadeza que escudos.

Hemos conducido el pasado sábado a nuestro desgraciado amigo al cementerio y he pronunciado sobre su tumba un discurso interrumpido a menudo por las muestras de aprobación de la asistencia; dos o tres amigos del difunto se han dignado felicitarme. Por lo que a mí hace, señor, estoy por encima de la vanidad literaria; no pensaba mas que en cumplir un deber augusto, y si hoy, cediendo a vuestras instancias, he tributado el último homenaje al hombre eminente que lloramos, es con la persuasión de que vuestros lectores, al recorrer este sincero relato, reconocerán en él los sentimientos de un corazón tan fiel a la amistad como a la verdad.

Si, con todo, me quedase un deseo que formular, sería encontrar, gracias a la publicidad de vuestra excelente revista, un empleo semejante al que acabo de perder, convencido como estoy de que mi nuevo patrono, apreciando en su tasa mis cualidades morales tanto como mis capacidades literarias, me prestaría las ventajas que yo tenía en casa de monsieur Graindorge, añadiendo las compensaciones que no he encontrado siempre en mi primer puesto y las consideraciones que me son debidas.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo